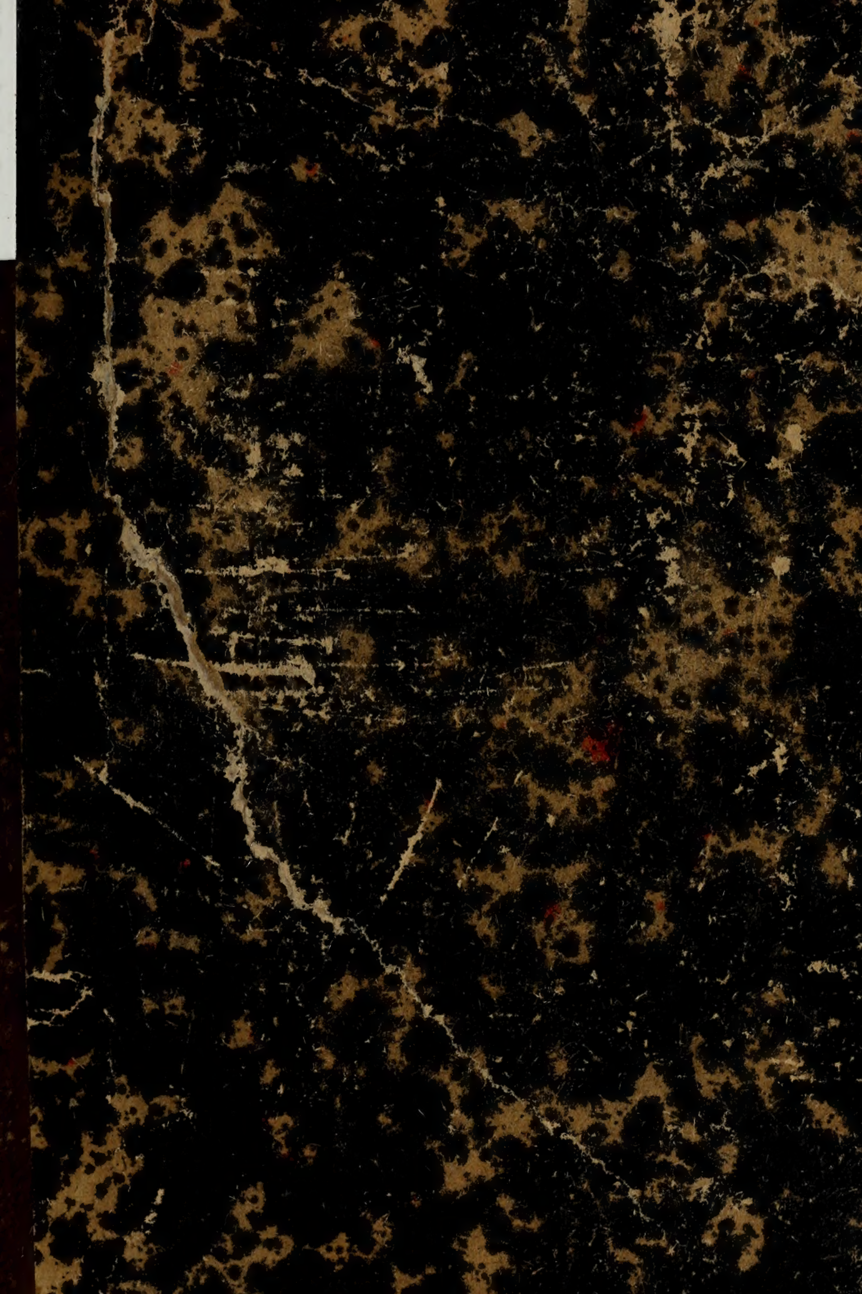




EN ALAS
DE LA FORTUNA

ó

A MEDIAS CON EL DIABLO

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA POR

DON JULIÁN CASTELLANOS Y VELASCO

TOMO SEGUNDO



ADMINISTRACIÓN:
PLAZUELA DEL BIOMBO, NÚM. 2, MADRID
1887



Imprenta de Manuel Minuesa de los Ríos, Miguel Servet, 13.—Telefono 651.



CAPITULO PRIMERO

Recuerdos tristes.



QUÍ terminó la relacion que hizo Estrañi á la condesa en aquella tarde en que tan oportunamente llegó para salvar su vida de uno de los arrebatos de su esposo.

—Por lo que acabáis de oir,—dijo al terminar,—habréis podido comprender que yo he sufrido tanto como vos, mucho más, puesto que os suponía ingrata, cuando no os había dado motivo para ello.

—Seguramente: hay que convenir en que la fatalidad nos ha tratado de una manera cruel.

—¡Oh! ¡Si hubierais hablado cuando debíais, señora, tal vez se hubieran evitado muchos males!

—¡Y tal vez se hubieran concitado otros! ¿Creéis que no me ocurrió? Pero yo os conocía, y me abstuve. ¿Qué hubiera pasado entonces? Al ver vos, Roberto, que yo era una víctima del cariño paternal, aun sin conocer que el conde era indigno de mí, hubierais tratado de luchar contra lo imposible.

—¡Y quién sabe si hubiera vencido!

—¡Ah!... no; el rey protegía á mi esposo; ya sabéis por qué.

Y Josefina bajó la vista avergonzada.

—¡No me habléis del rey, Josefina!

—Sin embargo, después ha sido bueno para conmigo.

—Debía haber empezado á serlo antes.

—¡Es cierto!...; por eso os decía que la fatalidad...

—Nos ha hecho sus víctimas sin merecerlo.

—Vos habéis ganado, y por ello me felicito.

—¿Qué decís, Josefina?

—A mi lado hubierais permanecido oscuro; precisamente vuestro engrandecimiento data desde el punto en que os separasteis de mí.

—¿Y creéis que yo no lo hubiera sacrificado todo á la dicha de no separarme de vos? Me juzgáis feliz, porque me veis elevado, privando casi con los reyes, teniendo un título honorífico de médico de cámara del emperador de Austria, conservando la amistad de ese pobre príncipe Uladimiro y de su esposa Federica, tan indigna, tan villanamente despojados del reino de Polonia, que constituía su herencia...

Pues bien: ya habéis visto lo que sufro en medio de mi elevación.

Vos, ¿no os habéis elevado también? Sin embargo, sufrís...; sí, sufrís, sin que nadie lo adivine.

Lo repito, Josefina: todas mis grandezas, y aun más, hubiera sacrificado al placer de...; pero, dispensadme; me olvidaba de que no he venido aquí para hablaros este lenguaje..., que ya no puede mediar entre vos y yo.

Josefina, como si no hubiese parado mientes en esta delicada observación, repuso:

—Sin embargo, veo que no habéis hecho lo posible por aminorar vuestras penas.

—¿Cómo?

—Uniéndoos á otra mujer, creándoos una familia á quien dedicar vuestro merecido engrandecimiento.

—¡Ah Josefina! ¿Acaso es permitido al corazón amar más de una vez?...

—¡Y que luégo debíais recelar que la segunda mujer que eligieseis se pareciese á la primera!

—Entonces, sólo entonces, y por esa circunstancia, me hubiera determinado á casarme.

—¡Por parecerse á mí, que he sido indigna de vos... y de mi marido!

—¡Callad, Josefina!... Vos sois una santa...; una de esas mujeres que salen del regazo maternal para sufrir...; mil veces más santa que esas que viven retiradas del mundo, entregándose á una oración estéril en el fondo de un claustro.

Traicionada desde el primer momento por el hombre que os rebajó al pie del altar, cuando prometió ensalzaros, ¿quién hubiera hecho después lo que habéis hecho? ¿Quién más que vos hubiera dado margen á que la corte de Madrid, lo mismo que la de Nápoles, os hubiera tenido por modelo de esposas?

—¿Y mis hijos? ¿Queríais que les hubiera dado una triste enseñanza que aprender? ¿Queríais que algún día hubiesen adivinado qué clase de hombre es su padre?

—El ha recibido lo que merecía; pero á vos..., ¿quién os enaltece?

—Mi conciencia y vuestra estimación: ¿os parece poco?

—¡Es verdad!

—Pero decís que él... ¿Qué opináis como médico de mi marido?

—Que está en ese límite en que la ciencia sólo confía en la voluntad de Dios como único remedio..., y Dios debe negarse á los deseos de la ciencia.

—Pero ¿es que vos, más que doctor, sois hombre vengativo, y no aplicáis al enfermo toda la ciencia de que disponéis?

Y Josefina, al hacer esta pregunta, clavó en Estrañi una mirada profunda, en la que había cierto aire de reconvención.

—¡Cualquiera diría que pedís por un ser amado, Josefina!—dijo el doctor con extrañeza.

—Mi obligación es pedir por él: si el conde no ha

sido honrado esposo, tanto peor; eso no me autoriza á imitarle.

—Pues sabed que en esta ocasión yo me encuentro en igual caso que vos.

Para asistirle, habéis llamado al doctor, y no á Roberto Estrañi; este último le hubiera aniquilado, ayudando á la dolencia, sin responsabilidad, sin más razón que su odio; el doctor ha jurado no desamparar á sus enfermos, y aunque me cuesta gran trabajo, cumplo mi juramento.

—Dispensad que haya dudado de vuestra lealtad.

Y la condesa tendió una mano á Estrañi, que la besó, diciendo:

—Esta acción ni os ofende á vos, ni á vuestro esposo.

—Ya lo sé.

—Seguiré viendo en él á uno de mis enfermos, y no al conde Massi. Pero, lo repito, señora, más que en mi ciencia, debemos confiar en la misericordia de Dios.

—¡A Él dirijo continuamente mis preces, pidiéndole que os dé acierto!

—La escena de esta tarde me hace confiar; el conde recobra la memoria, puesto que me ha reconocido, y éste es un buen síntoma.

—¡Ah! ¡Dios nos ayude á todos!

—Pero...

—¿Qué?

—Me ocurre una idea... que no acierto á expresar.

Y, en efecto, Estrañi vacilaba, como si no encontrase palabras para sus conceptos.

—¿Qué inconveniente tenéis en hablar con claridad?

—Si logramos, como espero, la curación del conde, ¿qué es lo que va á pasar después?

—¿Con quién?

—Con vos: él recordará que ha estado loco, y tal vez os lo atribuya.

—Es muy posible que así suceda.

—Antes de estarlo ha querido mataros.

—¡Dios hará que mude de idea!

—¿Y si no cambia?

—Entonces... me matará.

Y la actitud de Josefina al terminar esta frase fué la de una santa que acepta el martirio.

Estrañi no pudo menos de asir su mano y volver á besársela.

En aquel momento, Adelina, que acababa de despedirse de Juan de Zúñiga, entró en la estancia, ignorante de la terrible escena que acababa de pasar con el loco.

Pero había oído las últimas palabras de la condesa: así es que casi sin saludar á Estrañi preguntó con interés:

—¿Qué es, ó quién, el que va á mataros?

La condesa, recobrándose, se apresuró á contestar:

—El dolor de ver sufrir á tu padre, si antes no se cura.

—¡Confiemos en Dios! —replicó el doctor levantándose.

—¿Partís?—preguntó Adelina.

—Sí, ya es tarde...: aun tengo que ver algunos enfermos en Madrid.

Al poco tiempo abandonaba la granja, tomando la carretera.

La imagen de Josefina se fijaba más y más en su mente, y más y más se avivaba su recuerdo.

—¡Oh!—exclamaba.—¡Qué feliz hubiera sido con ella! ¿Por qué se interpondría ese miserable en nuestro camino? ¡Y verme obligado á curarle! ¡Qué cosas dispone Dios!... ¿Dios, ó el diablo?





CAPITULO II

El conde propone.. ,y el diablo dispone.



UANDO el doctor entró aquella noche en palacio notó cierta preocupación entre los cortesanos que formaban la tertulia de la reina.

Especialmente entre las damas.

El rey, en un extremo de la regia cámara, departía con Grimaldi y algunos cortesanos.

De las damas, dos departían con María Amalia; las otras, hasta seis, formaban un grupo aparte.

El conde de la Estrella, de regreso de su desgraciada expedición, ajeno á aquellos tres grupos, es decir, solo, estaba recostado en la repisa de una chimenea, y sus ojos se fijaban en el que formaban las damas.

De vez en cuando llegaba alguna palabra suelta á su oído, que tenía el privilegio de hacerle sonreir maliciosamente.

No debía él ser de todo punto ajeno á la cuestión que las ocupaba, porque de vez en cuando alguna de aquéllas volvía la cabeza, y lanzaba una mirada que parecía un dardo, á la que contestaba aquél con su eterna sonrisa y haciendo un saludo mortificante.

Esto lo reparó Estrañi á la primera ojeada que tendió por el salón.

Era buen cortesano.

Haciendo lo que podemos llamar sus primeras armas en Varsovia, se había adiestrado en Nápoles y Madrid.

Desde luégo notó que algo ocurría, aunque no de gravedad para el Estado, puesto que la reina y el rey estaban tranquilos.

La actitud del conde de la Estrella no pudo menos de llamarle la atención.

—¡Está regocijado!—dijo.—¡Algo maquina!

El conde no gozaba en la corte de muchas simpatías; creemos haberlo dicho ya.

Su desafío con Juan de Zúñiga á consecuencia de la escena que tuvo lugar en el baile de la duquesa de Medinaceli, acabó de enajenárselas, aun cuando llevó en él la peor parte.

Todos se lo dieron por bien empleado, sabiendo que había sido el causante.

Después se supo su inicua conducta para con el

joven, disponiéndole una cobarde emboscada en el camino del Pardo.

Estrañi tuvo buen cuidado en revelar el nombre del autor, lo cual fué causa de que al conde se le mirase de mala manera, siendo tolerada su presencia en la corte por su esposa, que seguía obteniendo el aprecio de los reyes.

La resolución de ir á hacer una visita á su tía la canonesa dejó complacidos á todos, empezando por la condesa.

A lo menos podían contar con que durante un mes ó dos la dejaría libre de su presencia.

Pero sucedió todo lo contrario.

Contra lo que se creían, volvió pronto, y más terrible é iracundo de lo que se había ido.

Vomitaba rayos y centellas contra el joven Zúñiga.

¿Por qué?

¿Acaso por su reciente ascenso á ayudante del ministro de la Guerra?

Por esto y por otra cosa.

No tardó en saberse la verdad.

El robo de la vajilla que acababa de comprar en París por la Capitana y sus gentes, fué celebrado en la corte por espacio de ocho días.

En él jugaba el conde un papel tan triste como odioso.

La denuncia que hizo al ministro de la Guerra, en la cual trató de mezclar á Zúñiga con los ladrones, causó profunda indignación.

Nadie la creyó.

Pero la conducta de aquél, cuando, viniendo preso, se batió por conservar unos caudales de que otro era responsable, conduciéndolos él, según testimonio de la sobrina del ministro, desvaneció las dudas que podían haberse formado.

A esto respondía su ascenso.

El ministro de la Guerra hizo justicia, dando un solemne mentís al conde, y confirmando el buen crédito de que gozaba el oficial.

Desde entonces se manifestó más y más la antipatía que despertara el conde.

Las damas le hicieron blanco de las más delicadas y finas sátiras, llovieron sobre él los sarcasmos, y era preciso estar dotado de una gran longanimidad para seguir frecuentando la corte, como el conde lo hizo.

El oficial triunfaba en toda la línea, lo cual hizo exclamar al vencido:

—Bien está; yo tomaré la revancha; afortunadamente puedo hacerlo.

Por eso dijo Estrañi aquella noche, al fijarse en él:

—Está regocijado. ¡Algo maquina!

Al ver que la reina estaba entretenida en sabrosa plática, al parecer, con dos de sus damas, se contentó

con hacer una profunda inclinación de cabeza, no queriendo importunarla.

Pero María Amalia le llamó.

Estrañi besó su mano, y esperó á ser interrogado, aunque en aquellas reuniones íntimas se prescindía de la etiqueta.

Enterada la reina de que estaba encargado de la existencia del conde de Massi, se enteró del estado del enfermo: después le dijo:

—Ahora os entrego á mis damas, que no sé qué tienen que ver con vos.

—¿Conmigo? – exclamó, volviéndose al grupo de las seis, entre las que estaba la condesa de la Estrella. —¿Acaso han enfermado todas? Pues su semblante lo niega.

Al apercibirse las damas, por estas palabras, exclamaron todas á una:

—Venid, venid, doctor...

—¡Puesto que la reina lo permite!—repuso la de más edad, mirando á María Amalia.

Esta hizo una seña con la cabeza.

Entonces dijo una de ellas:

—Doctor, no se trata de nuestra salud, ni queremos al médico para nada, por mucho que le apreciamos.

—Entonces me retiro.

Y Estrañi retrocedió un paso.

—Buscamos al diablo.

—Pues me quedo,—contestó aquél, avanzando el paso que acababa de retroceder.

—Se trata de impetrar vuestro poder.

—A la verdad que todo esto tiene traza de conspiración diabólica: ¿á quién tengo que defender?

—A vuestro protegido el oficial don Juan de Zúñiga.

—Me parece que por ahora no necesita de mi protección, estando bajo la del ministro de la Guerra, que vale más que la mía.

—Pues ahora es cuando más la necesita.

—¿Qué nueva calaverada ha hecho?

—Ninguna.

—Pues no comprendo...

—Se le acusa de una cosa que, á ser cierta, le enaltece más que le deprime.

—Y ¿qué es ello?

—Ya sabéis que su tío don Pablo Olavide, viniendo de los baños, equivocó el camino de su convento, tomando el de Francia.

—En efecto, ha llegado á mi noticia esa especie..., y me choca que el tal don Pablo, que sabe tantas cosas, esté tan atrasado en geografía.

—Pues bien: han dado en decir que su sobrino Juan de Zúñiga, yendo á su destierro de San Sebastián, se encontró en el camino á un fraile franciscano, y le dejó en un sendero que llevaba derecho á Francia.

—¡Acción meritoria sin duda, si el religioso estaba expuesto á perderse!

—Es que alguno asegura que aquel buen franciscano era don Pablo Olavide: así se ha declarado á la Inquisición en una denuncia anónima.

Y al pronunciar una de ellas estas palabras, todas las que componían el grupo volvieron la cabeza hacia el conde.

—Buenas noches, señor conde; perdonad, no os había visto,—dijo Estrañi con cierta maligna expresión.

Todas las damas, menos la condesa, lanzaron una carcajada al oir el oportuno saludo del doctor, y una de ellas exclamó:

—Acabáis de poner la firma á la denuncia presentada al inquisidor.

—¿Luego esa denuncia ha tenido resultado?

—Dicen que esta noche ha sido preso el oficial, por los alguaciles del Santo Oficio, en el camino del Pardo.

—¡En el camino del Pardo!—exclamó Estrañi, ignorando que aquella tarde Zúñiga había estado en la granja de los Tilos.—Habrá sido al ir,—pensó;—pero ¿cómo no nos hemos cruzado en el camino?

—Ya veis,—le dijo la dama que hablaba en nombre de todas,—que nunca como ahora necesita de vos.

—Es un asunto muy grave,—contestó Estrañi.—No se os oculta que ese tribunal ha sido creado expresamente para combatir al diablo y sus hechuras.

—¡Pero cuando se trata de un diablo tan bueno, que respeta la religión y la fe!...

—No obstante, ese pícaro oficial...

—¡Cómo! ¿Le llamáis pícaro porque ha cometido una acción meritoria, auxiliando á un pariente que es fama había hecho algo por él? ¿Pues había de denunciarle?

—Bastaba con que le dejara escapar sin decir una palabra..., y aun esto, segun la sutil legislación del Santo Oficio, constituye delito. Por lo demás, y ahora os lo aseguro muy formalmente, ese joven se ha metido en mal negocio. Ya sabéis: ¡con la Inquisición, chitón!

—Pero si don Pablo iba decidido á escaparse, con él ó sin él lo hubiera hecho.

—Debía haberse fingido en aquella ocasión mudo, sordo y ciego.

—¿De modo que no hacéis nada por él?

—¡Dios me libre!

Estrañi pronunció estas palabras en voz alta y mirando al conde.

Sin duda recelaba que llegara á denunciar sus buenos propósitos.

Después, con una mirada significativa, tranquilizó á las damas.

—¡No hay cuidado; tenemos al diablo de nuestra parte!—exclamó la condesa de la Estrella en voz baja.

A lo que repuso otra:

—Pues mucho cuidado con que os oiga vuestro marido, porque, de lo contrario, estáis perdida, y no tardaréis en hacer compañía al joven oficial.

Tales eran la confianza y simpatía que el conde alcanzaba en palacio.

En aquel momento se levantó la reina, dando á entender que la tertulia había acabado por aquella noche.

Las damas la acompañaron hasta dejarla en manos de las azafatas.

Después todas se dirigieron hacia la puerta exterior, donde se despidieron, ocupando cada cual su carruaje.

Estrañi, después que todos habían partido, despidió el suyo, dirigiéndose á pie hacia la calle de Segovia, donde vivía el oficial.

Quería tomar informes por el fiel Antonio, á pesar de que, según pensaba, si la detención había sido en el camino del Pardo, aquél nada debía saber , porque la Inquisición no solía dar parte de sus actos á los criados ó dependientes de sus víctimas.

Al llegar á la calle de la Villa, por donde enderezó, pues era el camino más corto, vió parados en la esquina dos hombres embozados en capas negras.

Aquello le dió mala espina.

No eran ladrones, puesto que no se recataban.

Por si acaso, apercibió su acero.

Siempre es bueno que un hombre vaya prevenido por lo que pueda suceder.

En la esquina de la calle de Segovia vió otros dos hombres que también vestían de negro.

—¡Muy favorecido de cuervos está el barrio!—dijo.

Y prosiguió su camino hacia arriba para no inspirar sospechas.

Llegó á la casa del oficial en el momento que Antonio hablaba con uno por la ventana.

También siguió.

Al llegar á la casa del marqués de Bélgida, que formaba uno de los frentes de la irregular plazuela de Puerta Cerrada, se detuvo y observó, ocultando el cuerpo.

Oyó un ligero silbido.

A poco aparecieron los dos hombres que había apostados más abajo, los cuales se detuvieron á una regular distancia.

En seguida se abrió la puerta, saliendo un hombre á la calle, á quien el doctor no conoció, á causa de la sombra y la distancia.

Los que esperaban se echaron sobre él con el ímpetu de una abalancha.

El doctor no percibió más que un grito ahogado.

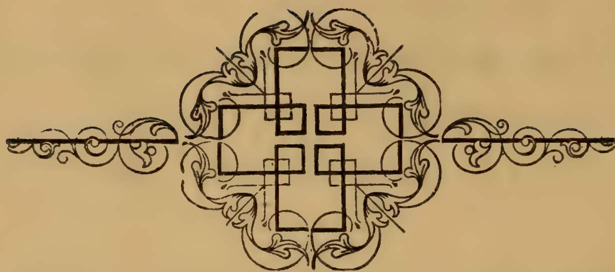
Las cuatro personas que formaban aquel grupo se perdieron bien pronto entre la sombra, siguiendo la calle abajo.

El doctor exclamó:

—Ahora recuerdo que el Santo Oficio no hace nada á medias; ese infeliz debe ser el criado del oficial. Si hubiera en la casa algún loro, también le hubieran preso para sujetarle al tormento, si no quería hablar... ¡Pero ese miserable conde ha resuelto la perdición de Zúñiga!... Y todo, ¿por qué? Por haberse portado como un caballero, defendiendo á su mujer de sus necios celos

y estúpidas agresiones... Está bien: ahora es cuando debo trabajar más por él, y defenderle con todas mis fuerzas.

Y se alejó, tomando la dirección de su casa, pensando en lo que debería hacer para sacar á su protegido del mal paso en que se hallaba.





CAPITULO III

Un tío, que es juez, y un sobrino, que es reo.



ACÍA ya más de cuatro horas que Juan de Zúñiga ocupaba uno de los calabozos del Santo Oficio.

Su extrañeza era tan grande como su tranquilidad.

Harto sabía por mil ejemplos que aquel tribunal acostumbraba á actuar en causas que no eran de su competencia; pero los militares tenían su fuero especial, no mediando delitos que se relacionaran con la fe.

Y él no recordaba.

¡Ah! Sí.

Tenía por patrono al diablo.

Esta especie había circulado por el regimiento de guardias valonas y por los salones de palacio.

Era público y notorio que él creía en su protección, que tenía una fe ciega en aquel diabólico personaje.

Y esto debía disgustar un tantico á la Inquisición.

Desde aquel momento no se dedicó á investigar otra causa.

Aquello era suficiente para que el tenebroso tribunal le persiguiera.

Lo único que se le ocurrió fué tacharse de lenguaraz.

Debía haber obrado con más sigilo, teniendo oculto aquel pacto.

Pero ya dijimos al principio de este capítulo que su tranquilidad era grande.

Confiaba más que nunca en el diablo, desde el momento en que luchaba con sus enemigos naturales.

No le pasaba otro tanto á Antonio.

Desde el momento en que conoció que estaba en poder del Santo Oficio, empezó á temblar como un azogado.

Nada de extraño tenía: lo mismo pasaba en situaciones idénticas á hombres que disponían de más valor que él, puesto que no tenía ninguno.

Verse en manos de la Inquisición era caso serio, aunque sólo se tratase de una leve sospecha.

El que se rozaba para algo con el tribunal sacaba un rasguño.

Tales son los halagos de la fiera: acariciando hace daño.

Entonces ya se explicó la tardanza de su amo: probablemente habría corrido la misma funesta suerte.

¡Su amo!

Este era el origen de todas sus desdichas, desde que dejó el convento por no abandonarle.

Ya vimos sus penas y tribulaciones cuando durante su ausencia, estuvo preso en el cuartel de guardias, mientras él asistía al baile de la duquesa de Medinaceli.

Pero su amo había prometido volver, y volvió, con lo cual fué puesto en libertad.

Además, aun en el caso de no haber vuelto, no hubieran llegado á fusilarle, toda vez que su estancia allí fué forzosa y muy contra su voluntad.

Pero aquello variaba de especie.

Habían preso al criado después del amo, en prueba de que no se contentaban sólo con éste.

Los dos aparecían envueltos en el mismo delito.

¿En cuál?

Antonio lo sabía de sobra, y en esto había coincidido con su amo.

Se trataba del pacto que éste había hecho con Luzbel, de la protección que el diablo concedía al oficial.

Es cierto que Antonio no había tomado parte en el pacto; pero disfrutaba de sus ventajas.

La Inquisición daba tormento, y quemaba, y ahorcaba por bastante menos.

Su línea de conducta estaba bien clara.

Si él no quería delatar á su amo, debía haber dejado su servicio.

No lo había hecho así: era tan reo como el primero y le esperaban las mismas penas.

Había una cosa capital en la que diferían amo y criado.

El uno estaba tranquilo, confiando en el triunfo; el otro se consideraba hecho un tostón.

Y había una razón para creerlo así.

Aunque ya los castigos de la hoguera no eran muy comunes, gracias al espíritu liberal que se desarrolló con el advenimiento al trono de Carlos III, sin embargo, recordaba haber oído á los ancianos referir con espantosos detalles algunas quemas públicas de brujas y hechiceras que habían formado pacto con el demonio.

Éstos debían ser sus hijos predilectos; y cuando los había dejado quemar, era señal de que no había podido con los dominicos que gobernaban la Inquisición.

De donde podía deducirse que el diablo sólo era fuerte en asuntos civiles; pero en los que se relacionaban con la religión aparecía como un polichinela en las farsas populares.

Como consecuencia de tan diverso modo de pensar, Juan de Zúñiga durmió aquella noche, aunque

mal, pues los calabozos de la Inquisición no ofrecían gran comodidad á sus huéspedes.

Antonio no durmió ni bien ni mal.

Aquél tuvo imágenes agradables que recrearon su sueño.

Éste, aunque sin dormir, *vió* á su lado fantasmas espantosos, aunque estaba á oscuras.

Y es que en aquellos antros se adquiría la facultad de la raza felina, cuyos indivíduos ven en la oscuridad.

Pero el día siguiente era el destinado para que ambos salieran de dudas, presentándoseles el asunto con toda su pavorosa gravedad.

En las primeras horas de la mañana, Juan de Zúñiga fué conducido á la sala de declaraciones.

Su sorpresa fué grande al ver que el encargado de interrogarle era su propio tío, el prior de los jerónimos.

Esta era una de las sabias crueldades del Santo Oficio.

Cuando había algún familiar pariente del reo, mucho más si era religioso, se le encargaba la causa.

De este modo se veía si el primero flaqueaba ó no en el cumplimiento de su deber.

Aquel era el crisol donde la Inquisición aquilataba á sus seides.

En aquel caso, la elección del prior estaba motivada y justificada de sobra.

Ya se sabía que fray Bernardo era hombre intransigente en materias que se rozasen con la religión y la fe.

Dispuesto á que permanecieran incólumes y en su prístino esplendor, era hombre capaz de defender el dogma á sangre y fuego contra sus parientes más próximos.

Se le había visto asistir, como *aficionado*, al autillo que se celebró en la causa de su primo Olavide.

Y tratándose del mismo asunto, nada tenía de particular que se le hubiese nombrado para ser juez en la causa de su sobrino.

Juan de Zúñiga iba á pagar por el fugado.

La Inquisición había puesto el pandero en buenas manos, como vulgarmente se dice.

Hagamos justicia á Zúñiga: su primer impulso, al ver á su tío, fué de alegría.

Creyó que aquello era señal de la benevolencia con que pensaba tratarle el Santo Oficio.

Y eso que el buen jerónimo había tratado de dar á su rostro la ferocidad que requería el papel que iba á desempeñar.

Pero desde los primeros momentos debía saber Zúñiga á qué atenerse.

—¡Mi buen tío!—exclamó.—¡Tanto tiempo sin vernos! Veo que os conserváis perfectamente, lo cual me regocija en extremo...

Pero el *buen tío* le interrumpió, diciéndole con la voz bronca de su pasado delante del facistol:

—No se trata de recordar ahora los lazos de la sangre que nos unen; yo los detesto, los rompo..., no quiero tener nada de común con un hombre que protege á los enemigos de la fe.

Aquello empezaba ya á estar en griego para el joven.

¿A qué enemigos de la fe había prestado su protección?

Aparte de esto, las palabras del jerónimo le disgustaron, concluyendo por enfriar la satisfacción con que volvía á verle.

Sin embargo, como para marcar la diferencia que había entre ambos, contestó con dignidad y respeto:

—Si os pesan esos lazos hasta el punto de quererlos romper, lo siento por vos; yo, aunque otra cosa creáis, estoy muy orgulloso con ellos.

Aquella bondad de sentimientos, aquella dura lección que el tío recibía en pleno tribunal, tuvo este *exabrupto* por respuesta:

—¡Silencio! Vos hablaréis cuando os interroguen.

El joven hizo el ademán de cruzarse de brazos, pero no pudo, porque llevaba atadas las muñecas.

Había olvidado esta injuria hecha á un oficial de los ejércitos del rey.

Lanzó un suspiro, y esperó.

Entonces el prior tomó la palabra en estos términos:

—¿Cómo os llamáis?

Juan estuvo á pique de soltar la carcajada; conoció que era una fórmula jurídica.

Pero le pareció altamente ridículo que un tío que había vivido algún tiempo con su sobrino, le preguntase su nombre.

Severidades de la ley, para indicar que entre el juez y el acusado no debe haber relación ni conocimiento.

Contestó á lo que se le preguntaba, diciendo la edad, el empleo y el domicilio.

Después el jerónimo prosiguió:

—¿Sabéis de lo que se os acusa?

—Lo ignoro,—contestó el jóven,—y presumo que esto debe ser alguna mala inteligencia, pues tengo la seguridad de no haber cometido ningún delito.

—Esa seguridad puede ser falsa.

—No; es verdadera.

Y el mancebo acentuó estas palabras con energía.

—Quiero decir que podéis abrigar esa convicción, y no ser cierta.

—Permitid: tengo edad suficiente para saber lo que es delito y lo que no lo es.

—Aquí no habéis venido á seguir una tesis de moral.

—Yo hago objeciones á lo que se me dice.

Hasta entonces había más lógica en el sobrino, siendo militar, que en el tío, siendo fraile.

—Pues se os acusa,—prosiguió el jerónimo,—de

haber ayudado en su fuga al converso Pablo Olavide.

Por la misma razón que el prior no llamaba sobrino al joven, ponía la palabra *converso* en vez de la de *primo*.

Zúñiga quedó absorto.

Ya hemos dicho que creía su acusación basada en una cosa distinta.

Además, aquello no constituía delito más que para los inquisidores.

Pero puesto que se lo imputaban como tal, resolvió negarlo, creyendo que así se salvaba más pronto.

No habían de preguntárselo á su tío, ni éste lo confesaría si llegaba ese caso.

—No sé lo que queréis decir,—contestó encogiéndose de hombros.—No he vuelto á ver á *mi tío, don Pablo Olavide,*—y recalcó estas palabras, como honrándose con ellas,—desde el día en que se celebró aquel *autillo* en que tan pequeño me pareció el tribunal de la fe.

—Absteneos de calificar los actos del Santo Oficio.

—No los califico: hablo del efecto que me produce alguno de ellos.

—Es inútil que neguéis, puesto que ya se conoce la verdad.

—Pues si se conoce, ¿para qué se me interroga?

Por esto comprenderá el lector que el jerónimo hacía un juez muy mediano, y que el reo hubiera podido reemplazarle con ventaja.

—Para esclarecer algunos detalles del hecho,—contestó.

—Todo hecho que no existe carece de detalles.

—Se os ha visto en territorio de Navarra en compañía de un religioso franciscano, á quien dejasteis en el camino de Francia.

—Eso es otra cosa, y no lo niego,—contestó el joven, conociendo que era necesario conceder algo.—Aquel religioso, cuya procedencia y destino ignoraba, porque me pareció una descortesía preguntárselo, iba extraviado; yo le acompañé algunas jornadas, hasta donde me fué posible, indicándole el camino que debía seguir.

—Está probado hasta la evidencia que aquel hombre, que cometió la sacrílega supercheria de disfrazarse con un hábito religioso, era el converso Olavide.

—Más supercheria ha cometido el que afirmó tal cosa, pues de ser mi tío, yo le hubiera conocido.

—Pudisteis conocerle, y negar ahora.

—Ciertamente, pero no le conocí: no era él.

—Joven, mirad bien lo que afirmáis ó negáis...

—La verdad. Pero ¿no suponéis también que pudo suceder otra cosa que me eximiría de la responsabilidad que queréis echar sobre mí?

—¿Cuál?

—Que fuese realmente mi tío: claro está que si se ocupaba en su fuga, había de tratar de disfrazarla á mis ojos, para evitar una indiscreción: un prisionero que huye, es más cauto que todo eso; y no digo ya á un

sobrino que ignora la gravedad del acto que realiza, á su mismo padre, siendo letrado, le reservaría lo que pudiera tornarse en perjuicio suyo. Pero, lo repito, no era mi tío: así es que la suposición huelga.

—Los que han hecho la denuncia le conocen perfectamente, y lo afirman.

—Entonces debíais empezar por prenderlos á ellos, y no á mí, puesto que cometieron la torpeza de dejarle escapar, para venir ahora con la burla de denunciarle y denunciarme.

—¡Diablo de muchacho! —exclamó el prior en voz baja.—Pues sabe más de lo que se le enseñaba en el monasterio cuando era novicio.

El escribano iba apuntando las preguntas y las respuestas, para que no quedase duda de la estupidez del juez y de la perspicacia del acusado.

Pero el prior preparaba el golpe de gracia; y para ver bien el efecto que producía, dijo, hablando muy pausadamente:

—Es inútil que neguéis: vuestro criado, que iba en vuestra compañía, lo ha confesado todo.

El joven, que conocía esta táctica, peculiar á todos los tribunales, que emplean la mentira para sacar la verdad, salió al quite, diciendo:

—Pues vuelvo á repetir que creo una... redundancia el que se me interrogue, ni aun para esclarecer los detalles, que mi criado habrá dado sin duda. Si lo ha hecho así, tanto peor para su conciencia. Mi criado sólo conocía á mi tío por haberle visto dos ó tres ve-

ces, y es probable que viéndole con un disfraz que desfigura tanto, como es el religioso, no diese en quién era. Además, es necedad el suponer que yo diera á un servidor detalles que pudieran comprometer la libertad de quien huía. Es inútil que perdáis el tiempo en interrogarme.

—¿Negáis?

—He declarado lo que sé.

—No he pronunciado hasta ahora la palabra «tormento».

—Os advierto que no me asusta, y no sé cuándo se convencerá el Santo Oficio de que ése es un mal medio para obtener lo que desea. Ponedme en el potro, si gustáis; la fuerza del dolor me hará decir en él que aquel religioso era mi tío, ó Barbarroja, ó el Preste Juan de las Indias, pero no porque sea verdad. ¿Queréis que afirme una mentira? Para eso no es necesario el tormento.

Fray Bernardo comprendió que su sobrino no declararía más, insistiendo en su negativa.

Había hablado del tormento, no como una bravata; estaba resuelto á emplear ese medio.

Pero antes quería usar de otro, sabiendo que Antonio estaba preso.

En su consecuencia, mandó retirar al joven, bajando él mismo al calabozo que ocupaba el criado.

Zúñiga se estremeció ante la idea de que Antonio hubiese confesado la verdad.

Pero confiaba en su astucia, y sobre todo en su miedo.

A un criado no se le entera de ciertos pormenores.

Su defensa estaba, sin negar que aquél pudiera ser Olavide, en decir que no le había conocido con semejante disfraz.





CAPITULO IV

El tormento, la horca y el fuego eterno.



IEN ajeno estaba Antonio de la sorpresa que se le preparaba.

A la sazón se ocupaba en rezar.

Era una costumbre adquirida en las grandes calamidades, pero que caía en desuso cuando éstas cesaban de afligirle.

Después no se acordaba de Dios ni de sus santos.

Al oir que se abría la puerta de su calabozo, se puso en pie, pensando en el tormento.

Pero cuando entre la semiclaridad que allí reinaba descubrió el hábito de un fraile, empezó á temblar de veras.

Sin duda el tribunal, convencido de su culpabilidad, pasaba por alto toda clase de interrogatorios, y le enviaba á aquel fraile para que pensara en la salvación de su alma, decidiendo ahorcarle ó llevarle al quemadero.

También fray Bernardo tuvo que acostumbrarse á aquella oscuridad.

Al cabo de algunos segundos oyó una exclamación de sorpresa.

Era Antonio, que habiéndole reconocido exclamaba:

—¡Fray Bernardo! ¡Vos aquí!... ¡Padre sapientísimo y santísimo!...

Y el pobre mozo se detuvo, no encontrando otro aumentativo digno de aquel jerónimo que le había dado de comer algunos meses.

El prior varió de táctica, dejándose reconocer y reconociendo al reo.

Es verdad que allí no iba como juez ni aun como religioso, sino como espía.

Esta circunstancia hizo que Antonio recibiese un alegrón.

¿Qué podía hacer allí el *buen jerónimo*, más que ocuparse de la salvación de su sobrino y de la suya?

El prior, antes de atacar, quiso introducirse en su ánimo de una manera suave y delicada, sorprenderle, para posesionarse de él por completo.

Y como su papel era el de espía, empezó mintiendo.

—Sí, mi buen Antonio, –dijo.—¿No me esperabas sin duda?

—Confieso que ni aun pensaba en vuestra reverencia.

—Pero ¿cómo es posible que faltase yo de aquí, sabiendo el peligro que corríais?

Y figurándosele que la palabra era algo fuerte, quiso enmendarla, diciendo:

—Es decir, peligro no...; la incomodidad de pasar aquí algunos días.

Ante aquella seguridad, Antonio respiró fuerte.

—¿Conque no corremos ningún peligro?—preguntó.

—No, gracias á haber interpuesto yo mi influencia.

—¡Ah señor!

Y el pobre Antonio, lleno de fe religiosa y de agradecimiento, besó las manos de aquel trapacero, que trataba de hacer creer que todos los días bajaba á ellas el Hijo de Dios.

El prior, empezando su plan de ataque, dijo con cierta familiaridad cordial:

—Yo no podía olvidar que se trataba de un sobrino y de un leal servidor... sin embargo...

—¿Sin embargo de qué?

—¡De haberme dado muy mal pago ambos á dos, picaruelo!

—*¡Mea culpa!*—exclamó Antonio, dándose golpes en el pecho, y creyendo que en los oídos de un fraile no sonaría mal un poco de latín.

—¿Tan mal trato recibíais allí?

Antonio suspiró acordándose del refectorio.

—¡Especialmente tú! —dijo el fraile, dándole un golpecito amistoso en la mejilla, que indicaba benevolencia.—¡Tú eres un diablillo!... ¡Cuántas veces vino á mí el lego encargado de la despensa, para decirme que le hurtabas los chorizos y los bollos..., que encentabas las fuentes de arroz con leche..., y que en cierta ocasión le propusiste matar uno de aquellos robustos gatos para comérosle estofado!... ¡En verdad que eres glotón y que nunca te ves harto!

—¡Ah señor!

—Yo pasaba por alto aquellos latrocinios culinarios, diciéndome: «¡Bah!... Es un joven robusto y fuerte... ¿Qué extraño es que le guste comer bien?»

—¡Vuestra reverencia ha sido siempre muy bondadoso conmigo! ¡Si supierais cuántas veces me he acordado de la despensa del convento!

—¡Y, sin embargo, renunciaste á aquellos bienes, que eran también espirituales, por correr aventuras que te han conducido aquí!

—¡Qué queréis, señor! Yo tenía gran apego á mi amo, y á mi amo le dió por mirar mucho los brazos y las piernas desnudas de las muchachas que lavaban en las cercanías...

—¡Visiones pecaminosas!

—¡Es cierto! Luégo mi amo no quiso conformarse con las penitencias que le imponíais...

—Porque ya había soplado en él el demonio.

—¡Puede ser! ¡Si yo lo hubiera sabido!...; pero

como le profesaba tanto afecto, no tuve inconveniente en seguirle...

—¡Al mundo, donde se pierden tantas almas!

—¡Y tan buenos refectorios!

—¿Sigues siendo tan glotoncillo como antes?

—¿De qué me sirve?... ¡Si supierais cuánta hambre he pasado!

—¡Porque has querido! Las puertas del convento están y estarán siempre abiertas para ti...; y no hablo de tu amo, porque ya tiene una carrera que seguir. Pero tú, que no eres militar, ni tampoco paisano..., tu situación es indefinible.

—¡Cuando llegan estos trances lo reconozco!

—En fin, vamos á lo que me importa. Vengo de ver á tu amo... ¡Pobre chico! ¡Me ha partido el corazón!... Preso aquí...; ¿y por qué?... por una imprudencia que yo me propongo arreglar: al fin y al cabo es mi sobrino.

—¡Un alma de Dios!

—¡Si no fuera tan calaverilla!... Pues diciéndole que venía aquí, me ha encargado que me reveles toda la verdad...

—¿A propósito del diablo?

—No se trata del diablo ahora.

—¡Ah! Pues ¿de qué?

—De lo que pasó en el camino de Hernani con aquel fraile franciscano... Ya sabes, con *mi primo Olavide*... ¡Qué imprudencia, sabiendo que iba á escaparse!

Antonio quedó mudo de estupor como su amo al

saber que se trataba de una cosa muy distinta de la que él creía.

Se les acusaba, por lo visto, de haber favorecido la fuga de Olavide.

Pero las últimas palabras del fraile, por lo imprudentes, le advirtieron el peligro.

Inmediatamente recurrió á su gramática parda, gramática que se aprende en Arévalo y en todos los pueblos del mundo, y de ella tomó su defensa.

Esta consistía en negar.

¿De qué conocía á Olavide, mucho menos yendo disfrazado de fraile?

En esto coincidió con lo que de él pensaba su amo.

Además, entonces vió por primera vez, ó creyó adivinar, que aquel prior se había vuelto muy melifluo hasta el punto de inspirar sospechas.

Muchas veces le había castigado en el convento, dejándole á pan y agua, por refrenar su gula, y cuando le daba en la cara, no golpecitos, sino verdaderos cachetes, era para hacerle daño.

Se le figuró capcioso su lenguaje, lo mismo cuando hablaba de su sobrino.

Recordó que al despedirle del convento lo hizo con frases duras, hablándole del infierno, y no del paraíso, y que hubo en su actitud ademanes que no correspondían á un pariente tan cercano, y menos á un religioso.

Todas estas reflexiones cruzaron por su mente con la rapidez del relámpago, y con esta misma rapidez hizo su composición de lugar.

Así es que replicó en seguida, viendo ya en el fraile un enemigo:

—Pero ¿qué es lo que os ha dicho mi señor?

Y su acento representaba el asombro.

—Me ha hablado de cuando os encontrasteis en tierra de Navarra á don Pablo Olavide, que huía á Francia disfrazado de franciscano, á quien acompañasteis hasta Hernani. Conviene que yo lo sepa, á fin de aconsejaros lo que debéis declarar, y preparar vuestra defensa.

Era imposible que su amo se hubiera confiado con tanta candidez á un religioso tan atrabiliario é intransigente, que se había permitido asistir al *autillo* de Olavide.

—No sé lo que mi amo quiere significar,—dijo.—En efecto, acompañamos algunas jornadas á un religioso, pero yo no puedo asegurar si era Olavide ó no, porque sólo le vi dos veces, y con aquel disfraz no pude reconocerle. Mi señor y él marchaban delante; así es que no pude enterarme de lo que hablaban, ni don Juan me lo dijo, luégo que nos separamos del religioso: hace tiempo que no me habla de su tío para nada; así es que me extraña que vengáis de su parte.

—¡Pues éste sabe más que el otro!—pensó el prior frunciendo el ceño.

Luégo añadió, fingiendo pesadumbre:

—¡Siento no inspirarte la confianza que he inspirado á mi sobrino!

—¡Cómo, señor! ¿Me hacéis la injuria de creer que

dudo de vuestras palabras? Digo que no las comprendo, y esto es todo; no niego el hecho: pudo haber sido muy bien don Pablo Olavide aquel falso religioso, pero ni le conocí, ni mi señor me habló de él.

Fray Bernardo llegó á dudar de la veracidad de la denuncia.

Pero había en ella tal copia de detalles, que la duda era imposible.

Más bien achacó lo que pasaba á malicia del amo y del escudero, por más que no se habían visto desde antes de entrar en la prisión.

Entonces, siguiendo en el mismo tono quejumbroso adoptado últimamente, prosiguió:

—Siento que con tu negativa hagas ineficaces mis buenos propósitos y qué comprometas á tu amo.

—¡Pero, señor, si no sé nada!

—Si fuera verdad lo que dices, ¿me hubiera hablado mi sobrino de ti?

—Pues siendo verdad, él debe tener más detalles que yo: por lo tanto, es inútil interrogarme.

—Lo dicho,—exclamó el prior:—¡son dos tunos redomados!

—¡Creed que yo no sé nada!

—¡Y que nada puedo emprender por vosotros!

—La verdad no es más que una.

—Ciertamente; creo que me la ocultas...; pero te advierto que la Inquisición tiene medios de arrancarla de los pechos más obstinados.

—¿Qué queréis decir?

—Me refiero al tormento.

—¡Gran Dios!—exclamó juntando las manos Antonio, que por primera vez pensaba en él.

—¿Sabes, desdichado, lo que es el tormento?

—Algo he oído hablar en mi pueblo cuando era pequeño... Un hacinamiento, una amalgama de hierro, madera y cáñamo amasado con fuego y agua, con lo cual hacen con un cristiano lo que los carniceros con las reses.

—Pues eso es lo que se aplica á los que no quieren confesar la verdad..., á los que, como tú, niegan.

—¿Y creéis que nos sujeten á tan bárbaro procedimiento?

—A tu señor no, puesto que ya ha confesado.

—¿Y á mí?

—A ti te aplicarán el tormento, y que, declares ó no, te ahorcarán después, porque un reo que se hace merecedor de esa pena, es tenido por contumaz.

—¿Y si confiesa?—preguntó Antonio, que iba ya á caer en el lazo.

—¡Ah! Entonces no.

Fué tal la alegría con que el fraile, creyéndose vencedor, pronunció estas palabras, que se vendió, confirmando á Antonio en lo que antes había pensado de él.

—¡Vamos, habla!—exclamó fray Bernardo con mal disimulada impaciencia.

—¡Pero si ya he confesado la verdad!

—¡Está bien!—dijo el prior, levantándose y apartan-

do la careta de mansedumbre que ocultaba la dureza de su rostro. - Queriendo salvaros, os perdéis... Nada puedo hacer por vosotros...; pero tu situación es aún peor que la de tu amo. A mi sobrino se le castigará, imponiéndole una leve penitencia, porque sobre haber confesado lo que hizo en Navarra, le abonan los lazos de parentesco; pero tú... ¡infeliz!

Antonio lanzó un gemido: el jerónimo prosiguió:

—¡Tú eres más digno de lástima! Después del calabozo, el tormento...; luégo, la horca...; luégo, el fuego eterno...

—¡El fuego eterno también!

—Que consume eternamente las almas de los que ocultan la verdad á los ministros de Dios, encargados de esclarecerla.

—¡Padre mío!

—¡Réprobo!

—¡Reverendísimo señor!

—¡Calla, impío!...

—Pero si yo...

—O si has de hablar, que sea para confesarme...

—¡Lo he dicho todo!..., ¡todo!...

—¡Maldiga Dios la hora en que penetraste en el hospitalario convento!...

—¡Oh, qué horror!

Y fray Bernardo salió airado del calabozo, cerrando la puerta con ímpetu.

El pobre Antonio cayó sobre la tarima que le servía de cama en un estado bien fácil de comprender.

—¡El tormento!—exclamaba, cubriéndose los ojos con ambas manos.—¡La horca! ¡El fuego eterno!... ¡Pues van á ponerme bueno!

Después pensó en lo comprometido de su situación.

No comprendía que se acriminase á un sobrino que favorece un poco la fuga de su tío.

Pero aun siendo esto así, cada vez tenía más por imposible que su amo se hubiese franqueado con el jerónimo, sabiendo quién era y cómo las gastaba.

En medio de su duda decía:

—Si yo, que tengo menos talento que mi señor, he olido el poste, ¿cómo es que él no lo ha adivinado? ¡No, es imposible!

Pero al mismo tiempo pensaba que en este último caso serían los dos reducidos á cuestión de tormento, puesto que, según afirmó el jerónimo, se consideraba á los reos como contumaces.

Antonio no entendía bien esta palabra; pero se le antojaba que *contumaz* quería significar más reos que otros que ya lo eran.

¡El tormento!... ¡Qué horror!

Había oído descripciones tremebundas del potro, del borceguí, del agua y del fuego

Creía que él no podría resistir su vista, y que confesaría la verdad á la menor rozadura de cuerdas.

Esto era lo mejor.

¿Qué habían de hacerles por eso? ¿Sobre todo á él? Si su amo le mandaba una cosa, no tenía más remedio que obedecer.

Él podía decir que estaba ignorante de que se trataba de una evasión, y que nunca presumió que había delito en que un sobrino favoreciese la vida de su tío.

A medida que avanzaba el tiempo, el estado del pobre mozo iba siendo más lamentable.

Acordábase de su niñez pasada en Arévalo, donde no había para él más tormento que el del hambre, y exclamaba:

—¿Por qué saldría yo de allí?

Luégo representábasele en su mente la despensa del convento, tan bien surtida de cuanto Dios crió, y se lamentaba de haber abandonado aquello por seguir á su amo.

Juan era para él su sombra negra, su perdición.

En el momento en que iba á maldecirle, se abrió la puerta, penetrando en el calabozo Juan de Zúñiga.

Iba tarareando una marcha guerrera, como si fuese el hombre más feliz del mundo.

Antonio no pudo menos de retroceder, creyendo de buena fe que se había vuelto loco.





CAPITULO V

Reunidos de nuevo.



QUELLA entrada obedecía á haber mudado de táctica por segunda vez el reverendo jerónimo.

Quería que los dos prisioneros estuvieran juntos, no por humanidad, no por dulcificar su suerte, sino por la idea de satisfacer su amor propio.

El calabozo que ocupaba Antonio tenía *escuchas*, es decir, unos agujeros disimulados en el muro, que comunicando con los de la derecha é izquierda, permitía que desde éstos se oyese cuanto pasaba en aquél.

De este modo quería probar á los familiares endu-

recidos en el oficio, aquel nuevo familiar, que un buen juez no necesita el tormento para nada.

El método era ya algo antiguo, puesto que antes de nacer fray Bernardo le habían usado otros inquisidores más hábiles que él.

A veces daba resultados, y á veces no los daba, según la malicia del reo, ó el oído del esbirro que escuchaba.

Pero juez en aquella causa, se obedecían sin vacilar sus decisiones.

Por eso los dos jóvenes, amo y criado, estaban juntos.

A lo menos iban á disfrutar aquel placer por espacio de algunas horas.

Cuando Antonio se apercibió de quien era el recién llegado, lanzó una exclamación de alegría, y eso que, según dijimos, estaba para maldecirle en aquel momento.

El fiel criado le abrió los brazos; él se dejó abrazar, y aun correspondió á aquella muestra de aprecio.

No hay como una prisión para nivelar todas las condiciones y dar al traste con la etiqueta y el respeto que inspiran las jerarquías.

—¡Querido señor!—exclamó Antonio.—¡Vos aquí!

—¿Y eso te admira? No hay por qué: á la Inquisición viene todo el mundo.

—¡Lo malo es que hayamos venido nosotros!

—Tienes razón, pero ya nos iremos, es decir, ya nos echarán fuera.

—He observado que veníais cantando: ¿acaso sois portador de alguna buena noticia?

—Ya sabes que es mi costumbre en las situaciones difíciles; por lo demás, no sé nada ni de bueno ni de malo.

—¡Pardiez! ¡No comprendo que se cante en la Inquisición no siendo esbirro!—exclamó Antonio con mal humor.

—Pues ¿qué quieres que haga? ¿No debe bastarnos nuestra inocencia para estar tranquilos?

Estas palabras las pronunció Zúñiga en un tono tan alto, que aun cuando su criado fuese sordo, le hubiera oído perfectamente.

Pero Antonio no se hizo cargo de esta circunstancia, y sólo atendió á su sentido.

—¡Nuestra inocencia!—exclamó lleno de admiración, quedándolo aún más al ver que su amo le hacía señas para que callase.

Aquél volvió la cabeza y registró el calabozo en todas direcciones, como sospechando que hubiese en él una tercera persona, aun cuando le constaba lo contrario.

Zúñiga avanzó hacia él, y posando sus labios sobre la oreja izquierda de su criado, le dijo con vez muy baja:

—Conviene disimular... Estamos espiados, y nos escuchan.

Antonio se estremeció, y volvió á mirar de nuevo á su alrededor, pero con espanto.

—¡No hay nadie! —dijo, creyendo que su amo soñaba.

—¡Imbécil! ¿No adivinas que este calabozo tiene comunicación con los de al lado?

—¡Ah!...

En efecto, la Inquisición las gastaba así; por eso llevaba aquel nombre: *inquiría* por cuantos medios estaban á su alcance, aun siendo reprobados.

Es decir, aquel tribunal no creía que era ilícito ninguno, con tal de que le condujese á un resultado práctico.

Zúñiga sabía algo de esto, y por el doble papel que había hecho su tío con él y con su criado, dedujo que al ponerlos juntos en un mismo calabozo, se trataba de sorprender escuchando alguna confianza íntima entre los dos.

Por eso fué el hablar en voz alta de su inocencia, recomendando á Antonio en voz baja que no se deslizase en lo más mínimo.

En efecto, su tío fray Bernardo había recurrido á ese medio, que no desdecía de un familiar del Santo Oficio, pero que era bastante vil tratándose del prior de una comunidad.

Él mismo había ocupado uno de los calabozos del piso superior.

En el techo del que ocupaban su sobrino y Antonio había un rosetón cubierto con un papel muy delgado, que permitía oir cuanto se hablaba.

Desde abajo era imposible adivinar nada.

Pero el buen prior ignoraba que su sobrino estaba al tanto de todo lo que pudiera pasar.

Así es que entró en el calabozo superior, llamado *escucha*, frotándose las manos con satisfacción por haber concebido un pensamiento del que lo esperaba todo; pero no tardó en salir de allí corrido, como un cazador entrampado por un conejo.

Una vez puestos de acuerdo amo y criado, medió entre ellos la siguiente conversación, aun cuando ignoraban que era el reverendo el que había robado su infame puesto á los esbirros.

—Indudablemente,—decía Zúñiga alzando la voz,—el tribunal ha sido mal informado, y yo estaba muy lejos de presumir, al encaminar á aquel pobre religioso franciscano, que iba á achacárseme á delito.

—¡Es verdad!—contestaba el taimado Antonio.—De lo cual se deduce que estamos en unos tiempos tan miserables, que es pecado hacer un favor, aun cuando se trate de un religioso.

—De todas maneras, algo hay de verdad en el hecho.

—¡Cómo! ¿Que nosotros hemos acompañado á vuestro tío don Pablo Olavide?

—No, porque harto sabes que eso no es cierto.

—Entonces, ¿qué verdad ha de haber en el hecho?

—Una coincidencia extraña.

—Veamos.

—Mientras nosotros hacíamos esa obra de caridad camino de Hernani, mi tío, bajo un disfraz idéntico, huía por aquellos mismos sitios.

—¡Oh! ¡Maldita casualidad!

—La única que podía favorecernos con su declaración era la Capitana; ella diría que...

—No prosigáis, señor. Para eso era preciso que esa mujer se entregase, consintiendo en ser ahorcada por hacernos un favor.

—¡Lo cual es imposible!

—¡Pardiez! ¡Lo creo! Esa mujer no se entregaría ni aun por salvar la vida á un emperador...; mucho menos tratándose de un oficial de guardias y de su criado.

A esto se redujo la conversación de ambos en aquella mañana, interpolada con algunos elogios al jerónimo, quien ahogaba los sentimientos que debían despertar en él los lazos del parentesco, tratándose de sobrino *tan amado, tan indigno de serlo*, en quien sospechaba que podía haber contribuído á la fuga de un hereje, sobre quien había recaído sentencia del tribunal.

Fray Bernardo salió de su observatorio, mohino y cabizbajo, como hemos dicho.

¿Estaba su sobrino en antecedentes de que era espiado? ¿Lo ignoraba?

En el primer caso, era inútil todo cuanto hiciese por sorprenderle; del segundo resultaba su inocencia.

La delación era explícita, y estaba confirmada por la fuga de Olavide.

El conde de la Estrella aparecía como autor; y aunque no la firmaba, la opinión pública le señalaba con el dedo.

Y el conde debía estar bien informado, puesto que á la sazón viajaba por el mismo territorio que seguía Olavide.

Era ya demasiada coincidencia que vistiese hábito de San Francisco, y que fuese acompañado por dos personas cuyas señas convenían con las de su sobrino y Antonio.

Al salir del calabozo el prior estaba perfectamente convencido de que Juan se había comido la partida, como vulgarmente se dice, esto es, de que sabía que era espiado.

Por lo tanto, pensaba en el tormento como único agente que debía ponerle en autos de verdad.

¡Pero el tormento tratándose de su sobrino carnal!

Pues bien, sí: ya lo hemos dicho antes de ahora.

Fray Bernardo era fanático, y en asuntos de religión hubiera dado tormento á su mismo padre.

Además, su amor propio estaba interesado: como familiar del Santo Oficio, se había hecho cargo de aquella causa, y no había más remedio que sacar todo el partido posible de las dos únicas personas que aparecían como reos.

Detras de él aparecían en la sombra los dominicos, que era la orden que más se mezclaba en asuntos

de Inquisición, los que ejercían el monopolio del tormento, los que trabajaban *pro domo sua*, como generalmente se dice.

Los dominicos le espiaban en la sombra, le señalaban con el dedo, acaso se reían de él...

¡Oh! ¡Qué vergüenza se desprendía de aquellas carcajadas para el pobre jerónimo!

No hay cosa más terrible que el amor propio de un fraile.

El prior estaba en el caso de dar tormento á medio Madrid, sin parar mientes en que uno de los *agraciados* fuese su sobrino.

Aquella noche el pobre Antonio durmió relativamente tranquilo, puesto que además de las ratas le acompañaba su amo.

Muy cerca uno de otro para no ser oídos, aunque era ya precaución inútil, y hablando en voz sumamento baja, mantenía el siguiente diálogo:

—¿Por qué estás tan inquieto, imbécil? —le decía su amo.—El aire de tus suspiros va á ser causa de que coja una pulmonía.

—¡Ay, señor! Suspirar es lo menos que puedo hacer. Dejad que desahogue la angustia de mi pecho.

—¡Angustia! ¿Y por qué? ¿No me ves á mí?

—¡A la verdad que envidio vuestra tranquilidad! ¡No hay pena que haga mella en vos! Y nadie que os viera diría que estabais próximo á sufrir el tormento.

Zúñiga soltó una carcajada, exclamando:

—¡El tormento yo! ¡Estás loco!

—Confíais en vuestro tío, y hacéis mal. Fray Bernardo tiene que tomar la revancha de vuestra huída del convento... Y el hombre que hace algunos años os impuso el cilicio por penitencia, tratándose de una falta leve, cual era recrearos en las formas de una lavandera que no las tenía malas, no vacilará ahora en aplicaros el potro.

—Todo eso sería muy bueno si yo no contase con un protector que puede más que mi tío.

—¿Pensáis aún en el diablo?

—¡Más que nunca! ¿Me ha negado alguna vez su protección?

—¡Qué queréis que os diga!... No me fío del todo. Debía empezar por ahorrarnos estos sustos... Ese sería el verdadero modo de protegeros.

—Pero ¿no comprendes que ha de resaltar más su ayuda cuanto mayor sea el peligro?

—Lo que comprendo es que la Inquisición anula su poder..., y que no puede llegar hasta aquí.

—¡Cómo!

—Muy sencillo, señor. ¿No está condenando la Inquisición todos los días como hechiceros á muchos que tienen pacto con él? Y ¿qué sucede? Que los quema bonitamente, sin que el diablo diga: «Esta boca es mía, ni esta alma me pertenece.»

Juan se rascó la oreja: aquélla era una razón de peso que no tenía réplica.

Sin embargo, contestó:

—Digas lo que digas, no podrás convencerme de

que el diablo me deja aquí á disposición de mi tío.

—Pues ya tarda, si ha de hacer algo por vos.

—Es tal la fe que tengo en su protección, que aun estando en el tormento me verías reirme de mis verdugos.

—¡Lo creo, señor! No he olvidado que esta mañana habéis entrado aquí cantando.

—En fin, durmamos.

Algunos minutos después se oía en el calabozo la respiración lenta, acompasada y tranquila de Juan Zúñiga.

Antonio no pudo imitarle en toda la noche, que se la pasó suspirando.

Había una razón para ello. El pacto con el diablo era enteramente personal, y sólo se refería á su amo, que era el que podía dormir á pierna suelta.





CAPITULO VI

¡Cuánto has tardado, imbécil!



MANECIÓ el siguiente día, por más que en aquel sitio reinase aún la oscuridad de la noche.

La luz penetra lo más tarde posible en los calabozos, como si se retrasase á intento por temor de decir al reo que cuenta un día menos.

Así es que cuando se abrió la puerta de la prisión, y Antonio recibió de un esbirro la orden de seguirle, no pudo menos de exclamar:

—¡Ni aun espera la salida del sol esta gente!

No obstante, al atravesar el patio vió la luz, quedando convencido de su error.

Antes de salir fuera echó una ojeada sobre su amo, que reposaba tranquilo en su tarima de madera, como sobre un lecho de plumas.

No quiso turbar aquel sueño feliz, contentándose con envidiarle.

—Dejémosle que duerma como un bienaventurado, —se dijo. —¡A lo menos le ahorro algunos instantes de dolor!

Durante su travesía por pasadizos y escaleras, dirigió algunas preguntas á uno de sus guardias sobre el objeto de su matutina satida.

Pero aquél no dió la más leve señal de oirle, haciendo pensar á Antonio en la posibilidad de que fuese sordo.

Por último, fué introducido en un gran salón, cuyo aspecto le hizo estremecer.

Era el del tormento.

Por todas partes se veían instrumentos de tortura, máquinas complicadas, cuerdas, volantes y travesaños, cuyo uso desconocía, pero no hasta el punto de que no le hicieran estremecer, como se estremece uno en un camino solitario ante una persona de mal aspecto.

El infeliz hubiera dado cualquier cosa por estar en aquel instante á pan y agua en el monasterio de San Jerónimo, por más que el cilicio amenazase sus carnes.

Aquello era tortas y pan pintado con lo que le esperaba.

Porque, según él creía, pensando con lógica, no le habrían llevado allí para darle rosquillas.

En uno de los testeros de aquel lúgubre salón estaba el prior de San Jerónimo, acompañado de un escribano y otra persona cuyas funciones desconocía.

Era el médico á quien tocaba de turno para poner el *veto* al brazo de la ley, cuando no convenía que se adelantase el de la muerte sobre la víctima.

En el extremo opuesto, perdidos en la sombra, y sobre un lío de cuerdas de cáñamo, rumiaban tres sayones en el mayor silencio un desayuno que á Antonio se le figuró procedente de alguna de las calderas del infierno.

En aquellas latitudes todo tenía un aspecto sombrío, como si se hiciera adrede para amedrentar á la víctima.

Nadie creería que en aquel sitio y delante de tan asquerosos instrumentos se pudiera comer.

Antonio fué conducido á la presencia de fray Bernardo.

Sus hábitos blancos parecían manchados de sangre. El jerónimo estaba grave como los pensamientos del reo.

Había desaparecido de su rostro aquel aire de gato complaciente con el que pretende tranquilizar á los ratones, de que había hecho uso con él el día anterior.

Debía estar dispuesto á todo.

En efecto, era así.

Sólo que fray Bernardo guardaba una consideración tácita á su sobrino.

Quería ver si declarando su criado, podía ahorrarle el tormento.

Antonio pensaba precisamente lo contrario, diciéndose que en todos los actos de la vida el amo debe ir delante del servidor.

Pero sin duda la Inquisición lo estimaba de otro modo.

El pobre mozo hubiera querido en aquel crítico momento ser sobrino del reverendo prior.

Nunca llueve á gusto de todos.

El jerónimo abrió los labios causándole un verdadero estremecimiento con estas palabras:

—Por todo lo que te rodea debes comprender á lo que eres aquí conducido.

Y el religioso señalaba á todos los instrumentos de tortura.

Antonio exhaló un profundo suspiro, que, traducido al castellano, quería decir:

«¡Sé que lo que se pretende de mí es reducirme á picadillo!»

Y no debía presumir otra cosa, recordando que el día antes le había hablado del tormento en este mundo, y del fuego eterno en el otro, ni más ni menos que pudiera haberlo hecho un dominico, pues los individuos de esa religión debían tener espías en el infierno, según lo bien informados que estaban de cuanto pasaba en sus profundidades.

El jerónimo volvió á hacer uso de la palabra en estos términos:

—Puedes ahorrarte los dolores que te esperan, confesando la verdad de todo lo que ha pasado en el camino de Hernani.

Aquella proposición era tentadora, y tal vez Antonio lo hubiera hecho así.

Pero acordóse de que comprometía á su amo; además, abrigaba una esperanza.

La de que el prior sólo trataba de amedrentarle para hacerle hablar.

No comprendía que usara de tanto rigor con él un hombre á quien había oído hablar tanto en el monasterio de la caridad cristiana.

Y no era muy caritativo que digamos el atormentar su cuerpo, sobre todo cuando se trataba de un hecho que, á su juicio, no constituía un crimen.

Por lo tanto, se refirió á lo que ya había dicho el día anterior, asegurando, esto lo hizo el miedo, que bien podía ser Olavide aquel padre franciscano; pero que él no le conoció con el hábito, ni se enteró de lo que hablaban su amo y él, á causa de caminar él detrás, á la distancia que exige el respeto.

—Pero según tengo entendido,—repuso el religioso,—tu amo no guarda secretos para ti.

—Me honra, en efecto, con su confianza, cuando se trata de asuntos que no alcanzan á un tercero; además, en el caso presente, y conociendo mi discreción, creo que me hubiera revelado que se trataba de

su tío don Pablo; no lo hizo así: luego no se trataba de él, ó pensó otra cosa.

Hubo un momento de pausa que el prior empleó en reflexionar tal vez.

En cuanto al escribano, con muy poca reverencia hacia el familiar, tecleaba con los dedos sobre el negro tapete de la mesa, como quien dice: «Estamos perdiendo un tiempo precioso.»

En cuanto al pobre mozo, tendió sin querer una mirada por el salón.

Se le figuraba que todos aquellos horribles objetos que pendían de las paredes, y ocupaban el pavimento, se movían á impulso de un soplo de labios invisibles, y tomaban las formas de monstruos espantosos que abrían sus fauces para devorar los miembros de cuantos tuviesen la mala suerte de entrar en aquel antro, empujados por lo que el Santo Oficio denominaba *justicia*.

Por fin el prior rompió aquel silencio enojoso, que en nada tranquilizaba el ánimo, y dirigiéndose á Antonio, le habló así:

—Veo que por el camino que tomas persistes en la perdición de tu cuerpo, procurándote en seguida la del alma.

Estas palabras eran muy graves.

Procurarse la perdición del alma cuando uno está sano y bueno, es muy mala señal, mucho más cuando padece persecución por la justicia.

Antonio exhaló otro suspiro: había perdido ya la

cuenta, añadiendo luégo con voz de órgano desafinado:

—Pero ¿qué quiere vuestra merced que yo haga?

—¿No te lo he dicho? Confesar la verdad... Así te ahorrarás la tortura, y á nosotros el espectáculo de ver tus gestos.

Estas últimas palabras no eran muy cristianas para un sacerdote, sobre todo por el tono con que fueron pronunciadas.

En efecto, parecía tratarse de evitar un espectáculo fastidioso, más bien que de impedir los dolores del reo.

Este, como si adoptase una resolución repentina y enérgica, exclamó, apretando los puños:

—¡Qué empeño en que diga lo que no sé!

—El tormento te hará más comunicativo.

Esto pareció ser una señal.

Los que almorzaban se levantaron; uno de ellos avanzó á una regular distancia de la mesa, y se detuvo, como esperando órdenes.

—Emplead el agua,—dijo el prior.—Recuerdo que cuando este mozo estaba en el convento, la hacía ascos. Esto le enseñará que es mejor servir á los frailes de San Jerónimo que á los oficiales de guardias.

Los esbirros se apoderaron de Antonio, empezando á desnudarle.

El infeliz, poco práctico en aquellos ejercicios, creyó que se trataba de un baño, y pensó:—«No estando el agua demasiado fría ó demasiado caliente, no veo la crueldad de este tormento.»

Sin embargo, al ver que le despojaban de medio cuerpo arriba, sospechó que el baño fuese parcial, introduciéndole por la cabeza.

Esto complicaba algo la situación, no teniendo los órganos respiratorios en los pies.

Su inquietud aumentó; cuando le sentaron en el sillón fatal, atándole fuertemente.

Vió un embudo, dos grandes cubos y varias jarras llenas de agua.

Entonces, todo apareció claro á sus ojos: se trataba de hacerle beber á la fuerza.

Al aplicar el embudo á sus labios, exhaló un grito, exclamando luégo:

—No, no... ¡Yo hablaré!

—¡Loado sea Dios!—exclamó el jerónimo, sonriéndose con beatitud.

Y se levantó seguido del escribano, que debía extender la confesión del reo.

En aquel momento apareció un portero, entregando al prior un pliego abultado, en cuyo sobre se veían las armas del Santo Oficio: llevaba además el carácter de urgente.

Antonio miraba á todos lados; tal vez tenía miedo de que apareciese su amo, reprochándole su cobardía.

Sus miradas se fijaron en el fraile, que á medida que avanzaba en la lectura del pliego, iba perdiendo el color.

Cuando llegó al fin exhaló un suspiro: en seguida entregó el papel al escribano, quien le leyó á su vez,

manifestando la misma profunda emoción que se retrató en el jerónimo.

Después se cruzó entre ambos el siguiente diálogo:

—¡El rey lo manda!—dijo el escribano encogiéndose de hombros.

—¿Creéis que esto hace honor á la corona?

—Sólo creo que es preciso obedecer.

—Es verdad; pero la religión... ¡Oh! ¡ya no estamos en aquellos *felices* tiempo del gran Felipe II, en que la carne humana se quemaba en montón para la salud de las almas!... Ese decreto es un aluvión de agua vertida sobre las hogueras del Santo Oficio, que no tardarán en apagarse...

—¡Es verdad!... pero el rey lo manda.

—Obedezcamos.

Y dirigiéndose á los esbirros que custodiaban á Antonio, les dijo:

—Soltadle.

El pobre mozo no se regocijó gran cosa, pensando en que sólo se trataba de un aplazamiento.

Harto sabía que la Inquisición no solía renunciar á su presa.

Pero su asombro rayó en lo imposible cuando oyó que el jerónimo prosiguió, aunque con pena:

—¡Vete..., estás libre!

Los esbirros se miraron también unos á otros: Antonio, dando con el pie en el suelo, exclamó, dirigiendo al fraile una mirada dura:

—¡La chanza es pesada!

—¡Vete!—repuso aquél, volviéndole la espalda.

—Pero... ¿es verdad?

El jerónimo ya no le escuchaba: salía del salón.

Entonces Antonio dió dos pasos hacia adelante, se detuvo, y volvió la cabeza.

Los sayones seguían en su puesto, sin pensar en detenerle.

El infeliz debió sentir en las rodillas algo como un muelle, que le impulsaba, y echó á correr.

No sabía adónde iba, pero tampoco tuvo que preguntar.

Su instinto le condujo hasta la puerta de la calle, donde le esperaba su amo, silbando tranquilamente.

Al verle, exclamó:

—¡Cuánto has tardado, imbécil!

En seguida amo y criado tomaron el camino de su casa.





CAPITULO VII

El rey lo manda.



o que acababa de pasar era un triunfo que las doctrinas que se iban desarrollando poco á poco en aquel feliz reinado alcanzaban sobre la Inquisición.

Indicaba dos cosas: el estado de los ánimos y los vuelos que había ido adquiriendo el Santo Oficio, cuyo tribunal, separándose del fin para que fué instituído, conocía ya de asuntos enteramente civiles, que no se rozaban para nada en cuestiones de fe.

El terreno estaba bien preparado, y de este recurso habían echado mano las personas que se interesaban por la suerte del joven oficial.

Aquel grupo, muy compacto, si no muy numeroso, tenía por jefe de su iglesia al doctor Estrañi.

Era una verdadera conjuración.

Juan de Zúñiga había sido el pretexto para que luchasen dos poderes que se rechazaban.

La Inquisición y la corte.

Sólo que ésta, aun cuando esperaba triunfar, no creía que su triunfo iba á ir tan lejos, ni que sus consecuencias fueran tales.

Las damas no se apoyaban en una idea política, sino sólo en la simpatía que las inspiraba aquel joven que había pedido protección al espíritu de las tinieblas.

Se trataba de arrancar á la Inquisición una víctima que no le pertenecía.

Nadie dudaba de que el delator que suscribió el anónimo hubiese dicho la verdad.

Pero esta verdad enaltecía á Zúñiga en vez de detractarle.

Debía á su tío todo cuanto era, pues Olavide fué el que le hizo ingresar en la guardia valona.

Se le había encontrado casualmente sin ir á buscarle, en medio de un camino por donde aquél huía, solo y enfermo.

¿Iba á negarle el saludo, apartándose de él como de un leproso de la edad media?

Y de saludarle, iba á llamar al primer ministril que se encontrara para ponerle en su poder, y entregársele á la Inquisición atado de pies y manos?

Esto hubiera sido inicuo, tratándose de un caballero, y Zúñiga había demostrado en diferentes ocasiones que lo era.

Además, la religión no aconseja que se reniegue de los lazos de la sangre para cometer bellaquerías.

Si el Santo Oficio pensaba así, mantenía una doctrina contraria á la que el deber aconseja, y se ponía enfrente de la religión.

Tanto peor para el tribunal.

Pero al mismo tiempo no era justo que un caballero fuese víctima de sus iras.

El carácter de la denuncia, que todos atribuían al conde, decía á las claras que se trataba de algo vergonzoso.

Iba sin firma.

Su autor no había querido cargar con la responsabilidad de aquel escrito, y la Inquisición, al admitir anónimos por el estilo, se ponía al nivel de la sombría república de Venecia.

Sólo le faltaba poner en su negro palacio de la calle de Torija aquel siniestro león conocido en Venecia por *la boca de las denuncias*.

Toda esta serie de consideraciones, que recogió el doctor de las damas de palacio, las expuso ante la bondadosa María Amalia, valiéndose de la influencia que tenía.

—¡Es una cosa grave!—le decía la reina, á lo que contestaba el doctor, valiéndose de sus mismas palabras:

—¡Y tan grave, señora! ¡Como que se trata de un oficial del rey!

—No quiero decir eso...

—Ya sé lo que vuestra majestad quiere decir: que si se da el triste precedente de que el caballero Zúñiga sea castigado por lo que ha hecho, ó se supone, en adelante está uno en el caso de desconfiar de sus deudos, de sus hermanos..., hasta de su mismo padre, si la Inquisición sienta como principio que una sospecha puede estar por encima de todo eso, que es tan sagrado.

—Pues con todo, doctor, no expresáis mi pensamiento. Os decía que es muy grave arrancar á la Inquisición una víctima á quien cree necesario castigar.

—Pues si es víctima, ya no merece castigo; en este último caso, sería reo.

—Vamos, Roberto, os valéis de la circunstancia de que yo no me expreso bien en español.

El doctor se estremeció de alegría.

Cuando la reina le llamaba por su nombre de pila era cuando más conforme estaba con sus opiniones.

Ya era un triunfo el que acababa de obtener.

Inmediatamente replicó:

—Señora, el preso pertenece á los ejércitos del rey, y el rey es el encargado de castigarle, si lo cree justo. No hay delito en la acusación; se trata de haber acompañado á un pariente, que pudo muy bien no haberle revelado que iba huyendo, y que de fijo sería así, puesto que Olavide conoce bien á la Inquisición; pero

aun cuando existiera verdadero delito, no es de la competencia del Santo Oficio, puesto que no se relaciona con la fe.

—¡Es cierto!—dijo la reina asintiendo.

—Celebro que su majestad lo reconozca así.

—Pero, en suma, ¿qué es lo que queréis, doctor?

—Ya reconocerá su majestad que ese joven es mi protegido.

—En efecto...

—Pues bien: es muy lógico que yo impetre en su favor las bondades con que vuestra majestad me distingue.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Hablar al rey, y valiéndose de la influencia que vuestra majestad ejerce, inclinar su real ánimo á la clemencia.

—No me opongo á lo que deseáis, aunque desconfío del éxito; si no se tratara de amenguar los fueros de ese tribunal...

—Todo lo espero de vos, señora.

Aquella misma noche habló María Amalia con su esposo, á quien encontró completamente decidido á favor del joven oficial.

Por la conversación anterior con Estrañi, ya hemos visto que ella esperaba todo lo contrario; así es que en su deseo de servir al doctor, y además porque

sus simpatías, como todas las de la corte, estaban al lado de Zúñiga, quedó agradablemente sorprendida.

Esto era muy lógico, después de lo que acababa de pasar aquella misma mañana.

Para explicarlo es preciso que nos remontemos algunos años antes, aunque hablaremos muy sumariamente, porque no tratamos de explicar historia en estas páginas.

Los abusos del Santo Oficio, inmiscuyéndose en asuntos que no eran de su competencia, habían dado lugar á una pragmática llamada *Régium exequátur*, que se promulgó en tiempo del ministro don Ricardo Wall.

Era un acuerdo del Consejo, sancionado por el rey, en el que se ponían las cortapisas convenientes al Santo Oficio, disponiendo que todo breve, bula, rescripto ó carta pontificia, sea cual fuere la dirección que llevase, no se publicara sin ser examinada por el rey ó su Consejo, quien ó quienes darían ó negarían su visto bueno.

Se extendía después en consideraciones sobre prohibición de libros ó papeles, mandando que la Inquisición oyera antes la defensa de sus autores.

Aquella pragmática terminaba con estas enérgicas palabras:

«Y advierto al nuncio y al inquisidor general lo que »les toca, contentándose con las precedentes demos»traciones de mi desagrado sobre el suceso en que »tuvo origen mi presente determinación.»

El origen á que se hacía referencia era á haber condenado el papa Clemente XIII una obra del sabio abad Mesenghir, titulada *Exposición de la doctrina cristiana, ó Instrucción sobre las principales verdades de la religión*, de la cual el inquisidor general de España, don Manuel Quintana Bonifaz, arzobispo de Farsalia, expidió el edicto condenatorio, repartiéndole por comunidades, parroquias y tribunales.

Esto ocasionó una carta del ministro de Estado don Ricardo Wall, mandándole suspender la publicación del edicto, por no haber contado antes con el Consejo.

El rey le desterró á doce leguas de la corte, y puesto el caso en conocimiento del Consejo, originó el documento de que acabamos de hacer mención.

Las intrigas de Roma, que en aquella ocasión se valió del confesor del rey, hicieron más tarde que quedara en suspenso la ejecución del *Régium exequátur*, lo cual fué una de las causas para que el ministro de Estado presentara su dimisión.

Grimaldi y Esquilache, que le sucedieron, eran muy poco afectos al Santo Oficio, reconociendo en él una rémora para todo lo que fuese adelanto moral y material de la nación, cosa que entraba en los principios de Carlos III.

Acababa de resolverse el célebre expediente del Obispo de Cuenca, don Isidro Carvajal y Lancaster, qnien, en una carta que escribió al padre Elete, confesor del rey, decía, entre otras cosas, que *ya sus pro-*

nósticos se habían cumplido, que *la España corría á su ruina*, que *el reino estaba perdido sin remedio humano*, y que todo esto procedía *de la persecución que sufría la Iglesia, saqueada en sus bienes, ultrajada en sus ministros, atropellada en sus inmunidades...*

En tal estado las cosas, presentóse el caso de Juan de Zúñiga.

Aquél era un buen pretexto para satisfacer al ex ministro de Estado don Ricardo del Wall, y vengarse de su derrota.

Los ministros estudiaron el caso.

Se trataba de un oficial del rey á quien la Inquisición, después de secuestrarle en sus cárceles, se proponía aplicar el tormento, por una acción que no constituía delito, ni estaba suficientemente probada, pues no había más que un papel sin firma que dijese que el joven había facilitado la huída de su tío.

Además, el oficial había sido evidentemente calumniado días antes, suponiéndole en connivencia con una partida de salteadores, para robar unos caudales, que había defendido y conducido sin ser su obligación.

Aparte de esto, constaba que era un oficial pundonoroso, que tenía á su lado la opinión pública y la de toda la corte.

El hecho de que se le acusaba redundaba en honra suya á ser cierto.

Por lo tanto, la ocasión estaba bien escogida para dar un buen golpe al Santo Oficio en sus cimientos.

Los ministros lo reconocieron así, y hablaron al rey, pintándole el caso como una ofensa hecha á la majestad, puesto que se trataba de un oficial de su casa.

Por eso María Amalia encontró á su esposo en tan buenas disposiciones de clemencia para el recomendado del doctor.

Este esperaba á la cabeza de las damas la salida de la reina de la regia cámara.

Las había hecho partícipes de sus esperanzas, diciéndolas la parte que María Amalia tomaba en la suerte de su protegido.

Pero de todas estas cosas se reía como un bienaventurado el conde de la Estrella, creyendo que su delación tendría más fuerza que todas las intrigas empleadas para salvar á su enemigo.

Y era que el conde, lo mismo que las damas, ignoraban que los ministros habían tomado por su cuenta aquel negocio, dándole cierto carácter político contra la Inquisición.

Al abrirse la puerta de la cámara para dar paso á la reina notóse cierto movimiento en aquel escuadrón femenino, capitaneado por un doctor.

Las más observadoras advirtieron que el semblante de su majestad estaba más risueño que de ordinario, lo cual era buena señal.

Estrañi se adelantó á una seña que hizo María Amalia.

—Tenéis suerte, doctor,—dijo ésta.

—Es que sé escoger las personas que me la procuran, señora.

—Poco he tenido que poner de mi parte para lograr que el rey atienda á vuestro recomendado; no sé detalles, pero puedo aseguraros que Zúñiga no tiene nada que temer.

A estas palabras, que oyeron perfectamente las damas, siguió un entusiasta grito de «¡Viva el rey!»

—¡Silencio!—exclamó la reina con familiar acento. —¡Mi esposo va á creer que yo también conspiro!

Las damas señalaron con el dedo á un hombre que huía de la habitación como un cuerpo de ejército que se ve perseguido de cerca y deja en el campo armas y bagajes.

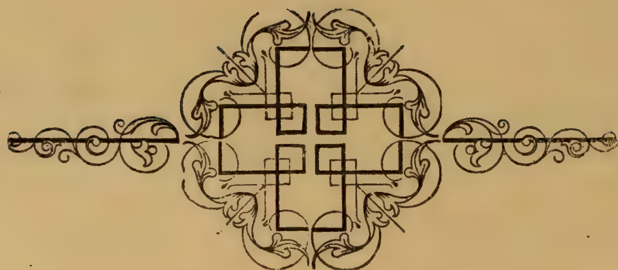
Era el señor conde de la Estrella, que ya no reía como un bienaventurado, sino que, por el contrario, juraba en voz baja como un demonio.

Al día siguiente se puso nuevamente en vigor el *Regium exequátur*, en otra forma, adicionado con una real cédula aclaratoria, entre cuyas cinco disposiciones se leía la siguiente...

«Que las prohibiciones del Santo Oficio se dirijan á los objetos de desarraigar los rigores y supersticiones contra el dogma, al buen uso de la religión, y á las opiniones laxas que pervierten la moral crisiana.»

Al mismo tiempo se mandaba poner en libertad al teniente de guardias don Juan de Zúñiga y á su criado, sin que fuesen molestados en lo más mínimo.

Era preciso que Antonio creyese un poco en la protección del diablo, que debía valer algo, para haber impedido que los esbirros del tribunal le diesen algunos cuartillos de agua en ayunas, á guisa de aguardiente.





CAPITULO VIII

Amo y criado.



UAN de Zúñiga y su fiel servidor Antonio caminaban en silencio hacia su casa de la calle de Segovia.

En silencio, sí.

Después que se corre un riesgo inminente no hay ganas de hablar.

Parece que está uno aún rodando por la pendiente del abismo, ó entre las garras de las fieras, y le asusta cualquier cosa, hasta el eco de su voz.

Antonio volvía maquinalmente la cabeza hacia atrás, admirándose al ver que no eran perseguidos por nadie, ni aun por el edificio de donde acababan de salir.

Después miraba al cielo y aspiraba el aire con fuerza, para convencerse de que no era mentira lo que pasaba.

Únicamente al fijar las atónitas miradas en su amo, sentía cierto calor en las mejillas y cierto escarabajeo en la conciencia.

Había estado á punto de delatarle por haber facilitado la fuga de Olavide.

Hubiera hablado, sí, con tal de sustraerse al tormento que le preparaban.

Cinco minutos más, y todo estaba descubierto; mas que luégo se hubiera desgarrado la propia lengua con dientes y muelas.

Por fortuna su amo lo ignoraba; podía venderle como bueno un sacrificio que estaba muy lejos de hacer.

Antonio se creía ya invulnerable.

En efecto, salir ileso, sin un rasguño, de entre las garras de la Inquisición, equivalía á estar hecho á prueba de todos los peligros imaginables.

Una vez en su casa, donde se lo encontraron todo como lo habían dejado días antes, se le ocurrió á Zúñiga una necedad bien natural, que puso en seguida en conocimiento de Antonio, diciéndole:

—La Inquisición tiene prácticas groseras; nos echa á la calle á las nueve de la mañana, sin darnos de al-

morzar. ¿No te parece esto nauseabundo para un tribunal que dispone del dinero de sus víctimas, cuyos bienes se apropia?

—Señor, confieso que una vez comunicada la orden de mi libertad, yo no me hubiera detenido allí á comer ni una miga de pan, aunque luchase con un hambre de una semana.

—Pero ¿y ahora?

—Ahora es distinto: el aire de la libertad abre el apetito de una manera formidable.

—¿Es decir que comerías algo?

—Y aun *algos*, como decía cierto escudero de cierto caballero andante, á quien procuro imitar lo que puedo.

—Pues bien: en ti consiste que ambos satisfagamos esta necesidad.

—¿En mí?

—Me parece.

—¡Ah señor! ¡No podéis formar idea de lo aficionados que son al dinero los ministriles del Santo Oficio! La pequeña cantidad que poseía pasó á sus bolsillos la noche en que me prendieron..., y hoy, al salir, no me la han devuelto, tal vez por olvido.

—¿Es decir que estás sin blanca?

—¡Con harto sentimiento de mi corazón y de mi estómago!

—¡Pues no es posible que estemos sin comer hasta que yo cobre mi paga!

—¡Qué ha de ser posible, si faltan catorce días!

En aquel instante llamaron á la puerta.

Antonio dió un salto hacia atrás, exclamando:

—¡Si vendrán otra vez á prendernos!

Pero obligado por su amo, fué á ver quién era el que llamaba.

Apenas abrió la mirilla cayó á sus pies por la parte de dentro un pliego y una bolsa, mientras llegaban á sus oídos estas palabras, que no era la primera vez que oía:

«¡De parte del diablo!»

—¡Señor, señor!—gritó Antonio levantando del suelo ambas cosas.

—¿Qué sucede?—preguntó Juan, presentándose en la puerta de la habitación.

—¡Que el diablo os manda su consabido regalo!... ¡Vaya si os quiere el condenado!

Juan abrió el pliego.

Era un despacho de capitán, concedido y firmado por el rey.

Amo y criado quedaron suspensos.

—¿Conque en vez de castigaros os premian?—exclamó el último.—¿Es decir que el rey mira como virtud lo que la Inquisición califica de delito?

—Espera; veamos lo que me dicen aquí.

Al pliego acompañaba una carta sin firma, que expresaba lo siguiente:

«Como creo que vuestros recursos se habrán ago-»tado estos días, os adelanto cien doblones; además es »casi seguro que emprendáis muy pronto un largo

»viaje: hoy á las doce en punto os espera en su casa el »ministro de la Guerra; no faltéis, porque es cuestión »de disciplina, que os interesa.»

—¡Cien doblones!—exclamó Zúñiga, pensando en el almuerzo.

—¿Un largo viaje?—salmodió Antonio.—¿Si nos desterrarán otra vez?

—¿Y para eso habían de premiarme con un grado?

—¡Quién sabe!... A los pavos se les da muy bien de comer para matarlos luégo.

—Ea, no pasemos el tiempo entre lloriqueos; almorcemos, y luégo veré lo que me quiere su excelencia.

—Señor, yo soy de opinión de que dejemos el almuerzo para lo último, por si acaso nos dan alguna mala noticia.

—Haz lo que quieras, pero hasta las doce faltan dos horas, y yo no estoy tanto tiempo sin almorzar.

—Vamos, pues; todo se reduce á que volvamos á almorzar luégo, si la noticia es buena.

Al poco tiempo ambos entraban en la hostería.

Antonio se desquitó ampliamente de los tres ó cuatro días que había pasado en la Inquisición.

Es decir que almorzó por cuatro.

A las doce menos cuarto partió Juan; su criado debía esperarle allí.

Durante su ausencia, y comparando el vino que allí servían con el agua que daban en la Inquisición, no pudo menos de celebrar el chasco que se había lle-

vado el reverendo prior de los jerónimos, teniendo que echarle á la calle cuando más creía atormentarle.

—¡Santo varón!—murmuraba,—¡á mi amo el cilicio y el *in pace*, á mí el agua!... ¡y me aseguraba que siempre tendría abiertas las puertas del monasterio, y una celda á mi disposición!... Se lo agradezco mucho, pero no pienso utilizar sus servicios.

No dejaba de preocuparle aquello del viaje largo á que se refería la carta que acompañaba al despacho de capitán.

Antonio era muy amigo de la quietud y poco aficionado á la locomoción; la vida del convento, sin castigos, le entusiasmaba: aquel reposo que iba desde el refectorio á la cama, en busca de una buena digestión proporcionada por un buen sueño, era á todo lo que aspiraba en el mundo.

Pero tenía que contentarse sólo con el deseo; precisamente vivía en el elemento contrario, como son las armas.

Era preciso resignarse con su suerte, y no pedir gollerías al destino.

¡Dichoso el hombre si obtiene nada más que la mitad de lo que desea!

La ausencia de su amo no fué muy larga; sólo duró una hora.

Regresaba muy contento, y por primera providencia mandó sacar una botella del mejor vino que hubiera en la casa.

Aquello lo tuvo Antonio por de buen augurio: cuando se pide vino bueno es para celebrar una cosa buena también.

Por último, la esfinge movió los labios, diciendo:

—Antonio, mi querido Antonio, ¿no has soñado alguna vez con ese país que por mar tiene finísima arena, que parece polvo de oro, donde el sol incendia con haces de rayos que hacen desarrollarse las plantas en muy pocos días, adquiriendo las especies magnitudes colosales; donde hay palmeras que brindan fresca sombra y sabroso fruto; donde canta el bulbul en la enramada, y donde las mujeres de color de azabache lanzan rayos de pasión y miradas húmedas y voluptuosas, adelantando sus gruesos labios en demanda de un beso?

En aquel trozo de ardiente poesía creyó adivinar Antonio que su amo estaba loco, ó que el vino del almuerzo se le había subido á la cabeza.

Pero era forzoso contestar á la pregunta.

—Pues bien, señor,—le dijo:—mis sueños geográficos no han pasado de Arévalo.

Juan hizo un gesto de disgusto; después, como dirigiéndose á sí mismo, prosiguió:

—Pero ¿qué ha de soñar una naturaleza tan grosera, cuyos goces no pasan de un plato de guisado y una botella de aloque?

—Pero, señor, ¿á qué viene?...

Juan prosiguió, exaltándose siempre:

—Ese país en que hay mujeres á quienes amar, en el que el camello conduce las caravanas á través del desierto, donde lo que aquí oimos por la noche entre las cañas de los pantanos se convierte en rugidos de leones y de tigres, que esperan al viajero para devorarle...; en fin, Antonio, aunque lo grosero de tus sentidos no te haya hecho soñar con ese país fantástico, ¿no le visitarías de buena gana?

—Pues bien, señor: francamente, no.

—¡Cómo!

—Me habéis dicho una cosa que me quitaría la gana de visitarle, si acaso la tuviera.

—¿Qué dices?

—Que más quiero oir cantar las ranas al borde de los pantanos y de las charcas, que los rugidos de los leones y de los tigres que esperan al viajero para devorarle.

—¡Eres un ente bien despreciable, Antonio, y no sé cómo te tengo en mi compañía!

—Pero ¿qué relación guarda eso con el señor ministro de la Guerra, á quien venís de ver, según creo?

—La guarda, y bien íntima, aunque supongas lo contrario.

—Desearía que me explicarais...

—Nada más sencillo: estoy agregado como capitán á uno de los regimientos que, á las órdenes del general O'Reilly, forman parte de la expedición de Argel, y

antes de quince días he de estar en Cádiz para embarcarme.

Antonio, que según acababa de dar á entender, no estaba muy fuerte en geografía, preguntó, casi con terror:

—Argel, ¿es ese el país de que hablabais hace poco?

—Sí.

—¿Donde hay mares de arena?

—Sí.

—¿Y el sol abrasa el cerebro?

—Sí.

—¿Y las mujeres son como el ébano?

—Sí.

—¿Y los tigres y los leones sustituyen á las ranas de Castilla?

—¡Sí, mil veces sí!...

—Entonces...

—¿Qué?

—Partiréis vos solo.

—¡Antonio!

—Para vivir con el alma en un hilo tengo bastante con la Inquisición.

—¿Es decir que me abandonas?

—Suprimid en Argel todo lo que acabáis de enumerar, y os acompañaré.

—¡Pero, necio!... ¡Cuando vas á un lugar de delicias!...

—¡Con tigres y panteras!

—Pero es un sitio que tú no has visto.

—Y que puedo ver una vez con riesgo de mi pellejo...

—En una palabra...

—No contéis conmigo, señor.

Juan se levantó, y cruzándose de brazos delante de su criado, le increpó de esta manera:

—¿Conque es decir, don villano, más harto de ajos que lo estuvo en su vida el mismo Sancho Panza, que me abandonas, que me dejas, que el pan que has comido á mi lado y por mí, no ha dejado en tu alma levadura de agradecimiento?

—Pero, señor, ¿no podían destinaros á otra parte, y yo no os abandonaría?

—¿Donde no hubiera guerra, por ejemplo; donde yo ganase los grados holgando, y tú no tuvieras más que abrir la boca para llenarte de manjares; donde no hubiera más peligro que arrostrar que morirse de viejo?... Y aun puede que me pidieras alguna otra gollería por acompañarme.

—Señor, yo respeto mucho á los leones... Estoy seguro que nada más que con lo que hemos hablado, sueño esta noche con alguno de ellos.

—Está bien, quédate...; pero busca otro amo: yo voy á partir mañana mismo.

—¿Creéis que la condesa Massi quiera utilizar mis servicios?

—¡Oh! Sin duda...; y te servirá de recomendación para cualquiera el haber abandonado á tu amo, el haberle vendido á un temor ridículo y pueril...

—Señor, no me juzguéis con esa severidad...

—Pero ¿necesitas tú acaso que yo te recomiende? Acógete á mi tío el prior, que te recibirá con los brazos abiertos...; hoy ha querido darte tormento, y puede que mañana te arranque la piel.

—¡Qué horror!—exclamó Antonio, cubriéndose el rostro con las manos.

Juan pagó el gasto hecho, y salió á la calle, seguido de su criado, sin que entre los dos mediase ni una palabra.

Aquella tarde él mismo hizo sus preparativos de marcha; Antonio quiso ayudarle, pero él le rechazó.

Pasó todo el día siguiente en la granja de los Tilos, despidiéndose de su amada y de la condesa.

Cuando se retiró á su casa hizo que no reparaba en Antonio, el cual estaba retirado en un rincón, como un mueble viejo.

Se acostó y durmió.

Al levantarse al día siguiente había atados á la reja un caballo y una mula de paso.

Esta llevaba dos maletas: el caballo era el suyo.

Antonio le esperaba á la puerta.

—¿Para quién es esa mula?—preguntó Zúñiga.

—Para mí,—contestó el mozo con cierta energía.

—¿Vas á viajar?

—Sí, señor.

—¿Adónde?

—Primero á Cádiz, luégo á Argel.

—¿Con quién?

—Con un amo que me he proporcionado.

—¿Cómo se llama?

—Don Juan de Zúñiga.

Juan, completamente enternecido por aquel rasgo, le echó los brazos al cuello.

Una vez que montó cada cual en su cabalgadura, le dijo:

—La verdad es que te ahorras una paliza, mi buen Antonio, porque ése hubiera sido mi regalo de despedida.





CAPITULO IX

Levar anclas.



UAN y Antonio salieron de la corte con dirección á Cádiz.

La alegría rebosaba en el pecho de Zúñiga.

En su constante creencia de que Satanás le protegía directamente, hacíase esta reflexión:

—Poco me importa el decantado valor de los piratas argelinos, y menos su ponderada astucia. Yo tengo la seguridad que el primero y la segunda han de estrellarse ante la protección que me dispensa el espíritu infernal.

En cambio Antonio no pensaba del mismo modo.

Sabía que en la vida de campaña faltaba á veces lo más esencial para precaverse de un apetito tan continuado como el suyo.

Además, no era el silbido de las balas el rumor que halagaba más á su carácter tímido y pusilánime.

Sin embargo, había dos poderosas razones para no quedarse en Madrid.

En primer lugar, y esto hablaba muy alto en favor del mofletudo criado, sentía hacia su señor ese cariño que profesa el lebrel á su amo.

No le hubiese abandonado por nada del mundo.

Dispuesto hallábase á poner su cuerpo al abrigo de todos los peligros en cuanto posible fuese, pero no hasta el punto de abandonar á don Juan.

Antes hubiera preferido no comer en dos días, que era sin género de duda el mayor sacrificio que podía hacer un gastrónomo de su naturaleza.

Además, el buen criado, así como las aves necesitan el espacio para volar y los peces el agua, le era preciso vivir á la vera de su querido señor.

Por estas razones no pensó ni un solo instante en abandonar á don Juan.

Zúñiga estaba satisfecho.

Iba á continuar una vida azarosa y de aventuras en un país completamente desconocido para él.

Africa, con su exuberante vegetación, sus espléndidos palacios circuidos de pintorescos cármenes, y

sobre todo sus mujeres, decantadas por la corrección de sus facciones, hacíanle soñar con mil aventuras grandiosas, de las que esperaba salir ileso, gracias á la protección de Satanás.

Figurábase en sus ratos de ocio recorrer los alrededores de Argel, aspirando el aroma de la flor del naranjo, que satura aquella atmósfera, caldeada por un sol ardiente.

Parecíale oir los acompasados acordes de la guzla, pulsada por la gentil sultana que adormece á su señor.

Luégo, buscando poderosos contrastes, creía divisar la imponente silueta de los leones, reyes del desierto, ú oir la estridente carcajada de la hiena.

Durante el viaje Zúñiga habló poco con su criado.

Sus abstracciones y el cumplimiento de su deber, pues iba mandando su compañía, ocupáronle todo el tiempo.

Llegados á Cádiz, ordenóle á Antonio que buscase un alojamiento cómodo para pasar aquella noche, pues al siguiente día debían darse á la vela.

No era necesario que se le hiciese semejante recomendación.

El había de buscar el sitio donde mejor le tratasen.

—¿Dónde he de encontraros después que haya cumplido vuestro encargo?—preguntóle á don Juan.

—En la playa,—respondió Zúñiga:—quiero admirar la bahía.

—Perfectamente.

Y Antonio aventuróse por las calles en busca de un buen alojamiento.

¿Cuál había de agradarle más al robusto criado?

Aquel cuyo escaparate presentase manjares más suculentos.

Detúvose junto á una vidriera.

Encima de la puerta del establecimiento leíase lo siguiente:

LA GADITANA

Antonio vió en el escaparate multitud de manjares.

Advirtió al mismo tiempo que salía por la puerta un olorcillo agradable que excitaba el apetito.

Antonio pensó:

—Este debe ser un buen alojamiento para mi amo.

Y hecha esta consideración, repasó el umbral de la hostería.

El dueño de ella preguntóle lo que deseaba.

—¿Tenéis disponible una habitación para esta noche?

—Sí,—respondióle el interpelado.—¿Es para vos?

—Para mi amo, que es capitán.

—Perfectamente; vos tambien necesitaréis una estancia.

—No, pasaré la noche cenando.

—Como queráis.

—¿Cuento desde luégo con ese aposento?

—Desde luégo.

Antonio iba á retirarse, pero antes de verificarlo volvió hacia el mostrador, del que no se había separado más que un par de pasos.

—Dadme un vaso de vino,—dijo.

—Al momento.

Y el hostelero escanció el rojo néctar.

Antonio apuró el contenido del vaso con verdadero deleite.

—No me habían engañado,—se dijo al salir de la hostería:—verdaderamente es bueno el vino de esta ciudad.

Y como había convenido con don Juan, dirigióse hacia la playa.

Declinaba la tarde.

La bahía gaditana estaba hermosísima.

Las olas besaban las arenas de la orilla, deshaciéndose en brillantes espumas.

Antonio divisó la silueta de un hombre que hallábase ensimismado en la contemplación del mar.

—Ese debe ser mi amo,—se dijo.

Y aproximóse.

No se había engañado.

El pensativo joven era don Juan de Zúñiga.

Algunos instantes después ambos dirigiéronse hacia la hostería.

Una vez que estuvieron en el establecimiento, don Juan penetró en la estancia que le habían reservado, no sin gran asombro de Antonio al ver que se retiraba sin cenar alguna cosa.

En cambio Antonio, según había dicho, pasóse el resto de la noche saboreando los más suculentos manjares y los más exquisitos vinos.

El último bocado de su prolongada cena coincidió con el primer reflejo del día.

Entonces Antonio dirigióse á la estancia de su señor con objeto de despertarle.

No fué necesaria su eficacia.

Don Juan de Zúñiga estaba concluyendo de vestirse cuando Antonio penetró en su aposento.

—¿Qué hora es?—preguntóle el capitán.

—Las cuatro y media, señor.

—Bueno, no se puede perder mucho tiempo: ya sabes que á las seis la *Santa Cecilia* se pone en movimiento.

La *Santa Cecilia*, como habrán comprendido nuestros lectores, era uno de los buques de guerra en que debía embarcar la hueste española que habían destinado para el bombardeo de Argel.

Don Juan ciñóse su espada, se caló su sombrero, y después de aproximarse á la ventana y dirigir sus ojos hacia el mar:

—Paréceme,—exclamó,—que vamos á hacer un buen viaje, Antonio: el Océano se halla más tranquilo que una laguna.

—No hay que fiar mucho no obstante,—respondió el criado:—ya sabéis que el mar es como las mujeres: cuando aparece más sereno es cuando encierra más abismos en su proceloso seno.

—Muy sentencioso te levantas hoy.

—No me he acostado.

—¡Es posible! Pues ¿en qué has invertido toda la noche?

Antonio se encogió de hombros, y una sonrisa dibujóse en sus gruesos labios.

—Como si lo viese,—prosiguió el capitán,—te has pasado las horas comiendo y bebiendo.

—No os lo niego.

—No he visto jamás un estómago más privilegiado que el tuyo.

—Preciso es, señor, darle á cada cual lo que necesita.

Don Juan salía pocos momentos después de la hostería seguido del escudero.

Hermosa estaba la mañana.

Apenas agitaban la superficie del mar algunas olas que iban á morir en la orilla, produciendo melancólicos y cadenciosos murmullos.

Las blancas gaviotas cernían su vuelo sobre la superficie azulada del agua.

El sol, cárdeno, refulgente, enrojecía el horizonte, cubriéndole de brillantísimos matices.

El cierzo dormía.

A lo lejos divisábase la *Santa Cecilia*, columpiándose gallardamente.

La playa estaba animada.

Veíanse en ella varios grupos de marineros.

Pocos instantes habían pasado desde que hallábanse en la playa Zúñiga y Antonio, cuando llegaron hasta ellos los alegres y bélicos sones de tambores y trompetas.

Marchaba al frente de una columna de soldados un respetable jinete que llevaba en su uniforme las insignias de general.

Llamábase éste el general O'Reilly, y era una de las personas á quien el rey distinguía con su confianza.

Por esto habíale confiado el mando del ejército encargado de entendérselas con los piratas argelinos.

Detrás del general, y también sobre briosos corceles, iban sus ayudantes y otros muchos oficiales del ejército.

Luégo un escuadrón de caballería.

Los rayos del sol, al herir sus desnudos aceros, despedían vivísimos reflejos, que obligaban á los curiosos á cerrar los ojos.

Seguía luego la infantería, y por último cerraban la columna los artilleros, acompañando á sus enormes bocas de bronce, que, unidas á las de los buques que constituían la escuadra, no tardarían en sembrar el estrago en Argel.

Pero entre aquellos buques ninguno era tan esbelto y tan elegante comc el *Santa Cecilia*, que era en el que debía embarcarse don Juan con sus bravos.

Los marinos desataron las amarras de los esquifes con esa rapidez que ejecutan todas sus maniobras, y algunos momentos después deslizábanse las barqui-

llas sobre las ondas, llevando á la hueste á bordo de sus respectivas embarcaciones.

Zúñiga, como ya hemos dicho, estaba satisfecho. Halagábale sobremanera conocer Africa.

Cuando estuvo sobre la cubierta del bergantín, apoyó sus brazos en la mura de babor, dirigiendo sus negros ojos hacia el horizonte.

El capitán de la *Santa Cecilia* comunicó una orden al contramaestre.

Este llevóse á los labios la bocina, transmitiéndola á los marineros.

Varios hombres de ancha espalda y brazos atléticos ascendieron por un laberinto de jarcias.

Otros ocupábanse en levar el ancla, al compás de esa exclamación uniforme y monótona que lanzan los marineros para que resultan simultáneos sus esfuerzos.

Cuando el ancla estuvo izada, sujetóse en el garfio de proa.

Al mismo tiempo desplegáronse las velas.

La *Santa Cecilia* balanceóse gallardamente.

En aquel instante asordó el viento un cañonazo disparado por la capitana.

Esta era la señal de partir.

Era la despedida que aquella escuadra daba á la bahía de Cádiz.

A su ronco acento dispersáronse las gaviotas, huyendo medrosas hacia alta mar.

La escuadra comenzó su viaje.

El sol de la mañana enrojecía su velamen, blanco como las plumas de una paloma.

Don Juan quitóse el sombrero.

Despedíase, sabe Dios por cuánto tiempo, de la madre patria.





CAPITULO X

Enfrente de Argel.



RISTE es siempre ver la partida de un buque.

La primera consideración que se hace es si volverán á tierra firme aquellos valerosos viajeros que se alejan de las seguridades del puerto, aventurándose sobre las procelosas olas del mar.

Pero si triste es siempre y el ánimo predispónese á la melancolía imaginándose los peligros á que se exponen los viajeros, mucho más lo era en aquella ocasión.

Sabíase que no sólo podían sostener aquellos miles de hombres angustiosas luchas con el líquido elemental, sino que al arribar á la playa esperábanles otros riesgos no menos inminentes.

Iban á la guerra, á luchar con los piratas argelinos, que con harta frecuencia aventurábanse hasta las costas españolas, particularmente las de Valencia, donde cometían toda clase de atropellos.

Todos los corazones sentían en aquellos momentos de partida alguna emoción.

Hasta don Juan, que era un verdadero estoico.

Cierto que la emoción que él experimentaba no era de temor.

¿Cómo había de sentir miedo el hombre que, como él, hallábase plenamente convencido de que Satanás le dispensaba su más directa protección?

Zúñiga sentía esos efectos melancólicos que nacen en el alma cuando se abandona el país que nos sirvió de cuna, pero nada más.

En otro concepto, si le hubiesen dicho que él solo fuese á entablar una lucha con los piratas, no hubiera vacilado.

—Mi escudo es el demonio,—decíase,—y contra él se estrellan el valor y la astucia de los hombres.

No haremos la descripción del viaje.

Este fué poco fecundo en acontecimientos.

El cielo no pudo estar más sereno y azul durante la travesía.

Don Juan estaba desesperado.

Hubiera querido experimentar más emociones.

—Siquiera,—decíale á veces á Antonio,—hubieran hecho falta dos tempestades y un huracán.

—Maldita la falta que á mí me hacen esos terribles huéspedes de la mar.

—¿No te aburre esta calma?

—¡Qué ha de aburrirme, señor!

—Pues no te comprendo: nada me fastidia tanto como el sosiego.

Antonio fijaba sus ojos en los de don Juan, inflaba luégo los carrillos y decíase para sus adentros:

—Algunas veces creo que mi amo se halla rematadamente loco: ¿á quién, sino á él, se le ocurren ciertas cosas?

Y Antonio perdíase en un laberinto de cavilaciones.

Una hermosa mañana el grumete que hallábase en el mayor dió el aviso de tierra.

Don Juan, situado cerca del puente, dirigió una ávida mirada hacia el Sur.

Descubríase hacia dicha orientación una línea oscura.

Eran las costas de Argel.

Hallábanse frente á frente del país enemigo.

El general O'Reilly conferenció largo rato con el capitán del navío que le conducía.

Tomáronse todas las precauciones para evitar que los argelinos se apercibiesen de su llegada, y de no poder evitar esto, para hacer difícil una sorpresa.

El general no era hombre á quien agradaba mucho detener las cosas.

Apenas hubo formado su plan de ataque, mandó que los buques situáranse en los puntos más estratégicos, y avanzó su navío resueltamente hacia Argel, dejando que flotase en la popa y en los mástiles el pabellón español.

De pronto apareció entre la bruma un objeto blanco.

Era una vela.

El capitán de la *Santa Cecilia*, que se hallaba en el puente, examinó con el anteojo al buque.

—¡Hola!—exclamó.—Por la estructura de su casco y por su singular velamen, esa embarcación transciende á legua y media á pirata.

Don Juan, al oir esto, hizo un movimiento de alegría.

—¿Se acercan, capitán?—preguntó.

—Más de prisa que una gaviota cuando tiende su vuelo á favor del huracán.

—¿De modo que tendremos zafarrancho?

—Me parece que sí.

Don Juan estregóse las manos con verdadera satisfacción.

Antonio, que hallábase á su lado, y oyó, por lo tanto, el diálogo anterior, estremecióse de pies á cabeza.

El momento crítico se acercaba.

La quietud, la gran tranquilidad que disfrutaron durante el viaje, cesaba para dar paso á los horrores de un combate naval.

—Mi capitán,—dijo Zúñiga,—¿habéis recibido órdenes del general para que no se rompan las hostilidades sin su mandato?

—Nada de eso,—respondióle el interpelado.—Como comprendéis, nos hallamos á una respetable distancia del navío que conduce al general, y tenemos facultades para obrar como las circunstancias nos aconsejen.

—Os comprendo. Yo, en ese caso, haría una cosa.

—¿Qué haríais?

—Largar todo el aparejo hasta estar muy cerca de ese buque enemigo, y una vez logrado esto mostrarle el alcance de nuestros cañones.

—Conviene más ver primero cuáles son sus propósitos.

—Bien claros se ven. Ved el buque con qué rapidez se acerca.

—Que se carguen los cañones,—ordenó el marino,—y que se blinden los costados con cadenas.

Aquella orden fué transmitida á los marineros por el contramaestre.

Las escotillas fueron cubiertas.

El corazón de don Juan latía como si quisiese escaparse de su pecho.

Aunque poco conocedor de las maniobras marítimas, no se le ocultaba que las ordenadas anunciaban la proximidad de un combate.

El bajel argelino seguía avanzando sobre las olas con una rapidez verdaderamente asombrosa.

¿Cómo no había de ser así, dadas las condiciones especiales de la estructura de su casco?

El casco del buque pirata, á semejanza de las naves dedicadas al tráfico de los negros, era largo y estrecho.

Su quilla cortaba el agua con una asombrosa facilidad.

Aun hallábase, sin embargo, á una respetable distancia de su enemigo, lo cual no impidióle que disparase sobre la *Santa Cecilia* su banda de estribor.

El bergantín columpióse gallardamente al sentir que pasaba sobre su cubierta la andanada de hierro que hizo saltar algunas jarcias en pedazos.

Luégo la *Santa Cecilia*, irguiéndose sobre las olas, viró presentando su mura de estribor al buque enemigo.

Algunos marineros esperaban con la mecha encendida la voz de fuego.

A bordo del bergantín reinaba el más profundo silencio.

El capitán hizo una seña, y á bordo del buque oyóse una terrible detonación semejante á la voz estentórea del trueno que rueda por la inmensidad.

—¡Bravo! ¡Bien!—exclamó el de Zúñiga observando que uno de los proyectiles había hecho saltar algunas astillas del buque pirata.

Y lo que sentía don Juan era no poder tomar una parte más activa en el combate.

—¡Ah!—pensaba con júbilo;—si esos perros se

acercasen más y apelásemos al abordaje, entonces sí que la cosa cambiaba de aspecto. Me alegraría que así sucediese.

Pero el deseo de Zúñiga no se realizó aquella vez.

Los argelinos, bien porque temiesen al bergantín, ó, lo que es más lógico, comprendiendo que los otros buques de la escuadra española habían de aproximarse, enviaron una nueva andanada, apelando luégo á la fuga.

—Capitán,—decía Zúñiga,—que desplieguen todo el aparejo: no debemos permitir que se nos escapen.

—Nuestra persecución sería inútil,—contestó el marino, á quien agradaba sobremanera el belicoso ardimiento de don Juan.

—¿Por qué?—preguntóle éste.

—Amigo mío, por desgracia la *Santa Cecilia* no es un buque de condiciones tan veleras como el pirata.

—¡Mal rayo los parta! La verdad es que boga mejor que un pez.

Y era cierto.

La nave argelina tardó muy poco en hallarse fuera del alcance de los cañones de su enemigo.

Al siguiente día comenzó el bombardeo de Argel.

Era una verdadera lástima ver cómo los grandes proyectiles demolían hermosos edificios de agradable arquitectura.

Pero en la guerra no se piensa sino en la destrucción.

Contestaban á los fuegos desde Argel, y hasta trataron algunos buques de tomar parte en el combate.

Sin embargo, no consiguieron su objeto.

El general O'Reilly estaba dispuesto á cumplir los deseos de su monarca, escarmentando á los moros.

Más de veinticuatro horas duró el bombardeo, hasta que los argelinos dejaron de hacer fuego.

Era indudable que se hallaban dispuestos á capitular, ó que habían huído á los cercanos bosques, á cuyo abrigo podían hacer más resistencia.

El general dispuso quedase en los buques la gente de mar, con objeto de favorecer al ejército que debía emprender en tierra la campaña.

Suponiendo que los moros habríanse dividido en pequeñas fracciones, trató desde luégo enviar una avanzada á que explorase el terreno.

Apenas lo supo don Juan de Zúñiga, presentóse al general.

—Mi general,—dijo cuadrándose,—vengo á pediros un favor.

—¿Qué deseáis, capitán?—preguntóle O'Reilly.

—Acabo de saber que pensáis enviar á tierra á unos cuantos soldados para que exploren la actitud de los enemigos.

—Con efecto.

—Yo desearía prestar ese servicio con mi compañía.

—Muy bien.

—¿De modo que me honráis con esa confianza, mi general?

—Desde luégo, don Juan.

Zúñiga dióle las gracias y salió de su cámara.

El joven púsose al frente de su compañía, con la que pensaba llevar á cabo el reconocimiento, embarcándose en varios esquifes.

—¿Qué vais á hacer? —le preguntó un comandante.

—Sencillamente, —respondió nuestro protagonista sin inmutarse lo más mínimo, —reconocer el campo enemigo.

—Pero ¿á estas horas? Tened en cuenta que aun faltan algunas para hacerse de noche.

—Y ¿qué importa?

—Lo que pretendéis es una temeridad, capitán Zúñiga; es preferible que esperéis á que la noche cierre. De otro modo, los enemigos os verán.

—No os niego que así suceda; pero también nosotros podemos descubrirlos á ellos.

—Don Juan, ya que no os arredráis por nada, deteneos algunas horas, aunque no sea más que por los que os acompañan.

Estas razones pesaron en el ánimo de Zúñiga.

Si se hubiese tratado únicamente de su persona, no se hubiese detenido.

Decidióse, pues, á esperar que la noche tendiera su negro manto.

Esta no se hizo esperar.

En la ciudad mora reinaba el más absoluto silencio y la más profunda oscuridad.

Don Juan, seguido de sus soldados, ocupó algunas barcas que poco después deslizábanse silenciosamente cortando con sus quillas las olas en dirección á la playa.





CAPITULO XI

Un héroe cautivo.



o hubiera tenido inconveniente don Juan en desembarcar en el mismo puerto, seguro como se hallaba de salir ileso mientras Satanás le dispensase su protección; pero no se le ocultó que verificándolo así, habían de verle sus enemigos.

—Lo mejor, —díjose el de Zúñiga, —es que dirijamos las barcas hacia las inmediaciones de la ciudad: la noche está oscura como boca de lobo, y esto favorece nuestros planes.

El capitán comunicó su deseo á los que remaban. Éstos acogieron con júbilo aquella orden.

Una hora después los esquifes atracaban á media legua de la ciudad mora.

El primero que saltó á tierra fué Zúñiga.

En vano tendió una mirada á su alrededor.

Hallábase envuelto en las sombras más profundas.

El joven desenvainó su acero, y cuando los soldados estuvieron en tierra, dijo:

—Es preciso que algunos de vosotros quedéis aquí custodiando los esquifes. Si algo ocurriese, no dudéis en hacer fuego: nosotros no nos alejaremos mucho, y acudiríamos en vuestro socorro.

Y esto dicho, don Juan, seguido de sus soldados, avanzó resueltamente hacia la ciudad.

Penetraron en un bosque espesísimo.

Zúñiga quedábase absorto ante la vegetación de aquel hermoso país, y eso que apenas le dejaban las sombras admirar tantas grandiosidades.

Poco terreno había recorrido, cuando interrumpió el silencio una detonación.

Don Juan oyó el lúgubre silbido de una bala que pasaba junto á su cabeza.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Hola, hola!—exclamó, volviéndose hacia los que le seguían.—Parece que ya empieza el baile; los enemigos están cerca.

No había acabado de decir estas palabras, cuando oyóse otra nueva detonación.

Uno de los soldados lanzó un ¡ay!, cayendo mortalmente herido.

Don Juan lanzó una interjección, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, como vulgarmente se dice, avanzó resuelto y decidido hacia el punto en que se hallaban los enemigos.

Estimulada su gente por el valor del capitán, siguiéronle á corta distancia.

Trabóse una espantosa escaramuza.

Los piratas constituían un número infinitamente superior.

Esto no arredróle, sin embargo, á don Juan, que, confundido entre los moros, repartía cintarazos á diestro y siniestro.

Breve fué la refriega.

Aprovechóse Zúñiga de un instante en que los moros trataban de huir para caer sobre ellos.

Era digno de ver á aquel intrépido capitán blandiendo su espada en todas direcciones.

El campo quedó sembrado de cadáveres.

Los que pudieron escapar con vida internáronse en el bosque, siendo inútiles cuantas tentativas hizo don Juan para encontrarlos.

Cierto que tenían sobre él la inmensa ventaja de ser profundos conocedores del terreno.

Zúñiga, fiel cumplidor de las órdenes que había recibido, reconoció las inmediaciones de Argel, llegando hasta muy cerca de la ciudad.

No tardó en comprender que las sospechas del ge-

neral, esto es, que los enemigos habíanse dispersado por los bosques, eran exactas.

Impulsos sintió el joven de penetrar con sus valientes en la ciudad; y hubiéralo llevado á cabo, pero detúvole la consideración de que él sería el único que libraría bien, gracias á lo mucho que protegíale Satanás.

Volvió, pues, á darle cuenta al general de los resultados de su expedición.

No acabaríamos nunca de referir las temeridades cometidas por don Juan.

Apenas comenzó la campaña dióse á conocer por su extraordinario arrojo.

Allí donde existía el mayor peligro, allí se le encontraba.

Siempre fué el primero en llegar á los adarves de la enemiga fortaleza, siempre también el que puso la bandera del triunfo.

El general distinguíale mucho.

Varias veces oyéronle decir sus oficiales:

—Con veinte hombres como el capitán Zúñiga hubiérame atrevido á conquistar el mundo entero.

Y don Juan, á quien llegaban estos elogios, se sonreía y exclamaba:

—No todos saben granjearse la estimación de Lucifer, cuyo poderío es el más grande si se exceptúa en

aquellos casos en que opónese á sus deseos la divina voluntad de Dios.

Y pensando de este modo, Zúñiga lanzábase sobre las turbas argelinas sin temor al yatagán enemigo.

Sangrienta fué la campaña.

Una tarde hallábase el general en su tienda, cuando comunicó á uno de sus ayudantes el deseo de que llamaran inmediatamente á Zúñiga.

Este no tardó en presentarse.

—Capitán,—díjole el general,—mañana pienso atacar uno de los puntos más estratégicos que ocupan nuestros enemigos.

—¿Me concederéis la honra de que os acompañe?

—Desde luégo contaba con vos.

Zúñiga inclinóse dándole las gracias.

—Dirigiremos nuestros pasos hacia un bosque talado en varios puntos.

—¿De manera que hay que evitar que nuestros soldados pasen por los claros que presenta el terreno?

—Será imposible, pues esto nos obligaría á hacer grandes rodeos, y á que no llegásemos en muchas horas al sitio en que se halla el campamento enemigo.

—Muy bien. ¿A qué hora emprendemos la marcha?

—Al amanecer.

Zúñiga no necesitó saber más.

Aquella misma tarde previno á su compañía que se dispusiese para abandonar el campamento antes del amanecer.

Con efecto, según habían convenido, apenas despuntó el día, el general dió la orden de emprender el movimiento.

La mañana estaba apacible.

Como era muy temprano aún, era soportable el calor.

Llegaron al bosque.

En el interior de éste advertíase el más profundo silencio.

El viento dormía.

Don Juan caminaba á corta distancia del general.

Una hora habría pasado desde que penetraron en aquel bosque, donde una naturaleza pródiga ostentaba todas las galas de la vegetación, cuando el general mandó hacer alto.

--Empiezo á creer que nuestros enemigos,—dijo,—han huído, ó que no eran ciertas las noticias que me dieron asegurando que se hallaban aquí.

—¡Quién sabe, mi general!—respondió el de Zúñiga.—Esos perros son muy astutos, y no me extrañará que de pronto caigan sobre nosotros como una bandada de buitres.

La sospecha de Zúñiga se realizó.

Como si hubiesen oído sus palabras, oyóse en el bosque un griterío salvaje, y un sinnúmero de piratas aparecieron por distintos puntos.

Juan de Zúñiga exclamó:

—Helos ahí, mi general; no parecía sino que estaban diciéndome lo que había de suceder.

O'Reilly, á fin de evitar que aquella avalancha cayese sobre ellos, dió orden de romper el fuego en toda la línea.

Comenzó el combate.

Las detonaciones se sucedían.

El humo de la pólvora, subiendo como una nube, alteró la diafanidad del cielo.

Grande era el peligro que amenazaba al ejército español, que se vió bien pronto acometido por el frente y por los flancos.

Los enemigos constituían un número infinitamente superior, y habían conseguido además aprovecharse de las ventajas del terreno.

Hallábanse además ansiosos de probarles á las tropas de O'Reilly que ellos también sabían batirse con ese heroísmo propio de los pueblos árabes.

Arrojáronse, pues, sobre la hueste enemiga como una manada de lobos.

Rudo fué el combate.

Sin embargo, aun hubiese sido dudosa la victoria, á no ser por una circunstancia imprevista para los españoles.

Estos hallábanse en aquel instante en una espaciosa explanada de terreno.

Cuando más ardiente era la lucha, oyóse en el bosque una horrible gritería, y mil jinetes argelinos cargaron sobre las tropas de O'Reilly.

Don Juan de Zúñiga, que en lo más rudo del combate veíse desarmado por habérsele roto su espada,

lanzó una maldición al descubrir la caballería enemiga.

¿Cómo era posible que él viera cómo arrollaban á sus compañeros sin tener un arma con que defenderse?

Sus ojos revolviéronse con avidez en varias direcciones.

Era indudable que buscaba algún objeto.

No tardó en encontrarlo.

A pocos pasos del sitio en que se hallaba había un soldado tendido sobre la arena.

De su pecho brotaba la sangre á grandes borbotones.

—¡Infeliz!—exclamó don Juan, viendo en el rostro de aquel hombre las inequívocas señales de una próxima muerte.

Y ágil como el tigre que se lanza sobre su presa, se aproximó al moribundo tomando su fusil, que aun oprimía con su crispada diestra.

El arma estaba cargada.

Don Juan corrió de nuevo al lado del general.

Tiempo era de que lo hiciese.

O'Reilly hallábase desmontado y casi solo, pues su escolta había sido dispersada.

Unos veinte argelinos le acosaban.

—¡Aquí, mis soldados!—gritó el de Zúñiga con acento ronco.

Pero pocos fueron los que se aproximaron.

Don Juan rugía como una fiera.

Uno de los piratas, lanza en ristre, dirigióse hacia el general.

Imposible hubiera sido á éste evitar el golpe mortal que iban á asestarle, pues se hallaba de espaldas, procurando defenderse de otros enemigos.

Juan de Zúñiga echóse á la cara su fusil.

Sonó una detonación.

Una nube de humo envolvió á nuestro protagonista.

Los resultados de su disparo no pudieron ser mejores.

El pirata cayó de su corcel, que al verse libre de su jinete, iba á huir; pero el de Zúñiga le detuvo por la brida.

—¡Pronto, general!—exclamó.—¡A caballo, no debéis perder ni un instante!

Y mientras esto decía, don Juan presentaba á los enemigos la aguda bayoneta armada en la extremidad de su fusil.

Algunos valerosos soldados siguieron su ejemplo.

O'Reilly dudó en seguir el consejo del capitán, que acababa de salvarle la vida.

En aquel instante deseaba la muerte; pero á una nueva excitación de Zúñiga puso el pie en el estribo, y un momento después partía á todo galope.

Los piratas hiciéronle algunas descargas, pero sin resultado.

Intentaron perseguirle, pero las bayonetas de una docena de bravos opusiéronse á su propósito.

La hueste española hallábase completamente desorganizada.

Los más habían huído.

Otros muchos perecieron.

Muy pocos eran los que seguían batiéndose.

Zúñiga consiguió su propósito.

Había salvado al general, pero el peligro en que él se hallaba era inminente.

Sus enemigos iban estrechándole por momentos.

El joven hizo titánicos esfuerzos; pero, pasados algunos minutos, no tuvo más remedio que entregarse.

Entonces fué cuando suspendiéronse sobre su cabeza más de cien yataganes y gumías.

Quizás hubo un momento que creyó morir.

Sin embargo, la mano protectora de la Providencia, que él equivocaba con el espíritu infernal, libróle de una muerte segura.

Cuando iba uno de los enemigos á descargarle un tremendo golpe, oyóse una voz que decía:

—No le mates; es un capitán; de seguro han de ofrecernos por él un buen rescate.

Al oir esta advertencia, el pirata que iba á herir á Zúñiga se detuvo.

El que acababa de hacerle esta insinuación era un hombre de unos treinta años.

Su rico albornoz y sus lujosas armas acreditaban

desde luégo ser uno de los más nobles caudillos de Argel.

Sus ojos negros como el azabache fijáronse en los de Zúñiga.

Este miróle también.

Este había recuperado por completo la tranquilidad y la confianza.

—Es necesario,—dijo el caudillo,—que sean conducidos á Argel los prisioneros. Yo me encargo de hacerlo con un corto número de soldados.

—Y nosotros, Alí,—respondióle otro caudillo,—iremos entre tanto en persecución del general cristiano.

—Perfectamente.

Alí hizo una seña imperativa á los prisioneros para que emprendieran el camino.

Cuando lo verificaron siguióles á corta distancia, sin que él ni los piratas que le acompañaban separasen los ojos de los cautivos.





CAPITULO XII

El renegado.



La tarde empezaba á declinar.

Las melancólicas tintas del crepúsculo parecían envolver en sus sombras las almas de los cautivos.

Todos caminaban tristes y cabizbajos, sin atreverse á hacer la menor tentativa de huir, porque sabían que al más pequeño movimiento recibirían la muerte.

Cerca de ellos iba un moro negro como el azabache, nacido en la parte occidental, y con el alma todavía más oscura que su piel.

Aquel hombre llevaba en la diestra un grueso

palo, siempre dispuesto á caer sobre las espaldas de los infelices cautivos que se retrasasen en andar.

Detrás y sobre briosos corceles iban el caudillo Alí y una veintena de argelinos armados de espingardas, yataganes y gumías.

Todos los cautivos, como hemos dicho, llevaban el corazón cubierto de luto; todos, si se exceptúa á uno, que caminaba impasible, revolviendo la mirada á derecha é izquierda, y hasta fijándola á menudo en el terrible moro que hacía las veces de capataz.

No necesitamos decir á nuestros lectores que el joven que tanta tranquilidad demostraba aun en aquellos momentos era don Juan de Zúñiga.

Mientras sus compañeros pensaban con espanto en las horribles privaciones que iban á sufrir en el cautiverio, él abrigaba las más dulces esperanzas de salvación.

—Poco tiempo permaneceré en poder de esta gente —decíase,—y esto suponiendo que lleguen á encerrarme. No es posible que Satanás me desampare de este modo.

Tras una larga jornada llegaron los cautivos á Argel.

No tardó mucho Zúñiga en ver de una manera directa la intercesión del diablo para favorecerle.

Mientras sus compañeros fueron encerrados en oscuras mazmorras, Alí dispuso que él fuese conducido á una de las torres de su palacio.

Como el caudillo esperaba recibir una buena cantidad por su rescate, no quiso en manera alguna igualarle con los demás cristianos, que debían ser vendidos pocos días después.

Don Juan fué instalado, por lo tanto, en el sitio que indicó Alí.

En la estancia habia cuatro ventanas.

Desde dos de ellas descubríase perfectamente el mar.

Las otras caían á los bellos cármenes que servían de recreo al caudillo y á su sultana.

Zúñiga estuvo gozando de aquellas hermosas perspectivas.

Sin embargo, hubo un detalle que le disgustó sobremanera.

Las cuatro ojivas estaban defendidas por gruesos hierros.

De no haber sido así, don Juan, después de encomendarse á su satánico protector, se hubiera arrojado por cualquiera de ellas en la creencia de que no había de matarse.

El joven sentóse.

Estaba dispuesto á reflexionar.

—Mi cautiverio ha de ser breve,—decíase:—no es posible que dure mucho, ó el diablo no es hombre de palabra.

Estas consideraciones se hacía, cuando abrióse la puerta dando paso á un hombre.

Vestía el traje de los hijos de Argel.

Al entrar en la torre, sus negros ojos fijáronse en el cautivo con curiosidad insistente.

—¡Alá te guarde!—dijo don Juan sonriéndose.

—Y él á ti,—respondióle el que acababa de entrar.

Esta respuesta no dejó de sorprenderle á Juan de Zúñiga, pues fué dada en el más perfecto castellano.

—Veo que conoces mi idioma,—dijo después de un momento.

—Lo cual no es digno de elogio, pues es el mío.

—¿El tuyo?

—Es claro.

—¿Dónde has nacido?

—En Valencia.

—¡Pardiez! ¿Y cómo abandonaste aquel hermoso país?

El valenciano encogióse de hombros.

Luégo dijo:

—Señor, hay en la vida de un hombre muchas cosas incomprensibles para los demás.

—Con efecto.

—La misión que me han confiado es que os traiga de comer, y no que os dé explicaciones de ningun género.

Sonrióse Zúñiga al oir esta respuesta.

Aquel hombre, á quien desde ahora conoceremos con el nombre de Amet, el renegado, salió de la estancia, entrando poco después con una cena frugal.

—Hé aquí tu ración,—dijo.

Y volviendo la espalda, salió de la torre.

—No es mi guardián de los más corteses,—pensó Zúñiga;—pero celebro la circunstancia de que sea compatriota mío; de este modo podemos hablar, y no es difícil que en un plazo más ó menos breve consiga granjearme su confianza.

Don Juan cenó; y sintiéndose después acometido del sueño, durmióse con la tranquilidad del justo.

Poseía un temperamento especial.

Pocas cosas alteraban el orden de sus funciones.

Cuando despertóse, ya penetraban los rayos del sol por las ventanas.

Zúñiga asomóse á una de ellas, para gozar de nuevo del hermoso panorama que desde allí se descubría.

—Hermosa ciudad es Argel,—se dijo don Juan,—y sentiría mucho tener que salir de ella á uña de caballo.

Me agradaría poder admirar sus palacios, sus jardines, y sobre todo sus mujeres.

Estas consideraciones se hacía Zúñiga, cuando llegaron hasta él los dulces acordes de una guzla.

—¡Hola, hola!—exclamó don Juan.—Sin duda la que pulsa la guzla será alguna de las esclavas del moro Alí. ¡Ah! ¡Si no fuese por los hierros que defienden estas ventanas, ya vería el caudillo lo mal que obró al impedir que me arrancaran la vida!

Concluído el acorde, blando como una queja, suave como la nota de un ruiseñor, llegó hasta nuestro protagonista el timbre de una voz argentina.

Aquella voz poseía modulaciones que llegaban al alma.

Don Juan hasta contuvo la respiración para no perder ni una nota.

Cuando concluyó el canto, el joven sintió impulsos de batir las palmas.

—¡Bien! ¡Bravo!—exclamó.—¡Qué hermosa debe ser la que así canta!

Abrióse la puerta.

Zúñiga dirigió al umbral una rápida mirada.

Por un instante creyó que la persona que iba á entrar era la hermosa sultana que había entonado la canción.

Pero no era así.

En el dintel apareció la silueta de un hombre.

Este era su guardián.

Zúñiga, después de saludarle, fijó en él una insistente mirada.

En los ojos de Amet advertíase la más profunda tristeza.

—Ayer,—pensó Zúñiga,—me dijo que su cuna fué Valencia, y que circunstancias especiales obligáronle á abandonar su país. Paréceme que este hombre debe ser el protagonista de una larga historia que necesito saber. Si consigo hacerme simpático á sus ojos, entonces obtengo dos ventajas. La libertad, pues es indudable que este hombre podría proporcionármela fácilmente, y tener un amigo en este país, que desconozco por completo. Animo, pues.

Y el de Zúñiga, después de hacerse estas reflexiones, preguntóle á su guardián:

—¿Hace mucho que abandonasteis á Valencia?

—Cinco años.

—¡Hermoso país es el vuestro!

—¿Le conocéis?

—Perfectamente. He visitado Valencia en varias ocasiones.

Amet exhaló un profundo suspiro.

Éste equivalía á un ¡ay! escapado de lo más profundo de su alma, que confirmó las sospechas de don Juan.

—Si tanta tristeza os produce el alejamiento de vuestro país,—preguntó,—¿por qué no regresáis á él?

El valenciano tardó algunos momentos en responder.

No obstante sentíase atraído hacia Zúñiga por ese misterioso lazo que une las almas y que se denomina simpatía.

—¡Que por qué no vuelvo á mi país!—exclamó.—¿Acaso creéis que es tan fácil?

—Ignoro los motivos que aquí os detienen.

—Por eso se explica que me hagáis esa pregunta. ¿Creéis que si dependiese de mi voluntad no habría ya partido á mi país?

—Parece lógico que así lo hicierais.

—Y lo haría, pero no puedo; porque aunque me veis guardando la puerta de vuestra prisión, no soy más que un esclavo.

—¿Vos?

El interpelado hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Pero vuestro cautiverio es muy extraño.

—¿Por qué?

—Porque en vez de pasar la vida en una mazmorra...

—Disfruto de cierta libertad, ¿no es cierto?—interrumpió Amet.

—Así es.

—Pues esa libertad es aparente. No os niego que Alí tiene depositada en mi persona su confianza; pero es porque sabe que no abandonaré las playas argelinas, aunque me sobraran ocasiones de hacerlo.

—Sois un emigma.

—Algún día os referiré mi historia, y entonces lo comprenderéis.

—Tendré en ello sumo gusto, y desde luégo me asocio á vos para que juntos consigamos vuestros propósitos.

—¡Son tan difíciles de conseguir!

—Yo nunca he encontrado nada difícil.

—Dichoso vos.

—Pensaríais lo mismo si os protegiesen tanto como á mí.

—¿Luego gozáis de altas influencias?

—Ya lo creo.

—¿En Argel?

—En todo el mundo.

—¡Ah! No en vano habíase figurado nuestro señor que erais persona de importancia, y que ofrecerían una buena cantidad por vuestro rescate.

—En esto último es en lo que se equivoca.

—¿No han de rescataros?

—Sí, pero sin hacer el más pequeño sacrificio.

—¡Pardiez! que no os comprendo.

En labios de Zúñiga apareció una sonrisa.

—¿Queréis saber quién me protege?

—Decídmelo.

—Pues me protege el diablo.

Amet, al oir estas palabras, retrocedió.

Acordándose de su antigua religión, por mejor decir, la que en realidad profesaba, hizo con el pulgar y el índice de la diestra la señal de la cruz, y se persignó.

Luégo sus negros ojos fijáronse en los de don Juan.

—Pero ¿es posible lo que acabáis de decirme?

—¡No ha de serlo!

—¡Ah! Entonces no cabe la menor duda que muy en breve saldréis de aquí aunque traten de oponerse todos los piratas argelinos.

—Desde luégo saldré, y os aseguro que vos también.

—¿Yo?

—Sí.

—Tened en cuenta que soy esclavo de Alí.

—Dejaréis de serlo.

—Que no abandonaré estas playas hasta que encuentre á una persona que busco.

—La encontraréis.

—¿De seguro?—preguntó Amet sin poder disimular el asombro que experimentaba.

—Os lo juro.

—¡Ah caballero! Confieso que aunque siempre fuí un buen cristiano, no dudaría en hacer un pacto con el demonio, ofreciéndole mi alma por encontrar á la persona que os indiqué antes.

—No sé si mi protector accederá á vuestros deseos, pero no necesitáis cargar vuestra conciencia. Tenéis un deseo, y lo realizaréis.

Veíale como á un ser sobrenatural.

Amet no apartaba sus asombrados ojos de Zúñiga.

Desde aquel instante no perdonó ocasión para hablar con nuestro protagonista.

Don Juan había conseguido su objeto; esto es, hacerse verdaderamente simpático á los ojos del renegado Amet.

Una noche, cuando todos dormían en el palacio, incluso don Juan, despertóse éste al sentir el ruido que produjo al abrir la puerta de la estancia.

Incorporóse en el lecho.

Sus ojos se fijaron en el dintel.

El que abría era su guardián.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi buen amigo?—preguntó Zúñiga?

—Yo, que necesito esta noche conversar largamente con vos.

—¿Ocurre algo?

—Nada nuevo; pero ¿no os ha sucedido á veces sentir atribulada el alma y experimentar cierto consuelo confiando vuestros pesares á otra persona que os inspire confianza?

—¡Ya lo creo!

—Hace pocos días me manifestasteis un deseo.

—No recuerdo en este instante.

—Me dijisteis que tendríais un verdadero placer en que os relatase mi historia.

—Es cierto.

—Esta noche podemos permanecer tranquilos algunas horas. Alí duerme, la sultana Zobeida se halla ausente con su anciano padre.

—Zobeida,—repitió Zúñiga,—es un lindo nombre.

—Más hermosa os parecería ella.

—¿Es una de las mujeres de Alí?

—La única que tiene.

—¿Es posible?

—Como lo estáis oyendo. Al unirse á nuestro señor, púsole como condición única que ella sería la sola esposa que viviese á su lado.

—¿Y Alí aceptó?

—¿Quién se niega á la súplica de una mujer como Zobeida?

—Tendrá tipo oriental. Grandes y expresivos ojos negros, cabellos como la noche.

—La habéis descrito de tan exacta manera como si la conocieseis.

—Era de presumir que fuese así.

—Unido á esto que Zobeida tiene un carácter angelical y un corazón hermosísimo, en el que radican los sentimientos más nobles.

—¿Hace mucho que está ausente de aquí esa hermosa mujer?

—No, partió ayer.

—Entonces no cabe duda: es la mujer á quien he oído cantar hace pocas noches acompañándose con la guzla.

—No podía ser más que ella; pues si se exceptúa un corto número de esclavas que la sirven de doncellas, ninguna otra deidad habita en esta vivienda.

—Hablando de la esposa de Alí nos hemos apartado de la conversación que teníamos.

—Es cierto.

—Me habéis prometido relatarme vuestra historia.

—Y lo haré sin omitir ni el más pequeño detalle, cosa que todavía no hice con ninguna persona.

—Sé guardar un secreto.

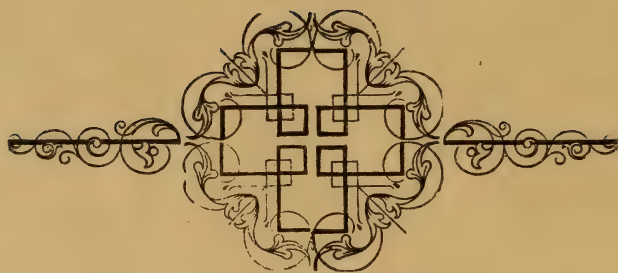
—Lo creo, don Juan, y por eso mismo no dudo en franquearme con vos.

Amet, antes de comenzar su narración, salió de la

estancia para adquirir el convencimiento de que nadie los escuchaba.

Luégo volvió á entrar en la estancia.

Sentóse junto á Zúñiga y empezó á referirle la historia que á continuación verán nuestros lectores.





CAPITULO XIII

Dos rivales.



RANCISCO Fernández era un honrado y laborioso labrador de Valencia.

Sus padres habíanse dedicado también á la agricultura.

A su fallecimiento dejaron á Francisco, su único hijo, un considerable número de fanegas de tierra y un huerto con su correspondiente casita.

Francisco no era un hombre vulgar, ni mucho menos.

Nacido en un país en que la naturaleza despliega todo su esplendor, comprendió desde luégo que si bien era verdad que en la agricultura hallaría, como aquellos que le dieron el ser, la principal fuente de riqueza, no era precisión ab-

soluta para cultivarla ser un ignorante en los demás conocimientos humanos.

Todas las tardes, cuando terminaba sus ocupaciones campestres, veíasele bajo el emparrado que había delante de la puerta de su casa, sentado en un banco y leyendo con avidez, bien un libro didáctico, ó de recreo.

Francisco había adquirido de este modo cierta erudición que sin darle conocimientos muy profundos, hacía que hablase de generalidades sin hacer un papel ridículo.

Francisco, en una palabra, no era un hombre vulgar.

Su único amigo era el dueño de la huerta que lindaba con la suya.

Llamábase este Marcelo, y pudiera muy bien ser su padre, pues llevábale veintidós años.

Marcelo era casado, y Dios había bendecido su matrimonio con una hija, preciosa joven de diez y seis abriles, que poseía esa perfección de facciones de las valencianas.

Llamábase ésta Magdalena.

Sus cabellos, negros y abundantes, caían sobre su espalda en dos gruesas trenzas.

Sus ojos oscuros hallábanse guarnecidos de largas pestañas.

Era ligeramente morena, y no parecía sino que la naturaleza había puesto dos rosas en sus mejillas y dos claveles rojos en sus labios.

Magdalena era una de las mejores muchachas de la huerta.

Como además de esto su padre hallábase desahogado de intereses, no faltábanle á Magdalena multitud de pretendientes.

Ninguno de ellos pudo, sin embargo, alabarse de que la joven le hubiese dirigido una mirada más expresiva que á los demás.

Una hermosa mañana de primavera advirtióse en los alrededores de la casa de Marcelo un gran movimiento.

Varios grupos de muchachas llevando graciosos canastillos de flores dirigíanse hacia la morada de Marcelo.

Algunos mozos llegaban también á su puerta tocando guitarras y bandurrias.

Aquel día era el cumpleaños de Magdalena.

Hé aquí explicado por qué los jóvenes, siempre ávidos de fiestas y diversiones, llegaban á la casa del labrador Marcelo, no ignorando que éste había de obsequiarlos en día tan señalado.

Vestían las jóvenes sus mejores basquiñas, y ellos sus característicos trajes, que tienen reminiscencias de los vestidos moros.

Cuando estuvieron reunidos en la puerta de la casa, uno de los mozos dijo con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Que viva Magdalena!

—¡Viva!—respondieron en coro los demás.

—¡Viva Marcelo!

—¡Viva!

Y terminadas estas aclamaciones, vibraron en el aire los gratos acordes de las vihuelas.

Un instante después abrióse la puerta de la casa, y los alegres guitarristas penetraron en el zaguán, seguidos de las jóvenes.

En las facciones de Marcelo reflejábase la alegría que experimentaba.

Magdalena también hallábase muy satisfecha.

Vestía la joven una saya de raso color de rosa que habíale regalado su padre para solemnizar su natalicio, un corpiño de negro terciopelo, constituyendo sus adornos un rico collar de perlas blancas é iguales como sus dientes, y algunas flores prendidas entre sus negros y sedosos cabellos.

Magdalena estaba aquel día verdaderamente hermosa.

Marcelo indicó á los músicos y á las amigas de su hija que pasasen al patio.

Este era un espacioso rectángulo cubierto por una espesa parra.

Al rededor veíanse grandes macetas cubiertas de flores.

También había varios arbustos y algunos naranjos que embriagaban los sentidos con el aroma que despedían sus flores.

En una palabra: era uno de esos patios que no se conocen más que en Andalucía y en Valencia, únicas

localidades de España donde tan espléndida y rica es la flora.

Sobre una mesa veíase una gran jarra llena de limonada, que Magdalena sirvió á sus amigas mientras su padre repartía vino á los mozos con gran profusión.

Servida la primera ronda de vino y refresco, Marcelo dijo:

—Ahora tocad un poco para que se baile un rato.

Aquella proposición fué acogida con júbilo.

Volvieron á sonar las vihuelas y algunas parejas ocuparon el centro del patio.

Hallábanse en lo más animado del baile, cuando penetró Francisco, el vecino de Marcelo.

Este saludó á su amigo; y á fin de no interrumpir á Magdalena, que estaba bailando, dirigióla un amistoso saludo con la mano.

La joven se sonrió.

—¿Qué te parece la fiesta que han improvisado los chicos?—preguntó Marcelo.

—Perfectamente.

—Pero ¿tú no bailas?

—Te confieso que no tengo humor.

—¡Válgame Dios! Cuando yo tenía tu edad bailaba más que una peonza. Hoy los jóvenes sois más serios que un obispo.

—Marcelo, dos objetos me han traído hoy á tu casa: el primero, felicitar á Magdalena, y el segundo es algo

grave. Cuando te lo diga, comprenderás que no tenga ganas de danzas.

—¿Pues ocurre algo desagradable?

—No.

—Habla, Francisco. Me has puesto en cuidado.

—Pues que desaparezcan tus temores. Ya te diré luégo lo que deseo.

—¿Por qué no ahora?

—Porque en este instante es muy justo que atiendas á todos, y lo que hemos de hablar requiere que estemos solos.

—Como quieras,—dijo Marcelo.

Y se dispuso á echar la segunda ronda de vino.

Terminado el baile, Magdalena se aproximó á Francisco.

Este cambió con la joven un apretón de manos.

Uno de los convidados díjole al mozo con quien paseaba:

—Ya están hablando Magdalena y Francisco; no tengo la menor duda que se aman.

—Y aunque así sea, ¿qué tiene de particular? Ella cumple hoy diez y seis años, él tiene veinticuatro, sus fortunas son, poco más ó menos, iguales: por lo tanto, si se efectua la boda, nadie podrá censurarla.

—Pero es que Magdalena me agrada á mí.

—Pues creo, chico, que vas á quedarte con tu afecto.

—Eso ya lo veremos.

Mientras los dos jóvenes sostenían este diálogo, Marcelo concluyó de llenar los vasos, y aproximóse de

nuevo á Francisco, que, como hemos dicho, estaba conversando con Magdalena.

—Mirad, padre,—dijo ésta mostrándole un pequeño estuche,—mirad qué preciosos zarcillos me ha regalado Francisco.

—Con efecto, son muy bonitos.

—Mucho menos que ella,—dijo el vecino de Marcelo.

—Y, á propósito, Francisco, antes me indicaste que querías hablarme á solas. Ninguna ocasión más oportuna que la presente. Ahora los chicos van á bailar de nuevo, y nosotros pasaremos al interior de la casa.

—Como quieras.

—Vamos, pues.

Francisco dirigió á Magdalena una expresiva mirada, y poniéndose en pie, siguió al padre de la joven.

Pocos momentos después los dos vecinos hallábanse en una estancia donde reinaba el aseo más que el lujo.

—Puedes empezar,—dijo Marcelo sentándose y haciendo una seña á su amigo para que le imitase.

—Pues no creo que te sorprenda mucho lo que voy á decirte, pues hace tiempo que debes haber sospechado cuáles son mis intenciones.

—Ignoro á lo que te refieres.

—Voy á hablarte de tu hija.

—Perfectamente.

—Marcelo, siempre fuiste un íntimo amigo de mi padre.

—¡Ah! ¡Ya lo creo! Bien lo puedes asegurar. Quería á tu pobre padre casi tanto como al mío.

—Y él á su vez te apreciaba mucho.

—Hubiera sido un ingrato de no hacerlo así.

—Desde que ha muerto, —prosiguió Francisco,—se ha estrechado todavía más nuestra amistad.

—Lo que es muy lógico: antes eras un niño; yo te trataba como tal; pero ahora ya ha cambiado la cosa de aspecto.

—Abreviando, Marcelo, que nunca me gustaron los preámbulos: yo sentí al principio hacia tu hija una viva simpatía; pero hace poco convencíme de que esa simpatía tomaba tantas proporciones, que bien pudiera calificársela con el nombre de amor.

—¿Qué me dices?

—Lo que estás oyendo. Tengo veinticuatro años, soy dueño de una mediana fortuna, amo á Magdalena, y deseo me concedas su mano.

—Pero ¿tú has consultado su corazón?

—Sí.

—¿Y qué te ha respondido?

—Magdalena no se opone á ser mi esposa ; por el contrario, lo desea tanto como yo, siempre que tú lo consientas.

—Entonces no he de poneros impedimento de ninguna clase; por el contrario, no podía mi hija haber elegido una persona que me agradara más que tú.

—Mil gracias, Marcelo.

—Es una verdad.

—Que yo te estimo en lo mucho que vale. Ahora bien: sólo falta fijar el día de la boda.

—¿Lo habéis pensado?

—Si te parece, tendrá lugar dentro de un mes.

—Cuando os plazca.

En aquel instante cesó la música en el patio.

Francisco se puso en pie.

—Ya han concluído de tocar: volvamos, pues, á reunirnos á los amigos.

Marcelo y Francisco dirigiéronse al patio, por el que discurrían mozos y mozas alegremente.

La fiesta duró hasta el anochecer.

A esta hora algunos se aproximaron al dueño de la casa para despedirse.

—No consiento que ninguno salga,—respondió Marcelo,—hasta que sepan todos que dentro de un mes habrá aquí una fiesta mucho más solemne que la de hoy.

Las jóvenes y los mozos apiñáronse al rededor de Marcelo.

—Pues ¿qué sucede?—preguntaron con curiosidad.—¿A qué se deberá esa fiesta?

—A que es preciso solemnizar el próximo enlace de mi hija.

—¿Se casa Magdalena?

—Con mi amigo y vecino Francisco Fernández.

Todos corrieron á dar la enhorabuena á los novios.

Todos, excepto uno de los convidados.

Este era el joven á quien hemos visto al comenzar la fiesta, conversar con otro de los de la reunión, manifestándole sus temores de que Francisco amase á la hija del labrador.

Este joven, que ha de representar uno de los principales papeles en la historia que estamos relatando, llamábase Roque. El joven, al oir la noticia que Marcelo acababa de darles, frunció las cejas, y un hondo suspiro escapóse de su pecho.

Tiempo hacía que experimentaba una violenta pasión hacia Magdalena, sin que ésta atendiese á sus palabras.

Cierto que había varios motivos para que así lo hiciese.

En primer lugar, Magdalena amaba á Francisco, y además Roque no gozaba en la huerta de la mejor reputación.

Era pendenciero, y muchas veces veíasele en un lamentable estado de embriaguez.

Los convidados dieron la más cordial enhorabuena á los novios, y prometiendo no faltar á la boda, salieron de la casa del labrador cantando con la mayor alegría.

Roque, acercándose á Francisco, le dijo en voz baja:

—Tengo que hablarte.

—Cuando quieras puedes hacerlo, — respondióle Francisco, conociendo lo que pasaba en el alma de aquel hombre.

Ambos despidiéronse de Magdalena y de Marcelo, saliendo juntos al campo.

Francisco caminaba receloso.

Temía que Roque apelase á una traición, pues no se le ocultaba que hallábase prendado de su prometida.





CAPITULO XIV

Dos almas felices y una desdichada.



A noche había tendido sobre la tierra su espeso manto de sombras.

Algunas estrellas brillaban en el firmamento.

Ensanchábanse los pulmones al aspirar un ambiente saturado de azahar.

Si espléndido había estado el día, no lo era menos la noche.

Francisco y Roque aventuráronse á lo largo de las cercas de cañas que defendían los huertos.

El segundo se detuvo, fijó sus negros ojos en su acompañante y le dijo:

—Francisco, no puedo negarte que la noticia que

acaba de darnos Marcelo me ha sorprendido, aunque no ignoraba tus amores con Magdalena.

—Pues si no los ignorabas, ¿cómo ha podido causarte sorpresa?

—¡Qué quieres! Hay cosas que no se creen aunque estén viéndolas nuestros ojos.

Francisco no respondió.

Roque dijo después de un instante:

—¿Cuántos años hace que amas á Magdalena?

—Si he de responderte con sinceridad, lo ignoro; la conozco, como sabes, desde que era una niña; mi pasión hacia ella fué creciendo gradualmente.

—¿Y hoy la quieres mucho?

—Mucho,—respondió lacónicamente Francisco.

—Pues bien: ha llegado el momento de que te hable con franqueza. Tal vez te sorprenda lo que voy á decirte, pero es necesario.

—Habla, pues.

—Francisco,—continuó Roque,—poco más ó menos, tenemos la misma edad. Siempre nos hemos visto en Valencia, y desde nuestra infancia sentimos cierto antagonismo el uno hacia el otro.

—Te equivocas. Por mi parte, nunca te quise mal.

—Eso no es cierto, Francisco. Te he dicho que estaba dispuesto á hablarte sinceramente, y paréceme justo que hagas lo propio.

—Vuelvo á asegurarte que nunca te tuve aversión; tú fuiste quien desde pequeño me miraste con malos ojos.

—Tal vez era un presentimiento de lo que iba á suceder más tarde.

—Pues ¿qué ha sucedido?

—Aunque me lo preguntas, lo sabes tan bién como yo.

—Te aseguro que no es así.

—Bien; ya que no quieres ser franco, lo seré yo.

—Habla.

—Era muy niño, y mi corazón ya estaba formado; prueba de ello que, aunque sin darme cuenta exacta de lo que sentía, mi corazón amaba á Magdalena.

Francisco clavó su mirada en el joven.

—Sí, Francisco,—continuó Roque,—amaba á Magdalena, y esta pasión fué arraigándose en mi alma y tomando gigantescas proporciones.

—Que desde luégo debiste combatir.

—¿Por qué?

—Porque no ignorabas que Marcelo no había de otorgarte jamás la mano de su hija.

—No sé por qué. En la época á que yo me refiero, observaba yo en Valencia una conducta irreprochable, mis padres eran tan honrados y queridos como podrían ser los tuyos.

—Pero después...

—Después,—interrumpió el joven,—no puedo negarte que al adquirir el convencimiento de que Magdalena te amaba, he procurado olvidarme de ella apelando á la embriaguez.

—En lo que has hecho mal.

—¡Ay, Francisco! Dime qué harías tú si te hallases en igualdad de circunstancias.

Todo menos seguir tu plan de conducta.

—El abuso del vino,—prosiguió Roque,- hízome provocador y pendenciero, cuando siempre fuí de distinta manera. Sin embargo, debo decirte que no conseguí por este medio olvidar á Magdalena, y que nunca la he amado tanto como ahora.

—Mucho lo siento.

—Cuando esta noche nos ha dicho Marcelo que muy en breve su hija será tu esposa, he sentido que un estrecho nudo oprimía mi garganta, y que una ola de fuego abrasaba mi cabeza. Ahora bien: ¿sabes para lo que te he expresado mi deseo de hablarte á solas?

—Lo ignoro.

—Pues para hacerte una súplica.

—¿Qué quieres?

—Que no te cases con Magdalena.

Al oir esto, en los labios de Francisco se dibujó una sonrisa.

—¡Tú estás demente!—dijo después.

—Es verdad. No te negaré que lo estoy; pero mi demencia es de las más terribles. Estoy loco de amor por la mujer con quien intentas casarte. Aun permaneciendo soltera, no pierdo en absoluto la esperanza de que algún día se compadezca de mí; pero casándose...

—Como comprendes, Roque, me exiges demasiado para que pueda complacerte. Amo á Magdalena quizás más que tú.

—No; tú eres correspondido, y no puedes sentir en tu alma una pasión como la mía.

—Eso no deja de ser una ilusión que te hace forjar la vanidad.

—¿De modo que piensas unirte á la hija de Marcelo?

—¡Quién lo duda!

—En ese caso, me pondrás al borde del precipicio.

—Lo sentiré mucho, pero no hasta el punto de renunciar á la mujer que adoro.

—Francisco, piénsalo bien.

—Ya lo he meditado bastante.

—Ten en cuenta que he de hacer cuanto pueda para evitar que Magdalena sea tu esposa.

—Perderás el tiempo lastimosamente.

—Ó no.

—Me parece que sí.

—¿Sabes tú de lo que es capaz un hombre que se encuentra celoso?

—Nunca podrá vencer si lucha con aquel que posea el arma de la razón.

—Estás equivocado.

—Como quieras. No he venido á discutir contigo, sino á saber lo que deseabas.

—Pues ya lo sabes. Que no te cases.

—Eso no deja de ser una locura.

—¡Francisco!—exclamó Roque apretando las manos con crispación nerviosa, y al mismo tiempo dirigióle una siniestra mirada.

—Me importa poco que me mires así,—dijo Francisco;—y si no deseabas decirme otra cosa, me retiro.

—¡Esto más!

—No tengo deseos, te lo repito, de entablar inútiles discusiones.

—Pues ya que me desprecias de esa manera y no accedes á lo que te pido...

—¿Qué?

—Que no te casarás con la hija de Marcelo. Yo te lo juro.

Y esto dicho, desnudó un puñal que llevaba en el cinto.

Francisco no llevaba arma alguna.

No le abandonó, sin embargo, su habitual sangre fría.

En vez de huir, dió un salto como un tigre, cayendo sobre su adversario y consiguiendo arrebatarle el puñal.

Roque rugió como un león.

De sus labios brotaba espuma.

—¡Ah!—exclamó.—Me has ganado la acción. Ahora me asesinarás como á un perro.

—Si así lo hiciese,—dijo el generoso Francisco,—no haría más que imitar tu ejemplo; pero no soy tan miserable como tú.

Y esto dicho, el joven arrojó el puñal por encima de la cerca de un huerto.

Su rival inclinó la cabeza sobre el pecho.

Sentíase avergonzado.

—Roque,—dijo Francisco aproximándose,—voy á darte un consejo muy provechoso, y ojalá lo sigas. Yo dentro de un mes me casaré con Magdalena, no lo dudes; amo á esa joven, su padre es gustoso en que se lleve á cabo nuestra boda, y no habrá fuerza humana que me haga desistir de mi propósito.

Y estas frases fueron dichas con energía.

—Lo que debes hacer,—prosiguió Francisco,—es olvidar á Magdalena; y si, como esto no depende de la voluntad, te fuera imposible, no volver á interponerte en mi camino. De este modo aun podemos ser buenos amigos.

Roque guardó silencio.

—Yo no te quiero mal,—continuó Francisco;—te hallas en un error al suponerlo. Cuanto me has dicho esta noche y lo que has intentado hacer, se me olvidará muy en breve si modificas tu conducta. Venga, pues, tu mano, y echemos un espeso velo sobre lo que ha ocurrido.

—¡Cuán generoso eres, Francisco! Pudiste darme la muerte, y no has querido teñir mi propio puñal con mi sangre. Perdóname, te juro que desde ahora tienes en mí un verdadero amigo.

Francisco arrojóse en los brazos de su paisano.

Poseía un corazón noble, siempre dispuesto á perdonar las ofensas que le inferían.

Transcurrió un mes.

El día fijado para la boda amaneció verdaderamente espléndido.

No parecía sino que la naturaleza trataba de festejar el enlace de Francisco y la hija de Marcelo con todos sus encantos.

Roque no había vuelto á visitar la casa de Magdalena.

En cambio presentóse con frecuencia en la de Francisco.

—Quiero darte,—díjole á éste la víspera de la boda,—una prueba de que voy curándome de mi insensata pasión.

—¿Qué prueba?—preguntó Francisco, sin comprender lo que Roque quería decir.

—Mañana te casas.

—Es cierto.

—Permíteme que asista á la boda, para que tenga el gusto de hacer un obsequio á tu futura y para que presencie vuestra alegría.

—No te había invitado, temiendo que aumentasen tus sufrimientos.

—No, Francisco, mañana iré á casa de Marcelo, si me lo permites.

—Con mucho gusto.

Con efecto, al siguiente día Roque presentóse en la morada de Marcelo.

Éste recibióle con su proverbial amabilidad, pues no sólo ignoraba la pasión que por su hija sentía, sino

también la desagradable escena ocurrida entre él y Francisco.

Fernández habíalo callado hasta á Magdalena.

La casa de la novia estaba llena de amigos.

Roque, después de saludar á la joven, la entregó un cintillo y un ramo de flores de azahar.

—Toma, Magdalena,—la dijo,—y quiera Dios que tu vida sea tan grata como es el aroma que despiden estas flores: ellas se marchitarán en breve. ¡Ojalá que no suceda lo mismo con tu ventura!

—Mil gracias, Roque,—contestó la joven sonriendo y aceptando los regalos que la ofrecían.

Llegada la hora de celebrarse el desposorio, salieron de la casa los novios del brazo, seguidos de sus amigos, y todos dirigiéronse á la iglesia.

Magdalena estaba hermosísima.

Durante el trayecto detuviéronse para mirarla algunos caballeros.

—Hé ahí,—pensaban,—una joven que por su hermosura merecía ceñir á sus sienes una corona ducal.

Y era cierto.

La palidez que cubría sus mejillas hacíala más interesante.

Su padre no apartaba de ella los ojos.

—¡Hija de mi alma!—decíale al labrador, que iba á su lado.—Es mi tesoro. Afortunadamente va á unirse á un hombre honrado, que sabrá hacerla tan dichosa como ella se merece.

Llegaron al templo.

El altar mayor hallábase profusamente iluminado.

Marcelo, que era el padrino, no quiso omitir gasto de ninguna clase, á fin de que la ceremonia se hiciese con todo lujo y solemnidad.

El sacerdote bendijo á los novios.

Magdalena, con los ojos húmedos por las lágrimas, arrojóse en los brazos del autor de sus días, colmándole de cariñosos besos.

También Marcelo enjugóse el llanto con el dorso de su encallecida diestra.

Luégo la joven besó á sus amigas.

Aquel beso era su despedida de soltera.

Todos los rostros hallábanse regocijados.

Sólo un hombre, desde uno de los ángulos de la iglesia, contemplaba aquellas expansiones de la amistad con ojos sombríos. Era Roque.

—Ya no hay remedio,—decíase;—ya es su esposa; esto es, le pertenece la única mujer á quien he amado y á la que amaré mientras lata mi corazón.

Y aquel hombre, que en realidad sentía en su pecho una devoradora llama, mordióse los labios hasta hacerse sangre.

Comprendiendo, sin embargo, que no le convenía continuar en aquella actitud, hizo un esfuerzo y aproximóse á Francisco, en cuyo rostro advertíase la más completa satisfacción.

Roque le alargó la mano.

—Francisco,—le dijo,—te doy la más completa enhorabuena por tu enlace.

—Gracias, amigo mío. Ahora espero que tendré el gusto de que nos acompañes á mi casa, donde beberemos y bailaremos un rato.

—Como quieras.

Con efecto, los novios salieron de la iglesia, seguidos de Marcelo, de la madrina y de los convidados.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer Roque para que nadie comprendiese lo que en aquellos instantes sentía su alma.





CAPITULO XV

El náufrago.



CON verdadero lucimiento quedaron Marcelo y los recién casados.

Hasta una hora bastante avanzada de la noche obsequiaron á sus amigos con una abundante cena y multitud de dulces y refrescos.

Eran las diez cuando los concurrentes á la fiesta empezaron á despedirse, retirándose á sus respectivas casas.

Uno de los últimos que abandonó la morada de Francisco fué Roque.

Hallaba cierta complacencia dolorosa, permítasenos la frase, en sentir cómo se desgarraban las fibras de su corazón enamorado al sorprender las miradas

que dirigía Francisco á su esposa y las sonrisas que brotaban en los labios de la joven.

Sin embargo, advirtiendo que ya no quedaba casi nadie en el aposento, despidióse de los recién casados y salió de la casa.

En vez de dirigirse á la suya, situóse cerca de la vivienda de los novios.

Vió, envuelto en las sombras, salir á Marcelo.

Era indudable que Francisco y Magdalena estaban solos.

—¡Ah!—exclamó Roque exhalando un profundo suspiro.—He hecho una promesa que no cumpliré, porque no puedo.

Le dije á Francisco que no volvería á interponerme en su camino; pero esto es imposible, completamente imposible. Amo á Magdalena con locura. ¡Por recibir un solo beso de sus labios renunciaría á la felicidad eterna! Ya que no he conseguido que sea mi esposa, será mi manceba.

Y una satánica sonrisa contrajo los labios de Roque.

La estancia nupcial estaba iluminada.

El joven no apartaba sus ojos de la ventana.

Parecíale á cada instante ver á través de los vidrios la esbelta figura de Magdalena.

De pronto el aposento quedóse sumido en la más profunda oscuridad.

Roque exhaló un suspiro.

Luégo huyó de aquel sitio.

Había apurado hasta la última gota el cáliz del dolor.

Transcurrieron algunos meses.

Durante ellos apenas se dejó ver Roque.

Y es que el joven no salía de su casa más que á las altas horas de la noche para dirigir una mirada á la vivienda de Magdalena.

Francisco era completamente feliz.

Si antes de casarse quería á Magdalena, después de ser su esposo la adoraba.

Juzguen nuestros lectores cuál sería su ventura al saber que pasados algunos meses, iba á ser padre.

No es posible que se hayan unido jamás dos corazones que se amaran y se comprendiesen como el de Francisco y Magdalena.

Su existencia deslizábase como una cadena de flores donde una ventura se eslabona con otra.

Bastábales una mirada para comprenderse.

Marcelo estaba loco de contento.

—Siempre lo dije,—exclamaba en presencia de sus amigos.—Francisco es el hombre que vino á este mundo para labrar la felicidad de mi Magdalena.

Pero cuando estuvieron verdaderamente satisfechos fué cuando la joven dió á luz un robusto niño.

Este fué considerado como la gloria de la casa.

¡Cuántas veces el buen Marcelo tomábale en sus brazos y pasábase las horas muertas colmándole de caricias!

Cualquiera otro hombre que no fuese Roque hubiera desistido para siempre de alterar la dicha de aquella familia.

Pero él no podía.

Su pasión era como las aguas del torrente, que, desbordado, se despeña, arrollando cuanto encuentra en su camino.

Una tarde hallábase Magdalena á la sombra de un naranjo de su huerto, entretenida en la contemplación de su hijo, cuando sintió rumor de pasos.

Instintivamente volvió la cabeza.

No sorprendióse poco al ver á Roque; pues, como ya hemos dicho, el joven no había vuelto desde el día de la boda á la morada de Francisco.

—¿Has estado ausente?—le preguntó la joven con amabilidad.

—No, Magdalena.

—¿Tal vez enfermo?

—Mucho.

—¡Válgame Dios! Nada hemos sabido, pues de otro modo Francisco te hubiera ido á ver.

—¿Está en casa?

—No: ha tenido que ir á la Albufera, y creo que no regresará hasta la noche.

Al oir esto, una expresión de gozo reflejóse en las facciones de Roque.

—¿De modo que estás sola?—preguntó después de un instante.

—Sí.

—Lo celebro, Magdalena. Hace tiempo que deseaba hablarte á solas.

La joven sorprendióse algo de aquella respuesta.

Sin embargo, no interpretó fielmente los deseos de Roque.

—¿Acaso querrás decirme alguna cosa?

—Sí.

—Pues te escucho.

—Magdalena, hace más de un año que te casaste.

—Es cierto. ¿Te acuerdas cuán agradablemente se pasó aquel día?

—Para mí fué el peor de mi existencia.

—¡Es posible!

—Juzga cómo hubieras considerado aquel día si en vez de casarte con el hombre que amas le hubieras visto unirse á otra mujer.

Tan lejos hallábase Magdalena de suponer que Roque la amaba, que aun no comprendió el sentido de sus frases.

El joven continuó:

—Sí, Magdalena, yo te amaba con toda mi alma.

—¿A mí?

—¿Qué te sorprende?

—Nunca conocí nada, Roque.

—Sin embargo, en mi pecho ardía una llama devoradora que no se ha extinguido aún ni se extinguirá jamás.

—En ese caso, creo que has hecho muy mal en venir á visitarme.

—¿Te estorbo?

—De ninguna manera; pero en vez de alejarte del peligro, lo buscas.

—Porque hay en mí una fuerza imperiosa que me obliga á hacerlo.

—Mal hecho, Roque, debes dominarla.

—¿De modo que ése es el consuelo que me das?

—No puedo darte otro. Ya sabes que amo á mi marido; en primer lugar, porque es acreedor á ello, y además porque ésta es mi obligación.

—¡Cuántas prescinden de sus obligaciones!

—No te lo niego; pero esas mujeres no sé si me inspiran repugnancia ó compasión.

—¿Qué mérito encontraste en el hombre á quien perteneces?

—Para mí no tiene un defecto.

—¡Cuántas ilusiones se hacen las mujeres cuando están apasionadas!

—Quizás sea verdad.

—Francisco tiene unas facciones vulgares.

—A mí me parece el hombre más hermoso del mundo.

—Su inteligencia no es superior.

—Basta, Roque. Soy la esposa de Francisco, estás en su casa, y no consiento que se le censure lo más mínimo.

Algo desconcertado el joven con aquella respuesta, guardó silencio algunos instantes.

Luégo preguntó:

—Dime, Magdalena, ¿piensas decirle á Francisco lo que te he dicho?

—No, no lo haré, porque tu conducta le indignaría

Roque salió de la casa de Magdalena completamente desesperanzado.

La joven cumplió su promesa.

Cuando volvió su esposo á la casa, no le refirió nada de lo que Roque le había dicho.

Sin embargo, la joven estuvo preocupadísima durante algún tiempo.

—Nunca me ha sido simpático ese hombre, —decíase estrechando á su hijo contra su corazón;—pero ahora no sólo me es repulsivo, sino que hasta me inspira miedo.

Roque entre tanto sentíase cada vez más enamorado de Magdalena.

Su desesperada pasión era ya una locura.

¡Cuántas veces, á solas en su estancia, evocó á Satanás, deseando venderle su alma á cambio de la posesión de Magdalena!

Otras veces dábase largos paseos en una barca, especialmente cuando el mar estaba agitado.

—¡Me falta valor para darme un tiro,—exclamaba, —pero quisiese morir arrollado por las olas!

Una mañana, cuando abandonó su lecho, dirigió una mirada á través de los vidrios del balcón.

Desde allí descubría la vasta extensión del Mediterráneo.

El cielo estaba oscuro.

Espesos nubarrones amenazaban deshacerse en lluvia.

Las olas levantábanse rugientes con ímpetu amenazador.

Roque salió de su casa y dirigióse hacia la playa.

Una vez que estuvo en ella, desató un bote, y penetrando en él, empezó á remar.

Algunos marineros que se hallaban cerca fijaron en Roque sus ojos.

—¿Adónde va ese hombre?—se preguntaban.—Me parece que no regresará á la orilla.

Roque siguió dirigiendo su barca hacia alta mar.

Poco tardó en hallarse lejos de la costa.

Brilló un relámpago, y después oyóse el ronco estampido del trueno.

El huracán desplegó sus poderosas alas.

Era imponente ver á aquel hombre sobre una débil barquilla que servía de juguete á las olas.

Pero no había dispuesto Dios que aquél fuera el último instante de su vida.

Cuando el huracán arreciaba, Roque divisó un objeto.

Era un pedazo de madera, sobre la que se veía un bulto.

—¿Será un náufrago? —se preguntó el joven

Y redobló su atención.

Roque no se había engañado.

Asido á la tabla con crispación nerviosa había un hombre.

Roque sintióse compadecido.

Tomó los remos que había abandonado pocos momentos antes, y procuró con ellos domar el rudo empuje de las olas.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer, pero lo consiguió.

El náufrago, cuando estuvo próxima la barquilla, dijo:

—Echadme una cuerda; salvadme; no habéis de arrepentiros de ello.

—Sin promesa de ninguna clase, ya veis que me he acercado á vos con ese intento.

Y esto dicho, arrojóle la amarra, que el náufrago cogió con mano trémula.

Algunos instantes después hallábase en el interior de la barca.

Roque fijó en él sus ojos.

Era un hombre de unos treinta años, de ojos negros y expresivos y nariz correcta.

Su barba como el azabache era fina como la seda.

Su color moreno y pálido demostraba haber nacido en un país meridional.

—Me habéis salvado la vida, —díjole á Roque, dirigiéndole una mirada de gratitud.

—Cosa que no debéis agradecerme, si anheláis la muerte tanto como yo,—respondió el joven.

—¿Es posible?

—Como lo oís.

—¿Acaso os persigue la desgracia?

—Mucho.

—¿Os hace falta oro?

—Aunque no opulento, poseo el suficiente para cubrir mis atenciones.

—¿Perdisteis algún individuo de vuestra familia?

—Mis padres han muerto hace años, y sóy solo en el mundo.

—En ese caso no comprendo lo que pueda reduciros á tan lamentable estado de desesperación; pero deseo saberlo. Me salvasteis la vida, y quisiera encontrar el modo de pagaros este inmenso favor.

—¡No es posible! Lo que yo deseo, no podéis proporcionármelo, aunque vuestro poder sea mucho.

—¡Quién sabe!

El joven movió tristemente la cabeza.

—¿Cómo os llamáis?

—Roque.

—¿Sois valenciano?

—Nacido en la huerta.

—¿A qué os dedicáis?

—Mis padres eran labradores, y yo he seguido su mismo camino.

—Pues yo me llamo Almanzor, desciendo de los ilustres Gomeles de Córdoba, resido en Argel y soy

dueño de cuatro buques. Si tenemos la fortuna de descubrir á alguno, estamos salvados.

Roque fijó una mirada en Almanzor.

Una sospecha cruzó por su mente.

—Argelino, —pensó, —y dueño de cuatro buques que se hallan cerca de las costas valencianas. Me parece que este hombre debe ser capitán pirata.

Sin embargo, Roque, desechando esta idea, hizo titánicos esfuerzos para que el esquife llegase á la orilla.

Todo fué inútil.

La barca, impulsada por la corriente, iba desviándose de la costa.

Almanzor, conociendo ya el origen de Roque, empezó á tutearle diciéndole:

—Deseo me digas en qué estriba tu desgracia.

—Lo sabréis.

—Nos hemos conocido en unas circunstancias especiales; eres mi salvador, y es mi deber prestarte consuelo y ayuda.

Roque refirióle al argelino cuanto le sucedía.

—¡Imposible parece, —dijo el moro, —que un hombre de tus condiciones se apasione de una mujer hasta el punto de desear la muerte por ella!

—No puedo remediarlo: mi pasión es más fuerte que mi voluntad.

—Yo te prometo que si nos salvamos, esa mujer será tuya.

—¿De veras, Almanzor?

—Sí, te lo prometo, ya que es lo que más ambiciones.

Dos horas después la tempestad fué calmándose.

El sol consiguió disipar sus espesas brumas.

Almanzor fijaba sus ojos en el horizonte.

De pronto se iluminaron con un rayo de alegría.

—¿No descubres una vela?—preguntóle á Roque.

—Sí; paréceme divisár un punto blanco.

—Debe ser uno de mis buques.

—Rememos en esa dirección.

Y así lo verificaron.

Con efecto, Almanzor no se equivocaba.

Aquel punto blanco era la vela de uno de sus buques.

El moro púsose en pie en la barca é hizo señales.

—¿Nos habrán visto?—preguntó Roque.

—Lo ignoro.

Apenas dió Almanzor esta respuesta, observaron que el buque viró, dirigiendo su proa en dirección á la barquilla

—¡Estamos salvados!—dijo Almanzor.

Con efecto, tres horas después, el capitán pirata y su salvador hallábanse á bordo de la embarcación argelina.

Allí supo Almanzor que la tormenta había respetado tres de sus buques.

Sólo el que él mandaba fué pasto de las olas.

—Ahora, Roque,—dijo el capitán,—es necesario que tengas paciencia. Nuestros buques han sufrido



_De pié en el bote hizo señas al barco



grandes averías, que es necesario reparar. Ven con nosotros á Argel; si en aquel hermoso país consigues olvidar tan funesta pasión, no ha de faltarte nunca una estancia en mi palacio, ni un puesto en mi mesa.

– Gracias, Almanzor.

– Si no puedes olvidar á la mujer que amas, en la primera expedición que hagamos á las costas valencianas procuraremos hacerla cautiva, y será tu esclava.

—Acepto,—respondió el joven.

El buque desplegó de nuevo sus velas, tomando rumbo hacia las costas de Argel.





CAPITULO XVI

La venganza de un malvado.



RANSCURRIERON cuatro años.

Durante este tiempo no alteróse en lo más mínimo la ventura de Francisco y Magdalena.

Su hijo, al que habían puesto el nombre de Gabriel, era un precioso niño, que, á pesar de su corta edad, revelaba grandes dotes de inteligencia.

Era el encanto de sus padres.

Una tarde hallábase Magdalena en su casa, como de costumbre, cuando penetró su marido en el aposento.

Después de besar á su hijo, dirigióle una tierna mirada á Magdalena y la dijo:

—Esposa mía, tengo que pedirte un consejo.

—¿Tú á mí?

—¿Qué te sorprende? ¿Acaso no posees suficiente inteligencia para dármelo?

Pobre de mí, Francisco: lo que sí tengo es buena voluntad.

—Pues con ella basta. Entremos, por lo tanto, de lleno en el asunto.

—Como quieras.

—Mi padre tenía un íntimo amigo: recuerdo que las muchas veces que vino á Valencia instalábase en mi casa y se le trataba como á un individuo de la familia. Este señor se llama don Pedro Gutiérrez.

—Nunca le has nombrado delante de mí hasta ahora.

—Es posible que sea así. Hoy he tenido una carta de este señor, que es viudo y se halla completamente solo en la corte, pues no tiene hijos.

—Y ¿qué te dice en esa carta?

—Pues me dice que su propósito, el día que deje de existir, es dejarme por heredero de sus bienes, y que, encontrándose enfermo, me agradecería que fuese á verle.

—¡Ah! Francisco, ¿vas á separarte de mí?

—Nada más que por pocos días, y eso contando con que tú no te opongas. Ya comprenderás que mi disgusto no es más pequeño que el tuyo; pero al mismo tiempo quisiera complacer al antiguo amigo de mi padre.

—Comprendo que es justo; ¡pero me produce tanta tristeza una separación!...

—En ese caso, me quedo.

—No, Francisco, no quiero que dejes de cumplir con tu deber.

—Si ese señor deja de existir, lo que no deseo, y me cumple su palabra, el porvenir de nuestro querido hijo queda asegurado.

Esta razón no dejó de pesar en el ánimo de Magdalena, que adoraba en el pequeño Gabriel.

Tres días después de sostener el matrimonio este diálogo, Francisco salió de Valencia con dirección á Madrid.

Dejémosle hacer su viaje, y veamos lo que entre tanto sucedía en su casa.

Magdalena no acertaba á estar sola.

A cada instante fijábanse sus ojos en la puerta del aposento, como si su marido fuese á aparecer por ella.

Aquella noche la visitó su padre, como de costumbre.

—¡Estoy como sin sombra, padre mío!—le dijo Magdalena.

—Lo creo. ¿Por qué no te pasas á casa mientras dure la ausencia de tu marido?

—Creo que tardará poco en regresar.

Marcelo acompañó á su hija hasta las nueve.

A esta hora dióla un beso en la frente y salió de la estancia.

Magdalena se dispuso á acostarse.

Tomó en sus brazos á Gabriel, que dormía como un ángel, y dirigióse á su estancia.

Después de rezar una breve oración, despojóse de su vestido y se acostó.

Transcurridos algunos instantes, su acompasada respiración indicaba que dormía.

Mientras la joven descansaba, tres hombres embozados en negras capas dirigíanse hacia la vivienda de Magdalena.

Uno de ellos era Roque.

El otro Almanzor.

El tercero, un criado de éste.

—Hace cuatro años, —decía el moro,—te hice una promesa.

—Es verdad, —respondió Roque.

—Me confiaste el amor que hacia una joven sentías, y yo te prometí su posesión si no la olvidabas. Cuatro años han transcurrido, y aun no se ha borrado la imagen de esa mujer de tu memoria.

—Es cierto, Almanzor; no se ha borrado ni se borrará hasta que haya conseguido mis deseos.

—¿Te considerarías feliz si esa beldad es tuya teniendo al mismo tiempo la satisfacción de arrancar la vida á su esposo por tu propia mano?

—Desde luégo.

—Pues vas á realizar todo eso.

—¿De veras, Almanzor?

—No lo dudes.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Roque.

—Ya sabes, —prosiguió el pirata,—que cerca de la costa espera nuestro buque. Con su tripulación podríamos alcanzar buen botín, pero ahora no se trata de esto. He querido venir á Valencia, porque en Argel veíase siempre tu rostro velado por la sombra del pesar. Lo único que te exijo es que antes de acabar la noche nos demos á la vela.

—No seré yo quien se oponga á tus deseos.

—¿Crees necesario que nos acompañe alguien más para la empresa que vamos á acometer?

—No; somos tres, y en casa de Magdalena no debe haber más hombre que su marido.

—Perfectamente.

A este punto llegaba la conversación de los piratas, cuando Roque se detuvo.

Hallábanse á muy pocos pasos de la vivienda de Magdalena.

—¿Traes la escala?—preguntó Almanzor á su criado.

—Aquí está.

—Muy bien.

Y el descendiente de los Gomeles arrojó la extremidad de la escala, guarnecida de dos garfios, al alféizar de una ventana.

Los garfios se quedaron sujetos.

—¡Bien!—exclamó Roque.—Veo que tienes práctica. No es ésta la vez primera que haces una operación semejante.

En los labios de Almanzor se dibujó una sonrisa.

—Ahora,—dijo Roque,—déjame subir. Si algo

me ocurre, os llamaré para que acudáis en mi socorro.

—Pero ¿y el esposo?

—Es probable que esté dormido: si es así, llevo mi puñal para hacer que despierte en el seno de la eternidad.

—Aquí esperamos.

—Hasta luégo, Almanzor.

Y Roque, ágil como un cuadrumano, empezó á ascender por la escala.

Como las vidrieras de la ventana estaban abiertas, pues el calor era excesivo, Roque no encontró dificultades para penetrar en el aposento de la esposa de Francisco.

Roque vió con alegría que Magdalena estaba sola con su hijo.

La joven dormía profundamente.

Roque hizo una seña á sus compañeros para que permaneciesen tranquilos.

Luégo echó la llave de la única puerta que había en el aposento, y sacándola de la cerradura, la arrojó al campo.

Acercóse después al lecho de Magdalena.

La joven estaba hermosísima.

Sus negros cabellos esparcíanse sobre la blanca almohada, formando un poderoso contraste.

En sus carmíneos labios vagaba una dulce sonrisa que permitía admirar dos hileras de dientes blancos é iguales como perlas.

Magdalena tenía entre sus ebúrneos brazos á su hijo.

Roque estuvo examinándolos algunos instantes.

Luégo desnudó su puñal, y con una crueldad sin nombre apoderóse del niño.

Al sentir que lo arrebataban de sus brazos, Magdalena despertó sobresaltada.

Juzguen nuestros lectores cuál sería su asombro al hallarse en presencia de Roque.

—¡Ah! ¿Qué quieres?—exclamó.—Dame á mi hijo. ¡Por Dios, no le mates!

—De ti depende su salvación. Sé mía, y no doy la muerte á tu hijo.

—¡Por Dios, Roque, no seas cruel!

—¡Ni una palabra más! Si gritas, hundo este acero en su corazón.

Magdalena rompió á llorar.

Luégo dirigió una mirada de súplica á su verdugo.

Este, por toda respuesta, lanzó una sonora y estridente carcajada.

La infeliz esposa de Francisco, no pudiendo resistir la fuerte emoción que experimentaba, lanzó un grito desgarrador, quedando desmayada.

Cuando recuperó el conocimiento, hallóse con su hijo en los brazos.

Roque estaba sentado junto al lecho.

—Magdalena,—le dijo éste,—he conseguido lo que

durante tantos años ambicioné. Ahora necesito vengarme de tu marido.

—¡Ah infame! ¿No estás satisfecho con haber labrado mi eterna desventura?

—No, necesito matar á tu esposo.

—Afortunadamente no puedes lograrlo.

—¿Por qué?

—Porque la divina Providencia ha hecho que no esté aquí.

—Eso no es verdad.

—Búscale por donde quieras; te autorizo para que lo hagas.

Roque, al oir esto, convencióse de que Magdalena decía la verdad.

—Ahora, adiós,—dijo.—Ya me he vengado de tus desdenes.

—¡Infame!

—Seré lo que quieras, pero me he vengado.

Y el joven, después de dirigir á Magdalena una mirada, púsose de pie en el alféizar de la ventana, descendiendo luégo por la escala.

Apenas estuvo sola la joven, rompió á llorar.

—¡Ah Dios mío!—exclamó.—Mil veces hubiera sido preferible que Francisco me hallase muerta á su regreso.

Magdalena saltó de su lecho, presa de una angustia infinita.

Sus pulmones necesitaban respirar el aire libre.

Sentía fiebre.

Acercóse á la ventana.

En aquel instante empezaba á notarse en el cielo la claridad del amanecer.

La joven vió á los tres embozados que se alejaban.

Estos desaparecieron.

Magdalena quedóse pensativa.

De pronto llevóse la mano á la frente.

Acababa de ocurrírsele una idea terrible.

—No hay más que una solución,—se dijo.—Para evitar lo sucedido aquí esta noche no basta ni todo el poder de Dios. Soy indigna del hombre que me eligió para su esposa, pues aunque no he podido evitarlo, estoy deshonrada, estoy perdida. La muerte, únicamente la muerte es mi salvación.

Y formado este propósito, Magdalena salió de su casa, dirigiéndose hacia la playa.

El mar estaba sereno.

Sus olas apenas producían vagos rumores al estrellarse contra la blanca arena.

Iba la joven á arrojarse, cuando un pensamiento acudió á su mente.

Acababa de acordarse de su hijo.

—¡Ah!—exclamó.—¡Cuán ingrata soy! ¡Ni siquiera le he dado un beso! ¡Pobre hijo mío! ¡No me despedí

de él cuando pensaba no volver á verle! Esto es imperdonable: para morir siempre hay tiempo.

Y haciéndose estas reflexiones, Magdalena dirigióse de nuevo hacia su casa, aunque sin desistir de su propósito de quitarse la vida.





CAPITULO XVII

Una revelación terrible.



ASTA una sola nube para manchar la diafanidad de los cielos, alterando también la brillantez del sol.

Del mismo modo basta una pena para que desaparezca nuestra tranquilidad y nuestra ventura.

Magdalena, la casta esposa que adoraba á su marido, y que hasta entonces fué la más feliz de las mujeres, hallábase presa de la más horrible desesperación.

Había bastado el capricho de un infame para echar por tierra su felicidad.

Apenas llegó la joven á su casa, abrazó á su hijo.

Este, que, á pesar de sus pocos años, tenía una gran inteligencia, al ver á su madre con lágrimas en los ojos, la abrazó estrechamente.

—¿Qué te sucede, mamá mía?—la preguntó con ese timbre argentino que sólo poseen las criaturas.

—Nada, hijo de mi alma.

—Entonces, ¿por qué lloras? ¿No ves que yo también voy á llorar?

—¡Hijo mío!

Y Magdalena estrechábale contra su pecho con efusión.

—No,—díjose luégo.—Es una infamia lo que pretendo hacer. Mi vida no me pertenece. Le diré á Francisco cuanto ha pasado, y él decidirá. Si quiere que nos separemos, viviré para mi pobre Gabriel, que no tiene la culpa de las infamias de ese hombre. Para mi esposo puedo haber terminado; pero para mi hijo, nunca.

Y Magdalena besó de nuevo los rosados labios de Gabriel.

Desde aquel día, la joven estuvo presa de las mayores preocupaciones.

Tanto como antes deseaba el regreso de Francisco, temíalo ahora.

—¿Cómo decirle lo que ha pasado?—se preguntaba con frecuencia;—y, no obstante, es imposible callarlo: esto sería una infamia sin nombre, una ocultación indisculpable.

Estas consideraciones se hacía Magdalena, cuando

oyó el ruido que produjo un carruaje al penetrar en el zaguán.

Las mejillas de la joven cubriéronse de una mortal palidez.

—Debe ser Francisco,— se dijo.

Y ocultóse el rostro entre las manos, sintiendo vergüenza y desesperación.

Magdalena no se había engañado.

Francisco acababa de regresar de su viaje á la corte.

Extrañóse mucho de que su esposa no saliese á recibirle, y lleno de inquietud, dirigióse á su aposento.

—¿Estará enferma?—se preguntó, aventurándose por un largo pasillo que conducía á la estancia de Magdalena.

Y aceleró el paso.

Al entrar en el aposento y ver á su esposa en la actitud que hemos indicado, confirmáronse sus sospechas.

Quiso abrazarla, pero Magdalena le rechazó con dulzura.

Francisco quedóse mudo de sorpresa.

Pasados algunos instantes dijo:

—¿Qué es esto, Magdalena? ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué me recibes con tanta frialdad?

Por toda contestación la joven prorrumpió en amargos sollozos.

—¿Estás enferma?

Magdalena hizo un movimiento negativo.

—Entonces, ¿qué sucede? Habla pronto. ¿Acaso le ha ocurrido alguna desgracia á nuestro hijo?

Y Francisco buscó á Gabriel con avidez.

El niño hallábase sonriendo, y tendiéndole los brazos.

Este le colmó de besos.

Luégo sentóse al lado de Magdalena.

—Habla,—la dijo.—No prolongues mi incertidumbre.

—Francisco, tiempo hay de sobra para que sepas los motivos de mi desesperación.

—Es que quiero saberlos ahora.

—Luégo, más tarde; deja que algunos momentos más sea feliz.

—¡Ah! Ya comprendo. ¿Quizás á tu padre le ha ocurrido algo?...

—Gracias á Dios, disfruta de buena salud.

—Entonces, ¿qué pasa? Harás que me desespere y te reprenda por primera vez en la vida.

—¡Calla, Francisco, calla, por Dios!

Fernández hirió el pavimento con sus pies.

Sentíase devorado de la mayor impaciencia.

—Sorpréndeme mucho,—dijo,—la manera que tienes de recibirme. Yo, que venía tan contento porque he heredado una pequeña fortuna para nuestro hijo. ¿No te agrada esta noticia?

La joven se encogió de hombros.

—¡Qué indiferencia!—exclamó Francisco.—¿Acaso ya no me amas?

—El que no debe amarme eres tú.

—¡Yo!

—¡Sí, Francisco de mi alma!

—¡Ah! Siempre habrá habido algún miserable que se haya gozado en hacerte creer que mi viaje á la corte era un pretexto para cometer alguna infidelidad.

—No, Francisco.

—Entonces, ¿qué pasa?—exclamó el joven cambiando de tono.—Hasta aquí te he rogado que me lo dijeses, ahora te lo exijo.

—¡Es tan horrible!

—Aunque lo sea; ya sabes que no soy de los hombres que se ahogan en un vaso de agua. Habla, pues.

—Lo haré, porque es mi obligación.

—Y prescindiendo de esto, porque me parece que entre nosotros no deben existir secretos.

Magdalena se enjugó las lágrimas con su pañuelo, y tomando una resolución, preguntóle á su marido:

—¿Te acuerdas de Roque?

Al oir este nombre, las mejillas de Francisco cubriéronse de una mortal palidez.

—Sí,—respondió.—¡No he de acordarme! ¿Acaso ha estado en casa durante mi ausencia?

—Ha estado.

—¿Por qué le recibiste?

—Mal podía impedírselo, cuando ese hombre penetró en casa del modo que lo verifican los malhechores.

—No comprendo.

—Un hombre honrado,—continuó Magdalena,—no duda en llamar á la puerta de los que también lo son.

—Es cierto.

—Pero los asesinos y los ladrones entran por las ventanas.

—Magdalena,—dijo Francisco,—prosigue. Te ruego que no hagas preámbulos de ninguna clase. Quiero saber á qué ha venido ese hombre á casa durante mi ausencia.

—¡Ha venido á robarte la honra!

—¡Qué dices, desgraciada!

—Lo que oyes.

—¡Ah! ¡Y me lo dices de ese modo, sin comprender lo cara que puede costarte esa frase!

—Francisco, yo dormía tranquilamente con nuestro hijo; cuando abrí los ojos, fué al sentir que me arrebataban á Gabriel.

—Prosigue.

—Roque me amenazó con quitarle la vida al niño, y yo, no pudiendo sufrir tantas emociones, me desmayé.

Es indescriptible lo que Francisco experimentó al oir la revelación de Magdalena.

Como nuestros lectores saben, ella era la única mujer á quien había amado.

—¡Ah!—exclamó apretando los puños.—¡Parece imposible que hayas tenido valor para decirme lo que sucede!

—¿No es más noble que si te lo hubiera ocultado?

—Desde luégo; pero al perder la honra...

—Prosigue.

—Has debido quitarte la vida. Mil veces más me hubiese agradado encontrarte muerta.

—Ya acaricié esa idea, y si no la puse en práctica, fué por nuestro hijo.

Francisco inclinó la cabeza sobre el pecho.

Sentíase abrumado.

A veces creía hallarse bajo los efectos de una espantosa pesadilla.

Magdalena fué la primera que interrumpió el silencio.

—Francisco,—exclamó,—perdóname si por el gran cariño que profeso á Gabriel, he carecido de suficiente valor para arrojarme al mar. Ahora que estás aquí, y sé, por lo tanto, que nuestro hijo no queda desamparado, voy á cumplir con mi deber. Dentro de algunos instantes será un cadáver la mujer que tanto te adora y que, sin culpa, es indigna de tu amor.

Y Magdalena, abandonando el asiento, dirigióse hacia la puerta.

Francisco la detuvo.

—¿Qué vas á hacer, desgraciada?—la preguntó.

—Lo que había pensado y lo que me aconsejas.

—No, estaba loco cuanto te lo he dicho. Perdóname, Magdalena. Tú lo has dicho hace un instante: nuestra paz conyugal ha muerto para siempre; nos separa una barrera insuperable; pero tú no tienes la culpa, la tie-

ne la fatalidad. Cuando deshonran á una doncella, aun puede su padre pedir reparación y alcanzarla; pero una esposa... ¡Ah Magdalena, esto es horrible! ¡Yo me vuelvo loco cuanto más lo pienso! ¡Es un enigma sin clave, un problema que no puede resolverse!

—No hay más solución que mi muerte.

—No: ni aun así se borraría la mancha que ha caído sobre mi honra. ¡Dime, dime dónde está Roque!

—¡Cómo quieres que te diga lo que ignoro!

—¡Ah! De seguro ha partido. Él me conoce; él sabe que mi venganza sería espantosa, cruel, como la cfensa que me ha inferido. ¡Dios mío!, ¿por qué no le maté aquella noche que quiso asesinarme cobardemente?

Y Francisco mesábase los cabellos y se mordía las manos como un loco.

—Déjame salir,—dijo Magdalena.

—No, no quiero que te mates. Tampoco puedo ocultarte que te adoro; pero esta adoración es precisamente lo que me desespera más. ¡Si no te quisiese! La ofensa siempre existiría, pero al menos no sentiría en el alma lo que siento.

—Pero ¿no comprendes que, como has dicho antes muy bien, nuestra paz ha desaparecido para siempre?

—No importa: me falta valor para que te quites la vida; ¡no lo hagas, por Dios, Magdalena! Ya que no puedas seguir siendo mi esposa, sé al menos mi hermana.

—¡Qué triste es eso!

—¡Ya lo sé! Es muy triste, pero ¡qué remedio! El mundo ignorará lo que ha pasado, todos creerán que seguimos siendo felices y dichosos, y te juro que te vengaré.

Yo he de buscar á ese hombre infame aunque se oculte bajo la tierra.

La joven guardó silencio.

En aquel instante Gabriel se aproximó á ella sonriendo.

—¡Pobre hijo mío!—exclamó Magdalena estrechándole contra su pecho.—¡En su inocencia, no comprende nuestra horrible desgracia!

—Es verdad.

Francisco besó repetidas veces á su hijo.

Este, aunque no podía, con efecto, explicarse lo que sucedía, no cesaba de dirigir á sus padres cariñosas miradas.

—Magdalena, hazme una promesa,—dijo Francisco.

—¿Qué deseas?

—Yo esta misma tarde salgo de Valencia, pues tengo la seguridad que Roque no se encuentra aquí.

—Sé lo que pretendes. Quisiera evitarlo; pero comprendo que mis ruegos serían inútiles.

—Es verdad. Necesito buscar á ese hombre y matarle donde le encuentre.

—Y ¿qué me exiges?

—Que deseches de tu imaginación la lúgubre idea que hace poco acariciabas. Si odias la vida, debes con-

servarla para nuestro hijo, del que quedas encargada durante mi ausencia.

—Te lo prometo.

—Adiós, pues, Magdalena; adiós, hermana mía.

Y Francisco salió del aposento, sintiendo que una lágrima candente como la lava afluía á sus ojos.





CAPITULO XVIII

Donde se ve hasta qué grado llega la bondad de Francisco.



CREÍA Magdalena haber apurado hasta la última gota el cáliz de la amargura; pero ¡cuán equivocada estaba!

Lo ocurrido no era más que el prólogo de sus verdaderas desdichas.

La joven sintió poco tiempo después en sus entrañas las palpitaciones de un nuevo ser.

En aquella noche fatal en que Roque abusó torpemente de ella, había quedado en cinta.

—¡Ah Dios mío!—exclamó la infeliz vertiendo lágrimas á raudales,—¡qué dirá Francisco cuando sepa á su regreso esta nueva desgracia!

Y Magdalena se desesperaba.

Dos meses antes de su alumbramiento, Francisco presentóse de nuevo en Valencia.

Había pasado más de medio año haciendo inútiles pesquisas para averiguar el paradero de Roque.

No era fácil encontrar á éste, que, como nuestros lectores saben, había fijado su residencia en Argel al lado del pirata Almanzor.

Magdalena no necesitó hacerle la menor pregunta para comprender el mal éxito que habían alcanzado sus gestiones.

Bastóle dirigirle una mirada.

Francisco había envejecido en el corto transcurso de seis meses.

Al ver á su esposa, dibujóse en sus labios una amarga sonrisa.

—¡Veo que vas á ser madre, Magdalena!—la dijo.—Era lo único que faltaba para que sea completa mi desesperación.

La joven inclinó la cabeza, cubriéndose sus mejillas de un vergonzoso carmín.

—¡Ay, Francisco!—exclamó luégo.—¡Todas las noches rezo fervorosamente porque Dios se acuerde de mí y me lleve consigo! ¡Este era el único modo de que estuvieses tranquilo!

—No lo creas. Ni aun así lo estaría. Mañana mismo saldremos de Valencia, donde todos nos conocen, no regresando á esta ciudad hasta que hayas sido madre. Como comprendes, no puedo consentir que ese

hijo del hombre que más odio en el mundo, permanezca á nuestro lado.

Magdalena guardó silencio.

Aunque lo sentía con toda su alma, no podía oponerse á los deseos de su marido

Con efecto, Francisco alquiló en un pueblo inmediato una modesta casita, en la que instalóse con Magdalena.

Esta, transcurridos dos meses, fué madre de una hermosa niña, rubia como un ángel.

Precisamente el día de su alumbramiento Francisco no se hallaba en la casa.

—¡Pobre hija mía!—exclamó la joven acariciando á la niña.—¡Cuán desgraciada eres desde que has venido á este mundo! ¡Qué será de ti! ¡Cuál será tu destino!

Y Magdalena deshacíase en lágrimas.

Francisco llegó á la casa poco después.

Inmediatamente penetró en el aposento de su esposa.

Al ver á la niña, sus mejillas palidecieron.

—Es preciso,—dijo,—que esta criatura no permanezca en esta casa un instante más.

—Francisco, ¿y adónde vas á llevarla?

—Ya me he ocupado de esto.

—¿No quieres decírmelo?

—Sí, porque tengo la seguridad que no has de faltarme á la promesa que vas á hacerme.

—¿Qué deseas?

—Que no te ocurra jamás la idea de venir á verla.

—Soy tu esclava, y haré lo que me ordenes.

—En este pueblo hay unos honrados pastores que viven en la mayor estrechez. Yo les entregaré una cantidad y ellos prohijarán á esa infeliz criatura.

—¡Ah Francisco, cuán bueno y generoso eres!

—Como comprendes, no había de hacer ninguna crueldad con ese pobre ser, que no tiene la culpa de las infamias de su padre.

—Es cierto.

Francisco tomó á la niña en sus brazos.

Parecíale á Magdalena que la arrancaban el corazón.

Sin embargo, no hizo la más pequeña protesta.

Sólo dijo:

—Si no te enfadases, te haría una súplica.

—¿Qué quieres?

—Dar un beso á este angelito antes que te la lleves para siempre.

Francisco, por toda respuesta, entregó de nuevo la niña á su madre.

Ésta la dió un beso, mejor dicho, un pedazo de su alma, que transmitióse de sus labios á los de la niña.

—Adiós, ángel mío, —murmuró en voz baja.—Dios te dé más ventura que á la infeliz mujer que te ha dado á luz.

Francisco salió de la casa un instante después, llevando á la niña en sus brazos.

Según habíale dicho á Magdalena, la dejó en la vivienda de unos pastores, recomendándoles que la tratasen con cariño.

La convalecencia de Magdalena fué muy penosa.

No pudo, por lo tanto, emprender su viaje de regreso á Valencia en muchos días.

Sin embargo, había un motivo para que desease volver á la ciudad.

Gabriel habíase quedado en compañía de Marcelo.

Sus padres deseaban abrazar á su hijo.

Dispusieron, pues, el viaje, aunque la joven no se hallaba completamente restablecida.

Grande fué la satisfacción que recibió Marcelo al ver á sus hijos.

También Gabriel dió las mayores muestras de alegría al abrazar á sus padres.

¡Qué extrañas sensaciones experimentaba Magdalena al sentir en sus labios los besos de su hijo!

Gozaba, porque para una madre es siempre grata la caricia de un hijo; pero en su imaginación brotaba el triste recuerdo de la niña, que había dejado en poder de personas extrañas.

Y lo más horrible era que no podía proferir una queja, temiendo que Francisco se exasperase.

Transcurrió tiempo.

Francisco, que adoraba á su esposa, no pudo seguir considerándola como á una hermana.

Aunque no por completo, restablecióse en gran parte la tranquilidad conyugal.

No hay herida que no se cicatrice con el tiempo.

Francisco no había vuelto á hablar á su esposa de lo ocurrido.

Ella, á su vez, procuraba en presencia de su marido afectar una calma que hallábase muy lejos de sentir.

¡Eran tan distintas las condiciones en que ambos se hallaban!

Francisco, al no permitir que la hija de Roque viviese en su misma casa, alejaba de ella al ser que constantemente le recordaría su deshonra.

En cambio, Magdalena era la madre de aquel ser, y tenía, por lo tanto, que idolatrarle.

Su vida era un martirio, una cadena donde eslabonábase una tristeza con una pesadumbre.

Una tarde, Francisco expresó á Magdalena su deseo de que fuesen juntos á pasear por la playa.

—La tarde está hermosísima,—dijo.—Llevaremos, por lo tanto, á Gabriel.

—Como quieras.

Así lo efectuaron.

El matrimonio y el niño dirigiéronse hacia la playa.

¡Cuán hermoso estaba el mar!

Sus azuladas ondas besaban la arena, deshaciéndose en blancos penachos de espuma.

Ni una nube alteraba la diafanidad del cielo.

Francisco y Magdalena prolongaron su paseo más de lo que creían, pues les sorprendió la noche.

El primero no apartaba sus ojos de Gabriel, que iba entretenido buscando conchas y caracoles.

Magdalena, como de costumbre, estaba triste.

—¿Te parece que volvamos á casa?—preguntó Francisco.

—Bien.

—Ya empieza á sentirse el cierzo, y pudiera perjudicar á nuestro hijo.

—Vamos, pues, cuando quieras.

Emprendieron el camino que conducía á su morada.

Antes de llegar á ésta acercóse á Francisco una mujer que llevaba en sus brazos á una criatura débil y enfermiza.

Magdalena fijó en ella sus ojos.

—¡Una limosna para dar á este niño un pedazo de pan, caballero!—dijo la mendiga.

Francisco metióse la mano en el bolsillo, y sacando de él una moneda, la puso en las trémulas manos de la pordiosera.

—¡Mil gracias, caballero! ¡Que Dios os bendiga, lo mismo que á vuestro hijo!

Y al decir esto, dirigióle una mirada á Gabriel.

—¡Pobre criatura!—exclamó el esposo de Magda-

lena, refiriéndose al niño que la mendiga llevaba en sus brazos.—¡Para qué enviará Dios á este mundo seres tan desgraciados!

Magdalena nada dijo, pero una lágrima resbaló por sus pálidas mejillas.

Francisco la vió.

—¿Qué te sucede?—preguntóle.

—Nada.

—Di la verdad; sin un motivo no se llora; confiesa que en este instante ha acudido á tu imaginación un recuerdo.

—Bien, Francisco, no puedo negártelo, es verdad.

—Tiempo hace que te hallas triste.

—No tengo motivos para lo contrario.

—¡Pobre Magdalena! ¡Es cierto: yo he sido muy cruel para ti!

—¿Tú?

—Sí.

—No es posible hallar un hombre más bueno y generoso.

—No, para ti no lo he sido, pero subsanaré mi falta. Al ver al hijo de la mendiga, te has acordado de la pobre niña que se halla á merced de unas personas que apenas conozco.

—No puedo negártelo.

—Al fin eres su madre, y no seré yo quien lo censure. Magdalena, voy á darte la gran prueba de lo mucho que te quiero.

—¿Cuál?

—Voy á ir mañana mismo en busca de la niña.

—¿De veras, Francisco?—exclamó la joven sin poder disimular la alegría que experimentaba.

—Sí, te lo prometo.

—¡Ah! ¡Gracias, gracias!

—Diremos á las gentes que es una niña que hemos prohijado.

—Sí, sí, lo que quieras.

—Y ella también lo creerá. Lo único que te ruego es que no sepa que eres su madre: yo no puedo llamarla hija.

—Bien, Francisco, haré lo que me ordenas.

Y Magdalena en aquel instante era completamente feliz.





CAPITULO XIX

La hija de la fatalidad.



RANCISCO no quiso retrasar el cumplimiento de su palabra.

A la siguiente mañana, cuando su esposa salió al huerto, vióle aparejando una de las mulas que tenían para la labor.

Francisco dirigióle á Magdalena una cariñosa sonrisa.

—¿Vas á salir?—interrogó la joven con cierta timidez.

—¡Qué pregunta! - respondió Francisco con acento cariñoso.—¿Acaso no hemos quedado anoche en que hoy traeré la niña?

—Sí, Francisco, en eso quedamos; pero...

—Temías que hubiese cambiado de opinión en el corto transcurso de la noche, ¿no es verdad?

—Esposo mío, no puedo negarte lo mucho que me satisface que esa infeliz criatura venga á mi lado; pero tampoco te negaré que sentiría que esto te originara el más pequeño disgusto.

—Puedes estar tranquila; mil veces te he dicho, y no me cansaré de repetirlo, que la niña no tiene la culpa de las infamias de su padre.

—Desde luégo.

—Ya que no pueda saber el mundo que la llevaste en tus entrañas, al menos que la pobre no pase privaciones.

—¡Cuán noble es tu corazón!

Francisco, cuando terminó de aparejar la caballería, dióle un abrazo á Magdalena.

—Hasta luégo,—la dijo después.

—Adiós, Francisco.

Y Fernández montó sobre la mula, saliendo de la huerta.

Su esposa le siguió con una mirada.

—Grande es el sacrificio que hace, – pensó ésta; — y si lo admito, es únicamente por el inmenso amor que hacia mi hija siento.

Al decir esto, Magdalena derramó dos lágrimas, que rodaron por sus pálidas mejillas.

Iba á penetrar en la casa, cuando sintió que la abrazaban.

Era Gabriel.

—¡Ah!—exclamó la joven.—¿Estabas aquí?

—Sí; y he visto que llorabas.

—¿Yo?

—No me lo niegues, madre; aun se ven las lágrimas en tus ojos. ¿Adónde va padre?

—Cerca de aquí.

—¿Luego volverá esta noche?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, ¿por qué lloras? Yo creí que iba á estar fuera mucho tiempo.

—Dentro de algunas horas le verás.

—¿A qué ha ido?

—A buscar una pobre niña que no tiene padres.

—¡Qué desgracia tan horrible!

—¡Ya lo creo, hijo mío!

—Dime, y esa niña, ¿va á quedarse en casa?

—¿Acaso esto te inspira envidia?

—Por el contrario; tendré á mi lado quien comparta mis juegos.

—Es claro.

—Y la querré mucho; tanto como si fuese mi hermana.

Magdalena exhaló un suspiro.

Dejémosla con Gabriel y sigamos á Francisco.

Este llegaba dos horas después al pueblo en que

algunos años antes había dejado á la hija de Magdalena.

Dirigióse á la humilde morada de los pastores á quienes la confió.

Sentada en el umbral de la puerta hallábase una preciosa criatura.

Francisco no dudó que era la que buscaba.

Sus rubios cabellos caían en ondulantes bucles sobre sus hombros.

Su tez era blanca como el alabastro, sin que los rayos del sol ni el soplo del cierzo hubiesen quebrantado en lo más mínimo su nitidez.

Hallábase modestamente vestida.

Al acercarse Francisco dirigió hacia él sus ojos, azules como las aguas de un lago.

—¿Está Marta?—preguntó Francisco.

—Sí, señor. ¿Queréis que la llame?—respondióle la niña.

—Sí. Dile que deseo hablar con ella un instante.

La niña se puso en pie, penetrando en la casa.

—¡Qué linda es!—exclamó Francisco.—Sus facciones me recuerdan las de Gabriel. ¡Pobre criatura!

La anciana Marta salió de la casa.

Al reconocer á Francisco, una palidez mortal cubrió su rostro.

—¿Venís á llevaros á María?—preguntó.

—Sí, Marta: vengo á llevármela y á recompensarte.

—¡Ah señor! ¡Si vieseis qué buena es! Más que una criatura, parece un ángel. Todos los días le aseguraba

á mi marido que no la dejaríais mucho tiempo en nuestro poder, y, por desgracia, hoy se realiza mi presentimiento.

—Yo quisiera dejarla, pero...

—Me lo explico; y, después de todo, es muy justo que os la llevéis en vuestra compañía. La pobre gana bajo el punto de vista de que tendrá mayores comodidades; pero ¡la quiero tanto! ¡Parece imposible que sea tan pequeña! ¡A veces me dice cosas que acusan una inteligencia sobrenatural!

—Lo creo.

—En fin, ¡cómo ha de ser! Entrad mientras la pongo la ropita que la había comprado para los días de fiesta.

Francisco obedeció.

—Ven, María,—dijo Marta.—Voy á vestirte para que vayas con este caballero.

—¿Adónde?—preguntó la niña.

—Este señor,—prosiguió la aldeana,—es la persona que te confió á mí.

—Pero ¿no es mi padre?

—No,—respondió Francisco haciendo con la cabeza un movimiento negativo.

—Entonces, ¿para qué queréis que os siga?

—Para que vivas á mi lado y al de mi esposa, que te querrá mucho.

—No lo dudo; pero la pobre Marta...

—Marta irá á verte siempre que quiera.

—¿Lo harás así, Marta?—preguntó la niña.

—¡Ya lo creo!

—En ese caso, no tengo inconveniente en seguir á este señor.

La aldeana púsole á la niña un traje azul que hacía resaltar su extraordinaria blancura.

—Ahora, hija,—dijo á la niña,—dame un beso.

—¡Y mil! ¿Irás á verme mañana?

—Tan pronto no me será posible.

—Pues pasado mañana.

Y abrazó á Marta con efusión.

Luégo alargó su mano á Francisco, y le dijo:

—Cuando queráis.

Fernández entregó á la aldeana un bolsillo con dinero, que ésta se negaba á aceptar.

—Es muy justo,—dijo Francisco,—que recibáis esta pequeña muestra de mi gratitud.

—¡Ah señor!—respondió Marta,—¡demasiado premio han alcanzado mis sacrificios con la satisfacción de haber tenido á la niña estos años!

María besó de nuevo á la aldeana.

Luégo salió de la casa seguida de Francisco.

Este tomó en brazos á la niña, acomodándola sobre la mula.

Verificado esto, montó también, emprendiendo el camino de Valencia.

Francisco no apartaba sus ojos de los de María.

Esta dirigíale de vez en cuando una dulce sonrisa.

—Decidme, caballero,—le preguntó,—¿vos no habéis conocido á mi padre?

—No.

—¿Ni á mi madre tampoco?

—Tampoco.

—Lo mismo me ha respondido Marta siempre que la he hecho esta pregunta.

Y al decir esto inclinó su rubia cabeza, quedando ensimismada en pensamientos impropios de su edad.

Luégo dijo:

—¿Tenéis hijos?

—Un niño que tiene pocos años más que tú.

—¿Cómo se llama?

—Gabriel.

—Como el arcángel, es un bonito nombre.

—Ya verás cómo le quieres.

—No lo dudo: yo quiero á todos, y con mucha más razón al hijo de mis protectores. ¿Vamos á Valencia?

—Sí.

—¿Hay jardín en la casa?

—Está rodeada por un hermoso huerto.

—¡Ah! ¡cómo le gustará á Gabriel madrugar mucho para ver los árboles frutales y las flores, porque también para éstas habréis dedicado algún sitio!

— Es claro.

—Cuando vos y vuestra esposa me lo permitáis, formaré una corona con rosas y azucenas.

— Siempre que quieras.

En los virginales y rosados labios de la niña se dibujó una sonrisa, sólo comparable á ésos tenues refle-

jos del sol que nace, anunciando un apacible día.

Dos horas llevaban de camino cuando dibujóse en lontananza la ciudad de Valencia.

María quedóse asombrada.

—¿Es allí adonde vamos?—preguntó.

Francisco contestó afirmativamente.

—¡Ah qué población tan grande y tan bonita!

Como los rayos del sol caían de lleno sobre los viajeros, Francisco estimuló á su caballería para que apresurase el paso.

Poco después penetraban en Valencia.

María mirábalo todo con verdadero entusiasmo.

Jamás había salido del pueblo en que se crió.

Aquella ciudad parecíale, por lo tanto, un paraíso.

Llegaron á la casa de Fernández.

Magdalena esperaba junto á la puerta.

Al ver á la niña no pudo reprimirse, y la abrazó con efusión contra su pecho.

—¡Hija de mi alma!—exclamó, colmándola de besos.

Y penetró con ella en una de las habitaciones.

—¿Sois la esposa del caballero que ha ido á buscarme?—preguntó María.

—Sí.

—¡Ah! Sois muy bella, muy simpática, y os querré mucho. Y vuestro hijo, ¿dónde está?

—Jugando en la huerta. ¿Quieres conocerle?

—Lo deseo mucho.

Magdalena apoderóse de una de las manecitas de su hija y la condujo al huerto.

—¡Qué bonito es todo esto! —exclamó María.—Me parece que estoy soñando.

—¡Pobre niña!

—Y ya no me separaré nunca de vosotros, ¿no es verdad?

—Nunca.

—Es lo que deseo, pues Marta me ha prometido que vendrá á verme con frecuencia.

—¿Quién es Marta?

—La buena mujer que me ha servido de madre.

—¿La quieres mucho?

—Sí, señora.

—A mí también me querrás pronto.

María, por toda respuesta, tendió sus brazos hacia el cuello de su madre.

—A vos,—dijo la niña,—os quiero ya. Parecéis muy buena.

Y sus labios uniéronse con efusión á los de la esposa de Francisco.





CAPITULO XX

El despertar de dos almas.



I el jardín de las Hespérides le hubiera parecido á María tan encantador como aquel huerto, sombreado por toda clase de árboles frutales.

—¡Esto es delicioso!—exclamó la niña, sintiéndose poseída del mayor entusiasmo.

Magdalena mirábala con un cariño que rayaba en arrobamiento.

—¡Pobre hija!—exclamaba.

Y aproximándose á la niña, besóla en la frente, en los labios y en las mejillas.

No se saciaba de hacerla caricias.

En aquel instante sentía algo parecido á lo que experimenta el sediento.

Un poco de agua no calma la fiebre de sus enardecidas fauces.

Hallábase María contemplando aquel huerto, que parecíala un paraíso, cuando oyó un acento infantil detrás de ella.

Volvió súbitamente la cabeza.

El que hablaba era Gabriel.

El niño arrojóse á los brazos de su madre, colmándola de besos.

Luégo, apartándose un poco de Magdalena, fijó sus expresivos y rasgados ojos en María.

—¿Es esta la niña de que me hablaste?—preguntó con interés.

—La misma, Gabriel.

—¡Ah! Parece un ángel.

Y el hijo de Magdalena se aproximó á María.

—¿Quieres darme un beso?—la preguntó.

—¡No he de querer!—respondióle la interpelada.

Y al dar esta respuesta presentó al niño su boca, bermeja como el coral.

Gabriel unió sus labios á los de su hermana.

—¡Qué bonito es todo esto!—dijo la niña.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Ya verás qué hermosa está la huerta por las mañanas cuando apenas calienta el sol. A esa hora vendremos juntos á comer frutas y perseguir mariposas.

Esta promesa halagó sobremanera á María, que desde que se hallaba allí tenía los ojos fijos en los

dorados racimos de uvas que, como agrupaciones de ópalos, caían entre los verdes pámpanos.

Magdalena lo comprendió, y alcanzando un racimo, entregóselo á su hija.

—Mil gracias,—dijo ésta ruborizándose al ver que habían adivinado su deseo.

—Ahora, María, dijo la esposa de Francisco,—como el calor es excesivo, conviene que volvamos á casa.

—Como queráis, señora.

Gabriel apoderóse de una de las manos de su hermana, y seguidos de su madre, aventuráronse por una frondosa calle de árboles que conducía á la casa.

Esperábales la comida.

Ésta, comparándola con los modestos manjares que servíanse en la humilde morada de Marta, era una cosa regia.

María apenas probó bocado.

Las emociones experimentadas en aquel día habíanle quitado el apetito.

Magdalena la porfió.

—No, no quiero más, señora,—respondióle la niña.—Ahora me haría daño, seguramente. Me parece que estoy soñando, que cuanto me rodea es una ilusión que ha de desvanecerse en breve.

—¡Qué locura!

Terminada la comida, Magdalena dijo:

—Ahora voy á enseñarte tu habitación.

—Como queráis.

Y seguidos de Gabriel, dirigiéronse á la que durante la corta ausencia de su marido había preparado Magdalena con este objeto.

María quedóse deslumbrada.

Hasta entonces había conocido el aseo en las habitaciones, pero no el lujo.

Lo que principalmente llamó su atención fué una pequeña escultura encerrada en una urna de cristal representando la Madre de Dios.

María, al verla, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Luégo se arrodilló delante de la sagrada imagen, y juntando sus manos de nieve, rezó en voz baja una oración.

Magdalena no apartaba sus ojos de la niña.

—¡Pobre ángel mío!—pensó.—¡Cuán digna es de que se la quiera!

Aquella noche María tuvo dulcísimos ensueños.

Durante ellos parecíale ver á Magdalena dirigiéndola una sonrisa.

—¡Ah! exclamaba.—¡Mi madre debía ser tan hermosa y tan buena como esa señora!

Luégo pensaba en Gabriel.

—¡Qué amable,—decíase,—y qué hermosos son sus cabellos! Parece que se ha posado en ellos un rayo de sol.

A la mañana siguiente, cuando María abrió los

ojos, llegaron hasta ella los melodiosos cantos de mil pajarillos que saludaban el alba.

Una tenue claridad color de rosa penetraba en el aposento á través de los vidrios de las ventanas abiertas sobre el jardín.

María saltó de su lecho con la agilidad de una gacela.

En seguida vistióse y abrió la puerta muy despacio, á fin de que su rumor no despertase á los que ella creía sus protectores.

No era, no obstante, la persona que más había madrugado en la casa.

Gabriel la esperaba.

Los dos niños se sonrieron.

—¿Vamos al jardín? —preguntó María.

—Iba á llamarte con ese objeto,—respondióla Gabriel.—Mis padres no se levantarán hasta que pase un buen rato. ¡Ya verás qué fresca y qué apetitosa está la fruta!

—Pero yo no quisiese cogerla sin permiso de tus padres.

—¿Por qué?

—¿Y si nos riñen?

—¡Qué niña eres! Ellos no se incomodan por nada conmigo.

—Pero yo...

Tú eres exactamente lo mismo. Mis padres son muy buenos.

—No lo dudo.

—Ya verás cómo te convences muy en breve de que es así.

Gabriel y la niña aventuráronse por la escalera que conducía á la huerta.

Verdaderamente aquel sitio estaba muy agradable.

Multitud de flores exhalaban sus ricas esencias.

Los jilgueros trinaban entre las hojas de los árboles, cuyos troncos recibían en aquel instante el caudal de agua que prestábales vida entre gratos murmullos.

—Ahora,—dijo Gabriel,—voy á enseñarte un nido de ruiseñores.

—¡Ah! ¿Sabes tú dónde está?

—¡Ya lo creo! —respondió el interpelado haciendo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—¡Vamos, vamos, pues!

—¡Ya verás qué bonitos son los hijuelos que tienen!

—Pero ¿no los cogerás?

—Si los deseas, ¿por qué no?

—Déjalos en su nido. Marta me dijo que á los pájaros debe respetárseles, porque, como vuelan tan alto, se aproximan á Dios, y éste los bendice desde su trono.

—Quizás sea cierto.

—¡Quién lo duda, Gabriel!

Y los dos niños, enlazadas las manos, corrieron hacia el árbol en que la amante pareja de ruiseñores había puesto su nido.

No consintió María que los inquietasen.

Su corazón infantil amaba todo lo bello, había venido á este mundo con esa riqueza de sentimientos que poseen los seres privilegiados.

Transcurrieron los días, los meses y los años.

María logró granjearse el cariño de Francisco.

¿Cómo no había de suceder así, si era una criatura verdaderamente angelical?

La tierna niña ya era una hermosa adolescente.

A los catorce abriles hallábase en la plenitud de su desarrollo intelectual.

En cambio, la naturaleza había querido encerrar sus dotes privilegiados en una humanidad débil y enfermiza.

María no era la joven de formas pronunciadas é insinuantes que hablan á los sentidos.

Por el contrario, era tímida como la violeta que esconde sus morados pétalos entre las hojas para que no los hieran los destellos del sol.

Sus ojos azules y melancólicos parecían dos zafiros incrustados en el nácar de su alabastrina tez.

En cuanto al hijo de Francisco, los años habían impreso un cambio total en sus facciones.

Ligeramente moreno y pálido, como casi todos los que nacen en un pueblo meridional; de negros y expresivos ojos, de nariz correcta, nadie de los que viéronle en su infancia conocería al joven de aspecto va-

ronil y enérgicas facciones que constituía el tesoro de sus padres.

Gabriel era de constitución robusta.

María, por el contrario, asemejábase á esas flores que cierran su cáliz virginal al sentir la más pequeña sacudida del viento.

Francisco era dichoso.

Aunque algunas veces empañaba su tranquilidad el recuerdo de su pasada desventura, hacía esfuerzos para alejarla de su mente.

Sin embargo, ¡cuán pronto había de extinguirse su tranquilidad!

Hay seres que vienen al mundo para sufrir, y Francisco era uno de éstos.

La fatalidad cebábase en él con una inclemencia espantosa.

El carácter de Gabriel sufrió una rápida transformación.

Antes, siempre afable y cariñoso, tornóse en frío y reservado.

Ni Magdalena ni Francisco pudieron darse en algún tiempo una explicación de lo que le sucedía.

Una mañana el joven dirigióse, como de costumbre, á pasear por la huerta.

Sentada en un banco, y dedicándose á sus labores, estaba María.

Esta, al sentir el rumor de los pasos de Gabriel,

separó los ojos del lienzo en que trabajaba, fijándolos en el joven.

—Creí que ya no venías esta mañana,—dijo María.

—Eso no era posible, sabiendo que tú estabas aquí, —respondió Gabriel fijando en la adolescente sus negras pupilas.

—Qué hermosa mañana hace, ¿no es verdad?

—Pues aun lo es mucho menos que tú, María.

—¡Bah! ¡Qué cosas dices! ¡Tanto me repites que soy hermosa, que voy á llegar á creerlo!

—No creerás más que la verdad.

María se sonrió.

Por modesta que sea una joven, siempre la halaga que la dirijan una galantería.

Gabriel sentóse al lado de la adolescente.

—¿Quieres complacerme?—la preguntó.

—¿No he de querer? ¿Qué deseas?

—Abandona la labor. Tiempo tienes de dedicarte á esos quehaceres. Ahora hablemos.

María, apenas terminó el joven de expresar sus deseos, dobló cuidadosamente el blanco lienzo en que trabajaba.

—Ya estás complacido.

—Gracias, María. Siempre buena y dispuesta á acceder á mis súplicas.

—No hago más que corresponderte: ¿acaso no te sucede á ti lo propio?

—¡Qué duda cabe!

—Acabas de decirme que tenemos que hablar.

—Es cierto.

—Pues empieza cuando quieras. Te escucho.

—María, no sé de qué modo dar principio: nunca me he encontrado tan perplejo como en esta ocasión.

—¿Es posible?

—¿A qué negarlo?

—¿Luego ya no te inspiro confianza?

—Inmensa, más que nadie en el mundo.

—Entonces, ¿qué te detiene?

—El temor de que te incomodes conmigo.

—No será muy bueno lo que vas á decirme, cuando crees despertar mi enojo.

—No sé si es bueno ó malo.

—¡Qué extrañeza!

—Lo único que puedo asegurarte es que hace muchos días que mi imaginación está preocupada buscando una oportunidad para revelarte un secreto.

—¿Hace muchos días? – preguntó la joven con sorpresa.—Pues ¿no me has visto diariamente?

—Te he visto; pero cuantas veces intenté revelártelo, un instinto secreto de mi corazón me contuvo.

—¡Qué niñada! ¡Cuando te digo que vas perdiendo la confianza!...

—No lo creas; y prueba de ello que ahora he venido en tu busca, dispuesto á que termine para siempre mi reserva.

– Eso es lo que debes hacer.

El joven guardó algunos instantes silencio.

Luégo dijo:

—María, ¿te acuerdas cuando nos conocimos?

—¡Qué pregunta! ¡No he de acordarme!

—Acababas de cumplir siete años; yo tenía cuatro más que tú; también era un niño, y, sin embargo, noté en mi alma algo impropio de la edad que tenía.

La joven fijó su inocente mirada en Gabriel.

—Pasó tiempo, —continuó éste; —el afecto que desde luégo te tuve fué aumentando de una manera considerable. Muchas veces me decía al pensar en ti: «Si fuese mi hermana, no habría de quererla más». Y era cierto, porque el cariño que desde luégo me inspiraste era completamente distinto.

—¿Por qué, Gabriel?

—Deja que termine de explicarte lo que me ha sucedido respecto á ti.

—Prosigue, pues.

—Durante el día eras mi constante preocupación: cuando me consagraba al sueño parecíame verte á mi lado; en una palabra, que tu memoria no se ha alejado de mi mente ni un solo momento.

—Entonces, Gabriel, te ha sucedido lo mismo que á mí con respecto á tu persona.

—¿También piensas en mí alguna vez?

—Alguna vez, no; siempre.

Gabriel apoderóse de una de las manos de María, que llevó á sus labios, besándola con efusión.

Luégo continuó:

—Te confieso que durante algún tiempo pensé que el cariño que me inspiras era un afecto puramente fra-

ternal; hoy comprendo que no es así. María, ¿sabes lo que es amor?

La adolesceate, al oir esta pregunta, hizo con los labios un gracioso mohín.

—Lo ignoras, ¿no es verdad?

—Te confieso que no me atrevería á definir lo que preguntas sin temor de decir una sandez.

—Pues voy á explicártelo.

María fijó sus ojos con curiosidad en el joven.

—Amor,—dijo Gabriel con entusiasmo,—es un sentimiento que brota en el alma; una inclinación que induce al hombre ó á la mujer á que no sea dichoso sino cuando se encuentra al lado del ser en que pusimos nuestros ojos.

—Prosigue.

—Por la persona á quien amamos daríamos gustosos la existencia si nos la exigiera; en una palabra, no hay sacrificio, por grande que sea, que no aceptemos, si de este modo se complace al ser amado. Ahora bien, María,—prosiguió Gabriel:—lo que tú me inspiras no es, como antes te he dicho, un afecto puramente fraternal; yo te amo, y tengo la pretensión de que me correspondes, aunque sin darte cuenta de tu sentimiento.

—Es muy posible.

—Responde á la pregunta que voy á hacerte con completa sinceridad. De este modo sabré si me amas.

—Habla, Gabriel.

—Si pasados un par de años, esto es, cuando tú

tengas diez y seis y yo veinte, te propusiese ser mi esposa, ¿aceptarías?

—¡Tu esposa!

—Qué, ¿te sorprende?

—¡Ah Gabriel! mucho me distinguen tus padres con su cariño, pero no creo que consientan jamás en nuestra unión.

—¿Por qué?

—Ellos te adoran; á fuerza de paciencia y trabajo han conseguido asegurar tu porvenir para legarte una fortuna.

—Es cierto.

—Si algún día piensas en casarte, tus padres querrán que te unas á otra mujer de mejores condiciones que yo.

—¿Acaso puede haberla?

—¿Quién lo duda, Gabriel? Yo nada poseo, nada tengo, si se exceptúa el cariño que me profesáis. Soy pobre: por no poseer nada, ni aun sé quiénes fueron mis padres.

—Los has encontrado en los míos.

—Desde luégo, y nunca me cansaré de bendecirlos; por lo mismo que tan buenos son para mí, quiero evitarles un disgusto.

—Estás engañada, María: mis padres, en vez de oponerse á nuestra unión el día de mañana, aprobarán que te haya elegido.

—Qué sé yo.

—Sobre todo, eso es cuenta mía el arreglarlo; lo

único que deseo es que me digas lo que siente tu alma.

—¿Mi alma? ¿Acaso no lees en ella? Si el amor es como antes lo definiste, yo te amo, Gabriel; prueba de ello que no soy dichosa sino cuando te encuentras cerca de mí. Dices que el corazón enamorado también se finge durante el sueño dulces quimeras. ¡Ah! Cuando aseguraste esto, parecíame que estabas viendo lo que me preocupa durante las noches. Todas sueño contigo.

—¡De veras, alma mía!

—¡Por qué había de decírtelo si no fuera una completa verdad! Ya sabes que mis labios son incapaces de mentir.

—Es cierto, eres un ángel.

Y Gabriel rodeó con sus brazos la esbelta cintura de la adolescente, atrayéndola hacia su pecho.

Un instinto de pudor hizo que María le rechazase dulcemente.

El amoroso diálogo fué interrumpido por la presencia de Magdalena.

Al verla, las mejillas de María cubriéronse de un vivísimo carmín.

Gabriel acudió á besar á su madre.

—Vamos á casa, hijos míos, —dijo la esposa de Francisco;—nos espera el desayuno.

—¿Tan temprano? —preguntó Gabriel.

—No lo es tanto.

—Vamos, pues, donde quieras. Ven, María.

La adolescente abandonó el banco rústico en que se hallaba.

Apenas quiso probar bocado.

Cuando terminó el desayuno dirigióse á su aposento.

Advertíase en ella cierta preocupación melancólica.

—Sí, —exclamó, —no cabe duda que amo á Gabriel; pero el corazón me dice que sus padres han de oponerse á nuestro cariño.

Y la joven exhaló un profundo suspiro, tenue como el rumor que producen las hojas de los árboles al sentir el beso de la brisa, triste como la queja de una tórtola enamorada.





CAPITULO XXI

Complicaciones.



Los amores de Gabriel y María habían brotado en sus almas tan puros, tan apacibles como el despertar de un hermoso día de primavera.

Aunque los ojos del uno estaban siempre fijos en los del otro, ni Francisco ni Magdalena sospecharon que aquellos corazones estaban apasionados.

—¡Cómo se quieren!—exclamaba Magdalena, sintiéndose poseída de la mayor satisfacción.

Y su esposo asentía con igual complacencia.

Ellos, sabedores de que eran hermanos, no comprendían que tanto Gabriel como la adolescente lo

ignoraban, pudiendo, por lo tanto, acariciar las más dulces ilusiones para el porvenir.

Gabriel dijo una tarde á María:

—Estamos haciendo á mis padres una ocultación, y esto no es justo. ¿Por qué han de ignorar que nos queremos, cuando nuestro amor es tan santo?

—No les descubras nuestro secreto, —interrumpió la joven.

—¿Por qué?

—Lo ignoro; pero me da vergüenza que lo sepan.

—¿Vergüenza? ¿Acaso soy tan indigno de ti?

—¡Ah Gabriel, has interpretado mal mis palabras! Yo te considero el hombre más digno del mundo.

—¿Entonces?...

—¿Y si tus padres se oponen á que sigamos amándonos?

—No lo harán; pero si tu sospecha se confirmase....

—¿Qué harías?

—Desobedecerlos por primera vez.

—¡Calla, Gabriel, calla, por Dios! Me asustan tus palabras. ¡Por mí, por una pobre muchacha de padres desconocidos, ibas á dar un disgusto á los autores de tu vida! ¡Eso nunca! Los remordimientos no me dejarían descansar.

—Como estoy convencido de que mis padres, en vez de oponerse á nuestro amor, han de apadrinarlo, quiero que lo sepan.

—Haz lo que quieras; pero el corazón me asegura que vamos á tener un disgusto.

—En ese caso, callaré.

—Sí, Gabriel, es mejor.

El joven separóse de María dispuesto á seguir guardando el secreto de sus amores.

Sin embargo, no había de cumplir su propósito.

Aquella misma tarde, al ver á su padre, le dijo:

—Tengo que hacerte una revelación.

—Habla, pues, hijo mío.

—Muchas veces me has asegurado que un padre es la persona que más confianza debe inspirarnos.

—Y es una verdad.

—A pesar de esto, he guardado un secreto para ti.

Francisco fijó sus ojos en Gabriel.

Extrañábale la gravedad con que éste le hablaba.

—Siéntate, hijo mío; ya te escucho,—dijo después.

Gabriel obedeció.

—Padre, —le dijo,—yo, además del afecto que me inspiráis vosotros, á quienes debo la vida, quiero á otra persona.

—¿A otra persona?

—Completamente ajena á la familia, con la que no me unen los lazos del parentesco, pero sí los del amor.

—¡Qué me dices, Gabriel!

—Padre, comprendo que para ti siempre apareceré como un niño; pero recuerda que pronto cumpliré diez y nueve años; esto es, que me encuentro en la edad de las ilusiones.

—No te lo niego, ni me opongo á esas expansiones

naturales del alma, pues creo que la joven en que has puesto tus ojos será digna de ti.

—Desde luégo, padre: tú la quieres mucho.

—¡Yo! ¿Luego la conozco?

—Mucho, padre.

—¿Quién es? Me parece que lo he acertado.

—No es difícil.

—¿Nuestra vecina Encarnación?

—No.

—Entonces no sé á quién te refieres.

—A María.

Al oir este nombre, Francisco perdió el color.

—¿A María?—preguntó, no dando crédito á sus oídos.

—Sí, padre.

—¡Calla, hijo, calla, por Dios! ¡Aleja de tu mente el recuerdo de esa muchacha!

—¿Qué dices, padre?

—Ese amor es un imposible.

—¿Por qué?

—No me lo preguntes, porque no puedo decirte lo que deseas; pero vuelvo á repetir que es imposible.

—Padre, yo la amo.

--Pues no debes amarla. Considérala como á una hermana, pero no más.

—No puedo.

—En ese caso, me obligarás á que os separe para siempre.

—Pero, padre, esto es espantoso. ¿Qué delito ha co-

metido esa pobre joven, para que os opongáis á nuestro amor?

—Ninguno.

—Ella es buena como los ángeles.

—Así es; no te lo niego.

—Me quiere del mismo modo que yo la adoro.

—Es una desgracia, á la que hay que poner un pronto remedio.

—¿Acaso conocéis la historia de su nacimiento, y entre sus padres y tú existe alguna antigua enemistad?

—Es posible, Gabriel.

—Padre, yo te ruego me digas cuanto sepas.

—Antes te dije que no puedo, y te lo repito por última vez.

El jóven quedóse pensativo.

Pasados algunos instantes salió de la estancia, dirigiéndose á la suya.

Necesitaba la soledad.

Acercóse á la ventana.

Desde ella descubrió á María , que hallábase haciendo labor á la sombra de un hermoso castaño.

La joven parecía en aquel momento la Margarita del *Fausto*, esa sublime creación de Gœthe.

Gabriel, no pudiendo reprimirse, salió de nuevo de la estancia, dirigiéndose hacia la huerta.

María, al verle, se sonrió.

Pero su rostro adquirió una súbita seriedad, comprendiendo que algo grave ocurríale á su amado.

Este sentóse en el mismo banco en que se hallaba la joven.

—¿Qué sucede?—preguntóle María.—Estás muy pálido.

—No sabes lo disgustado que estoy.

—Pero ¿por qué?

—Temo que si te lo digo te enojes.

—¡Como si eso fuese posible tratándose de ti!

—¿Me prometes no enfadarte?

—Vamos, no seas niño y habla pronto.

—A pesar de la advertencia que me hiciste para que no dijese á mi padre el amor que te profeso, no pude reprimirme.

—Y tu padre...

—Mi padre me ha dicho que nuestras relaciones no pueden continuar.

—¡Lo ves, Gabriel! ¡Te has convencido de lo justos que eran mis temores!

—Pero yo no renuncio á tu amor. Mi padre me pide una cosa imposible. Si me pidiese la existencia, no vacilaría en darla por él; pero ¡tu amor!... ¡Ah! ¡Tu amor vale muchísimo más que la vida!

—Gracias, Gabriel; gracias, amado mío.

—Y lo más singular,—continuó el joven,—es que él te quiere y tiene formado de ti el concepto que te mereces.

—Pero no permite que nos unamos,—interrumpió María.—No creas que me extraña: mi origen es desconocido.

—Y eso ¿qué importa? ¿Acaso yo desciendo de algún magnate? Todo lo contrario: sabes que mi padre es un honrado labrador, muy bueno, pero sin títulos de nobleza de ninguna clase.

– Sin embargo...

—No, María; yo te adoro, y has de ser mi esposa.

—Nunca.

—¿Te negarás á ello?

—¡No he de negarme! Prefiero dominar los impulsos de mi corazón á ser ingrata con los que me han servido de padres.

—¡María!

—Sí, no lo dudes. Tu deber es seguir el consejo de ellos y el mío sacrificarme.

—¡Calla, María, calla, por Dios!

—Mucho te quiero, pero por lo mismo voy á hacerte una súplica.

—¿Qué deseas?

—Que no vuelvas á hablarme de amor; que desde este instante me consideres como á una hermana. No me ruegues: me faltaría la suficiente fuerza de voluntad para no dar oídos á tus palabras.

—Eso es lo que ambiciono.

—Pero no debe ser así.

—Reconozco que debo obediencia á mis padres, y se la tengo; pero no hasta el punto de renunciar á ti por un capricho.

—En algo se fundarán.

—En nada. Mi padre afirma que eres buena, que te

quiere mucho, y al mismo tiempo comete la contradicción de decirme que nuestros amores son imposibles de todo punto.

—Pues no hay más remedio que conformarse con su voluntad: esta es nuestra obligación, Gabriel.

El joven guardó silencio.

Hallábase, sin embargo, seguro de que poseía suficiente dominio sobre su amada para que no hubiese adoptado la enérgica resolución de renunciar para siempre á su cariño.

No obstante, aquella tarde no consiguió que María respondiese á sus preguntas de amor.

Gabriel, enojado por esto, dirigióse á su estancia, de la que no quiso salir en todo el resto del día.

Cuando llegó la hora de la cena, Francisco le dijo á su criado:

—Llama á mi hijo; dile que le esperamos en el comedor.

El sirviente volvió á entrar en la estancia un instante después.

—El señorito dice que está un poco indispuesto y que no quiere cenar.

—Bien,—respondió Francisco.

Y dirigióse al comedor, donde ya esperábanle Magdalena y María.

—¿Y Gabriel?—preguntó la primera.

—Dice que está indispuesto,—respondió Francisco.

—¿Indispuesto?—repitió Magdalena alarmada.

É hizo un movimiento para levantarse.

—Quédate aquí,—dijo Francisco.—No vayas en su busca.

—¿Por qué?

—Porque quiere descansar un rato. Quizás esté dormido.

Magdalena no quiso contrariar á su esposo.

Permaneció, por lo tanto, en la estancia, aunque apenas quiso comer.

En cuanto á María, no atrevióse durante la cena á levantar los ojos.

Magdalena reparó en su turbación.

—¿Qué habrá sucedido?—preguntóse.—No cabe duda que algo ocurre. Le preguntaré á mi hijo.

Francisco abandonó su puesto al concluir de cenar, y sentóse cerca de la ventana.

Luégo hízole á su esposa una seña, indicándola que se aproximase.

Magdalena obedeció.

—Tengo que hablarte,—dijo Francisco.

—Cuando quieras. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, y muy grave. Dile á María que se acueste.

Magdalena, que se sentía poseída de la mayor impaciencia, se acercó á su hija.

—Acuéstate,—la dijo.—Ya es tarde.

Y depositó en su frente un cariñoso beso.

María despidióse de Francisco, saliendo luégo de la habitación.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Magdalena apenas se hubo alejado la joven.

—Una verdadera desgracia,—respondió el interpelado,—que tal vez ya no tenga remedio.

—¿Se trata de nuestro hijo?

—De él y de María.

—Lo había supuesto. Gabriel no ha querido cenar con nosotros, y María está muy preocupada.

—¡Ah Magdalena, es horrible lo que sucede!

—Pero dímelo, dímelo pronto.

—¡Gabriel está enamorado de María!

—¡Qué horror!

—Él ignora que es su hermana, y por eso es disculpable.

—¿Y María?...

—María corresponde á su pasión.

—¡Ah Francisco! Es necesario á toda costa que se desimpresionen.

—Y para ello no encuentro más que una manera.

—¿Cuál?

—Separarlos.

La tristeza más profunda se reflejó en los ojos de Magdalena.

—Como comprendes,—prosiguió Francisco,—yo no puedo consentir que nuestro Gabriel salga de casa.

—Es lógico.

—Pero como tampoco hemos de arrojar de aquí á María, que es un ángel y acreedora á que se la quiera, haremos que entre en un convento una temporada, recomendándola mucho á la abadesa.

—Lo que tú quieras, haremos.

—No hay más remedio que proceder así. Cuando transcurra algún tiempo, María volverá á casa. Lo necesario es que ambos olviden su funesto amor. Tú quedas encargada de decirle á María mi resolución.

—Bien, Francisco.

—Magdalena quedóse pensativa.

Luégo preguntó:

—¿Cuándo quieres que María vaya al convento?

—Mañana mismo. No puede perderse ni un instante.

—Esta noche la manifestaré nuestra resolución.

—Sí, no dejes de hacerlo.

Magdalena salió de la estancia, dirigiéndose hacia el dormitorio de su hija.





CAPITULO XXII

La separación.



LA joven no se había acostado aún.

Sus ojos estaban húmedos por el llanto cuando Magdalena penetró en la estancia.

Fijó una mirada en su madre, inclinando después la vista al suelo.

La esposa de Francisco sentóse al lado de la joven, y dándola un cariñoso beso en la frente:

—María,—la dijo,—tenemos que hablar mucho.

—Sé lo que vais á decirme, señora; pero me hallo dispuesta á sufrir todas vuestras justas reprensiones.

—¿Mis reprensiones? ¿Acaso hay motivo para que te reprenda?

—Sí, señora, lo hay.

—No, María, pobre niña; tú no tienes la culpa de lo que sucede.

—Ni Gabriel tampoco.

—Desde luégo, ni uno, ni otro. Tenéis dos corazones jóvenes y buenos; era natural que os comprendieseis.

—Sin embargo, don Francisco...

—Se opone á que siga adelante esa pasión, y lo mismo me sucede á mí.

—Bien; yo por mi parte estoy dispuesta á obedeceros.

—No ignoro el sacrificio que haces, pero es necesario.

—Sí, señora. Cuando don Francisco y vos, que sois tan buenos, lo decís, es señal inequívoca de que os sobra la razón.

Magdalena besó de nuevo los pálidas mejillas de su hija.

—Nosotros, —dijo después, —te queremos mucho, mucho, María, no lo dudes un momento.

—Ya lo sé, señora; me habéis dado muchas pruebas de que es así.

—Pero hay una barrera insuperable entre Gabriel y tú; esto es un secreto que no te puedo revelar, pero que existe.

—No os niego que adoro á Gabriel, pero sabré dominarme; no os digo más, señora.

—Y estoy segura de que cumplirás tu promesa.

—Bien podéis estarlo. Sin embargo, no sé si Gabriel hará lo mismo.

La joven guardó silencio.

—Mi hijo tiene un alma apasionada; creo que el amor que le inspiras es más grande que su fuerza de voluntad.

—Si insistiese, perdería el tiempo.

—Pero no me negarás que tus desdenes habían de aumentar su desesperación.

—En ese caso, ¿qué queréis que haga?

—Sólo hay un medio. Es doloroso, pero es necesario recurrir á él.

—Si de ese modo se consiguen vuestros deseos, lo acepto sin titubear.

—María, mañana mismo saldrás de esta casa.

La joven, al oir esto, no pudo reprimir el llanto.

—Saldrás de casa, —repitió Magdalena,—pero para volver con nosotros dentro de poco.

—¡Ah! Creí que renunciabais para siempre al cariño que os profeso.

—Eso jamás.

—Entonces ya comprendo adónde he de ir. A casa de Marta, ¿no es cierto?

—No es ésa la indicación que me ha hecho Francisco; pero la encuentro muy acertada, y se lo propondré.

—¿Adónde quería entonces enviarme mi noble protector?

—A un convento.

—Tampoco lo hallo desacertado. De no vivir con vosotros, me halaga la soledad del claustro.

—No obstante, á mí me gustaría mucho más que permanecieses una temporada con esa buena mujer en cuya compañía estuviste siete años.

—Como queráis. A vosotros os toca disponer, á mí acatar vuestras órdenes.

—Nuestro objeto, como habrás conocido ya, es que Gabriel se desimpresione.

—Es joven, mi mérito es escaso, y creo que en un período breve se conseguirá lo que deseáis.

—En cuanto á ti, hija mía, también debes hacer esfuerzos por alejar de tu mente el recuerdo de esos funestos amores.

—¡Ah! ¡Si esto dependiese de la voluntad, si se dispusiese á medida de nuestro deseo del corazón!...

—Mucho puede la voluntad.

—Sí, señora, no os lo niego. Os he dicho antes que nuestros amores han terminado para siempre; pero olvidarle... Esto ya no depende de mí, ignoro si lo conseguiré.

—Bien, María, ahora es necesario que descanses un rato, pues mañana hay que madrugar mucho.

—No tengo sueño.

—Sin embargo, es preciso que duermas algunas horas.

Magdalena se levantó.

Antes de abandonar la estancia dióle un nuevo beso á su hija.

Después salió del aposento.

—¡Pobre María!—exclamó. —Su docilidad me conmueve.

Magdalena fué en busca de su marido.

Éste esperábala con impaciencia en su habitación.

—Todo está arreglado, —dijo Magdalena;—pero si tú quieres, en vez de que María vaya á un convento, la enviaremos á casa de Marta.

—No hay inconveniente. Lo necesario es que no permanezca aquí más tiempo.

—En casa de Marta, que tanto la quiere, estará más contenta.

—Que vaya, pues, á casa de Marta. Mañana, en cuanto amanezca, emprenderemos el camino.

Francisco y Magdalena se acostaron.

Mientras los esposos sostenían la pasada conversación, Gabriel velaba.

—Es necesario, —decíase el apasionado jóven, —que yo sepa el motivo que tienen mis padres para oponerse á mis amores con María No cabe duda que han conocido á los que diéronla el ser, y existen entre ambos antiguos resentimientos. Si es así, no renuncio á mi amor. ¿Qué culpa tiene María de la conducta que observaron sus padres?

Gabriel perdíase en un laberinto de confusiones.

No cesaba de buscar una explicación á un hecho que resultaba incomprensible á sus ojos.

—Si no quisiesen á María,—pensaba,—comprenderíase perfectamente que se opusiesen á nuestro amor, pero en particular mi madre la adora.

Y Gabriel meditaba de nuevo, aunque sin descifrar aquel enigma.

Así transcurrió la noche.

Cuando empezó á amanecer, el joven abandonó su lecho.

Sentía necesidad de aspirar el aire libre.

Vistióse y salió de su estancia, dirigiéndose á la huerta.

Una vez en ella, sentóse en el banco que generalmente ocupaba María.

—¡Cuántas horas felices he pasado en este mismo lugar!—exclamó.—Aquí la revelé mi pasión, aquí cambiamos nuestro primer beso.

Y un suspiro escapóse de los labios de Gabriel.

Hallábase sumido en estos pensamientos, cuando vió salir de la casa á su padre conduciendo del ronzal á una caballería.

—¿Adónde irá mi padre?—preguntóse el joven.

Y su viva imaginación sospechó lo que iba á suceder.

Francisco estaba muy pensativo, y no reparó en Gabriel.

Éste ocultóse detrás del tronco de un árbol.

Estaba dispuesto á observar.

Magdalena y María salieron de la casa

La primera abrazó á su hija.

—¡Adiós, hija de mi alma!—exclamó.—Espero que muy en breve volverás á nuestro lado.

—¡Dios lo querrá, señora!—respondió la joven con acento tembloroso.

Cambiaron un beso, y Francisco ayudó á María para que montase sobre la mula.

Luégo ocupó él las ancas del animal.

—Hasta después, Magdalena,—dijo.

—Adiós, Francisco.

Impulsos sintió Gabriel de abandonar su escondite.

—¡Esto es horrible!—exclamó.—Nos separan sin permitirme siquiera que me despida de ella. Pero pronto sabré su paradero.

Gabriel esperó á que su padre y María se pusieran en marcha.

Vió también que su madre penetró en la casa enjugándose los ojos.

Entonces salió de la huerta.

Cerca de ésta había unos muchachos jugando.

Gabriel hizo una seña á uno de ellos para que se acercase.

—¿Qué queréis?—preguntóle el rapaz.

—¿Ves aquella joven y aquel señor que van sobre una caballería?—interrogó el hijo de Magdalena.

—¡Nó he de verlos! Ahora pasan junto á la cerca del huerto de Bonifacio.

—Síguelos. Si me averiguas adónde van, te ganas un duro.

El muchacho no necesitó oir más.

Agil como un corzo, emprendió el camino detrás de Francisco y María.

Aquella noche, cuando el primero ya había regresado, dejando á la joven en la vivienda de Marta, Gabriel esperó al rapaz en los alrededores del huerto.

Éste no se hizo esperar.

—¿Qué noticias me traes?

—Esos señores se han quedado en una modesta casita de Puerto Real.

—En casa de Marta,—dijo Gabriel.—Lo había supuesto.

Y entrególe al muchacho la moneda que le había prometido.

Cuando penetró en su casa, Magdalena y Francisco le aguardaban para cenar.

El joven no tenía apetito.

Sin embargo, hizo un esfuerzo para que sus padres no comprendiesen el disgusto que sentía en el alma.

—¿Y María?—preguntó.

—María,—respondió su padre,—no está en casa; ha partido muy lejos.

Gabriel afectó no inmutarse lo más mínimo.

Terminada la cena, dijo:

—Ahora, padres, si me lo permitís, voy á retirarme. Siento un cansancio como si hubiese recorrido un gran número de leguas.

—Buenas noches, Gabriel.

El joven besó con respeto la mano de Francisco, luégo abrazó á su madre y se dirigió á su aposento.

Pero en vez de acostarse, cerró la puerta echando el pestillo, y acercándose á la ventana, descolgóse por ella al huerto.

Esto no ofrecía dificultades, pues la ventana no distaba del suelo más que unos cinco pies.

Gabriel aventuróse por una calle de árboles. Luégo saltó la cerca y dirigióse hacia la próxima casa de un amigo suyo.

—¿Está Antonio?—preguntóle á la madre de éste.

—Sí, está acabando de cenar.

Gabriel penetró en la casa.

Antonio era un joven de la misma edad que nuestro protagonista.

—Vengo á pedirte un favor.

—¿Qué deseas? Siéntate; bebe un vaso de vino y me lo dirás.

—No, no puedo entretenerme.

—¿Qué quieres, pues?

—Que me prestes tu caballo por esta noche.

—Aun estará ensillado, pues acabo de dar un paseo.

—Mejor, así no hay que entretenerse.

Gabriel salió de la estancia, dirigióse á la cuadra, y montando sobre el noble bruto, emprendió el camino de Puerto Real.





CAPITULO XXIII

Entre el amor y el deber.



GABRIEL obligó al potro para que acelerase el paso.

Sentíase poseído de la más devoradora impaciencia por llegar al pueblo en que se hallaba María.

—Creo convencerla,—pensaba.—No me parece que ha de desairarme.

Y Gabriel no separaba las espuelas de los ijares del caballo.

El jinete llegó al límite de su viaje.

Como era una hora bastante avanzada, las calles estaban desiertas.

El joven ignoraba cuál era la vivienda de Marta-

Tuvo la suerte de encontrar á un trasnochador que salió de una tasca.

—¿Podréis decirme,—preguntó Gabriel,—dónde vive una aldeana llamada Marta?

—¿Veis aquella casa delante de la que hay unos árboles?

—Perfectamente.

—Pues ahí vive la persona por quien preguntáis.

—Mil gracias.

—Que el cielo os guarde.

El joven dirigióse hacia el sitio que acababan de indicarle.

Cuando llegó á él, sus ojos fijáronse en una ventana, á través de cuyos vidrios descubríase el resplandor de una luz.

—¿Será su estancia?—preguntóse Gabriel.—Sí, no cabe duda: ¿quién ha de velar en esta casa á semejante hora? Sólo ella, que quizás está llorando por mí.

En aquel instante á través de la vidriera dibujóse la esbelta figura de María.

El joven se estremeció.

Los ojos de María fijáronse en el cielo, que estaba tachonado de resplandecientes estrellas.

Luégo en Gabriel.

Este hizo una seña á su amada para que se asomase.

Dudó María algunos momentos sobre el partido que debiera tomar.

—He dado mi palabra á doña Magdalena,—se dijo,

—de no acceder á las súplicas de Gabriel: debo cumplirla; pero me falta la suficiente fuerza de voluntad para hacerlo. Le hablaré un instante, suplicándole que no vuelva, pues haciéndolo, se expone al enojo de sus padres.

Y María abrió la ventana.

Gabriel ató las bridas del potro á una de las rejas que resguardaban las ventanas del piso bajo.

Luégo, con una ligereza extraordinaria, púsose en pie sobre la silla de su potro, y alcanzando con las manos al alféizar en que se apoyaba María, hizo una flexión, y penetró en la estancia de la joven.

—¿Qué haces, Gabriel?

—¿Acaso va á extrañarte que permanezcamos solos en esta estancia algunos momentos?

—No; pero si Marta se entera...

—No temas, nada sabrá. He venido á verte, porque me precisa hablarte, porque necesito que me digas lo que sucede.

—¿Piensas que yo lo sé?

—Algo te habrán dicho mis padres.

—No te lo niego. Tu madre me dijo anoche que era preciso que saliese de Valencia.

—¿Qué razones alegó?

—Las verdaderas, Gabriel: que nos amamos, y que es imposible nuestro amor.

—¡Ah! ¡Siempre lo mismo!

—Gabriel, cuando ellos lo afirman, sus motivos tendrán.

—Pues que me los digan.

—Nosotros no podemos exigírselo.

—Bien, María, siéntate á mi lado: estoy ávido de mirarme en tus ojos.

—¡Pobres ojos míos! ¡Están empañados por tantas lágrimas como he derramado!

—Pues yo no quiero que llores.

—¡Cómo evitarlo, si he visto desvanecerse mis ilusiones más queridas y mis esperanzas más risueñas!

—¿Luego tú me amas mucho?

La joven inclinó su rubia cabeza sobre el pecho.

Después exhaló un suspiro.

—Responde, María, — prosiguió Gabriel: — ¿me amas mucho?

—Ni aun puedo contestarte.

—¿Cómo no?

—He prometido á tu madre que nuestros amores terminarán para siempre.

—Mucho has prometido, María. Podrán separarnos, podrán colocar entre ambos barreras insuperables; pero ¡hacernos olvidar nuestro amor!... Eso es imposible mientras nuestros corazones latan.

—Es cierto: esto no depende de nuestra voluntad, pero en todo aquello que sea posible, debemos complacerlos.

—¿Luego crees que he obrado mal al venir á verle esta noche?

—Sí, Gabriel,—respondió la joven con voz débil.

—En ese caso me alejo.

Y el joven avanzó hacia la ventana.

María dirigióle una mirada en que se veía una angustia suprema.

Gabriel se aproximó de nuevo.

—¡Qué ingrata eres!—exclamó.

Y rodeando con sus brazos la esbelta cintura de María, quiso depositar un beso en sus labios.

—¡Aparta!—exclamó la hija de Magdalena rechazándole.—No me desesperes más de lo que estoy. Te ruego que te alejes.

—Me exiges un imposible.

—Un hombre que posee tanta fuerza de voluntad como tú, no debe pronunciar esa palabra.

—Es que yo la tengo para todo menos para dejar de verte. Mira, María, si mis padres siguen obstinándose en que vivamos separados, si no consienten que seas mi esposa...

—Acaba.

—Estoy resuelto á alejarme de Valencia.

—¡Qué locura! ¿Has de abandonar por mí á los que te dieron el ser?

—Renunciaré á todo.

—Harás muy mal, porque tus padres te adoran, y nada más justo que correspondas á su cariño procurando complacerles hasta en lo más pequeño.

—Ellos no me complacen á mí, sin embargo.

—Además, - prosiguió María,—alejándote de la morada paterna harías que me odiasen.

—¿Sería acaso tuya la culpa de mi resolución?

—No en absoluto; pero aunque de un modo indirecto, mía es.

—Sea como fuere, yo no puedo vivir así.

—Paciencia, Gabriel, paciencia.

—Puede tenerse cuando sabemos que nuestra desgracia ha de terminar; pero ahora no es así. Mis padres aseguran rotundamente que nuestro amor es un imposible: pues yo allanaré todas las dificultades.

—No lo intentes. Después de todo, tuya es la culpa de la situación en que nos hallamos.

—¿Mía?—exclamó el joven.

—Sí, sólo tuya.

—Habla, María.

—Cuando me dijiste que pensabas manifestar á tus padres nuestro amor, te aconsejé que lo callases.

—Es cierto.

—Si hubieses seguido mi consejo, aun seríamos dichosos.

—¡Ah María! ¡Quién había de suponer que mis padres, que tanto te quieren, se opusieran á nuestra felicidad!

—Ya sabes que me lo anunciaba el corazón.

—Es verdad, María. ¡Ojalá hubiera hecho lo que me dijiste!

—Ahora te hago otra advertencia, y tampoco quieres guiarte por lo que te digo. Nuestro deber es respetar la opinión de tus padres. Tú, porque eres su hijo y les debes obediencia absoluta; yo, porque son mis protectores y les tengo mucho que agradecer.

—¡Pero si no puedo complacerlos!

—Pues es preciso.

—¡Ah! ¡Cualquiera, al oirte, creería que te satisface nuestra separación!

—¡Ingrato!—exclamó la joven fijando en Gabriel sus azuladas pupilas.—¡Qué mal interpretas mis sentimientos!

—Perdóname, María. Estoy loco; no sé siquiera lo que digo.

—¿No hemos convenido querernos como hermanos?

—Sí, sí; al menos concédeme ese nombre.

Y Gabriel cogió entre sus manos la rubia cabeza de María, depositando en su frente un apasionado beso.

—¿Te asomarás mañana?—la preguntó.

—¿Para qué, Gabriel? ¿No comprendes que viéndonos nos exponemos á que llegue á oídos de tus padres nuestra desobediencia?

El joven se encogió de hombros.

—No,—dijo María,—no hagas ese movimiento de desdén.

—Yo vendré á rondar esta casa.

—Harás mal.

—Al menos, de este modo estaré más cerca de ti.

El joven despidióse de María, saliendo luégo por la ventana.

Una vez en la calle, montó á caballo, emprendiendo el camino que conducía á Valencia.

María, no pudiendo reprimir sus deseos, se asomó á la ventana para verle partir.

Gabriel vió que agitaba su pañuelo en señal de despedida.

—Mañana volveré,—pensó.—Tengo la seguridad de verla.

Entre tanto María se dispuso á acostarse.

Iba á verificarlo, cuando abrióse la puerta de la estancia.

La joven se estremeció.

Tranquilizóse, sin embargo, en seguida, al ver á Marta.

La anciana aproximóse á María.

—¿Aun no te has acostado?

—No, Marta, no tengo sueño.

—¿Cómo tan desvelada?

—¡Qué sé yo!—respondióle la joven sonriendo.

—Veo con tristeza que ya no tienes confianza conmigo.

—¿Por qué dices eso?

—Has de saber que, aunque vieja, conservo perfectamente el oído

María se ruborizó.

Marta dijo:

—Hallábame en mi aposento, cuando llegó hasta mí el timbre de tu voz.

—Y ¿qué has oído?

—Toda la conversación que tuviste con ese joven.

—¡Ah Marta!

—No te riño, hija mía: ¡qué cosa más natural que á tus años sientas en el alma las dulces ilusiones del amor!

—Pero...

—Sé lo que vas á decirme: que cuando los padres de tu amado se oponen, tú, por dignidad, no debes dar oídos á las palabras de ese joven.

—No es por eso. Yo le amo; pero sobre el amor que le profeso se halla mi deber, que es no dar un disgusto á mis protectores.

—Mira, hija mía, yo lo único que te aconsejo es que no permitas á ese joven que entre en casa como si fuese un criminal. ¿A qué conduce recurrir á las ventanas habiendo una puerta que yo he de franquearle desde el momento que sé lo mucho que le amas?

—¡Calla, Marta, calla, por Dios!

—Ya te he dicho que he estado oyendo vuestro diálogo, y he visto con alegría que ese joven te ama de veras, y es incapaz, por lo tanto, de propasarse contigo. Sin embargo, si alguno del pueblo le viera entrar por la ventana, haría comentarios con los que no ganaría mucho tu honor.

—Es verdad, querida Marta.

—Por lo demás, yo no me opongo á que le ames.

—Pero sus padres sí.

—¿Y en qué se fundan? ¿Acaso no eres una de las muchachas más bonitas y más virtuosas de Valencia? ¿O es que los padres de tu amado apetecen que su hijo se case con una princesa?

—Son muy buenos.

—Poco se conoce cuando tratan de sacrificarte, hija mía.

La joven guardó silencio.

Hallábase en una situación muy anormal.

Su alma era de Gabriel, éste no cesaba de hablarla de su amor; por último, la mujer que habíale servido de madre durante los primeros años de su vida, la aconsejaba que no se desposeyese de aquel cariño.

—Ahora, hija mía,—dijo Marta con solicitud,—es preciso que te acuestes y duermas algunas horas. Mañana hablaremos más extensamente respecto á tus relaciones con ese joven.

—Buenas noches, pues, Marta.

—Adiós, hija mía.

Y la anciana acarició los rubios cabellos de la joven.

Esta quedóse sola en el aposento.

—¿Qué hacer, Dios mío?—exclamó.—Amo á Gabriel con toda mi alma, y todos, exceptuando á sus padres, me aconsejan que no renuncie á su cariño. Aunque me dijesen lo contrario, tampoco podría hacerlo; es demasiado profunda la pasión que ha sabido inspirarme. ¡Ay! ¡Los sentimientos del alma no se arrancan tan fácilmente!

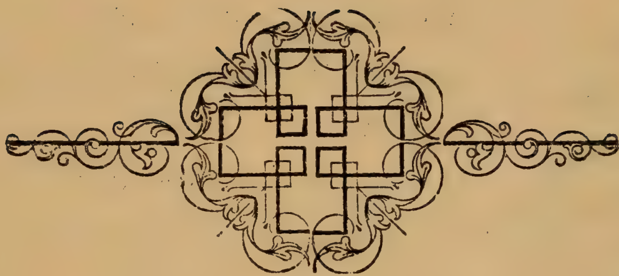
María se acostó.

Sentíase presa de la mayor inquietud.

No era su débil constitución para sostener por mucho tiempo aquella espantosa lucha.

—Gabriel dice la verdad,—pensaba la joven:—si existe entre nosotros una barrera insuperable, ¿por qué no hemos de saber cuál es? Lo más horrible es lo desconocido.

Y María derramó abundantes lágrimas.





CAPITULO XXIV

Donde Gabriel recibe una sorpresa desagradable.



GABRIEL no dejó de ir al pueblo en que se hallaba María á la siguiente noche.

Cuando disponíase á entrar por la ventana, abrióse la puerta de la casa.

Una mujer apareció en el umbral.

Era Marta.

El joven quedóse sorprendido, esperando una severa reprensión de la anciana.

Pero no fué así.

—Estoy enterada de vuestros amores, —dijo Marta. —Ayer estuve hablando con María; yo no me opongo

á que os veáis; por el contrario, me parece que queréis mucho á esa pobre niña, que es acreedora á que se la considere y se la estime.

Gabriel creyó hallarse bajo los efectos de un dulce sueño.

¡Le hacían tan dichoso las palabras que acababa de dirigirle aquella buena y cariñosa mujer!

—Ahora,—prosiguió Marta,—lo único que deseo es que no entréis en esta casa como si fuerais un malhechor. La puerta está franca, y os permito desde luégo que entréis un rato á conversar con María.

—Gracias, Marta; no sabéis lo mucho que os lo agradezco: jamás olvidaré el favor que tan espontáneamente me hacéis.

Y el joven penetró en la casa.

Desde aquella noche Gabriel hizo á María una visita cotidiana.

Estas contribuyeron á disipar la tristeza que sentía su corazón enamorado.

Francisco y Magdalena hallábanse complacidos; pues al ver la tranquilidad de su hijo, creyeron que el olvido iba curándole de su funesta pasión.

Pero aquella calma debía ser poco duradera.

Una tarde hallábase María paseando por el pequeño huerto que rodeaba la vivienda de Marta, cuando anuncióle ésta que Magdalena la esperaba.

La joven experimentó una verdadera alegría.

Habían transcurrido cuatro meses desde que salió de Valencia.

Corrió, pues, á abrazarla.

Magdalena dióla repetidos besos.

—Hija mía,—exclamó,—vengo á darte una satisfactoria noticia.

—¿Cuál, señora?

—Muy en breve volverás á nuestro lado.

—¿De veras?

—Sí, Gabriel está completamente tranquilo, y creo que á ti te sucederá lo propio; esto es, que de tu corazón se habrán borrado por completo las impresiones que abrigaste. ¿No es verdad, hija mía?

La joven dudó en responder.

Luégo, aunque dolíale mucho faltar á la verdad, hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

Magdalena permaneció al lado de la joven hasta la noche.

Un criado la esperaba junto á la casa cuidando de las caballerías que habíanlos conducido allí.

—Ya es muy tarde, hija mía,—dijo á la joven, poniéndose en pie,—ten paciencia, pues muy en breve vendré á buscarte para que vuelvas con nosotros.

Dióle un abrazo á su hija, y salió de la casa de Marta.

Magdalena, seguida del criado, emprendía momentos después el camino.

No había recorrido más que un corto trayecto, cuando vió que un jinete se aproximaba al galope.

Era Gabriel, que iba á hacer á María su cotidiana visita.

Tan abstraído se hallaba el joven en sus pensamientos, que ni siquiera reparó en su madre.

Esta, al conocerle, tuvo impulsos de llamarle; pero se contuvo.

Acababa de comprender lo que sucedía, de explicarse la tranquilidad de Gabriel.

—¡Ah!—exclamó.—¡Qué disgusto tan grande va á tener Francisco cuando lo sepa! ¡Él, que se halla tan contento creyendo que han terminado esos funestísimos amores! Sin embargo, no hay más remedio que decírselo.

Magdalena, apenas llegó á Valencia, dirigióse á su casa, penetrando después en la habitación de su marido.

Éste fijó en ella sus ojos.

—¿Has visto á María?—la preguntó.

—Sí, Francisco.

—Supongo que la habrás encontrado completamente cambiada, que su amor se habrá borrado de su corazón.

—No lo creas. María y Gabriel se aman todavía.

—¡Es posible!

—Con la particularidad que María no puede seguir en casa de Marta.

—¿Acaso se han visto?

Magdalena refirióle á su esposo su casual encuentro con Gabriel.

—Mañana mismo conduciré á María á un convento,—exclamó Francisco.—Esta es la única manera

de evitar una desgracia, poniendo coto á esos funestos amores.

—No hay otra solución, bien lo comprendo.

Con efecto, al siguiente día Francisco fué en busca de la hija de Magdalena.

Grande fué la satisfacción de la joven, creyendo que iba á regresar á Valencia.

Extrañóle, sin embargo, la seriedad que advertíase en las facciones de su protector.

La joven abrazó á Marta.

Luégo, acompañada de Francisco, emprendió el camino que conducía á la ciudad.

—María,—dijo el esposo de Magdalena,—no he querido que permanezcas por más tiempo en casa de Marta; pero no creas que vas á la nuestra.

—¿Adónde me lleváis entonces, señor?

—A un convento, donde ha de serte muy difícil burlar la vigilancia de la abadesa.

María guardó silencio.

No atrevióse á protestar.

Comprendió desde luégo que su protector estaba enterado de todo.

Cuando llegaron á los alrededores de Valencia, Francisco aventuróse por un estrecho sendero que conducía á un convento.

María fijó sus entristecidos ojos en aquel lóbrego edificio.

—Esa ha de ser tu morada,—exclamó Francisco.
—Piensa en Dios y olvida por completo á Gabriel, pues vuestros amores son un crimen.

Cuando llegaron junto al convento, Francisco echó pie á tierra, ayudando á la joven para que le imitase.

Luégo llamó.

—¿Quién es?—preguntó desde dentro una voz femenil.

—Abrid, madre,—respondió Francisco.

Una religiosa obedeció.

—Deseo hablar con la madre abadesa.

—Pasad.

Francisco y María repasaron el umbral.

El primero estuvo hablando algunos momentos con la priora.

Esta era una anciana respetable.

Recomendóla mucho Francisco que vigilase á María.

—Estad tranquilo, hermano,—respondióle la anciana.

Francisco salió del convento.

Aquella noche, Gabriel, que ignoraba lo que había sucedido, salió de Valencia, como de costumbre, dirigiéndose á la morada de Marta.

Grande fué su sorpresa al no encontrar á María.

—Esta tarde ha venido vuestro padre á buscarla,—dijo la anciana,—y yo creí que iría á vuestra casa.

—No, no ha ido á ella.

—¿Adónde la habrán llevado entonces?

—Lo ignoro; pero me prometo saberlo muy en breve. Empieza á hastiarme esta situación.

—Lo creo.

—Y estoy dispuesto á hacer que concluya para siempre.

Gabriel despidióse de Marta y emprendió el camino de regreso.

Durante el trayecto no cesó de hacer conjeturas sobre el lugar donde hubieran podido conducir á María.

—Esta misma noche hablaré á mi padre; y si se niega á decirme el paradero de mi amada, partiré á remotos países. Yo no puedo vivir sin su amor.

Haciéndose estas consideraciones, el joven llegó á Valencia.





CAPITULO XXV

Donde Gabriel conoce al fin el secreto de su desventura.



LGUNOS momentos después penetraba Gabriel en el aposento de su padre.

Francisco aun no se había acostado.

Según su antigua costumbre, estaba leyendo.

Al oir el ruido que produjo la puerta al abrirse, fijó sus ojos en el umbral.

Gabriel se detuvo un momento.

—Entra, hijo mío,—dijo Francisco.—Celebro mucho verte, pues deseaba hablarte.

—Yo he venido á buscaros con igual objeto,—respondió el joven con extremada seriedad.

—Pues siéntate y empieza.

—A vos os corresponde hablar primero.

—Te doy la preferencia.

—En ese caso, padre, vengo á manifestaros el profundo disgusto que tengo.

—No será mayor que el mío.

—Quizás sí, padre.

—El mío es inmenso, porque he sabido con tristeza que no has respetado mis órdenes.

—Padre, es la primera vez en la vida que os he desobedecido, pero es porque mi amor á María es más fuerte que mi voluntad.

—¡Calla, insensato!

—Pero ¿por qué os oponéis con tanta tenacidad á que nos amemos?

—Ya comprenderás que no es por un capricho.

—No lo será, padre, pero lo parece. María es una joven angelical.

—No te lo niego.

—Vos decís que la queréis, y habéis dado pruebas inequívocas de ello desde el instante en que la trajisteis á casa, considerándola como á un individuo de nuestra familia.

—Luego si tantas pruebas la he dado de afecto, y es tan buena la opinión que de ella he formado, algún motivo tendré para no consentir que continúen vuestros amores.

—¿Y yo no puedo saber ese motivo?

—Imposible.

—En ese caso, padre, no os extrañe si adopto una resolución extrema.

—¿Cuál, Gabriel?

—Ya que os oponéis terminantemente á que ame á María, comprendiendo que no es posible torcer mis inclinaciones, y no queriendo al mismo tiempo incurrir en nuevas faltas de desobediencia, deseo partir.

—¿Adónde?

—A América, á cualquier punto que se halle lejos.

—Calla, Gabriel.

—Mi propósito es firme: ó permitís que me una para siempre con María, ó emprendo el viaje.

—Basta. No harás ni lo uno ni lo otro.

—¡Padre!

—Te repito que no lo harás; pues ya que eres un ingrato, te diré los motivos de mi oposición á que quieras á María.

—Hablad, padre, os lo ruego.

—Sabe, desgraciado, que esa joven...

Y Francisco se detuvo.

—Proseguid, proseguid,—dijo Gabriel;—no aumentéis mi impaciencia, por Dios.

—Esa joven,—continuó Francisco,—es tu hermana.

—¡Mi hermana!—exclamó Gabriel.—No, eso no es posible, padre.

—Es tu hermana,—repitió el esposo de Magdalena.

—Pero, Dios mío, si eso fuera cierto, ¿por qué habíais de ocultármelo tanto tiempo?

—Porque sólo hallándome en una precisión como en la que me has puesto, te lo hubiese dicho.

Y Francisco refirióle á Gabriel la triste aventura ocurrida entre Magdalena y Roque.

—Hijo mío,—dijo al terminar,—ya sabes nuestro secreto. No creo que censures á tu pobre madre, que no tuvo la culpa de la desgracia que le ocurrió.

Gabriel cubrióse el rostro con las manos.

Sentíase verdaderamente aplanado.

—Padre, perdóname,—dijo con voz angustiada.—Ahora comprendo cuán justa y natural era tu oposición. Puedes hacer desde luégo que María vuelva á casa.

—No, eso daría margen á tu desesperación y á la de ella.

—No lo creas. He recibido un golpe tan rudo con lo que acabas de decirme, que insisto en una idea, aunque no ignoro la pena que voy á originarte.

—Habla, Gabriel.

—Desearía salir de Valencia. El aire que aquí resdiro me ahoga. No iré á América, pero sí á la corte. Es posible que una vez en ella, consiga olvidar mi funesta pasión.

—Bien, hijo mío, no me opongo á tus justos deseos.

—Permaneciendo aquí,—prosiguió el joven,—cada lugar me recordaría la época en que fuí dichoso, cada objeto traería una memoria á mi imaginación.

—¿Cuándo quieres partir?

—Mañana mismo apenas brillen los primeros rayos del sol.

—Perfectamente. No me opongo.

—En cuanto á María, no quiero volver á verla.

—Es lo que debes hacer.

—Y ahora, con vuestro permiso, voy á disponerlo todo para el viaje.

Y el joven salió de la estancia, dirigiéndose á la suya.

A la mañana siguiente, Francisco y Magdalena abandonaron el lecho muy temprano.

Gabriel ya los esperaba con impaciencia.

—Hijo mío,—exclamó Magdalena,—ya sé por tu padre que vas á partir.

—Sí, madre, es preciso.

—¿Regresarás pronto?

—Depende de las circunstancias, madre.

Gabriel abrazó á Magdalena.

Sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Luégo se acercó á su padre.

Éste le estrechó contra su corazón.

El joven salió de la estancia, y algunos instantes después repasaba el zaguán.

Magdalena y Francisco asomáronse á una ventana para verle partir.

Gabriel montó á caballo.

Luégo dirigió á sus padres una mirada, y sus labios pronunciaron un tristísimo adiós.

—¡Ah Francisco!—exclamó Magdalena con pro-

funda tristeza,—¡cuán desesperado va nuestro hijo!

—Mucho; pero espero que la ausencia le cure de su pasión.

—¡Dios lo quiera!

Cuatro días después de la partida del joven, María volvió á la casa de Francisco.

Sorprendióse de no ver en ella á Gabriel; pero sus labios no osaron hacer la menor pregunta respecto al paradero del joven.

En cuanto á éste, apenas llegó á Madrid instalóse en una posada.

El ruido de la corte no fué bastante á hacerle olvidar su amor.

Por el contrario, cada día grabábase más profundamente en su alma el querido recuerdo de María.

Transcurrió un año.

Una tarde, al volver á la posada, un criado del establecimiento entrególe á Gabriel una carta.

En seguida reconoció en el sobrescrito el carácter de letra de su padre.

El joven rasgó el sobre.

La carta era de Francisco y hallábase concebida en los siguientes términos:

«Hijo mío: Hoy hace un año que saliste de Va»lencia. Tanto á tu madre como á mí nos parece que »ha transcurrido mucho más tiempo. ¿Cuándo vuel»ves á nuestro lado?»

Gabriel leyó varias veces este párrafo de la carta.

—Desean verme,—pensó.—Yo también lo deseo con toda mi alma.

El joven decidióse á volver á Valencia.

—De todas maneras,—se dijo,—el amor que siento hacia María no ha de borrarse jamás de mi alma.

Con efecto, Gabriel emprendió al siguiente día su viaje.

Imposible es describir las emociones que experimentó al ver dibujarse en lontananza la ciudad que le sirvió de cuna.

Una amarga sonrisa dibujóse en sus labios al recordar los días de ventura que había pasado.

—¡Qué grata sorpresa van á recibir mis padres!—pensó después.

Era esa hora misteriosa del crepúsculo, cuando el joven llegó á las inmediaciones de la ciudad.

Inmediatamente dirigióse á la casa de sus padres.

María se hallaba sentada en el zaguán.

Al ver á Gabriel, un grito de sorpresa y de alegría escapóse de sus labios.

El joven la alargó la mano, que María estrechó con efusión entre las suyas.

—¿Y mis padres?—preguntó Gabriel con voz temblorosa por las emociones que experimentaba en aquel momento.

—Voy á llamarlos.

—No, yo iré en su busca.

Y el joven aventuróse por la escalera.

Grande fué la alegría que recibieron Francisco y Magdalena al abrazar á su hijo.

—Supongo,—preguntóle la segunda,—que ya no pensarás en separarte de nosotros.

—No, madre, ya permaneceré siempre á vuestro lado.

Gabriel procuraba evitar la presencia de María.

Esta lo advirtió.

—No cabe duda,—se dijo la joven sollozando,—ya no se acuerda de mí; es un ingrato.

Y la joven, cuando estaba sola, lloraba amargamente.

Ella seguía ignorando el parentesco que la unía á Gabriel.

Las contrariedades dan más impulso al amor.

María estaba desesperada.

Si antes amaba al joven, su amor convirtióse en adoración.

—Yo necesito hablarle,—se dijo.—Es preciso que me desengañe de una vez. Pienso con frecuencia que aun me ama; en otras ocasiones me parece que huye de mí.

María, venciendo sus temores, aprovechó una oportunidad para decir á Gabriel:

—Necesito hablarte.

—Ninguna ocasión más propicia que la presente.

—No, ahora no; pueden vernos tus padres. Te aguardo esta noche en la huerta.

Gabriel iba á excusarse, pero en aquel momento penetró en la estancia su madre.

—¿Vamos á cenar, hijos míos?—preguntó ésta.

—Cuando quieras, madre,—respondió el joven.

Y dirigióse hacia la estancia próxima, donde ya esperaba Francisco.

Terminada la cena, Gabriel fijó sus ojos en María.

Esta correspondió á su mirada haciéndole una seña que equivalía á decirle:

—Ya sabes lo que te he rogado; no faltes á mi cita.

Gabriel estuvo perplejo.

Luégo se dijo:

—Sí, debo desengañarla para siempre. Fuerza es que sepa la barrera que nos separa.

Y Gabriel salió del aposento en que se hallaban sus padres y María, dirigiéndose hacia la huerta.





CAPITULO XXVI

Los piratas.



CUÁN hermosa estaba la noche.

El soplo de la brisa era tan leve que apenas hacía estremecer las hojas.

Las flores, cubiertas de rocío, exhalaban sus más gratos aromas.

La luna iluminaba el firmamento sin una nube.

Oíase á cortos intervalos el canto melodioso de los ruiseñores, que revoloteaban entre las verdes ramas de los naranjos y los limoneros.

Gabriel, como ya hemos dicho, dirigióse á la huerta.

Al penetrar en ella, sintió que sus pulmones se di-

lataban, aspirando los variados aromas que saturaban el ambiente.

El joven repasó una larga calle de acacias, sentándose luégo sobre un banco rústico, el mismo que ocupaba María para dedicarse á sus labores durante las hermosas mañanas estivales.

¡Cuántos recuerdos acudieron á la mente de Gabriel en el corto transcurso de algunos momentos!

Acordóse de los felices días de su infancia, de sus amores, en una palabra, de cuanto había gozado y sufrido en aquella localidad.

María esperó á que sus protectores se acostasen.

Estos, antes de verificarlo, dirigiéronse á la habitación de su hijo.

—No cabe duda que Gabriel ha salido,—dijo Francisco al encontrarla desierta.

—Le esperaremos,—contestó Magdalena.

—No; sabe Dios á qué hora volverá, y de seguro le disgustaría saber que no te has acostado esperándole.

Magdalena y su esposo se retiraron.

Entonces María, procurando que sus pasos hiciesen el menor ruido posible, aventuróse hacia la huerta.

Al verla deslizarse por las calles de ésta, cualquiera hubiérala tomado por una de esas poéticas hadas que nos describen los alemanes en sus fantásticas leyendas.

La joven dirigióse al sitio en que la esperaba Gabriel.

Éste, al verla, se levantó, adelantándose á su encuentro.

Sus ojos fijáronse en los de María.

—Gracias, Gabriel,—exclamó la joven;—gracias por haberme complacido. Desde que has regresado de tu viaje, me tratas con tanta indiferencia, que había dudado que accedieras á mis súplicas.

—No te niego que también he dudado yo antes de venir aquí.

—¿Es posible?

—Como lo oyes, María.

—¡Ah! ¡Si hubiese comprendido lo mucho que te disgusta permanecer á mi lado algunos momentos, jamás hubiérate exigido semejante sacrificio!

Y al decir esto, la joven inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Ha llegado el instante de que hablemos sinceramente,—añadió Gabriel.

—Sí, no deseo otra cosa.

—Yo no puedo consentir que continúes creyéndome un hombre veleidoso, que olvida sus amores en un año de ausencia.

—Habla, pues, Gabriel.

—María, yo te quiero mucho. En varias ocasiones me propusiste que te considerase como á una hermana.

—Y así lo has hecho.

—Lo he hecho, porque era necesario, porque nuestros amores no podían continuar.

—Te comprendo. Tus padres oponíanse á ello, y no has querido darles un disgusto.

—No, María. Aunque mi deseo es complacer á mis padres, hubiera renunciado á ello, á no oponerse á nuestros amores obstáculos más insuperables.

—¿Los conoces tú?

—Perfectamente.

—En ese caso, Gabriel, dímelos. Si al conocerlos desapareció de tu alma el cariño que me profesabas, es posible que á mí me suceda lo propio.

—Por eso he acudido á tu cita esta noche.

—Habla, pues; te lo ruego.

—María, no es sólo el amor el lazo que ha unido nuestras almas.

—Pues ¿qué más?

—El parentesco.

María fijó sus ojos en Gabriel con extrañeza.

—No me comprendes, ¿verdad?—preguntó el joven.

—No, confieso que no.

—Somos hermanos.

—¿Hermanos?

—Sí, María. Una misma madre nos ha llevado en sus entrañas.

—¡Dios mío!

Y Gabriel refirióle á la joven la triste historia que un año antes le narró su padre.

—¡Ah!—exclamó María.—Ahora comprendo la

justa oposición de don Francisco. ¡Qué ciegos estábamos al censurar su conducta!

—¿Lo comprendes ahora?

—¡No he de comprenderlo!

—María, grande era el amor que te profesaba, pero ahora..., ahora no puedes inspirarme más que cariño. Este es mi deber; esto es lo justo.

—Verdad,—exclamó la joven.

Y un hondo suspiro escapóse de su pecho.

—Ahora que ya se ha resuelto el problema,—prosiguió Gabriel,—ahora que comprendes perfectamente las poderosas razones que me obligan á huir de tu presencia, creo oportuno que regresemos á casa.

—Sí, vámonos.

—Supón por un momento que nuestra madre nos viese.

—Sí, vámonos, Gabriel; no nos expongamos á que hagan las más horribles interpretaciones.

Iban los jovenes á retirarse, cuando de pronto quedaron mudos de terror.

Una docena de hombres saltaron la cerca de cañas que defendía el huerto.

Aquellos hombres, más que seres humanos, parecían pavorosos fantasmas, pues iban vestidos de blanco.

—¡Huyamos!—exclamó María con voz ahogada.

Gabriel quiso seguir sus consejos, pero era tarde para verificarlo.

Los salteadores los rodearon.

Iban cubiertos con blancos alquiceles y empuñaban anchos yataganes y afiladas gumías.

Gabriel comprendió que eran piratas argelinos, que muy frecuentemente caían sobre las costas valencianas, atreviéndose á llegar hasta muy cerca de la ciudad.

Instintivamente colocóse delante de María para defenderla.

Uno de los piratas dióle en la cabeza un fuerte tajo.

Gabriel cayó herido.

Dos de los salteadores se arrojaron sobre él, diciendo:

—No está muerto. Llevémosle al buque, que obtendremos por él un buen rescate.

—¿Y esta joven?—preguntó otro, designando á María.

—Esta joven será una buena esclava para venderla en el mercado.

Gabriel oyó estas palabras.

Mucho sufría el pobre joven al ver que se hallaba imposibilitado para defenderse.

María había perdido el conocimiento.

Uno de los piratas la cogió entre sus atléticos brazos.

Otros dos hicieron lo mismo con Gabriel, mientras los restantes dirigiéronse hacia la casa donde dormían tranquilamente Francisco y Magdalena.

Horrible fué el despertar de éstos al ver á aquella

turba de bandidos que si bien no pudieron apresarlos, robáronles cuanto poseían.

Los tres piratas que conducían á Gabriel y á su hermana dirigiéronse á la playa.

Una vez en ella, acercáronse á un esquife en el que colocaron al herido y á la joven.

Desataron luégo la amarra; y apoderándose de los remos, empezaron á bogar con una rapidez asombrosa.

Uno de ellos ocupóse de vendar la herida de Gabriel.

—Es un robusto mozo,—dijo;—y si su familia no le rescata, podrá venderse en un buen precio.

—¿Es grave la herida?

—No, poca cosa.

Gabriel creía hallarse bajo la influencia de un sueño.

Media hora después la barca se detuvo.

Hallábase junto á una nave pirata.

El casco de ésta era largo y estrecho.

Debía cortar las olas con una rapidez extraordinaria.

—¡Echad la escala!—gritó uno de los que iban en el esquife.

Aquella orden fué ejecutada inmediatamente.

María y Gabriel hallábanse poco después sobre la cubierta.

Desde allí oíanse las detonaciones del combate sostenido en tierra por valencianos y argelinos.

Éstos, conseguido su objeto de saquear algunas casas á favor de la sorpresa, pusiéronse en huída hacia la playa al ver que de la ciudad salía gente á combatirlos.

El capitán de los piratas era un hombre de unos treinta años.

En sus abultadas facciones conocíase desde luégo la enérgica fuerza de voluntad de que estaba dotado.

Cuando los piratas y el botín que conducían estuvieron á bordo, mandó desplegar las velas.

Multitud de barquillas llenas de gente armada preparábanse á perseguirles.

—¡Pronto!—gritó el capitán con voz ronca.

Y los marineros perdiéronse en un laberinto de jarcias.

Su orden fué cumplida con esa rapidez con que se ejecutan todas las maniobras marítimas.

La nave inclinóse gallardamente sobre estribor.

Viró luégo, y el viento hinchó sus blancas velas.

Era asombroso ver cómo cortaba el agua aquel buque.

Irguiéndose unas veces sobre las olas, sepultándose otras en los remolinos que formaba el agua.

Gabriel dirigió una mirada á la costa.

—¡Ah Dios mío!—exclamó.

Porque en aquel instante multitud de pensamientos acudían á su entristecida mente.

—¿Qué habrá sido de mis padres?—se preguntó.—

¡Tal vez ya no existan! ¿Qué será de mi hermana? ¿Cuál será mi destino?

Y el joven derramó una lágrima pensando en el oscuro porvenir.

Cuando los piratas consideráronse libres de sus perseguidores, procedieron al arreglo interior del buque.

Los cautivos, en cuyo número hallábanse Gabriel y María, fueron conducidos á los sollados.

Las prendas robadas echáronse en el almacén.

Hasta llegar á tierra no debía hacerse la repartición.

El hijo de Francisco deseaba la muerte.

Comprendía que era la mejor solución que pudiera esperarle.

En cuanto á María, hallábase presa de la más profunda incertidumbre.

En vano trató Gabriel de darla consuelos que para sí necesitaba.

Una hermosa mañana, los tripulantes del buque descubrieron las costas de Argel.

Echóse el ancla y preparáronse los esquifes para desembarcar.

Los cautivos fueron atados para evitar que pudieran fugarse.

De este modo desembarcaron.





CAPITULO XXVII

Herir por los mismos filos.



s de todo punto imposible describir la pena que sentía Gabriel en su corazón.

No eran bastantes las contrariedades que había sufrido; era necesario que sufriese otras más terribles.

Los piratas condujeron á sus víctimas por bosques espesos que acusaban la exuberante vegetación de aquel hermoso país.

Gabriel no apartaba sus ojos de María.

Esta caminaba silenciosa, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Valor, hermana!—díjola Gabriel al oído.

—¿Qué será de nosotros?—preguntó la joven.

—¡Sábelo Dios!

Tres horas después, los piratas dieron á los cautivos la orden de que se detuviesen.

Hallábanse junto á un hermoso palacio en las inmediaciones de Argel.

Abriéronse como por encanto las puertas de éste.

Los cristianos fueron conducidos á un patio.

Pocos instantes después presentáronse en éste dos personas.

Una de éstas era una hermosísima mujer.

Sus ojos negros y rasgados revelaban la altivez de su carácter.

Sus sedosos cabellos, oscuros como el azabache, caían sobre su espalda como una cascada.

Era alta y esbelta.

La joven vestía un gracioso traje de seda oriental, y su collar, pulseras y zarcillos valían una verdadera fortuna.

La otra persona que la acompañaba era un hombre de unos cuarenta y dos años.

El alquicel que le cubría estaba ricamente bordado.

Sus facciones eran pronunciadas y duro el contorno de su rostro.

Gabriel fijó sus ojos en aquel hombre.

Parecíale haber visto aquellas facciones en otra ocasión, aunque no podía precisar cuándo.

La favorita del caudillo, ó sea la joven que le

acompañaba, era hebrea y llamábanla la hermosa Judit.

Su señor era el dueño de la embarcación cuyos tripulantes cayeron sobre las playas de Valencia.

Uno de los piratas se adelantó hacia el caudillo.

—Aquí tienes, Muley,—le dijo,—los cautivos.

—Perfectamente,—respondió el interpelado.—Elija Judit entre estas muchachas las esclavas que le parezca, y que los demás sean conducidos al mercado.

La hermosa hebrea fijó sus ojos en las cautivas.

—Puedes venderlas todas,—dijo después de algunos instantes.—Tengo ya bastantes esclavas.

—¿No deseas ninguna de éstas?

—Ninguna, Muley.

—Debo advertirte,—dijo el pirata,—que entre los cautivos hay tres heridos.

—Si las heridas son de gravedad y han de quedar inútiles para el trabajo, que se los mate.

—Hay uno muy grave.

—¿Y los otros dos?

—Uno es éste,—y al decir esto el pirata designó á Gabriel.—Ha recibido un tajo en la cabeza, pero de poca importancia.

—Parece robusto. Me agrada la anchura de su espalda y la configuración de su pecho. Que le lleven á la mazmorra de este palacio, y cuando esté completamente curado se le venderá. ¿Y el otro herido?

—Este joven.

—¿Qué tiene?

—Un balazo en el brazo izquierdo.

—Reconocedle bien, que dé su opinión el alfaquí, y si puede curarse y quedar útil para trabajar, que sea conducido también á la mazmorra.

La hermosa Judit salió del patio, dirigiéndose á sus habitaciones.

En cuanto á Muley, apenas vió alejarse á la sultana, fijó sus ojos en las cautivas.

Al reparar en María, un ligero estremecimiento agitó su cuerpo.

—Acércate, cristiana,—la dijo.

María obedeció, aunque temblando de pies á cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—María, señor,—respondió la joven con voz temblorosa.

—No estés tan turbada, pues no hay motivo para ello. Tú no irás al mercado; te quedarás en este palacio.

—¡Ah señor! ¡Quisiese correr la misma suerte que mi hermano!

—¿Cuál es?

—Ese joven que está herido.

Y María señaló á Gabriel.

—Perfectamente. Te prometo que no se separará de ti.

—Gracias, señor.

—Ya lo sabéis,—dijo Muley á los piratas,—tanto esta joven como su hermano pertenecen á mi ser-

vidumbre. Conducidlos, pues, á la torre pequeña.

—Señor,—añadió María,—yo me encargaré de asistir al herido.

—Como quieras.

Muley dirigióse á uno de los aposentos de su palacio.

Este hallábase adornado con un gusto verdaderamente oriental.

Las paredes estaban cubiertas con riquísimas sedas del país.

Los pebeteros de plata y oro despedían embalsamadas espirales de humo.

Los divanes eran de terciopelo carmesí con arabescos de oro.

Muley reclinóse en uno de ellos.

—¡Qué hermosa joven!—exclamó, fijando su pensamiento en María.—Sus facciones recuérdanme mucho pasadas aventuras de amor. Cierto que Judit es una mujer escultural, pero no tiene la delicadeza de esa niña.

Muley no era otro que Roque, el rival de Francisco Fernández.

Al ver á María, removiéronse en su corazón las mal apagadas cenizas de sus amores.

Almanzor, ó sea el caudillo á quien Roque salvó de una muerte segura, como ya dijimos, no había descansado hasta conseguir que Roque tuviese honores y riquezas.

Habíale pagado con esplendidez el favor recibido.

La hermosa Judit presentóse en la estancia.

Sus ebúrneos brazos rodearon el cuello de Roque.

—Muley, —le dijo,—acaban de manifestarme que has dado orden para que se queden en este palacio dos de los nuevos cautivos.

—Es verdad.

—Me han asegurado también que uno de ellos es una hermosa joven.

—Sé que ės joven, pero no reparé si hermosa.

—Yo sí, Muley; y no quisiese en manera alguna que permaneciese bajo mi mismo techo.

—¡Bah! ¿Ahora vas á tener celos?

—¡Si esa mujer te agradase más que yo!...

—¡Qué locura! Eso es imposible.

Judit quedó pensativa.

Temiendo, sin embargo, despertar el enojo del caudillo si insistía en sus pretensiones, guardó silencio.

—¿Quieres dormir un rato?—preguntó.

—Mis párpados se cierran, pero no te alejes.

—Pulsaré la guzla, entonando una canción para que te duermas á sus ecos.

—Como quieras, amor mío.

Judit tomó la guzla, púsola sobre su regazo, y poco después elevó su melodioso acento.

Cuando extinguióse en el aire la última nota, Roque había cerrado sus ojos, y su acompasada respiración indicaba que dormía.

¿Estaba verdaderamente dormido?

No, Muley fingió que dormía para que Judit se alejase.

Quería quedarse solo para pensar con más libertad en la hermosa cautiva.

Judit dejó la guzla sobre el diván.

Luégo se puso en pie y salió de la estancia.

El rumor de sus pasos apagábase en la rica alcatifa que cubría el pavimento.

La hebrea se dirigió á su estancia.

Una vez en ella, asomóse á un ajimez desde el que se disfrutaba de las hermosas y agradables perspectivas de un dilatado jardín, que podía rivalizar con los cármenes granadinos.

De pronto la joven retiróse del ajimez, y llamó.

Presentóse una de sus esclavas.

—Cora, —la dijo,—infórmate dónde se hallan los dos cautivos que ha elegido Muley para que aumenten nuestra servidumbre.

La esclava hizo un movimiento con la cabeza en señal afirmativa.

Pocos instantes después presentóse de nuevo en la estancia.

—Sultana, —la dijo,—los cautivos por quienes me has preguntado ocupan una de las habitaciones del minarete del parque.

—Perfectamente; puedes retirarte.

La esclava obedeció.

—Es necesario,—se dijo apenas quedóse sola Judit,—que yo conozca á esa cautiva. Si es, como aseguran, hermosa, no quiero que permanezca en este palacio.

Y la hebrea salió del aposento, dirigiéndose hacia el minarete donde se hallaban María y Gabriel.

Este último, que había sufrido grandes pérdidas de sangre, habíase reclinado sobre un banco, durmiéndose profundamente.

María hallábase velando su sueño.

Al sentir la joven el rumor de los pasos de la hebrea se estremeció.

Judit penetraba en la estancia un instante después.

—¿Eres tú la doncella que Muley ha elegido para mí?—preguntó á la joven.

—Sí, señora.

Los ojos de Judit fijáronse en Gabriel.

Las pestañas de éste sombreaban sus párpados inferiores.

En sus labios entreabiertos vagaba una melancólica sonrisa.

—¿Quién es este joven?—preguntó á María la hebrea.

—Mi hermano, señora.

—¿Ha sido herido en la cabeza?

—Sí, señora.

—¡Pobre! ¿Es grave la herida?

—Afortunadamente creo que no.

Judit era caprichosa.

Sintióse atraída hacia Gabriel por una viva simpatía.

—Cuídale mucho,—dijo.—Hoy mismo enviaré al alfaquí para que le cure.

—¡Ah señora, tanta bondad!...

En aquel instante Gabriel abrió los ojos.

Al ver á la sultana se incorporó, haciendo ademán de levantarse.

—¡Quieto!—dijo Judit.—No te muevas.

—¡Señora!

—Estás enfermo, y disculpado, por lo tanto, de permanecer en esa actitud.

La hebrea salió de la estancia.

—Es un gallardo joven,—se dijo;—y en cuanto á ella, aunque es hermosa, no tengo miedo que pueda robarme el amor de Muley.

Judit llegó á su estancia.

Allí ensimismóse en sus pensamientos.

Mientras Roque pensaba con deleite en María, la imaginación de la sultana ocupábase con el recuerdo de Gabriel.





CAPITULO XXVIII

Donde la situación se complica.



LGUNOS días después de los sucesos que hemos consignado en el capítulo anterior, Gabriel hallábase completamente restablecido.

Por lo general, las heridas en la cabeza son mortales, ó de fácil curación.

No tienen término medio.

El alfaquí que envió la hermosa sultana hebrea para que curase al joven, díjola un día:

—El esclavo está bien. Algo débil se ha quedado, porque ha tenido grandes pérdidas de sangre.

—Pero ¿se repondrá en breve?

—Desde luégo. Tiene una naturaleza vigorosa. Convendríale mucho una buena alimentación, y en vez de estar encerrado en el minarete, que diese algunos paseos. No sabes la influencia que tiene para los enfermos el aire libre.

Judit no necesitó oir más.

Aquella misma mañana, aprovechando la ausencia de Muley, que hallábase de caza, dirigióse á la prisión en que estaba Gabriel.

—El alfaquí,—le dijo,—acaba de asegurarme que te conviene el aire libre.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué?—preguntó la hebrea fijando en el joven sus negros ojos.

—Soy un cautivo.

—Eso no importa: yo te acompañaré, y espero que no harás tentativas para huir.

—Eso desde luégo.

—¿Quieres recorrer los cármenes que rodean este palacio?

—Señora, yo estoy á vuestras ordenes. ¿Permitís que nos acompañe mi hermana?

Judit hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Otro día,—respondió después de un instante.

Una sospecha cruzó rápidamente por la imaginación de Gabriel.

Aunque no era pretencioso, no era difícil comprender la simpatía que había inspirado á la hebrea.

¿Cómo explicarse de otro modo la invitación que acababa de hacerle?

Gabriel pensó desde luégo utilizar esta circunstancia.

Esto reportábale varias ventajas.

En primer lugar, su penosa situación de cautivo terminaba.

Además, una nueva pasión podía borrar de su alma la que sentía hacia su hermana.

—Sígueme,—dijo Judit.

Gabriel acercóse á María.

—Hermana,—la dijo,—aguárdame aquí tranquila: muy en breve volveré á tu lado.

Judit y el joven salieron del aposento, y poco después aventurábanse por una escalera que conducía al parque.

Este, como ya hemos dicho, era verdaderamente encantador.

Hallábanse reunidas en aquella mansión cuantas bellezas es posible que forje la mente en una localidad de ese género.

Judit se detuvo en una espaciosa plazoleta.

Rodeábanla multitud de elevados naranjos, entre cuyas brillantes hojas de esmeralda veíanse en caprichosas agrupaciones las doradas frutas.

En el centro de aquella plazoleta había un cenador, especie de gruta de madreselvas.

Judit penetró en ella.

En el interior había una fuente, cuyas aguas, lim-

pias como el cristal, deslizábanse entre murmullos, fertilizando el verde césped que servía de alfombra.

Un banco rústico convidaba á descansar.

En aquella gruta no penetraban jamás los ardientes rayos del sol.

—Siéntate,—dijo Judit.—Aquí descansaremos un rato. Tenemos que hablar mucho.

—Cuanto queráis, sultana.

—¿Cómo te llamas?

—Gabriel.

—¿Dónde has nacido?

—En Valencia.

—¡Ah! He oído hablar mucho de ese país. Creo que es verdaderamente delicioso.

—Por mucho que lo sea no os sorprendería, acostumbrada como estáis á la exuberante vegetación de esta comarca.

—Sin embargo, Muley me ha hablado muchas veces de Valencia.

—¿Ha estado allí?

—¡Ya lo creo! Es hijo de aquel país.

—¿De Valencia?

—Luégo renegó de su religión, y hoy es uno de los más poderosos caudillos de esta comarca.

—¿Cómo se llamaba antes de renegar?

—Roque,—respondió Judit.

El joven, al oir este nombre, perdió el color.

Acordóse que éste era el nombre del protagonista de la historia que habíale narrado su padre.

—No tengo duda,—pensó.—Ese hombre es el padre de María, el seductor de mi querida madre.

—¿Qué piensas?—le preguntó Judit.

—Nada, sultana,—respondióle el interpelado, haciendo un esfuerzo para disimular su turbación.

La sultana no apartaba sus negros ojos de Gabriel.

Este fijó los suyos en los de la hebrea.

—Decidme, Judit,—la preguntó,—¿amáis mucho á Muley?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Es verdad. Yo no tengo derecho á ello. Perdonadme.

—No; lo que deseo es que me digas por qué me has hecho esa pregunta.

—Por curiosidad.

—¿Nada más?

—Sultana, ¿qué otro móvil había de inducirme á preguntároslo?

—Voy á contestarte con franqueza, pues tengo la seguridad que no revelarás á nadie lo que te diga, abusando de la confianza que en ti deposito.

—¡Ah! Tenedlo por seguro.

—No amo á Muley. Yo vivía tranquilamente en Túnez al lado de mi padre, que era mercader. Un día conocí á Muley, que desde luégo sintió nacer en su corazón un extraordinario afecto hacia mi persona.

—No me extraña: ¡á tantos les habrá sucedido lo propio! Basta contemplar un instante vuestra hermosura para sentir la atracción de la simpatía.

—Gracias, Gabriel. Muley le habló á mi padre; éste, que me amaba, se opuso á que me uniese con el caudillo renegado, y entonces Muley me robó una noche de la casa paterna.

—¡Qué infamia!

—Una vez que estuve en su poder, fuí acostumbrándome á oir sus amantes ruegos, y por último cedí á su pasión.

—Pero ¿no le amáis?

—No, Gabriel; no le amo, ni le amaré nunca.

—¿Sin duda porque vuestro corazón es de otro?

—Hasta hace poco era libre como esas avecillas que revolotean entre esos árboles.

—¿Hasta hace poco?

—Sí; pero ahora...

—Acabad, sultana.

—Ahora,—prosiguió la hebrea,—empiezo á comprender que mi pecho no es insensible á los encantos del amor.

—¡Dichoso el que lo obtenga!

Judit, al oir estas palabras, sonrióse, mostrando sus dientes, blancos é iguales como las perlas de Basora.

Luégo fijó sus ojos en Gabriel de una manera apasionada.

En aquella mirada parecía decirle:

—Tú no debes ambicionar lo que ya posees: mi corazón es tuyo.

Aquella noche Muley regresó de su cacería.

Gabriel habíase ya vuelto á la torre.

Desde luégo comprendió María que estaba preocupado.

El joven no podía apartar de su imaginación lo que habíale dicho Judit.

—¿Quién puede poner en duda la grandeza de Dios? —exclamó el joven.—El ha hecho que conozca el paradero del hombre á quien tanto buscó mi padre. ¡Ah! Ya celebro estar cautivo, ya bendigo á la Providencia, que me trajo á este país.

Halagado con estos pensamientos, Gabriel vió resbalar la noche.

Empezaban á vislumbrarse en el cielo los primeros reflejos del amanecer, cuando abrióse la puerta de la estancia, dando paso á un servidor de Muley.

—Cristiana,—dijo despreciativamente á María,—mi señor te espera.

La joven quedóse indecisa.

Comprendiendo, sin embargo, que no la era posible negarse á los deseos del caudillo, cambió una mirada con su hermano, saliendo después de la estancia.

Muley, á su vez, aprovechándose de la hora en

que Judit se hallaba en el baño, había enviado aquel aviso á María para declararla su pasión.

La joven penetró en el aposento del caudillo.

Este hallábase negligentemente recostado en un diván, aspirando el aromático humo de su pipa.

Al ver á María la hizo una seña para que se aproximase.

—Acércate, cristiana,—la dijo,—y no creas que al designarte con este nombre te desprecio; todo lo contrario. Has de saber que mis padres profesaron tu religión, y que fué también la mía durante muchos años.

—¿Qué deseáis, señor?

—Siéntate, aquí en ese cojín que hay á mis pies. Necesito hablarte.

La joven dirigió á Roque una tímida mirada.

—Ya habrás comprendido,—continuó Muley,—que desde el primer momento que te vi llamaste mi atención. Te confieso que ninguna cautiva de las muchas que hicieron mis gentes, ha conseguido inspirarme un afecto tan vivo como el que te profeso.

La joven bajó la cabeza.

Muley continuó:

—Quiero, por lo tanto, que cambies tu vestido por otro á la usanza de este país, y que te adornes con soberbias joyas que te enviaré. También quiero que en vez de seguir en el minarete que ocupas, te instales en una de las más lujosas habitaciones de este palacio. ¿Serás con gusto mi esclava favorita?

—¡Ah señor, no me exijáis tan inmenso sacrificio! ¿Qué diría vuestra sultana?

—Judit no tendrá más remedio que acatar mis órdenes.

—Pero...

—Ni una palabra más. Vuelve á tu estancia. Dentro de breves instantes te enviaré con dos esclavas las prendas que te he dicho.

La joven sintió que las lágrimas afluían á sus ojos.

No replicó, no obstante.

Temía despertar el enojo de Muley.

Salió, pues, de la estancia de éste, dirigiéndose á la suya, donde esperábala Gabriel poseído de la mayor impaciencia.





CAPITULO XXIX

Donde Gabriel prepara los medios de vengarse.



o necesitó Gabriel hacer á María la menor pregunta para comprender que algo grave pasaba.

La palidez que advertíase en el rostro de la joven indicóselo desde luégo.

Esta, al volver á la torre, hallábase temblorosa.

Gabriel fijó en ella sus ojos.

—Comprendo lo que sucede, hermana mía,—dijo.—Ese miserable de Muley acaba de descubrirte el amoroso deseo que por ti siente.

—Es verdad, Gabriel.

—Y tú, ¿qué le has respondido?

—Yo estaba muy turbada en presencia de ese hombre, que no apartaba sus ojos de mí. Al oirle le dije, por poner un pretexto, que temía el enojo de la hebrea.

—¿Y qué te respondió?

—Que pasados algunos instantes, enviaría á este aposento dos esclavas, á fin de que cambiasen mi modesto vestido por otro oriental. ¡Ah Gabriel, cuán desgraciada soy! ¡Prefiero mil veces la muerte á pertenecer á ese hombre!

—No lo dudo, María. Enjuga tus lágrimas. Te prometo que ese miserable no realizará sus deseos.

—¿Cómo evitarlo?

—Lo ignoro. Deja que busque una solución salvadora, y no dudes que la encontraré.

El joven quedó pensativo.

Mientras esto ocurría en la torre que servía de prisión á los dos hermanos, veamos lo que pasaba en el lujoso aposento de Muley.

Hallábase éste pensando en la joven cautiva, cuando penetró en la estancia uno de sus capitanes piratas.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Roque, observando la palidez que cubría el rostro del capitán.

—Te traigo una noticia muy grave.

—Habla.

—El *Relámpago*, esto es, nuestro mejor buque, ha

sido atacado por las naves de Alí, cayendo en su poder.

Al oir esto, Muley hizo un movimiento de sorpresa.

Entre Alí y Roque existían antiguos motivos de resentimiento, pero nunca pudo imaginarse el segundo que el rencor del caudillo se desenmascarase de la manera que acababa de hacerlo.

—¿Tienes la evidencia de que son los buques de Alí los que han apresado al nuestro?—preguntóle el capitán.

—Completa.

—En ese caso, dispón que se prepare mi gente.

—¿Qué es lo que intentas hacer?

—Dirigirme hacia las inmediaciones de la ciudad, cayendo por sorpresa sobre el palacio de nuestro enemigo.

—Para esto esperarás á que cierre la noche.

—Desde luégo.

El capitán no replicó ni una palabra.

Conocía el carácter de Muley.

Apresuróse, por lo tanto, á cumplir sus órdenes.

Esta circunstancia salvó entonces á María de los torpes propósitos que abrigaba Muley, que salió de su palacio algunas horas después.

Durante la ausencia de éste, el hermano de María hizo cuanto pudo para interesar por completo el corazón de la hermosa hebrea.

Esto no le fué difícil.

Judit llegó á sentir hacia él una de esas pasiones devoradoras que nacen en el alma de la mujer oriental.

Una tarde la sultana le dijo:

—Gabriel, es necesario que goces de una completa libertad, al menos mientras dure la ausencia de Muley.

—¿Y si á su regreso lo sabe?

—Me importa poco. Esta noche te espero en la gruta de madreselvas. Necesito hablar contigo extensamente.

—No faltaré, Judit.

—Eso espero.

—Advertirás á la persona que guarda la puerta de este aposento que no me impida salir.

—Ya lo sabe.

—En ese caso seré puntual á tu cita.

—Te aguardo apenas brillen las estrellas en el firmamento.

Judit salió de la estancia.

El joven aguardó con impaciencia á que llegase la noche.

Ésta no se hizo esperar.

Tras las melancólicas tintas de un breve crepúsculo, apareció la luna entre diáfanos cendales de tul.

Entonces Gabriel dirigió una mirada á María, que dormitaba sobre un diván.

—Es preciso que yo te salve,—exclamó el joven,—y que vengue al mismo tiempo á mis queridos padres. Para estos fines me condujo aquí la Providencia.

El joven salió de la estancia.

El esclavo que guardaba la puerta dirigióle una mirada, pero dejándole el paso franco.

Gabriel aventuróse hacia el jardín.

Una vez en éste, se dirigió hacia la gruta de madreselvas.

Judit le esperaba ya.

Nunca había estado tan hermosa como aquella noche.

Vestía un traje de seda azul adornado de agremanes de oro.

Su ajustado corpiño dejaba admirar su ebúrnea garganta y sus brazos esculturales.

Un collar de perlas negras daba cuatro vueltas á su torneado cuello.

Sus ojos despedían irradiaciones apasionadas.

Parecía una de esas huríes del Profeta que nos describe la fantástica imaginación de los vates orientales.

Cuando Gabriel penetró en la gruta no pudo reprimir una exclamación de asombro.

Un rayo de luna filtrábase á través del follaje, é inundaba con su blanca luz la olímpica frente de aquella deidad.

La hebrea fijó en el joven sus negros ojos.

—¡Ah Gabriel,—le dijo con cariñoso acento,—te esperaba con impaciencia!

—¿No me dijisteis que acudiese á la cita cuando fuera de noche?

—Sí.

—Por esto no he venido antes.

—Bien, no importa. Lo primero que te ruego es que te sientes aquí, á mi lado.

Gabriel obedeció.

—¿Qué más deseáis, gentil sultana?

—Que no emplees para conmigo un lenguaje tan ceremonioso; háblame al uso de mi país, no con la timidez que lo hace el esclavo en presencia de su señor, sino con la franqueza que debe existir entre dos buenos amigos.

—Como quieras.

—Mira, Gabriel, yo no he sido jamás una mujer caprichosa, de esas que se apasionan hoy de uno y mañana de otro. Ya te dije las circunstancias que habíanme conducido al lado de Muley, y no te oculté tampoco que mi corazón nunca fué suyo.

—Es verdad; lo recuerdo como todas las palabras que me han dirigido tus labios.

—¿Por qué las tienes tan presentes?

—¡Ah sultana, qué pregunta! ¡Demasiado lo sabes! Si no fuese un pobre cautivo, te lo diría con más claridad.

—Habla, pues. Tú no eres un cautivo.

—Aunque trates de decirme lo contrario, sé que lo soy.

—No lo creas.

—Prueba de ello es que no me dejarías partir de nuevo á mi patria.

Judit, al oir esto, dirigióle al joven una mirada de fuego.

—¿Querrías volver á Valencia? ¡Ah! ¡Qué ingrato eres!

—No te negaré que en ese país, que me sirvió de cuna, tengo afecciones que nunca se borrarán de mi corazón; pero á pesar de todo, no partiría. Te dije esto para demostrarte que no dispongo de mi libertad.

—Te engañas, Gabriel; si quisieses partir, realizarías tu deseo, aunque yo haría un gran sacrificio.

—¿Un sacrificio?

—¿Lo dudas?

—¡Parece imposible que una sultana tan hermosa sienta simpatía hacia un hombre de mis condiciones!

—Calla, Gabriel, no seas tan excesivamente modesto. No es simpatía lo que has sabido inspirarme, es mucho más.

—¿Es posible, sultana? ¿Podré abrigar esperanza de que correspondas algún día á mi amor?

—¡Algún día! ¡No sabes que te amo, que mi corazón es sólo tuyo, y que estoy dispuesta á hacer por ti cuantos sacrificios me exijas!

Al decir estas palabras, la hebrea dirigióle á Gabriel una lánguida mirada.

Sus ojos, guarnecidos de negras y largas pestañas, tenían en aquel momento una expresión encantadora.

El joven rodeó con sus brazos la esbelta cintura de Judit.

Luégo buscó sus labios de carmín, y cambiaron un apasionado beso.

Aquella entrevista duró hasta muy cerca del amanecer.

La enamorada Judit no encontraba momento para salir de la gruta de madreselvas.

¡Considerábase en ella tan dichosa!

Desde aquella noche, los dos amantes no dejaron transcurrir ni un solo día sin verse.

Allí, en la frondosa gruta que hemos descrito, apurábase la copa de los placeres.

Gabriel hizo un estudio profundo del corazón de aquella mujer.

En una de sus nocturnas entrevistas dijo á su amada:

—¡Ah Judit! ¡Cuán dichoso sería si Muley no regresase nunca!

—Yo también.

—Entonces nuestra vida resbalaría como una cadena de flores, en la que se eslabonase un placer con una ventura; pero desgraciadamente su ausencia será breve.

Judit, por toda respuesta, exhaló un suspiro.

A la siguiente noche, la hebrea hallábase más preocupada que de costumbre.

—¿Qué te sucede, amor mío?—la preguntó Gabriel.

—He tenido hoy una noticia desagradable.

—Me figuro cuál es.

—Afirman que mañana regresará Muley.

El joven afectó sentir un gran disgusto.

Judit rodeó con sus brazos el cuello de Gabriel.

—Pero aunque regrese,—le dijo,—yo no amo á nadie más que á ti.

—A pesar de eso, no puedo considerarme dichoso.

—No lo comprendo. ¿Qué apetece el alma enamorada sino la correspondencia del ser que le inspira pasión?

—Muley vendrá mañana.

—¡Por desgracia!

—Entonces tendrán tus labios que dirigirle palabras amorosas, aunque no sean sinceras. Yo, aunque no he nacido bajo el ardiente sol de este país, poseo un corazón susceptible de abrasarse en amores.

—¿Y tienes celos?

—No te lo negaré, hermosa Judit.

—Yo te prometo que no he de ser más que tuya.

—¡Cómo es posible!

—Hay muchos modos de conseguirlo.

—Habla, Judit, habla.

—Si quieres, aprovechando la ausencia de Muley, partiremos á tu país.

—¿Y vas á renunciar á unas grandezas que yo no puedo ofrecerte?

—¡Qué importa! Lo único que ambiciono es tu cariño y tu tranquilidad.

—No, Judit, no acepto tan noble sacrificio. Hay otro medio para conciliarlo todo.

—¿Qué opinas que hagamos en ese caso?

—¡Ah Judit, temo que me desprecies si te lo propongo!

—¿Despreciarte?

Y la hebrea, al hacer esta pregunta, estampó un ardiente beso en los labios del joven.

—Habla, Gabriel, habla.

—Lo que voy á proponerte es horrible; pero te amo, quiero que seas sólo mía, y sin duda por esto Satanás me ha inspirado esta idea.

—Dímela.

—No sé si pensarás como yo respecto al amor. Creo que es un sentimiento tan imperioso, que puede conducirnos á todo lo bueno y á todo lo malo.

—¡Quién lo duda!

—Muley tiene depositada en ti su confianza.

—Desde luégo.

—Una noche, después de sostener con él un amoroso diálogo le ofreces de beber. Él no dudará en apurar el néctar que contenga la copa.

—¡Ah Gabriel! ¡Qué horrible idea! ¡Te comprendo! ¡Razón tenías al asegurar que es espantosa!

—El néctar, —prosiguió el joven, —irá combinado con un tósigo.

—¡Calla, calla! Mucho te amo, pero no puedo hacer lo que me exiges.

—¿Por qué?

—Porque es un crimen espantoso.

—A cambio del que adquiriremos nuestra felicidad.

—No la quiero á ese precio.

—¡Ah Judit! Aun le amas, aun veneras al hombre que no siente hacia ti más que una fría indiferencia.

La hebrea fijó sus negros ojos en Gabriel.

—No,—exclamó.—Precisamente porque me ama es por lo que no quiero pagar su cariño con tanta ingratitud.

Una desdeñosa sonrisa dibujóse en los labios de Gabriel.

—¡Que te ama!—repitió.—¡Cuán equivocada estás!

—¿Por qué dices eso?

—Porque me consta que hay en este palacio una mujer que, por mi desgracia, ha de sustituirte muy pronto, obteniendo el nombre de sultana.

El amor propio habló en el corazón de Judit.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó.

—Una joven tan hermosa como pura, que desprecia al caudillo, pero que tendrá que ceder á sus inicuas proposiciones.

—Pero ¿quién es?

—Mi hermana.

—¡Ah Gabriel! ¡Eso es imposible!

—Nunca supieron mentir mis labios. Sabe que si á estas horas María puede levantar la frente con orgullo, es debido á la rapidez con que Muley tuvo que abandonar su palacio.

—¡Qué infamia!

—Ese hombre no te quiere ya; y en cuanto á mí, aunque te adoro, me veré en la precisión de hacer una locura.

—¡Gabriel!

—No encuentro solución más que en la muerte.

—¡No, amado mío! ¡Eso nunca! Haré lo que tú quieras.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. Ya que Muley es un miserable que trata de humillarme ante otra mujer, y que mientras él viva no puedes ser dichoso...

—Acaba.

—Haré lo que me exijas.

Gabriel, por toda respuesta, estrechó á la joven contra su pecho.

—¿Crees ahora en mi cariño?

—Sí, Judit. ¿Posees algún veneno que no deje huellas en el cadáver?

—No; pero tengo persona que me lo proporcione. ¿Serás así feliz?

—¡Quién lo duda, sultana!

—Pues haré lo que quieres.

—Pero pronto. Reflexiona que deesto depende nuestra felicidad y la honra de mi hermana.

—Queda tranquilo. Te prometo que muy en breve Muley habrá dejado de existir.

Gabriel se sonrió.

En aquel instante era completamente dichoso.



CAPITULO XXX

El áspid entre las flores.



RANSCURRIERON algunos días.

Muley regresó de su expedición.

Había conseguido derrotar á la gente del moro Alí.

La hermosa hebrea recibióle con más solicitud que nunca.

Un autor afirma:

«El que te acaricia más de lo que tiene por costumbre, te engaña, ó te pretende engañar.»

Pero Roque no vió á través de la solicitud de la hebrea sino el franco y cariñoso recibimiento que hacíale después de unos días de ausencia.

—¡Bien venido seas á esta tu morada!—le dijo Ju-

dit abrazándole.—Espero que esta noche festejaremos tu regreso y la victoria que has alcanzado. Con este objeto he hecho un nuevo licor, y paréceme que ha de ser de tu gusto.

—Bien, Judit: siendo obra tuya, tiene que agradarme,—respondió Roque.—Complacido estoy con el buen éxito de miexpedición, aunque no es mía toda la gloria.

—¿Por qué?

—La gente de Alí era numerosa; pero la mía fué reforzada por la de Almanzor, que parece que siempre está velando por mí.

—Es un buen amigo tuyo.

—¡Ya lo creo! Después de ti, Almanzor es la persona á quien más quiero en el mundo.

Roque, desciñéndose las armas, iba á entrar de nuevo en el más refinado sibaritismo.

¡Qué rudos contrastes ofrece la vida oriental!

El árabe pásase la existencia reclinado en blandos divanes, aspirando el aroma que despiden ricas esencias, rodeado de esposas y esclavas que procuran adivinar hasta los menores deseos de su señor.

De pronto se oye por todas partes el ronco grito de guerra.

El pirata argelino abandona el harén, dejando comodidades, aromas y mujeres, y después de empuñar el rudo yatagán ó la curva gumía, lánzase al campo en busca de los enemigos.

La hermosa Judit había preparado un aposento para que Muley aceptase en él su invitación.

Era una estancia octógona, cuyas paredes estaban cubiertas de seda azul con adornos de plata.

En los ocho ángulos había otros tantos pebeteros cargados de resinas olorosas.

De la techumbre pendía una lámpara de bronce y cristal.

El narguile, dispuesto.

El diván convidando á sentarse y entablar un coloquio de amor.

Sobre una mesita, el servicio para tomar el moka, ese néctar aromático y oriundo de la Arabia, al que Voltaire atribuye cualidades tan excelentes para la prolongación de la vida.

Unase á los encantos de esta habitación una mujer exuberante de juventud y de belleza, indolentemente reclinada en el diván, con los ojos fijos en el ajimez, desde el que se descubrían las dilatadas perspectivas de un jardín de gusto oriental, esto es, el límite de lo bello, de lo fantástico y de las idealidades.

Aquella mujer de ojos negros, espléndida cabellera y labios carmíneos y sensuales, era Judit.

Habíale prometido á su amante Gabriel que aquella noche daríale un tósigo á Roque, é iba á cumplirle su palabra.

Nadie, al ver aquella frente tersa como el mármol y aquellas pupilas iluminadas por el fuego de la pasión, hubiera sospechado que bajo aquella hermosa

exterioridad ocultábanse pensamientos lúgubres y terribles.

Y es que algunas mujeres son como el lago.

En su superficie retrátase el cielo, y en el fondo se oculta el cieno y la muerte.

Gabriel habíale expresado un deseo á su joven amada.

—Quiero oir vuestro diálogo de amor, quiero presenciar vuestra entrevista oculto tras el tapiz que cubra una puerta.

—Serás complacido.

—¡Ah!—exclamaba el joven con mal reprimida satisfacción.—No dudes en dirigirle las más dulces frases, no te detengas en prodigarle todo género de caricias. De este modo mi rival sentirá más abandonar el mundo cuando comprenda que se aproxima la muerte.

—Mucho le odias.

—Mucho, porque á ti te adoro.

Sonrióse Judit.

También ella alimentábase en aquel momento de ilusiones, creyendo que era amada por Gabriel.

Este preguntó á la hebrea:

—¿Tienes la seguridad que el tósigo no deja huellas?

—Sí, completa; y produce además una paralización en la lengua, de modo que Muley no podrá solicitar socorro.

Por toda respuesta, Gabriel besó los húmedos labios de Judit.

Luégo ocultóse en el lugar que habían convenido.

Muley no tardó en presentarse.

Sus ojos apasionados fijáronse con arrobamiento en los de la hebrea.

Experimentaba en aquel instante esas ilusiones que siente el hombre hacia la mujer querida de quien ha estado ausente una temporada, por breve que ésta sea.

—Siéntate, Muley,—le dijo Judit con cariñosa solicitud.

El renegado obedeció.

—Ahora voy á servirte el café.

—Y luégo ese licor que me has anunciado.

—Celebraré que sea de tu gusto.

—¡Cómo no serlo, estando hecho por ti!

Sonrióse la hebrea y escanció en una taza de plata el aromático café.

Luégo sirvióselo á Roque.

Este saboreó el humeante líquido.

Después encendió su narguile, aspirando el humo del tabaco con verdadera fruición.

—¡Qué hermosa eres!—exclamó.

—Sin embargo, no bastan mis hechizos á alejar tu pensamiento de otras mujeres.

—¡Qué locura! ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Nadie, pero lo presumo.

—Habla, Judit.

—Cuando una mujer ama del modo que yo, adivina hasta los más pequeños deseos que nacen en el corazón de su ídolo.

—Y ¿qué has adivinado tú?

—Que deseas la posesión de la cristiana que se halla cautiva en uno de los minaretes de este palacio.

—No lo creas.

—Dime la verdad: después de todo, yo no puedo oponerme: aunque me distinguen con el nombre de sultana, no soy más que una esclava tuya.

—Di más bien que eres la reina de mi corazón.

Judit correspondió á estas palabras con una sonrisa.

—¿Verdad que deseas á esa mujer?—preguntó á Roque.

—No puedo negarte que acaricié la idea de su posesión, pero este deseo fué muy breve. Hubiera permanecido á su lado algunos instantes, para abandonarla después.

—¿De veras?

—Te lo aseguro, mi hermosa Judit.

—¡Ah, cuán dichosa me haces con esas palabras! ¡No sabes lo mucho que he sufrido durante tu ausencia, pensando en lo que padecería mi corazón si me abandonases por esa mujer!

—No hablemos de ella siquiera, y dame una copa de licor.

Judit abandonó el diván.

Aproximóse luégo á la mesa, sobre la que estaba el frasco que contenía el tósigo que le entregó uno de los sabios alfaquíes.

Tiñóse la copa con el líquido, cuyo color recordaba el topacio.

—Bebe, hermosa mía,—la dijo Muley.

—No; primero tú. Deja que luégo ponga mi boca donde tú pongas la tuya.

El renegado obedeció.

Una satánica sonrisa dibujóse en los labios de la hija de Israel.

—Ahora,—dijo Roque después de paladear el licor, —toma la guzla y entona alguna de esas canciones que tú sabes y que tanto me agradan.

Judit obedeció.

Puso la guzla sobre su regazo, y sus dedos deslizáronse sobre las cuerdas del instrumento.

Su voz, dulce como un gorjeo, melodiosa como el trino de un ave, vibró en el aire.

Roque contemplaba á la joven embelesado.

Cuando extinguióse la última nota, el renegado abrazó á la hebrea.

—¡Bien, hermosa mía!—exclamó.—Ahora, si te parece, nos consagraremos al descanso. Siento una gran pesadez en la cabeza.

—¿Estás enfermo?

—No, no es nada. Es un efecto natural del cansancio que me han producido las rudas faenas de estos días anteriores.

—¿Quieres dormir sobre mi regazo?

—Sí.

Muley reclinó su cabeza sobre la hebrea.

Luégo cerró los ojos.

Entonces Judit dirigió una mirada hacia el tapiz que ocultaba á Gabriel.

Imposible de todo punto es describir las emociones que éste experimentaba en aquel momento.

De pronto Muley abrió los ojos, y fijándolos en la sultana, exclamó:

—¡Qué mal me encuentro! ¡Jamás he sentido una angustia tan grande!

—Procura descansar.

—No, no es posible.

Y Muley se incorporó.

Empezaba á sentir los efectos del tósigo.

Éstos eran rápidos.

El alfaquí conocía perfectamente las propiedades del veneno.

Entorpecióse la lengua de Muley, hasta el punto que casi le era imposible exhalar una queja.

Comprendiendo que se acercaba la muerte, acordóse de su religión, de la que habíanle enseñado sus padres.

—¡Ah Dios mío, Dios mío!—exclamó con acento balbuciente.

Levantóse el tapiz que cubría la puerta, y apareció en el umbral la pálida figura de un hombre.

En los labios de éste vagaba una satánica sonrisa.

Era Gabriel.

Estremecióse Roque al ver al cautivo, é intentó incorporarse; pero le faltaron las fuerzas.

Este se acercó á Judit.

Vete,—la dijo.—Necesito hablar á solas con este hombre.

—No te alejes, Judit..., no te alejes,—murmuró el moribundo.

Pero la hebrea volvióle desdeñosamente la espalda, y salió del aposento.

Gabriel cerró la puerta.

Había llegado el instante de su venganza.





CAPITULO XXXI

El vengador.



URANTE algunos instantes, Gabriel, cruzado de brazos, con la mirada fija en el moribundo y una satánica sonrisa en los labios, no pronunció ni una palabra.

Muley contemplaba al joven con cierta sorpresa mezclada de espanto.

¿Cómo aquel cristiano, saliendo de su prisión, presentábase en su aposento, sin pedirle siquiera permiso?

¿Qué influjo ejercía sobre la gentil sultana, que habíale bastado hacer una seña misteriosa para que abandonase la habitación en los momentos críticos en

que Roque sentía sobre su cabeza el fatídico vuelo de la muerte?

Enigmas eran éstos cuya clave no encontraba el moribundo.

Estremecióse, sin embargo, de pies á cabeza.

La presencia inesperada de Gabriel heló la sangre en sus venas.

El joven, avanzando un paso, dijo:

—No vengo á hablar con el caudillo Muley; vengo á recordarle pasadas historias al valenciano Roque.

—¿Qué dices?—preguntó el amante de Judit incorporándose en el diván con dificultad.—¿Acaso tú me conocías antes de ahora?

—Mucho. Y en verdad que no has podido elegir mejor camino que el que has tomado. Eres uno de los piratas más temibles de Argel. Hoy haces buen botín de riquezas; antes de renegar lo hacías de honras.

—¿Quién eres tú, que así osas penetrar en mi aposento en instantes tan críticos?

—El hombre que ha de servirte de juez.

—¡Tú!

—Yo,—respondióle Gabriel sin inmutarse.

—Reflexiona que puedo llamar, que acudirán en mi socorro, y que tu muerte es segura.

—¡La tuya sí que lo es, miserable!

Roque, al oir aquel duro calificativo, intentó de nuevo levantarse; pero faltáronle las fuerzas, y cayó desplomado sobre el diván.

El joven lanzó una estridente carcajada.

—¿Vienes á mofarte de mi agonía, infame?—preguntó el renegado.

—No sólo vengo con ese propósito, sino á acibararla más.

—¿Qué te he hecho yo? Por no tener motivo de resentimiento contra mí, ni siquiera te privé de libertad.

—Poco me importarían las ofensas que directamente hubieses hecho á mi persona: mi alma te las perdonaría.

—¡Entonces!...

—Pero no se trata de mí, sino de las que hiciste á otros.

—¿Luego eres defensor de causas ajenas?

—No; de las propias.

—No te comprendo.

—Me explicaré con más claridad.

—Habla, dime quién eres.

—¿Te acuerdas de tu paisano Francisco Fernández?

—¡Ah! ¡No he de acordarme de él!

—¿Y de Magdalena?

—También. ¡Pobre muchacha!

—Pues eran mis padres. ¿Comprendes ahora por qué gozo al presenciar tu agonía?

—¡Calla, calla, por Dios! ¡Todo me lo explico!

—No evoques ese sagrado nombre; tú renegaste de Él, no puede dispensarte su protección ni fijar en ti sus ojos misericordiosos.

—¡Es verdad! Dime qué fué de tu padre. Cuál ha sido el destino de Magdalena.

—Mi madre tuvo una hija, fruto de su desgracia y de tu insensatez.

—¿Una hija?—preguntó Roque.

Y sus pupilas se iluminaron.

Luégo preguntó:

—Y esa joven, ¿vive?

—Por su desgracia, pues es una de las mujeres más desventuradas.

—Lo creo. Francisco la odiaría con todo su corazón.

—Más generoso que tú, acogióla en su propio hogar, procurando inculcarla ideas de honradez y virtud.

Roque inclinó la cabeza.

Sentíase avergonzado.

Después una horrible sospecha cruzó por su mente.

—Dime,—preguntó,—¿acaso esa niña no siguió los consejos de Francisco y arrojóse al abismo de la impureza?

—Es un ángel. El único que ha tratado de prostituirla eres tú; tú, Roque, que has intentado hacerla tan desdichada como á su madre.

—¡Yo! No comprendo. Habla, por favor. Me siento muy malo.

—¿No recuerdas la hermosa cautiva á quien trataste de seducir?

—¡Ah! ¡Calla, calla! ¿Esa es mi hija?

—Esa es.

—¡Qué horror! ¡Y yo que he acariciado la idea de hacerla mi manceba!

—La divina Providencia es la que ha velado por la infeliz.

—Es cierto. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Me estremece el solo pensamiento de lo que hubiera podido ocurrir!

Y Roque cerró los ojos.

—Ahora voy á explicarte por qué me hallo aquí. Quiero que sepas de qué medios me he valido.

—Te escucho.

—Por Judit supe quién eras. Desde aquel momento he procurado hacerme dueño del corazón de la sultana.

Perderías el tiempo.

—No lo creas: esa mujer á quien adoras, te engaña. Es mi manceba, y te odia como te odio yo.

—¡Mientes, villano!

—Dos pruebas irrecusables poseo para que no dudes de lo que te digo.

—Dámelas pronto.

Yo lo exijo, yo lo ruego.

—Si ella no me amase, ¿cómo era posible que te hubiese abandonado en estos momentos, habiendo bastado para ello una ligera indicacion mía?

—¡Ah! ¡Es cierto! ¡Basta, basta! ¡No te goces en mi desesperación!

—Lo que siento es que muy en breve dejarás de sufrir.

—¿Por qué? ¿Por qué me dices eso?

—Judit, accediendo á mis deseos, te ha hecho beber un tósigo que en este instante corroe tus entrañas.

—¡Un tósigo!

—Cuyos efectos empiezas á sentir.

—¡Esto es horrible!

—Tan horrible como verdadero.

—Bien. Acepto la muerte como una justa expiación de mis faltas; pero ten compasión de mí, atiende á la súplica que va á hacerte un moribundo.

—¿Qué quieres?

—Que no te mofes de mi desgracia, que te alejes, y sobre todo que llames á mi hija; déjame que la vea un instante, que ponga mis labios en su frente una sola vez.

—Eso nunca. Tu beso mancharía su inmaculada inocencia.

—¡Por Dios!

—¡Cómo quieres que Dios te atienda, si renegaste de Él!

—¡Ah! Ya sabes que basta un instante de arrepentimiento para alcanzar su misericordia.

—Alcanzarás tal vez la suya, pero no la mía, ¡miserable!

—¡Ten piedad!

—¿La tuviste de mi pobre madre cuando la amenazaste con quitarme la vida si no accedía á tus torpes deseos?

—¡Calla, Gabriel, no me recuerdes aquella terrible escena!

—Quiero recordártela, quiero que la tengas muy presente.

—Llama á tu hermana: que venga. Quiero á mi muerte legarle cuanto poseo.

—No, procediendo de ti esas riquezas, es preferible que sea una pobre cautiva.

—No. A mi muerte la venderán en el mercado para que sea la esclava de un hombre grosero.

—Tú tienes la culpa, puesto que tus piratas nos han traído á este país.

—¡Compasión!

—No la tendré. Lo que siento es que la luz de tus ojos se apaga, que tus labios van perdiendo el color, que pronto serás un frío cadáver y cesarán tus sufrimientos.

—¡Gabriel!—exclamó Roque con voz ahogada.

—¡Renegado de Satanás, maldito seas!

Roque cerró los ojos.

Un ronco gemido escapóse del interior de su pecho.

Su agonía era espantosa.

Luégo extendió sus trémulas manos hacia el joven.

—Llama, llama á mis servidores,—dijo con voz apagada.

—¿Para qué?

—Te juro que no he de decirles lo que aquí ha pasado, que no han de imponerte ningún castigo. Tu venganza es justa, y la acato con resignación.

—Entonces, ¿para qué quieres que vengan?

—Para que sirvan de testigos, para que sepan que cuanto poseo pertenece á mi hija.

—No; quiero que mueras solo, como un miserable, como un perro.

Y Gabriel, al decir esto, sentóse en el diván que había enfrente al que ocupaba el moribundo.

Hubo un instante en que el joven, obedeciendo á los generosos impulsos de su alma, sintióse arrepentido de la cruel conducta que empleaba con Roque.

—Ya están vengados mis padres,—se dijo.—Después de todo, no debo oponerme á que Roque realice sus deseos, tanto más cuanto que redundan en beneficio de María. Esta será opulenta, y podremos volver á la casa de nuestros padres.

Gabriel se puso en pie.

—¿Accedes al fin?—le preguntó Roque.

—Sí; voy á buscar á tu hija.

—¡Ah! ¡Gracias, gracias!—murmuró el moribundo.—Haz que venga también el alfaquí Zoral.

—Poco me importa si deseas su presencia para hacerme traición.

—Yo te juro que no.

—De todas maneras, tú morirás. La ciencia no alcanza á salvarte.

Gabriel salió de la estancia.

Antes de ir en busca de su hermana, manifestó á uno de los servidores del caudillo el deseo que había expresado su señor de que buscasen al alfaquí.

Después dirigióse á la torre.

María, ajena por completo á lo que sucedía, hallábase asomada á una de las ojivas de su prisión.

—Sígueme, hermana,—la dijo Gabriel.—Vas á dar el primero y último abrazo al hombre que te engendró.

Una mortal palidez esparcióse por las mejillas de la joven.

Gabriel la explicó con la rapidez posible cuanto había pasado, aunque ocultándola que él había inducido á Judit á que envenenase á Roque.

—Vamos, no perdamos un instante,—dijo al terminar su narración.

Y apoderándose de una de las manos de la joven, salieron de la estancia para dirigirse á la del moribundo.

María estaba trémula de emoción.





CAPITULO XXXII

Nuevas complicaciones.



ARÍA y Gabriel penetraban un momento después en la habitación de Roque.

Este hallábase extremadamente pálido.

Sus ojos estaban inyectados.

Conocíase desde luégo que estaba sufriendo las más horribles torturas.

Sin embargo, al ver á la joven dibujóse en su rostro la alegría.

—¡Ven, hija de mi alma,—exclamó con voz débil,—dame un abrazo!

María obedeció.

Durante algunos momentos padre é hija permanecieron abrazados.

Era aquella una escena verdaderamente conmovedora.

Las lágrimas de la joven y del moribundo se confundieron.

—¡Perdóname, hija mía!—exclamó Roque.—¡He sido un infame!

—¡Padre!

—Sí. No trates de buscar justificaciones á mi conducta.

Y luégo, fijando sus ojos en Gabriel, le preguntó:

—¿Avisaste á Zoral?

—He dado orden á uno de tus servidores para que le avise.

—¡Quiera Dios que no llegue tarde!

Abrióse la puerta cuando el moribundo pronunció estas palabras, y penetró el anciano alfaquí.

—¿Qué ocurre, Muley?—dijo el sabio, aproximándose con el mayor interés á Roque.

—¡Me muero, Zoral!

El anciano quiso pulsar al enfermo, pero éste se negó á ello.

—¡Todo es inútil! No te he llamado para que intentes salvarme, pues es imposible.

—Entonces, ¿qué deseas?

—Confiarte un secreto y hacerte un encargo.

—Habla.

—Esta hermosa joven es mi hija.

Y al decir esto, designó á María.

—¿Tu hija?

—Sí. Es el fruto de una desventurada pasión que tuve en Valencia antes de renegar. Como comprendes,

quiero á mi muerte legarla cuanto poseo, para que regrese á su patria. Tú eres testigo de mi suprema voluntad.

—Descuida, Muley.

—Esto es lo que de ti deseaba. Ahora muero tranquilo.

Roque abrazó de nuevo á su hija.

Luégo sus ojos vidriados fijáronse en Gabriel.

En aquella mirada parecía solicitar su perdón.

El joven, no pudiendo disimular las emociones que sentía, volvió la cabeza á otro lado para que el moribundo no viese una lágrima que se desprendió de sus ojos.

Poco después Roque era cadáver.

Si grandes habían sido sus culpas, mayor fué el castigo que recibió.

La venganza de Francisco Fernández estaba cumplida.

Su hijo habíase encargado de ello.

María y Gabriel salieron de la estancia.

La primera, deshaciéndose en llanto.

El segundo, pálido y pensativo.

El alfaquí Zoral quedóse al lado del cadáver.

Levantóse el tapiz que cubría una puerta, dando paso á una mujer.

Era Judit.

Ésta había escuchado las últimas disposiciones de Muley.

Horrible fué la decepción que había sufrido su alma.

En vez de quedar dueña de las pingües riquezas del caudillo, iba á verse sumida en una situacion precaria.

Gabriel se había burlado de ella.

—¡Zoral!—dijo.

El alfaquí fijó sus ojos en la sultana.

—Sé lo que sucede,—prosiguió Judit;—pero debo advertirte que Muley ha sido sorprendido en los últimos instantes de su vida.

—No te comprendo.

—Esa cautiva no es su hija.

—¿Tienes pruebas que presentarme para acreditarlo?

—Una muy poderosa.

—Dímela, pues.

—Muley ha muerto envenenado, y una verdadera casualidad me libró de que á estas horas no sea tambien yo un cadáver.

—Explícate, Judit.

—Estaba acompañando á Muley como de costumbre; pidióme éste de beber, y esos cautivos á quienes distinguíamos con nuestra confianza y nuestro aprecio, nos dijeron que poseían un licor de cualidades excelentes. Muley bebió una copa; yo, quizás porque tenía un triste presentimiento, me negué á hacer lo mismo.

—¿Y ese licor?

—Hé ahí la vasija que lo contiene. Muley ha muerto envenenado.

—Pero ¿cómo es posible eso, y que luégo me haya dicho que esa joven es su hija?

—Porque se lo hicieron creer.

—Basta, Judit. Tratas de engañarme para que sean tuyas las riquezas de Muley, pero no lo conseguirás.

La sultana dirigió al alfaquí una sombría mirada.

Luégo exclamó:

—¿Conque dudas de mis palabras?

—Por completo.

—¿Y dirás á todos que esa cautiva era la hija de Muley?

—¡Es claro!

—Bien, anciano, mucho ha de pesarte.

Zoral se sonrió despreciativamente.

Entonces la hebrea acercóse al alfaquí.

Su delicada diestra empuñaba un pequeño puñal.

El anciano no observó este detalle.

La hebrea lo sepultó en el pecho del alfaquí con tal acierto, que le atravesó el corazón sin que el infeliz exhalase un suspiro.

Luégo la joven salió de la estancia, y cruzando largos corredores y extensas galerías, se detuvo junto á una puerta, y llamó.

—¿Quién?—preguntó desde adentro una voz varonil.

—Abre,—respondióle la sultana.

Giró la puerta, apareciendo en el umbral un hombre cuya tez era negra como el azabache.

Era un esclavo de Guinea.

—Te necesito,—dijo Judit.

—Ya sabes, sultana, que estoy á tus órdenes.

—Sígueme, pues.

El negro obedeció.

—No ignoro,—prosiguió la hebrea,—el odio que sientes hacia Muley.

—¡Yo!

—No trates de negarme la verdad, pues no he de imponerte castigo alguno.

El guineo miró á la hebrea con desconfianza.

—Muley ha muerto.

—¡Que ha muerto!

—Sí; y también Zoral.

—¡Ah viejo marrullero! ¡A ése sí que le odiaba con todo mi corazón!

—Es necesario que hagas desaparecer su cadáver.

—¿De qué manera?

—Como la noche está oscura, le descuelgas al jardín por medio de una cuerda.

—¿Y luégo le entierro?

—O le arrojas á la cisterna, cuya operación es más breve.

—Serás complacida.

—En cambio de estos servicios te prometo una buena recompensa en oro, y la libertad.

—No hablemos una palabra más, sultana.

—¿Confío en tu silencio?

—Descuida.

El guineo penetró en la estancia en que hallábanse los dos cadáveres.

Rodeó con una cuerda la cintura del alfaqui.

Luégo asomóse á la ojiva.

Cuando adquirió la certeza de que nadie se hallaba en el jardín, descolgó por la ventana el cuerpo de Zoral.

Este hallábase en tierra un instante después.

Entonces el negro descolgóse también.

Una vez en el parque, echóse sobre el hombro el cadáver con una facilidad extraordinaria, corriendo luégo hacia la cisterna.

Judit, impávida, contemplaba aquella escena desde la ojiva.

Cuando volvió el guineo le dijo la sultana, poniendo en sus manos un bolsillo lleno de oro:

—Toma. Ya sabes que eres libre.

Desgraciado de ti si revelas lo que ha sucedido esta noche.

El negro salió de la estancia.

En cuanto á Judit, dirigióse á otro aposento y llamó á su doncella Cora.

—Vé á la torre y dile al cautivo Gabriel que le espero.

La joven obedeció.

Impulsos sintió Gabriel de no acceder á los deseos de Judit; pero reflexionando que á ella debía el haber-

se vengado del seductor de su madre, decidióse á complacer á la sultana.

Pocos instantes después penetraba en el aposento de la hebrea.

—Estás complacido,—dijo la joven.—Muley ha muerto. Ahora nada se opone á nuestra ventura. Somos opulentos. Todo lo que nos rodea nos pertenece.

—Judit,—dijo Gabriel,—¿ignoras cuáles han sido las últimas disposiciones de Muley?

—¿A qué te refieres?

—Muley ha dejado á mi hermana por heredera de todos sus bienes.

La hebrea se sonrió.

—No lo creas. Eso es imposible.

—El alfaquí Zoral es testigo.

—Si Zoral lo afirma, no tengo inconveniente en que todos los bienes del que fué mi esposo le pertenezcan á tu hermana, por más que siempre afirmó Muley que serían míos á su fallecimiento.

—El alfaquí te lo dirá; pero no creas que por eso has de quedarte en la indigencia; por el contrario, este palacio será tuyo.

—¿Y viviremos en él?

—No, Judit. Yo parto á Valencia.

La hebrea dirigió á su amado una mirada sombría.

—¿Conque es decir que me obligaste á cometer un crimen para satisfacer tu ruin venganza, y ahora quieres abandonarme? Está bien; pero no conseguirás

que se realicen tus sueños de oro. Eres un infame; pero el castigo que recibirás será cruel.

El joven guardó silencio.

En cuanto á Judit, después de dirigirle una nueva mirada más despreciativa que la primera, salió del aposento.

Gabriel permaneció pensativo.

—Esta mujer es capaz de todo. Procuraré prevenirme contra ella. ¿Qué puede hacer? Nada absolutamente. El alfaquí cumplirá el encargo de Roque, y mi hermana y yo regresaremos á Valencia.

Gabriel, haciéndose estas consideraciones, dirigióse hacia la estancia en que esperaba María.

—No conviene dejarla sola,—pensó el joven.—Judit es capaz de cometer con mi pobre hermana cualquier crueldad.

María esperaba á Gabriel con impaciencia.

En el interior del palacio advertíase un gran movimiento.

Toda la servidumbre conocía ya la inesperada muerte del caudillo Muley.





CAPITULO XXXIII

La separación.



ABRIEL no quiso precipitar los sucesos.

Hallábase plenamente convencido de que el alfaquí Zoral haría constar ante los servidores del difunto Muley que María era la única heredera de todos sus bienes.

Esperó, pues.

Transcurrieron dos días sin que abandonase la torre; pero extrañando que nadie fuese en su busca, decidióse á salir de la prisión.

El guardián que estaba junto á la puerta se lo impidió, presentándole su encorvada gumía y pronunciando esta sola palabra:

—¡Atrás!

—¿Qué dices?—preguntóle Gabriel.—Antes de morir el caudillo no te oponías á dejarme el paso libre.

—Pero ahora he recibido órdenes contrarias.

—¿De quién?

—De la sultana Judit.

—En ese caso, dile á la sultana que deseo hablar con ella.

—Cumpliré tu encargo, aunque no es ésa mi obligación.

Gabriel, profundamente contrariado, penetró de nuevo en la estancia.

El guardián aseguró la puerta corriendo el cerrojo, y luégo dirigióse á las habitaciones de la hebrea.

En la antecámara había dos doncellas.

—Cora,—dijo el moro,—el cautivo que se halla en el minarete que guardo, me ha expresado su deseo de hablar con la sultana.

—Espera un instante.

Y Cora, después de dar esta respuesta, penetró en el aposento de Judit.

La hebrea, según su costumbre, hallábase tendida en un diván.

Al sentir el rumor que produjeron los pasos de su doncella, fijó en la joven sus soñolientos ojos.

—¿Qué deseas?

—Sultana,—respondióle la interpelada,—el cautivo que se halla en la torre desea verte.

—Pero ¿ha salido de su prisión?

—No. Te hace ese ruego por conducto de su guardián.

Judit quedóse algunos momentos silenciosa.

Era indudable que reflexionaba.

Luégo dijo:

—Autoriza al guardián para que el cautivo salga de la torre, y que le acompañe hasta aquí.

—Perfectamente. ¿Mandas alguna otra cosa?

—Nada más.

Cora cumplió la orden de Judit.

Pocos instantes después, Gabriel penetraba en el aposento de la hebrea.

—Judit,—la dijo,—vengo para hacerte una súplica.

—¿Qué deseas?

—En el transcurso de dos días que han pasado desde el fallecimiento de Muley, no he querido ocuparme de hacer que prevalezca el derecho de mi hermana.

—Ese derecho no existe.

—Bien te consta que sí.

—Por el contrario, estoy convencida de que tratas de usurpar unos bienes que son exclusivamente míos.

—¡Judit!

—Desiste, por lo tanto, de hacer gestiones para conseguir tu objeto, pues serán completamente inútiles.

—Tal vez no.

—¿De qué medios vas á valerte?

—Reclamaré justicia.

—Y te exigirán un testigo. No han de dar crédito á tus palabras sin él.

—Le tengo.

—El alfaquí Zoral, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues búscale, y siempre que él afirme que la última voluntad de Muley fué que sus bienes fueran para su hija, yo no me opongo á que se os entreguen inmediatamente.

—Déjame que vaya á buscarle.

—Acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Que tu hermana se quede en rehenes.

—Puedes estar segura que volveré dándote mi palabra.

Gabriel salió del palacio.

A cuantas personas preguntó por el alfaquí dijéronle no haberle visto.

Tampoco pudieron consignar las señas de su domicilio, pues Zoral habitaba ordinariamente en el desierto, y había estado de paso en Argel.

—No cabe duda,—exclamó el joven,—Judit habrá dispuesto que encierren al alfaquí para que no declare. Quizás le hayan asesinado.

El joven volvió al palacio.

Comprendiendo que no conseguiría ablandar el corazón de la hebrea, decidióse á recurrir á medios extremos.

A este fin dirigióse á uno de los capitanes piratas que más distinguía Muley.

—Capitán,—le dijo,—mi hermana es víctima de una infamia incalificable.

—Habla, cautivo,—respondió el sarraceno,—que no por tu triste situación ha de negársete justicia si la mereces.

Gabriel refirióle al capitán cuanto había sucedido.

—¿Tienes pruebas para acreditar que eso es cierto?

—Sí. Que busquen á Zoral. Él os confirmará lo que acabo de deciros.

El capitán hizo gestiones para encontrar el paradero del alfaquí.

Fueron completamente inútiles.

Entonces dirigióse á la estancia de la hebrea.

—Judit,—la dijo,—un cautivo te acusa de haberte hecho dueña de unos bienes que, en su concepto , no te pertenecen.

—Sé de lo que vas á hablarme, y sólo tengo que hacerte un encargo.

—¿Qué deseas, sultana?

—Deseo que la cautiva sea conducida mañana mismo al mercado. Es hermosa, y ofrecerán por ella una buena suma.

—Serán cumplidos tus deseos.

—Y en cuanto al cautivo, que le quiten la vida por impostor.

El capitán salió de la estancia.

Al siguiénte día, apenas amaneció, penetraron en la torre donde hallábanse María y Gabriel dos esclavas de la sultana.

Estas se aproximaron á la joven.

—Quítate ese traje,—la dijeron.

—¡Yo!

—Sí; vamos á ponerte otro del país, para que estés más hermosa y encuentres un amo.

—Pero ¿qué dicen estas mujeres, Gabriel?—preguntó María.

—No las comprendo.

—Pues es fácil de comprender. Hoy esta joven irá al mercado para ser vendida.

—¡Vendida mi hermana!—exclamó Gabriel apretando los puños con crispación nerviosa.

—Esa es la orden que hemos recibido.

—¿De quién?

—De la sultana Judit.

—¡Basta, miserables! ¡Salid inmediatamente de este aposento, si no queréis que os estrangule!

Las esclavas retrocedieron.

Luégo alejáronse de la estancia para comunicarle á Judit lo que les había sucedido.

La altiva sultana se encolerizó.

—Os he dicho que esa joven sea llevada al mercado: que aten, pues, al cautivo, y vestidla de un modo conveniente.

La orden de Judit fué ejecutada al pie de la letra.

Cuatro esclavos negros como el azabache y fuertes

como Hércules presentáronse en la prisión de los dos hermanos.

Gabriel lanzó un sordo gemido.

No pudo, sin embargo, evitar que le sujetaran aquellos hombres.

En cuanto á María, débil era para oponer resistencia.

Las doncellas pusiéronla, pues, con extraordinaria facilidad un tocado puramente oriental.

La joven estaba hermosísima.

Su extremada palidez contribuía á aumentar sus encantos.

Una vez que las esclavas concluyeron su transformación, hicieron salir de la torre á la desgraciada.

María dirigió sus ojos á Gabriel.

Hallábanse húmedos por el llanto.

Cuando el joven quedóse solo, dió rienda suelta á su desesperación.

—¡Esto es horrible!—exclamó mesándose los cabellos.—Reducen á mi hermana á la condición de una bestia, y no hay medio para evitarlo.

Estas consideraciones hacíase Gabriel cuando presentóse en la estancia el capitán á quien poco antes había pedido justicia.

—Vengo á cumplir un triste deber,—dijo el musulmán.

—Habla. Poco me importa lo que me digas, por grave que sea.

—Mañana dejarás de existir. Has sido condenado á muerte.

Una amarga sonrisa dibujóse en los labios de Gabriel.

El capitán miróle con asombro.

Jamás había visto una indiferencia tan glacial.

—¿A eso le llamas una triste nueva?—exclamó el joven.—Al contrario, la muerte es la única solución que puede libertarme de los muchos padecimientos que afligen mi alma.

El capitán abandonó el aposento.

———

Aquella noche Gabriel no pudo conciliar el sueño.

Y no era que le espantase la idea de morir al siguiente día.

Por el contrario, había sido sincero al asegurar que deseaba el descanso eterno.

—¡Pobre hermana mía!—decíase.—¡Sabe Dios lo que habrá sido de ella á estas horas!

Estas reflexiones hacíase Gabriel, cuando de pronto interrumpióse el silencio de la noche.

Un grito de guerra fué repercutiéndose de habitación en habitación.

Por todas partes oíanse choques de aceros.

El joven se asomó á la ojiva.

Aunque la noche estaba muy oscura, vió que rodeaba el palacio una numerosa multitud.

Los soldados de Alí, queriendo vengar la derrota que algún tiempo antes habíales ocasionado el difunto Muley, habían sorprendido á los servidores de la hebrea.

En vano quisieron éstos hacer una formal resistencia.

Era imposible contener la avalancha.

Alí, al frente de los suyos, penetró en el palacio, sembrando por doquiera el exterminio y la muerte.

Unos cuantos soldados llegaron á la torre.

El guardián de ésta cayó mortalmente herido por un terrible tajo que recibió en la cabeza.

Gabriel consideró que había llegado el instante de morir.

Pero se equivocaba.

Al verle los enemigos de Muley con fuertes esposas en las manos, comprendieron que era un cautivo.

—¡No le matéis! —exclamó el que capitaneaba la turba.—Es posible que ofrezcan por él un buen rescate.

Estas palabras bastaron para librar al joven de una muerte segura.

Algunas horas después era conducido con otros cautivos á la soberbia morada del poderoso Alí.





CAPITULO XXXIV

Proyectos de fuga.



SOBERBIA era la morada del poderoso Alí.

Si bien es verdad que el renegado Muley había vivido como un sibarita en medio de los esplendores del lujo oriental, no podía establecerse comparación entre sus grandezas y las que rodeaban al caudillo vencedor.

Gabriel quedóse absorto en presencia del palacio del musulmán.

Era un vasto edificio de severa arquitectura.

Hallábase rodeado de magníficos jardines, donde se aspiraba un ambiente saturado de aromas, mientras halagábase el oído con los gratos murmullos del agua

que por doquiera que tendiese la vista elevábase en caprichosos juegos y artísticos surtidores.

En aquella morada regia vivía Alí, uno de los más opulentos caudillos de Argel y de los más respetados y queridos.

Nadie practicaba tan bien como el musulmán esa hospitalidad árabe tan decantada como verdadera.

Alí vivía con una sola esposa.

Para ésta eran todas sus miradas y todos sus halagos.

Cierto que la gentil Zobeida poseía una de esas bellezas meridionales, suficiente á hacerse dueña del corazón del hombre menos apasionado.

Alí la adoraba.

El caudillo de que nos ocupamos fué desde aquel día el amo de Gabriel y uno de sus capitanes piratas el que se apoderó algún tiempo después de nuestro protagonista don Juan de Zúñiga.

Fáltanos decir á nuestros lectores por qué Gabriel continuó al lado de Alí, llegando á ser una de las personas de su confianza.

El caudillo además de Zobeida tenía otra pasión.

Esta pasión era la de la caza, heredada desde sus primeros años de su anciano padre Abul Cazín.

Tres días después de asaltar el palacio de Muley, Cazín dijole á su hijo:

—Es necesario que festejemos el buen resultado que alcanzamos en el combate.

—Perfectamente,—respondióle Alí.—Dispondré que

las esclavas de Zobeida nos diviertan con sus canciones y sus danzas.

—Eso es poco.

—Haré también que se iluminen los cármenes y las fuentes.

Aun hizo Cazín muestras de descontento.

—¿Qué queréis entonces, padre?—preguntóle el caudillo.

—Sé que el difunto Muley era dueño de uno de los bosques próximos, donde se encuentran multitud de fieras y alimañas.

—¿Luego deseáis que festejemos nuestra victoria con una cacería?

—¿De qué modo hemos de hacerlo mejor?

—Es cierto.

—La caza es la imagen de la guerra. Sabes que una y otra fueron siempre mi pasión.

—Serás complacido, padre.

—Sabía que no habías de oponerte á mi deseo.

—¿Vendrá Zobeida con nosotros?

—No me parece lo conveniente. Va á ser la expedición demasiado ruda. Mientras nosotros cazamos, ella puede dedicarse á preparar sus esencias y cuidar sus flores.

—Muy bien, padre.

—Los cautivos de que nos apoderamos en el palacio de Muley nos servirán de ojeadores.

—¿Con qué objeto? ¿Acaso no nos bastan con los muchos que tenemos nosotros?

—De sobra; pero á fin de dar cierta variación y amenidad á la cacería, ofreceremos á los que mejor se porten que han de quedar en tu servidumbre en vez de ser vendidos en el mercado.

—No me opongo, – respondió Alí.

Al siguiente día advirtióse en los alrededores del palacio del caudillo un gran movimiento.

Una docena de potros ricamente enjaezados sacudían sus crines y relinchaban, mostrando de esta manera la impaciencia que sentían por partir.

Los perros, perfectamente atraillados, aguardaban el momento de que les diesen libertad.

Como la expedición debía durar algunos días, veíanse cuatro camellos cargados con abundantes provisiones y tiendas de campaña.

Muchos, al ver aquellos preparativos, creían que Alí se disponía á cruzar el desierto.

Empezaba á amanecer, cuando el caudillo y su padre, acompañados de algunos amigos, salieron del palacio, y montando en sus respectivos corceles, aventuráronse hacia el bosque.

Seguíalos un buen número de servidores.

Entre estos últimos iba Gabriel.

El joven caminaba con los ojos fijos en la tierra.

Hasta entonces había sufrido con resignación la cautividad.

Lo único que preocupábale era ignorar el paradero de su hermana María.

¿Qué era de la pobre joven?

Indudablemente vendiéronla en el mercado.

Pero ¿quién era su dueño?

¿De qué modo había de valerse para encontrarla?

¿Acaso no era un pobre cautivo, y hallábase, por lo tanto, incapacitado de hacer gestiones para hallar su paradero?

Estas ideas atormentaban á Gabriel.

Dos horas después de haber salido del palacio, los cazadores penetraban en un espeso bosque.

Las águilas, al sentir el rumor que producían los expedicionarios, elevaban su vuelo lanzando broncos y salvajes graznidos.

Generalmente los moros verifican sus cacerías yendo juntos.

Sorprendióse, por lo tanto, Gabriel viendo que Abul Cazín designó varios puntos para que los ocupasen sus acompañantes; esto es, que la cacería debiera realizarse en igual forma que la que empleamos los europeos.

Cuando cada cual estuvo en su sitio, dióse orden á los cautivos para que empezara el ojeo.

Hubo unos instantes de verdadera confusión.

Rastreaban los perros, discurriendo en todas direcciones con el hocico junto á la tierra.

Los ojeadores, provistos de varas, golpeaban los arbustos y los chaparros, lanzando al mismo tiempo voces estridentes.

Sólo los cazadores permanecían inmóviles y silenciosos, esperando el momento que apareciese la res.

Abul Cazín parecía una estatua.

Con su nerviosa diestra empuñaba una terrible espingarda, dispuesto á hacer fuego sobre el montaraz cuadrúpedo que apareciese.

Este no se hizo esperar.

Un terrible jabalí, con el belfo remangado, mostrando sus poderosos colmillos, abandonó la espesura del jaral.

—¡Ahí va!—gritó Gabriel.

Abul disparó.

El jabalí, al verse acosado por los perros, habíase detenido junto al tronco de un árbol.

Sus ojos despedían vivas fosforescencias.

Al descubrir al anciano musulmán lanzóse sobre él sin darle tiempo para desnudar su gumía.

Iba el jabalí á rajarle con su poderoso colmillo, cuando Gabriel, que presenciaba aquella escena á corta distancia, desnudando su cuchillo, arremetió contra el terrible animal.

Tan rudo fué el golpe, que el jabalí cayó en tierra.

—¡Bravo, muchacho!—exclamó Cazín.—Me has salvado la vida.

—Señor, —respondióle modestamente nuestro protagonista, —no he hecho más que cumplir con mi deber.

—Yo no te conozco. Debes, por lo tanto, ser uno de los cautivos cogidos á Muley.

—Es verdad.

—¿Cómo te llamas?

—Gabriel.

—¿Eres cristiano?

El joven hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Pues es necesario que reniegues de tu religión. Desde este instante recibes el nombre de Amet, y de hoy en adelante serás uno de los servidores de mi confianza.

Con efecto, Cazín cumplió su palabra.

Refirióle á su hijo Alí lo valerosamente que aquel joven habíale salvado la vida; y á Amet el renegado, en vez de tratársele como á un cautivo, se le guardaron las consideraciones que se merecía.

Gabriel no pensó en fugarse.

Muchas veces recordaba á sus queridos padres y su casa de Valencia.

Hasta sintió los efectcs de la nostalgia.

Sin embargo, ¿cómo había de alejarse de Argel mientras no conociese el paradero de su hermana María?

Además, era tal la confianza y el afecto que Alí había depositado en el joven, que en manera alguna

hubiérale consentido que se separase de él partiendo á su país.

Esta es la historia que Amet refirióle á nuestro protagonista don Juan de Zúñiga.

Zúñiga guardó silencio algunos instantes.

Después, fijando en el joven sus negros ojos, le dijo:

—En medio de todo, la suerte no ha dejado de favorecerte. ¡Cuántas calamidades mayores que las que acabas de referirme habrán tenido que lamentar otros cautivos!

—Desde luégo. Y hoy estaría perfectamente, á no atormentarme el recuerdo de mis padres y el desconocimiento de dónde estará mi hermana.

—No creo difícil que averigüemos lo segundo.

—Decidme, don Juan, ¿es verdad lo que antes me asegurasteis? ¿Ciertamente gozáis de la protección del demonio?

—Es tan verdad,—respondió Zúñiga sonriendo,—que no tengo deseo que no se realice.

—¡Ah! ¡Si vos quisieseis hacer gestiones para encontrar á María!

—Las haré.

—¿De veras, don Juan?

—Te lo prometo, con una sola condición.

—Cuantas queráis.

—Es necesario que huyamos de aquí.

—Huiremos.

—¿Con qué medios cuentas para conseguirlo?

—Alí, como ya os he dicho, me distingue con su confianza desde el día que salvé á su padre.

—¿Luego sales de aquí siempre que te place?

—Siempre.

—¿Tendrás armas con que defendernos?

—Cuento con una pistola y una gumía.

—Bastan para que podamos vender cara nuestra existencia en caso necesario.

—También puedo proporcionaros un alquicel para que os sirva de disfraz.

—¿Cuándo partimos?

Amet dirigió una mirada á la ojiva.

Por ella penetraban los primeros destellos del día.

—Está amaneciendo,—dijo.—Como comprendéis, sería una temeridad que ahora hiciésemos tentativas para lograr nuestros deseos.

—¿Y esta noche?

—Eso ya es distinto.

—Bien, Amet; lo aplazaremos entonces para la noche.

—¡Ah! Confío en que habéis de cumplirme vuestra promesa, y que encontraremos á mi pobre hermana.

—No lo dudes.

—Y ahora, á fin de no despertar sospechas, voy á dejaros solo. No sabéis lo maliciosos que son los moradores de este palacio. Si nos viesen hablar, es seguro que sospecharían lo que intentamos.

El renegado Amet abandonó la prisión de don Juan.

Este quedóse pensativo.

—¡Cuánto deseo que llegue la noche!—exclamó.

Y luégo dijo:

—Gracias á mi protector Satanás, que ha puesto en mi camino al bueno de Amet, he de conseguir verme lejos de estas cuatro paredes, gozando de nuevo de la libertad más absoluta.

Don Juan sintió pesadez en los párpados.

Cierto que oyendo la historia de Gabriel no había dormido en toda la noche.

Antes de dormirse cruzaron, sin embargo, por su mente multitud de pensamientos.

—Es necesario encontrar á la hermana de Amet; pues aunque mi protector sea el demonio, ese pobre joven ha sido en esta ocasión el intermediario que ha empleado para que yo consiga mi libertad. Una vez que se conozca el paradero de María, iremos en su busca, arrebatándola á su opresor, aunque éste sea el caudillo más poderoso de Argel.

El joven estregóse las manos con satisfacción.

Luégo prosiguió:

—Después emprenderemos el viaje á España, viaje que ha de agradarme sobre manera, por los muchos incidentes que tendrá. ¿Y Antonio?—preguntóse, acordándose de su criado.—¿Habrá regresado á España?

Mal lo ha de haber pasado sin mí. Posible es que haya muerto de miedo ó de una indigestión; pues á pesar de lo mucho que me quiere, paréceme que mi ausencia no le habrá privado de su característico apetito. ¡Pobre hombre! Algunas lágrimas habrá derramado creyendo que he muerto. ¡Como si esto fuera posible mientras Satanás continúe dispensándome su alta influencia!

Zúñiga llevóse la mano á los labios para ahogar un bostezo.

—¡Demonio! ¡Qué noche he pasado! Oyendo la historia de Gabriel, no acordéme de lo esencial, que es descansar. Afortunadamente hasta que llegue la noche no es posible que salgamos. El sueño será un pretexto para que pasen algunas horas sin sentir.

Don Juan tendióse en el banco.

—¡Ah qué perfectamente me hallo! No hay sitio que parezca incómodo cuando hay verdadero sueño. Buscaremos á María, y luégo... á España. ¡Ah! ¡Qué deseos tengo de ver á Adelina, y cuán inquieta estará pensando en mí!

Zúñiga cerró los ojos.

Poco después su acompasada respiración indicaba que hallábase profundamente dormido.





CAPITULO XXXV

La fuga.



UALQUIERA otro hombre que no fuese don Juan de Zúñiga no hubiese podido conciliar el sueño; muestra inequívoca de tranquilidad en unas circunstancias como en las que hallábase nuestro protagonista.

Sin embargo, cuando despertó era una hora bastante avanzada de la tarde.

Zúñiga abandonó el banco.

Luégo se aproximó á la ventana.

La tarde estaba hermosa.

Ni una nube alteraba la diafanidad del cielo.

Esto contrarió á don Juan.

—Más hubiese querido,—exclamó,—que estuviera

nublado, pues esta circunstancia hubiera favorecido nuestro plan; pero de todas maneras, mi protector se encargará de evitarme cualquier disgusto que surgir pudiese.

Poco antes de anochecer abrióse la puerta, dando paso al renegado.

Zúñiga dirigióle una mirada.

—¿Estáis dispuesto á partir?—preguntó el joven á nuestro protagonista.

—Desde luégo. No soy hombre que cambio fácilmente mis resoluciones.

—Lo celebro infinito.

—¿Y el alquicel que me prometiste?

—Ahora os lo traeré, así como la gumía y la pistola.

—Me basta con la segunda. Justo es que no vayas á quedarte inerme, por lo que pudiera ocurrir.

—Perfectamente, don Juan.

Amet salió de la estancia.

En los ojos de Zúñiga advertíase la mayor alegría.

No pasaba siquiera por su imaginación el temor de que se destruyesen sus planes.

Por el contrario, estaba seguro de alcanzar un buen éxito.

—Haremos,—decíase,—cuanto se pueda por averiguar el paradero de la hermana de Gabriel. Y una vez en nuestra compañía, regresaremos á España. Este país no me satisface; creí encontrar en él una

dilatada serie de aventuras, pero me he equivocado por completo.

Estas reflexiones hacíase Zúñiga, cuando abrióse de nuevo la puerta del aposento.

Gabriel penetró llevando un pequeño lío.

—Hé aquí lo que necesitáis, —dijo el renegado.— Estad dispuesto, pues ya es de noche y tardaremos poco en emprender la fuga.

—Al instante.

Don Juan se puso el blanco alquicel y un turbante.

Parecía un pirata argelino.

—¿Qué tal? —preguntóle al renegado.

—Muy bien. Tenéis un tipo puramente oriental.

—¿De modo que no me detendrán en la puerta del palacio?

—Paréceme que no. Es posible que os crean algún caudillo que ha venido á visitar á Alí.

Una sonrisa dibujóse en los labios de don Juan al oir estas palabras.

Luégo apoderóse de la pistola.

—¿Supongo que estará cargada? —preguntó.

—Sí, señor; y además ahí tenéis pólvora y balas en esa bolsita.

—Eres un hombre previsor.

—Las vicisitudes me hacen serlo.

—¿Vamos?

—Esperad, don Juan; antes conviene inspeccionar el campo.

—¿Para qué?

—La precipitación no es buena. Un detalle, por insignificante que sea, destruye á veces las empresas mejor dispuestas.

—No te detengas, pues ya es completamente de noche.

—Y aun no ha salido la luna.

—Mejor.

—Desde luégo.

—Lo que siento es no poder contar con un par de caballos.

—¡Déjalo! Somos jóvenes, robustos y bien podemos andar unas cuantas leguas.

—No muchas, pues el camino que hemos de seguir es malo.

—¿Matorrales?

—Es preciso que nos internemos en un bosque.

—¡Bah! Yo creo que por espeso que sea, ya encontraremos manera de no extraviarnos.

—Eso desde luégo. Conozco bien la localidad.

—Pues es lo preciso.

Amet alejóse de la estancia.

Durante la media hora que Zúñiga estuvo esperándole, apenas pudo reprimir su devoradora impaciencia.

—¡Qué pesadez!—exclamaba hiriendo con su planta el pavimento.—Si no fuese porque ese pobre hombre me ha sido simpático, emprendía la fuga ahora mismo. Pero esto no sería justo; fuerza es esperarle.

Amet se presentó.

—Cuando queráis,—díjole á Zúñiga.

—¿Reconociste el terreno?

—Dos esclavos guardan la puerta.

—Pocos son; en último caso...

Y don Juan interrumpió la frase designando la culata de su pistola.

—No,—dijo Amet,—de ningún modo, á la detonación estaríamos irremisiblemente perdidos.

—¿Porque acudirían los servidores de Alí?

—¡Es natural!

—Todos sus esfuerzos serían inútiles, pues son impotentes para entablar una lucha con mi protector.

Amet, al oir estas palabras, dirigió á Zúñiga una mirada de asombro.

Aquel hombre parecía sobrenatural.

Ambos se aventuraron por la escalera.

Don Juan caminaba impasible.

Jamás abandonábale su imperturbable sangre fría.

En el zaguán oíanse los pasos de los esclavos.

—Pasaré primero,—dijo Amet.

—Como quieras,—respondióle el joven.—Me es completamente lo mismo.

En aquel instante, el corazón del renegado latía como si quisiera abandonar su pecho.

Sin embargo, el plan estaba perfectamente fraguado.

Los esclavos le reconocieron, no oponiéndose á su salida, como tampoco á la de don Juan, á quien creyeron un amigo del poderoso Alí.

Cierto que no contribuyó poco á este buen resultado la imperturbable calma de Zúñiga.

En su paso al cruzar por delante de los criados no advirtióse la más mínima vacilación.

Sus negros ojos fijáronse con glacial indiferencia en aquellos dos hombres que paseábanse de derecha á izquierda del aposento con sus cortantes yataganes apoyados en los hombros.

Apenas hubieron repasado la puerta, Amet le dijo á su compañero:

—Ahora conviene acelerar el paso.

—¿Para qué?

—Si la fatalidad hace que entren en la estancia que ocupabais...

—No hay que temerlo. Veo que los años que has permanecido aquí te hacen creer en la fatalidad, enemigo terrible de las imaginaciones musulmanas.

—¿Acaso vos no creéis en ella?

—Yo sólo creo en la buena estrella de los hombres.

—¡Dichoso vos! ¡Bien se conoce que habéis sido muy feliz!

—No puedo quejarme. Además, en la ocasión presente no hay nada que temer. La persona encargada de guardar la puerta de mi prisión eres tú. ¿Quién ha de acordarse del pobre cautivo? Hasta mañana que adviertan tu ausencia, no han de notar nuestra desaparición, y para mañana, sabe Dios dónde estaremos.

Estas razones convencieron á Amet.

Poco antes de llegar al bosque apareció en el cielo la luna.

—¡Qué hermoso es todo esto!—dijo Zúñiga entusiasmado.

—Sobre todo, —respondióle Gabriel, —cuando se admiran los esplendores de la naturaleza disfrutando de libertad.

—¡Ya lo creo!

Y penetraron en la espesura.

Era un bosque maravilloso.

Los árboles enlazaban su ramaje, formando una bóveda de esmeralda.

A través de ésta penetraban los melancólicos rayos de la luna.

Zúñiga se paró.

—¿Adónde nos dirigimos?—preguntó á su acompañante.

—Si os parece, iremos en busca de un alfaquí á quien conozco mucho.

—¿Tienes esperanzas de que nos proporcione alguna noticia de tu hermana?

—Es posible.

—En ese caso, no hay inconveniente.

—Yo siento alterar vuestros planes, que serían emprender el viaje de regreso á España; pero no os seguiré hasta encontrar á María.

—Eso hemos convenido, y soy esclavo de mi palabra.

—Sin embargo, si queréis, os relevo de ella. No es justo que por mí torzáis vuestra voluntad.

—Calla, Amet. Juntos hemos salido del palacio de Alí, y de igual modo hemos de llegar á España.

Esta respuesta, dada con firmeza, satisfizo por completo al renegado.

—¡Gracias, don Juan!—exclamó.

—Yo soy quien debe dártelas. Y ahora, si quieres, continuemos la marcha.

—Desde luégo.

—¿Vive muy lejos el alfaquí de que me hablaste?

—Bastante.

—Bien; no importa.

Y continuaron andando.

Amet no había ponderado al manifestar que era molesto el viaje por aquel lugar.

A veces el bosque estaba tan espeso, que el joven necesitaba apelar á su gumía para abrirse paso.

Otras el terreno era pantanoso, y hundíanse los pies de los viajeros.

Por fortuna Amet conocía bien la localidad. De otro modo, tal vez hubiesen hallado la muerte en las profundas lagunas que, cubiertas de algas, parecían apacibles praderas.

Dos horas después el bosque fué haciéndose más transitable.

El reino vegetal dejaba paso al mineral, y halláronse rodeados de gigantescas rocas.

—Ahora es cuando empieza el verdadero peligro,—dijo Amet.

—¿Por qué? La noche está clara: no creo, por lo tanto, que nos despeñemos.

—No me refiero á eso.

—Entonces...

—Este terreno está poblado de fieras.

—¡Bah! ¡Y te infunden pavor!

—¡Pardiez! ¡No he visto un hombre que tema menos toda clase de peligros!

Sonrióse Zúñiga, y seguido de Amet, aventuróse por aquellas agrias asperezas.





CAPITULO XXXVI

Una aventura en el bosque.



ocos instantes después ocultóse la luna detrás de un espeso celaje.

Los viajeros quedáronse envueltos en la oscuridad.

El monte estaba aterrador.

De vez en cuando interrumpía el silencio de la noche un sonido estridente.

Era una carcajada.

Zúñiga se detuvo.

—¿Qué es eso?—preguntó á su acompañante.

– Es la risa de las hienas.

—¡Pardiez! ¿Sabes que esos animales se ríen como si estuviesen burlándose de nosotros?

—¿No las habíais oído nunca?

—Nunca. Esta es la vez primera que visito Africa.

—¿No os parece conveniente que nos sentemos hasta que la luna vuelva á brillar?

—Como quieras. El terreno es malo, y si tropezásemos y cayésemos, nos exponíamos á fracturarnos una pierna.

Zúñiga y Gabriel sentáronse sobre una roca.

El calor no era muy sofocante, pues hacía algún viento.

—No creáis que me agrada mucho este vientecillo, —dijo el renegado.

—¿Teméis que se convierta en huracán?

—Nada más fácil, pues estamos en la localidad de los vientos.

—El terrible *simoun*.

—Y el *hermatón*, como lo denominan los hijos del Occidente.

Don Juan y Amet guardaron silencio algunos instantes.

La nube que habíase interpuesto entre la luna y la tierra avanzaba por el firmamento, y poco después permitía que el astro brillase de nuevo.

Entonces los fugitivos emprendieron nuevamente la marcha, y penetraron en otro bosque.

Apenas habían dado por él algunos pasos, cuando ambos detuviéronse.

Hallábanse delante de un cuadro verdaderamente pavoroso y desolador.



En aquel momento disponíase á clavar su poderosa garra

Una joven estaba tendida en tierra.

A corta distancia hallábase un anciano musulmán, que no parecía dar señales de vida.

Junto á éste había un camello muerto con los intestinos fuera.

Pero lo verdaderamente pavoroso era un león de poblada melena y brillantes pupilas que en aquel momento disponíase á clavar su poderosa garra en el seno de la joven.

El felino, al oir el rumor de los pasos de Zúñiga y Amet, levantó la cabeza, fijando sus fosforescentes ojos en los viajeros.

Don Juan, aprovechando aquel instante, montó su pistola, y comprendiendo que no podía detenerse ni un momento, disparó sobre la fiera.

Tan acertado estuvo, que el proyectil penetró por la boca del león, que al sentirse mortalmente herido, dió un salto, desviándose de la víctima á quien amenazaba.

Zúñiga arrancó de las manos de Amet la gumía, y con un arrojo extraordinario lanzóse sobre la fiera, que se revolcaba en su sangre, atronando el bosque con sus espantosos rugidos

Agil como el tigre que cae sobre la presa, hundióle el acero en el brazuelo.

El león quedó inmóvil.

Zúñiga había conseguido darle la muerte.

Entonces avanzó hacia la joven.

Era ésta una hermosísima mujer.

Sus negros ojos, de radiante expresión, fijáronse en los de don Juan.

—Levantaos, señora,—dijo éste.—Ya no hay peligro.

—¡Ah caballero,—respondió la joven con acento tembloroso,—gracias á vuestro valor, no he sido víctima de esa fiera!

—Este anciano, ¿es vuestro padre?

—No, lo es de mi esposo.

—¿Está herido?

—Creo que sí; pero no por el león.

—¿Entonces?...

—Regresábamos á Argel sobre dos camellos, cuando la fiera lanzóse sobre el que montaba mi padre político. El pobre animal cayó muerto; y mi padre ha debido recibir un fuerte golpe en la cabeza.

Zúñiga hizo una seña á Gabriel para que se aproximase.

El renegado no obedeció.

—¿Por qué no te acercas?—preguntóle don Juan.—Ve si este anciano está herido mientras yo ayudo á esta señora á levantarse.

La joven no fijó sus ojos en Amet.

El renegado, aproximándose á Zúñiga, le preguntó en voz baja:

—¿Sabéis con quién estáis hablando?

—Lo ignoro por completo.

—Esta hermosa mujer es Zobeida, la esposa de Alí.

—¡Es posible!

—Y el anciano que la acompaña Abul Cazín, el padre del caudillo que os acabo de nombrar.

—Mucho celebro esta circunstancia, pues de este modo nada debemos temer.

—Es verdad. Alí es agradecido y adora á su padre y á Zobeida. Tengo la certeza de que os colmará de beneficios.

—Aunque así no fuese, es necesario que volvamos al palacio de Alí acompañando á Zobeida y á Abul.

—Como queráis.

Amet se aproximó al anciano.

Éste había recibido, con efecto, un golpe en la cabeza al caer del camello.

Aunque no presentaba caracteres de gravedad, fué bastante para hacerle perder el sentido.

Zobeida se acercó también al anciano.

Al fijar sus ojos en el acompañante de Zúñiga exclamó:

—¡Tú aquí, Amet!

—Con efecto,—dijo don Juan.—Amet, que me ha ayudado á libertaros del peligro que os amenazaba.

—No, don Juan,—interrumpió el renegado,—no puedo consentir que digáis eso. Vos solo habéis muerto á la fiera.

—Pero ¿qué haces aquí?—preguntó la sultana.

—Señora,—dijo Zúñiga,—si me lo permitís, os lo explicaré brevemente.

—No deseo otra cosa.

—Soy capitán del ejército que envió mi señor el rey de España para bombardear á Argel.

—Proseguid.

—Hizo la desgracia que cayese en poder de mis enemigos, y fuí conducido al palacio de Alí.

—¿De mi esposo?

—Eso acabo de saber.

—Comprendo lo demás,—añadió Zobeida.—Habéis encontrado una ocasión de huir...

—Y la aproveché, pues me sucede lo que á las aves, que no pueden vivir sino cuando gozan de la libertad más completa.

—¿Vuestro nombre?

—Juan de Zúñiga.

—Pues bien, don Juan: no sólo seréis libre, sino que mi marido os colmará de honores y de riquezas cuando sepa lo heroicamente que os habéis portado por salvarme.

—¡Mil gracias, Zobeida!

—Ahora lo único que os ruego es que me ayudéis á socorrer á mi padre. Parece que ha hecho algún movimiento. Pronto recuperará el sentido, á lo que creo.

—No os molestéis. Amet y yo nos cuidaremos de Abul.

—No; que Amet vaya en busca del camello que yo montaba, el cual se espantó al ver la fiera, arrojándome al suelo. Ha sido verdaderamente providencial que pueda contarlo.

Al oir estas palabras, Zúñiga fijó sus ojos en la esposa de Alí.

—¿Providencial?—preguntó.—¿Acaso creéis en la Providencia?

—¡No he de creer!

—¿Luego sois cristiana?

La joven hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Ya os referiré mi historia,—dijo después.

—Tendré sumo gusto en conocerla.

Amet alejóse para cumplir la orden que acababan de darle.

Cuando Zobeida y Zúñiga se aproximaron al anciano, éste abrió los ojos.

—¡Animo, Abul!—le dijo la joven.

—¡Ah hija mía! ¡No esperaba volver á verte!—dijo el anciano exhalando un suspiro.

—Gracias á este caballero, lo consigues.

Al oir estas palabras, Abul dirigió una mirada á don Juan.

Zobeida le refirió cuanto había ocurrido.

El anciano tendióle su diestra.

—Nunca olvidaré lo que habéis hecho por la esposa de mi hijo.

—He cumplido con mi deber.

—Y ahora, vamos á Argel. Quiero que Alí sepa vuestro comportamiento.

Amet no se hizo esperar, y presentóse conduciendo al camello.

Habíale encontrado enredado por el ronzal á corta distancia del sitio en que les acometió la fiera.

—Que monten esta joven y Abul,—dijo Zúñiga.

—¿Y tú?—preguntó el anciano.

—Yo no estoy cansado.

El caudillo siguió el consejo de don Juan, pues aun sentíase trastornado con el golpe que había recibido.

Zúñiga y Amet emprendieron el camino, seguidos de Zobeida y Cazín.

—¿Con qué podremos pagar á este joven lo que ha hecho?—preguntó el anciano en voz baja á su hija.

—Hay favores,—respondió la interpelada,—para los que no es bastante la gratitud, por grande que sea.

Empezaba á amanecer cuando los viajeros llegaron al palacio de Alí.

Este, ignorando por completo lo que había sucedido, disponíase á salir de caza.

Al ver á su esposa se precipitó en sus brazos.

Zobeida le refirió la desagradable aventura de la noche anterior, y lo valerosamente que tanto á ella como á Cazín habíales salvado Zúñiga.

Alí aproximóse á don Juan.

—Nunca olvidaré lo que has hecho, y te hago una súplica,—le dijo.

—¿Qué deseas?

—Precisamente eso es lo que yo te pregunto. Mi satisfacción sería que te quedases á nuestro lado, par-

tiendo con nosotros las riquezas con que ha querido brindarme mi buena fortuna.

—Eso es imposible, Alí.

—¿Por qué?

—Adoro á mi patria, y no tardaré mucho en sentir los efectos de la nostalgia.

—¿Luego quieres regresar á España?

—Desde luégo.

—No me opongo; pero concederte la libertad es poco, comparándolo con el favor que me has hecho, salvando á mi padre y á mi esposa de una muerte segura.

—No lo creas. La libertad es el premio mayor que puede concedérsele á un hombre de las condiciones mías.

—Pídeme algo más.

—No hay inconveniente. Supuesto que te hallas tan propicio á realizar mis deseos, voy á pedirte otro favor.

—¿Cuál?

—La libertad de Amet.

—Concedida.

Gabriel dirigióle á Zúñiga una mirada de gratitud.

—Ambos sois libres, —dijo Alí; —pero ahora á mi vez también he de poneros una condición.

—Habla.

—Deseo que os quedéis á mi lado unos días.

—Con mucho gusto.

—De este modo, ya que no sea posible que perma-

nezcas con nosotros, tendré la satisfacción de que este deseo se realice un corto tiempo.

Alí, seguido de su familia, de Zúñiga y de Amet, aventuróse por la escalera que conducía á las suntuosas habitaciones de su palacio.





CAPITULO XXXVII

La casa del diablo.



QUEL día Alí obsequió á Zúñiga con una espléndida comida.

También participó de ella Amet.

Cierto que el esclavo había dejado de serlo para obtener el título de amigo.

La estancia en que celebróse el festín era una galería rectangular cuyos ajimeces caían sobre un patio que recordaba los de la Alhambra.

La mesa estaba cubierta de los más selectos manjares.

En los cuatro ángulos del aposento había otros tantos pebeteros de oro que exhalaban los más gratos aromas en sus azuladas espirales de humo.

Terminada la cena, sirvióse el café, ese delicioso néctar de los árabes.

—Alí,—dijo Zobeida,—mientras saboreamos este líquido voy á cumplirle á don Juan una promesa que le hice.

—¿Cuál, hermosa mía?

—Extrañóse nuestro amigo de que yo evocase la Providencia.

—¡Ah!—exclamó Alí sonriéndose.—No tiene nada de extraño que le sorprendiese. Mi esposa es cristiana; por eso, al unirnos, me puso como condición ser la única mujer que compartiese mi tálamo nupcial.

—¡Cristiana!—repitió Zúñiga.—Hé aquí un título que contribuye á aumentar nuestro afecto. Y vos, Alí, ¿creéis también en la religión cristiana?

Antes de responder, el caudillo dirigió una mirada hacia la puerta.

Cuando hubo adquirido el completo convencimiento de que no le escuchaba ninguno de sus servidores, dijo:

—Yo debía serlo también, pues mis antepasados profesaban vuestra religión. Mucho influye en mi ánimo que mi querida Zobeida sea cristiana; pero no puede decirse en absoluto que he renunciado á las doctrinas de Mahoma.

—Estáis en camino de hacerlo,—dijo Zúñiga.

—Tal vez. Hay, sin embargo, en mi corazón grandes motivos de resentimiento contra los cristianos.

—¿Es posible?

—Sí, don Juan; y si os refiriese la historia de mis antepasados, lo comprenderíais.

—Gusto tendría en conocerla, pero no quiero ser indiscreto.

—Os la referiré. Para el salvador de mi padre y de mi esposa no debo guardar secretos; tanto más cuanto que los sucesos que voy á referiros datan del reinado de Felipe III.

—¿La época de la expulsión de los moriscos valencianos?

—Que fué la causa de la desventura de mis mayores.

Y Alí, después de una pequeña pausa, empezó á relatar á don Juan lo siguiente:

—En la ciudad de Valencia habitaba por el reinado de Felipe III una honrada familia de moriscos. Esta familia la constituían un matrimonio y una hija llamada Claudia.

Ramón Espinosa, su padre, dedicábase al comercio, hallándose al frente de una de las casas más opulentas de la ciudad.

Era cristiano, siendo respetado y querido de cuantos le conocían.

Isabel, su esposa, tenía fama por sus virtudes y caritativos sentimientos.

Claudia había heredado las excelentes cualidades de sus padres.

En la época á que nos referimos era una hermosa joven de diez y seis años, muy solicitada para enla-

zarse con ella, por sus buenas condiciones de carácter y el crecido dote que habían de darle sus padres el día que contrajese matrimonio.

Pero Ramón Espinosa no pensaba casar á su hija hasta que transcurriesen algunos años. Decía, y con sobrada razón, que Claudia era demasiado joven para contraer los deberes de esposa.

Esto respondía á cuantos pretendientes solicitaron su mano.

La familia Espinosa vivía en Valencia ocho meses al año.

Los cuatro restantes habitaba en una casita situada en el campo á tres millas de la capital.

Era el recreo que se permitían durante el estío.

Por lo demás, sin pasar privaciones, lo que hubiese sido imperdonable poseyendo una buena fortuna, eran modestos en sus aspiraciones y económicos en sus gastos.

Los cuatro meses que pasaban en las cercanías de Valencia eran los que verdaderamente recreaban á Claudia.

La casa tenía un solo piso y hallábase rodeada de una extensa huerta.

A la joven habíanle encomendado sus padres que cuidase de una pequeña parte, destinada exclusivamente á jardín.

Claudia había reunido en aquel terreno todos los esplendores de la flora de Valencia.

Era un jardín de las Hespérides en miniatura.

Allí elevábanse las rosas, los claveles y los alelíes, con su diversidad de matices esparciendo sus variados aromas.

Digamos algo más respecto á la hija de los comerciantes.

Primero haremos su retrato.

Claudia tenía el cabello castaño.

Su tez era pálida como la de casi todas las hijas de Valencia.

Sus ojos garzos poseían una dulce expresión: en ellos adivinábase la bondad de su alma.

Claudia era alta, sin que su estatura resultase exagerada para su sexo.

Aparte de la corrección de sus facciones, había en ella algo más que hacíala agradable y simpática á los ojos de cuantos la conocían.

Era ese conjunto de la mujer que ejerce sobre los corazones la atracción que la piedra imán sobre el acero.

El timbre casi infantil de su voz era melodioso como los cantos de las aves al saludar el espléndido nacimiento del sol.

En cuanto á sus condiciones morales, no podían ser mejores.

Claudia era inocente como una tórtola, y buena como un ángel.

Si alguno la hubiese referido las miserias que se encierran en el corazón humano, hubiéralas creído exageraciones de una imaginación calenturienta.

Para ella todo era hermoso y todo era puro.

No veía en los arroyuelos más que la superficie azulada, sin comprender que en el fondo se oculta muchas veces el repugnante cieno.

Así era la hija del comerciante.

Uno de esos seres privilegiados que vienen á este valle de lágrimas para derramar consuelo en los corazones de los afligidos.

Al comenzar nuestra historia corrían los últimos días de Agosto.

La familia de Espinosa hallábase, por lo tanto, en su casa de recreo.

Enfrente de ésta había otra finca de la que hacíanse extrañas referencias.

¿En qué localidad no existe un edificio tenido por mansión de brujas, de trasgos y duendes?

Aquel edificio de piedra, oscurecida por la humedad y el transcurso de los siglos, era sin género de duda el más á propósito para que hiciesen comentarios novelescos las imaginaciones soñadoras.

Afirmaban que en la edad media había pertenecido á un caballero que vendió su alma á Satanás á fin de poseer el amor de una altiva castellana.

Siguiendo por los ensueños de la fantasía, aseguraban los amigos de tradiciones que una noche desapareció la amante pareja, porque el espíritu infernal habíaselos llevado al finalizar el pacto.

Lo cierto es que aquel enorme caserón había estado sin habitar muchísimo tiempo, que el musgo crecía entre las uniones de las piedras, y que los muchachos y aun algunos mozos al pasar cerca de aquel sitio se santiguaban, como hubiesen podido hacerlo al pasar junto á una iglesia, aunque por distinto motivo.

La casa no tuvo dueño durante algunos años, hasta que se la apropió la santa Inquisición, aunque sin utilizarla.

Nadie cuidaba de ella, así como tampoco del extenso jardín que la circuía, donde elevábanse las ortigas y los jaramagos entre la maleza que hizo desaparecer los senderos.

Por las claraboyas del desván del edificio penetraban de noche aves de fatídico vuelo, que vivían en sociedad con las enormes arañas que tejían en los huecos de las ventanas sus transparentes telas.

Ramón Espinosa no era supersticioso.

Sin embargo, hubiérale agradado tener otra vecindad.

No obstante, como la casa en que vivía era propia, no llegó su aversión hasta el punto de desprenderse de su cómoda finca.

Grande fué su alegría cuando corrieron por el pueblo rumores de que la *Morada del Diablo*, que así la llamaban, iba á ser derribada.

Esta noticia no se confirmó.

Por el contrario, una noche apacible hallábase

Claudia aspirando el fresco ambiente, cuando sintió un extraño rumor sobre su cabeza.

La joven estremecióse.

Varias lechuzas y otra infinidad de aves de la noche habían pasado sobre ella, lanzando lúgubres graznidos.

Claudia instintivamente fijó sus ojos en la *Morada del Diablo*.

Quedóse absorta.

En una de las ventanas del piso segundo, que era el más alto, veíase un vivo resplandor.

Claudia sintió miedo.

Era indudable que aquella claridad había asustado á las aves, obligándolas á ponerse en precipitada fuga.

La joven corrió hacia el zaguán de su casa, donde hallábanse sus padres.

Desde luégo comprendieron éstos que algo anormal ocurría á su hija.

—¿Qué sucede?—preguntó el comerciante.

—¡Ay, padre de mi alma, ven, y lo verás!

Ramón, temiendo que algún ratero hubiese saltado la cerca que defendía la huerta, tomó una escopeta que había en uno de los ángulos de la habitación, y seguido de su esposa y de su hija, dirigióse al jardín.

Claudia designó la ventana del vecino edificio, donde veíase luz.

—¡Pardiez! —exclamó Ramón. —¿Quién será el caprichoso que recorre á estas horas las habitaciones de esa casa?

—Algún alma en pena, padre mío.

Sonrióse el comerciante al oir la respuesta de su hija.

Luégo dijo:

—Confieso que me extraña mucho, y que no he de acostarme sin averiguar quién es el caprichoso vecino.

—¿Supongo que no saldrás de casa con ese objeto?—apresuróse á decir Isabel.

—¿Por qué no?

—Porque sería una temeridad.

—No lo creas. ¿Vas á suponer, como el vulgo, que en esa casa se albergan las brujas y los duendes?

—Yo no; pero la verdad es que me parece muy extraño ver esa luz, pues ya sabes el temor que inspira esa casa á los del pueblo, y ninguno se atrevería á recorrerla de noche.

—Es indudable,—dijo Ramón.—En fin, no saldré por no ocasionaros un disgusto. Mañana haré mis averiguaciones.

—Eso ya varía.

En aquel instante sonaron en la torre de la iglesia diez campanadas.

La misteriosa luz se apagó con la última vibración.

Isabel y su hija se santiguaron.

—Las diez,—dijo el comerciante.—Vamos á retirarnos.

Y penetraron de nuevo en la casa.

Claudia despidióse de sus padres, dándoles un cariñoso beso.

Poco después advertíase en aquella morada el silencio del sueño.

Sin embargo, uno de los individuos de la familia no dormía.

Era Ramón.

En vez de acostarse asomóse á la ventana de su aposento, fijando sus ojos en la *Morada del Diablo*.

Hallábase embebecido en su contemplación, cuando otra bandada de aves nocturnas abandonó su guarida, y un instante después brilló nuevamente un pálido reflejo en una de las habitaciones.

—¡Es singular!—exclamó el comerciante, que sentíase más dominado por la curiosidad que por el espanto.

Y afirmóse en la idea de averiguar quién era el hombre, duende ó fantasma que paseábase á semejante hora por las habitaciones de aquella casa.

Con este objeto colocó en su cinto un par de pistolas después de reconocer el cebo, y calándose su sombrero, salió de la estancia muy despacio, á fin de que ni su mujer ni su hija oyesen el rumor de sus pasos.

Ramón hallábase un instante después en la huerta.

Una vez en ella, ya no tuvo que guardar tantas precauciones para no despertar á su familia, y aventuróse rápidamente hacia la puerta del huerto.

Ésta caía enfrente del caserón; así es que el co-

merciante hallábase junto al edificio un instante después.

Ya hemos dicho que Ramón no era muy supersticioso.

Sin embargo, hallábase junto á una casa misteriosa que inspiraba temor á todos los del pueblo.

Lo que más espanta á los hombres es lo desconocido, y mucho más durante las horas de la noche.

El comerciante dudó.

La puerta del edificio estaba cerrada.

Esto no constituía, sin embargo, un inconveniente para penetrar en él, pues las ventanas de la planta baja carecían de vidrieras y de rejas que las defendiesen.

La curiosidad habló de nuevo al corazón del padre de Claudia.

Penetró por un portillo que el tiempo había abierto en la tapia del jardín, y aventuróse con lento paso hacia una de las ventanas del edificio.

Antes de penetrar por ella dirigió una mirada al interior.

Su examen fué inútil.

El aposento se hallaba sumido en la oscuridad más profunda.

Entonces Ramón asióse al cerco, y haciendo una flexión, consiguió lo que se proponía.

Esto es, verse dentro de la *Morada del Diablo*, como la llamaban los sencillos moradores de aquella comarca.



CAPITULO XXXVIII

Lo que encerraba en su seno la casa misteriosa.



IRANDO desde el campo al interior de una estancia, como la oscuridad nunca es al aire libre bastante absoluta, no se descubre ni un objeto.

Predominan las sombras del interior.

Por este motivo el comerciante no pudo ver en el aposento más que un antro de misteriosas tinieblas.

Cuando estuvo en la estancia, ya cambió ésta de aspecto.

Descubrió inciertamente una habitación extensa y desprovista de muebles, lo que hacía aumentar su tamaño á la visualidad.

El comerciante aventuróse por la puerta.

Esta daba á otro salón, y así fué repasando muchos, hasta encontrar la escalera que conducía á los otros pisos del edificio.

Ramón echó de menos una linterna.

Habíase olvidado de llevarla.

El piso principal era tan frío y tan destartalado como el que había visto anteriormente.

Encontró una escalera de caracol después de cruzar largas galerías y tortuosos pasillos.

Era indudable que aquella escalera debía conducirle á la estancia en que se hallaba el misterioso huésped de aquella mansión terrible.

Vaciló algunos instantes.

Sin embargo, un hombre que no da gran crédito á la existencia de los trasgos y brujas, no duda mucho tiempo en inspeccionar una casa cuando va provisto de un par de pistolas.

Ramón empezó, pues, á subir los estrechos peldaños de la escalera.

Al final de ésta se detuvo.

El reflejo de una luz llegó hasta él.

Entonces empezó á avanzar lentamente hacia el aposento de que procedía.

No tardó en llegar á él.

La puerta no estaba encajada en el cerco; así es que nuestro atrevido protagonista pudo dirigir una indiscreta mirada al interior de la estancia.

Esta no se hallaba completamente desprovista de muebles.

Una mesa, dos sillas y un estante con muchos libros constituían el mobiliario.

También había un lecho.

Sentado en el borde de éste veíase un hombre.

Sus ojos estaban fijos en un libro.

Este hombre representaba unos treinta y cuatro años.

Sus ojos eran negros y penetrantes.

Su tez morena y pálida.

Espaciosa su frente.

Algunas hebras de plata brillaban en su barba negra, acusando una vejez prematura.

Sus cejas, fruncidas en aquel instante, uníanse, dando á su rostro una expresión de extremada dureza.

El comerciante estuvo observándole algunos momentos.

El desconocido estaba completamente vestido de negro.

Parecía hallarse muy ensimismado en la lectura.

Sin embargo, quizás una secreta advertencia de que no se hallaba solo hízole levantar la vista, fijándola en el comerciante.

Éste retrocedió un paso.

En los labios del hombre que hemos descrito se dibujó una sonrisa.

Cerró el libro y dijo:

—Adelante. No creo que mi presencia os intimide, ni la vuestra, seáis quien quiera, me infunde pavor.

Ramón, serenándose un poco, resolvió penetrar en la estancia.

—Dispensad, caballero,—dijo,—si me he tomado la libertad de penetrar hasta aquí.

—Probablemente ignoraríais que esta casa se encuentra habitada desde ayer.

El comerciante aceptó la excusa que le proponían.

—Con efecto, lo ignoraba.

—Tal vez tendríais costumbre de pasar en ella algunas noches.

—¡Ah! ¡Nada de eso! Yo tengo mi casa situada enfrente de ésta.

—Con efecto, he visto una preciosa casita de campo.

—Es la mía.

—Pues yo me he instalado en ésta.

—¿Os han advertido las extrañas consejas que de ella se refieren?

—Las conozco perfectamente, pero no he dado crédito á esas necedades. Ni mi criado ni yo, únicas personas que aquí vivimos, hemos advertido nada. Yo creo que la existencia de brujas y duendes no cabe más que en esos fantásticos cuentos que nos refieren nuestros padres durante nuestra infancia.

—Creo lo mismo; y prueba de ello que no he dudado en penetrar en esta casa á las once de la noche.

—Y á propósito: ¿qué objeto os conduce aquí?

—Os responderé con franqueza.

—No deseo otra cosa.

—Desde mi huerto desubrí el reflejo de esa lámpara.

—¿Y á fin de dar una satisfacción á vuestra incredulidad, quisisteis saber lo que aquí sucedía?

—No os lo niego.

—Pues ya habéis satisfecho vuestra curiosidad. Ya sabéis que esta casa pertenece desde hace tiempo á la santa Inquisición, aunque no la ha utilizado.

—Cierto.

—Yo tengo la honra de ser familiar del Santo Oficio; vivo generalmente en la corte; pero hallándose mi salud un poco quebrantada, me decidí á pasar un par de meses en este pueblo para restablecerme.

—Los aires que aquí se respiran son muy puros.

—Hé aquí explicado todo lo que sucede. Ya veis que el trasgo se ha convertido en un hombre de carne y hueso.

Sonrióse Ramón.

—Ahora,—continuó el caballero,—debo deciros que me llamo Pedro de Andía; que soy, como ya sabéis, familiar de la Inquisición, y que, como vecino vuestro, os ofrezco sinceramente mi casa y mi amistad.

—Yo me llamo Ramón Espinosa, generalmente habito en Valencia, soy comerciante, y también tengo sumo gusto en ofreceros mis humildes servicios.

—Para ambos debe ser una satisfacción habernos conocido. Me parece que en este pueblo no serán muchas las personas con quienes se pueda sostener una conversación. Por lo tanto, unas veces pasaré á

vuestra casa, y otras honraréis ésta, supuesto que las cosas sobrenaturales que creían que pasaban en esta morada no os infunden pavor.

—Ninguno, don Pedro.

—Perfectamente. Ahora tened la bondad de sentaros; le diré á mi criado que nos sirva de beber.

—No quiero entretenerme.

—¿Por qué razón?

—Si mi familia advirtiera mi ausencia, recibiría un disgusto.

—A estas horas no es fácil que lo advierta.

Don Pedro de Andía llamó.

Presentóse su sirviente.

Era éste un hombrecillo gordo y colorado como una amopola.

—Tristán,—dijo el familiar,—trae inmediatamente dos vasos y una botella.

Tristán se alejó de la estancia.

—Aquí tenéis,—dijo don Pedro,—á mi único acompañante en esta soledad. Es un doméstico que adivina hasta mis más recónditos deseos. Le conozco desde la niñez.

El criado presentóse de nuevo, dejando sobre la mesa los dos vasos.

Luégo descorchó la botella, escanciando el vino.

Andía ofrecióle uno de los vasos al comerciante.

Éste le aceptó.

Luégo don Pedro, tomando el otro, dijo:

—A vuestra salud, vecino.

Y apuró el néctar de un solo trago.

Ramón sentíase inquieto.

El familiar lo advirtió.

—No quiero que estéis molesto, señor Espinosa,—dijo.—Retiraos, pues, á vuestra casa. Mañana tendré el gusto de ir á saludaros.

El comerciante estrechó la mano que Andía le alargaba, y un momento después salió del aposento, dirigiéndose á su casa.

En ésta seguía advirtiéndose la tranquilidad del reposo.

¡Bien lejos se hallaban Isabel y Claudia de suponer que Ramón había estado ausente dos horas!

—¡Así son todas las cosas!—exclamó el comerciante mientras se despojaba de su ropa.—Cualquiera que hubiera visto el reflejo de esa luz en la que llaman *Morada del Diablo*, hubiera hecho toda clase de conjeturas. Yo, que me decidí á profundizar la verdad, he descubierto que la persona que allí habita es un hombre honrado que trata de recuperar la salud.

Haciéndose estas consideraciones, el comerciante se acostó, quedándose poco después profundamente dormido.

Al siguiente día, Isabel penetró, como de costumbre, en la estancia de su marido.

—Despierta, Ramón,—le dijo.—Ya han sonado las siete.

El comerciante ahogó un bostezo.

—¡Las siete! —repitió.—¡Bien se conoce que anoche me he acostado muy tarde!

—Pues ¿cómo?

—No tengo inconveniente en referirte la verdad, supuesto que no tuve ningún disgusto.

—Habla, Ramón.

—Ya recordarás que nuestra querida hija nos llamó para que viésemos el reflejo de una luz que descubríase en la casa vecina.

—¡No he de acordarme! Esta noche he soñado con fantasmas.

—Pues no pudiendo reprimir mi curiosidad, apenas os acostasteis salí de casa, dirigiéndome á la *Morada del Diablo*.

—¡Qué locura, Ramón!

—Allí encontréme con un caballero.

—¿Que será el demonio?

—No lo creas. Es una persona muy apreciable, á quien conocerás hoy mismo.

—¡Yo! ¡Dios me libre de repasar los umbrales de esa casa!

—No tendrás que hacerlo.

—¿Entonces?...

—Nuestro vecino vendrá á hacernos una visita.

Isabel hizo un movimiento que expresaba su disgusto.

—Vamos,—prosiguió Ramón,—no seas niña. Yo decidíme á subir á esa casa porque tenía la certeza de

no encontrar ningún fantasma, como en realidad ha sucedido.

—¡Pero si hubiese pasado lo contrario!...

—Esto era imposible de todo punto.

—Sin embargo...

—Prueba de ello que en vez de encontrarme con una pavorosa visión, he hallado á una excelente persona, cuyo trato nos hará más agradable nuestra residencia en la comarca.

El comerciante abandonó el lecho.

Después de tomar el desayuno dirigióse á la huerta para inspeccionar los trabajos del hortelano.

Eran las dos de la tarde cuando llamaron á la puerta.

Claudia acudió al llamamiento.

—¿Quién es?—preguntó con acento infantil.

—Abrid, señorita,—respondióle el interpelado.

Era don Pedro de Andía.

—¿Don Ramón Espinosa?—preguntó, fijando sus negros ojos en la joven.

—Pasad, caballero, y tened la bondad de esperar un instante.

El familiar obedeció.

Claudia entre tanto dirigióse á la huerta para manifestar á su padre que le esperaba un desconocido.





CAPITULO XXXIX

El familiar Andia.



L comerciante, comprendiendo desde luégo que era su vecino el que le esperaba, se apresuró á acudir á su casa.

Al ver á don Pedro, alargóle la mano.

—Veo con satisfacción,—dijo,—que me cumplís vuestra palabra devolviéndome la visita que anoche os hice.

—Desde luégo.

—Sentaos, caballero Andía.

El familiar ocupó un sillón.

Luégo, fijando sus ojos en los del comerciante:

—¿Supongo que la joven que ha ido á avisaros mi llegada será vuestra hija?

—Sí, señor.

—Es un verdadero tesoro de belleza.

—Favor que la hacéis.

—Nada de eso. Sólo es justicia.

—Mi Claudia es un ángel.

—No lo dudo. Si es verdad que el rostro es el espejo del alma, debe tener ésta hermosísima.

Sonrióse don Ramón, sintiendo esa noble vanidad que experimentan los padres cuando se hace algún elogio de sus hijos.

El familiar prosiguió:

—¿Tiene novio la niña?

—No, señor. Vos acabáis de decirlo: es una niña de diez y seis años. Tiempo la queda para esas cosas.

—Desde luégo; pero no la habrán faltado en Valencia muchos pretendientes.

—A los que me encargué de desengañar en seguida. Creo, y me parece que opinaréis del mismo modo, que una mujer no debe pensar en amoríos hasta los veinte años. Antes de esa edad pocas veces se tiene el bastante fundamento para contraer obligaciones tan graves como las que lleva consigo el matrimonio.

—¡Muy cierto, vecino! ¡Pensáis con mucha sensatez!

—Y vos, ¿sois casado?

—Viudo.

—¿Os dejó vuestra esposa algún hijo?

—No, señor; y casi lo celebro. Verdad es que un hijo habríame hecho gozar de las delicias de la pater-

nidad; pero como mi esposa murió á los dos años de casarnos, una criatura hubiese sido una verdadera rémora para mí.

—Es verdad.

—Los hombres, por mucho que queramos á los hijos, no tenemos esa ternura de las madres, tan esencial para los niños como la savia al tronco.

—Y ¿no habéis pensado en uniros de nuevo á otra dama, siendo joven como sois?

El familiar encogióse de hombros.

—No sé qué responder á la pregunta que acabáis de hacerme. ¡Es tan difícil encontrar una buena compañera!

—¿Tan mala opinión tenéis formada de las mujeres?

—Regular, amigo mío, aunque sé que hay honro sas excepciones. Sin embargo, para una joven que se halle como vuestra hija, se cuentan mil caprichosas y vanas.

—Muy cierto.

—Por esto tengo la seguridad de que vuestra hija labrará la ventura del hombre que la elija para esposa.

—En Valencia hay un joven que la mira con buenos ojos.

—¿Y ella?

—Ella no se ha fijado siquiera en él. Es una niña, como antes os he dicho, en toda la extensión de la palabra.

—Y ese enlace, ¿os halagaría para el porvenir?

—Sin género de duda. El padre del muchacho á que

me refiero es comerciante como yo, y dueño de una buena fortuna.

—Entonces...

—Sin embargo, esta boda no se realizará jamás.

—¿Por qué?

—Porque los padres de Alberto, que éste es el nombre del joven, tienen muchas susceptibilidades religiosas.

Andía fijó sus ojos en el comerciante.

—¿Acaso vos sois despreocupado respecto á este punto?—preguntó luégo.

—Bien sabe Dios que no, y que mi única religión es la católica.

—Entonces no comprendo.

—Pues es perfectamente comprensible.

—Si no fuese indiscreción, os diría que resolvieseis este problema.

—Básteos saber que mis antepasados fueron unos opulentos mercaderes moros.

—¡Ah!

—Y que, aunque yo, como mi mujer é hija, hemos recibido el agua bautismal y profesamos el dogma católico, no por esto dejan las gentes de considerarme como morisco.

—¿Saben en Valencia que sois católico?

—Sí, señor: ¡no han de saberlo!

—Lo celebro infinito, pues de este modo os veréis libre de un grave peligro que os amenazaría en caso contrario.

—¿Un peligro?

—Inminente.

—Ahora á mi vez os ruego que me expliquéis...

—Desde luégo.

Y el familiar, después de una breve pausa, prosiguió:

—No ignoraréis los acontecimientos de la corte.

—¿A qué os referís?

—El monarca está muy descontento de su favorito y ministro el duque de Lerma.

—Lo sé por referencias.

—Todos afirman que muy en breve le sustituirá en el poder el de Uceda.

—¿Y es posible que un hijo pueda conspirar contra su padre?

—Desgraciadamente en este mundo no hay nada imposible, señor Espinosa. El de Lerma trata por cuantos medios hay de conservarse en el poder, y con este objeto ha hecho varios esfuerzos.

—¡Es natural!

—Ultimamente decíase que á fin de halagar los sentimientos religiosos de don Felipe, habíale aconsejado la publicación de una pragmática expulsando de España á los moriscos.

Espinosa, al oir esto, palideció.

—Sin embargo,—dijo después,—yo creo que las cláusulas de esa pragmática, si el rey dispone su publicación, no alcanzarán á las personas que se hallen en mis condiciones.

—Desde luégo; por esto os he preguntado si eran conocidas en Valencia vuestras ideas religiosas.

—De todos.

—Entonces poco importa que se publique.

—No obstante, creo que en tiempo de Felipe II se cometieron muchas arbitrariedades, desterrando y privando de sus bienes á muchos inocentes.

—Sí, señor, que así sucedería; pero tened en cuenta que, como familiar del Santo Oficio y amigo del duque de Lerma, tengo suficiente influencia para evitar que cometiesen con vos una injusticia.

—Gracias, don Pedro.

—Por lo tanto, podéis estar tranquilo, y mucho más si prolongáis vuestra permanencia en este pueblo.

—Hasta fines de Septiembre.

—Para esa época ya se habrá publicado de sobra la pragmática de su majestad.

Andía se puso de pie.

—¿Os retiráis tan pronto?—preguntóle el comerciante.

—Le encargué á mi criado que me dispusiese la comida temprano.

—Si no es más que por eso, tendré sumo gusto en que me acompañéis á la mesa.

—Mil gracias. Ya vendré despacio y jugaremos una partida de ajedrez, si tenéis afición á ese juego.

—Precisamente es mi diversión favorita.

—Pues entonces á la noche pasaremos el rato jugando.

—Perfectamente.

—Como os he dicho, yo vendré. De este modo no tenéis que abandonar á vuestra esposa é hija.

—Bueno, aquí os aguardo.

El familiar y el comerciante cambiaron un afectuoso apretón de manos.

—Hasta luégo, pues, - dijo el primero.

Y salió de la estancia.

En el zaguán se hallaba Claudia.

Andía la hizo una reverencia, mientras sus ojos fijábanse en la joven.

—¡Qué hermosa es!—murmuró.

Y dirigióse á su casa.

En cuanto á la hija del comerciante, sintió un ligero estremecimiento.

Ningún hombre habíala mirado con la insistencia que don Pedro.

Los ojos de aquel hombre habían adquirido al fijarse en los suyos un resplandor verdaderamente diabólico.

Claudia sintió miedo.

Tal vez contribuyó á esta sensación el verle penetrar en la *Morada del Diablo.*

Dirigióse al aposento de su padre.

Este no se hallaba solo.

Doña Isabel le acompañaba.

—¿Has visto á nuestro vecino?—preguntó el comerciante.

—Sí, padre,—respondió la joven.

—Parece una excelente persona.

Claudia guardó silencio.

En cuanto á su madre, apresuróse á decir:

—Mira, Ramón, quizás es esta la primera vez que no opino como tú.

—Pues ¿cómo?

—Al pasar le he visto casualmente, y el vecino me es muy antipático: hay en sus facciones tanta dureza...

—¡Bah! ¿Acaso vamos á juzgar á las personas por su rostro?

—Luégo, como vive en esa casa...

—¿Qué tiene que ver para que sea un hombre honrado? Ha venido á esa casa porque es familiar de la santa Inquisición.

—Era lo único que le faltaba para aumentar mi antipatía hacia él.

—¿Por qué razón?

—Los familiares de la Santa me inspiran verdadero miedo.

—¡Qué necedad! Comprendo que piensen así los que han cometido alguna falta y temen el castigo; pero tú...

—¡Ay, Ramón, cuántos inocentes han sido víctimas del tribunal de que nos ocupamos!

—Prescinde de estas ideas. Don Pedro de Andía ha de ser un buen amigo nuestro, y puede que muy pronto recibamos una prueba de ello.

—Puede ser.

—Sabe que el monarca va á publicar una pragmática expulsando á los moriscos del territorio español.

—¡Dios mío!

—Pero no te alarmes. Este decreto no nos alcanza á nosotros; y si alguna dificultad surgiera, nuestro vecino, que goza de buenas influencias, la zanjaría. Espontáneamente me lo ha ofrecido. ¡Ya ves si le has juzgado mal! De seguro que nuestra Claudia no piensa como tú. ¿No es cierto, hija mía? ¿Qué te parece ese caballero?

La joven bajó los ojos.

Su padre insistió en preguntar.

—Pues bien, padre mío: si he de hablaros con franqueza, os confieso que á mí tampoco me ha gustado mucho.

—¡Qué preocupaciones!

—Cuando ha salido de esta casa dirigióme una mirada tan insistente, que me ha hecho estremecer. Parecíame que Satanás había fijado sus ojos en los míos.

El comerciante lanzó una carcajada.

—Ya veréis cómo cambiáis de opinión esta noche, que vendrá á jugar conmigo una partida de ajedrez.

—¿Es posible?

—Desde luégo, esposa mía, no te negaré que su rostro es algo severo, pero no se puede juzgar nunca por exterioridades. Esto es una vulgaridad, en la que no debéis caer vosotras.

La hora de la comida había llegado.

El comerciante y su familia sentáronse junto á la mesa.

Dejémoslos, y veamos lo que entre tanto hacía en su casa el familiar.





CAPITULO XL

El alma del familiar.



IGAMOS ante todo dos palabras para que sepan nuestros lectores algunos detalles de la vida del vecino del comerciante.

Don Pedro de Andía había nacido en Madrid.

Sus padres eran nobles.

No tuvieron en su matrimonio más que otro hijo, que era el primogénito.

Siguiendo la tradicional costumbre de las épocas á que nos referimos, Félix, que éste era el nombre del hermano de Andía, siguió la profesión de las armas.

En cuanto á Pedro, quería su madre que emprendiese la carrera eclesiástica.

Bien contrarias á ella eran sus inclinaciones.

Desde su primera juventud, Pedro fué disipador y entusiasta de todos los goces mundanos.

Carecía en absoluto de vocación.

Esto hizo desistir á sus padres del proyecto que abrigaban, no queriendo asumir la responsabilidad de haber hecho un mal sacerdote.

Félix adoraba á su hermano.

A la muerte de sus padres llevóselo á su casa, y tuvo la debilidad de permitirle que malgastase su hacienda.

A pesar de sus devaneos, don Pedro fué nombrado familiar del Santo Oficio.

Esto era lo único que, como había dicho muy bien la esposa del comerciante, le faltaba á aquel hombre encenagado en todos los vicios.

El libertino se hizo hipócrita.

Aprendió en la escuela de los dominicos que al arrojar la piedra debía esconderse la mano, y hasta perdió la franqueza con que realizaba sus devaneos, siendo, por lo tanto, más peligrosas sus asechanzas.

Este era don Pedro de Andía.

Su influjo en la corte era inmenso, por ser uno de los satélites del duque de Lerma.

Volvamos ahora al momento en que penetró en su casa después de haber hecho una visita al comerciante.

El familiar dirigióse al aposento en que habíale conocido Espinosa.

Una vez en él sentóse junto á la mesa.

Una sonrisa irónica vagaba en sus labios.

—¡Qué hermosa es!—exclamó.

Nuestros lectores ya comprenderán que pensaba en Claudia.

La belleza de la joven hablaba á sus sentidos.

Era un hombre que, á semejanza de los reptiles, arrastrábase siempre, no comprendiendo la ventura del águila, que eleva su vuelo á las altas regiones del espacio.

Al contrario que Claudia, veía en todas las cosas la impura materia, nunca los nobles sentimientos que sublimizan.

Don Pedro permaneció pensativo el resto del día.

Cualquiera que hubiérale podido observar, hubiese temblado en presencia de aquel hombre.

Apoyado de brazos sobre la mesa, roíase las uñas con deleite, mientras sus ojos brillaban con esa fosforescencia que despide en la oscuridad la retina del gato.

Hubiera sido un gran modelo para simbolizar al demonio.

Llegó la noche.

Entonces don Pedro llamó á su criado Tristán.

—Sírveme la cena,—le dijo.

Cuando hubo satisfecho su apetito, el familiar se puso en pie, y calándose el sombrero, salió de su casa, dirigiéndose á la del comerciante.

Este ya le esperaba junto á una mesita, sobre la que había una lámpara, un tablero de ajedrez y las piezas en perfecta formación.

Doña Isabel y su hija, á instancias de don Ramón, habíanse quedado en el aposento y ocupaban un diván.

Al penetrar en la habitación, don Pedro inclinóse ante ellas.

—Señor Andía,—dijo el comerciante, poniéndose de pie,—tengo el gusto de presentaros á mi esposa y á mi hija.

—La satisfacción es mía en conocerlas.

Y el familiar volvió á inclinarse profundamente.

Don Pedro sentóse enfrente de su contrincante en el juego.

Empezó la partida.

El comerciante ponía una gran atención antes de hacer una jugada.

En cuanto á Andía, aprovechando las reflexiones de su vecino, miraba de vez en cuando á la hermosa Claudia, obligando á ésta á bajar los ojos y ruborizarse.

Estas naturales demostraciones de pudor exaltaban los torpes deseos del familiar.

La partida fué larga.

La suerte decidióse al fin por el comerciante.

—¡Sois un verdadero jugador!—exclamó don Pedro.

—Que haya ganado esta noche no significa nada.

—Mañana veremos.

—Con mucho gusto.

—Como sabéis perfectamente, en este pueblo no hay pasatiempo de ningún género; nos ofrecería serias dificultades hallar una persona con quien sostener conversación. Es preciso, por lo tanto, que nos veamos con frecuencia.

—Soy de vuestro mismo parecer.

Don Pedro despidióse hasta el siguiente día, no saliendo del aposento sin dirigir á Claudia otra mirada con sus ojos de sátiro.

Aquella noche la hija del comerciante soñó con su vecino.

Al despertar estaba llorando.

Hay aun en la mujer más candorosa un secreto instinto que la advierte los sentimientos que sabe inspirar.

Ella no dábase una explicación perfecta de por qué la miraba tanto aquel hombre; pero comprendía desde luégo que abrigaba alguna idea respecto á su persona, y que aquella idea no era buena.

Por los vidrios de la ventana del aposento de la joven penetraban los tenues reflejos del amanecer.

Los pajarillos entonaban sus canciones.

Claudia abandonó su blanco lecho.

Vistióse, y después de dirigir una mirada al cielo

á través de los cristales, salió de la estancia, dirigiéndose á la huerta.

Un instante después aspiraba la frescura del aire matutino.

—Cuidaré mis flores,—exclamó.

Y comenzó á regarlas.

Al pasar junto á la verja de hierro entretenida en su tarea, oyó un acento que la decía:

—Mucho se madruga, vecinita.

La joven levantó los ojos.

El que acababa de dirigirle estas palabras era don Pedro.

El familiar hallábase junto á la verja.

Las mejillas de la hija del comerciante se colorearon.

—Sí, señor,—dijo después.

—Se comprende. Viviendo en el campo, es necesario gozar de todas sus bellezas, y ninguna como la de ver los primeros resplandores del día. ¿Se ha levantado ya vuestro padre?

—No.

—¿Y vuestra madre?

—Tampoco.

—¿De modo que habéis sido la más madrugadora?

—Sí, señor.

—Alguna preocupación tendréis cuando tan pronto abandonáis el lecho.

—Ninguna. He querido regar mis flores antes que las bañe el sol.

—Con efecto, es una medida muy acertada, pues cuando aprieta el calor no puede regárselas sin exponerlas á que se marchiten. ¿Os agradan mucho las flores?

—Mucho.

—Como todo lo que es bello y poético como vos, hermosa niña. ¿Cuál es la planta que más os gusta?

—Los rosales.

—Pues tendré la satisfacción de ofreceros unos cuantos. En mi jardín, aunque algo inculto, los hay de primer orden. ¿Verdad que los espinos no son delicados? ¿No habéis pasado nunca á mi jardín?

—No, señor.

—Es extraño hallándose enfrente del vuestro. Pues hay unas flores preciosas. ¿Queréis verlas?

—No. Confieso que la casa que habitáis me inspira miedo.

—¿Miedo?

—Sí, señor.

—¿Y por qué?

—Antes que la vivieseis se decía que era mansión de brujas ó duendes.

—¿Y quién da crédito á esas cosas?

—La verdad es que no comprendo cómo os habéis atrevido á instalaros en ella.

—Pues nada me ha sucedido hasta ahora, y es muy probable que continúe disfrutando de la misma tranquilidad.

—Sin embargo...

—Esas cosas que se cuentan no tienen razón de ser. Mi casa es como otra cualquiera.

A Claudia molestábale proseguir el diálogo con aquel hombre.

Dirigióle, pues, una rápida mirada, y dijo:

—Con vuestro permiso, caballero, voy á seguir regando mis flores.

—Hasta luégo, pues.

—Buenos días.

Y Claudia dirigióse hacia otro sitio del jardín.

—¡Qué desdeñosa es la muchacha!—se dijo el familiar;—pero no importa, he de conseguirla pese á quien pese.

Y don Pedro penetró en su casa.

Pocos días después de los sucesos que hemos referido, advirtióse en la comarca un gran movimiento.

Espinosa se hallaba en su vivienda, cuando le anunció su hija que preguntaba por él un comerciante de Valencia.

Éste llamábase Santiago y era también morisco.

—Que pase en seguida, dijo Ramón.—¿Qué le traerá á este pueblo?

Santiago era un hombre de unos cincuenta años, vecino en Valencia del padre de Claudia, y que profesábale la más sincera amistad.

Al ver á Espinosa le dió un abrazo.

—¿Cómo has venido por aquí?—preguntóle Ramón.

—Con el solo objeto de hacerte una advertencia y una proposición.

—Habla, pues.

—Me consta que muy en breve va á firmar el rey una pragmática inspirada por el duque de Lerma.

—Tengo noticia de ello.

—Esta pragmática puede acarrearnos consecuencias funestísimas.

—¿Por qué? Se trata de la expulsión de los moriscos; pero tanto tú como yo somos cristianos.

A pesar de esto, no me consideraré seguro en España desde el instante en que se publique el decreto de expulsión.

—Yo sí.

—Mal haces, querido Ramón.

—En Valencia todos conocen la religiosidad de mis ideas, y además tengo personas influyentes para que me dejen tranquilo.

—En ese caso, es inútil lo que iba á proponerte.

—Habla, sin embargo.

—Ya sabes que el principal comercio á que me dedico es de piedras preciosas y tisú.

—Con efecto.

—Estos géneros tienen gran salida en Oriente, y he pensado establecer mi casa en Africa, que me brinda con su proverbial y nunca desmentida hospitalidad.

—¿Y venías á proponerme que me asociase á tus negocios, dejando mi residencia?

—Sí, Ramón.

—Te lo agradezco infinito; pero ya sabes los motivos que me permiten continuar en España, suceda lo que suceda.

—¡Quiera Dios que no te arrepientas algún día de quedarte aquí!

—Me parece que no.

—¡Ojalá! Sabes lo mucho que siempre te he apreciado.

Espinosa quiso que su amigo permaneciese unos días en su casa, pero éste negóse á hacerlo.

—Soy menos confiado que tú, y confieso que me produce espanto la publicación de la pragmática del rey, no queriendo permanecer en Valencia más que el tiempo absolutamente preciso para arreglar mi viaje.

Santiago aquel mismo día emprendió el regreso á la ciudad.

En cuanto á Espinosa, continuó en su casa de campo.

Todas las noches, con objeto de jugar una partida de ajedrez, hacíale una visita don Pedro.

La amistad de los dos vecinos iba estrechándose por momentos.

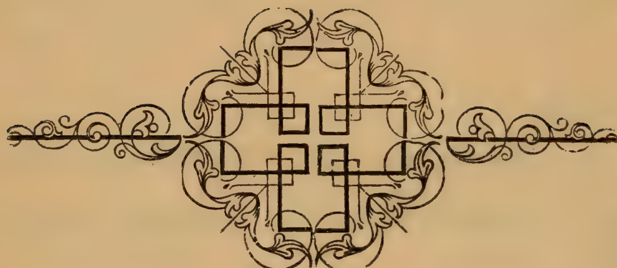
Andía habíaselo propuesto, y no le fué difícil hacerse muy simpático á los ojos del comerciante.

Un mes después, si hubiérale pedido la mano de Claudia, no hubiese dudado en concedérsela.

Pero el familiar no pensaba en casarse, ni mucho menos.

Su deseo limitábase á la posesión de Claudia, para relegarla después al olvido, como lo había hecho con otras muchas.

En cuanto á la joven, cada vez sentía más acentuada aversión hacia el familiar.





CAPITULO XLI

Donde aumentan las complicaciones.



NA tarde de los últimos días de Septiembre, don Ramón dijo á su familia:

—Es necesario que pasemos á la casa de nuestro vecino, abandonando vuestras incomprensibles preocupaciones. Varias veces me ha expresado este deseo, y hoy no pasa sin que le visitemos.

Como el comerciante habló tan terminantemente, ni doña Isabel ni Claudia se atrevieron á hacer la más pequeña observación.

Era preciso complacerle.

Un instante después, don Ramón y su familia dirigíanse á la morada de don Pedro.

Antes de repasar los umbrales, madre é hija se santiguaron devotamente, lo que hizo sonreir á Espinosa.

Don Pedro, apenas supo por su criado Tristán que esperábale su vecino con su señora é hija, apresuróse á recibirlos en su estancia.

—¡Tanta honra!—exclamó.

Y una sonrisa dibujóse en sus labios.

El familiar obsequió á sus vecinas con dulces y flores, dando á probar al comerciante un excelente vino que aseguró pertenecer á la bodega de su majestad.

—¿Y qué se refiere respecto á la pragmática?—preguntó don Ramón.

—Amigo mío, no quería haberos hablado de este asunto, por evitaros un disgusto; pero ya que sacáis la conversación, creo deber deciros cuanto sucede.

—Os lo agradeceré infinito.

—La pragmática, como no ignoráis, se ha publicado.

—Lo sé.

—La gran mayoría de los moriscos, respetando la regia disposición, han partido ya de España. Se afirma, sin embargo, que en algunos pueblos de Valencia se han levantado partidas haciendo vivas protestas en contra de la pragmática.

—¿Y qué conseguirán esos desgraciados?

—Entregar su cabeza al verdugo y que confisquen sus bienes.

—Es verdad.

—Como comprendéis, esto aumenta de un modo considerable la odiosidad hacia los moriscos, y es posible que paguen justos por pecadores.

—Pero ¿creéis que nos amenaza algún peligro?

Don Pedro, al oir esta pregunta, contestó con una de esas frases negativas que en el tono en que se pronuncian casi equivalen á una afirmación.

—Hablad con franqueza, amigo mío.

—No os ocurrirá nada,—añadió el familiar,—porque no han de faltarnos medios para evitarlo.

—Vuestra influencia.

—No, don Ramón: mi influencia, después de todo, es limitada.

—Entonces, ¿á qué os referís?

—Sencillamente á que si las cosas van presentándose tan mal como hasta ahora, podéis ocultaros con vuestra familia en esta casa. Yo siempre tengo algunas habitaciones á vuestra disposición.

—Muchas gracias.

—Y, como comprendéis, aunque se practique un escrupuloso registro en el pueblo, no han de sospechar que os encontráis en la casa de un individuo que pertenece á la Santa Inquisición.

—Ciertamente; pero lo que me proponéis os compromete.

—De ningún modo. Dejaremos que pasen unos días á ver el giro que toman las cosas, y según lo que resulte, obraremos.

———

Aquel día el comerciante estuvo más preocupado que de costumbre.

Su disgusto aumentó cuando supo por algunos individuos del pueblo que el levantamiento iba tomando serias proporciones, alentadas por un morisco llamado Turigi.

Hablábase en el pueblo de que en breve llegarían tropas para practicar un registro.

Espinosa decidióse á aceptar la oferta de Andía.

Una mañana presentóse en su vivienda.

—Amigo mío,—le dijo,—mucho siento tener que molestaros, pero me veo en la necesidad de admitir vuestro ofrecimiento.

—Iba á proponéroslo hoy mismo.

—Los rumores de que muy en breve llegarán tropas á este pueblo van aumentando, y temo por mi mujer y mi amada hija.

—No hablemos más del asunto. Esta noche á las diez, hora en que estarán recogidos los moradores de la comarca, echáis la llave á la puerta de vuestra casa y os instaláis en la mía.

—¿Cómo os pagaré lo mucho que hacéis por nosotros?

—Con vuestra amistad, que es el mejor premio.

Con efecto, aquella misma noche, á la hora indicada, esto es, cuando las calles estaban desiertas, Espinosa y su familia trasladáronse á la morada de don Pedro de Andía.

Este hallábase satisfechísimo.

Había conseguido que Claudia estuviese bajo su mismo techo.

No eran exageradas las noticias que el familiar había dado al comerciante.

Los moriscos defendíanse en algunos pueblos de la montaña.

Sin embargo, esto no es bastante para que alcanzasen á Espinosa los efectos de la pragmática, supuesto que en el ánimo de todos hallábase la convicción de que era cristiano.

Andía, aprovechándose del aislamiento en que se hallaba el comerciante, referíale diariamente sucesos horribles que le amedrentaban.

—Es una locura que por ahora salgáis de esta casa, —decía.—Las tropas del rey persiguen sin descanso á Turigi. El odio contra los moriscos se acentúa. Afirman que diariamente están embarcando á cientos de familias que se hallan en iguales condiciones que vos, esto es, que profesan la religión católica.

—¡Pero esto es horrible!

—¡Ya lo creo! Poco debe importaros, no obstante. Aquí estáis seguro. Todo se reduce á que permanezcáis en esta casa algún tiempo más.

—Pero las molestias que esto os origina...

—Al contrario. Si no fuese por el disgusto que me ocasiona la causa que aquí os retiene, creed positivamente que estaría muy satisfecho.

—¡Mil gracias, don Pedro!

—Creedlo, amigo mío.

—No lo dudo; y prueba de ello, que me determiné á aceptar el generoso ofrecimiento que me hicisteis.

Este diálogo y otros por el estilo sostenían diariamente el familiar y el comerciante.

El primero abandonaba su lecho antes que amaneciese, con la esperanza de ver á Claudia en el jardín.

Pero la joven casi había suprimido sus matinales paseos.

Cuando don Pedro conseguía verla, era acompañada de su madre.

Esta situación iba cansando á Andía.

Sus deseos se acentuaban con las dificultades, poderoso incentivo para las pasiones.

Una mañana el familiar recibió una agradable sorpresa.

Al abandonar su lecho acercóse al balcón, dirigiendo una mirada á través de los vidrios.

Grande fué su alegría al ver á Claudia en el jardín.

La joven estaba sola.

Don Pedro consideró que había llegado la ocasión oportuna.

Vistióse con rapidez y se aventuró por la escalera que conducía al jardín.

Un instante después se hallaba en él.

Claudia, al oir el rumor de sus pasos, fijó sus ojos en Andía.

—¡Cuánto se madruga!—dijo el familiar sonriéndose.

—Vos también.

—Con efecto, hace algunos días que apenas puedo cerrar los ojos. Estoy inquietísimo; pero á vuestra edad no es fácil que la misma causa os obligue á abandonar el lecho tan temprano.

—Yo siempre madrugo.

—No obstante, hasta hoy no he tenido la suerte de veros en este sitio.

—Algunas mañanas he paseado por él con m madre.

—Pero hoy ha tenido pereza para levantarse.

—La he dejado durmiendo.

Andía se aproximó á Claudia.

Luégo dijo:

—Esto no es un obstáculo para que demos una vuelta. ¿Queréis apoyaros en mi brazo?

—Mil gracias.

—Como gustéis.

El familiar guardó silencio algunos instantes.

No sabía de qué modo conducir la conversación al objeto que deseaba.

Sus ojos no apartábanse de la joven.

—Así se pasará la oportunidad,—pensó don Pedro, haciéndose una reconvención.

Y decidióse á entrar de lleno en el asunto.

—¡Qué hermosa sois!—dijo exhalando un suspirc.

Claudia, sorprendida con aquella inesperada exclamación, bajó los ojos.

Andía prosiguió:

—Vuestro padre me ha asegurado que aun no ha sentido vuestra alma las dulzuras del primer amor. ¿Es esto cierto?

—Sí,—respondió sencillamente la joven.

—¡Parece imposible!

—Tened en cuenta que he cumplido hace poco diez y seis años.

—¡Qué edad tan hermosa! ¡Feliz el que logre hacerse dueño de vuestro corazón!

Claudia, á pesar de su inocencia, comprendió que no debía permanecer en el jardín, deseando como deseaba evitar que aquel hombre prosiguiese dirigiéndola frases galantes.

—Con vuestro permiso, caballero,—le dijo,—vuelvo á reunirme con mis padres.

—¿Tanta prisa tenéis?

—No quiero que al despertarse mi madre note mi ausencia.

—¡Qué ingrata sois!

—¿Yo?

—Sí. Hace tiempo que anhelaba encontrar una ocasión como la presente, y ahora veo defraudadas mis más queridas ilusiones.

—No comprendo.

—Por vos hasta estoy faltando á mis deberes; pero hay una fuerza imperiosa que me obliga á ello.

—Sé á lo que os referís.

—Quizás no.

—Sí, don Pedro. Os consta que nosotros somos cristianos, y no podéis consentir que nos incluyan en el número de los enemigos de la fe católica.

—Tenía la certeza de que no habíais comprendido cuáles son los verdaderos móviles que me han impulsado á ocultaros en mi casa.

—Decídmelos, pues.

—Claudia, yo os amo. Vuestra cándida hermosura ha despertado en mi corazón una de esas pasiones violentas que no se extinguen sino con la muerte.

La joven, al oir esta declaración, hecha á quema ropa, bajó los ojos, y un subido carmín esparcióse por sus mejillas.

Jamás había oído una palabra de amor.

Nunca hubiera tampoco sospechado que se la dirigiese aquel hombre.

—Sois libre,—prosiguió don Pedro;—yo también lo soy. Por lo tanto, nos encontramos en perfectas condiciones de correspondernos. ¿Puedo abrigar alguna esperanza?

—Caballero, yo os estoy muy agradecida por lo que habéis hecho respecto á mis padres y á mí; pero os confieso que por ahora no pienso amar á nadie.

Esta respuesta contrarió á Andía, haciéndole fruncir las cejas.

—Pensadlo bien,—dijo.

—Ya lo he pensado. Mis padres no quieren que

consagre mi cariño más que á ellos, y si he de deciros la verdad, su deseo no me produce el más pequeño disgusto.

—¿De manera que no debo abrigar esperanzas?

—Seréis un buen amigo de mi padre, y por lo tanto mío también.

—¡Pequeña es la oferta!

—No tanto. ¿Acaso hay en el mundo un sentimiento más hermoso y desinteresado que el de la amistad?

—Cuando no se ambiciona más, tenéis razón; pero ¿quién, viendo vuestra hermosura y vuestra inocencia, se considera dichoso con que le otorguéis el nombre de amigo?

Claudia no respondió.

Sentíase contrariada al lado de aquel hombre.

Insistió, por lo tanto, en su deseo de reunirse con sus padres.

—Haced lo que os plazca,—respondió don Pedro con mal humor.

La joven alejóse.

El familiar la siguió con la mirada.

Cuando Claudia hubo desaparecido:

—Es inútil,—se dijo.—Cuanto intente para hacerme dueño de su corazón no conducirá sino á perder el tiempo de una manera lastimosa. Es necesario apelar á medios extremos.

Andía dió un largo paseo por el jardín.

Cuando penetró en la casa, don Ramón le esperaba.

—¿Venís de la calle?—le preguntó.

—Sí, amigo mío.

—¿Qué se dice?

—Lo de siempre. Sin embargo, los días van pasando, y paréceme que la llegada de las tropas á este pueblo no se verificará.

—¡Si tal supiese!...

—¿Qué haríais?

—Evitaros las molestias que ahora os origino, volviendo á mi casa.

—Yo tengo sumo gusto en que permanezcáis aquí.

—¡Mil gracias, don Pedro! Estaré un par de días más; y si para entonces no se ha presentado nadie sospechoso en el pueblo, volveré á casa.

—Como queráis. Después de todo, no hay inconveniente en que así se haga, pues caso de peligro, poco tardaríais en estar de nuevo aquí. Todo se reduce á dar unos cuantos pasos.

Transcurrieron dos días.

En el pueblo seguía reinando la más perfecta tranquilidad.

Claudia rehuía las ocasiones de ver á don Pedro.

Comprendiendo el comerciante lo disgustadas que hallábanse en la vivienda del familiar su esposa y su hija, y no queriendo tampoco seguir abusando de la hospitalidad de Andía, decidióse á instalarse de nuevo en su casa.

Así se lo hizo saber á don Pedro.

—Como queráis, amigo mío,—respondió éste.—La verdad es que no ha vuelto á hablarse de la llegada de las tropas.

—Y esas cosas suelen saberse con alguna anticipación.

—Desde luégo.

—Esta noche, por lo tanto, pasaremos á nuestra casa.

—Perfectamente.

Con efecto, don Pedro con su esposa é hija ocuparon de nuevo su casa de campo.

Claudia estaba muy pensativa.

Doña Isabel lo advirtió.

Al interrogar á su hija sobre los motivos de su preocupación, los ojos de la joven se inundaron de lágrimas.

—Pero ¿qué te sucede?—insistió doña Isabel.—¿Acaso no tienes ya confianza en tu madre?

—Sí. ¡No he de tenerla!

—Habla, pues. Estamos solas; nadie nos escucha.

Claudia no tenía costumbre de hacer á sus padres la menor ocultación.

Parecíala un crimen no decirles lo que habíale manifestado don Pedro.

A fin de acallar los escrúpulos de su conciencia, refirióle, pues, á su madre cuanto el familiar le había dicho.

La esposa del comerciante quedóse pensativa.

—Claudia, —la dijo,—has obrado con mucha cordura al responder á ese caballero como lo has hecho. Ahora que no nos oye tu padre, te confieso que ese hombre me inspira miedo, y no debe proceder con buena fe cuando aprovechó el encontrarte á solas para declararte su pasión.

—Es cierto.

—Es necesario, por lo tanto, que rehuyas las ocasiones de verle.

—Lo haré, y me complace lo que me aconsejas. Desde que conocí á ese hombre me ha sido antipático.

Doña Isabel dudó algunos instantes sobre el partido que debía tomar.

—Lo más conveniente,—se dijo, —será decirle á mi esposo cuanto sucede.

Y tomada esta resolución, doña Isabel dirigióse al aposento de su marido.

Don Ramón estaba escribiendo.

Al sentir el rumor que producían los pasos de su esposa, levantó la cabeza, fijando una mirada en ella.

Doña Isabel cerró la puerta del aposento.

Luégo sentóse junto á Espinosa.

—Ramón,—le dijo,—vengo para que hablemos extensamente.

—Te escucho, pues.

—¿Cuáles son tus propósitos respecto á nuestra permanencia en esta casa?

—Por ahora no pienso que la dejemos. Ya sabes lo

que ocurre, y no quiero exponeros ni exponerme á un grave disgusto.

—¿De modo que tu proyecto es permanecer aquí algún tiempo más?

—Aunque sea todo el invierno.

—Bien, Ramón, no trataré de contrariarte en lo más mínimo, pero debo hacerte una advertencia.

—¿Cuál?

—Conviene, supuesto que hemos de continuar en esta casa, que evites en lo posible que don Pedro venga á visitarnos con la frecuencia que lo hace.

Espinosa no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

—¡Qué manía tan infundada has tomado á nuestro vecino! Creí que con el noble comportamiento que tuvo hace poco con nosotros, habrías modificado tus opiniones.

—Te confieso que no.

—¿Negarás que nos ha hecho un favor al admitirnos en su casa?

—Ramón, lo creí por un momento, pero ahora estoy convencida de lo contrario.

—¿Qué motivos tienes para pensar así?

—Te los diré.

—Habla.

—Don Pedro ama á nuestra hija.

—¡Qué disparate!

—Cuando te lo aseguro es porque lo sé con certeza.

—¡Vamos, eso es una locura!

—Sabe que cuando estábamos en su casa, don Pedro, aprovechando un momento en que Claudia se hallaba sola en el jardín, la declaró su amor.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nuestra hija.

—¡Cosas de chicas! La diría cualquier frase que su inocencia interpretó mal.

—No, Ramón, no te obceques.

—Y aun suponiendo que fuese cierto lo que dices, ¿es un motivo que don Pedro ame á nuestra hija para que le hagamos un desprecio hasta el punto de negarle nuestra amistad?

—Ramón, no es ese hombre el que conviene á nuestra querida Claudia.

—No sé por qué.

—A mí no me gusta. Hay algo en él que me le hace antipático, y á nuestra hija le sucede lo mismo.

—Tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Sí, Isabel; Claudia es casi una niña; no se deja llevar más que por nuestros consejos. Si no le hubieses hablado en contra de nuestro vecino, le apreciaría.

—No lo creas. Acuérdate que cuando le conoció fué la primera en manifestar su disgusto.

—Genialidades de mujeres, de las que jamás hice caso.

Y don Ramón no volvió á ocuparse de este asunto.

Entre tanto, don Pedro sentía acentuarse sus deseos hacia Claudia.

Creyendo que su pasión pudiera disiparse con la ausencia, pensó en un principio regresar á Madrid.

Cierto que por entonces se hablaba del ascendiente que iba teniendo cerca del rey el duque de Uceda, llamado á destituir del poder al de Lerma, de que era el satélite don Pedro de Andía.

Este presentóse una tarde en la casa del comerciante.

—Amigo mío,—le dijo,—tengo que comunicaros una nueva desagradable.

—¿Pues cómo?

—Los acontecimientos políticos de la corte me obligan á separarme de vos.

—¿Partís á Madrid?

—Sí, amigo mío. Aseguran que el duque de Lerma dejará pronto de ser ministro; y distinguiéndome como me distingue con su amistad, me parece muy justo hallarme á su lado en momentos tan críticos.

—¡Es natural!

—¡Parece imposible que las intrigas puedan llegar hasta el punto de hacer que desaparezca la estimación que el monarca profesaba al duque!

—Con efecto, el de Lerma ha sido mucho tiempo el verdadero soberano.

—Lo merece por su talento.

—Y ¿cuándo pensáis partir?

—Mañana mismo.

—¡Ah don Pedro! ¡Cuánto he de echar de menos vuestra compañía!

—Lo mismo que yo.

—Aun vos os dirigís á la corte, donde tendréis numerosos amigos; pero yo me quedo en el fondo de este pueblo.

—¿Cuándo pensáis regresar á Valencia?

—Por ahora no me atrevo.

—Hacéis perfectamente. Me consta que el peligro no ha cesado, y sería una temeridad que os expusieseis á las más tristes consecuencias. Yo, como acabo de déciros, vuelvo á la corte: desde allí os escribiré manifestándoos lo que se piensa respecto á los que se hallan en vuestras condiciones.

—Bien, don Pedro.

—Excuso deciros que he de interponer toda mi influencia á fin de evitaros cualquier contrariedad.

Esta promesa concluyó de hacer simpático á aquel hombre á los ojos del comerciante.

Hubiera hecho por él cualquier sacrificio, creyéndole el más leal de sus amigos.

—Sin embargo,—prosiguió Andía,—es mi deber hablaros con entera franqueza. No hacerlo sería una prueba de poca amistad.

—Cierto.

—El peligro acrecienta de una manera considerable. Turigi, el opulento morisco que se hallaba al frente de la insurrección, ha caído en poder de las tropas del rey. No ignoráis que Turigi es cristiano; pero como

ha hecho armas contra las disposiciones del monarca, tanto él como otros muchos, en cuyo caso os encontráis, no se hallan exentos de peligro. Turigi será ahorcado, y es una lástima que vos, que poseéis una buena fortuna, no hayáis partido lejos de España.

—¡Ya me lo aconsejó un amigo!

—En fin, ¡quién sabe! Yo en la corte haré cuanto pueda por evitaros una desgracia. Ya sabéis lo que os aprecio. Al lado del favorito de su majestad he de saber necesariamente el giro que toman las cosas, y os tendré al tanto de ellas.

El comerciante quedóse pensativo.

Empezaba á pesarle no haber abandonado España, como aconsejóle su amigo Santiago.





CAPITULO XLII

Donde Andía empieza á desarrollar su infame proyecto.



L siguiente día don Pedro levantóse más temprano que de costumbre.

Tristán penetró en su aposento, llevándole el desayuno.

Iba á alejarse, cuando el familiar le llamó.

—Tristán,—le dijo,—es necesario que hoy mismo te dirijas á Játiva. Ya sabes que en aquella ciudad posee mi hermano una hermosa casa de campo, que no disfruta desde hace muchísimo tiempo.

—Es verdad.

—Una vez allí, le manifiestas al guarda que muy en breve iré á pasar una temporada.

—Corriente, don Pedro.

Andía emprendió aquella misma tarde su viaje; pero en vez de dirigirse á la corte, como habíale asegurado á su vecino, tomó el camino de Valencia.

—Es necesario que Claudia sea mía,—decíase arrellanándose en el asiento del vehículo;—y para conseguirlo, necesito tomar una resolución enérgica. La venda que cubre los ojos del comerciante no tardará en caer, y entonces todos mis proyectos fracasarían. La madre de Claudia me mira con cierta aversión. Son dos rémoras que es preciso que desaparezcan, y nada más fácil de conseguir.

Apenas llegó don Pedro á Valencia, instalóse en una hostería.

En ella supo que la persecución á los moriscos, no solamente no había cesado, sino que se acentuaba por momentos.

El familiar celebró esta circunstancia, que favorecía sus deseos.

No quiso perder tiempo para poner en práctica sus infames propósitos, y dirigióse á la casa de don Juan de Miranda, que era una de las personas comisionadas por el rey á fin de que se cumpliese lo dispuesto en la pragmática de expulsión.

Don Juan de Miranda recibió perfectamente al familiar del Santo Oficio.

Éste entró de lleno en la cuestión.

—Me consta, —le dijo, —que á pocas leguas de aquí se halla oculta una familia de moriscos muy conoci-

dos en esta ciudad, por ser el cabeza de ella uno de los más opulentos comerciantes.

—Es necesario confiscar sus bienes y obligarles á salir de España.

—Por eso he venido á comunicaros que me consta su paradero.

—Que nos designaréis.

—Desde luégo.

—Bien, don Pedro. Será un nuevo servicio que tendríamos que agradeceros.

Don Juan de Miranda, don Pedro y algunos soldados y alguaciles salieron al siguiente día hacia el pueblo en que se hallaba el comerciante.

El familiar, que montaba un soberbio caballo, refrenólo una legua antes de llegar al pueblo; y fijando sus ojos en Miranda, dijo:

—Amigo mío, no creo necesario que yo os acompañe hasta la misma casa en que vive la familia á quien vais á prender. Goza ésta de la estimación de muchas personas del pueblo, y no me conviene crearme enemistades.

—Perfectamente. Basta con que me indiquéis las señas de la casa.

—No tiene pérdida. Decís á cualquiera que os indique un caserón que denominan la *Morada del Diablo*. Enfrente de ese sombrío edificio hay una casa circuida por un jardín. Esa es.

El familiar despidióse de Miranda; é hiriendo con la espuela los ijares de su caballo, partió á galope.

Su propósito, como habrán comprendido nuestros lectores, era llegar al pueblo antes que los soldados.

Esto tenía necesariamente que suceder, pues don Juan de Miranda era el único que iba á caballo.

Los soldados y alguaciles, como se trataba de un trayecto de dos leguas, habían salido á pie de la ciudad.

Andía llegó á su casa.

Tristán había regresado de su viaje.

—¿Hiciste mi encargo?—le preguntó don Pedro.

—Todo está dispuesto. Vi en Játiva á Sebastián.

—Pues ahora dispón un carruaje con toda urgencia, y espera con él detrás de esta casa.

Don Pedro dirigióse algunos momentos después á la casa del comerciante.

Como era una hora avanzada de la noche, sorprendióse Espinosa al oir un aldabonazo.

Inmediatamente abandonó el lecho, asomándose al postigo.

—Abrid,—dijo el conocido acento de don Pedro.

Un instante después don Ramón abría la puerta.

—Amigo mío,—exclamó el familiar,—es necesario que toméis toda clase de precauciones.

—¿Qué sucede?

—Me consta que va á practicarse un registro.

—Pero ¿esta misma noche?

—Dentro de un momento. La tropa se acerca.

—¡Ay, Dios mío! ¡Mi pobre Isabel, mi infeliz Claudia! ¡Si al menos estuviésemos en vuestra casa, como la otra vez!

—¡Ya lo creo! Entonces no había peligro.

—Y ya no habrá medio.

—¡Quién sabe!

—Al menos mi esposa y mi hija...

A este punto llegaba la conversación, cuando abrióse la puerta, dando paso á la hija del comerciante.

La joven había abandonado su lecho al oir el aldabonazo.

—¿Qué ocurre, padre?

—Ya os lo explicaré. Vamos á ocultaros en mi casa, —dijo Andía.—Seguidme, señorita. No hay tiempo que perder.

—Pero ¿y Isabel? —preguntó don Ramón.

—Decidla que se disponga inmediatamente, y pasad con ella á mi casa. No se puede perder un momento.

—Padre,—dijo Claudia, —yo espero.

—De ningún modo. Sigue á don Pedro. En seguida iremos á reunirnos contigo.

Claudia vaciló algunos momentos.

Andía ofrecióla su brazo, que la joven aceptó maquinalmente.

—¡Por Dios,—dijo el familiar,—no os detengáis!

Y dirigióse con Claudia hacia la puerta.

El carruaje esperaba en el sitio convenido.

—Entrad,—dijo don Pedro,—haciendo á Tristán, que ocupaba el pescante, una seña significativa.

Claudia vaciló. Andía entonces empujóla al interior del carruaje, repitiendo:

—No hay tiempo que perder.

La joven no dábase cuenta de lo que ocurría á su alrededor.

Cuando Tristán hizo restallar la fusta y los caballos se pusieron en movimiento, Claudia fijó sus ojos en Andía, dirigiéndole esta pregunta:

—Pero, decidme, caballero, ¿adónde vamos? ¿No habéis quedado en que mis padres se nos reunirían?

—Con efecto, pero no os inquietéis. Vuestros padres se encontrarán pronto libres de todo peligro.

—¿No asegurabais lo contrario hace un instante?

Andía no supo qué contestar.

Por toda respuesta, una sonrisa dibujóse en sus labios, y encogióse de hombros.

Claudia, intranquila con aquella contestación, sintió aumentar su zozobra.

Quiso apearse, pero don Pedro se lo impidió

Presentía un grave riesgo, pero sin darse cuenta exacta de él.

El familiar no apartaba sus ojos de la joven.

Sus pupilas despedían brillantes irradiaciones.

¡Qué hermosa estaba Claudia!

Un rayo de luz penetraba por la ventanilla del carruaje, besando los cabellos de la joven.

La palidez que se esparcía por su rostro alabastrino prestaba más encantos á su natural hermosura.

Reclinada con negligencia en el almohadón del carruaje, parecía la imagen de la candidez y la belleza.

Don Pedro no pudo sofocar su impaciencia.

Instintivamente fué aproximándose á la joven; y rodeando su esbelta cintura con uno de sus brazos, quiso atraerla hacia su pecho.

Pero Claudia le rechazó bruscamente.

Sus mejillas, pálidas como la nieve, cubriéronse súbitamente de un vivo carmín, y dirigióle al libertino una mirada de enojo.

Andía no desistió por esto de su empeño.

Parecía un sátiro animado por la presencia gentil de una ninfa.

—¡Te amo! —murmuró.

Y haciendo un esfuerzo para vencer la resistencia de la joven, estampó un apasionado beso en los purpurinos labios de la hija del comerciante.

Esta, al sentir el ardoroso contacto de aquella boca, lanzó un grito, ocultando su rostro entre las manos.

Acababa de comprender cuál era su horrible situación.





CAPITULO XLIII

El halcón y la paloma.



EJEMOS por algunos momentos á don Pedro de Andía y á la hija del comerciante, y volvamos á la casa de éste y de su esposa.

Apenas quedóse solo don Ramón, confiado en que su hija estaba salvada desde el instante en que acompañábala el familiar, el morisco dirigióse al aposento de doña Isabel.

Ésta había abandonado su lecho y disponíase á reunirse con su marido.

—¿Qué sucede?—preguntó con acento tembloroso.—He oído un fuerte aldabonazo. ¿Quién era?

—No se puede perder un instante. Vamonos, esposa mía, toma mi brazo y huyamos.

—Pero ¿qué ocurre?

—No me lo preguntes ahora. Ya te lo explicaré.

—¿Has despertado á nuestra hija?

—Claudia ya está libre del peligro que nos amenaza.

—No comprendo.

—No te ocupes de ella.

—¡Como si eso fuera posible!

—¿Dudas en hacerlo cuando te afirmo que puedes estar tranquila?

—Pero dime lo que sucede. No saldré de esta casa sin saberlo.

Don Ramón hirió el pavimento con el pie.

—¡Qué terquedad! El que ha llamado era mi amigo Andía.

—¿Qué deseaba ese hombre á semejantes horas?

—Como siempre, vino á hacernos un favor.

La esposa del comerciante hizo un movimiento que expresaba su desagrado.

Don Ramón continuó:

—Sorprendíme al verle y me apresuré á franquearle la puerta.

—Continúa.

—Don Pedro me manifestaba un instante después que van á practicar un nuevo registro en este pueblo, y que no debíamos perder un momento para apelar á la fuga.

—Y ¿dónde se halla don Pedro?

—En su casa con nuestra hija.

—Desgraciado! ¡qué has hecho!

—¿Iba á dejar que nuestros perseguidores se apoderasen de ella? Ahora iremos en su búsca. Me parece que oigo rumores de pasos.

—¡Ay, Ramón, quiera Dios que no nos pese la confianza que has depositado en ese hombre!

—¡Siempre lo mismo!

—En fin, ya no hay remedio.

—Huyamos, pues. Han llamado de nuevo. No cabe duda que es nuestro vecino, que vuelve por nosotros.

Y Espinosa se asomó á una ventana.

—¡Maldición!—exclamó retrocediendo.

—¿Qué sucede?

—Los que han llamado son nuestros perseguidores.

—¡Dios mío!—exclamó doña Isabel cruzando las manos y dirigiendo una mirada al cielo.

—Ocultémonos, Isabel.

—Pero ¿dónde?

—En cualquier parte. Es posible que mientras echan abajo la puerta y registran la casa, regrese nuestro amigo y pueda evitar nuestra desgracia.

—No. ¡Parece imposible que seas tan cándido! Todo ha sido un miserable ardid de ese hombre para robarnos á nuestra idolatrada hija.

—¡Calla, Isabel!

—No lo dudes. Como tu corazón es tan noble, no concibe que haya seres tan infames.

Don Ramón apoderóse de una de las manos de su esposa.

—Anda, Isabel, sígueme. ¡Ocultémonos, por Dios!

—¡Qué me importan cuantas desgracias puedan sobrevenirnos, si nos han robado á Claudia!

Oyóse un nuevo aldabonazo mucho más fuerte que el primero.

Entonces Espinosa obligó á doña Isabel á que se apoyase en su brazo, y aventuróse con ella por la angosta escalera que conducía al desván.

—Sube,—la dijo con acento enérgico.

—¿Y tú?

—Volveré en seguida. Quiero prevenirme contra esos infames.

Y dirigiéndose á su aposento, cogió una pistola.

Un instante después hallábase en el desván con su esposa.

Don Juan Miranda, viendo que nadie respondía á su llamamiento, dió orden á los soldados para que echasen abajo la puerta.

Había tenido la precaución de dejar á varios alguaciles junto á la verja del jardín.

La cerradura saltó hecha pedazos.

Don Ramón y su esposa oyeron el ruido que produjo al romperse.

El primero sostenía con la temblorosa diestra la pistola montada.

—¡Por Dios, Ramón, qué vas á hacer! —decíale su esposa.

—Defenderte y vender cara la vida.

—Pero es una temeridad. No conseguirás sino perderte.

El comerciante no atendió al consejo.

Estaba desesperado.

Los alguaciles, seguidos de don Juan de Miranda, fueron registrando todas las habitaciones con la mayor escrupulosidad.

—No cabe duda que se hallan arriba,—dijeron algunos.

Y se aventuraron por la escalera.

La puerta que conducía al desván estaba cerrada con llave.

—¡Abrid en nombre del rey!—ordenó Miranda.

—¡Nunca!—respondió Espinosa colocándose delante de doña Isabel.

La puerta no tardó en salir de su cerco, rota por los goznes, que hallábanse medio destruídos por la humedad.

Entonces don Ramón hizo fuego.

Miranda y los que le acompañaban retrocedieron algunos pasos.

El proyectil no había herido á ninguno.

Rehechos de la sorpresa, lanzáronse sobre el comerciante, que sostuvo una desesperada lucha.

Uno de los soldados le asestó en la cabeza un fuerte golpe con la culata de su arcabuz.

Don Ramón vaciló un momento, cayendo luégo.

La sangre brotaba de una ancha herida, enrojeciendo su rostro.

Dos alguaciles se encargaron de conducirle, transportándole al piso principal.

Otros dos maniataron á doña Isabel, que estaba inmóvil como una estatua.

Al siguiente día, como la gravedad de don Ramón impedíale hacer el viaje á Valencia de otro modo, fué colocado en el interior de un carruaje, permitiéndole que le acompañara su esposa.

Esta no cesaba de pensar en su hija.

Cada vez afirmábase más en la verdad de los hechos; esto es, en que don Pedro habíales hecho traición, siendo el origen de todas sus desventuras.

Una nueva desgracia les esperaba.

Doña Isabel fué conducida á la playa con otros muchos moriscos que habían estado rehacios en el cumplimiento de la pragmática.

En cuanto á su esposo, debía permanecer en Valencia por dos razones.

Primero, porque el mal estado de su salud no le permitía abandonar su inmundo camastro de la cárcel.

Y además, porque, como había hecho armas contra la justicia, los tribunales tenían que juzgarle por este grave delito.

Ya comprenderán nuestros lectores la horrible aflicción de doña Isabel.

Ignoraba el paradero de su hija, sabiendo además que á su querido esposo le aguardaba la muerte.

Inútiles fueron sus ruegos afirmando que era cristiana. Su súplicas se estrellaban contra la inflexibilidad de sus jueces.

Una vez en la playa, la hicieron penetrar en un esquife que la condujo á bordo de un buque que debía dejarla en las costas de Africa.

En cuanto al destino de don Ramón, fué más horrible, pero más breve.

Cuando estuvo convaleciente se le siguió proceso, condenándole á morir ahorcado por resistencia á la autoridad.

Así acabó aquel honrado comerciante.

Mientras estos dramas se desenvolvían en Valencia, veamos lo que ocurría en la ciudad de Játiva.

La quinta del hermano de don Pedro era verdaderamente encantadora.

La casa, ó mejor dicho el palacio, constaba de dos pisos y un mirador, desde el que se gozaba de los más hermosos panoramas.

El jardín era muy extenso, habiendo en él fuentes, cenadores y cuanto contribuye á embellecer estos lugares.

Cuando el carruaje que conducía á Claudia y al familiar se detuvo junto á la puerta del edificio, la joven se hallaba más tranquila.

Don Pedro habíala asegurado que en aquella casa encontraría á sus padres.

El guarda salió á recibir al hermano de su señor.

Este echó pie á tierra, dando la mano á la joven para que se apease.

La hija del guarda era una linda muchacha que desde luégo se captó las simpatías de Claudia.

Grande fué la sorpresa de ésta al ver que sus padres no estaban allí.

—No os impacientéis, —la dijo don Pedro.—Se habrán retrasado; pero no dudéis que muy en breve llegarán.

La estancia que Andía destinó á la hija del comerciante era encantadora.

Sus dos ventanas caían sobre el extenso parque.

El mobiliario era tan elegante como lujoso.

La joven dió por el jardín un largo paseo.

Necesitaba respirar el aire libre.

Transcurrió el día.

La impaciencia de Claudia aumentaba por instantes.

Empezaba á comprender su triste situación.

Llegó el crepúsculo, envolviendo la tierra en sus misteriosos velos.

Entonces Claudia, reclinándose en un diván, dió rienda suelta á su llanto.

¡Qué hermosa estaba!

Las lágrimas temblaban en sus largas pestañas como brillantes gotas de rocío en los pétalos de una flor.

Hallábase ensimismada en sus pensamientos, cuando se levantó la cortina de terciopelo que cubría la puerta, dando paso al familiar.

Claudia se estremeció.

Don Pedro fijó en ella sus ojos, que despedían relámpagos de deseos.

Acercóse á la joven, sentándose á su lado.

La hija del comerciante quiso levantarse; pero Andía se lo impidió, apoderándose de una de sus manos.

—Claudia, —la dijo procurando dar á su acento las inflexiones más dulces, —ha llegado el momento de que hablemos con entera libertad. Estás en mi casa, nadie nos escucha. Quiero pedirte perdón, y no dudo alcanzarlo cuando sepas los móviles que me han impulsado á traerte aquí.

Claudia bajó los ojos.

Estaba absorta al ver la familiaridad con que la trataba aquel hombre.

—En otra ocasión, —prosiguió don Pedro, —te dije que te amaba, y era verdad. Has sabido despertar en mi alma una de esas pasiones que no se extinguen más que con la vida del que las experimenta. Tú me respondiste con cierto desdén, pero no me sorprendió. Quizás era la primera vez que llegaban á tus oídos palabras de amor. ¿No es cierto?

La joven hizo un movimiento afirmativo.

—Ahora bien, Claudia, —prosiguió Andía con creciente entusiasmo, —yo te repito ahora lo mucho que te quiero. La vida sin ti me parece un infierno; en

cambio á tu lado se convierte en un paraíso. Sé lo que vas á responderme; esto es, que no me amas, que te inspiro cierta aversión; pero te aseguro que muy en breve se habrán disipado las malas impresiones que te produce mi compañía. Eres buena, no eres ingrata, y he de darte tantas y tan repetidas pruebas de mi amor, que no es posible que no te inspire compasión.

—Pero ¿y mis padres? ¿cómo no llegan? ¿No me asegurasteis que los encontraría aquí?

—Eso te dije, Claudia.

—¿Y no es cierto que vendrán pronto?

—Ya te he dicho antes que había llegado el momento de decirte la verdad, y debo cumplirte mi palabra.

—Hablad, pues.

—Tus padres no vendrán aquí. Ignoran tu paradero.

—¡Qué infamia!

—Temía que tu aversión hacia mí debilitase el afecto que me profesa tu padre, y que no solamente me negara tu mano, sino que hasta me privase de verte.

—¡Ah don Pedro! ¡Nunca lo hubiera creído de vos! ¡Sois un infame!

—Ya te he dicho que te amo, y esto justifica mis acciones.

—Nunca.

—Si me correspondes, si con el trato te convences de la sinceridad de mi amor, entonces volverás al lado de tus padres, y nos uniremos con el sagrado lazo del matrimonio.

Claudia guardó silencio.

Sabía que cuantos ruegos dirigiese al familiar habían de ser inútiles.

—Ahora, Claudia,—prosiguió don Pedro,—voy á llamar á tu doncella para que te acompañe á tu habitación. Debes estar fatigada.

—No dormiré.

—¿Por qué no? Las lágrimas llaman al sueño, y hoy has vertido muchas.

El familiar llamó á la hija del guarda.

Era una linda joven de diez y nueve años, llamada Rosa.

—Acompaña á la señorita á su aposento,—ordenó el familiar.

Rosa dirigió á la joven una mirada mientras asomaba á sus labios una amable sonrisa.

Claudia no tenía sueño.

Sin embargo, decidióse á aceptar el consejo de Andía, aunque no fuera más que por alejarse de él.

—Hasta mañana,—dijo don Pedro.

La joven no respondió sino con una mirada de desprecio.

Un instante después Claudia penetraba en su lujoso aposento seguida de la doncella.

—¿Vais á acostaros?—preguntó Rosa.

—No; prefiero pasar la noche en este sofá.

—Como gustéis. Pero os convendría el descanso.

—¡El descanso!—repitió la joven.—¡Como si fuese posible que yo descansase!

Rosa fijó de nuevo una mirada en su señorita.

Parecía adivinar lo que la sucedía.

—¿Mandáis algo?—la preguntó.

—No quiero que me dejes sola. Tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí, Rosa.

—Pues hacéis mal. Aunque esta casa está situada en los alrededores de la ciudad, nunca ocurre nada malo.

No obstante.

—Os acompañaré con mucho gusto.

—Siento molestarte, pero...

—De ningún modo. No me ocasionáis la más pequeña molestia.

Las jóvenes habían formado el propósito de pasar la noche juntas, pero no lo consiguieron.

Suponiendo el familiar la súplica que había hecho Claudia á la doncella, apresuróse á enviar al aposento de la hija del comerciante á la esposa del guarda, para que manifestase á Rosa que su padre reclamaba su presencia.

—¿Volverás?—preguntó Claudia.

—En seguida.

Y Rosa salió de la estancia.

Apenas quedóse sola nuestra protagonista, abrióse de nuevo la puerta de la habitación, dando paso al familiar Andía.

Claudia abandonó súbitamente el asiento que ocupaba.

Don Pedro cerró la puerta, corriendo el cerrojo.

Su rostro, generalmente lívido, estaba cubierto de un vivo escarlata.

Sus ojos brillaban.

Parecía el tigre que acecha á la inocente gacela.

Hubo una lucha breve, porque las fuerzas eran desiguales.

La casta paloma manchó su blanco plumaje.

El sañudo gavilán consiguió apoderarse de su víctima.





CAPITULO XLIV

Con rumbo á España.



L esposo de Zobeida guardó silencio algunos instantes.

Don Juan de Zúñiga, que había escuchado la anterior historia sin interrumpirle, fijó sus negros ojos en el caudillo.

—Ahora comprendo vuestra profunda aversión,—le dijo;—pero si ese miserable familiar portóse tan infamemente con vuestros antepasados, no debéis juzgar por él de la conducta de todos los cristianos.

—Es cierto, capitán,—respondió Alí;—pero aun no he terminado de referiros las desgracias que sobrevinieron á mis mayores por la realización del torpe capricho de don Pedro.

—Proseguid, pues, la historia que me habéis referido. Me interesa, y deseo conocerla hasta el final, ya que me dais esa prueba de confianza.

—Os la merecéis.

—Mil gracias. Os escucho.

—La desventurada Claudia no cesaba de pensar en sus queridos padres,—prosiguió Alí.—Hay que tener en cuenta lo triste de su situación. Hallábase en poder de un hombre que le era odioso. Unicamente tenía á su lado á Rosa, á quien no tardó en profesar un verdadero afecto. Cierto es que la hija del guarda la correspondía. Gracias á esta joven, consiguió Claudia verse libre del infame que la esclavizaba.

—¿Luego consiguió fugarse de Játiva?

—Sí, don Juan; pero no por esto cesaron las desventuras de la infeliz.

—Pues ¿qué sucedió?

—Su razón habíase perturbado al hallarse fuera de su elemento, que era la pureza y la virtud.

—¡Pobre muchacha!

—Rosa, aprovechando unos días en que don Pedro se hallaba ausente, facilitó á Claudia los medios de salir de aquella casa, huyendo de su verdugo.

—¿Y se dirigiría á Africa?

—Claudia llegó á la playa en el momento en que estaban embarcándose varios moriscos. Como se negasen á admitirla, dijo quién era, y apresuráronse á hacer que entrase en un esquife.

Algún tiempo pasó hasta encontrar á doña Isabel.

Cuando supo el desastroso fin que había tenido su padre, acentuóse su locura, que no la abandonó hasta la muerte.

Alí guardó de nuevo silencio.

Había terminado su historia.

—¿Comprendéis ahora, —dijo después de algunos momentos,—por qué he dudado en responderos á la pregunta que me hicisteis? La odiosidad á los cristianos fué transmitiéndose en mi familia de padres á hijos.

—Se comprende.

—Mis antepasados eran cristianos, yo lo hubiese sido indudablemente; pero cuando recuerdo que esta religión era el antifaz con que cubríase don Pedro de Andía, vacilo en aceptarla.

—Don Pedro era un infame, pero no todos los católicos somos lo mismo.

—Prueba de que opino como vos, que me he casado con Zobeida, que es cristiana y posee un talento y una virtud con los que me hace completamente dichoso.

Las mejillas de Zobeida se colorearon al oir las alabanzas de que era objeto.

Luégo dirigióle á su marido una mirada, mientras en sus carmíneos labios dibujóse una sonrisa.

—Hé aquí nuestra historia,—dijo la joven, á quien un rasgo de modestia hacía sentir el deseo de que no se ocupasen de su persona.—Por lo demás, desde que vivimos en Argel nuestra vida se ha deslizado

como un dulce sueño, como una cadena de flores, en la que eslabónase una ventura con otra.

—No lo dudo.

—La única preocupación que teníamos era nuestra enemistad con Muley, y éste ha dejado de existir.

—También era hijo de Valencia.

—Lo sé.

Aquella noche, á fin de obsequiar á Zúñiga, Alí dispuso que se iluminasen los cármenes de su palacio.

Presentaban éstos una perspectiva verdaderamente maravillosa.

Las esclavas de Zobeida cantaron y bailaron al son de las guzlas.

—Me habéis prometido que permaneceréis unos días con nosotros,—dijo Alí á don Juan.

—Y os cumpliré mi promesa, aunque haciéndoos una súplica.

—¿Qué deseáis?

—Me encuentro perfectamente en vuestra compañía; pero no os negaré que me conviene regresar á España cuanto antes sea posible.

—En ese caso no os detendré más que tres ó cuatro días, que invertiremos en cazar si os agrada este ejercicio.

—¡Cómo no ha de agradarme la imagen de la guerra!

—Terminada la cacería, uno de mis buques os conducirá al puerto de España que más os convenga.

—Mil gracias, Alí.

—Nunca haré lo bastante para demostraros mi agradecimiento.

Aquel mismo día don Juan hizo que se presentase en su estancia el renegado Amet.

—Amigo mío,—le dijo con la más cariñosa solicitud,—os he hecho una promesa, y es necesario que no perdamos el tiempo. Yo deseo regresar á mi país.

—Y yo también, para dar un abrazo á mis queridos padres.

—¿Cuándo queréis que emprendamos la marcha?

—Yo no saldré de aquí hasta que conozca el paradero de mi hermana.

—¿Y si esto no se consigue?

—En ese caso moriré en Argel.

—Haremos cuanto sea posible por encontrar á María.

—Don Juan, debo, sin embargo, haceros una advertencia: no llega mi egoísmo hasta el punto de imponeros el sacrificio de que permanezcáis aquí indefinidamente.

—Te lo he prometido.

—No importa. Vos, como es natural, deseáis volver á España. Aquí nada puede llamar vuestra atención. Durante vuestra cacería iré á visitar al alfaquí de que os he hablado en distintas ocasiones. Si él me da razón del paradero de mi hermana, juntos regresaremos á Valencia, donde os invito á que paséis una temporada en la casa de mis padres.

—Acepto con sumo gusto.

—Si mis deseos no se realizan y no encuentro á María, entonces emprended solo el viaje.

—¿Pero?...

—Don Juan, hoy, gracias á vos, soy completamente libre: puedo, por lo tanto, hacer gestiones para encontrar á mi hermana. Me habéis pagado con creces el pequeño servicio que os hice.

—Sea como quieras. No insisto en hacer que cambies de propósito, porque es muy justo, y no conseguiría tampoco mi objeto.

Al siguiente día, Zúñiga, acompañado de Alí, de Abul Cazín, de Zobeida y un considerable número de esclavos, dirigióse á uno de los bosques del caudillo.

Amet emprendió su viaje hacia la morada del alfaquí.

Soberbia fué la cacería.

El esposo de Zobeida era hombre que sabía hacer bien las cosas.

Cinco días duró la expedición.

Al cabo de ellos, los cazadores regresaron al palacio del opulento musulmán.

—Ahora,—dijo Zúñiga,—supongo que no os opondréis á que parta.

—Mucho lo siento, pero no os diré una palabra en contra de vuestro deseo. Si algún día la casualidad ó los azares de la fortuna os hiciesen volver á este país, sabéis que soy vuestro amigo y que habéis de encon-

trar esta casa á vuestra disposición. ¿Cuándo partís?

—Mañana.

—Voy á dar orden para que dispongan el buque que ha de conduciros.

—Perfectamente.

Alí salió de la estancia.

No habían pasado cinco minutos desde que Zúñiga quedóse solo, cuando abrióse de nuevo la puerta del aposento, dando paso á Gabriel.

El joven parecía hallarse muy pensativo.

Desde luégo comprendió don Juan que no había realizado sus aspiraciones.

—Todo ha sido inútil, ¿no es verdad? —preguntóle sin embargo.

—Sí, señor; el alfaquí ignora por completo el paradero de mi hermana. ¿Cuándo partís?

—Mañana, si no dispones otra cosa.

—En manera alguna. Dios os dé mejor suerte que á mí.

—¡Quién sabe, Gabriel, lo que aun te reserva el destino!

—Poco confío.

—No obstante, la esperanza es uno de los bienes que nos ha concedido Dios para que podamos sobrellevar las vicisitudes de la vida.

—¡Triste consuelo vivir de esperanzas que no han de realizarse jamás!

Al día siguiente apenas brillaron en el cielo los

primeros albores, don Juan, seguido de Alí, de Cazín y de Amet, salió del palacio, dirigiéndose hacia la playa.

La mañana estaba hermosísima.

Ni una nube alteraba la diafanidad del cielo.

El mar estaba tranquilo.

Sus leves ondas rompíanse en la arena, produciendo cadenciosos murmullos.

A lo lejos divisábase el buque que había de conducir á Zúñiga á su patria

Era éste un gallardo bergantín denominado *Simoun*, nombre que había recibido por su ligereza.

Don Juan alargó su mano al caudillo, que éste estrechó con efusión entre las suyas.

Luégo hizo lo propio con Cazín.

Cuatro remeros esperaban en un esquife para conducir á Zúñiga á bordo del *Simoun*.

El joven se aproximó á Gabriel.

—¿No te decides á acompañarme?—le preguntó.

—¡Es imposible! Os veo partir con verdadera envidia, pero no saldré de Argel hasta que encuentre á mi hermana.

—Adiós, pues, amigo mío.

—Adiós, don Juan.

Zúñiga penetró en el esquife.

Este deslizábase poco después sobre las olas con una rapidez extraordinaria.

Amet y sus acompañantes siguieron al viajero con una mirada

Luégo retiráronse silenciosamente á su palacio.

En cuanto á don Juan, poco después llegaba junto al bergantín.

—Echad la escala, —dijo uno de los remeros.

Aquella orden ejecutóse en seguida.

Zúñiga aventuróse por la escala de cuerda, y pocos instantes despues hallábase sobre la cubierta del *Simoun*.

El capitán de éste era un joven argelino que simpatizó desde luégo con nuestro protagonista.

Cierto que Alí habíale recomendado mucho que le guardase las mayores consideraciones.

Como lo único que se esperaba era que llegase don Juan para partir, acercáronse los marineros al cabestrante, y acompañándose de ese grito monótono y cadente que emplean los hombres de mar para la ejecución de sus maniobras, procedieron á levar el ancla.

Ésta hallábase poco después fuera del agua y aferrábase en los garfios de sujeción.

El capitán dió otra orden.

Media docena de marinos de espaldas fornidas y brazos hercúleos perdiéronse entre las jarcias.

Desplegáronse las velas.

Como el viento era leve, fué preciso utilizar casi todo el aparejo.

El *Simoun* inclinóse gallardamente sobre babor.

Luégo irguióse, emprendiendo su marcha.

Zúñiga dirigió una última mirada á la costa argelina.

No esperaba volver á visitar aquel país, donde, después de todo, su buena fortuna no habíale abandonado.

Vió perderse á lo lejos la silueta de Alí, de Cazín y de Amet.

—¡Pobre joven! —exclamó refiriéndose á este último. —Hubiera deseado que me acompañase.

La costa fué perdiéndose de vista.

El *Simoun* avanzaba sobre las olas como el terrible viento que recibe este nombre sobre las blancas arenas del Sahara.

Era un hermoso buque, de casco estrecho y largo, de gracioso velamen y de mástiles gallardos y finos como cañas.

Aquel día Zúñiga permaneció sobre la cubierta.

Agradábale contemplar las olas que estrellábanse contra el casco, produciendo gratos murmullos y deshaciéndose en brillantes penachos de plata.





CAPITULO XLV

Combate y naufragio.



L capitán del *Simoun* era, como ya hemos dicho, un agradable joven.

Sus facciones tenían ese sello peculiar del Oriente, en que había nacido.

Sus negros ojos jamás se inclinaban al suelo.

Por el contrario, poseían una fijeza y una concentración que revelaban la energía de su carácter.

Su tez, morena naturalmente, era cobriza por la constante acción del cierzo.

El capitán habíase pasado la mayor parte de su existencia navegando.

Para él, el mejor concierto era el silbido lúgubre que produce el viento al pasar entre las jarcias, ó el rudo redoble del trueno repercutido por las dilatadas extensiones del piélago azul.

Este era el capitán del bergantín pirata; esto es, un hombre que por su carácter tenía necesariamente que congeniar con el de Zúñiga.

Aquella noche el pirata invitóle á comer en su camarote.

Sentados junto á la mesa, Zúñiga preguntó:

—Decidme, capitán, ¿hacia qué puerto de España nos dirigimos?

—Si os parece,—respondióle el interpelado,—echaremos el ancla antes de entrar en la bahía gaditana.

—Muy bien.

—Desde allí os conducirá un esquife á tierra. Este viaje lo verificaréis de noche para evitar peligros.

—Como queráis.

—Los españoles,—prosiguió el capitán,—nunca han tenido grandes simpatías hacia nosotros; pero de algún tiempo á esta parte su odio es más acendrado.

—Capitán, si no temiese herir vuestra susceptibilidad patriótica, y me dejase llevar de la ruda franqueza que me caracteriza, os diría una cosa.

—Hablad.

—Las costas valencianas están sacrificadas por los hijos de Argel: no se pasan muchos meses sin que caigan sobre ellas.

—Es cierto. Ésta es la justa venganza de lo que

siempre hicieron con nosotros los cristianos. Registrad los anales de nuestra historia. Nos expulsaron del reino granadino, más tarde de Valencia. En una palabra, hemos sufrido todo género de vejaciones.

Zúñiga no tenía deseos de entablar una discusión.

Además, cuanto el capitán acababa de decirle era cierto.

A este punto llegaba el diálogo, cuando presentóse el segundo.

—Capitán,—dijo,—por barlovento se descubre un buque.

El joven hizo un movimiento que expresaba su disgusto.

—Un capitán,—dijo,—es un esclavo de su deber. Mucho siento dejaros solo un instante, pero tengo que subir al puente.

—Si lo permitís, os acompañaré.

—Con sumo gusto.

Ambos salieron de la cámara, dirigiéndose á la cubierta por una de las escotillas de popa.

El capitán, una vez en el puente, examinó el buque que habíanle anunciado con ayuda del anteojo.

En cuanto á Zúñiga, apenas lo descubría, pues hallábase á una gran distancia.

—¡Hola, hola!—dijo el capitán.—Parece que nos han visto, y han cambiado de rumbo.

—¿Huyendo de nosotros?

—Al contrario.

—¿Tendremos combate?

—Es posible.

—Casi lo celebraría. ¿A qué nacionalidad pertenece el buque?

—Ostenta en su proa el pabellón español.

—¡Hola! Un compatriota. Entonces no hay que temer.

—¿Por qué?

—Todo se reduce á hacerles señas y que nos pongamos al habla.

—No seré yo quien apele á ese recurso tan comprometido.

—¿Creéis que habían de romper las hostilidades con un buque que conduce á un capitán español?

El pirata encogióse de hombros.

Luégo dijo:

—No, preferible es que larguemos el aparejo: trabajo ha de costarles alcanzarnos si así lo hacemos.

—Como queráis.

El buque español avanzaba hacia el *Simoun* con una rapidez extraordinaria.

—¿Sabéis,—dijo el pirata,—que he visto pocos barcos que tengan tan buenas condiciones veleras como ese bergantín?

—Con efecto. Paréceme un buen competidor del *Simoun*.

—¡A ver, muchachos, aumentad el aparejo!

Aquella orden fué ejecutada inmediatamente con esa prontitud que se verifican todas las maniobras marítimas.

El capitán examinó el horizonte.

—Por fortuna,—dijo,—el tiempo está bueno.

Y apenas hubo pronunciado estas palabras arrugó el entrecejo.

Zúñiga comprendió que algo grave ocurría.

—¿Qué sucede, capitán?

—Por sotavento descubro otro buque que también ostenta el pabellón de España.

—¡Hola! Eso es grave. Vamos á tener que habérnoslas con fuerzas superiores.

—Sí, no cabe duda: ambos nos han visto y se dirigen hacia nosotros. ¡A ver, muchachos, cargad los cañones y cada cual ocupe su puesto por lo que pueda acontecer!

—Hé aquí un verdadero compromiso,—dijo Zúñiga.

—¿Por qué?

—Se trata de batirse contra mis compatriotas, cosa que no he hecho jamás.

—Si tales reparos de conciencia tenéis, bajad á vuestro camarote.

—Eso nunca, capitán. Yo no permanezco inactivo cuando se bate el cobre.

Los buques enemigos avanzaban.

Particularmente el primero que habían visto los piratas, bogaba hacia el bergantín á toda vela.

—Va á echársenos encima. Por si es así, prepararemos las armas para el abordaje.

Y el capitán comunicó esta orden.

A bordo del *Simoun* reinaba ese silencio profundo

que se advierte antes de empezar un combate naval.

Algunos marineros esperaban junto á los cañones con las mechas preparadas.

El capitán no apartaba el anteojo de su vista.

Quería observar hasta los menores movimientos de sus enemigos.

Uno de los buques españoles izó el pabellón de su nacionalidad.

—¿Qué hacemos?—preguntóle al capitán el contramaestre.

—Guardemos silencio.

—Perfectamente.

El bergantín español, viendo que ninguna insignia apareció en los mástiles del *Simoun*, no creyendo oportuno continuar así, decidióse á romper las hostilidades.

De una de sus bandas brotó una línea luminosa, seguida de una horrible detonación.

Una de las balas pasó sobre la cubierta del buque pirata sin originar avería de ningún género.

El capitán pirata mordióse los labios.

Luégo dió orden de hacer fuego.

Viró el *Simoun* gallardamente con una ligereza extraordinaria hasta poner una de sus bandas enfrente del buque enemigo.

Después oyóse una horrible detonación que hizo estremecer al bergantín.

Una nube de humo levantóse por encima de la mura de estribor.

Los proyectiles habían hecho volar algunas jarcias de la nave española.

—A ver,—dijo el capitán.—Ha llegado el momento de desenmascararse. Que icen el pabellón argelino.

Todos aplaudieron aquella resolución.

La bandera argelina ondeó sobre uno de los mástiles.

Desde aquel momento, los dos buques cambiaron sus fuegos.

No podían apreciar los resultados de sus respectivos disparos, porque el humo producido por la pólvora adquirió una gran densidad. Unicamente cuando los cañones vomitaban sus terribles proyectiles, veíase una franja roja semejante á la que produce el rayo rasgando los preñados nubarrones de la tormenta.

De pronto oyóse por babor un nuevo disparo.

El otro buque español había acudido en socorro de su compañero.

—¡Hola!—exclamó el capitán frunciendo las cejas,—ahora es cuando empieza lo grave. Tenemos que habérnoslas con dobles enemigos.

No había concluído de pronunciar estas palabras, cuando una bala, hábilmente dirigida desde uno de los buques españoles, penetró en el costado izquierdo del *Simoun*.

Las mejillas del capitán pirata palidecieron.

Para que la situación fuese más grave, apareció en aquel momento un hombre por una de las escotillas de popa.

Sus ojos desencajados parecían querer salirse de sus órbitas.

—¿Qué ocurre?—preguntóle don Juan de Zúñiga.

—¿Dónde está el capitán?

—¡Qué pregunta! En su puesto. ¿Dónde queréis que se halle más que sobre el puente?

El marinero lanzóse sobre la cubierta, y aproximándose al capitán, exclamó:

—El buque hace mucha agua.

—¡Pronto á las bombas!—gritó el capitán con energía.

Esta orden hizo estremecer á los marineros, no sólo por el rudo é ímprobo trabajo que se les imponía, sino también por conocer el peligro que les amenazaba.

Durante algunos momentos abandonaron los cañones.

—¡Qué importaba recibir los proyectiles enemigos, si otro peligro mucho mayor batía sobre ellos sus lúgubres alas!

A bordo del *Simoun* advertíase el silencio más profundo, sólo interrumpido por el golpe monótono que producía la bomba al extraer el agua de los sollados.

Inútiles esfuerzos.

El aparato hidráulico no era bastante potente para extraer la cantidad de líquido que penetraba en el buque.

Entonces oyóse á bordo del *Simoun* un acento ronco pronunciando estas palabras:

—¡Arrojad al agua el lastre, y si es preciso, los cañones!

Todos los marineros lanzáronse hacia las escotillas con una rapidez extraordinaria.

En un instante fueron arrojados al mar multitud de objetos.

Aun no era bastante.

Los cañones también fueron desmontados, arrojándolos al agua.

Pero cuantos esfuerzos se hacían eran inútiles.

Oyóse de nuevo la voz del capitán.

—¡Sálvese el que pueda!—exclamó.

Y no había concluído de decir esto, cuando los tripulantes arrojáronse como tigres sobre los esquifes.

Trabóse entonces un reñido combate, combate terrible y desesperado.

Los esquifes cayeron al agua.

Algunos marineros, por saltar á ellos, caían al mar.

Otros luchaban cuerpo á cuerpo.

Allí no había amigos.

No abrigábanse en los corazones más que el instinto de conservación.

Sólo dos hombres permanecían inmóviles sobre el puente.

Uno era el capitán del *Simoun*.

El otro, don Juan de Zúñiga.

Ni aun en aquellos momentos de desesperación dudaba nuestro protagonista que le protegiese Satanás.

Los marineros más robustos ocuparon los esquifes.

Llevaban éstos muchas más personas de las que en ellos cabían.

Varios apoderáronse de los remos.

Las barcas se separaron del bergantín.

Una feroz sonrisa dibujábase en los labios de los que creíanse salvados.

Y decimos esto, porque no habían de conseguir su objeto.

Los buques españoles, que habían suspendido por un momento el fuego, apenas vieron que los piratas habían abandonado el *Simoun*, lanzaron sobre los esquifes sus proyectiles.

A su rudo empuje, las débiles barcas, demasiado cargadas ya, zozobraron.

Sus tripulantes cayeron al agua.

Aquella escena era horrible.

Durante algunos momentos se vió á una porción de hombres luchando con las olas.

Algunos de ellos querían acercarse de nuevo al bergantín.

Faltáronles las fuerzas, y el abismo fué tragándoselos uno á uno.

Los más débiles fueron los menos desgraciados, porque la lucha fué más breve.

Entre tanto el *Simoun* iba hundiéndose lentamente.

Faltaban muy pocas líneas para que el agua rebosase por encima de las muras.

Tan seguro era el naufragio, tan imposible la salvación del bergantín, que sus enemigos los buques españoles dejaron de hacer fuego, y á fin de evitar la conmoción que necesariamente había de producir el barco pirata al sepultarse en el abismo, alejábanse de él á toda vela.

—¡Esto es horrible!—exclamó el capitán dirigiéndose á Zuñiga.

—Con efecto, os confieso que es la primera vez que mi corazón ha acelerado sus palpitaciones en medio del peligro.

—Nuestra muerte es segura; pero no debemos esperarla aquí.

—¿Qué remedio hay para evitarlo?

—Yo, don Juan, voy á arrojarme al agua.

—¿Y qué conseguiréis?

—Nada; pero algunos han tenido la fortuna de salvarse en una tabla. Ya no veo ningún esquife.

—Y aunque lo vieseis.

—El bergantín se hunde; nos arrastrará al abismo.

Zúñiga contrajo los labios con cierto desdén.

—¿Me seguís?—preguntó el capitán aterrado ante la glacial indiferencia de aquel hombre.

—No.

—¿Por qué?

—Jamás he huído de los peligros, por grandes que sean.

—Pero esto se comprende cuando se trata de peligros de otra naturaleza.

—Por mí no os detengáis.

El pirata no vaciló y arrojóse al agua.

Zúñiga dirigióle una compasiva mirada.

Era tan noble su corazón, que hasta olvidábase de los peligros propios por los ajenos.

El capitán luchó valerosamente.

Quiso asirse á un pedazo de mástil que flotaba sobre las olas; pero no era bastante grande para sostenerle, y hundióse con él.

—¡Que Dios le ampare y recoja su alma!—exclamó don Juan con entristecido acento.

Luégo dirigió una mirada en torno suyo.

Estaba completamente solo.

Todos habían muerto.

Las olas se encrespaban á su alrededor.

El agua llegábale á las rodillas.

Entonces Zúñiga sintió cierta desconfianza de salvarse.

—¿Será posible que mi protector me haya abandonado?—se preguntó.

E instintivamente asióse á una de las escalas de cuerda que terminaban en uno de los mástiles.

Cualquier otro hombre que no fuese Zúñiga hubiera muerto de terror.

Cada vez se hallaba más cerca del terrible elemento que agitábase á sus pies de una manera amenazadora.

Don Juan fijó sus ojos en el horizonte.

Aun uno de los buques españoles podía divisar sus señas.

Nuestro protagonista acordóse de que llevaba una pistola en el cinto.

Reconoció el cebo.

Afortunadamente para él, la pólvora no estaba mojada.

Zúñiga disparó.

Luégo, arrojando el arma, sacó su blanco pañuelo, agitándolo en dirección al buque que tenía á la vista.

Pasaron algunos instantes de horrible ansiedad. Esos instantes de vida ó muerte que parecen siglos de agonía.

—No me han visto,—exclamó,—ó no quieren acudir en mi socorro, creyendo sin duda que soy un pirata.

Esto se dijo Zúñiga, cuando observó que á bordo del buque español advertíase algún movimiento.

Agitó de nuevo su pañuelo.

Entonces vió que botaban al agua un esquife, y que saltaron á él cuatro marineros.

Peligrosísimo era lo que intentaban.

Si al acercarse hundíase el bergantín pirata, los arrastraría necesariamente.

Pero esta consideración no detuvo á aquellos intrépidos hombres.

Zúñiga entonces soltó las jarcias de la escala y arrojóse al mar.

Confiaba en sus robustos brazos para llegar al esquife salvador.

Aquella vez, como siempre, el espíritu infernal habíale libertado de una muerte segura, ó por lo menos así creíalo nuestro protagonista.





CAPITULO XLVI

Encuentro inesperado.



EMPEZABA á amanecer cuando don Juan de Zúñiga consiguió asirse á las encallecidas manos de uno de los hercúleos marineros que tripulaban el esquife.

¡Tiempo era de que así fuese, pues empezaban á faltarle las fuerzas!

—¡Pardiez!—exclamó el marino.—¡Este hombre no es moro!

—Soy tan cristiano como tú.

—Pero en ese caso, ¿por qué enarbolasteis el pabellón argelino?

—Ahora os lo explicaré. Dejadme que repose algunos momentos. Estoy rendido.

—Lo creo. Pensé que no llegabais al esquife.

Zúñiga, chorreando agua de pies á cabeza, sentóse en la parte de popa del esquife.

Su respiración era fatigosa.

Los cuatro marineros tenían sus ojos fijos en aquel hombre extraordinario.

Cuando se hubo sosegado un poco, Zúñiga dijo:

—Ante todo, debo advertiros, para vuestra tranquilidad, que el buque que acabáis de echar á pique era un bergantín pirata, por más que sus intenciones al dirigirse á las costas españolas no fuesen hostiles en la ocasión presente.

—Y ¿cómo diablos ibais en ese buque?

—Más os sorprenderá todavía cuando sepáis que tengo la honra de pertenecer al ejército español.

—¿Erais cautivo de esos malos perros?

—Lo he sido, aunque conseguí luégo la libertad y su aprecio.

Zúñiga no quiso dar explicaciones más amplias.

Sabía que tan pronto como abandonase el esquife había de referir al capitán del buque español cuanto habíale acontecido, y no era hombre á quien agradaba mucho relatar sus aventuras más de una vez.

Transcurrida una media hora, la barca hallábase atracada al bergantín.

Desde éste echaron la escala.

El primero que subió por ella fué Zúñiga.

No habíase engañado en sus suposiciones.

El capitán del buque salió á recibirle.

Desde luégo comprendió que don Juan no era un

pirata argelino, creyendo, como los marineros que habíanle conducido en el esquife, que el joven era cautivo de los musulmanes.

Iba Zúñiga á darle explicaciones; pero el capitán le interrumpió con estas palabras:

—Ante todo, cambiad de ropa. Venís empapado como una sopa.

—Con efecto, siento humedad hasta en los huesos.

Zúñiga, acompañado de un marinero, bajó á uno de los camarotes del buque.

Una vez en él, sustituyó su traje por otro.

Luégo aventuróse de nuevo por una de las escotillas de popa, subiendo sobre cubierta.

El capitán le esperaba.

—Acaban de asegurarme que pertenecéis al ejército español,—le dijo.

—Con efecto. Soy capitán.

—Perfectamente. ¿Vuestro nombre?

—Juan de Zúñiga.

—Tengo que hacer mis apuntes en la bitácora. Por eso os hago estas preguntas.

—Sois muy dueño de ello, capitán, y os manifestaré los motivos que obligábanme á navegar á bordo del buque pirata.

—Si os parece, pasaremos á mi cámara, donde tomaremos una taza de café y unas copas de ron.

—Con mucho gusto acepto vuestro ofrecimiento.

El capitán y Zúniga dirigiéronse á la cámara del primero.

Una vez en ella, sentáronse junto á una pequeña mesa.

El capitán llamó.

Presentóse en seguida un marinero.

—Sírvenos café, y trae una botella de ron de Jamaica,—ordenó el capitán.

Y luégo, dirigiéndose á Zúñiga:

—Tengo la evidencia,—dijo,—que ha de agradaros el ron: es verdaderamente legítimo.

—¿Venís de América?

—Del Perú.

—No conozco ese país.

—Os agradaría sobre manera. Sólo viéndole puede tenerse idea de la espléndida vegetación de aquellos climas.

—También es riquísima la del Africa.

—¿De qué punto venís?

—De Argel.

—Pero ¿qué idea tuvisteis al dirigir vuestros pasos hacia una zona cuyos moradores nos profesan tan profunda aversión?

—Ya sabréis que nuestro monarca, cansado de los atropellos que con harta frecuencia cometen los piratas argelinos en las costas valencianas, decidióse á evitarlo tomando las más enérgicas medidas.

—Con efecto, he tenido noticia del bombardeo de Argel.

—Yo soy uno de los capitanes que formaban parte de aquel ejército.

—Todo lo comprendo. Caisteis después en poder de los enemigos.

—Es verdad.

—¡Cuánto os habrán hecho sufrir!

—Sería injusto si tal dijese. En Argel, como en todas partes, me ha sonreído la fortuna.

—Dichoso vos.

—No puedo quejarme de mi destino.

Y Zúñiga refirióle al capitán cuanto habíale ocurrido durante su permanencia en Argel.

—Doime la enhorabuena,—dijo el capitán cuando Zúñiga terminó su relación,—de haber libertado de la muerte á uno de los más bravos oficiales de nuestro ejército.

—¡Mil gracias, capitán! ¿Cómo os llamáis?

—Jorge.

—Pues bien, capitán Jorge, yo también celebro mucho haber tenido la honra de conoceros.

El marinero penetró de nuevo en la cámara

Un instante después servía el humeante café, descorchando luégo una botella de ron.

Zúñiga llevóse á los labios la taza que contenía el aromático líquido.

—¿Qué os parece?—preguntó Jorge.

—De primer orden, capitán.

Disponíanse ambos á seguir la conversación, cuando llamaron á la puerta con unos ligeros golpecitos.

—¿Quién es?—preguntó el jefe del bergantín.

—¿Se puede, capitán?—interrogó desde fuera un acento varonil.

Zúñiga volvió la cabeza súbitamente.

Aquella voz le era muy conocida.

—Juraría,—exclamó,—que conozco esa voz.

—El que ha preguntado es también un capitán. Buen muchacho, cuyo trato ha de agradaros. Adelante, Rogelio.

Zúñiga ya no dudó.

Púsose en pie al oir este nombre.

Con efecto, el que acababa de pedir permiso para entrar en la cámara era Rogelio, el hijo de Josefina y el conde de Massi, esto es, el antiguo amigo de don Juan de Zúñiga.

Rogelio penetró en la cámara.

Al ver al amado de su hermana, escapóse de sus labios una exclamación de sorpresa y de alegría.

—¡Tú aquí, Juan!

Y ambos jóvenes uniéronse en un estrecho abrazo.

—¿A qué debo la satisfacción de encontrarte aquí? —preguntó Zúñiga cuando pasaron los primeros instantes de alegría.

—Eso es lo que yo te pregunto.

—¿Te sorprende verme á bordo?

—En ti todo es extraordinario; pero no creo que hayas venido como los pelícanos ó las gaviotas.

—Con efecto.

—Háblame, explícame á qué debo el gusto de abrazarte antes de lo que esperaba.

—Ante todo, con permiso del capitán Jorge, siéntate y toma una taza de este delicioso líquido.

Rogelio obedeció.

—¿De manera,—dijo el capitán del bergantín sonriéndose,—que os habéis encontrado con un antiguo amigo cuando menos lo esperabais?

—Es verdad,—respondió Zúñiga.—Con mi mejor amigo, con el hombre á quien quiero como si fuese un hermano.

—Y al que correspondo de igual manera.

—Habla, pues. Te escucho con el mayor interés.

Rogelio, aprovechando un instante que el capitán Jorge ocupábase en escanciar unas copas de ron, hizo á su amigo una seña que equivalía á decirle:

—Ya te referiré todas mis impresiones y aventuras cuando estemos solos. Ahora me cohibe la presencia del capitán Jorge.

Comprendiólo Zúñiga, y no volvió á insistir en que su amigo hablase.

—¿De modo que vienes del Perú?—preguntóle.

—Sí. Donde me he acordado muchísimas veces de ti. Aquel país te hubiese agradado sobremanera.

—No lo dudo.

—Pero aun no me has dicho á qué debo tu extraordinaria aparición á bordo de este bergantín.

—Te lo diré, aunque ya el capitán Jorge lo sabe, y nada cansa tanto como oir repetir las cosas.

—Hablad libremente. Yo ahora, con vuestro permiso, os dejo solos, pues mi profesión me obliga á su-

bir á la cubierta, de la que falto, como sabéis, hace una hora.

—Como queráis, capitán.

Los dos amigos quedáronse solos.

Era lo que deseaban vivamente.

Como nuestros lectores saben, hacía tiempo que estaban separados y necesitaban comunicarse sus impresiones.

—Habla, Juan,—dijo Zúñiga.

—¿He de ser el primero?

—Sí. Luégo hablaré yo.

—Como quieras.

Y Zúñiga refirióle á su amigo cuanto le había ocurrido desde que se separaron.

—Veo con satisfacción,—dijo Rogelio cuando Zúñiga concluyó de relatarle sus aventuras,—que no te ha abandonado la buena fortuna.

—Por el contrario, cada día me favorece más.

—Lo que celebro infinito.

—Lo sé, Rogelio. Me consta que me pagas el afecto que te profeso.

—¿De manera que hace algún tiempo que no has visto á mi familia?

—Sí.

—Yo estoy ansioso de abrazar á mi madre y á mi hermana.

—¿Crees que tardaremos mucho en arribar á algún puerto español?

—No.

—Perfectamente. Ahora, Rogelio, espero me cumplas tu promesa Ya sabes cuanto me ha sucedido en Argel. Veamos lo que á ti te ocurrió en el Perú.

—No creas qne mi narración estará completamente desprovista de interés.

—No lo dudo.

Rogelio apuró el contenido de su taza, cruzó después una pierna sobre la otra y refirióle á su amigo lo que verán nuestros lectores en el capítulo siguiente:





CAPITULO XLVII

Preparativos de lucha.



o necesitaba Rogelio manifestar á su amigo Zúñiga las poderosas causas que le obligaron á salir de España y emprender su viaje á América, puesto que ya las conocía.

Por aquella época, como en casi todos los períodos de nuestra historia, gozábase de poca tranquilidad.

No solamente sostenían los españoles una guerra encarnizada con los ingleses, sino que, para agravar la situación, en el Perú, esto es, en una de las zonas más ricas del Nuevo Mundo, habíase despertado el deseo de restablecer el poder de los antiguos Incas.

Parecía que el encono de Atagualpa y su hermano habíase transmitido al caudillo Tupac Amaru, que al frente de sesenta mil indios luchaba con los españoles por recuperar la independencia de sus antepasados.

Rogelio estaba satisfecho.

Como nuestros lectores saben, deseaba la muerte, buscaba ésta como una solución que pusiese límite á las contrariedades de familia que sufría por el extraordinario cariño que inspirábanle su madre y su hermana y la profunda aversión que sentía hacia el conde de Massi.

—¡Esto es horrible!—decíase el joven.—No puede negarse que la conducta de mi padre es digna de censura; pero es el autor de mis días, y jamás he debido atentar contra su existencia. Es una monstruosidad, un crimen inaudito, que merece un castigo severo, que sabré imponerme. No me arranco el corazón, porque de este modo cometería un nuevo crimen; pero no han de faltarme ocasiones para exponer mi pecho á las balas.

Así pensaba el joven durante su viaje á Barcelona, donde debía embarcarse para el Perú.

Rogelio llegó á la capital de Cataluña una mañana.

El tiempo estaba muy apacible.

Pocas veces se encrespan las olas en aquella bahía. Generalmente se hallan tranquilas.

En la playa advertíase gran movimiento.

Aquella misma tarde debía la fragata *Santa Teresa*

emprender su viaje, llevando al Perú una gran parte de las tropas españolas encargadas de poner á raya á los indios.

Como el viaje era largo y muchos los que iban á tripular la *Santa Teresa*, era necesario llenar los almacenes de comestibles, depósitos de agua potable y vituallas de guerra.

Rogelio presentóse al general de la fuerza.

Llamábase éste don José del Valle.

Era hombre de sesenta años, pero que conservaba todo el vigor y energía de la juventud.

Habíale elegido el rey para aquella arriesgada expedición, seguro de que en un breve plazo conseguiría dominar la fiereza del caudillo Tupac Amaru.

Rogelio fué perfectamente recibido por el general.

Éste tenía ya noticias de las buenas prendas que adornaban al joven.

—¡Ah! — exclamaba éste con frecuencia.—¡Sólo siento que no me acompañe Juan de Zúñiga! No quisiese dejar de existir sin darle un último abrazo.

Cuando terminó de hacerse el cargamento del buque, multitud de esquifes deslizáronse sobre la azulada superficie del mar, conduciendo las tropas.

En uno de ellos iba nuestro protagonista.

Poco después el joven subía á la *Santa Teresa*.

Una vez que estuvo á bordo de la fragata, apoyóse en una de las muras, dirigiendo sus ojos hacia la playa.

Todavía advertíase en ella un gran movimiento.

Gran número de curiosos iban á despedir á aquellos valientes soldados que abandonaban la patria querida para luchar primero con el líquido elemento, arriesgando después su existencia en rudos combates con los indios.

Empezóse á elevar el ancla.

Cuando ésta estuvo sujeta en la proa, fué disparado uno de los cañones de la embarcación.

Balanceóse gallardamente la *Santa Teresa*, y con ayuda de un buen viento se deslizó sobre las olas.

Es imposible describir lo que Rogelio sintió en aquel instante.

Para el hombre generoso y bueno, es una contrariedad inexplicable el alejarse de la localidad donde fué dichoso.

Parece que brillan con más esplendor en la memoria todos los gratos recuerdos de la niñez.

Rogelio no quiso bajar á su camarote, sin duda porque deseaba ardientemente seguir gozando de la perspectiva que presentaba la ciudad.

Sin embargo, ésta fué desapareciendo.

Las altas torres de las iglesias escondiéronse entre la bruma y desaparecieron en el horizonte.

Entonces Rogelio exhaló un suspiro.

Acordóse de su querida madre y de su hermana Adelina.

La *Santa Teresa* se deslizaba sobre la superficie azul con una majestad encantadora.

Era un gallardo barco, cuyas condiciones veleras podían competir con las de un buque negrero.

Llegó la noche.

¡Cuán hermosa es una noche serena en el mar!

Al espirar la tarde habían admirado una magnífica puesta de sol.

El astro del día cubrió el horizonte de vistosas tintas, desde el vivo anaranjado al tenue matiz de la rosa pálida.

Todos aquellos reflejos fueron desapareciendo, y entonces asomáronse tímidamente las estrellas entre diáfanos velos de un inmaculado azul.

Pero lo verdaderamente hermoso fué la aparición de la luna, ese melancólico faro de las noches apacibles.

Parecía salir de las olas.

Luégo fué ascendiendo, marcando su luminosa estela, que rielaba en el agua.

Sus argentinos destellos rozaban el rizado dorso de las ondas, que murmuraban melancólicamente al besar el casco de la embarcación, cubriéndole de brillantes espumas.

Rogelio hubiérase pasado toda la noche en la muda contemplación de la naturaleza.

Sin embargo, no pudo realizar este deseo.

No era él uno de los oficiales de guardia, y á bordo se observa el mayor rigor.

Un bronco sonido interrumpió el silencio que reinaba en la *Santa Teresa*.

Era producido por la bocina del contramaestre, indicando que había llegado la hora del reposo.

Rogelio dirigió una mirada á la inmensidad del cielo, y luégo aventuróse por una de las escotillas que conducía á su camarote.

Una vez en éste, recostóse en su hamaca y se cubrió con una manta, procurando conciliar el sueño.

Al siguiente día, apenas amaneció, todos los tripulantes despertaron al toque de diana.

El joven dirigióse de nuevo á la cubierta.

Algunos marineros dedicábanse á la limpieza del buque.

En pocos instantes quedaron los cañones como espejos, así como todos los objetos que había.

Las melancólicas ideas de Rogelio habíanse disipado en parte.

Cierto que no desistía de su firme propósito de buscar la muerte; pero hallábase más tranquilo.

Parece que el cierzo tiene ciertas propiedades para disipar la tristeza.

Los primeros días que se vive á bordo, todos los corazones palpitan á impulsos de la alegría, así como después penetra en el alma el más profundo hastío.

Rogelio gozaba con la contemplación de aquel piélago sin fin y de aquel horizonte magnífico.

Hubo durante el viaje un episodio digno de mención.

El capitán de la *Santa Teresa*, hombre curtido por el cierzo y de carácter rudo, hallábase en el puente.

Un grumete anunció que se descubría una vela.

Inmediatamente el capitán examinó con el anteojo la embarcación anunciada.

Comprendió Rogelio en su gesto que no habíale satisfecho mucho el resultado de su observación.

El joven subió al puente.

—¿Qué ocurre, mi capitán?—preguntóle.

—Paréceme que vamos á tener que quemar alguna pólvora antes de llegar al Perú.

Al oir esta respuesta, dibujóse una sonrisa en los labios de Rogelio.

Precisamente era lo que él deseaba.

Un combate en alta mar, esto es, una probabilidad de perder la vida.

—¿Según eso,—dijo,—ese buque que han anunciado es sospechoso?

—Mucho.

—¿Algún pirata?

El capitán movió la cabeza negativamente.

—¿Quizás algún negrero?

—Tampoco.

—Entonces, capitán, ¿qué os inquieta?

—Recorren estas aguas enemigos más terribles y poderosos que los piratas y los negreros.

—Creo haber adivinado.

—Ese buque, si no me equivoco, debe ser un crucero inglés.

—¿No lleva pabellón?

—Calculad la inmensa distancia que todavía nos separa. Aun no puede la vista apreciar ciertos detalles.

Rogelio guardó silencio.

No quiso insistir haciendo nuevas preguntas.

El capitán seguía observando con gran atención.

De pronto apartó el anteojo de su vista y exclamó:

—Sí, no cabe duda, es un crucero inglés; nos ha visto, y ha cambiado de rumbo para acercarse.

—¡Bravo!—exclamó el joven, en cuyas facciones se reflejó la mayor alegría.

—A ver, observad.

Y entrególe á Rogelio el anteojo.

Éste tomó el instrumento óptico, aplicándosele á la vista.

—Es indudable,—dijo después de un momento.—Ostenta en su popa el pabellón inglés.

Frunció el capitán el entrecejo.

Luégo hizo una seña al contramaestre para que se acercase.

Comunicóle una orden, y el contramaestre á su vez la transmitió con la bocina á la tripulación.

Entonces advirtióse á bordo un gran movimiento.

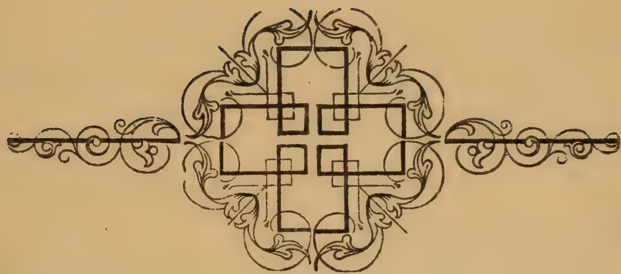
Unos procedieron á blindar el casco con cadenas.

Otros perdiéronse entre jarcias.

Otros, por último, cargaron los cañones.

Todas estas operaciones hiciéronse en medio del más profundo silencio.

Sabían que iban á tener que habérselas con un enemigo terrible.





CAPITULO XLVIII

Un acto de arrojo.



N peligro inminente amenazaba á uno y otro buque.

Nada más imponente que un combate naval.

A bordo de la *Santa Teresa* reinaba un silencio profundo; ese silencio que antecede siempre al momento en que los hombres van á jugarse la vida.

Algunos marineros esperaban junto á los cañones la voz de fuego.

El capitán paseábase á lo largo del puente.

De vez en cuando se detenía, observaba al enemigo con la ayuda del anteojo , prosiguiendo luégo su paseo.

En cuanto al buque inglés, había desplegado todo el aparejo.

Acercábase á la *Santa Teresa* con una rapidez asombrosa.

Parecía un águila que cruzaba el espacio para lanzarse sobre su presa.

Rogelio hallábase inmóvil junto al cabestrante.

Sus ojos no apartábanse un momento del buque enemigo, cuya gallarda forma se descubría por momentos con más claridad.

De buena gana, si él hubiera sido el capitán de la *Santa Teresa*, hubiera enviado una bala á sus enemigos, á guisa de saludo.

Los dos barcos iban poco después ciñendo mura de babor, quedando la *Santa Teresa* más á barlovento.

Cuando estuvieron á distancia conveniente, el crucero inglés arrolló su popa.

La *Santa Teresa* reprodujo esta operación marítima largando alas y rastreras.

Los dos buques cortaban el agua con una rapidez vertiginosa.

—Enviémosles una bala, que ya se encuentran al alcance de nuestros cañones,—dijo el capitán español.

El contramaestre transmitió la orden con un agudo silbido.

Uno de lcs marineros dió fuego á una pieza, y oyóse una terrible detonación.

La fragata balanceóse gallardamente.

La bala, después de describir un círculo en el aire, pasó casi rozando la cubierta del crucero.

Las hostilidades se habían roto.

El buque inglés acortó su carrera, y echando abajo las vergas de juanete, caló los mastelerillos y el botalón de petifoque.

Hallándose á buena distancia de la *Santa Teresa* para emprender el combate, sólo dejó desplegadas las velas de gavia y trinquete.

Brilló una línea roja en una de las bandas del buque británico.

La *Santa Teresa* inclinóse gallardamente para recibir la andanada de hierro.

Ésta rompió algunas jarcias, haciendo saltar varias astillas de la obra muerta.

—¡Hola!—exclamó Rogelio.—Parece que afinan la puntería.

Y volviéndose hacia uno de los cabos de cañón:

—A ver, muchacho,—exclamó,—no se diga que somos menos que ellos. Apunta bien.

Estimulado el marinero con estas palabras, dióle fuego al cañón.

La bala partió uno de los mastelerillos del buque enemigo.

—¡Bien!—exclamó Rogelio batiendo las palmas.—Justo es que paguen los desperfectos que nos han hecho.

El fuego de ambos buques fué haciéndose muy nutrido.

Una nube densísima producida por el humo se interpuso entre ambos barcos.

Unicamente cuando éstos disparaban sus cañones, veíase la línea roja que producía el fuego.

El combate iba tomando grandes proporciones.

—¡Animo, muchachos! —exclamaba el capitán de la *Santa Teresa*.—Estamos defendiendo la honra de nuestra querida patria.

Y al oir este sagrado nombre, los marineros redoblaban su ardimiento.

Rogelio continuaba impasible al lado de uno de los cañones.

Una bala enemiga pasó silbando junto á su cabeza.

El viento casi le obligó á caer.

Cuando fijó de nuevo sus ojos en el cabo á quien estimulaba, vió que el infeliz hallábase tendido y cubierto de sangre.

—¡Ah!—exclamó el joven, sintiéndose dominado de la más noble indignación.

Y ocupando el puesto del desdichado, apoderóse de la mecha.

Rogelio estaba verdaderamente terrible.

El viento agitaba su negra cabellera.

Su rostro hallábase lívido como el de un cadáver.

Mordíase los labios con rabia, y apenas estaba cargado el cañón, dábale fuego.

Uno y otro buque habían sufrido grandes averías.

De pronto oyóse una espantosa detonación á bordo del crucero.

Una granada describió su curva, botando sobre las olas, y fué á caer sobre la cubierta de la *Santa Teresa.*

Todos los tripulantes lanzaron un grito de horror y abandonaron sus puestos.

El peligro era inminente.

La muerte segura.

Rogelió vió flamear la espoleta.

Sin darse verdadera cuenta del riesgo á que se exponía, corrió hacia aquel sitio.

Todos lanzaron una exclamación de horror.

Pero el joven, sin inmutarse en lo más mínimo, adelantóse hacia la granada, y cogiéndola, la suspendió por encima de la mura, arrojándola al agua.

Todos prorrumpieron en una exclamación de sorpresa y de alegría.

Rogelio, con su valor sereno, habíales librado de la catástrofe.

Adelantóse el general Valle, que había presenciado aquella terrible escena, y alargando al joven su mano, le dijo:

—Amigo mío, sois un valiente, y no dejaré de hacer constar vuestro heroico proceder para que os recompense su majestad.

—Mi general, — respondió modestamente Rogelio, —no he hecho más que cumplir con mi obligación.

Y al decir esto, estrechó la mano de don José del Valle.



Lit. J. M. Mateu. Borrajo, 9. Madrid.

— Cogió la bomba y la arrojó al mar.

No eran aquellos los instantes más oportunos para detenerse en elogios.

El buque inglés, observando que su enemigo había dejado de hacerle fuego, aumentó su velamen á fin de caer sobre la *Santa Teresa* al abordaje.

—¡Pronto!—exclamó el capitán de ésta.—¡No se puede perder ni un instante! ¡A su puesto todo el mundo!

Los marineros obedecieron.

La *Santa Teresa* entró de nuevo en acción con más energía.

El heroico rasgo de Rogelio estimulaba al combate aun á los corazones más tímidos.

En los primeros disparos consiguieron causar grandes averías al buque enemigo.

Este, que había imaginado que los españoles cedían, sorprendióse de aquel poderoso ataque.

—¡Bravo!—exclamó el capitán de la *Santa Teresa*.—Parece que no les agradan mucho los saludos que les hemos hecho. ¡Animo, muchachos!

Y no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando oyóse el estampido de una nueva andanada.

Ya no parecían dos buques; asemejábanse á dos monstruos encolerizados que revolvíanse entre las olas vomitando torrentes de lava.

Uno de los proyectiles de la *Santa Teresa*, penetrando por la línea de flotación, causó un verdadero destrozo en su enemigo.

El buque inglés empezó á embarcar una gran cantidad de agua; entonces viró todo lo rápidamente que pudo, y desplegando el aparejo, apeló á la fuga.

—Capitán, -gritó Rogelio con acento ronco, pues sentíase poseído del más bélico ardor;—esos miserables tratan de huir.

—Bien lo veo.

—Y ¿qué pensáis hacer?

—Nada.

—¿Es posible?

—Mi deseo sería perseguirlos y demostrarles que con nosotros no se juega.

—¿Qué os detiene?

—La prudencia, que es la que debe regir todos los actos de los hombres sensatos.

—No comprendo.

—Cierto que nuestro enemigo va en muy mala disposición; pero ¿acaso nuestra fragata no tiene también averías, á las que hay que atender?

Rogelio guardó silencio.

Las razones del capitán habíanle parecido lógicas.

Era necesario arribar á un puerto, y el primero que encontrarían era el de Tenerife.

Hiciéronse á la ligera las reparaciones más necesarias, siguiendo dos días después su derrotero hacia la última de las Canarias.

Grande fué la alegría que experimentaron todos al descubrir la costa.

Estaban salvados.

El tiempo seguía apacible.

Esto contribuyó mucho á que pudiesen llegar al puerto, pues quizás el buque no hubiese podido resistir un temporal.

Echóse el ancla, y se botó un esquife.

Aunque el capitán y el general don José del Valle tenían un gran empeño en que las reparaciones del buque se hiciesen lo más pronto posible, la *Santa Teresa* no estuvo en disposición de proseguir su derrotero hasta quince días después.

Pasados éstos, el buque se puso en movimiento.

Inútil es decir que á Rogelio distinguíanle mucho sus jefes, en particular el general, que no olvidaba el heroico rasgo del joven.

El tiempo seguía inalterable.

Sin embargo, el calor iba dejándose sentir de una manera extraordinaria.

Nuestro protagonista empezaba á notar ese hastío que producen los viajes largos.

A fin de evitar las monotonías, deseó en ocasiones un nuevo encuentro con algún crucero inglés.

Sin embargo, ni una vela se descubría en el horizonte.

Otros nuevos peligros eran los que le amenazaban, como verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.



CAPITULO XLIX

Nuevos peligros.



AY entre los muchos peligros que se encuentran en el mar uno más terrible, más angustioso que la tormenta y el huracán.

Sin embargo, este peligro se desenvuelve en medio de la mayor tranquilidad.

El cielo está límpido: ni una nube altera su vaporoso azul.

Las olas apenas murmuran.

El sol brilla sereno y espléndido, y no obstante el peligro es inminente, es espantoso.

Este peligro llámase calma chicha.

Para los buques de vela, la calma chicha es el heraldo de la muerte.

La azulada superficie del Océano permanece en una quietud extraordinaria.

Las velas de un buque quédanse lacias é inmóviles por la falta absoluta del motor que les sirve de impulso, el viento.

El calor es sofocante.

Y en aquella calma, se oculta la muerte.

No es que á la embarcación la amague el peligro de zozobrar.

Nunca está más segura la nave; pero esta calma paraliza en absoluto su movimiento, y á veces dura muchos días.

Juzguen nuestros lectores si esto constituiría un peligro para los numerosos tripulantes de la *Santa Teresa*.

Advirtieron éstos que la fragata quedóse inmóvil.

El leve vaivén de las olas no bastaba á balancearla siquiera de babor á estribor.

El capitán estaba sombrío.

Temía, y con razón sobrada, que aquella calma se prolongase.

Sin embargo, no fué así.

Tres días después empezaron á sentirse algunas rachas, que apresuróse el capitán á aprovechar.

El buque se puso en movimiento.

Transcurrió una semana sin el menor contratiempo; pero al finalizar el séptimo día cubrióse el horizonte con una magnífica puesta de sol de un vivísimo escarlata.

Algunas nubes rojas vagaban por la azulada extensión del cielo.

—Pronto vamos á tener que luchar con otro peligro,—dijo el capitán á Rogelio.—¿Veis esas nubes?

—¿Qué indican?

—Si no me engaño, cosa que no suele sucederme, el huracán nos amenaza.

Con efecto, aquella noche dejóse sentir un nordeste bastante fuerte.

El capitán, que era un marino muy práctico, no se equivocó en su pronóstico.

Al amanecer del siguiente día advirtióse que la temperatura había subido de una manera considerable.

El calor era intensísimo.

Temiendo el jefe de la *Santa Teresa* que el huracán desplegase sus alas de improviso, dispuso que se tomasen precauciones en la arboladura.

Tiempo era de verificarlo.

No bien se habían amainado todas las velas, cuando una racha terrible azotó al buque, hasta el punto de hacer que éste inclinase su mura de babor.

—¡Hola!—exclamó Rogelio.—Parece que el nordeste va á jugarnos alguna mala partida.

—Ya os lo anuncié,—respondió el capitán.

—Con lo que me habéis probado una vez más vuestra pericia marítima.

El viento arreciaba, silbando entre las jarcias de un modo lúgubre.

Su empuje arrastró densas nubes, que no tardaron en cubrir todo el firmamento.

Preparábase una de esas espantosas revoluciones de la naturaleza.

El huracán era tan fuerte, que algunos marineros se ataron á los mástiles para no caer al agua.

Otros ocultábanse á los ojos del capitán, temiendo que les diese alguna orden.

Las olas, encrespadas, azotaban con furor el casco de la nave, que unas veces hundíase en espumosos remolinos y otras levantaba sus mástiles hacia aquellas nubes tan densas como amenazadoras.

—¡Mantén la caña!—gritó el capitán al timonel, que estaba inmóvil en su puesto.

Una nueva racha, más fuerte que las anteriores, llevóse la vela de gavia.

—¡Pardiez!—exclamó el capitán.

Y dió orden para que envergasen otra.

Comprometido era el cumplimiento de esta orden.

Todos vacilaron.

El capitán dirigió á los marineros una severa mirada, mientras empuñaba el culatín de una pistola.

Cuatro hombres se adelantaron, empezando á ascender por las jarcias.

Era verdaderamente aterrador verlos suspendidos sobre el proceloso abismo que revolvíase á sus pies.

Inútiles fueron sus esfuerzos.

La vela que trataban de envergar les fué arrebatada por el viento.

Uno de los marineros, al recibir su choque, no pudo sujetarse, y cayó al agua.

Impulsos tuvo el generoso Rogelio de arrojarse al mar; pero observando su movimiento el capitán de la *Santa Teresa*, le detuvo con su brazo de hierro.

—¿Qué vais á hacer?—exclamó.

—¡Y hemos de permitir que muera ese desgraciado!

—Y ¿creéis posible su salvación? Si os arrojáis al mar, no conseguiréis sino ser una nueva víctima.

Y luégo, volviéndose hacia el piloto:

—Cuidado,—dijo,—mucho cuidado con el timón. Si se rompe, estamos perdidos.

La mar era cada vez más gruesa y encontrada.

El buque sufría sacudidas muy rudas.

Rogelio contemplaba junto al cabestrante aquella pavorosa escena.

—¿Habrá llegado el momento de morir?—se preguntó.—¡Ah! ¡Bien sabe Dios que lo sentiría! Y no por mí, cuya única solución es la muerte; ¡pero este capitán..., este general, que tanto me distingue, y estos valerosos marineros! ¡Si se tratase de mí solo! Pero ellos no se hallan en condiciones tan anómalas como las que en mí concurren. Desear ahora la muerte sería un egoísmo incalificable.

Y el joven, al pensar de este modo, asióse con fuerza á la cuerda que desde proa á popa habíase puesto para evitar que el viento les arrebatase.

El cielo habíase cubierto de cenicientas y amenazadoras nubes.

Era imposible pensar en poner otra gavia mientras el huracán no cesase, so pena de que la rizase de nuevo.

A bordo de la *Santa Teresa* advertíase el más profundo silencio, solamente interrumpido por el sordo rumor que producía el vendaval.

De pronto escapóse de todos los labios una exclamación de angustia.

Una ola formidable se acercaba como un titán amenazador.

La *Santa Teresa* se inclinó al recibir su poderoso empuje.

Luégo se elevó bruscamente.

Crujió el casco como si fuera á abrirse.

Después se irguió de nuevo, pero saliendo con una avería de consideración.

Una vía de agua se había declarado en la bodega.

Los marineros se precipitaron por las escotillas para remediar aquel accidente.

Grandes esfuerzos les costó conseguirlo en parte, pues en absoluto era imposible.

No parecía sino que los elementos habíanse conjurado contra el buque.

El viento soplaba cada vez con más intensidad, hasta el punto de inclinar una de las muras de la fragata casi hasta la superficie del Océano.

—Va á dormirse el buque,—gritó el capitán.—Preparar las hachas para picar los palos.

Aquella orden fué cumplida.

Algunos marineros de brazos atléticos aparecieron presurosos sobre la cubierta armados con afiladas hachas.

Oyóse un terrible chasquido.

El huracán arrebató la trinquetilla y el contrafoque.

Rogelio creyó que había llegado el momento de morir.

No era el único que opinaba de este modo.

Algunos de aquellos curtidos marineros doblaban la rodilla elevando sus preces á la Virgen del Carmen, su patrona.

Otros aun juraban perdidos en aquel laberinto de entenas, vergas y jarcias.

Una nueva racha inclinó el buque.

Habíase dormido.

—¡Pronto, —exclamó el capitán,—picar los palos! ¡No puede perderse un instante!

Los marineros aproximáronse al mayor, que momentos después caía cortado de raíz.

Igual procedimiento empleóse con el trinquete y el mesana.

Rogelio observó que el capitán enjugábase una lágrima con el dorso de su diestra.

Amaba á su buque. Tal vez era lo único qne hacía más vivas las palpitaciones de su corazón.

Como la nave hacía mucha agua, se necesitó apelar á la bomba.

Todo fué inútil.

Era imposible en aquellos momentos críticos mantener la disciplina á bordo.

Sin esperar la orden del capitán, los marineros empezaron á arrojar al agua las barricas y los sacos que llenaban los almacenes.

Por último, los cañones.

El objeto era disminuir el peso, hacer que no estuviera tan al nivel de las olas la línea de flotación.

Armas, víveres. ¡Qué importaba todo esto, si con su pérdida alcanzaban la esperanza de salvarse!

¡Qué instantes de angustia!

¡Qué escena tan desoladora y tan terrible!

El capitán hallábase, sin embargo, relativamente sereno.

De pronto su semblante se oscureció más aún de lo que estaba, y una agitación terrible sustituyó á la enérgica serenidad que hasta entonces había mostrado.

Acababa de distinguir la costa en la misma dirección en que el viento huracanado impulsaba la nave.

El peligro de que el buque se estrellase era inminente.

Esta era la causa de la agitación del capitán.

Rápido como el pensamiento, corrió hacia el timonel, y con voz enérgica le dió la orden de virar á sotavento.

El timonel intentó ejecutarla; pero un violento golpe de mar, destrozando el timón, hizo inútiles sus esfuerzos.

El buque quedó sin gobierno.

Desde aquel instante era una boya sujeta al cruel capricho de las olas.

—¡Ahora es cuando nuestra salvación es completamente imposible!—exclamó el capitán con el mayor desaliento.

Para que la situación fuese más horrible, la noche se aproximaba y las rachas de viento hacíanse cada vez más violentas.

El buque, empujado por el vendaval, corría hacia la costa con la rapidez del vértigo.

A la media hora de aquella carrera terrible, el buque, desarbolado, cruzaba por entre una porción de arrecifes.

La muerte era segura y tanto más dolorosa, cuanto que iban á perderse tocando la costa casi con la mano.

De pronto un crujido inmenso conmovió las entrañas del buque, y un grito de suprema angustia se escapó de todos los labios.

Una racha de viento, inclinando el averiado barco hacia la derecha, le había hecho encallar en un enorme banco de arena.

El buque quedóse inmóvil.

Las olas, como una irritada falange de fieras, empezaron á asaltarle con el propósito de destruirle.

Nada más cruel que el mar cuando está irritado.

Cada una de sus olas es una garra ó una maza.

A cada uno de sus golpes se lleva ó destroza algo.

En aquella situación desesperada, una idea salvadora brilló en la mente del capitán.

Pero la realización de aquella idea era casi imposible.

Sin embargo, no dudó en ponerla en práctica.

Dirigiéndose á cuantos le rodeaban, exclamó:

—Continuando como estamos, nuestra muerte es segura. No hay más medio de salvación que conducir un cabo á tierra, y establecer por medio de él la manera de ganar la playa. ¿Hay alguno entre vosotros que tenga corazón bastante para acometer la empresa?

—Nosotros,—dijeron á un tiempo con resolución dos marineros.

—Al agua, pues.

—Al agua.

Aquellos dos temerarios, impulsados por la desesperación que sentían, subiéronse sobre la mura, arrojándose al temible elemento.

Desde la cubierta lanzóse el cable.

Todos guardaron silencio.

Aquél era el instante definitivo de vida ó muerte.

Consiguió uno de los valerosos nadadores apoderarse de la cuerda, asióla con los dientes, y sus robustos brazos consiguieron abrirse paso entre las bravas ondas.

El otro luchó por acercarse á su compañero; pero un golpe de mar le estrelló contra el casco de la *Santa Teresa*.

—¡En paz descanse!—exclamaron algunos marineros con voz entristecida.

En cuanto al que había conseguido apoderarse del cable, nadó briosamente algunos momentos, consiguiendo llegar hasta muy cerca de la orilla; pero ésta hallábase defendida por titánicas rocas, donde estrellábanse las masas de agua con una fuerza increíble.

—¡No puede ser!—exclamó el capitán, que no apartaba sus ojos del valeroso marino.—Morirá como ha muerto su compañero.

Con efecto, el capitán no se equivocó.

Una ola envolvióle en una blanca sábana de espuma, sepultándole para siempre en el abismo.

El más profundo desaliento se reflejó en las facciones de los tripulantes de la *Santa Teresa*.

Rogelio, que, como ya hemos dicho, contemplaba junto al cabestrante aquella escena de horror, vió flotar sobre las olas la cuerda que en vano había tratado de conducir á tierra el infortunado marino.

Una idea asaltó su mente, idea que sólo podía sugerirle la desesperación en que se hallaba y su deseo de morir.

Agil como un tigre, se puso de pie sobre la mura de babor, y arrojóse al abismo.

Todos los que se hallaban sobre cubierta lanzaron un grito de espanto.

Conocían perfectamente el peligro á que se exponía aquel intrépido joven, que ya los había salvado en otra ocasión de una muerte segura.

Rogelio era un buen nadador.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para apoderarse de una de las extremidades de la cuerda.

Unas veces las olas le alejaban de ella.

Otras casi lograba su deseo, cuando un nuevo golpe de mar le separaba.

Por último, consiguió apoderarse de él.

Entonces, nadando como un delfín entre peñascos amenazadores, consiguió ganar la playa.

A bordo de la *Santa Teresa* lanzaron todos delirantes exclamaciones de entusiasmo y de alegría.

Habíanse salvado gracias al arrojo del joven.

Ya podían botar un esquife y remolcarlo desde la playa.

Así lo verificaron, y la tripulación saltó á tierra sin ningún otro contratiempo.

También se intentó salvar el buque, pero esto era imposible.

Habíase encallado de tal modo,. que no bastaba fuerza humana para arrancarlo del banco de arena.

El mar empezaba á serenarse.

Aprovechando esta circunstancia, sacaron del barco las armas, vituallas y algunos caballos que había sido posible conservar.

El general Valle no se contentó aquella vez con estrechar la mano de Rogelio: abrazóle con la solicitud de un padre.

—¡Amigo mío,—exclamó,—con una veintena de hombres de vuestras condiciones, me atrevería á someter á Tupac Amaru!

—¡No tanto, mi general!—respondióle modestamente el joven.

Pasados los primeros transportes de alegría, fijáronse en la localidad en que se hallaban.

Era un verdadero verjel.

Muy cerca de la playa descubríase un espeso bosque, cuya rica vegetación acusaba que hallábanse en América.

Más lejos se elevaba hasta perderse en las nubes una montaña.

—¡Los Andes!—exclamó el capitán, mirando aquella gigantesca cordillera.

—Luego ¿en qué punto del Nuevo Mundo nos encontramos, capitán?—preguntóle don José del Valle.

—Esa inmensa cordillera,—respondió el interpelado después de un instante,—se extiende, como sabéis perfectamente, de Norte á Sur. Sin embargo, tengo la seguridad que nos hallamos en el Perú, y no muy lejos del río de la Plata.

—Según eso, estamos en una de las localidades en que arde la insurrección.

—Eso creo.

—Aunque os parezca una contradicción, os diré que me alegro y lo siento.

—Pues ¿cómo?

—Nuestros soldados no se hallan en estado de en-

trar en combate, tanto por el cansancio del rudo viaje que hemos hecho, cuanto porque carecemos de municiones y de armas.

—Aun quedan algunas.

—Son pocas, y su estado no será bueno.

Con efecto, la gran mayoría estaban inservibles.

La situación no podía ser menos halagüeña.

Habían terminado los peligros del mar, pero comenzaban los de tierra.





CAPITULO L

La toldería.



A noche había cerrado por completo.

Como el viento no había conseguido limpiar el cielo de todos los nubarrones que le manchaban, no pudo admirarse la faz esplendente de la luna.

Los expedicionarios encontrábanse, por lo tanto, sumidos en la más densa oscuridad.

Esta circunstancia les favorecía para que los indios insurrectos no se apercibiesen de su presencia.

El general Valle, el capitán del buque, Rogelio y los oficiales de la fuerza sentáronse á pocos pasos de un cerrado bosque.

—En malas condiciones pisamos esta tierra para emprender nada serio en algún tiempo, —dijo el general.—Nos va á ser necesario permanecer aquí algunos días para que la tropa repare sus fuerzas.

—Y lo peor es, mi general, que tenemos que conformarnos con las escasas provisiones que hemos podido salvar, á las que añadiremos mañana los frutos del país que podamos recoger, —repuso el capitán del buque.

—Además, el estado de nuestras armas no puede ser más deplorable; y en cuanto á municiones de guerra, carecemos casi por completo de ellas.

—Afortunadamente nuestros enemigos no se encuentran mejor armados.

—Sin embargo, son bravos y audaces, según tengo entendido.

—Eso sí.

—Para evitarnos cualquier contratiempo, lo primero que haré, tan pronto como hayamos reparado algo nuestras fuerzas, es enviar unos cuantos hombres á que exploren estos alrededores.

—Mi general,—interrumpió Rogelio, —aunque no me gusta recordar hechos pasados, me veo en la precisión de hacerlo ahora.

—Hablad, amigo mío.

—Me dijisteis á bordo que teníais el propósito de hacer llegar á oídos del monarca los pequeños servicios que he prestado durante el viaje: ¿no es esto, mi general?

—¿Los llamáis pequeños?—exclamó don José.—Esa modestia ya raya en exageración.

—Sean pequeños ó grandes, prosiguió el joven,—os relevo desde luégo de vuestra promesa, haciéndoos en cambio una súplica.

—¿Qué deseáis?

—Ser el oficial que mande á los exploradores.

—Pero,—exclamó el general,—¿os habéis propuesto tomar parte en todo lo que ofrezca más peligros?

—Ese es el deber de un soldado.

—No; en esta ocasión no puedo complaceros.

—Mi general, me dais un disgusto.

—No parece sino que aborrecéis la existencia.

—Quizás sea así.

—Lo cual no dejaría de ser una locura. Os halláis en la primavera de la vida, en esa hermosa edad en que todo deben ser ilusiones y esperanzas risueñas.

Una amarga sonrisa dibujóse en los labios de Rogelio.

Luégo preguntó:

—General, ¿me concedéis la gracia que he solicitado?

Dudó un momento don José del Valle en contestar á aquella pregunta.

Luégo dijo:

—No puedo negároslo. Después de todo, aunque nos acompañan oficiales de reconocido valor, á quienes aprecio mucho, vos me inspiráis una confianza sin límites.

Rogelio inclinóse en señal de gracias.

—¿Cuántos hombres necesitáis para que os acompañen?

—Veinte.

—Es muy poca fuerza.

—Irán ciento, y procuraremos armarlos de la mejor manera posible.

—Como queráis, mi general; con veinte ó con ciento exploraré el terreno.

Y procedióse á elegir los soldados que habían de reconocer el campo.

Terminada esta operación, Rogelio dió orden de que ensillasen su caballo.

Era uno de los pocos que habían podido salvarse del naufragio, pues la gran mayoría fueron arrojados al agua para disminuir el peso del cargamento de la *Santa Teresa.*

Verdad es que el joven hubiese hecho hasta imposibles para conservar su caballo.

Su potro cordobés inspirábale gran cariño.

Era, con efecto, un hermoso animal negro como el azabache, de rizadas crines y tableado cuello.

Rayo, que éste era el nombre que había recibido á causa de su extraordinaria ligereza, lanzó un prolongado relincho al ver acercarse á su amo.

El joven montó.

—En marcha,—dijo después, haciendo al general y á los que con él estaban un cariñoso saludo.

Y aplicando las espuelas á los ijares del potro,

aventuróse por el bosque, seguido de su pequeña hueste.

Aunque la noche estaba oscura, y no permitía, por lo tanto, apreciar la rica vegetación de aquel país en todo su esplendor, Rogelio quedóse asombrado al ver aquellos árboles gigantescos, cuyas ramas se enlazaban formando una grandiosa bóveda de esmeralda.

De vez en cuando oíase el prolongado silbido de los reptiles, que se ocultaban al sentir los pasos de los soldados.

Algún ave nocturna dejaba también oir su lúgubre graznido.

Durante la noche, las observaciones de Rogelio no dieron el menor resultado.

No queriendo fatigar á su gente, decidió hacer una parada hasta el alba.

Ésta hallábase próxima.

Rogelio echó pie á tierra, atando su caballo al tronco de un árbol.

Luégo tendió su vista á lo largo del bosque.

No muy lejos del lugar en que se hallaban advertíanse los vivos resplandores de algunas hogueras.

Era la primera señal que veían de la proximidad de los indios.

Rogelio esperó algunos instantes, pero su impaciencia por romper las hostilidades era tanta, deseaba tan ardientemente la muerte, que acercóse de nuevo á su caballo y exclamó:

—Más vale que aprovechemos lo poco que queda de noche; de este modo podremos sorprender mejor á nuestros enemigos. Ánimo, pues; caigamos sobre ellos á sangre y fuego.

Y sin pensar en que desconocía el número con quien iba á tener que habérselas, clavó espuelas, lanzándose hacia los enemigos.

Los soldados le siguieron.

Poco antes de llegar á la toldería oyóse un grito salvaje escapado de un sinnúmero de pechos, y vieron huir á varios indios.

La pequeña hueste que mandaba Rogelio hizo una descarga.

Cuando penetraron en la toldería, ésta hallábase desierta.

Sus chozas estaban abiertas.

—Es posible,—exclamó Rogelio,—que no hayan huído todos. Registremos estas *ajupas*, que más parecen madrigueras de alimañas que viviendas de seres humanos.

Y echando pie á tierra, penetró en una de las chozas.

Rogelio no se había engañado.

En el interior de una choza, y acurrucada en uno de los rincones, había una vieja.

Al ver al joven se arrastró hasta sus pies, cruzando las manos en actitud suplicante.

—¡No me mates!—exclamó.—Ya ves que soy una pobre anciana y que ningún daño puedo hacerte.

—Levántate,—la dijo Rogelio.

—Haré cuanto me ordenes. Soy tu esclava, pero no me quites la vida.

—¡Quién piensa en eso!

—A cambio de tu generoso comportamiento exígeme cuanto quieras.

—Eso ya varía. No creas que no pienso utilizar tus servicios.

La india se puso en pie.

Era una mujer de sesenta años, alta y delgada como una caña.

Sus cabellos blancos y lacios caían sobre su cuello con poca profusión.

Su amarillenta y arrugada tez inspiraba repugnancia.

—¿Dónde nos hallamos?—la preguntó Rogelio.

—A unas tres leguas del río de la Plata,—respondióle la interpelada.

—Y esos indios que han huído amedrentados como una manada de lobos, ¿pertenecerán al ejército de Tupac Amaru?

—No lo creas. Son gentes pacíficas que se dedican al cultivo de sus campos sin tomar parte en la guerra.

—Entonces, ¿por qué han huído?

—Precisamente por eso. No poseen armas, ni tienen tampoco carácter belicoso. Les asustó vuestra presencia, y seguramente pasará mucho tiempo sin que vuelvan por aquí.

—Y las hordas de Tupac, ¿se hallan muy distantes?

—¡Ya lo creo! La última vez que me han hablado de ellos hallábanse en el Cuzco, donde deben continúar.

—Y el Cuzco, ¿está muy lejos?

—Muchísimo.

—Bien, anciana. Ahora es preciso que nos proporciones algunos víveres.

La anciana quedóse pensativa.

—Me exigís lo que no poseo,—dijo después.

—Eso no es posible.

—Comprende que sois muchos, y que nosotros los hijos de este país somos muy frugales. Sin embargo, hay un medio de realizar lo que deseas.

—¿Cuál?

—Si quieres, iré en busca de los que han huído. Ya sabes que son pocos, é incapaces de haceros el menor daño. Ellos os proporcionarán lo que necesitáis

—¿Y si tratas de tenderme un lazo?

—Nunca he sido ingrata, y no puedo olvidar que te debo la vida.

Dudó Rogelio algunos instantes.

Las palabras de la india parecíanle sinceras.

—Bueno,—dijo:—accedo á tu pretensión, pero de un solo modo.

—¿Cuál?

—Te acompañarán cuatro de mis soldados.

—Pero ¿no comprendes que al verlos, los fugitivos se ocultarán y me será imposible hallarlos?

—Es del único modo que consiento.

—Sea como quieras, pero no respondo del buen resultado de mi comisión.

—Después de todo,—pensó Rogelio,—aunque esta vieja no me cumpliese su palabra y no regresase, ¿qué me importa?

Y volviéndose hacia la india:

—En tu promesa confío. Vé sola en busca de tus compañeros, y diles que nada teman.

—Así se lo diré.

—Siendo, como aseguras, gente pacífica que se dedica al cultivo de sus campos, para nada hemos de meternos con ellos.

—Perfectamente.

—Te encargo la brevedad.

—No temas. Antes del mediodía estaré de regreso.

La anciana salió de la choza seguida de Rogelio.

Este dijo á los soldados que la dejasen partir.

Poco después la india perdíase en lo más espeso del bosque.





CAPITULO LI

La sorpresa.



PARECIÓ el sol como nace en aquellas latitudes; esto es, levantando la frente en todo su esplendor después de un brevísimo crepúsculo.

Entonces fué cuando Rogelio y los que le acompañaban pudieron admirar lo grande y majestuoso de aquella naturaleza selvática.

Las palmeras elevaban al cielo sus airosas copas, guarnecidas de anchas hojas de esmeralda.

Había también multitud de plantas y árboles tropicales completamente desconocidos para nuestro protagonista.

Millares de pájaros de vistoso plumaje revolotea-

ban entre las hojas, y al herirlos los rayos del sol parecían convertirse en piedras preciosas, cuya refulgencia hacía daño á los ojos.

Unanse á estos encantos el aroma que despedían las flores silvestres y el grato murmullo de los arroyuelos, afluencias que iban á enriquecer las linfas del río de la Plata, uno de los más grandes y caudalosos de América.

Rogelio contemplábalo todo con embeleso.

Por algunos instantes disipóse de su imaginación la idea de la muerte.

—¡Vivir en este país es delicioso!—exclamó.—No me sorprende que los indios traten de recobrar su independencia para ser los únicos dueños de él.

Rogelio tendió una mirada hacia el horizonte cerrado por los Andes, que escondían sus enhiestas cumbres en el cielo, cumbres únicamente transitadas por los agrestes guanacos y los altivos condores.

—Comprendo la vida de la naturaleza,—prosiguió Rogelio —La comprendo perfectamente. Verdad es que estos indios desconocen los adelantos y las comodidades de la civilización; pero ¿qué les importa?; para ellos bastan los frutos que espontáneamente les ofrecen los árboles, apagan su sed en las cristalinas aguas de los arroyos, duermen en una humilde choza ó en el campo, sin que perjudiquen á su salud las mortíferas emanaciones de los lagos. No desconocen los afectos; por el contrario, aman al sol, que fecundiza sus campos; tienen una compañera tierna y amante:

¿qué más puede apetecerse? Todo lo demás, bien considerado, es superfluo.

Y el joven, al pensar así, exhaló un profundo suspiro.

Estas consideraciones hacíase, cuando de pronto interrumpió el silencio del bosque una espantosa gritería.

Al propio tiempo aparecieron por distintos sitios multitud de indios blandiendo sus armas.

Muchos de ellos llevaban fusiles.

La vieja india, en vez de buscar á los pacíficos moradores de la toldería, dió conocimiento de lo que pasaba á una horda guerrera de las que defendían la causa de Tupac Amaru.

Comprendiólo inmediatamente Rogelio.

—Helos allí, —exclamó la vieja, que, como valerosa amazona, iba al frente de la horda.

Rogelio sintióse indignado.

Acercóse á su corcel, y de un salto se puso sobre la silla.

—¡Animo, muchachos! —exclamó, dirigiéndose á su gente.

Pero era tarde.

Los indios los rodearon casi por completo.

Rogelio vió con desesperación que casi todos sus soldados procuraban salvarse haciendo fuego en retirada.

Entonces, arrojando espuma por la boca, y apre-

tando los dientes con rabia, aplicó las espuelas á su potro, lanzándose hacia el enemigo con el fin de abrirse paso.

—¡Ha llegado el momento de morir!—exclamó.

Y abandonando las riendas, desnudó su espada con la diestra, mientras que con la otra mano empuñaba una pistola.

Con la furia del huracán cerró á cuchilladas con los indios.

Los proyectiles silbaban á su alrededor.

Otros indios arrojábanle flechas.

El valeroso jinete llegó hasta la vieja traidora.

—¡Tú has tenido la culpa de todo!—exclamó con ronco acento.—Justo es que pagues tu traición.

Y al decir esto, la disparó un pistoletazo.

La puntería fué tan certera, que la bala la hirió en el lado izquierdo del pecho.

La anciana exhaló un gemido y dió unos cuantos pasos vacilantes, cayendo muerta sobre el verde césped.

La horda lanzó una exclamación de coraje.

Rogelio, comprendiendo que era imposible luchar con un número de enemigos tan considerable, animó de nuevo con sus espuelas á su corcel.

El noble animal redobló su ardimiento, y rompiendo por medio de los indígenas, tendióse en una vertiginosa carrera.

Esto no impidió que una de las balas enemigas hiriese al joven en un brazo.

Pero Rogelio no se detuvo.

Sentía ese vértigo que experimenta todo jinete en circunstancias análogas.

Nunca estuvo tan justificado como entonces el nombre de su corcel.

Era, con efecto, un rayo.

Parecía no tocar en la tierra con los cascos.

Era la flecha desprendida del arco.

El águila que se arroja sobre la presa.

El huracán que no se detiene ante barreras de ninguna clase.

Si hallaba una cortadura en el terreno, la salvaba de un bote terrible.

Parecía el Mazepa que nos describe lord Byron, el corcel de fuego de la mitología escandinava.

Y en cuanto al jinete, era digno de verse con la negra cabellera azotada por el viento, los labios comprimidos y la mirada centelleante.

Parecía un espíritu del infierno cabalgando sobre la tormenta.

Valles, cumbres, arroyos y bosques quedábanse atrás con esa rapidez que pasan sobre el lienzo las refracciones de una linterna mágica.

¿Cuánto duró esta carrera?

El único que hubiera podido precisarlo era Rogelio, y su imaginación no se hallaba en condiciones de hacerlo.

Habían dejado de oirse los gritos de los enemigos.

El bosque se hallaba envuelto en un silencio majestuoso.

De pronto el caballo se detuvo.

De su abierta nariz brotaban fuertes resoplidos.

Estaba cubierto de espuma y de sudor.

Quiso hacer un esfuerzo, pero no pudo conseguirlo, y rodó por tierra.

El jinete, que también había caído, púsose en pie para observar al noble animal que le había salvado.

Éste encontrábase ahogándose de fatiga.

Dirigió á su amo una triste mirada, y murió.

Aquella vertiginosa carrera le había reventado.

—¡Pobre Rayo!—exclamó Rogelio.

Y las lágrimas asomaron á sus ojos.

Luégo se apartó de aquel sitio; pero no había dado una docena de pasos, cuando advirtió una extraordinaria languidez.

Había perdido mucha sangre.

Sentóse en el tronco de un árbol caído.

Zumbábanle los oídos y se le iba la vista.

En aquellos momentos supremos se acordó de su madre y de su hermana.

—¡No volveré á verlas!—exclamó.—¡Quiera Dios que sean tan felices como ya las deseo!

El joven cerró los ojos.

Parecíale vislumbrar delante de ellos átomos encendidos.

Éste es uno de los síntomas más característicos de la debilidad.

Luégo tendióse sobre el césped.

—Sí,—se dijo,—esto es la muerte; pero ¡cuán dulcemente se aproxima.

Y perdió el conocimiento.

Cuando recobró los sentidos y abrió los ojos, hallóse bajo el lienzo de una tienda de campaña, en un lecho formado con ramas y hojas y cubierto con una manta.

También oyó cerca de sí rumores de voces.

—Ya ha recuperado la razón, madre,—dijo una voz cuyo timbre juvenil sólo podía compararse con el canto de los ruiseñores.

Rogelio volvió la cabeza para mirar á la que acababa de proferir aquellas palabras.

Dos personas le acompañaban.

Una de ellas representaba unos diez y seis años.

Sus cabellos rubios y ligeramente ondulados formaban dos gruesas trenzas que caían sobre su espalda.

Por un raro capricho de la naturaleza, sus ojos eran negros como el azabache, aunque su expresión era tan apacible como la de los azules.

Un ligero sonrosado esparcíase por sus mejillas, blancas como la nieve.

Era esbelta como la palmera de aquellos países y hermosa como los ángeles que pintó en sus cuadros Bartolomé Murillo.

Pero, aparte de su hermosura, lo que más contribuía á prestarle encantos era la expresión sublime de sus ojos y sus labios, ligeramente entreabiertos por una sonrisa virginal.

La persona que estaba á su lado era una señora de unos cuarenta años.

Algunas canas brillaban entre sus cabellos.

La expresión de su rostro era benévola.

Era imposible verla sin simpatizar con ella, prototipo de la buena educación y la mansedumbre.

Ambas se aproximaron al lecho en que se hallaba el herido.

—¿Os sentís mejor?—preguntóle la joven con extremada dulzura.

Rogelio trató de incorporarse.

—¿Qué vais á hacer?—le preguntó la señora con solicitud.—Permaneced tranquilo. El médico ha recomendado mucho que no hagáis el menor movimiento.

—Pero ¿dónde estoy, señora?—preguntó Rogelio, que no acertaba á salir de su sorpresa.—¿Quiénes son ustedes? ¿Quién me ha traído aquí?

—Responderé á todas vuestras preguntas,—dijo la joven,—pero ante todo tranquilizaos. Estáis lejos de todo peligro.

—Bien lo veo. Usted parece un ángel; y en cuanto á esta señora, en sus facciones se refleja la bondad más sublime.

—Es mi madre.

—Tened la bondad de decirme cómo me encuen-

tro aquí. Yo recuerdo que estaba herido, y que quedé solo en un bosque.

—Es verdad. Donde os encontraron unos soldados.

—¿De los que forman parte de la fuerza que ha venido de España á las órdenes del general Valle?

—No. Como iba diciéndoos, ayer os condujeron aquí dos soldados que os encontraron sin sentido en el bosque. Mi padre, el coronel Larde, disponíase en aquel momento á abandonar este sitio con su columna y dirigirse á Lima.

—¿Luego vuestro padre está aquí de guarnición?

—Sí; pero ayer ha recibido orden de replegarse á Lima, como os he indicado, y muy pronto emprenderemos la marcha.

—¿De modo que habéis sido tan bondadosas que habéis retrasado la marcha por mí?

—¡Es natural! ¿Habíamos de dejar que murieseis?

—Mil gracias, señorita. ¿Cómo os llamáis?

—Gloria.

—No podían haberos puesto un nombre más adecuado.

La joven se sonrió mostrando sus dientes, blancos como los pétalos del jazmín.

—Ahora, caballero,—dijo la madre de Gloria, á quien conoceremos con el nombre de doña Carmen,—os suplico que guardéis silencio. La conversación puede agravaros.

—No lo creo. Permitidme al menos que os diga quién soy.

—Bien, pero en voz baja: no quiero en manera alguna que os esforcéis: el médico lo ha recomendado mucho.

Y doña Carmen se aproximó más al lecho de Rogelio.

—Ya habréis conocido que soy español.

—Desde luégo.

—Mi padre es el conde de Massi, y mi madre una señora cuya bondad se parece á la vuestra.

—Gracias, caballero.

—Pequeñas contrariedades me han obligado á abandonar á esos queridos seres y á la patria.

—¿Pero volveréis?

—Lo ignoro. He venido, como militar que soy, á campaña, y los militares no podemos asegurar el regreso.

—¡Por desgracia, es una verdad! Siempre tienen ustedes la existencia comprometida, y nosotras el ánimo en continuo sobresalto.

En aquel instante acercóse el coronel.

Don Ventura Larde frisaba en los cincuenta años.

Sus cabellos empezaban á encanecer y sus facciones eran abultadas y enérgicas.

Un espeso bigote gris cubría su labio superior.

Su aspecto era resuelto y franco.

—¡Hola!—exclamó.—¡Parece que el herido se encuentra mejor!

—Gracias, mi coronel, á vuestra apreciable familia, me siento más aliviado.

—Lo celebro infinito. ¿A qué regimiento pertenecéis?

—Hasta ahora á ninguno, pues acabo de desembarcar con los refuerzos que conduce desde España el general Valle. Desde el punto donde tomamos tierra salí con una compañía á reconocer el terreno...

—Y ¿os sorprendieron los enemigos?

—Sí, señor.

—Eso es aquí muy común. Esos malditos indios son muy dados á las sorpresas. Como aquí todo les favorece, es preciso vivir muy alerta para que no le envuelvan á uno en una emboscada. Pero ahora, con esos refuerzos que trae Valle, tomará otro aspecto la campaña.

—Y con otros que se estaban preparando y que no tardarán en llegar.

—Bien. Ahora lo más urgente es que recuperéis la salud, á fin de que emprendamos la marcha á Lima, donde tengo orden de reconcentrar mi fuerza.

—Mi coronel, no quisiera que por mí os detuvieseis.

—¡He de dejaros solo!

—Alguien quedará en este punto.

—No penséis en semejante cosa. Vendréis á Lima en nuestra compañía. Precisamente he sabido que las fuerzas del general Valle se han puesto ya en marcha, y encontraríamos grandes dificultades para hallarlas: paciencia, pues, y resignaos á venir con nosotros. Cuando estéis restablecido por completo, no seré yo

quien os detenga: os dejaré en libertad de que os pongáis de nuevo á las órdenes del general, ó de que os agreguéis á mi columna.

—Mi coronel, mil gracias por la solicitud con que me tratáis. Yo la agradezco en lo mucho que vale. Lo único que os suplico es que á la mayor brevedad emprendamos la marcha á Lima.

—Eso depende de vuestra mejoría.

—La herida no ha sido grave; por lo menos, no me molesta gran cosa. Paréceme, por lo tanto, que muy en breve podré seguiros á caballo. Todo consiste en regirle con la mano derecha, supuesto que el brazo herido es el izquierdo.

—Todo se arreglará,—dijo don Ventura sonriendo.

Como nuestros lectores ven, Rogelio había tenido la suerte de caer en manos de una excelente y cariñosa familia.





CAPITULO LII

La marcha.



TRANSCURRIERON algunos días.

Rogelio caminaba rápidamente hacia la salud, gracias á su robusta naturaleza.

Una mañana, al hacerle el coronel su cotidiana visita, le dijo el joven:

—Mi coronel, me encuentro bastante bien. Desearía, por lo tanto, que no retrasaseis por más tiempo vuestra marcha.

—Es una imprudencia lo que me exigís.

—¿Por qué, don Ventura?

—Aun estáis delicado. Una recaída os sería fatal.

—No la tendré.

—Eso es mucho decir.

—Esta noche he dormido perfectamente, y ya no tengo fiebre.

—Además, —prosiguió el coronel,—para ir á Lima necesitamos pasar varias noches en el campo, y el relente de este país es malo para los heridos.

—No necesito cogerle, disponiendo, como disponéis, de algunas tiendas de campaña.

—Eso es verdad; pero...

—Mi coronel, no puedo permitir que os detengáis más en este sitio por causa mía: yo os seguiré á caballo ó en una camilla; en fin, en las condiciones que pueda.

—Bien: accedo á que marchemos, pero de una sola manera.

—Hablad, estoy dispuesto á respetar las órdenes del mi jefe.

—En esta ocasión, el jefe es el amigo.

—Gracias. No puedo dudarlo, pues me habéis dado pruebas bien claras de ello.

—Habéis de quedaros siempre á retaguardia acompañando á mi esposa y á mi hija.

—Perfectamente.

—Sin tomar por supuesto la más pequeña parte en los encuentros si por casualidad tropezamos con el enemigo.

—Muy duro es lo que me exigís.

—Pues sólo de esta manera haré que emprendamos el viaje.

—Bien, don Ventura, cumpliré vuestras órdenes.

—¿Palabra de honor?

—Os lo juro por mi madre ,que es el ser más querido y respetado que para mí existe en el mundo.

—Bien, Rogelio: ahora no dudo en complaceros: sé que sois incapaz de faltar á vuestro juramento. Mañana mismo emprenderemos la marcha.

Con efecto, al siguiente día al amanecer, don Ventura, al frente de sus soldados, se puso en marcha con las precauciones consiguientes al estado de guerra en que el país se encontraba.

A corta distancia les seguían doña Carmen, Gloria y Rogelio, á lomos de tres hermosas mulas.

Veinte soldados, á las ordenes de un alférez, formaban la retaguardia para evitar ser acometidos por la espalda.

Gloria hizo que su caballería se pusiese al lado de la que montaba Rogelio.

El joven dirigióle una mirada, á la que correspondió la hija del coronel con una dulce sonrisa.

—¿Cómo os encontráis?—preguntó después con la mayor solicitud.

—Perfectamente, señorita.

—¡Ah! Sois muy sufrido; pero por fuerza tenéis que estar muy débil.

—No os niego que estoy poco fuerte, pero no tanto que no pueda hacer el viaje.

—¡Quiera Dios que sea tranquilo!

—Yo también lo deseo por muchas razones, y eso que siempre he delirado por la guerra.

—¡Qué capricho, siendo tan hermosa la paz!

—Ahora la deseo, en primer lugar, porque ustedes nos acompañan, y necesariamente habían de pasar un mal rato si tuviéramos un encuentro con los rebeldes.

—Desde que vivimos en este país nos hemos tenido que acostumbrar á esos desagradables accidentes.

—Además, no puedo negaros el profundo disgusto que me produciría ver enfrente á los enemigos sin tomar una parte activa en el combate.

—Mi padre me ha dicho que le habéis hecho la solemne promesa de no cometer locuras.

—Y la cumpliré; lo cual no impide que me proporcionase un disgusto no poder ayudar á mis compañeros en caso de un combate.

—Ahora no os encontráis, por desgracia, en condiciones de batiros, sino de descansar.

—Por fortuna, mi herida va mejorando con rapidez, y espero que muy en breve estaré bien del todo.

—¡Dios lo quiera!

—Sí, Gloria, por ahora me he salvado, gracias á la cariñosa solicitud con que me recogisteis.

—¡Ah Rogelio! ¡Yo bien poco he podido hacer!

—Me habéis acompañado, y la presencia de un ángel es siempre bienhechora.

—Mil gracias, amigo mío, por el concepto en que me tenéis.

—El que merecéis nada más,—dijo Rogelio con galantería.—Cuando abrí los ojos y os vi al lado de vuestra buena madre, yo, que nunca he temido la muerte, que más bien la deseo, celebré haber conocido á personas tan apreciables.

—¿Que deseáis la muerte?—preguntó Gloria sin poder disimular su sorpresa.

—No os lo niego.

—¡Qué locura! Aun sois muy joven para desearla.

—¡Se ha desenvuelto mi vida de una manera tan anormal!

—Aunque así sea; el porvenir os sonríe; aun podéis ser muy dichoso.

Rogelio hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—¿Tan incrédulo sois?

—Respecto á felicidad, tengo derecho á ser muy desconfiado.

A este punto llegaba la conversación de los dos jovenes, cuando oyeron algunos disparos.

Gloria se estremeció de pies á cabeza.

El fuego empezó en seguida á hacerse más nutrido.

La vanguardia había descubierto una celada dispuesta por los indios en la parte más espesa del bosque.

—¡Ah Dios mío! ¡mi pobre padre se encuentra ya en peligro de muerte!—exclamó Gloria.

El coronel hizo avanzar algunas compañías, y el fuego se generalizó, trabándose un reñido combate.

Es imposible dar idea de lo que sufrió Rogelic en aquellos instantes, viéndose obligado á permanecer inactivo.

Sin embargo, tuvo la suficiente fuerza de voluntad para cumplir la palabra que había empeñado.

Aunque doña Carmen y su hija encontrábanse á una distancia donde no llegaban los proyectiles enemigos, el joven les hizo resguardarse detrás de unos árboles corpulentos.

Las pobres señoras hallábanse muy inquietas.

Doña Carmen, con los ojos arrasados en lágrimas, decía:

—Cierto que la carrera de las armas es noble y honrada; pero ¡cuántos disgustos y sobresaltos proporciona!

El fuego empezó á ser menos vivo, porque los indios, no habiendo logrado sorprender á la columna, emprendieron la retirada.

Entonces se procedió á recoger á los heridos y dar sepultura á los muertos.

Mientras se verificaban estas tristes operaciones, el coronel acudió al sitio en que se hallaba su familia.

Abrazó á su esposa y á su hija con cariñosa efusión.

Aquella noche armaron las tiendas en un sitio á propósito para ser fácilmente defendido, y los soldados desplegaron la mayor vigilancia.

Rogelio pasó la noche en la misma tienda del coronel.

Así que amaneció levantóse el campo y se siguió la marcha.

Dos nuevas escaramuzas sostuvieron aún en el camino; pero la pericia militar de Larde hizo que los insurrectos huyesen siempre escarmentados.

Rogelio admiraba cada vez más el arrojo y las dotes de mando del coronel, y lo único que sentía era no batirse á su lado.

Varias veces se lo manifestó así á don Ventura, con la esperanza de que le relevase de su juramento; pero el veterano coronel no se dió por entendido.

Por fin, sin más contratiempo llegaron á Lima.

Allí debía instalarse la familia de Larde, pues éste tenía precisión de, así que aprovisionase á su fuerza, volver á salir á operaciones.

La casa donde iban á residir doña Carmen y Gloria era espaciosa, y hallábase rodeada por un jardín tan extenso, que merecía los honores de parque.

—¿Cuándo partimos, mi coronel? —preguntó Rogelio á las pocas horas de llegar á la ciudad.

Don Ventura se sonrió y le dijo:

—Yo salgo así que amanezca; pero vos permaneceréis al lado de mi familia hasta que estéis completamente restablecido.

—Mi coronel, esto es desesperante; mi paciencia se acaba.

—Sabed, amigo mío, que la campaña que ahora vamos á emprender será muy ruda.

—Y eso ¿qué importa? ¿Acaso soy una melindrosa doncella ó un tierno niño para que no pueda resistir lo mismo que los demás las fatigas de la guerra?

—No os lo niego, pero ahora estáis herido.

—Ya no merece la pena que se hable de mi herida.

—Permaneced aquí unos cuantos días. Yo os prometo formalmente que muy en breve os enviaré aviso para que os reunáis con nosotros.

—¿De veras, coronel?

—¿No os basta mi palabra?

—¡No ha de bastarme!

—En ese caso, quedad tranquilo.

Don Ventura se separó de Rogelio, pues aquel día necesitaba disponer muchas cosas para emprender la marcha con su columna.

Doña Carmen y Gloria penetraron poco después en la estancia en que se hallaba el herido.

—Ya sé por mi padre,—dijo la segunda,—que debéis permanecer unos cuantos días más en nuestra compañía.

—Con efecto, el coronel se opone á que le acompañe.

—Y tiene mil razones: sería una locura incalificable.

—Lo que sí os convendrá,—añadió doña Carmen,

—es dar un corto paseo. Si queréis, á la caída de la tarde iremos á ver partir á mi esposo.

—Desde luégo, señora.

Con efecto, cuando el día empezaba á declinar, doña Carmen, Gloria y Rogelio abandonaron la casa.

En una gran plaza hallábase la tropa formada y dispuesta á partir.

Cerca de las filas que formaban los soldados aglomerábase el pueblo con ansiedad.

El coronel, sobre un magnífico alazán, dió la orden de emprender el movimiento.

Luégo dirigió una mirada á su hija y á su esposa.

Éstas exhalaron un suspiro.

—¡Dios le traiga con bien á nuestros brazos!—exclamó doña Carmen, enjugándose los ojos.

Y seguida de su hija y de Rogelio, emprendió de nuevo el camino que conducía á su casa.





CAPITULO LIII

Lucha de afectos.



la mañana siguiente, Rogelio abandonó su lecho más temprano que de costumbre.

Era el amanecer.

El joven se asomó á la ventana.

Desde ella descubríase el extenso jardín, donde rivalizaban en hermosura multitud de flores tropicales, embalsamando el ambiente con sus delicadas esencias.

El guayabo, el plátano y los coco-teros prestaban su apacible sombra á aquel hermoso paraíso.

Los pajarillos, saltando de rama en rama, dejaban oir sus alegres modulaciones.

Rogelio sentíase bien, y decidió dar un paseo por el jardín, aspirando el aire puro de la mañana.

Un momento después hallábase en el parque.

Había en éste un sitio verdaderamente delicioso.

Junto á una pequeña cascada que producía cadenciosos murmullos, había un banco rústicamente formado con troncos.

Rogelio sentóse en él.

Su mirada se fijó en las claras linfas que caían como hilos de plata entre oscuros peñascos.

—¡Esto es delicioso!—se dijo.

El joven permaneció en aquel lugar una media hora: transcurrida ésta, iba á retirarse, cuando sintió ruido de pasos.

La persona que se aproximaba era Gloria.

La joven hallábase tan ensimismada en sus pensamientos, que no reparó en Rogelio.

Parecía una criolla con su blanco vestido.

La joven subió sobre una de las peñas, aplicando sus cárdenos labios á las claras linfas de la cascada.

Luégo enjugó su boca con su pañuelo.

—¡Qué hermosa es!—exclamó Rogelio.

Gloria había ornado sus rubias trenzas con varias flores silvestres.

Este adorno, tan sencillo como encantador, prestaba realce á su virginal hermosura.

Al dirigirse hacia el banco con intención de sentarse en él, encontróse frente á frente con Rogelio.

Gloria retrocedió un paso, y una ligera exclamación escapóse de sus labios.

—¿Os habéis asustado, señorita?—la preguntó el joven.

—No os conocí al pronto.

—Como está tan hermosa y apacible la mañana, he venido á visitar estos sitios.

—Sin embargo, ya va notándose el calor.

—Por eso me retiraba.

—Hay sitios en este parque muy sombríos y agradables, donde se pasan muy bien las horas que el sol molesta.

—No los conozco.

—Bien cerca de aquí hay una plazoleta rodeada de castaños de la India, cuyas anchas copas preservan de las molestias del sol. ¿Queréis acompañarme?

—Con mucho gusto, Gloria, teniendo en ello una gran satisfacción.

—¡Una gran satisfacción,—repitió la joven,—por una cosa tan insignificante!

—¿Os parece poco tener la honra de acompañaros?

—Como no hace muchas horas que me decíais que no cifrabais vuestras esperanzas más que en la muerte...

—Es cierto; no os lo niego.

—El hombre que se halla tan desengañado de la vida, no puede sentirse satisfecho con una cosa tan trivial como dar un paseo por un parque en compañía de una amiga.

—¡Ay, Gloria, si os aseguré que deseo morir, no creáis que me faltan motivos para ello!

—Muy desengañado estáis de todo.

—Sí, de todo; no os lo niego.

—¿Tan mal os trataron las personas que hasta hoy habéis conocido?

—Muy mal, á excepción de vuestra familia.

—No obstante, tenéis una madre, de la que os he oído hacer los mayores elogios.

—Como que la adoro.

—Y una hermana cariñosa y buena.

—Muy cierto.

—Entonces, ¿por qué deseáis morir? ¿Acaso estos dulces afectos no bastan á llenar el vacío que sentís en el corazón?

—Me bastarían si no estuviese firmemente convencido de que viviendo las hago desgraciadas.

—Eso no es posible.

—Sin embargo, lo es.

—No; lo que os priva de la tranquilidad, lo que os hace aborrecer la vida, no es lo que me habéis dicho.

—No hay otra causa.

—Creo haberla adivinado.

—Hablad, Gloria. Si acertáis, no os negaré la verdad.

La joven se aproximó un poco á Rogelio.

Luégo, bajando la voz:

—Sentiréis,—dijo,—un amor sin esperanza.

—Jamás he experimentado ese hermoso sentimiento.

—¿No habéis amado jamás?

—Os lo juro.

—Yo os he hablado, después de todo, de una cosa que tampoco me atrevería á definiros; pero he hecho observaciones en la naturaleza, y me he convencido que el amor es el único sentimiento que hace completamente dichosos á los seres.

—Es indudable, según afirman.

—Recuerdo que, al poco tiempo de nuestra llegada á este país, entreteníame todas las tardes en pasear por el bosque. Una de ellas vi que se posaba sobre el árbol que prestábame sombra un hermoso pájaro, cuyos matices me cautivaron. ¡De qué buena gana le aprisionaría!—exclamé.—Precisamente acertó á pasar por aquel sitio uno de los oficiales del regimiento que manda mi padre, y echándose á la cara la escopeta con que iba cazando, hirió á la hermosa ave. Yo la cogí, acariciándola con cariño. ¿Por qué habéis tirado á este pobre pájaro?—le pregunté.—Y él me respondió que ignoraba que al hacerlo me originaba un disgusto.

—Y ¿curasteis al ave?—preguntó Rogelio, que sentíase cautivado con la inocencia de la hija del coronel.

—Sí,—respondió la joven;—por fortuna, los plomos no le habían herido más que en un ala. El pobre pájaro me miraba con una melancolía extraordinaria. Cierto que cuidábale mucho, prodigándole todo género de caricias; pero le faltaba la libertad, espacio para tender el vuelo.

—Yo, en su caso,—dijo galantemente Rogelio,—no hubiese echado de menos esa libertad siendo vos la persona que me tuviese cautivo.

Gloria se sonrió.

Luégo dijo:

—Una mañana, queriendo que el pájaro disfrutase de la apacible sombra de un cocotero, colgué la jaula en una de las ramas. De pronto abrió las alas, agitándolas con alegría, y dejó oir sus más encantadoras modulaciones. Levanté la cabeza, y mis ojos fijáronse en otra ave exactamente igual á la que yo poseía. Era su hembra. ¡Ah Rogelio, mucho me agradaba la posesión de mi pajarito, pero decidí restituirle la libertad! Parecía que me lo suplicaba con su canto.

—¿Y abristeis la puerta de la jaula?

—Sí. ¡Cuán inmensa fué su alegría en aquellos instantes! ¡Luégo dicen que los animales no expresan sus penas y sus satisfacciones! En vez de alejarse, voló á mi hombro, y con su pico besó mis labios, porque lo que hizo fué darme un beso, con el que me expresaba su gozo y su gratitud. Después saltó á la rama en que aguardábale su compañera. ¡Ah! ¡No podéis figuraros de qué modo expresaban la felicidad que sentían al verse juntos!

Gloria guardó silencio algunos instantes.

Luégo prosiguió:

—He hecho, como antes os he dicho, muchas observaciones de este género, y por esto estoy plenamente convencida de que el corazón humano no puede

ser dichoso mientras no abrigue el dulce sentimiento del amor.

—Es verdad, Gloria; pero ¿sólo por vuestras observaciones lo comprendéis? ¿No habéis dado cabida á ese sentimiento en vuestra alma?

—Aun no, Rogelio; sólo tengo diez y siete años; casi soy una niña.

Y sus ojos, negros como la noche, fijáronse en Rogelio con arrobadora expresión.

El joven no apartaba la vista de Gloria.

—Es cierto, pensó.—Esta hermosa y cándida niña me ha hecho comprender con su sencillo lenguaje que aun quedan goces para mí en el mundo. El amor, sentimiento sublime que llena nuestra alma.

—¿En qué pensáis?—le preguntó la hija del coronel, después de un momento de silencio.

—En vos pensaba.

Al oir esta respuesta, las mejillas de la joven se tiñeron de un vivo carmín.

—¿En mí?—preguntó sin disimular la turbación que sentía.

—No puedo negaros que la relación que me habéis hecho me ha producido gran efecto. Desde hoy buscaré un corazón que me comprenda.

—Eso, si se busca, se halla.

—Pero ¿y si yo no lo encuentro?

—Tarde ó temprano lo encontraréis si le buscáis con fe.

El calor iba siendo sofocante.

Gloria se puso en pie.

—Ya es tarde para que os indique la plazoleta de que antes hablábamos: no quiero que permanezcáis aquí más tiempo.

—¿Por qué?

—El calor es excesivo y puede perjudicaros, pues aun estáis delicado.

—Como queráis. Ya seguiremos la plática que ahora interrumpimos.

—Sí, Rogelio.

Los jóvenes dirigiéronse á la casa.

Gloria penetró en el aposento de su madre.

En cuanto á Rogelio, se dirigió al suyo.

Apenas estuvo en él, dejóse caer indolentemente sobre un sillón.

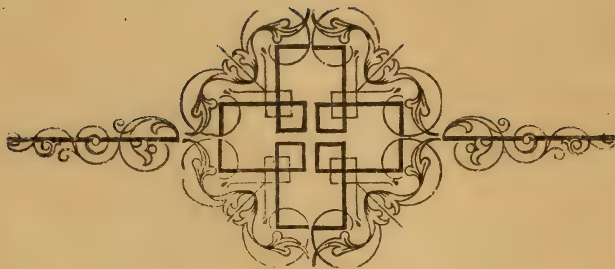
—La verdad es,—se dijo,—que Gloria va mereciéndome mucho más afecto del que he sentido hacia otras jóvenes. ¿La amaré? Empiezo á creer que sí. Sin embargo, es necesario dominar este sentimiento en su principio, que es cuando lo podré conseguir. Si este amor se arraiga en mi alma, será imposible arrancarle luégo.

Rogelio quedóse pensativo. Después se dijo:

—He venido al Perú buscando la muerte, y debo morir, porque ése es el justo castigo de mi crimen. También parece que Gloria no me mira con indiferencia. ¡Pobre niña! Es necesario no alimentar ilusiones que no han de verse realizadas nunca. Mañana

mismo saldré de aquí para incorporarme á la columna de operaciones.

Y el joven, aunque hacía estos propósitos, sentía en su corazón el deseo de no alejarse de aquella casa, donde tratábanle con tanta solicitud y tanto cariño.





CAPITULO LIV

Dos almas desdichadas.



la siguiente mañana, Rogelio se despertó poco más ó menos á la hora que el día anterior; esto es, cuando estaba amaneciendo.

—De buena gana bajaría al jardín,—se dijo el joven.—Tengo la creencia de encontrar en él á Gloria; pero temo que reanudemos la conversación que ayer empezamos. Por otro lado, si hoy he de partir á la guerra, confieso que me es muy duro no despedirme de Gloria más que en presencia de su madre.

El joven vaciló algunos instantes sobre lo que debía hacer; pero los impulsos de su corazón decidiéronle á bajar al jardín.

Gloria tenía para él una atracción, un encanto irresistibles.

Rogelio habíase distinguido como militar por su energía en afrontar los peligros; pero sentíase débil para luchar con los afectos de su alma.

Con razón se dice que para lo que necesita el hombre toda su energía es para saber defenderse de sí mismo.

Rogelio bajó al jardín, y vió que no se había engañado.

Gloria encontrábase en él.

Durante la noche habíase sentido presa del más completo insomnio.

Aunque su inexperiencia era mucha, y, como había dicho muy bien el día anterior, en achaques amorosos no era conocedora, hallábase convencida de que la simpatía que la inspiraba Rogelio podía muy bien confundirse con aquel dulce sentimiento.

El joven acercóse sonriendo á la hija del coronel, y la dijo:

—Mucho habéis madrugado hoy, señorita.

—Es que no he dormido.

—¿Es posible?

—No sé por qué, pero es lo cierto que no he podido conciliar el sueño en toda la noche.

—¿Acaso os sentís mal?

—No. Y á no ser por la pesadez de cabeza que me produce el no haber dormido, me encontraría mejor que nunca. Precisamente hoy parece que me encanta

todo cuanto me rodea. Lo veo como más poético, como más brillante. Este jardín, esas flores, el bucólico ruido del arroyo; en una palabra, soy vuestra antítesis, pues mientras os sentís desesperado abrigando las ideas más tristes, á mí nunca me ha parecido la vida tan hermosa como ahora.

—¡Cuán feliz sois pensando de ese modo!—repuso Rogelio con desaliento.

—¡Ah! ¿Persistís en vuestro loco propósito de buscar la muerte?

Y al hacer esta pregunta, Gloria fijó en el joven sus negros y expresivos ojos con una expresión dulcísima.

—¡Ay, Gloria,—respondió el interpelado,—no puedo negaros que voy cambiando de opinión!

—¿Es posible?

—Quizás me tildéis de poco firme en mis ideas, pero no puedo ocultaros la verdad.

—Y ¿á qué obedece ese cambio, que yo celebro con toda mi alma?

—No lo sé,—dijo Rogelio, encogiéndose de hombros.

—Sed franco, amigo mío,—añadió la joven;—yo os aprecio, y me creo, por lo tanto, acreedora á vuestra confianza. Ayer me dijisteis que vuestro corazón no ha palpitado nunca al impulso del amor.

—Y era cierto. No obstante, ahora empiezo á creer que es una verdad lo que ayer me asegurabais; esto es, que un hombre no puede ser dichoso mientras no

sepa apreciar por sí mismo los encantos de ese sentimiento.

Gloria se sonrió.

Amaba á Rogelio, y las palabras de éste hacíanla abrigar dulces esperanzas.

—¿De modo,—preguntó,—que vais abundando en mis opiniones?

—Sí, os lo aseguro.

—Lo celebro mucho, pues tengo la evidencia de que el día que améis y os veáis correspondido se desvanecerán vuestros lúgubres propósitos de buscar la muerte.

—No lo dudo tampoco.

—¡Cuánto más grato en la juventud es amar, saber que hay un corazón que late por el nuestro y unos labios siempre dispuestos á dirigirnos una sonrisa! ¡La muerte! ¿Quién piensa en la muerte á nuestros años? ¡Estamos en la edad de las esperanzas y de las ilusiones! Quédense esas tristes ideas para la árida vejez. Á nosotros nos sonríe el porvenir: todo debemos contemplarlo bajo un brillante prisma de color de rosa. No os niego que á veces tenemos nuestras contrariedades; pero ¡cuán breves son! Disípanse esas ligeras nubes del horizonte de nuestra vida, y el sol de la alegría vuelve á reanimarmos con sus espléndidos reflejos.

—Gloria,—exclamó Rogelio, entusiasmado por los poéticos razonamientos de la joven,—es una verdad todo cuanto decís: habéis conseguido con vuestras pa-

labras lo que no hubieran logrado seguramente los hombres de más elocuencia.

—¡Ah! No digáis eso.

—Vuestro acento llega á mis oídos y repercute en mi corazón.

La joven no pudo disimular su alegría.

—¿De veras?—preguntó.

—Os lo aseguro.

Y Rogelio se apoderó de una de las manos de Gloria, estrechándola entre las suyas con efusión.

—¿Luego me hacéis la solemne promesa de no volver á hablar de la muerte?

Al oir esta pregunta, Rogelio inclinó la cabeza.

De nuevo había acudido á su mente el recuerdo de lo ocurrido en España.

—No,—dijo,—eso no puedo prometéroslo; he sido un infame, y debo morir.

—¡Otra vez insistís en lo mismo!—exclamó la joven, hiriendo el césped que la servía de alfombra con su diminuto pie.

—Sí, Gloria; por breves instantes, sobre todo cuando estoy á vuestro lado, podrán alejarse de mi cerebro ciertas ideas; pero después vuelven á brotar en él más tenebrosas, más tristes que nunca.

La joven exhaló un suspiro.

Luégo preguntó:

—Pero ¿por qué sois tan desgraciado?

—La base principal de mi desdicha la constituye mi carácter.

—¿Vuestro carácter?

—Sí, Gloria; en ocasiones es impetuoso; á veces una nube me ciega, y entonces..., entonces soy capaz de faltar aun á aquellas personas á quien debo más respeto y consideración.

—Eso no es posible: no creo en semejantes arrebatos.

—Pues existen, no lo dudéis.

—Será porque esas personas no os comprenden y os exasperan, empujándoos á la más extrema desesperación.

—Pero el hombre, cuando tiene verdadera fuerza de voluntad, sabe dominarse, y yo no me domino porque me es imposible.

—Nada puedo deciros, pues ignoro á qué casos os referís. Sin embargo, Rogelio, tengo la necia vanidad de creer que conmigo no os enfadaríais jamás.

—Eso desde luégo. Sois un ángel, como os he dicho muchas veces, y con los ángeles no puede uno desesperarse.

—¿De modo que estáis resuelto á no perder ocasión de buscar la muerte?

—Ese es mi propósito. Mucho os agradezco el solícito interés con que me habéis salvado de una muerte segura; pero si no lo hubierais hecho, á estas horas descansaría.

—¡Qué ingrato sois!—exclamó Gloria enjugándose una lágrima.

—No lo creáis. He empezado por deciros que os lo

agradezco; pero cuando cierro los ojos y recuerdo el pasado...

—¡Ah Rogelio! ¡Cualquiera que os oyese hablar creería que erais un criminal, un monstruo!

—Y tal vez no se engañara.

—Vamos, callad, por Dios. Me parece que tenéis una imaginación que aumenta los hechos de una manera exagerada.

—A mí, por el contrario, me parece que los disminuyo.

—¿Tanta es su gravedad?

—Mucha.

Los dos jóvenes guardaron silencio algunos instantes.

Rogelio fué el primero que lo interrumpió.

—Ahora, señorita,—la dijo,—voy á haceros una súplica.

—¿Qué deseáis?

—Esta misma tarde salgo de Lima para ponerme á las órdenes de vuestro padre.

—¿No os recomendó que no lo hicieseis hasta que os avisase?

—Es cierto; pero el coronel ignora que me encuentro completamente restablecido y en disposición, por lo tanto, de salir á campaña.

—¿Donde haréis, como antes, todo género de locuras?

—No; espero que esta vez no he de ser tan afortunado, ó, por mejor decir, que he de serlo más.

—No os comprendo.

—Me explicaré: todos los hombres se consideran afortunados cuando salen bien de las empresas ó negocios que emprenden.

—¡Ah! No prosigáis: adivino lo que vais á decir.

—Para mí la fortuna sería encontrar la muerte en el campo de batalla.

Gloria hizo un gesto de disgusto. Después dijo:

—¿De manera que es irrevocable vuestra resolución de salir á campaña?

—Irrevocable, señorita.

—Tened presente que en cuanto pongáis la planta fuera del recinto de la ciudad correréis un verdadero peligro.

—No lo creáis: estoy seguro de no tener la suerte de hallar al enemigo hasta que me incorpore á las fuerzas de vuestro padre.

—¡Ah! Si yo tuviera alguna influencia sobre vuestra voluntad...

—¿Qué haríais?

—Rogaros que no hicieseis locuras; que no os pusieseis en marcha solo, como intentáis hacerlo.

—Vuestra influencia respecto á mí es absoluta; pero comprended que estoy faltando á mis deberes de soldado, y pudiera tacharse de cobarde mi conducta.

—Mi padre os encargó que permanecieseis aquí hasta recibir aviso suyo.

—Sí; pero el coronel celebrará verme á su lado. Restablecido completamente de mi herida, no debo

permanecer en la inacción mientras mis compañeros de armas prodigan su sangre en defensa de la honra de mi patria.

—Haced lo que queráis,—respondió Gloria contrariada, comprendiendo que todos sus ruegos serían inútiles.

Después añadió:

—Antes me dijisteis que queríais hacerme un encargo.

—Es verdad. Si, como creo, muero en el campo de batalla, no me olvidéis en vuestras oraciones.

—Callad, Rogelio. Vuestros tristes presentimientos laceran mi corazón y arrancan lágrimas á mis ojos.

—¿Cumpliréis mi encargo?

—Todos los días elevaré mis plegarias á Dios para que os saque con bien; pero si murieseis... ¡Ah! No quiero pensarlo siquiera.

Y la joven rompió á llorar.

Rogelio ya no dudó que la joven le amaba.

Impulsos tuvo de arrojarse á sus pies declarándola su pasión; pero se contuvo, impulsado por la fatal idea que le atormentaba.

—Debo morir,—se dijo poniéndose en pie,—y sería una infamia encender y alentar en el alma de este ángel una pasión para matarla luégo. No quiero hacerla desgraciada para toda la vida.

Y Rogelio, pensando de esta manera, se dispuso á abandonar el jardín.

—¿Os alejáis?—le preguntó la joven con amargura.

—Sí; tengo que disponerlo todo para la marcha,—repuso Rogelio con abatimiento.

Gloria inclinó la cabeza.

Luégo añadió:

—En ese caso, supuesto que no hay fuerzas humanas que os hagan variar de resolución, voy á haceros un pequeño obsequio para que no me olvidéis durante el tiempo que estéis ausente.

—¿Olvidaros? ¡Nunca!

La joven sacó de su pecho un escapulario con la imagen de la Virgen de los Dolores.

—Tomad,—dijo entregándoselo.—Nada vale, pero está bordado por mí.

—Entonces su mérito es grandísimo, y os juro que he de llevarlo siempre sobre mi corazón.

—Que la santa imagen que representa os preserve de todo mal. ¿Cuándo partís?

—Esta misma tarde.

—Iré con mi madre á despediros.

—Será un nuevo favor que tendré que agradeceros.

Rogelio dirigióse hacia la casa.

Antes de penetrar en ella volvió repetidas veces la cabeza para mirar á la joven, que le seguía también con la vista.

Gloria estaba inmóvil como una estatua, y triste como nunca.

—¡Qué hermosa es, y cuánto la amo!—se dijo Rogelio, exhalando un profundo y doloroso suspiro.

Y aun tuvo deseos de volver á su lado; pero repri-miéndose, dirigióse á su estancia.

Entonces Gloria se puso en pie, y enjugándose las lágrimas que corrían por sus mejillas de alabastro, aventuróse por el jardín, dirigiéndose luégo al aposento en que se hallaba su madre.





CAPITULO LV

Buscar un peligro por huir de otro.



OÑA Carmen, que ocupábase en bordar en su estancia, al sentir los pasos de su hija, levantó la cabeza, fijando en la joven una mirada cariñosa.

Con esa penetración que poseen las madres, comprendió en seguida que Gloria estaba triste.

—¿Qué te sucede?—la preguntó con la mayor solicitud.

La joven esforzóse por sonreir.

Pero ¡cuán triste fué su sonrisa! Semejaba á esos pálidos rayos del sol de invierno.

—Nada,—apresuróse á responder

—No, Gloria, tú nunca me has hecho ocultación de ninguna clase: tú has llorado, no me lo niegues.

—Es verdad: he llorado, pero por una niñería.

—Habla, hija de mi alma.

La joven se ruborizó.

Luégo, ocultando su rostro entre las manos, exclamó:

—Me da vergüenza decírtelo, y temo que te enojes.

—Vamos, no seas niña, habla. ¿Con quién puedes tener más confianza que con tu madre?

—Es verdad.

Y Gloria se aproximó al asiento que ocupaba doña Carmen.

—Madre,—la dijo,—¿te acuerdas cuánto lloré el día que se escapó de su jaula el sinsonte que me regalaste?

—¡No he de acordarme!

—Esto te demuestra que tomo verdadero afecto á todo lo que me rodea, no sólo á los seres, sino hasta á los objetos.

—Lo cual no es extraño; lo mismo me sucede á mí.

—Si esto me ocurre respecto á un pájaro ó á un objeto, ¿qué no me sucederá con las personas?

—Por razón natural ha de ser mucho más viva tu simpatía.

—Y lo es, madre.

—Pero hasta ahora nada has dicho que me haga comprender el motivo de tu tristeza.

—Rogelio nos abandona.

—¿Que nos abandona?

—Sí. Se empeña en ir á buscar á mi padre; dice que se encuentra completamente restablecido, y que su obligación es salir á campaña.

—Pero aunque así sea, ¿por qué lloras? Ya volverá.

—¡Ay, madre de mi alma! Muchos de los que van á la guerra no regresan nunca.

—Cierto; pero Dios hará que á nuestro amigo no le suceda nada malo. Sobre todo, Gloria, yo, aunque le aprecio mucho, comprendo que tiene razón al querer partir. Su deber de soldado se lo ordena.

—No lo dudo, madre, pero yo lo siento.

Doña Carmen fijó sus ojos en los de su hija.

Una sospecha alzóse en su alma.

—¿Amará á Rogelio?—se pregunto.

Pero bien pronto alejóse esta idea de su mente.

—No,—se dijo,—no es posible; mi Gloria es aún muy niña; todo esto debe ser sólo una impresión del momento.

Y doña Carmen quedóse tranquila.

—Ahora, madre, quiero que me concedas un favor.

—Pide lo que desees.

—Quisiera que esta tarde saliéramos á despedir á Rogelio hasta el principio del bosque.

—Desde luégo.

—¡Qué buena eres!

Y Gloria depositó un cariñoso beso en la frente de su madre.

En aquel momento dieron en la puerta de la estancia unos ligeros golpes.

—¿Quién es?—preguntó la esposa del coronel.

—Yo, señora,—respondió el conocido acento de Rogelio.

—Adelante, amigo mío.

Rogelio, en traje de campaña, presentóse en la estancia.

—Ya sé por Gloria que nos abandonáis,—le dijo doña Carmen con cariñosa reconvención.

—Señora, aunque con tristeza, el deber me obliga á ello.

—Mi Gloria está llorando como una niña por vuestra partida.

—Es un corazón de oro.

Y al decir esto, dirigió á la joven una expresiva mirada.

—En fin,—prosiguió doña Carmen,—supuesto que vuestra resolución de partir es inquebrantable, espero que muy en breve tendremos el gusto de veros por esta casa, acompañado de mi marido.

—Os prometo que, si no sucumbo en la guerra, tendré esa alta satisfacción.

—¿Cuándo partís?

—Ahora mismo, señora.

—En ese caso, os acompañaremos hasta la entrada del bosque.

—¡Tanta molestia!

—Ninguna, Rogelio.

Un instante después, el joven, doña Carmen y Gloria salían de la casa.

Ésta última iba muy preocupada.

—Acordaos alguna vez de mí,—le dijo á Rogelio.

—¡Alguna vez!—exclamó éste.—Os prometo que será siempre.

—¡Ah! Yo tampoco he de apartaros de mi memoria.

Cuando llegaron al bosque, doña Carmen se detuvo, alargando su mano á Rogelio.

—Amigo mío,—le dijo,—hasta la vuelta.

—Adiós, señora.

—Haced presente á mi marido mi deseo de verle pronto.

—Cumpliré vuestro encargo. Adiós, Gloria.

—Adiós, Rogelio,—respondió la joven, tratando de contener las lágrimas.

El joven montó en su corcel, que hasta entonces había llevado de las bridas, y después de dirigir otra mirada á Gloria, partió al galope.

La mayor dificultad para nuestro joven era el no saber de una manera segura el paradero de la columna de Larde.

Sin embargo, avanzaba confiado, diciéndose:

—Ya encontraré á alguien que me proporcione noticias ó me sirva de guía.

Y, efectivamente, no se engañó en sus suposiciones. Aquella misma noche encontró una partida de soldados al mando de un sargento que conducía heridos á la ciudad.

El joven, dirigiéndose á ellos, les preguntó:

—¿Pertenecéis á la columna del coronel Larde?

—No, señor; somos de la división que manda el general Valle,—respondió el sargento.

—¿Hacia qué punto se halla el general?

—Ayer ha emprendido un movimiento combinado, y no puedo deciros con seguridad la dirección que lleva. En cuanto al coronel Larde, le hemos visto acampado con sus fuerzas á unas dos leguas escasas de aquí.

—¿En qué dirección?

—A la derecha de aquel bosque de palmas que se distingue en aquella cañada.

—Gracias, sargento.

—A vuestra orden, mi alférez.

Y haciendo el saludo de ordenanza, la partida continuó su marcha hacia Lima.

Nuestro jóven prosiguió su camino, diciendo:

—Dos leguas: no necesito obligar gran cosa á mi potro para hallarme en el campamento antes de hora y media.

La noche había cerrado por completo.

Aunque la luna lucía espléndidamente, sus rayos

apenas penetraban á través del espeso follaje de aquellos árboles seculares.

Rogelio no se equivocó.

Una hora después descubría los resplandores de las hogueras del campamento.

Uno de los centinelas de las avanzadas dióle el alto.

—¡Quién vive!—le preguntó, apuntándole con su fusil.

—¡España!—respondió Rogelio.

El soldado, reconociendo en él á un oficial español, retiró el arma.

Nuestro protagonista aproximóse á él.

—¿El coronel Larde?—dijo.

—En su tienda le encontraréis.

El joven penetró en el campamento, donde echó pie á tierra, entregando su caballo á uno de los soldados.

Luégo dirigióse á la tienda de don Ventura.

Éste aun no se había acostado.

Al ver á Rogelio, le alargó la mano con efusión.

—¿Cómo por aquí, amigo mío?—dijo.

—Mi coronel, me encontraba completamente restablecido, y no quise retrasar por más tiempo la satisfacción de ponerme á vuestras órdenes.

—¿Y mi esposa? ¿Y mi hija?

—Las he dejado bien, aunque tristes y apenadas con vuestra ausencia.

—Me parece que ésta no será ya muy larga. Las

tropas del general Valle, después de derrotar en algunos encuentros parciales á los indios, se dirigen hacia el punto donde Tupac ha reconcentrado el grueso de sus fuerzas. Se trata de una acción decisiva. Tengo orden de apoyar el movimiento de Valle, á fin de ver si conseguimos cercar y destruir por completo á esos rebeldes.

—Mi coronel, ya es tarde, y supongo que mañana será preciso madrugar.

—¡Como que emprenderemos la marcha así que amanezca!

—Pues entonces, hasta mañana, mi coronel.

—Decid mejor hasta luégo.

—Es verdad.

El joven salió de la tienda de campaña, dirigiéndose á otra ocupada por varios oficiales.

Allí se instaló; pero en vez de dormir, entregóse á sus pensamientos.

La encantadora imagen de Gloria no se apartaba de su mente.

—¡Qué hermosa!—se decía.—La verdad es que esa joven ha conseguido interesarme de una manera absoluta. Y ella me ama también: puedo creerlo, sin pecar por esto de vanidoso. Bien claramente me lo ha dado á entender. ¡Ah! ¡Si no fuera porque no debo vivir, esa hermosa niña haríame el más dichoso de los hombres!

Rogelio se durmió halagado con el recuerdo de Gloria.

Pocas horas después, el eco marcial de los clarines entonaba la diana.

Rogelio se puso en pie.

Luégo, ciñéndose sus armas, abandonó la tienda.

En el campamento advertíase la mayor actividad.

Oficiales y soldados disponíanse á emprender la marcha.

El coronel Larde montó sobre un magnífico tordo.

Luégo dió con acento varonil la orden de ponerse en movimiento.

Rogelio iba á su lado.

Dejémoslos por ahora, volviendo á Lima en busca de doña Carmen y de Gloria.





CAPITULO LVI

Pasión de ánimo.



A hija del coronel, desde que Rogelio partió, quedóse sumida en el más profundo abatimiento.

En el poco tiempo que había tratado al joven sintió brotar en su corazón una de esas pasiones que no terminan sino con la existencia.

Esto no era extraño.

Cuando el coronel salió de España para el Perú, Gloria era una niña que no habíase ocupado más que de sus pájaros y sus flores.

Vivió en América como la planta en el invernadero, pues sus padres habían cuidado de que no tratase á ningún hombre que pudiese interesar su corazón, tan joven todavía.

Ya saben nuestros lectores las circunstancias que obligáronles á quebrantar este propósito respecto á Rogelio.

Unos soldados halláronle moribundo en el bosque, le condujeron á la tienda de campaña de don Ventura, y su familia le acogió con la cariñosa solicitud que su estado reclamaba.

No disgustóse por ello el coronel cuando se enteró de la presencia del herido.

En primer lugar, porque no sospechaba siquiera que aquel joven pudiese despertar una pasión en el alma de su hija, y además, porque sintióse desde luégo unido á Rogelio por el misterioso lazo de la simpatía.

Gloria, como hemos dicho, apenas salió el joven de la casa, cayó sumida en una gran postración de espíritu.

Su madre lo advirtió.

De nuevo alzóse en su alma la sospecha de que Gloria amase á Rogelio.

—Si es así,—se dijo,—en otra persona menos digna podía haber puesto sus ojos. Ese joven es apreciable bajo todos los puntos de vista, y pertenece á una familia de posición.

Doña Carmen formó el propósito de observar á su hija.

Poco tardó en convencerse de la verdad de sus sospechas.

Una noche, Gloria, indolentemente reclinada en

un diván, durmióse mientras su madre hacía labor.

La joven estaba encantadora.

Sus largas pestañas sombreaban ligeramente la parte inferior de sus ojos.

Sus labios entreabiertos permitían admirar dos hileras de blancos y diminutos dientes.

Doña Carmen sintió el deseo de besar su frente, sobre la que vagaban unos cuantos rizos, rubios como las mieses en el mes de Julio.

Dejó sobre una mesa la labor, aproximándose de puntillas á Gloria.

Luégo sus labios posáronse sobre la inmaculada frente de la joven.

Ésta se estremeció.

No se había despertado, sin embargo, al contacto del beso.

Sus labios sonrieron.

—¡Rogelio, Rogelio mío!—dijo,—¿es verdad que me amas?

Ya no cabía la menor duda.

Gloria sentía en su corazón uno de esos amores que embargan el alma, tan puro, tan acendrado como el que se experimenta en la primera juventud.

Doña Carmen volvió á ocupar su asiento.

Pocos instantes después, la joven abría sus hermosos ojos negros, fijándolos en los de su madre.

Ésta se sonrió.

—Acércate, Gloria. Es necesario que hablemos.

La joven obedeció. Aproximóse á su madre, dióla

un beso, sentándose luégo sobre sus rodillas como si fuese una niña.

—Necesito que me hables con franqueza.

—Lo haré, madre mía. Ya sabes que siempre lo he hecho así.

—Tú estás triste: hace algún tiempo que lo he advertido, y deseo saber la causa de tu preocupación.

Gloria guardó silencio algunos instantes. Luégo dijo:

—Madre, el cariño que me profesas te hace ver cosas que en realidad no existen.

—Eso no es cierto, bien sabes que no lo es.

—¿Qué motivos tengo para no estar satisfecha como siempre?

—Eso es lo que ignoro, y lo que deseo saber.

—Madre, temo que me riñas...

—¡Qué locura! Eres un ángel, y no creo, por lo tanto, que hayas hecho nada que sea digno de reprensión.

—No puedo darme cuenta exacta de lo que me sucede. Hasta hace poco era completamente dichosa con vuestro cariño, con mis pájaros y mis flores.

—Pero ahora no lo eres.

—Dices bien: no lo soy.

—Porque además de nuestro cariño deseas otro...

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ay, Gloria, es tan fácil adivinar lo que se encierra en un corazón de diez y siete años!

—Pues bien, madre mía: no puedo negarte que la

partida de Rogelio me ha disgustado mucho. Incesantemente pienso en él: por la noche, cuando se cierran mis párpados, me parece estarle viendo. ¿Hago mal? Lo ignoro. Lo único que puedo decirte es que esto no depende de mi voluntad.

—¿Te ha dirigido Rogelio alguna frase que predispusiese tu alma á tan inmensa simpatía?

—Ninguna; por el contrario, siempre me ha dicho que su único deseo es morir.

Á este punto llegaba la conversación, cuando uno de los criados se presentó en el umbral.

—¿Qué ocurre?—preguntó doña Carmen.

—Señora, un soldado trae esta carta del coronel.

—¡Ah! De mi esposo. Dámela.

Doña Carmen rasgó el sobre con mano temblorosa por la emoción.

Luégo leyó la carta.

—¿Qué dice mi padre?—preguntó Gloria con el mayor interés.

—Que se encuentra perfectamente, que han derrotado á los enemigos en distintas ocasiones, y que piensa incorporarse con su columna á la división que manda el general Valle.

—Y ¿no dice más?

Doña Carmen se sonrió al oir esta pregunta.

—Lee este párrafo,—dijo, entregándola la carta.

Gloria fijó sus ojos en las líneas que le indicaban. Decían así:

«También he tenido la satisfacción de estrechar la

»mano de Rogelio. No puedes figurarte á qué punto »llega su arrojo. Esto no es valor, es temeridad.»

Una sonrisa dibujóse en los labios de la hija del coronel.

Sentíase enorgullecida.

Pero de pronto su rostro adquirió una gravedad extraordinaria.

—¿Qué piensas, Gloria?—la preguntó doña Carmen.

—Mi padre dice que su valor es temerario, porque ignora que los deseos de Rogelio son encontrar la muerte.

—¡Bah! ¡Eso no deja de ser una frase! ¿Crees posible que á sus años se abriguen pensamientos tan lúgubres?

—¡Es un hombre tan excepcional!...

—Por mucho que lo sea, bien pronto cambiará de opinión.

—¿Lo crees así, madre?

—Estoy convencida.

—Lo que más me agrada,—prosiguió Gloria,—es que, según dice papá, han conseguido derrotar á los indios cuantas veces los encontraron. De este modo se desengañarán muy en breve, y la paz tenderá de nuevo su hermoso manto sobre este país.

—¡Dios te oiga!

—¡Qué deseos tengo de que mi padre vuelva á nuestro lado concluída la campaña!

—Yo también lo anhelo con todo mi corazón.

—Pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál, Gloria?

—Mi padre volverá; pero Rogelio...

—También.

—No; si tanto se arriesga, le matarán; y si no le matan, como se ha incorporado á la columna del general Valle, es casi seguro que no vuelva por aquí.

—No lo creo: Rogelio es esclavo de su palabra, y nos prometió que vendría.

—Es cierto, madre.

Desde aquel día, Gloria no habló con su madre más que del joven.

Su corazón necesitaba estas expansiones.

Pero la guerra proseguía, y ni el coronel ni Rogelio regresaban, por lo tanto.

Gloria pasábase los días sin salir de su aposento.

Estaba pálida y ojerosa.

Sus ojos, antes tan límpidos y serenos, veíanse con frecuencia nublados por las lágrimas.

—¡Pobre hija!—exclamaba doña Carmen;—está enferma: si ese joven tarda en volver, mi Gloria sucumbirá víctima de una pasión de ánimo.

Y la esposa de don Ventura se afligía también.

Gloria una mañana se negó á abandonar el lecho.

Dolíale mucho la cabeza.

Sus ojos brillaban con la intensidad de la fiebre.

Alarmada doña Carmen, pensó desde luégo en escribir á su marido dándole cuenta de lo que pasaba.

Hubo, sin embargo, un incidente que la hizo cambiar de propósito.

Aquel mismo día advirtióse en las calles de la ciudad una gran animación.

Doña Carmen envió á un criado para que se enterase del motivo de aquel movimiento.

Poco después el doméstico volvía á la casa.

—¿Qué ocurre, Andrés?—le preguntó la madre de Gloria.

—El gobernador ha dado orden para que se cuelguen los balcones y se iluminen esta noche.

—Pues ¿qué ha pasado para dar origen á esas demostraciones de júbilo?

—Según me han dicho, el general Valle, á cuya división se agregó la columna del señor, ha derrotado cerca del Cuzco á diez mil indios, haciendo que huyese el caudillo que los mandaba.

—¿Tupac Amaru?

—Precisamente. Todos dicen que después de una derrota como la que han sufrido los insurrectos no se atreverán á seguir la guerra.

—¡Ojalá! ¿Sabes si el caudillo Amaru ha caído en poder de nuestras tropas?

—Dicen que pudo salvarse gracias á la ligereza del corcel que montaba; pero necesitó vadear un río de consideración, en cuyas aguas tal vez se haya ahogado.

—¿Luego las colgaduras y las iluminaciones tienen por objeto recibir á los soldados victoriosos?

—Que deben llegar muy en breve á Lima.

Doña Carmen no necesitó oir más.

Bastábale lo que ya sabía para dar rienda suelta á su satisfacción.

Inmediatamente dirigióse al aposento de Gloria.

Ésta no dormía.

Al entrar su madre en la estancia, dirigióla una mirada.

—Gloria,—dijo doña Carmen,—es necesario que hagas un esfuerzo para levantarte lo antes posible. Se disponen algunos festejos.

—¿Con qué motivo?

—Es casi seguro que tu padre regrese á la mayor brevedad. Puede considerarse la guerra como terminada.

—¿De veras?—exclamó Gloria reanimándose repentinamente.

—Sí. El general Valle ha conseguido una gran victoria cerca del Cuzco derrotando á diez mil indios que iban á las órdenes de Tupac Amaru.

—¡Diez mil indios!

—Me parece que con la tremenda lección que les han dado no les quedarán muchos deseos de seguir la guerra.

—¡Quién sabe! ¡Esos indígenas son tan tercos!

—Sin embargo...

—Y ¿cuándo se cree que lleguen las tropas?—preguntó con ansiedad.

—Muy pronto. El gobernador ha dado la orden de que durante tres días se pongan colgaduras y se iluminen los balcones.

Gloria sintió fortalecerse su corazón con la esperanza de ver á Rogelio.

A la mañana siguiente abandonó el lecho, aunque se encontraba muy débil.

Asomóse al balcón.

En la calle se advertía gran movimiento.

La gente discurría muy alegre y muy animada.

La joven oyó decir que el general Valle debería llegar aquel mismo día.

Con efecto, á eso de las diez, oyéronse los ecos de las cornetas y el redoble marcial de los tambores.

Los balcones de las casas vecinas estaban cuajados de gentes, ávidas de vitorear á los vencedores.

Es imposible describir las emociones que experimentó Gloria al oir aquellos bélicos acentos.

El general Valle, montado sobre un brioso caballo de raza andaluza, iba á la cabeza de su ejército.

Fué saludado con entusiastas aclamaciones, á las que correspondía agitando su brillante acero en señal de gracias.

Detrás de él, y sobre fogosos corceles, iban sus ayudantes.

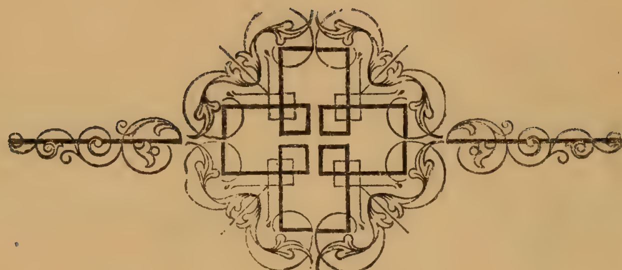
Gloria buscó entre éstos á Rogelio, pero su esperanza vióse frustrada.

Ni su padre ni el amado de su alma iban en las filas.

Cuando desfiló toda la división, una horrible sospecha cruzó por la mente de Gloria, y una angustia mortal se apoderó de su alma enamorada.

—¿Habrán muerto?—exclamó.—¿Habré perdido á mi padre y al hombre á quien amo? ¡Ah! ¡No quiero pensarlo siquiera!

Y cubriéndose el rostro con las manos, prorrumpió en amargos sollozos.





CAPITULO LVII

El golpe de gracia.



IGAMOS á nuestros lectores por qué razón no habían regresado á Lima el coronel y Rogelio con las tropas del general Valle.

Don Ventura, á quien dejamos al ponerse en marcha desde el campamento del bosque, incorporóse pocos días después á las fuerzas del general.

Éste alegróse mucho de ver á Rogelio, á quien creía víctima de su temeridad.

Don José del Valle, como antes indicamos, tenía el propósito de acabar con los insurrectos, que hallábanse reconcentrados á algunas leguas del Cuzco, después de las derrotas parciales que habían sufrido.

Tupac Amaru proponíase también hacer el último esfuerzo al frente de diez mil indios que había logrado reunir.

Era, pues, una acción decisiva la que iba á librarse.

Los indios esperaron á las tropas españolas al abrigo de un espeso bosque, recibiéndoles con nutridas descargas de fusilería y espesas nubes de flechas.

Las tropas del general Valle no se intimidaron por aquel rudo recibimiento.

Avanzaron impávidas hacia el enemigo, y cuando estuvieron á distancia conveniente, cargaron á la bayoneta.

Los indios, no pudiendo resistir la embestida, se desordenaron.

La caballería española cayó entonces sobre ellos con el ímpetu de una avalancha.

El desorden de los indios se convirtió en confusión, y, aterrados, huyeron velozmente, buscando cada cual su salvación en la fuga.

Tupac Amaru vióse precisado á abandonar el campo, seguido de unos cuantos parciales.

El oficial que iba al frente de la caballería que diera tan brillante carga, no era otro que Rogelio.

Viendo que el caudillo indio huía, se puso en su seguimiento, resuelto á apoderarse de él muerto ó vivo.

Durante la persecución hízole varios disparos, sin conseguir herirle.

Tan ardiente era su deseo de apresarle, que no se cuidó de ver si le seguían sus soldados.

Por último, Tupac y los suyos se perdieron en la espesura de un cerrado bosque.

Rogelio entonces, comprendiendo que sus esfuerzos por alcanzarle eran inútiles, refrenó á su caballo.

Entonces vió que el jinete que le seguía más de cerca era el coronel Larde.

—He querido ver,—dijo éste sonriendo,—hasta dónde llegaba vuestra obstinación.

—Y yo celebro infinito hallaros aquí. ¿Cuántos soldados nos han seguido?

—No llegan á cuarenta.

—Son más que suficientes para lo que yo deseo.

—Adivino lo que pensáis.

—No es difícil.

—Creéis que Tupac no puede hallarse muy lejos de aquí.

—Con efecto; me parece que debe haberse escondido muy cerca, y es necesario buscarle.

—¿Y si se han reunido con él algunas de las fuerzas dispersadas?

—En ese caso, moriremos.

Larde reflexionó.

La sangre fría de aquel joven, que no encontraba obstáculos que le detuviesen, se transmitió á sus venas.

—¿Aceptáis mi pensamiento, coronel?—preguntó Rogelio, comprendiendo que si insistía no había de serle difícil conseguir lo que deseaba.

—Acepto,—respondió don Ventura.

—Adelante, pues.

Y el joven tocó con sus espuelas en los ijares de su potro.

Los cuarenta soldados les siguieron á corta distancia.

Poco después la noche tendía sobre la tierra sus lúgubres crespones.

Larde contuvo su potro.

—¿Qué vamos á hacer, amigo mío?—preguntó al joven.—Creo una temeridad proseguir de noche la persecución. Hagamos alto y esperemos el nuevo día, no vayamos á dar en alguna celada.

—De todas maneras, no podríamos ya esta noche incorporarnos con el general.

—Es cierto: no sabemos dónde habrá acampado después de la acción.

—Y además, nuestros caballos se encuentran muertos de fatiga.

Larde echó pie á tierra y Rogelio siguió su ejemplo.

Ambos tomaron asiento sobre un tronco seco.

—¡Conque fuerza será entonces, mi coronel, pasar aquí la noche! No es muy cómoda la estancia, pero no podemos tacharla de mezquina.

El coronel se sonrió, después de lo cual dió orden á los soldados de que se iba á pernoctar en aquel sitio.

Éstos, después de trabar á sus caballos, colocáron-

se algunos de centinela, y los restantes, envueltos en sus mantas, se tendieron sobre el césped.

Momentos más tarde dormían á pierna suelta.

Estaban verdaderamente rendidos.

—¿Tenéis sueño, mi coronel?—preguntó Rogelio á su jefe.

—No.

—La verdad es que la noche, alumbrada tan espléndidamente por la luna, convida...

—¿Á qué?

—Á reconocer este bosque para saber á qué atenerse mañana.

—Arriesgado es el paso, pero no me parece mal.

—Pues pongámosle en planta sobre la marcha.

—Vamos, pues. Bien dice el adagio que un loco hace ciento.

Larde y Rogelio pusiéronse en pie, y se aventuraron por la espesura, recomendando mucho á los centinelas que estuviesen muy sobre aviso.

Habrían andado como media hora, cuando Rogelio se detuvo.

—¿Por qué os paráis?—le preguntó don Ventura.

—¿No veis allí en lo más espeso el brillo de una luz?

—No veo nada.

—Sí; no tengo la menor duda, hay un reflejo.

—Alguna hoguera tal vez.



Minsé áll

—Quizás; pero me parece pequeño el resplandor para que provenga de una hoguera.

—Avancemos con precaución y saldremos de dudas.

Así lo hicieron.

El coronel fué aquella vez el que se detuvo.

—Es cierto,—dijo.—Ahora descubro perfectamente el resplandor.

—Es una luz que brilla en el interior de una choza. Dirijámonos allí, don Ventura.

El coronel amartilló un par de pistolas.

Caminaban muy despacio, procurando hacer el menor ruido posible.

Hallábanse muy cerca de la choza, cuando sintieron el agudo silbido de una flecha que se clavó en el tronco de un árbol, después de rozar el rostro del coronel.

Rogelio, con su vista de águila, descubrió al indio que la había lanzado, que se echó inmediatamente al suelo.

El joven desenvainó su espada, llegando al sitio en que se hallaba el indígena.

Iba á descargarle un terrible golpe, cuando el indio se arrastró á sus pies como un reptil, pronunciando estas palabras:

—No me des la muerte, y óyeme, que no ha de pesarte.

Acordóse Rogelio de la vieja india que habíale engañado en otra ocasión, y sintió impulsos de no dar oídos á las palabras de aquel hombre.

Sin embargo, se contuvo en vez de herirle.

—Mira,—prosiguió el peruano,—si no me matas, te diré dónde se oculta Tupac Amaru.

—¿Tratas de engañarme?

—No lo creas. Prueba de que no es así, que consiento que me ates de pies y manos, y que sepultes ese acero en el corazón si no te cumplo mi promesa.

—¿Dónde está Tupac?

—Muy cerca.

—Guíame, pues.

Larde, que había oído el diálogo, dijo:

—No: como comprendéis, el rebelde estará acompañado, y sería una locura que fuésemos á sorprenderle los dos solos.

—A Tupac,—respondió el indio,—no le acompañan en este momento más que su esposa, Micaela Bastida, y sus dos hijos.

—Sin embargo, lo prudente es ir en busca de nuestros soldados: de este modo conseguiremos asegurar el éxito.

Rogelio no replicó.

El, cediendo á su impaciencia, hubiera prescindido de todo; pero respetaba al coronel, y conociendo lo prudente de sus observaciones, repuso:

—Tenéis razón: volvamos en busca de los soldados.

Y dirigiéndose al indio, le dijo:

—Tú echa delante, y cuéntate muerto si intentas huir.

—Pierde cuidado, que no lo intentaré por la cuenta que me tiene.

Los tres se pusieron en marcha.

Al llegar al sitio en que se encontraban los soldados, don Ventura les ordenó que se dispusieran á partir.

Poco después todos seguían al indígena.

—¿Has dicho que Tupac se oculta cerca del sitio en que te encontramos?—preguntó Rogelio al indio.

—Muy cerca. ¿No visteis una choza en la que brillaba una luz?

—Sí.

—Pues en otra choza, á dos tiros de flecha de aquélla, se encuentra Tupac.

Rogelio fijó sus ojos con desconfianza en el rostro del indio, pero éste sostuvo sin inmutarse aquella mirada.

Antes de llegar á la primera choza, todos los jinetes echaron pie á tierra, preparando sus armas.

Don Ventura ordenó á los soldados que rodeasen sin hacer ruido la choza que cobijaba á Tupac, dirigiéndose él con Rogelio á llamar á la puerta.

A la segunda llamada, una mujer presentóse en el umbral.

Era Micaela Bastida, la esposa del jefe insurrecto.

—¿Qué queréis? —preguntó con voz serena.

—Sabemos que aquí se oculta Tupac,—repuso Rogelio.

—Eso no es cierto,—respondió la india con energía.

—Lo veremos registrando la choza,—repuso Rogelio, disponiéndose á repasar el umbral.

Tupac, que efectivamente se encontraba allí, considerándose perdido, quiso jugar el todo por el todo, probando á ver si podía abrirse paso á la fuerza.

Para ello presentóse de repente, cerrando á cuchilladas con los que obstruían la salida.

Rogelio hubiera sido herido á no evitarlo el coronel, parando rápidamente con su acero los golpes de Tupac, á quien dejó desarmado de un poderoso quite.

El indio lanzó un rugido é intentó huir; pero dos soldados le derribaron en tierra, atándole de pies y manos.

Inmediatamente registróse la cabaña, donde se encontró escondidos á los dos hijos de Tupac.

Todos, sin exceptuar á Micaela, fueron presos y atados.

La guerra podía darse por terminada con aquella captura.

Tupac era el alma de la insurrección, el que con su valor y su energía había hecho que los indígenas se lanzasen al campo con la esperanza de restaurar el antiguo poder de los Incas.

Cuando Larde y Rogelio volvieron con los presos en busca del general Valle, éste había partido á Lima con su vencedora hueste.



CAPITULO LVIII

No hay fuerza contra el amor.



La noticia de la prisión de Tupac Amaru y de su familia extendióse por todo el país con la rapidez con que se extiende el fuego en un campo de trigo.

Los nombres del coronel Larde y de Rogelio fueron pronunciados con gran encomio.

La guerra podía considerarse terminada, pues el prestigio y el valor de Tupac eran quien la alentaba y sostenía.

El caudillo indio y su familia, conducidos al Cuzco por sus aprehensores, espiraron en el cadalso.

Larde, terminada su misión, partió á Lima acompañado de Rogelio.

En aquella ciudad residía, como sabemos, su familia, y á más de esto encontrábase accidentalmente su regimiento incorporado á la división del general Valle.

———

El viaje no presentó incidente alguno.

Los bosques, antes tan peligrosos, tan inseguros, hallábanse solitarios y tranquilos.

Una hermosa mañana llegaron á Lima.

Es imposible describir la alegría que experimentó doña Carmen al abrazar á su esposo y al ver á Rogelio.

—Y ¿mi hija?—preguntó éste.

—Gloria está enferma.

Al oir esta respuesta, palidecieron ligeramente las mejillas de don Ventura.

—¿Enferma?—dijo.

—Sí.

—Pero ¿de gravedad?

—Ya hablaremos, esposo mío.

El coronel no tuvo paciencia para esperar.

Volvióse hacia Rogelio y le dijo:

—Amigo mío, dispensad si os dejo un instante. Voy á ver á mi hija.

—Nada más natural.

Don Ventura salió del aposento, dejando en él á su esposa y al joven.

—Sentaos,—dijo la primera.

Rogelio lo hizo así.

—Necesito hablaros,—prosiguió doña Carmen.

—Señora, estoy á vuestras órdenes; podéis empezar.

—No sé cómo hacerlo.

—¿Es posible? Aunque nos hemos tratado poco, ¿no existen entre nosotros vínculos de verdadera amistad?

—Es indudable; pero es tan delicado lo que tengo que deciros...

—Hablad con franqueza, señora.

—Inmenso es el sacrificio que me impongo; pero lo acepto, porque no hay nada que detenga á una madre tratándose de sus hijos.

—Os escucho.

—Rogelio, mi hija está enferma, muy enferma.

—He oído esa desagradable noticia cuando se la comunicasteis á don Ventura.

—Está enferma, y los médicos que la han visitado, no aciertan á comprender cuál es su mal.

—No me sorprende: casi siempre les sucede lo mismo á los galenos.

—En esta ocasión no aciertan á curarla, porque la dolencia de mi hija es completamente moral.

Rogelio hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—La tarde que salisteis de esta casa para buscar á mi esposo, entró en este mismo aposento deshecha en lágrimas.

—¿Es posible, señora?

—Desde entonces su tristeza fué aumentando, hasta el punto de perder la salud.

— ¡Extraña coincidencia que su malestar date desde mi partida!

— No, Rogelio, no es una coincidencia inexplicable, antes, por el contrario, mi hija sintió desde luégo hacia vos una viva simpatía, que ha ido tomando gigantescas proporciones. En una palabra, mi hija os ama. Como comprendéis, yo no puedo obligaros á que correspondáis á su afecto; esto no depende de la voluntad; lo único que ambiciono es que la desengañéis. Ella se hace la ilusión de que tampoco la miráis con indiferencia.

—Y no se engaña, doña Carmen.

—¡Cómo! ¿Es posible?

—Yo amo á vuestra hija. ¡Cómo no amarla si es un ángel!

—Entonces, ¿por qué la habéis dicho en diversas ocasiones que vuestra única aspiración es la muerte?

—Porque también eso es verdad.

—Sois un enigma indescifrable.

—Amo á Gloria con toda mi alma; toda mi ventura sería unirme con ella si ustedes nos dieran el consentimiento; pero no la he dicho una palabra de este asunto, ni se la diré jamás.

—¿Por qué?

—Ya os lo he dicho. He venido á América buscando la muerte, y haré por hallarla.

—¡Rogelio!

—Señora, es un propósito inquebrantable.

—¡Vais á matar á mi hija!

—Esto es lo único que siento, pues es acreedora á ser muy feliz.

—Si la amáis como me habéis dicho, es necesario que apartéis de vuestra mente las tristes ideas que os dominan.

—No puedo.

—¡No habéis de poder! Un hombre que ha dado tantas pruebas de energía y de valor, debe salir triunfante de esas ideas incomprensibles á vuestros años.

—Y si lo consiguiese, ¿no tendríais inconveniente en otorgarme la mano de Gloria?

—Muy al contrario.

—Pero el coronel quizás vea las cosas de otra manera, y...

—Ya sabéis lo mucho que mi esposo os aprecia.

El diálogo fué interrumpido por la presencia de don Ventura.

—¡Pobre Gloria!—exclamó.—Cuando penetré en su estancia, estaba llorando; pero apenas me ha visto, la alegría ha reemplazado á la pena.

—¿Está acostada?—preguntó Rogelio.

—Sí; pero en cuanto ha sabido nuestro regreso, me ha expresado su deseo de abandonar el lecho: dentro de un instante la tendremos aquí.

Rogelio se sonrió.

Como nuestros lectores saben, amaba á Gloria con toda su alma, y sabía ya que sus padres recibirían una verdadera satisfacción en que se enlazase con ella.

Rogelio meditó sobre el partido que debía tomar en aquellas circunstancias.

—Difícil ha de ser que se realicen mis fúnebres deseos en América después de terminada la guerra,—se dijo. —Además, fuerza es confesarme á mí mismo que desde que conozco á Gloria, mi propósito de morir es menos firme.

La hija del coronel se presentó en el umbral.

Al ver al joven, alargóle su pequeña y aristocrática mano, sin poder contener las lágrimas que afluyeron á sus ojos.

—Creí no volver á veros, amigo mío,—exclamó.

—Pues ya veis que eran infundados vuestros temores.

—Es verdad. Dios ha escuchado mis ruegos.

La joven ocupó un asiento junto á Rogelio.

Doña Carmen no apartaba sus ojos de los dos jóvenes.

—Gloria,—dijo Rogelio, —necesito comunicaros mis impresiones de viaje.

—Cuando queráis. Ya sabéis la satisfacción que me produce oiros.

—Este no es el momento más oportuno.

—¿Por qué?

—Mañana, si vuestra salud os lo permite, os ruego que bajéis al jardín.

—Haré por bajar.

Aquella noche, el coronel, su esposa, Gloria y Rogelio cenaron juntos.

Después de saborear un delicioso café, don Ventura le dijo al joven:

—Amigo mío, confieso que estoy cansado, y me parece que debe sucederos lo mismo.

—No os lo niego.

—Retirémonos, pues, á descansar, que buena falta nos hace.

Rogelio despidióse de doña Carmen y de su marido.

Luégo estrechó con efusión la mano de Gloria.

—Hasta mañana,—la dijo en voz baja.

—No faltaré.

Rogelio dirigióse á su aposento.

Antes de acostarse se asomó á la ventana.

Desde ésta descubríase el jardín, iluminado por los argentinos rayos de la luna.

—Mañana, —exclamó el jóven, —la declaro mi amor.—No me es posible resistir por más tiempo.

———

Aquella noche Rogelio tuvo dulcísimos ensueños.

Cuando despertó penetraban por los vidrios de la ventana los primeros reflejos del día.

El joven vistióse rápidamente, dirigiéndose luégo al parque.

Como era muy temprano, Gloria aun no se hallaba allí.

Pero no se hizo esperar.

Rogelio la vió poco después aproximarse.

Ambos jóvenes cambiaron una dulce sonrisa y un apretón de manos.

—Sentaos, Gloria,—la dijo Rogelio.

La joven lo hizo así.

—Ayer os dije que deseaba veros á solas en este sitio, porque tengo muchas cosas que deciros.

—¿Hacía mucho que me esperabais?

—Un solo momento.

—Hablad, pues oiré con mucho gusto la narración de cuanto os ha sucedido durante vuestro viaje.

—No, Gloria, no es eso lo que necesito deciros.

—Entonces...

—Quiero hablaros del presente, que es para mí mucho más halagüeño que el pasado, cosa que sucede pocas veces.

—Es verdad; generalmente siempre vemos lo que transcurrió con matices mucho más encantadores.

—Pero ahora sólo pienso en el presente y en el porvenir.

—¡En el porvenir!—repitió Gloria con sorpresa.—¿Acaso se han disipado de vuestra imaginación las tristes ideas que abrigabais antes de vuestra partida?

—Por completo, Gloria.

Una dulce sonrisa se dibujó en los labios de la hija del coronel.

—Vuestra madre,—prosiguió Rogelio,—me ha asegurado que estáis enferma.

—Y es verdad. ¡Si vieseis qué días he pasado!

—No lo dudo; pero cuando me separé de aquí esta-

bais perfectamente. ¿A qué ha obedecido esa inesperada dolencia?

Gloria, al oir esta pregunta, se ruborizó.

—No lo sé,—dijo luégo.—¿Quién puede adivinar la causa?

—Y tanto más me ha sorprendido vuestra dolencia, porque yo no me he encontrado bien desde el día que nos separamos.

—¿Cómo? ¿También habéis estado enfermo?

—Desde la tarde que salí de aquí.

—¡Ah! Lo ignoraba por completo. Nada me ha dicho mi padre.

—No podía decíroslo, porque nada sabe.

—No me sorprende: tenéis tal dominio, tal fuerza de voluntad, que hasta los dolores físicos podéis ocultar.

—Pero en cambio no puedo resistir las dolencias morales: prueba de ello que siento una en el alma, y en vez de ocultarla necesito descubrirla.

—¿A quién, Rogelio?

—A vos.

—¿A mí?

—Sí, Gloria, no puedo callar por más tiempo: yo os amo desde el instante que tuve la fortuna de conoceros. Desdichas de familia me hicieron formar el propósito de ahogar en mi alma ese dulce sentimiento; pero mi pasión se ha agigantado, y ya no puedo vivir sin revelárosla.

La joven inclinó la cabeza sobre el pecho.

Su felicidad no tenía límites.

Veía realizadas todas sus aspiraciones.

Rogelio apoderóse de una de las manos de Gloria, que llevó respetuosamente á sus labios.

—Os amo, —prosiguió.—Sois la única mujer que ha conseguido inspirarme este dulce sentimiento que embarga todo mi ser, y que hasta aleja de mi mente las tristes ideas que acariciaba.

—¡Ah Rogelio, cuán dichosa me hacéis con esas palabras! En cuanto á mí, no tengo que daros una respuesta que de sobra habréis adivinado.

Aquel mismo día, Rogelio, después de referir á los padres de Gloria sus disgustos de familia, les pidió la mano de su hija.

Larde no dudó en concedérsela.

Como Gloria había dicho muy bien, sus padres apreciaban mucho á Rogelio.

Gloria estaba loca de alegría.

El fresco y rosado matiz había vuelto á colorear sus mejillas.

Una hermosa tarde que los dos jóvenes conversaban en el jardín, mientras doña Carmen les observaba con deleite á corta distancia, presentóse don Ventura.

Sus facciones estaban más graves que de costumbre.

—Amigo Rogelio,—le dijo al joven,—necesito hablaros.

—Cuando queráis, coronel.

—Pasemos á mi despacho.

Gloria se estremeció.

—¿Habrá ocurrido algo desagradable?—preguntó á su prometido.

—No; pero aunque así fuese, queda tranquila, pues ya no hay fuerza humana que me separe de ti.

La joven tranquilizóse con estas palabras.

Rogelio y don Ventura dirigiéronse á la casa.

Una vez en ella, el coronel se sentó en un sillón, é ndicando otro á su futuro hijo político, le dijo:

—Amigo mío, acaba de comunicarme el general Valle una orden de su majestad, que os afecta personalmente.

—¿Una orden de su majestad?

—Sí: parece que el general, que os aprecia mucho, al comunicar al gobierno la terminación de la guerra, hizo especial mención de vuestros hechos de armas, y el rey, en vista de ello, ha dispuesto que regreséis á España inmediatamente.

—Eso me contraría sobremanera, don Ventura.

—Sin embargo, es preciso obedecer la orden del soberano, que, aunque nos contraríe, os honra mucho.

—Sí, pero mi partida retrasa mi enlace con vuestra hija, que es para mí la mayor gloria y la más inmensa honra que existe en el mundo.

—Bien; pero recordad que os he empeñado mi pa–

labra de que Gloria será vuestra esposa, y ocurra lo que quiera, mi hija os esperará.

—Gracias, don Ventura; no esperaba otra cosa de vos; pero siento en el alma el disgusto que Gloria va á sufrir al saber que tengo que alejarme.

—Pues aunque lo sienta, debe alegrarse por la honra que el monarca os dispensa.

El sentimiento que la enamorada joven experimentó al conocer la noticia del regreso de Rogelio á España fué inmenso.

Pero las razones de su padre la tranquilizaron un tanto, y los reiterados juramentos del amado de su alma alentaron su esperanza, llenándola de una confianza infinita.

Rogelio hizo sus preparativos de marcha, y Larde y su familia le acompañaron al Callao, donde debía embarcarse.

Una vez en la playa, al ir á saltar al esquife que debía conducirle á bordo, Gloria, haciendo esfuerzos por contener las lágrimas, le dijo:

—No me olvides, Rogelio.

Pero no pudo, y resbalaron por sus mejillas, como gotas de rocío sobre los pétalos de una flor.

Rogelio estrechó la mano de su prometida y la de sus padres, asegurándoles que á la mayor brevedad posible volvería al Perú para que se realizase su casamiento.

Luégo saltó al esquife.

Los blancos pañuelos de doña Carmen y de Gloria estuvieron agitándose en señal de despedida hasta que el joven llegó al buque.

El viaje no ofreció incidentes que sean dignos de mención, si se exceptúa el encuentro con la nave donde iba Juan de Zúñiga.

Rogelio había terminado la narración de sus aventuras.

Zúñiga, que había guardado el más profundo silencio, dióle á su amigo un estrecho abrazo.

— ¡Bravo!—exclamó.—Veo que te has portado como un valiente. No esperaba menos de ti.

—Como comprenderás,—dijo Rogelio,—ya se han disipado las tristes ideas que abrigaba, y ahora lo único que ambiciono es saber lo que el monarca desea, y regresar al Perú, donde debe celebrarse mi boda.

—Pues el rey deseará darte un testimonio de su gratitud ascendiéndote.

—Es posible.

—Y de este modo abandonarás el celibato en mejores condiciones.

—¡Si conocieses á la mujer que he elegido!

—No dudo que será tan hermosa como digna de ti.

—Sí, Juan: no puedes formarte una idea de sus perfecciones.

—Tu relación me lo hace comprender.

En aquel instante abrióse la puerta de la cámara, dando paso al capitán del buque, que exclamó:

— Paréceme, amigos míos, que habréis tenido tiempo de comunicaros vuestras impresiones.

—Con efecto, capitán; gracias á vuestra amabilidad, hemos charlado largo y tendido.

—Ahora, con vuestro permiso, voy á hacer mis anotaciones en la bitácora.

—Perfectamonte.

Zúñiga y Rogelio salieron de la cámara.

—¿Quieres que subamos á cubierta?—preguntó el segundo.

—Sí,—respondióle don Juan.—Allí podremos disfrutar á nuestro placer de la frescura de la noche.

Los dos jóvenes aventuráronse por una de las escotillas de popa, y un instante después gozaban sus ojos de las dilatadas perspectivas del mar.





CAPITULO LIX

El nombramiento de coronel.



DEJEMOS á los dos amigos navegando con rumbo á España, y veamos lo que había sucedido á nuestros personajes en Madrid.

Desgraciada fué la expedición de ejército español á la zona argelina.

Ya recordarán nuestros lectores la derrota que sufrió en las inmediaciones de la ciudad, derrota en la que perecieron muchos españoles, entre ellos el ilustre marqués de la Romana.

El general O'Reilly no tuvo un fin tan desastroso, gracias al valor de Juan de Zúñiga, que comprometióse gravemente hasta el punto de quedar prisionero.

La desbandada hueste reorganizóse poco después al amparo de los cañones de los buques.

Muchos eran los que habían dejado la vida en el campo de batalla.

O'Reilly meditó sobre el partido que le convenía tomar.

—Con la victoria que han alcanzado los moros, seguramente hemos perdido hombres y prestigio. En mi concepto, conviene, por lo tanto, regresar á España á enterar al monarca de cuanto ocurre, para que su majestad resuelva lo que crea más conveniente. El marqués ha muerto; mis más valerosos capitanes han sucumbido también, entre ellos don Juan de Zúñiga. ¡Pobre joven! ¡Nunca olvidaré que ha sacrificado su existencia por salvar la mía!

O'Reilly dió la orden de embarque.

El viaje fué bueno.

No todo habían de ser calamidades.

La escuadra fondeó en Cádiz.

El general O'Reilly, apenas desembarcó, escribióle á su majestad un pliego dándole cuenta detallada del mal resultado de la expedición y pidiéndole una audiencia.

Apenas lo hubo firmado, envióle á Madrid con un ayudante, que debía ir á la corte á uña de caballo.

Grande fué el disgusto que recibió el monarca al saber tan desastrosa noticia, la muerte del marqués

de la Romana, y la pérdida de los mejores capitanes de su ejército.

Comprendió desde luégo su majestad que no solamente no había conseguido evitar que los piratas de Argel cayesen sobre las costas valencianas, sino que estos atropellos habían de verificarse con más frecuencia cada día.

Ínterin se enviaba á Africa otra expedición, don Carlos pensó desde luégo aumentar la guarnición de Valencia.

El general O'Reilly llegó á la corte pocos días después que el rey recibiera el pliego.

Inmediatamente dirigióse á palacio, haciéndose anunciar en la regia cámara.

Carlos III se apresuró á recibirle.

Violenta y desagradable era aquella entrevista para el general.

¡Si hubiese vuelto á España vencedor!

Pero su ejército y él mismo habían sido víctimas de una sorpresa del enemigo.

Carlos III hallábase sentado en un sillón.

O'Reilly penetró en la cámara, y avanzando hasta el rey, besóle respetuosamente la mano.

—Señor, —dijo después, — no puede imaginarse vuestra majestad la profunda tristeza que siento en este instante.

—Lo sé, general, y no dudo que habrás hecho es

fuerzos sobrehumanos para salir airoso en la difícil empresa que te confié.

—Es cierto, señor.

—Pero la fatalidad ha querido decidir la victoria por nuestros enemigos. Puede ser que muy pronto nos indemnicemos con creces.

—No deseo otra cosa.

—En tu pliego me das cuenta de la muerte del marqués de la Romana. No puedes imaginarte la profunda tristeza que me ha ocasionado esta noticia.

—Y yo, señor, hubiera perecido también, á no ser por la bravura de uno de los capitanes que me acompañaban.

—¿Tan en peligro has estado?

—Baste saber á vuestra majestad que cuando los moros cayeron sobre nosotros como una manada de tigres, me encontré rodeado de ellos. Todos me amenazaban, y hubiera tenido seguramente un fin tan trágico como el del marqués, á no interponerse el capitán don Juan de Zúñiga con un puñado de valientes.

—¡El capitán Zúñiga!—repitió el monarca.—Ese nombre ha llegado á mis oídos en muchas ocasiones. ¿Qué ha sido de él?

—Ha muerto, señor.

—¿Ha muerto?

—Por salvarme.

—Es necesario, ya que no es posible hacer otra cosa, honrar su memoria.

—Bien lo merece.

—¿Sabes si tiene parientes?

—Uno solo. Fray Bernardo, prior de los jerónimos, es tío suyo.

—Pues á él se le enviará el nombramiento de coronel, para que en los funerales que se le hagan á Zúñiga se le honre como á tal.

Con efecto, aquel mismo día el monarca firmó el nombramiento, que le fué entregado á O'Reilly, con encargo especial de que lo hiciese llegar á manos del tío de Juan de Zúñiga.

O'Reilly quiso cumplir personalmente esta misión.

Apenas hubo recibido el nombramiento, dirigióse al monasterio.

Bien lejos hallábase fray Bernardo de suponer que un general fuese á comunicarle la muerte de su sobrino y los honores que le otorgaba el monarca.

O'Reilly llamó á la puerta del convento.

Abrióse ésta pesadamente, apareciendo en el umbral el portero.

—Desearía hablar un instante con el prior,—dijo O'Reilly.

—Un poco tarde es,—respondióle el lego,—pues ya sabéis que al toque de ánimas se cierran las puertas.

—Pero aun no son las ocho.

—¿Vuestro nombre, para anunciaros?

—Decidle que el general O'Reilly desea hablarle en nombre de su majestad.

Al oir estas palabras, el lego hizo una reverencia.

—Pasad, señor,—dijo luégo,—y dispensadme si,

ignorando quién erais y quién os enviaba, no os he franqueado desde un principio la entrada.

—No tiene nada de extraño.

El general repasó los umbrales.

—Tened la bondad de sentaros. Ahora mismo comunicaré al padre prior vuestro deseo.

Y el lego salió por una de las puertas que conducía á las habitaciones interiores.

O'Reilly sentóse en un banco.

Grande fué la sorpresa que experimentó fray Bernardo al saber que le esperaba uno de los generales más distinguidos.

Pero su curiosidad por conocer el asunto que allí le llevaba, aumentóse al saber que O'Reilly era enviado por el rey.

Inmediatamente le hizo pasar á su celda.

—Sentaos,—dijo el prior, después de saludarle con respeto.

—Dispensad, padre, si no he venido á una hora más oportuna.

—Todas son buenas para recibir órdenes de nuestro monarca, cuya vida guarde Dios. Me han dicho que éste es el objeto de vuestra visita.

—Es verdad; pero antes tengo que comunicaros una infausta nueva.

—Hablad, general; os escucho.

—Ignoro si habéis tenido noticia de que vuestro sobrino don Juan de Zúñiga fué uno de los capitanes que partió á la guerra de Argel.

—Señor, hace mucho tiempo que no me ocupo de ese sobrino, al que quise guiar por la verdadera senda de la virtud. Mi deseo era que siguiese la carrera eclesiástica, pero no quiso complacerme.

—Muy santo y muy digno era vuestro propósito; pero Zúñiga no tenía vocación para la vida monástica, y emprendió la noble carrera de las armas.

—Tiene el sentido algo extraviado.

—No lo creáis, padre; yo no puedo hacer de él más que justos y merecidos elogios.

—Más vale así, general: hace mucho que no le veo; sin embargo, no le he olvidado en mis oraciones; es posible que Dios haya querido oirlas.

—Desde luégo las ha oído.

—Y ¿cumplió con sus deberes en Argel?

—No sólo ha cumplido, sino que merece el nombre de héroe.

—Bueno; lo celebro mucho. Justo es que honre el apellido que lleva. Su padre, que era hermano mío, era un dechado de virtudes.

—Ahora, —prosiguió O'Reilly,—debo haceros saber que vuestro sobrino, por salvarme, ha sido víctima de una lamentable desgracia.

—¿Está herido?

El general guardó silencio.

—¿Quizás ha muerto?—preguntó fray Bernardo.

—Sí, padre; ha muerto como un héroe en el campo de batalla, luchando contra los enemigos de la fe.

El prior elevó al cielo sus ojos.

Luégo, enjugándose una lágrima:

—¡Dios le haya recogido en su seno!—exclamó.—Aunque dióme muchos disgustos, comprendo, por lo que me decís, que había cambiado de conducta, haciéndose acreedor al aprecio de las personas de bien.

—Hoy he estado conferenciando con su majestad, y al darle cuenta del mal resultado de nuestra expedición á Argel, no pude menos de elogiarle la abnegación y el valor de vuestro sobrino, que sacrificó su existencia por salvar la mía.

—Y ¿qué dijo el rey?

—No siendo posible otra cosa para demostrar su gratitud, y á fin de honrar su memoria debidamente, me ha dado este pliego, en que se nombra coronel al infortunado don Juan.

Y el general entregó el nombramiento al tío de Zúñiga.

Éste tomólo con mano temblorosa.

—Expresad á su majestad mi gratitud,—dijo después.

—Padre, es cuanto tenía que deciros. Ahora, con vuestro permiso, me retiro.

—Yo me consagraré á dirigir mis plegarias á Dios por el descanso eterno de mi pobre sobrino.

O'Reilly y fray Bernardo pusiéronse en pie.

El primero estrechó la mano del prior.

—Ya sabéis que tendré sumo gusto en serviros en cuanto pueda,—dijo el general.

—Mil gracias, señor.

O'Reilly salió del convento un instante después.

En cuanto al prior, leyó el nombramiento de su sobrino, luégo arrodillóse delante de una imagen, y agitáronse sus labios al dirigir sus preces al Omnipotente.





CAPITULO LX

Donde se ve la sensación que causó en la corte la noticia de la muerte de don Juan de Zúñiga.



LAS agujas de los relojes del palacio real indicaban que eran las nueve.

Sus lentas y graves vibraciones dejáronse oir en la plazuela de Oriente.

La puerta del Príncipe del suntuoso edificio se hallaba abierta.

Advertíase desde fuera que una de las habitaciones de la reina se hallaba profusamente alumbrada.

Con efecto, aquella estancia era el lujoso salón donde la reina recibía á sus contertulios.

Un carruaje se detuvo junto á la puerta que acabamos de nombrar.

El lacayo bajó rápidamente del pescante, abriendo la portezuela y quitándose el sombrero.

Un caballero echó pie á tierra.

Luégo alargó su mano á una hermosa dama para ayudarla á que bajase del vehículo.

Él era el conde de la Estrella, y ella su gentil esposa, á quienes ya conocen nuestros lectores.

El conde ofreció su brazo á la dama, y aventuráronse por la magnífica escalera que conduce á la planta principal del edificio.

La condesita quitóse el chal.

Iba encantadora.

Su traje de raso azul, adornado de ricos encajes de Bruselas, contribuía á aumentar sus hechizos.

Los diamantes que adornaban su cuello, sus orejas y sus brazos, valían una verdadera fortuna.

La joven, antes de entrar en el salón, se detuvo un momento para dirigir una mirada á un espejo.

Arreglóse un pequeño desperfecto del peinado, y luégo repasó, seguida de su marido, los umbrales de la estancia en que se hallaba María Amalia de Sajonia.

La reina estaba acompañada de otras damas. Al ver á la condesita la saludó con gran distinción.

En cuanto al conde, después de besar la mano de doña Amalia, dirigióse á una de las habitaciones próximas, dedicada á los caballeros.

En ella encontró á Roberto Estrañi y otro joven hijo de un gentilhombre.

Como aun era temprano, la concurrencia era escasa.

Estrañi y Mauricio, que éste era el nombre del joven que acompañaba al doctor, pusiéronse en pie al ver al de la Estrella.

—¿Cómo va, señor conde?—preguntó el médico.

—Perfectamente, amigo mío.

—Supongo que habrá venido vuestra esposa.

—La he dejado con la reina.

—Ahora tendré el honor de ir á saludarla.

—¿Qué se dice por la corte?

—Vos sabréis, conde, que habréis ido, como de costumbre, á vuestro cotidiano paseo.

—Con efecto, he salido, pero recogiendo poca cosecha de noticias. Hoy no se hablaba más que del regreso del general O'Reilly.

—¡Ah, el general!—exclamó Mauricio, en cuyos labios apareció una sonrisa.—No debe hallarse nuestro monarca muy satisfecho de su expedición.

—Sin embargo, todos afirman que él no tuvo la culpa del desastre.

—¿A quién se le achacan entonces?

—Al marqués de la Romana.

—Bueno es censurar á los que han muerto, porque no pueden defenderse,—exclamó Mauricio con ironía.

—Yo, como comprendéis,—añadió el conde de la Estrella,—no estuve presente, y tengo, por lo tanto, que concretarme á repetir lo que se dice.

—Es natural, conde; sin embargo, aunque tampoco

he estado en Argel, me atrevo á censurar la conducta de O'Reilly: es posible que el de la Romana se haya portado tan mal como él; pero al menos ha muerto en el campo de batalla, y esto le indemniza á mis ojos de los errores que pudiera cometer.

—¡Pero si no ha habido errores, amigo mío! Si aconteció la cosa tal como me han asegurado, es una verdadera desgracia que lo mismo que les ha sucedido al marqués y á O'Reilly nos hubiera pasado á nosotros.

—A nosotros, desde luégo,—replicó el hijo del gentilhombre,—porque no somos militares y tenemos derecho á desconocer la táctica.

—Las tropas españolas fueron sorprendidas.

—¿Y creéis que una columna de ejército como la que iba á las órdenes de O'Reilly se deja sorprender tan fácilmente?

—Según fuese el número de los enemigos.

—Desengañaos, conde: el general ha perdido por completo su reputación.

—No estoy conforme.

—Podréis no estarlo, pero es un hecho innegable. Un general no puede dejarse sorprender, aunque no sea más que por la inmensa responsabilidad que tiene. ¿Os parece justo que por una inadvertencia suya hayan muerto muchos cientos de soldados y un gran número de oficiales?

—Creo que no ha habido tantas bajas como se asegura.

—Pues también os han informado mal en esta ocasión.

—Es posible.

—Se han tenido numerosas pérdidas.

—Y, á propósito, conde,—dijo Estrañi, que había estado oyendo la conversación de sus dos amigos,—¿sabéis quién ha sido una de las víctimas?

—Ignoro á quién os referís.

—Pues me refiero á un bravo capitán llamado don Juan de Zúñiga.

Al oir esta pregunta, el conde palideció.

—¿Zúñiga ha muerto?

—Sí.

—No me sorprende: era una cabeza rota, y tenía que morir como había vivido.

—Sin embargo, ha sido una desgracia la pérdida de ese muchacho.

—No lo considero así.

—Zúñiga era simpático, valiente, y sobre todo hallábase en la flor de su juventud.

—No ha sido ningún malogramiento,—dijo el de la Estrella sonriéndose.

—Prueba de la buena conducta que ha observado en campaña es que su majestad, después de conferenciar esta mañana con el de O'Reilly, concedió á Zúñiga el empleo de coronel.

—Si ha muerto, de poco le sirven esos honores.

—Sin embargo, es una honra para la familia del capitán.

—Yo creo que ese turbulento joven no tenía familia.

—Os engañáis: era sobrino del reverendo prior de San Jerónimo.

—Pues bien puede el prior elevar sus preces para que Dios perdone los extravíos de su sobrino.

—Conde, sois duro con la memoria de ese desventurado don Juan.

—Confieso que nunca gozó de mis simpatías.

Al oir estas palabras, Mauricio y Estrañi cambiaron una significativa mirada.

Demasiado les constaba que Zúñiga no era santo de la devoción del de la Estrella.

—Señores, —dijo el conde á fin de evitar que siguiese aquella conversación enojosa,—con vuestro permiso voy á la estancia contigua: justo es que dediquemos algún rato á las damas.

—Precisamente estaba pensando en lo mismo,—añadió Estrañi.

—Vamos, pues,—dijo Mauricio.

El doctor y el joven esperaron á que el de la Estrella repasase el umbral.

Luégo le siguieron.

La tertulia había aumentado considerablemente.

La reina conversaba con dos damas.

Varias jóvenes de extraordinaria belleza y elegancia hallábanse junto á uno de los balcones, por el que penetraban los melancólicos rayos de la luna, contribuyendo á embellecer el salón.

Estrañi y Mauricio se acercaron á aquel grupo encantador.

El conde iba á aproximarse á varios caballeros, pero una de las jóvenes le hizo una seña indicándole que se acercase.

—Señor conde,—le dijo,—parece que huís de nosotras.

—Eso nunca, baronesa: ya sabéis el inmenso pla cer que recibo en hablaros.

—Sentaos, pues.

El conde obedeció.

Mauricio dijo:

—El conde de la Estrella tiene sumo gusto en hablar con vos; pero hoy se encuentra muy contrariado.

—¿Es posible?

—Hemos tenido una pequeña discusión, y lo que siento es que no consiguió convencerme.

—Ni vos á mí.

—Os hago una proposición,—dijo la baronesa.

—¿Cuál, señora?—preguntóla galantemente el hijo del gentilhombre.

—Si esa discusión no tenía por base un asunto reservado, celebraría que me la refirieseis, á fin de dar la razón al que la tuviera.

—Desde luégo,—exclamó Mauricio,—os nombramos nuestra medianera.

—¡Ah! No me creo con derecho á ese título, pero sí os diré mi opinión franca y leal. ¿Qué era el asunto?

—Hablábamos de la cuestión palpitante,—apresu-

róse á decir el de la Estrella;—esto es, de la derrota de nuestro ejército en Argel.

—¿Y qué opinabais?—preguntó la baronesa.

—Pues opinaba, ó por mejor decir opino, que no es acreedor el general O'Reilly á que se le hagan tan graves censuras. Ha sido víctima de una sorpresa del enemigo, y hay que compadecerle más que vituperarle.

—¿Y Mauricio sostenía lo contrario?—preguntó la baronesa?

—Sí, señora,—se apresuró á responder el joven.

—Pues, amigo mío,—dijo la dama, dirigiéndose al hijo del gentilhombre,—siento mucho no ser de vuestra opinión, pero en este caso me hallo de acuerdo con el conde.

—¿Es posible, señora?

—Hay una razón que inclina mi ánimo á defender al general: dice un proverbio que del árbol caído todos hacen leña; pero yo no comprendo que así se haga; por el contrario, cuando un hombre se halla en desgracia es cuando adquiere ante mis ojos verdaderos títulos de simpatía.

—Es verdad, es verdad,—exclamó el de la Estrella muy satisfecho.

—¿Me permitís una palabra, baronesa?—preguntó Estrañi.

—¡No he de permitírsela al doctor!

—Lo que acabáis de decir manifiesta de un modo claro la exquisita delicadeza de vuestro corazón. Es muy cierto que la desgracia hace respetables á los

hombres; pero no por esto debe disculpárselos de los errores que cometen.

—Por lo menos, debe dejárselos en paz.

—Es cierto; debe dejárselos en paz,—añadió el conde.

—O'Reilly había demostrado en otras ocasiones ser un buen general; prueba de ello que nuestro monarca no dudó en enviarle á Argel; pero ahora ha demostrado poca pericia. Ha tenido poca suerte en su expedición, y lo más sensible es que sus inadvertencias han sido causa de que se derrame mucha sangre española.

—Considerado bajo ese punto de vista...,—dijo la baronesa.

—¿Lo veis, conde?—exclamó Mauricio con satisfacción,—ya la baronesa va coincidiendo con nosotros, y tengo la seguridad que acabará de ser de nuestra misma opinión. ¿No es verdaderamente lamentable que por la inadvertencia de O'Reilly hayan quedado en el campo de batalla capitanes tan valerosos como don Juan de Zúñiga?

Al oir este nombre, todas las damas que formaban aquel artístico grupo fijaron sus ojos en Mauricio.

—¿Qué decís?—exclamaron.—¿Don Juan de Zúñiga ha muerto?

—¿Lo ignorabais?

—Completamente.

—¡Qué lástima de joven!—dijeron unas.

—¡Qué simpático era!—añadieron otras.

—¡Y qué bizarra era su presencia!

—Don Juan de Zúñiga ha muerto,—repitió Mauricio, —y, según dicen, fué por salvar al general O'Reilly.

—¡Sabe Dios!—apresuróse á decir el conde.

—Son hechos que el mismo general ha asegurado en la augusta presencia del rey,—dijo Estrañi.

—¿Sabéis detalladamente cómo ocurrió esa desgracia?—preguntó la baronesa.

—Perfectamente.

—Referídnosla, pues, Estrañi.

—Sí, doctor, referídnosla,—dijeron todas las damas estrechando el corro.

—Juan de Zúñiga,—comenzó el médico de la reina,—era, como sabemos todos, el prototipo del valor y la caballerosidad. Dado á las aventuras hasta la exageración, y sintiendo hervir en su cerebro una fantasía exaltada, creíase el mismo demonio, ó por lo menos que hallábase bajo el amparo de su infernal influencia.

—Es verdad, Estrañi. ¡Cuántas veces nos lo ha dicho!

—Esto, sin embargo, no dejaba de ser una aberración suya, que le impulsó á cometer muchas empresas arriesgadas, de las que tuvo la suerte de salir airoso.

—Pero al fin se encontró con la horma de su zapato,—dijo el conde de la Estrella, cuyos motivos de resentimiento contra Zuñiga hacían que no perdonase ocasión de zaherirle.

—Callad, conde,—dijo la baronesa.—Os suplico que dejéis á Estrañi referirnos lo que ha ocurrido.

—Parece,—prosiguió Roberto,—que el ejército español cayó sobre una pequeña hueste argelina; pero que cuando menos lo esperaban, aparecieron multitud de enemigos, poniendo á nuestras tropas en fuga desordenada. El marqués de la Romana perdió la vida, y lo mismo hubiérale sucedido al general O'Reilly, que veíase acosado por los moros, á no evitarlo el capitán Zúñiga, que se interpuso con una docena de hombres.

—¡Qué arrojo!

—¡Qué valor!

—¡Qué temeridad tan necia!—exclamó el conde de la Estrella.

—Sois incorregible, conde,—dijo la baronesa.—¿No os conmueven las palabras de Estrañi?

—Por el contrario, no hacen más que confirmar mi opinión de que Zúñiga era un loco ó un mentecato.

—Seguid, Roberto.

Gracias al heroico rasgo de don Juan,—prosiguió el doctor, fijando sus ojos en el de la Estrella,—O'Reilly pudo salvarse apelando á la fuga, cosa que yo no hubiese hecho jamás en su caso.

—¿Había de dejar que le mataran como á un perro?—preguntó el conde.

—Al menos hubiera conseguido de ese modo que respetasen su memoria.

El de la Estrella movió la cabeza.

—No me avengo con vuestras teorías,—dijo después.

—Lo cierto, —prosiguió el doctor, —es que el capitán Zúñiga fué víctima de su arrojo, y que un instante después caía traspasado por las armas de sus enemigos.

—¡Pobre don Juan!

—Verdaderamente ha sido un héroe.

—Ahora, señora,—dijo Mauricio, dirigiéndose á la baronesa,—tened la bondad de decirnos con sinceridad si el señor conde de la Estrella se halla en lo firme al censurar la noble conducta de Zúñiga. Os habéis brindado á ser nuestra medianera en esta ocasión.

—Y no me vuelvo atrás.

—Hablad, pues, señora.

La baronesa quedóse pensativa algunos instantes.

Luégo dijo:

—Bien aseguran que para sentenciar un pleito es necesario oir á las dos partes. Yo, al principio, dile la razón al conde, creyendo que se trataba de disculpar la conducta del general; pero luégo he visto cuán equivocadas son las apreciaciones de nuestro buen amigo el de la Estrella.

—¡Bravo, bravo!—exclamó Mauricio.

—¡Soberbio!—añadió Estrañi.

—La conducta de Zúñiga es digna de elogio,—prosiguió la baronesa,—y todos debemos lamentar el trágico fin de ese bravo militar, al que apreciábamos por su jovialidad y galantería.

Todos, menos el conde, aplaudieron la opinión de la baronesa.

—Estáis derrotado, amigo mío,—exclamó el hijo del gentilhombre.

—No pienso así,—replicó el de la Estrella.—Yo creo que el joven de que nos ocupamos era un insensato, y que ha pagado con la vida sus locuras.

—No, conde,—interrumpió la baronesa:—lejos de podérsele calificar de la manera que lo hacéis, decid que Zúñiga ha sido un mártir, un héroe que ha muerto defendiendo su patria y la fe de Jesucristo.

—¿La fe de Jesucristo un hombre que blasonaba de tener la directa protección de Satanás?

—Eso no dejaba de ser una brona.

—Quizás lo creyese firmemente.

—No lo creáis.

—No se explica de otra manera que cometiese tantas tropelías y desaciertos.

—Conde, estáis derrotado: la baronesa es una abogada de primer orden. Si alguna vez necesito que me defiendan en juicio, apelaré á vos.

—Con mucho gusto, Estrañi,—respondióle la hermosa joven, mostrando su blanca dentadura al sonreirse.

—La reina se ha puesto en pie,—dijo Mauricio.

—Con efecto, breve ha sido la tertulia esta noche.

—Vamos á ofrecerle nuestros respetos, y otra noche tendremos ocasión de seguir hablando del asunto.

Doña María Amalia despidióse de las damas y los caballeros que había en el salón.

Aquella noche sentíase ligeramente indispuesta.

Todos los contertulios abandonaron la regia estancia, aventurándose por la escalera y saliendo por la puerta del Príncipe, junto á la que esperaban gran número de carruajes.

Como nuestros lectores han visto, la supuesta muerte de Zúñiga había causado gran sentimiento en la corte, si se exceptúa al conde de la Estrella, que no olvidaba el funesto resultado que le acarreó la desagradable aventura que tuvo con don Juan.





CAPITULO LXI

Un héroe como hay muchos.



OLVAMOS en busca de Antonio, el criado de don Juan de Zúñiga, á quien dejamos en Argel sin saber qué partido tomar antes de abandonar las playas argelinas.

Antonio supo que su amo había muerto, y que el general O'Reilly, después de la derrota, decidíase á emprender el viaje de regreso.

—¡Del mal, el menos!—exclamó.—En Madrid tengo más medios de vida. Lo triste hubiera sido que permaneciéramos mucho tiempo en este maldecido país. Cierto que el rancho es abundante; pero no se parece en nada á la media albondiguilla del convento de los Jerónimos,

que tanto me espantaba antes de comerla y que haciame luégo chuparme los dedos de gusto. En Madrid podré pasar por un héroe, y no han de faltarme alojamiento y medios de llenar las exigencias del estómago.

Antonio se sonrió.

Acababa de ocurrírsele una idea.

—En cuanto esté en la corte,—se dijo,—voy á apropiarme un traje de militar; me lo pongo, y colocando un brazo en cabestrillo, imploraré la caridad de los hosteleros, fingiéndome herido. Esta es una excelente idea, y mucho me equivoco, ó ha de darme grandes resultados.

Al siguiente día las tropas se embarcaron.

Entre ellas iba Antonio.

Los buques diéronse á la vela, y, como hemos dicho, el viaje fué muy feliz.

Durante la travesía, el criado de Zúñiga realizó su proyecto, haciéndose dueño de un traje de soldado.

—¡Vive Dios,—exclamaba un veterano al notar el hurto que le habían hecho,—que si supiese quién había sido el ladrón, le arrojaba al mar para que sirviese de pasto á los tiburones!

—Haríais perfectamente,—decíale Antonio;—que es un verdadero abuso el que con vos han cometido.

—¡Juro por mi nombre que he de averiguar quién es!

—¡Bien hecho; y si lo conseguís, imponedle un severo castigo!

Los barcos tocaron en Cádiz.

Desde este puerto debía el general O'Reilly con la mayor parte de la columna dirigirse á la corte.

Antonio fué uno de los que hicieron el viaje voluntariamente, pues él, como nuestros lectores saben, no era soldado.

Apenas llegaron á la coronada villa, Antonio se dispuso á realizar su plan.

Púsose el traje de soldado, colocando luégo el brazo izquierdo sobre un pañuelo en forma de cabestrillo.

—Perfectamente,—exclamó:—ahora es preciso comer alguna cosa que no huela á rancho.

Y Antonio dirigióse hacia una hostería.

Antes de entrar en ella se detuvo junto al escaparate que estaba colmado de víveres que excitaron su apetito.

—¡Qué chuletas,—exclamó,—qué sardinas, y qué soberbio estofado de conejo! De todo probaría sin inconveniente.

Y Antonio penetró en el establecimiento.

Una de las mesas hallábase ocupada por varios menestrales que habían entrado á beber antes de retirarse á sus viviendas.

El hostelero fijó sus ojos en el supuesto soldado herido.

—¿Qué deseas?—le preguntó.

—Poca cosa,—respondióle Antonio—Dame un vaso de vino.

—Al instante.

—Un vaso de vino que beberé sentado junto á esta mesa, pues me encuentro rendido.

—¿Se ha hecho una jornada ruda?

—Han sido varias.

—¿De dónde vienes?

—De Argel.

Al oir estas palabras, todos los que se hallaban en la hostería volvieron la cabeza para mirar á Antonio.

Era grande el interés que se tenía en conocer pormenores de lo ocurrido en África.

—¿Venís de la guerra?—preguntó uno de los menestrales.

—Aquí tenéis la muestra,—respondió Antonio designando con su mano derecha el brazo que llevaba en cabestrillo.

—Es verdad. Creo que aquello ha sido un desastre.

—Completo. Os referiría algunos pormenores si no fuese porque tengo prisa en buscar alojamiento donde me den algún bocadillo.

—¿Qué mejor sitio para eso que el en que os encontráis?

—¡Ah! Bien me consta que aquí hay manjares apetitosos; pero...

—Acabad.

—El bolsillo está tan vacío como el estómago.

—Vamos, militar, ¡parece imposible que digáis esto en presencia de españoles! Sentaos á nuestro lado y referidnos algunas aventuras de las que os hayan ocurrido en el moro.

Antonio no se hizo de rogar.

Sentóse junto á los menestrales.

Uno de ellos le ofreció un vaso de vino.

—Tomad esto para abrir boca.

—Á vuestra salud, señores,—dijo Antonio.

Y apuró el vaso.

—Ahora pedid lo que deseéis, militar, que nosotros pagamos.

—Y yo á mi vez,—añadió el hostelero,—también quiero obsequiarte.

—Que Dios os lo premie. Mucho siento tener que aceptar sin que me sea posible corresponderos más que con mi gratitud.

—¿Qué vas á tomar?

—Supuesto que tanta es vuestra insistencia, comeré un par de chuletillas de ésas que he visto en el escaparate.

—Perfectamente.

El hostelero puso sobre la mesa un pequeño mantel de limpieza dudosa.

Luégo llevóle á Antonio un pan y las chuletas.

El criado de Zúñiga comióse una de dos bocados.

Después, exhalando un hondo suspiro, exclamó:

—Pues sí, amigos, vengo de Argel, donde hemos pasado la pena negra.

—Pero ¿cómo ocurrió que los moros os sorprendiesen?—preguntó un menestral.

—Pues muy fácilmente. Dice un refrán que cuando menos se piensa salta la liebre, y esto fué lo que nos

aconteció á nosotros; esto es, que cuando menos lo pensábamos aparecieronse los moros.

—¿Y no pudisteis entablar la lucha con ellos?

—La gran mayoría de los soldados pusieron pies en polvorosa. Yo les decía con toda la fuerza de mis pulmones: «No huyáis, cobardes.» Pero que si quieres: parecían gamos cuando atisban la jauría.

Y Antonio, al decir esto, bebió un nuevo trago.

—Continuad,—dijeron los menestrales.

—Permitidme primero que coma esta chuleta para reparar un poco mis quebrantadas fuerzas.

Y Antonio lo hizo como acababa de decirlo.

Comprendía que las proezas militares que relataba habían de proporcionarle un verdadero festín.

Luégo de arrojar el hueso al busquejo de la hostería, prosiguió:

—Jamás me he visto tan comprometido; pensé, compañeros, que había llegado el último instante de mi vida. Los moros repartían tajos á diestro y siniestro con sus formidables y terribles yataganes. Un grupo de aquellos perros avanzó hacia el general. Yo, que vi el peligro, apresuréme á decirle al capitán de mi compañía: «Mi capitán, van á escabechar á nuestro jefe.» É inmediatamente nos dirigimos al sitio del peligro para evitarlo.

—¡Muy bien, muy bien!—dijeron el hostelero y los menestrales.

El dueño del establecimiento, que era un entusiasta patriota, había abandonado el mostrador, acercán-

dose á la mesa que ocupaban los menestrales y Antonio.

—Voy á interrumpirte un instante, —le dijo al narrador,—para hacerte una pregunta.

—Cuantas quieras.

—Se conoce que has pasado muchas privaciones y que aun tienes apetito.

Antonio se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te sirva?

—Pues ya que te empeñas en ello, tráeme unas sardinas rebozadas de las que tienes en el escaparate.

El hostelero apresuróse á complacerle.

—Aquello fué la de San Quintín,—prosiguió Antonio;—los moros nos arremetían como leones; pero nosotros, con las bayonetas caladas, resistíamos sus vigorosos empujes.

—Paréceme estar viendo la escena,—dijo uno de los menestrales.

—Hubo un incidente,—prosiguió Antonio,—que me puso en gravísimo aprieto.

—Sepámoslo.

—El general O'Reilly había conseguido huir, gracias á nosotros, pero mi capitán cayó mortalmente herido.

—¿De modo que te quedaste solo para luchar contra aquellos perros?

—Completamente. No me acobardé, sin embargo, por esto, y seguí dando bayonetazos hasta que recibí una herida en este brazo. Afortunadamente quedá-

bame libre la diestra para oponer alguna resistencia.

—¡Qué valor!

—¡Qué heroísmo!

—Luché con tanto ardimiento, que hubo un instante que hice retroceder á mis enemigos. Sólo uno de ellos, que iba sobre un brioso alazán, lanzóse sobre mí, amenazándome con su lanza.

—Y ¿qué hicisteis entonces?

—Era necesario apelar á una medida extrema, ó morir. Echéme el fusil á la cara, y disparé al terrible morazo que iba á caer sobre mí.

Todos los menestrales redoblaron su atención.

Antonio comióse la última sardina que quedaba en el plato, acompañándola con un sendo trago de lo añejo.

Luégo prosiguió:

—El humo que produjo la pólvora impidióme apreciar por un instante los resultados del tiro; pero cuando se disipó aquella nube, vi que el jinete había rodado por tierra.

—¿Le habíais muerto?

—La bala le partió el corazón.

—¡Bravo, bravo! - exclamaron todos los oyentes con entusiasmo.

—¿Sabéis lo que entonces hice?

—¡Sabe Dios lo que se os ocurriría en aquel terrible trance!

—Pues monté de un salto sobre el alazán del caudillo, y golpeando sus ijares con los talones, emprendí

una carrera vertiginosa, sintiendo que las balas silbaban alrededor de todo mi cuerpo.

—Muy bien, muy bien.

—Mis compañeros habían huído. Tengo la satisfacción de decir que he sido el último que abandonó el campo de batalla.

—Es una verdadera honra.

—Pero que no obtendrá recompensa.

—¡Quién sabe!

—No,—dijo tristemente Antonio, que sentíase fatigado de enjaretar mentira sobre mentira.—El único que pudo apreciar los servicios que presté fué el capitán Zúñiga, y el pobre murió como un héroe, á pesar de los esfuerzos que hice por salvarle.

—Algunos otros observarían tu heroica resistencia.

—No lo sé. En aquel instante todos se ocupaban de huir. El instinto de conservación era más fuerte en ellos que la curiosidad.

—¿Luego te incorporarías á las tropas?

—Sí; pero como no se llevaban suficientes víveres, tuvieron que acortarnos la ración. De aquí proviene el apetito extraordinario que tengo.

—¿Aun?—preguntó el hostelero, asombrado en presencia de aquel gastrónomo.

—No tengo tanta hambre como cuando entré aquí: sería una necedad decirlo.

—Pero aun comerías alguna otra cosa.

—Al entrar vi en el escaparate un estofado de conejo, que debe estar delicioso.

—Que le traigan una ración por cuenta mía,—dijo uno de los menestrales.

El hostelero obedeció.

La ración de conejo fué comida por Antonio, acompañándola con buenos tragos de vino.

—Ahora sí que me encuentro perfectamente,—exclamó.

—Más vale así.

—Confieso que no comería ni un bocado más.

—Pero podéis seguir refiriéndonos lo que sucedió en Argel.

—Desde luégo. De esta manera se pasará más agradablemente la noche.

—¡Cómo! ¿No pensáis acostaros estando rendido del viaje?

—Mucho lo estoy, pero en Madrid no puede hacerse lo que en Argel.

—No comprendo.

—En Argel,—prosiguió Antonio,—podía tenderse una manta en medio del campo y dormía uno á pierna suelta sin más temor que la llegada de los enemigos.

—Lo cual no es poco.

—Pero en la corte no es posible hacer lo mismo. Ya sabéis que la ronda y los agentes de la superintendencia se oponen á ello.

—Pero ¿no tenéis una casa donde pernoctar?

—¡Qué he de tener! Como probablemente me quedaré manco, estoy dado de baja en el regimiento.

—¡Qué escándalo!

—Esto es lo único que debe esperar un infeliz soldado que se sacrifica, como yo lo he hecho, por el cumplimiento de su deber.

—Pero tú debes hacer gestiones para que se sepa lo que has hecho en Argel,—dijo el hostelero.

—Desde luégo; y el día que me lo recompensen vendré aquí y tiramos la casa por la ventana: ¡ya veréis qué convidada os doy!

—Perfectamente.

—Y creo,—añadió uno de los menestrales,—que esta noche no han de privaros que entréis en el cuartel.

—Ya es una hora muy avanzada. El oficial de guardia me reprendería.

—Bueno. ¡Si todo fuese tan fácil de arreglar en el mundo!...—dijo el hostelero.—No ha de faltarte esta noche donde dormir.

—¡Tanta bondad!...

—Cuando tengas sueño te acuestas en una de las habitaciones de mi casa.

Antonio ahogó un bostezo.

—En ese caso,—dijo después,—voy á hablaros con franqueza y á haceros una proposición.

—Venga.

—Estoy fatigadísimo; hemos hecho jornadas muy duras, y deseo descansar. Si os parece, mañana seguiré relatándoos mis aventuras y hasta los más pequeños detalles de la guerra.

—Aceptado.

Los menestrales, que sentíanse orgullosos por ha-

ber conocido á aquel héroe, salieron de la hostería, prometiéndose no faltar al día siguiente.

En cuanto á Antonio, dirigióse al aposento que le indicó el hostelero, tendióse sobre una buena cama, y poco después dormía con la tranquilidad del justo.





CAPITULO LXII

Donde tira el diablo de la manta, dejando á Antonio al descubierto.



L siguiente día, cuando Antonio abrió los ojos, ya era una hora bastante avanzada.

—Tengo segura la cena de esta noche,—fué el primer pensamiento que cruzó por su imaginación;—pero es necesario á toda costa proporcionarse la comida. A menos que el hostelero me haga muchos ofrecimientos, no me conviene aceptar: pudiera escamarse, y perdería el filón que hallé.

Antonio se puso su traje de soldado, luégo colocó el brazo sobre el cabestrillo y salió de la estancia.

El hostelero hallábase detrás del mostrador.

—¡Hola!—dijo.—Parece que se ha dormido bien.

—Con efecto, he descansado perfectamente.

—Lo celebro mucho.

—Y ahora, con vuestro permiso, voy á retirarme.

—No olvides que esta noche te esperamos.

—No faltaré.

Y Antonio salió de la hostería.

Después de recorrer unas cuantas calles se detuvo junto á la puerta de una tasca.

El tabernero era un hombre de cuarenta años, muy grueso y colorado.

Su rostro rebosaba salud.

—Si me hicieseis un favor...—preguntóle Antonio.

—¿Qué deseas?

—Un poco de agua: he llegado ayer de mi expedición al moro, donde, como estáis viendo, fuí herido.

—El agua no se le niega á nadie.

—Mil gracias: no podéis figuraros cuán horrible es mi situación.

—Bien, amigo: para pedir alguna cosa no es necesario andar con tantos rodeos. Toma un pedazo de pan y una copa de vino.

—Tanta bondad...

—Y si vienes por aquí á la noche, te daré los restos de la comida.

Antonio habíase propuesto no rehusar ninguna de las proposiciones que le hiciesen.

A falta de otra cosa, comióse el pan, bebió el vino y salió de la tasca.

¡Con cuánta impaciencia esperó á que llegase la noche!

Esta tendió por fin sus lúgubres crespones.

Entonces Antonio dirigióse á la hostería.

Inútil es decir que llevaba las mejores disposiciones de apetito.

El hostelero estaba comiendo con su mujer.

—Llegas á buena hora,—le dijo á Antonio:—siéntate, y cenarás con nosotros.

—Es un abuso.

—Vamos, déjate de tonterías, y haz lo que acabo de decirte.

El supuesto soldado obedeció, dando cuenta de una ración considerable, acompañada de dos vasos de vino.

—¡Camarada!—dijo el hostelero sonriéndose,—¿sabes que tienes un estómago privilegiado?

—Regular, amigo mío.

—Veinticinco años hace que estoy al frente de este establecimiento, y no he visto ningún hombre que te gane á comer.

—Pues ahora, con los disgustos que he recibido en campaña, no me encuentro completamente bien.

—De manera que cuando estés tranquilo...

—Comeré un poco más.

—Dios te conserve tan buenas disposiciones para que podamos lucrarnos aquellos que expendemos comestibles.

—Y que desde el instante en que se conozcan los

importantes servicios que he prestado en campaña, entraré en un período de normalidad, y no he de hospedarme más que aquí.

—Perfectamente: me alegraré que me cumplas tu palabra.

—Jamás he faltado á ella.

Eran las siete cuando penetraron en la hostería los menestrales de la noche anterior.

Todos disputáronse la honra de ser los primeros en estrechar la mano del héroe de Argel.

Antonio recibiólos con la complacencia y amabilidad del hombre que vislumbra una convidada de rondas de vasos de vino.

—¿Habéis descansado?—preguntáronle todos con interés.

—Perfectamente,—respondió Antonio.

—¿De manera que estáis en disposición de seguir relatándonos vuestras peripecias en campaña?

—Desde luégo.

—Sentémonos, pues, al rededor de esta mesa, y tú, hostelero, trae una jarra de vino, la mayor que tengas en el establecimiento.

Como nuestros lectores ven, las esperanzas de Antonio iban realizándose.

Todos ocuparon los taburetes, y dirigieron una impaciente mirada al criado de don Juan de Zúñiga.

Éste tosió dos ó tres veces, como suelen hacerlo algunos oradores antes de comenzar su discurso.

Luégo dijo:

—Amigos míos, no podéis imaginaros las muchas calamidades que tuve desde que me hirieron. Por fortuna encontréme con otro caudillo que regresaba de perseguir á las tropas. Iba sobre un soberbio corcel. Entonces asaltó una idea á mi imaginación: apoderarme del caballo.

—¿Pues no montabais uno que arrebatasteis á otro moro?—objetó uno de los concurrentes.

—Sí; pero como que el caballo se encontraba herido, preferí sustituirle por otro sano. Echéme, pues, de nuevo el fusil á la cara, doblé el dedo, y el caudillo, que era más alto que una torre, cayó á tierra. Entonces me apoderé del potro, y montándole emprendí una carrera vertiginosa por el bosque.

—¿Te perseguían los enemigos?

—No.

—Del mal, el menos.

—Difícil, por no decir imposible, seríame deciros cuánto tiempo estuve en el bosque, pues sentí que se me iba la cabeza y el potro me arrojó de la silla. Las considerables pérdidas de sangre que tuve habíanme hecho perder el sentido.

—Es natural.

—Cuando abrí de nuevo los ojos, ¿dónde diréis que me encontré?

—Sabe Dios.

—Pues en medio del campamento enemigo.

Los menestrales se miraron con asombro.

A este punto llegaba la narración de Antonio, cuando abrióse la puerta de la hostería, dando paso á un soldado.

Todas las miradas se fijaron en él.

¿Sería un nuevo héroe?

¿Habría pasado tantas privaciones como Antonio?

El soldado se aproximó al mostrador pidiendo al hostelero un vaso de vino.

Luégo fijó sus ojos en Antonio.

—Camarada,—exclamó,—¿tú por aquí?

Antonio estremecióse de pies á cabeza.

Aquel soldado era precisamente á quien hurtó en el buque el traje de militar que vestía.

Antonio se puso de pie.

—Aquí me tienes,—dijo,—procurando alejarle de los menestrales.

—Pero ¿qué haces vestido de este modo?

—¿Qué hago?... pues, nada.

—Y ese brazo en cabestrillo: ¿te has dado algún golpe?

—No, sí..., no sé.

Antonio hubiera querido que se le tragase la tierra.

Advirtieron los menestrales la indecisión con que respondía, y uno de ellos se acercó al soldado.

—Parece imposible,—dijo,—que hagáis ciertas preguntas.

—¿Por qué?

—¿No sabéis que este amigo ha llegado hace poco de Argel?

—¡No he de saberlo!

—¿Y que los moros lo hirieron por querer con heroica entereza librar de la muerte al capitán Zúñiga?

—¡Jesús qué hatajo de disparates!—exclamó el soldado lanzando una ruidosa carcajada.

—No sé por qué calificáis mis palabras de ese modo.

—Si hubierais estado en Argel, como yo, lo comprenderíais.

—¿Habéis estado también en el moro?

—¡Ya lo creo! Y por eso puedo asegurar que cuanto éste os ha dicho es una mentira de grueso calibre.

—¡Por Dios!...—dijo Antonio en voz baja.

Los menestrales cambiaron una mirada.

Estaban absortos.

—A ver, militar,—dijo uno de ellos,—siéntate á nuestro lado, bebe un vaso de vino en nuestra compañía, y sepamos si este hombre, que nos ha referido tantas heroicidades, es un necio alabancioso.

—Pues no es otra cosa.

—Pruébanoslo.

—Muy fácilmente. Este bellaco,—y designó á Antonio,—lleva un uniforme que no le corresponde, y

casi me atrevo á asegurar que es el que me fué robado á bordo.

—¿Es posible?

—Cierto que estuvo en el moro, pero sin exponer el pecho á las balas. Era criado de don Juan de Zúñiga y un comilón de primera fuerza.

—Eso es verdad,—exclamó el dueño del establecimiento.

—Pero si no se exponía á las balas, ¿cómo está herido?—preguntó uno de los circunstantes, que no atrevíase á dar entero crédito á las palabras del soldado.

—¡Herido! No lo creáis: está más sano que nosotros.

—A ver, que nos enseñe la herida.

—Sí, que nos enseñe la herida.

Antonio estaba consternado.

Dirigía frecuentes miradas á la puerta , pero ésta hallábase distante.

—Que enseñe la herida.

Y todos pusiéronse en pie.

—¡Piedad, señores!—dijo Antonio.

—¡Ah! ¿Conque todo ha sido mentira? ¿Luego nos referías esos cuentos para comer y beber á nuestra costa?

—Ese es el asunto,—dijo el soldado.

No había concluído de pronunciar estas palabras, cuando cayó sobre Antonio un diluvio de palos.

—¡Anda, truhán!—exclamaba el soldado;—como

que el traje que llevas es mío, quiero que le quiten bien el polvo.

—¡Favor! ¡Socorro!—exclamaba el criado de Zúñiga corriendo de un lado á otro de la estancia.

Por último encontró la puerta, saliendo apresuradamente á la calle, donde no paró de correr.

Parecíale sentir los pasos de los irritados menestrales.

Éstos habíanse quedado en el establecimiento.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Antonio, exhalando un profundo suspiro, —¡en qué mala hora se le ocurrió á ese soldado penetrar en la hostería! He perdido mi bienestar, y lo peor es que á cualquiera otro establecimiento que me dirija puede ocurrirme exactamente lo mismo. ¿Adónde iré ahora? ¡Pobre de mí! ¡Cuán desgraciado soy!

Las lágrimas afluyeron á sus ojos.

Aquella noche se la pasó vagando de calle en calle.

Cuando empezó á amanecer hallóse en la de Atocha.

A lo lejos divisábanse las torres de San Jerónimo.

Antonio se detuvo.

Acordóse de los días de tranquilidad que había pasado en aquel convento, y de lo bien provista que estaba la despensa de los frailes.

El recuerdo de este bien perdido hizo que se conmoviese de nuevo.



CAPITULO LXIII

Donde se dice cómo cumplía Antonio las penitencias.



os añejos perniles colgados en perfecta simetría de un lado á otro de la despensa, los chorizos extremeños y las grandes barricas de delicados vinos que para su uso guardaban los frailes jerónimos, pasaron por la mente de Antonio como la más grata visión de su fantasía.

De pronto frunciéronse sus cejas. Llevóse la mano á la frente y exclamó:

—Después de todo, no es un imposible que yo vuelva á gozar de aquel magnífico edén y de aquella hermosísima tranquilidad. Todo se reduce á decirle unas cuantas mentiras al padre Ber-

nardo. Cierto que su carácter es rígido; pero en el fondo es una buena persona, y me admitirá de nuevo en el convento. Animo, pues.

Y Antonio dirigióse hacia San Jerónimo.

En aquel instante oíanse en su torre las vibraciones de la campana llamando á los fieles.

El criado de Zúñiga, sin reflexionarlo más, llamó á la puerta del convento.

—¿Quién es?—preguntaron desde el interior.

—¡Ave María Purísima!—respondió Antonio.—Deseo hablar un instante con el padre prior.

Giró la puerta pesadamente, apareciendo en el umbral un mofletudo lego.

—El padre prior,—dijo,—como todos los padres del convento, está en el coro para oir misa.

—Le esperaré.

—Como queráis.

—Vengo á hablarle de un asunto que le interesa respecto á su sobrino el capitán don Juan de Zúñiga.

—Perfectamente. Sentaos.

Obedeció Antonio.

El lego, que cuando llamaron á la puerta estaba barriendo el locutorio, continuó su tarea.

Media hora después fray Bernardo penetró en el locutorio.

Sus ojos fijáronse en el antiguo lego.

—Padre,—dijo éste con humildad,—ya compren-

deréis que cuando me he atrevido á pisar de nuevo los umbrales de esta santa mansión, es por cumplir un encargo que me hizo vuestro sobrino.

—Muy incomodado me tienes con la conducta que observaste huyendo del convento; pero te escucharé, aunque no sea más que por el nombre de mi sobrino, que has evocado.

—Reverendo padre, muchas gracias. Ya sabréis que don Juan ha muerto.

—Lo he sabido, así como también que Dios quiso en los últimos días de su vida que cambiase de conducta.

—¡Ya lo creo, padre! Nadie sabe como yo esos pormenores, pues recogí su último suspiro.

—¡Ah! ¿Has estado en Argel?

—Mi traje os lo dice. Aunque nunca tuve grandes simpatías á la noble profesión de las armas, decidíme á seguir á vuestro sobrino, por tratarse de una guerra contra los enemigos de nuestra santa religión. Pero, ¡ay, padre, nunca se me hubiese ocurrido salir de aquí!

—Nadie te obligó á ello.

—Bien lo sé; pero á veces cometemos los hombres muchas locuras, de las que nos arrepentimos después.

—Tarde lo conoces.

—Reverendo padre, me extraña que digáis eso, pues ya sé que basta un solo instante de verdadero arrepentimiento para que Dios perdone todas nuestras culpas.

—Mucha verdad.

—Y si eso hace el Señor, creo que vos, que sois uno de sus representantes en la tierra, habéis de observar el mismo plan de conducta.

—Dejemos ahora este asunto enojoso, y sepamos los motivos que aquí te traen.

—Sí que se los diré al instante.

—Te escucho.

—Como antes os he dicho, fuí á Argel acompañando á vuestro sobrino, que Dios tenga en su gloria. Nunca había tenido afición á las armas; pero ¿cómo abandonar á don Juan, que tan bueno y cariñoso era para mí?

—Adelante; suprime todo género de consideraciones, pues tengo prisa.

—Ya en Argel,—prosiguió Antonio,—entró la columna en acción. ¡Ah padre, aun se me erizan los cabellos acordándome del lúgubre silbido que producían las balas de los enemigos al pasar junto á mis orejas! En cuanto á don Juan, iba impasible: parecía que hallábase en una fiesta.

—Siempre tuvo un extraordinario valor.

—Que rayaba en verdadera temeridad, padre Bernardo.

—Continúa.

—De pronto aparecieron multitud de moros. Sus blancos alquiceles hacíanlos semejantes á esos fantasmas que nos describen los cuentos. No parecía sino que habían brotado de las entrañas de la tierra. Inúti-

les fueron nuestros esfuerzos: los enemigos tenían la inmensa ventaja del número.

—¿Y os derrotaron?

—Cubriendo el campo de cadáveres. El general O'Reilly, á quien acometió un formidable grupo de esos perros enemigos de nuestra religión, pudo librarse milagrosamente, gracias á vuestro sobrino.

—Conozco esos detalles.

—¿Los conocéis?

—El general ha venido en persona á entregarme de parte de su majestad el nombramiento de Juan.

—¿El nombramiento?—preguntó Antonio con sorpresa.

—Sí, el nombramiento de coronel.

—Eso sí que está bueno: le han ascendido cuando ya no puede apreciarlo.

—Y eso ¿qué tiene que ver? ¿No es una honra que se le hagan en los funerales honores de coronel?

—Sí que lo será, padre.

—¿Y una distinción para su familia?

—Muy cierto; pero yo, por no hallarme en igualdad de condiciones que vuestro sobrino, renunciaría con mucho gusto á todos los ascensos.

—Prosigue.

—El general huye; pero don Juan, que batíase heroicamente, fué herido, cayendo del caballo que montaba. Yo entonces me aproximé á él. Los enemigos hicieron una descarga sobre mí. Me consideré muerto. «¡Ah gran Dios,—exclamé cerrando los ojos,—

juro solemnemente que si salgo con vida de este trance tan duro, he de renunciar para siempre á todos los goces mundanos, yendo á San Jerónimo á las órdenes del reverendo fray Bernardo!» No había concluído de hacer este voto, cuando uno de nuestros escuadrones cayó sobre el grupo que me maltrataba, haciéndolos apelar á la fuga.

—¡Y aun hay quien duda de la Providencia!—exclamó el prior, elevando sus ojos al cielo.

—Es verdad, padre,—añadió Antonio.—¡Parece imposible que algunos seres puedan extraviarse hasta ese punto! La santa Providencia fué la que me salvó.

—¿Y no pudiste recoger el cadáver de mi sobrino, para que le diesen cristiana sepultura?

—¡Ya lo creo, padre! ¡Aunque hubiera perdido los huesos, yo no le hubiera dejado allí por nada en el mundo! Cuando recogíle en mis brazos, estaba agonizando.

—¡Pobre Juan!

—Dirigíme con él al bosque, donde le deposité sobre el césped, á falta de otro lecho.

—¿Pudo hablarte?

—Muy poco, porque en seguida espiró. Yo le dije cuáles eran mis proyectos, esto es, renunciar para siempre á la vida aventurera, consagrándome á la monástica, que es para la que he tenido siempre verdadera vocación.

—¿Mi sobrino lo aprobaría en aquellos momentos supremos?

—¡Ya lo creo que lo aprobó! ¡Ojalá,—me dijo,—hubiese hecho lo propio, siguiendo los sabios consejos de mi tío; pero ya es tarde! Pídele en mi nombre perdón por los disgustos que le proporcioné, y dile que mi postrera voluntad es que vuelva á admitirte á su lado.

Fray Bernardo se enjugó una lágrima.

—Hé aquí, padre,—prosiguió Antonio,—explicado el motivo de mi venida.

El prior quedóse pensativo algunos instantes.

No pasó, sin embargo, por su mente la idea de que cuanto acababa de decirle Antonio no fuese verdad.

Luégo dijo:

—Basta que mi sobrino expresase el deseo de que te quedes aquí, para que no me oponga.

—¡Ah! ¡Mil gracias, padre!

—Pero para que me convenza de que es sincero tu arrepentimiento, y que no volverás á incurrir en nuevas faltas, necesito una cosa.

—Padre, hablad.

—Es preciso que te sometas á las penitencias más duras.

—Lo haré sin exhalar una queja.

—Todos los viernes, durante un año, ayunarás.

—Muy bien,—respondió Antonio poniendo el rostro compungido.

—Además, por espacio de siete semanas, has de darte todas las noches antes de acostarte diez azotes con unas disciplinas.

—Merecedor soy de ese castigo, y lo acepto con resignación.

—Sólo así puedo admitirte en el convento. Ya sabes que mañana es viernes, y día, por lo tanto, designado para el ayuno.

—¿De modo que no he de comer absolutamente nada en veinticuatro horas?

—Eso es.

—Así lo haré.

—Y ahora cambia inmediatamente el traje que llevas por el hábito que te corresponde. Puedes ocupar la misma celda que tenías, pues está libre.

Antonio hizo una reverencia al prior.

Luégo besóle respetuosamente la mano, y dirigióse á la celda.

Al penetrar en ella, aspiró con fuerza.

Estaba ávido de respirar en aquella atmósfera de tranquilidad.

Sin embargo, como la ventura nunca es completa, como le sucede á la dicha lo que á los cuerpos, que todos tienen una proyección oscura, Antonio, en medio de aquella tranquilidad, veía en su imaginación las penosas abstinencias de los viernes.

Lo que menos le preocupaban eran los diez disciplinazos que había de darse todas las noches, pues, como nuestros lectores se figurarán, no pensó ni un momento en maltratarse.

Púsose el hábito de lego, y á la hora de la cena dirigióse al refectorio, donde hallábase el padre prior y los individuos de la comunidad.

Terminada la cena, dirigiéronse al coro, donde elevaron al cielo sus oraciones.

Después todos fueron retirándose á sus respectivas celdas.

Antonio había cenado poco con relación á las excelentes disposiciones de su apetito.

Temía que fray Bernardo le censurase su prover bial glotonería.

El criado de Zúñiga, una vez que estuvo en su celda, se dispuso á acostarse, cuando sintió que llamaban á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Abre,—respondióle el conocido acento del prior.

Estremecióse Antonio.

—¿Vendrá á presenciar cómo me propino los disciplinazos?—se dijo.

Y abrió la puerta.

Fray Bernardo iba acompañado de un robusto lego que llevaba unas disciplinas.

—Veo,—dijo el prior,—que eres muy flaco de memoria, ó que no tienes ánimo de cumplir la penitencia que hoy te impuse.

—No lo creáis, padre.

—¿Cómo no pediste las disciplinas?

—Con efecto, había olvidado hacerlo, y lo que deseo es castigarme fuertemente, no diciéndoos que per-

manezcáis aquí mientras me macero la carne, porque, como han de ser azotes, la honestidad no me lo permite.

—Toma, pues, las disciplinas, y no te compadezcas de tu cuerpo.

Y el prior salió de la celda, seguido del lego.

—¡Que no me compadezca de mi cuerpo!—repitió Antonio.—¡Qué fácilmente se dicen estas cosas!

El lego quitóse el hábito, poniéndole sobre su humilde lecho.

Luégo enarboló las disciplinas, descargando un terrible golpe sobre el paño burdo del hábito.

—Lo mismo dará ante Dios,—decíase,—sacudirle el polvo á esta ropa que á mi cuerpo.

Y prosiguió su tarea.

Cuando hubo golpeado el hábito bien á sus anchas, acostóse.

Pero una idea alejó el sueño de sus párpados.

—Mañana no comeré. Me horripila el ayuno de veinticuatro horas. No, no es posible que lo sufra mi estómago.

Antonio acordóse de la bien provista despensa que tenían los frailes.

No había olvidado el camino que conducía á aquel verdadero paraíso de sus aspiraciones.

Púsose de nuevo el hábito y dirigióse muy despacio á la puerta.

Luégo abrióla, aventurándose sobre la punta de los pies hacia la escalera que conducía al sótano.

—Todos duermen,—exclamó;—no hay peligro, por lo tanto.

Y dirigióse á la despensa.

Habíase provisto de un candil, que no encendió hasta que estuvo en la estancia que deseaba.

Al encenderlo quedóse absorto.

Ricos perniles, soberbios embutidos, deliciosas conservas, de todo había en aquel aposento.

En los cuatro ángulos descansaban otras tantas pipas de vino.

Antonio parecía un avaro cuando contempla su tesoro.

—¡Qué noche voy á pasar, Dios mío!—exclamaba.—Y que hay tanto..., tanto, que no es posible que ninguno de los padres note la merma que yo haga.

Antonio, haciéndose estas reflexiones, descolgó un pernil, y sacando una pequeña navaja, empezó á cortar gruesas lonchas.

—No hay pan,—se dijo;—pero el proverbio dice que á falta de pan, buenas son tortas, y en aquel vasar veo unas que deben estar riquísimas.

El lego cogió una y empezó á comer; mejor dicho, á devorar.

—Vaya este refrigerio por el ayuno de mañana,—se dijo.

Y atestóse la boca.

Cuando hubo consumido una respetable cantidad de comida acercó los labios al grifón de madera que

tenía uno de los barriles, no separándolos hasta cinco minutos después.

—¡Demonio! —se dijo;—es un vinillo que vale cualquier cosa. La verdad es que los frailes son la gente que se sabe tratar como corresponde.

El lego tomó luégo otras frioleras, como él llamaba á los embutidos, á los dulces, etc., etc.

Bebió después otro trago por el estilo del anterior, sentándose al terminar sobre uno de los fardos que en la despensa había.

—¡Alabado sea Dios,—exclamó dirigiendo sus ojos al cielo,—que me ha permitido prepararme para el ayuno de mañana! Ahora fuerza es sufrir con resignación la penitencia que por mis pecados me impuso el padre prior.

Antonio ahogó un bostezo.

Sus párpados le pesaban.

Empezaba á sentir la imperiosa necesidad del descanso.

Antes de abandonar la estancia dirigió una tierna mirada á los perniles, y exclamó:

—Amigos míos, no os olvidaré: os prometo que muy en breve he de venir á haceros una nueva visita.

Y Antonio salió de la despensa haciéndose la solemne promesa de no abandonar por nada del mundo á los padres jerónimos, á pesar de los disciplinazos y ayunos que habíale impuesto el reverendo fray Bernardo.





CAPITULO LXIV

La primera visita de un convaleciente.



DEJEMOS á Antonio en el convento entusiasmado en las satisfacciones que le proporcionaba la despensa de los frailes, y dirijamos nuestros pasos hacia la vivienda del conde de Massi, á quien dejamos gravemente enfermo, como recordarán nuestros lectores.

Estrañi, el médico que le asistió por encargo de la reina, tenía sobrados motivos para odiar al conde. Massi había dado muerte á sus ilusiones al unirse á la única mujer que supo inspirarle un verdadero amor.

Otro hombre más vulgar que Roberto, ó que no tuviese un conocimiento tan profundo de los deberes que su profesión le imponía, hubiese tratado al herido con menos interés que él lo hizo.

Pero Estrañi era un verdadero esclavo de su obligación.

Habían apelado á él para que curase al conde, había la reina depositado en su persona la más ciega confianza, y asistió á Massi, no como rival, sino como médico dispuesto á salvar al doliente.

La herida de Massi habíase cicatrizado.

Lo que era preciso combatir eran los efectos de locura epiléptica que habíanle quedado.

Esto era materia larga y difícil.

Estrañi recomendó mucho á Josefina que no contrariase á su esposo en lo más mínimo para no exacerbar su enfermedad.

No era precisa esta advertencia.

Ya conocen nuestros lectores la santa resignación de Josefina, de aquella mártir de sus deberes.

El enfermo fué sometido á un régimen que no se alteró en lo más insignificante.

Gracias á esto, el conde de Massi fué recuperando cierta lucidez en las ideas, y algunos meses después razonaba como antes de estar herido.

—¡Gracias á Dios!—exclamaba Josefina, elevando sus ojos al cielo.

—Con efecto,—decía Estrañi,—el conde se encuentra bastante bien.

—¿Creéis, doctor, que no se reproduzcan las alucinaciones mentales que ha sufrido?

—Esto, señora, depende de las circunstancias.

—Pues ¿cómo?

—La epilepsia que producen las heridas no se cura radicalmente casi nunca.

—Pero él razona bien.

—Desde luégo. Sin embargo, el germen de la enfermedad no ha desaparecido. Un cambio atmosférico que sea brusco, una contrariedad; en una palabra, algo que altere su sistema nervioso, puede acarrearle consecuencias más ó menos fatales.

—¿De modo que conviene que no salga de casa, para evitar que note más los cambios del tiempo?

—Sólo debe salir en días apacibles.

—En cuanto á los resultados que puedan producirle los disgustos, no me impresionan, pues en mi mano está el evitar que los tenga.

Estrañi guardó silencio.

—¿Supongo, doctor, —prosiguió Josefina, —que aun no daréis de alta al enfermo?

—Conviene observarle unos días más.

—¿Cuándo volveréis?

—Mañana.

Estrañi, al decir esto, se puso en pie, y haciendo un saludo á la condesa, salió del aposento.

Mientras Josefina y el doctor habían sostenido este

diálogo, Massi hallábase en su estancia, indolentemente reclinado en un sillón.

Sus ojos estaban fijos en la pared.

La concentración de su mirada indicaba que hallábase ensimismado en un pensamiento.

Con efecto, era así.

—¡Cuánto tiempo hace que no veo á Felisa!—decíase, recordando á su manceba, la cantante italiana de que nos hemos ocupado en varias ocasiones.—¿Qué dirá de mí? Hoy el día está hermosísimo y me encuentro perfectamente. Estoy tentado de hacerla una visita.

El conde reflexionó algunos instantes más.

Luégo, tomando una resolución, apoderóse del cordón de la campanilla, que agitó dos veces.

A su llamamiento presentóse Josefina, que acababa de despedir al doctor.

Ésta dirigió á su esposo una sonrisa.

—¿Has hablado con el médico?—preguntó Massi con curiosidad.

—Sí,—respondió la interpelada.—Precisamente en este momento ha salido de casa.

—¿Qué dice el doctor?

—Que te encuentra muy bien, pero que es preciso que te cuides mucho para que no sufras una recaída.

—Creo que no sucederá. Hoy me encuentro perfectamente.

—Más vale así.

—Mucho he sufrido; pero la prueba más evidente

de mi mejoría es que tengo un deseo que durante mi enfermedad no había cruzado por mi imaginación.

—¿Qué deseas?

—El día está apacible. Mira cómo penetran los rayos del sol á través de los vidrios.

—Es verdad. Ni una nube altera la diafanidad del cielo.

—He estado tanto tiempo en la cama, que ambiciono dar un paseo y aspirar el aire libre.

—Pronto lo conseguirás.

—¿Pronto?

—¡Quién lo duda!

—Pero es que quiero salir hoy.

—¡Hoy! Eso es un disparate, y no puedo consentirlo. Ya sabes que nunca me opongo á complacerte, pero en esta ocasión me darías un grave disgusto.

—¿Por qué, Josefina?

—¡Qué pregunta! Aun te hallas delicado; hace poco que estás en convalecencia.

—Tengo la seguridad que un corto paseo había de serme beneficioso.

—Yo no lo creo así.

—¿Qué se pierde por hacer una prueba?

—¡No ha de perderse! Supón que sufres una recaída.

—No, no la sufriré.

—Si tan grande es tu empeño en salir, da una pequeña vuelta por el parque: yo te acompañaré.

—¿Por el parque? Eso no me satisface. Lo que am-

biciono es ver la gente que discurre por las calles y los paseos, hablar un rato con cualquier amigo.

—Pero...

—Basta, Josefina. Comprendo el interés que te induce á hacerme desistir de mi proyecto, y te lo agradezco infinito; pero quiero salir.

—Al menos vé en carruaje.

—Eso sí. No hay inconveniente. Da la orden para que enganchen.

Josefina salió de la estancia.

No atrevióse á contrariar al enfermo, acordándose de las advertencias que habíale hecho el doctor.

Además, el día estaba verdaderamente espléndido.

El conde, apenas estuvo solo, se sonrió.

—¡Qué sorpresa tan grata va á recibir Felisa al verme!

Poco después Josefina penetraba de nuevo en la estancia de su esposo.

—¿Cumpliste mi encargo?—la preguntó Massi.

—Sí. El carruaje estará dispuesto en seguida. Lo único que te suplico es que no tardes mucho en volver á casa. El viento de la tarde es muy perjudicial para los enfermos.

—Volveré pronto.

Un lacayo presentóse en el umbral anunciando al conde que el carruaje esperaba.

—¿Quieres apoyarte en mi brazo y que te acompañe hasta el zaguán?—preguntó Josefina á su esposo.

—No, no te molestes; me encuentro muy bien, como antes te he dicho.

Y acercándose á Josefina, rozó con sus labios la frente de su esposa.

—Hasta luégo,—dijo después.

—¡Quiera Dios que no me proporciones un disgusto con tu capricho!

—No temas.

Y el conde, seguido del lacayo, dirigióse cen paso seguro hacia el zaguán.

Junto á la puerta de éste esperaba el carruaje.

Adelantóse el lacayo para abrir la portezuela.

El conde penetró en el vehículo.

Luégo dió al lacayo las señas de la casa que ocupaba Felisa.

El cochero restalló la fusta, y los caballos partieron al trote.

Massi, indolentemente tendido en los cojines, ensimismóse en los más dulces pensamientos.

—¡Qué hermosa debe estar!—exclamaba recordando á Felisa.—Esa mujer ejerce y ha ejercido desde que la conozco una extraña influencia sobre mí. Estableciendo un parangón entre ella y Josefina, es indudable que mi esposa vale más; pero su carácter no se aviene con el mío. Josefina es demasiado buena, demasiado cariñosa; en cambio, Felisa es un continuo contraste, tiene indecisiones que me enloquecen. Y luégo, ¡es tan bella! ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué esbeltez! ¡Es una verdadera idealidad!

El carruaje se detuvo.

Había llegado á la casa de la cantante.

El conde echó pie á tierra.

Luégo penetró en el portal y aventuróse por la escalera.

Cuando llegó al piso principal, que era el que ocupaba Felisa, apoderóse del cordón de la campanilla y le agitó.

Una criada acudió al llamamiento.

Había entrado una semana antes al servicio de la cantante: así es que no conocía al conde.

Éste fué á penetrar en la casa; pero la doncella le detuvo con esta pregunta:

—¿A quién deseáis ver, caballero?

—A tu señora.

—Permitid en ese caso que os anuncie. Mi señorita está en su tocador.

—Dile, pues, que un antiguo amigo desea verla.

—¿Vuestro nombre?

—Limítate á decirla lo que te he encargado.

—Perfectamente. Sentaos un instante.

Y la doncella dirigióse á las habitaciones interiores.

Un momento después penetraba en el gabinete de Felisa.

Hallábase ésta sentada delante de su tocador de ébano con incrustaciones de marfil y magnífica luna de Venecia, donde se retrataba su hermoso rostro.

Otra doncella ocupábase en arreglar la espléndida

cabellera de su señora, que caía sobre su espalda como una cascada de azabache.

Al penetrar en el aposento la joven que acababa de recibir el encargo de anunciar al conde, Felisa dirigióle una mirada.

Ésta equivalía á preguntarla:

—¿Qué es lo que quieres?

Interpretóla la doncella, y apresuróse á decir:

—Señora, un caballero pregunta por vos.

—¿A estas horas? ¿No le conoces?

—No le he visto en esta casa nunca.

—¡Qué fastidio! No tengo ganas de visitas. ¿Qué le has dicho?

—Que estabais ocupada en vuestro tocado.

—¿Y á pesar de eso ha insistido en verme?

—Debe ser persona de su confianza, pues penetró en la casa sin preguntar por vos.

—Bueno, Ana: puedes decirle á ese caballero que tan pronto como concluya mi tocado iré á recibirle. Que espere.

Ana dirigióse de nuevo á la estancia en que esperaba Massi.

—¿Cumpliste mi encargo?—preguntó el conde.

—Sí, señor. Me ha dicho que tengáis la bondad de esperarla un momento.

—Con sumo gusto; pero á fin de que sea breve, dile á tu señora que el que la espera es el conde de Massi.

—¿El conde de Massi?

—Precisamente.

La doncella apresuróse á transmitir el recado.

—Señora,—dijo apenas entró en el tocador de Felisa,—ese caballero me ha dicho que es el señor conde de Massi.

—¡El conde!—exclamó la cantante poniéndose en pie.—¡Ah! ¡Quién había de suponérselo! No le niegues nunca la entrada en esta casa á ese caballero.

Felisa se puso un chal que había sobre un diván.

Luégo dirigió una furtiva mirada al espejo, y sin hacer que recogiesen su espléndida cabellera, salió de la estancia, dirigiéndose hacia el aposento donde esperábala su amante.





CAPITULO LXV

Donde Felisa consigue despertar los celos en el alma de Massi.



L conde habíase sentado en un sofá de terciopelo carmesí.

Al sentir el rumor que producía el vestido de la cantante al rozar con el pavimento, una sonrisa dibujóse en sus labios.

—¡Ella es!—exclamó.

Con efecto, la que se acercaba era Felisa.

La joven penetró en la estancia.

Hallábase *à la negligé*, como dicen los franceses, lo cual no disminuía lo más mínimo su esplendorosa hermosura.

El conde la tendió los brazos; pero Felisa, en vez de arrojarse en ellos, como de costumbre, hizo con la boca un gracioso mohín.

—¿Qué te sucede?—la preguntó Massi, extrañando el retraimiento de su amada.

—¿Te parece que no hay sobrado motivo para que no te reciba con el cariño y la solicitud de antes?—dijo la joven mientras advertíase en sus facciones la mayor seriedad.

—¿Tienes alguna queja de mí?

—¡Qué pregunta, conde! ¡No he de tenerla!

—Siéntate aquí á mi lado, y habla.

—Sí que lo haré.

—No deseo otra cosa. Muy grave debe ser tu resentimiento, cuando me recibes con tanta sequedad después de haber pasado tanto tiempo sin vernos.

—Durante ese tiempo, que con efecto no ha sido corto, bien poco te has ocupado de mí.

—¿Es ése el motivo de tu enojo?

—Sí.

—Pues en ese caso eres injusta. Te consta que he estado muy gravemente enfermo.

—Ya lo sé; y que tu esposa no se apartaba ni un instante de la cabecera de tu lecho, por cuya razón me ha sido imposible de todo punto ir á verte.

—Es verdad.

—Me explico perfectamente que en los primeros días de tu enfermedad no pudieras hacer nada para saber de mí, porque no estabas en tu conocimiento; pero ¿y después?

—Después, Felisa, mi razón ha estado algo perturbada.

—Eso no deja de ser un pretexto.

—No lo creas. Soy incapaz de faltar á la verdad.

—¿De modo que durante tu perturbación te ha dado por introducir economías?

—No te comprendo.

—Pues me explicaré.

—Habla, Felisa.

—Ya sabes que desde que te uniste á esa mujer me señalaste una asignación mensual, sin perjuicio de satisfacer mis caprichos independientemente.

—Es verdad.

—Desde que fuiste herido nada recibí. Excuso decirte de qué manera me habré visto, y cuántas escaseces habré pasado.

—¡Pobre Felisa!

—Y todo, ¿por qué? No me hubiesen faltado, con seguridad, proporciones; pero soy débil, te amo con toda mi alma, y he querido seguir siéndote fiel.

—Yo te lo agradezco; pero si éstos son los únicos motivos de resentimiento que conmigo tienes, son injustos.

—¡Injustos!—exclamó Felisa.

—¡Ya lo creo que lo son!

—¿En qué te fundas para creerlo así?

—Me fundo en que he estado enfermo, y por lo tanto me ha sido de todo punto imposible comunicarme contigo.

—¿Y le faltó al señor conde de Massi un lacayo para enviarme un recado informándome de su mejo-

ría ó empeoramiento, y preguntándome mi situación?

—Vamos, Felisa, ¡cómo era posible que en medio de mi gravedad me acordase de ciertos detalles!

—¡Ah! ¿Llamas detalle á mi bienestar?

—Bien me consta que no lo es; pero mi cabeza no estaba para nada.

—¿Y ahora, conde?

—Ahora ya varía.

—Durante nuestra ausencia he tenido que pedir un adelanto á un usurero.

—¡Qué mal hiciste! ¡No olvidaré nunca á aquel perro judío, que dióme tantos disgustos en Nápoles!

—Y ¿qué había de hacer?

—Es cierto: la necesidad es muy grande, y á veces nos pone en situación de hacer verdaderas locuras.

—Ahora todo se arreglará. El usurero me dijo que si le devolvía la suma antes de terminar este mes, me tendrá grandes consideraciones.

—¿Cuánto le debes?

—Poco: cuarenta mil reales.

—¡Cuarenta mil reales!

—Que espero que ahora me entregues.

—¡Imposible, Felisa! No traigo esa cantidad.

—¡Pero podrás disponer de ella en cuanto llegues á tu casa!

—Tampoco, Felisa. Estoy atrasadísimo. No puedes imaginarte los inmensos gastos que me ha obligado á hacer mi enfermedad.

—¿De modo que te parece una exorbitancia una

suma que en otro tiempo gastabas en comprarme una baratija?

—Felisa, aquéllos eran otros tiempos, como acabas de decir muy bien.

—¡Ya lo creo que lo eran!—exclamó la cantante con ironía;—entonces yo era la única mujer á quien amabas.

—Y hoy lo mismo.

—No; hoy todo ha cambiado de aspecto: tienes obligaciones que cumplir, y una esposa que no debe carecer de nada.

—¡Felisa!

—Eres un ingrato, que haces que me arrepienta de la conducta que he observado durante tu enfermedad. Más valía que hubiera aceptado las ventajosas proposiciones que me hicieron.

—Pero...

—¡Basta! – exclamó imperiosamente Felisa.—Todo ha terminado entre nosotros.

—¿Es decir que rompes los lazos de nuestros antiguos amores por un puñado de monedas de oro?

—Eso es lo que yo te digo. Si se tratase de una suma de consideración, enhorabuena que dudases en hacer el sacrificio ; pero ¡dos mil miserables duros!...: ¿qué es eso para un señor conde de Massi; esto es, para uno de los títulos más nobles de Italia?

—Calla, Felisa. Bien te consta que no soy opulento.

—A mí no me consta sino que antes de casarte con

esa mujer á quien odio, no me negabas lo necesario para vivir con decoro.

—Ni ahora tampoco.

—Ahora sí; y no puedo admitir esa variación.

—Vamos, Felisa, cálmate.

Y el conde quiso rodear con su brazo el esbelto talle de la joven; pero ésta le rechazó bruscamente.

El conde sentíase fascinado con la hermosura de aquella beldad, que siempre tuvo un gran ascendiente sobre él.

—No te enfades conmigo. Haré cuantos esfuerzos sean imaginables para complacerte, pero dirígeme una sonrisa.

—No puedo. Yo no sé mentir, como otras muchas; yo no sé disimular. ¡Ojalá supiera!; porque de este modo conseguiría ilusionarte, y me querrías más.

—¡Qué engañada vives!

—¡Tú sí que vives engañado!

—Pero ¿por qué no aplacas tu resentimiento? ¿No te he dicho que haré cuanto pueda por entregarte esa cantidad?

—No; guárdala para tu querida esposa y tu idolatrada hija.

El conde arrugó el entrecejo.

—Vamos, Felisa, no seas cruel. ¿Qué necesidad tienes de nombrar á esas dos personas, que ningún daño te han hecho?

—Eso es lo que tú no sabes.

—¡No he de saberlo!

—Respecto á tu hija, ningún agravio me ha inferido, en verdad.

—Y mi esposa tampoco.

—De ella podríamos hablar mucho.

Al oir esta respuesta, Massi dirigió una mirada á la joven.

Ésta la sostuvo sin bajar los ojos.

—Sí,—prosiguió;—no puedo avenirme con esa mujer, que me ha robado tu cariño.

—¡Qué disparate!

—Por ella soy la más desgraciada de las mujeres.

—¡Pobre Josefina!

—¿La compadeces?

—¡No he de hacerlo, si la juzgas con injusticia!

—Antes de tu enfermedad no opinabas así respecto á ella.

—Pero durante el tiempo que he estado enfermo, he podido convencerme de lo buena que es.

—Es claro: ¡te ha dado tantas pruebas de solicitud!

—No te burles, Felisa; mi esposa es un ángel; no se ha apartado de la cabecera de mi lecho, y no permito que se la escarnezca sin razón.

Felisa quedóse anonadada.

No era aquella la respuesta que esperaba.

Sintió celos, mejor dicho, sintió herido su amor propio.

Durante algunos momentos, sus labios permanecieron inmóviles.

Comprendiendo Massi que estaba ofendida, trató

otra vez de estrechar su talle; pero la joven recha zóle.

—No,—dijo Felisa,—abraza á tu esposa: ella es la verdaderamente merecedora de recibir tus expresivas caricias.

—Vamos, déjate de niñadas. ¿Sabes que para ser ésta la primera visita que te hago después de mi enfermedad, me tratas con demasiada esquivez?

—Como te mereces.

—Ya te he dicho que te traeré muy en breve la cantidad que necesitas.

—No la quiero.

—Mañana mismo la tendrás.

—Te digo que no.

—Si es necesario, esta tarde.

—Tampoco. No quiero nada tuyo. Más vale que esa cantidad la emplees en hacerle á tu esposa un obsequio.

—¡Felisa!

—Lo dicho. De este modo podrá adornarse con una nueva alhaja.

—¡Qué injusta eres! ¡Si Josefina es la mujer más sencilla que he conocido!

—¡Ya lo creo!

—Y la menos ambiciosa.

—¿También? Esa señora tiene muy buenas cualidades.

—Eso es indiscutible.

—¡Sobre todo, para su marido!

—Basta,—exclamó el conde, poniéndose en pie bruscamente.

Hasta entonces había podido dominar su carácter duro y déspota.

—¡Ah! Me impones silencio.

—Te le impongo, porque estás diciendo muchas sandeces.

Felisa lanzó una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes?—preguntó Massi, á quien empezaba á cegar la cólera.

—Me río de ti,—respondió Felisa;—de ti, que me acusas de decir sandeces, cuando el verdadero necio eres tú.

—¿Yo?

—Tú,—repitióle la joven sin inmutarse.

—Eres una mujer especial. No me conoces, á pesar del mucho tiempo que hemos vivido juntos.

—¡No he de conocerte!

—Entonces, ¿por qué no evitas que me vuelva loco?

—¡No hay cuidado! Mal puedes perder la razón, cuando ya la tienes perdida.

—¡Felisa!... ¡Felisa!...

—¡Qué! ¿Vuelves á amenazarme? Me importa poco. Ten en cuenta que estoy en mi casa, que ya no nos une ningún lazo, y que si tratas de maltratarme...

—¿Qué harías?

—Demandar socorro, hacer que mis criados te echasen de aquí, y promover un escándalo para que todos los vecinos se enterasen.

—Eso no conduciría sino á ponerme en ridículo.

—¡Hace tanto tiempo que lo estás!—exclamó Felisa sonriéndose.

—¡Yo en ridículo!

—Sí, conde; y no soy yo la que te ha puesto de ese modo.

—Entonces, ¿quién?

—Tu digna esposa; la mujer angelical que te ha asistido con tanta solicitud; la compañera de tu vida.

—¡Calla, lengua viperina é infame!

—Di lo que quieras; pero no me retracto.

—¿En qué te fundas para decir que mi esposa me pone en ridículo?

—En una verdad incontestable.

—Habla pronto. Te lo ruego, te lo exijo.

—Sí que lo haré.

—Pronto; te escucho.

—¿Sabes por qué te ha cuidado esa mujer con tanta solicitud durante el tiempo que has estado herido?

—¿Por qué?

—Porque ama á otro; porque tiene un amante, al que podía ver libremente cuando descansabas en profundo sueño.

El conde dió un paso hacia Felisa.

Estaba aterrador.

—Dame una prueba de que son verdad esas palabras.

—No lo dudarás cuando te diga el nombre del amante.

—Habla, habla.

—El amante es Roberto Estrañi. Como sabes, sostuvo amores con Josefina antes que te unieses á esa mujer, y hoy las han entablado de nuevo.

—¡Es imposible!

—¿Ves cómo eres un necio? ¿Ves cómo la adoras? No me sorprende. Para que una mujer valga algo á los ojos de su marido, es necesario...

—Basta; no prosigas.

—Es necesario que yo arranque el antifaz con que cubre tu esposa sus liviandades. Es una hipócrita que te engaña.

—¡Si fuese cierto lo que dices!

—No lo dudes, conde. Reflexiona un momento. Tú, fuerza es decirlo de una manera descarada, no te has portado con ella de modo que hayas podido hacerte dueño de su corazón. Josefina sostenía amores con el doctor, y tuvo que renunciar á él por unirse contigo.

—Es innegable.

—¿Crees que hay mujeres en el mundo dotadas de una abnegación tan sublime, que adoran al que ocasiona su desgracia? No: esa fidelidad, esa nobleza es digna del perro, que lame la mano que le castiga; pero no de la mujer, cuyo amor propio es excesivo, cuya altivez no tiene límites.

El conde inclinó la cabeza sobre el pecho.

Las palabras de Felisa iban filtrándose en su corazón como un tósigo.

La joven había conseguido su objeto.

—¡Es horrible!—exclamó.

—¿Aun dudas?

—Por desgracia estoy convencido de que es cierto cuanto me acabas de decir.

Una satánica sonrisa dibujóse en los labios de la joven.

Massi hallábase tan ensimismado en sus pensamientos, que no lo observó siquiera.

De pronto dirigióse hacia la puerta.

—¿Adónde vas?—le preguntó su amada.

—¡Qué pregunta! ¿Quieres que deje impune el delito de esa mujer?

Y volviéndola la espalda, salió del aposento.

—Todo lo ha creído,—exclamó Felisa.—He logrado lo que quería. Esa mujer iba imperando demasiado en su corazón, y ahora volveré á ser la reina del albedrío del conde.

Y la cantante, después de hacerse estas consideraciones, dirigióse al tocador, donde esperábala su don cella para concluir de arreglar sus cabellos.





CAPITULO LXVI

Las primeras escenas de un drama.



L carruaje de Massi esperaba junto á la puerta de la casa de Felisa.

El conde penetró en el vehículo.

El lacayo, con el sombrero en la mano, esperó junto al estribo las órdenes de su señor.

—A casa,—dijo éste.

El joven sentóse en el pescante, comunicó la orden al cochero, y los caballos pusiéronse en marcha.

Es imposible describir la multitud de pensamientos que cruzaron por la mente de Massi durante el trayecto.

No dudaba que fuese verdad cuanto Felisa le había dicho.

—Sólo hay en el mundo una cosa que me enloquezca,—exclamó.—Nada me irrita como el engaño. He creído sinceramente que Estrañi iba á mi casa para propinarme los auxilios de su ciencia, y ahora veo que se ha estado burlando de mí de un modo inicuo. ¡Ah! ¡Yo le haré saber á ese hombre de lo que soy capaz! Y en cuanto á Josefina, también ha de pesarla el comportamiento que conmigo ha tenido.

El carruaje se detuvo junto á la vivienda del conde.

Éste, sin esperar á que el lacayo abriese la portezuela, apeóse del vehículo.

Luégo aventuróse por la escalera con rápido paso.

Sentía gran impaciencia por hablar con Josefina.

Penetró en su casa, dirigiéndose á su habitación.

Antes de llegar á ella, encontró á uno de los domésticos.

—Señor conde,—dijo éste,—el doctor os espera hace rato.

—¿El doctor?

—Sí.

—¿Dónde se halla?

—En vuestra estancia. Ha extrañado mucho no encontraros.

Massi no quiso saber más.

La ocasión para hablar con Estrañi no podía ser más propicia.

Apresuró el paso, cruzando un largo pasillo, y luégo penetró en el aposento en que se hallaba Estrañi.

Éste ocupaba un sillón.

Al ver penetrar al conde se puso de pie.

—Conde,—le dijo, —extraño mucho que hayáis hecho la locura de salir de casa sin que os autorizase para ello.

Massi quedóse mirando al galeno.

De buena gana, dejándose llevar de su carácter, hubiérase lanzado sobre él; pero se contuvo.

La prudencia aconsejaba que antes de tomar cual quier medida enérgica hiciese algunas averiguaciones sobre si eran ciertas las palabras que Felisa le había dicho.

—Sentaos, doctor,—dijo, disimulando.

—Voy á retirarme en seguida.

—¿Tanta prisa tenéis?

—Voy á palacio. La reina está ligeramente indispuesta.

—No será cosa de importancia, cuando la habéis abandonado por venir aquí.

—Tanto más, cuanto mi visita á esta casa era innecesaria.

—¿Por qué, doctor?

—Vengo á ella, pregunto por el enfermo con intención de verle, y me dicen que ha salido.

—Es verdad.

—Esto no es cumplir el régimen que os tengo dispuesto.

—Estrañi, me encontraba perfectamente, la mañana estaba apacible, y no pude reprimir mi deseo de salir.

—Pero esos caprichos se pagan caros. Vuestras facciones están alteradas.

—Es muy posible.

—A ver; venga ese pulso.

El conde se sonrió.

Luégo dijo:

—No os molestéis: me encuentro completamente vigorizado, y podéis darme de alta.

—¡Es singular que diga el enfermo lo que sólo es de la competencia del médico!

—Tanto creo que me hallo completamente bien, que voy á cumplir con vos como corresponde.

Estrañi no comprendió estas palabras.

Massi aproximóse á un armario de ébano con ricas incrustaciones, cuyas puertas abrió, sacando de uno de sus cajones un bolsillo lleno de monedas de oro.

Luégo, avanzando hacia Roberto:

—Tomad,—le dijo alargándole el bolsillo.—Este es el pago de vuestra asistencia facultativa, puesto que ya no me hacen falta vuestros servicios.

Estrañi quedóse absorto.

No podía explicarse la grosera conducta del conde más que de un modo.

Creyó durante algunos momentos que su razón estaba perturbada otra vez.

Sin embargo, las facciones de Massi más revelaban la cólera que la demencia.

Roberto dudó.

Rechazando, no obstante, el dinero que le ofrecían, dijo:

—Señor conde, no he venido á esta casa bajo el móvil del interés. Bien os consta que si repasé sus umbrales, fué por cumplir un deseo de la reina.

Massi midió al doctor de pies á cabeza con una mirada.

El volcán iba á estallar, desbordándose en torrentes de lava.

No era el conde de los que fácilmente se dominan.

—Entonces,—preguntó con acento trémulo por las emociones que sentía,—ejercéis vuestra profesión por lujo.

—Ya os he dicho que he venido aquí sólo por indicación de la reina.

—Lo cual no tiene que ver para que satisfaga yo el importe de vuestro trabajo, supuesto que estoy completamente bien.

—Sois dueño de hacerme cuantos ofrecimientos os plazca, así como yo lo soy de no aceptarlos.

—Acabemos, Estrañi: ¿veníais como médico á mi vivienda á devolverme la salud, ó como ladrón encubierto á arrebatarme la vida y la honra?

Juzguen nuestros lectores cuál sería la sorpresa de Estrañi al oir esta pregunta.

Creyó por el pronto hallarse bajo los efectos de una horrible pesadilla.

¡Era tan estupenda, tan inesperada la interrogación que el de Massi acababa de dirigirle!

El médico palideció.

¡Preguntarle á él si había ido á aquella casa á robar la hcnra á su dueño, cuando Estrañi era el prototipo de la decencia y la caballerosidad!

¡Cuando había preferido rasgar todas las fibras de su corazón antes de dirigir una palabra cariñosa á la dama con quien sostuvo relaciones!

La pregunta de Massi era más ofensiva que haberle ofrecido unas cuantas monedas de oro por el interés con que habíale arrancado de las garras de la muerte.

Estrañi se quedó mirando al conde.

Luégo exclamó:

—¡Qué decís! ¡No os comprendo! ¡Por fuerza he oído mal!

—Habéis oído perfectamente.

—No, no es posible.

—Os he preguntado si entrasteis en esta casa para curarme, ó para hacer un insulto á mi honra.

—Señor conde, hay preguntas que ni siquiera merecen contestación.

—¿No os referiréis á la que os acabo de hacer?

—Precisamente refiérome á ella. Eso no lo pregunta más que un loco.

—Pues yo no lo estoy.

—En ese caso, no me lo explico.

—Basta de disimulos,—exclamó el de Massi, que sentía aumentar su cólera por momentos.—Ha llegado el instante de descorrer el velo que oculta la verdad.

—No deseo otra cosa.

—Vos fuisteis novio de mi mujer cuando era hija de un miserable doctor: os despreció por mí.

—No os lo niego,—dijo Estrañi;—pero no estoy conforme con dos de las cosas que habéis dicho. Ni el doctor Montalbi era un miserable, ni Josefina me despreció por casarse con vos.

—¿Que no?

—Despreciar á una persona indica un resentimiento propio de la mujer ó del hombre, y vuestra esposa...

—Sé lo que vais á decirme. Mi esposa os amaba, y sólo consintió en unirse conmigo por complácer á su padre, que era ambicioso, y halagábale, por lo tanto, que se verificase la boda.

—Tampoco estoy conforme con vuestra opinión. No era ambicioso el hombre que me sirvió de maestro; era una excelente persona, cuya buena fe sorprendisteis.

—¡Doctor!

—¿Os enojáis? ¿Es decir que creéis poder dirigirme los insultos más groseros é incalificables, y en cambio me negáis el derecho de estar á la recíproca diciendo estrictamente la verdad?

—Mi esposa os despreció por casarse conmigo,—repitió Massi,—y ahora, al verme al borde de la tumba, venís á tomar la revancha, á ver si muerto yo, os podéis hacer dueño de mi título y de mis riquezas.

Estrañi mordióse los labios.

Sintió impulsos de lanzarse sobre aquel hombre que tan injustamente le colmaba de insultos; pero le contuvo la noble consideración de que iba á habérselas con un convaleciente, cuyas fuerzas se hallaban agotadas por completo.

El conde tradujo este silencio de un modo muy distinto.

—¿Veis cómo calláis? ¿Veis cómo nada pueden responder vuestros labios?—exclamó.

—Mucho pudiera contestaros, sin embargo.

—Pues hablad. No deseo otra cosa. Dadme alguna justificación.

—Yo no hé menester de justificarme á vuestros ojos, puesto que ninguna falta he cometido.

—Una prueba de ello.

—¿Os parece poco mi palabra?

—¡Vuestra palabra!—dijo el conde sonriéndose con ironía.—¡Quién fía en la palabra de un miserable!

Estrañi ya no pudo contenerse.

Su paciencia se había agotado.

Aproximóse á Massi, y asiéndole con fuerza por un brazo, exclamó:

—¡Basta de groseros insultos! ¡No califiquéis á nadie con los epítetos que os corresponden!

—¿A mí?

—El más miserable, el más infame y el más mentecato sois vos.

El conde hizo un esfuerzo para desasirse de la mano de hierro que le oprimía, pero fué inútil.

Entonces dejóse caer en uno de los sillones.

—Habéis apurado mi paciencia,—prosiguió Estrañi con voz ronca. —Comprendo que un hombre honrado pueda proferir ciertas y determinadas palabras, pero no aquel que ha cometido tantas vilezas.

—¿Cuáles he cometido yo?

—Muchas. Estoy enterado de los pormenores de vuestra vida aventurera.

—Mentís.

—Para que no volváis á decirme esa frase, que os tolero hasta que estéis restablecido de vuestra enfermedad, os diré que no ignoro de qué manera se verificó vuestro enlace con Josefina.

—Hablad, hablad.

—Sí que lo haré. Ha pasado el momento de las consideraciones, y es necesario decir la verdad desnuda, pese á quien pese.

—Os escucho.

—Os unisteis á la joven que yo adoraba por el ruin sentimiento de la ambición.

—¡Qué locura! Josefina era pobre.

—Pero habíase enamorado de ella el monarca; sabíais que preparando al rey una ocasión para realizar su torpe deseo, perdíais en honra lo que ganabais en lucro.

—Eso es falso.

—Bien os consta que no. Josefina fué la manceba del monarca durante algunos meses; luégo volvió á vuestro lado. Sois el hombre que puede blasonar más

de cinismo y de desvergüenza. ¿Os compete levantar siquiera los ojos delante de mí? ¿Podéis calificarme de miserable, cuando hasta habéis hecho un repugnante contrato para que vuestra esposa manchase el tálamo nupcial?

El conde lanzó un rugido.

—¡Ah!—exclamó irguiéndose;—¿conque es decir que esa mujer os lo ha revelado todo? ¿ha llevado su infamia hasta ese punto?

—Mentís. Esa señora ha callado su secreto.

—No, no es posible. Sólo ella es sabedora de lo que ocurría.

—Me lo habéis revelado vos mismo.

—¡Yo!—exclamó el conde.

—Vos.

—Mientes, villano, mientes.

—Durante vuestra fiebre tuvisteis un espantoso delirio. Como estabais al borde de la tumba, os remordía la conciencia, y aunque inconscientemente, me hicisteis dueño de vuestro secreto.

—Eso no es posible. Ella os lo ha dicho.

—Os juro que no,—repuso Estrañi poniendo su mano sobre el corazón.

—De todas maneras sois dueño del secreto más importante de mi vida.

—Del que no abusaré jamás por consideraciones á vuestra esposa.

—No, no abusaréis, porque yo me encargo de impedirlo.

—¿Me amenazáis?

—Y os arrancaré el corazón. El hombre que conoce esos secretos de mi vida, me responde con la suya.

Y el conde, poniéndose de pie de una manera nerviosa, desenvainó su acero.

—¡En guardia!—dijo después, dirigiendo á Estrañi una mirada de odio.

—¡Sabéis,—dijo el doctor,—que sois un hombre incomprensible!

—¡Basta de palabras!

—No dudasteis en entregar al rey á una pobre mujer; mejor dicho, á un ángel, y ahora os enloquece que os echen en cara vuestra infame conducta.

—He dicho que basta. Preveníos.

—No lo haré. Acabáis de pasar una enfermedad gravísima, aun estáis muy débil. Batirme con vos sería lo mismo que asesinaros.

—¿Tenéis miedo?

Una despreciativa sonrisa dibujóse en los labios de Estrañi.

—¿Aun os burláis?—exclamó el conde fuera de sí.

—¡Tomáis mis nobles acciones de una manera tan equivocada!

—Pues bien: haced lo que os digo, ó de lo contrario, os mato.

Y el conde avanzó hacia el médico; pero antes de llegar á él, se detuvo nuevamente.

Estrañi estaba perplejo.

Dudaba en aquel instante en dar una lección á

aquel hombre infame y provocador, pero que se hallaba enfermo, y reducido, por lo tanto, á la débil condición de un niño.

—No,—dijo rechazando aquel pensamiento,—no sería noble medir mis armas con el que se halla convaleciente.

—¿Aun dudáis?

—He desistido de batirme. Este duelo sería un crimen. Si no me detuviera esta consideración, ya estaríais muerto.

—Pues bien: ya que no queréis defenderos, moriréis á mis manos.

Massi avanzó resueltamente.

Estrañi, comprendiendo el peligro que le amenazaba, desnudó su acero, y dijo:

—Eso no. Ya que os empeñáis, sea.

É iban á luchar, cuando abrióse la puerta de la estancia, apareciendo en el umbral la pálida figura de Josefina.





CAPITULO LXVII

Una escena terrible.



L conde de Massi y Roberto detuviéronse ante la inesperada presencia de la dama.

Ésta avanzó hacia el médico, y con acento que tenía algo de ruego y algo de imperioso á la vez, exclamó:

—Deteneos, y tened en cuenta que es mi marido y que aun se halla bajo los efectos de una enfermedad.

—Señora,—respondió Estrañi bajando la espada,—lo he tenido muy en cuenta, y he procurado convencer al conde; pero él se obstina en que luchemos.

—A vos corresponde rehusarlo.

—Y ¿he de permitir que me mate?

Massi no apartaba sus ojos de Josefina.

—En cuanto al conde,—dijo ésta,—me limito á rogarle que sea prudente, y que no agrave su ya quebrantada salud.

Massi dirigió á la dama una mirada terrible.

—¡Esposa miserable y adúltera!—exclamó,—¿crees de esa manera que quedará impune tu cómplice y tu crimen?

—¿Qué dice este hombre?—preguntó la dama con asombro.

—¿Lo veis, señora? No hay manera de aplacarle.

—Pero ¿qué es lo que ha dado origen á su enojo?

—¿Y tienes la osadía de preguntármelo?

—¡Conde!

—Basta. Celebro infinito que hayas venido á esta estancia, pues de este modo podré daros la muerte á ambos.

—Pero al menos me darás antes una explicación para que sepa la causa de tu resentimiento.

—¡No he visto una mujer más cínica que tú!

—Basta, conde; no soy acreedora á semejantes insultos.

—¿Que no lo eres?

—No, y mil veces no.

—Me consta que este miserable es tu amante.

—¿Roberto? ¡Qué locura!

—No habrá palabras que me convenzan de lo contrario; este hombre,—y designó al doctor,—acaba de

referirme con pormenores todas las circunstancias que mediaron á la raíz de nuestro enlace. Sabe que el monarca...

—¡Silencio!—exclamó Josefina con voz angustiada, mientras un vivo carmín coloreaba sus mejillas.

—¡Qué importa decirlo si todo lo sabe,—exclamó el conde con desesperación,—si tú le has enterado de todo!

—¡Yo!

—¡Mentís, mentís!—dijo Roberto;—ya os he explicado cómo he sabido ese secreto.

—Lo que me habéis dicho es una excusa disparatada, un absurdo.

—Sí, Roberto,—dijo Josefina, que sentíase avergonzada,—un absurdo sin fundamento.

—Yo no os recrimino. La culpa la tuvo este miserable.

—¡En guardia!—dijo el conde.—Ya que la fatalidad os ha reunido en este aposento, quiero vengar la afrenta que ambos me inferisteis.

Estrañi se dispuso á la lucha.

Una palidez mortal cubría su rostro.

Josefina, comprendiendo que ni sus justificaciones ni sus ruegos habían de calmar la injusta cólera de su marido, se aproximó á Roberto, asiéndose á su brazo derecho.

—¿Qué hacéis, señora?—exclamó Estrañi, tratando de desasirse.

—No puedo consentir este desafío. Es mi esposo.

—Pero soltad. Va á asesinarnos.

—Lo prefiero á que lo matéis.

—¡Josefina, por Dios!

—Son inútiles vuestros ruegos. Huid, huid de esta estancia.

—¡Eso nunca!

El conde avanzó hacia ellos en actitud amenazadora.

Estrañi hizo un nuevo esfuerzo para que la dama no le incapacitase la acción.

—¡Roberto! ¡Roberto!—dijo Josefina, aferrándose á su brazo con más energía.

—¡Pero, señora!...

—¡Tened compasión de mí! ¡Tened piedad!

El conde levantó la espada; pero cuando se disponía á herir mortalmente á los que creía amantes, advirtióse que su rostro se cubría de una extraordinaria lividez, y vaciló algunos pasos.

Luégo una amarga sonrisa se dibujó en sus labios incoloros.

Una oleada de fuego había subido de su corazón á su cabeza.

Lanzó un rugido como el león al sentir en sus entrañas el plomo, y después de vacilar, cayó al suelo como una masa inerte.

Josefina lanzó un grito.

—¡Le habéis matado!—exclamó dirigiendo á Estrañi una severa mirada.

—¡Él lo quiso, señora!

Y el médico, después de dirigir sus ojos con indiferencia hacia el conde, envainó su acero.

Josefina se aproximó á su esposo.

La respiración de éste era agitadísima.

—¡Pronto!—exclamó la condesa,—venid en su auxilio. ¡Se muere!...

Estrañi se encogió de hombros.

—¡Ah! ¿Es posible que hagáis ese movimiento, que significa la indiferencia que sentís?

—No os lo niego.

—¡Por Dios, Roberto, auxiliad al conde!

—Eso no. Pedidme cuanto queráis. No habrá sacrificio que no haga por vos, hasta con gusto; pero lo que me decís, es imposible.

—Os lo ruega una débil mujer.

—Ni aun así puedo complaceros.

—Os lo pido por lo que conceptuéis más sagrado.

—¡Qué cosa más sagrada para mí que vuestra súplica!

—¿Y ni aun por ella cedéis?

—No, ni aun por ella.

Josefina irguió la frente.

Luégo, aproximándose á Estrañi:

—Pues bien, caballero,—exclamó,—ya que no cedéis á mis súplicas, os exijo que auxiliéis al enfermo. Sois médico; lo sagrado de vuestra misión os lo impone: tenéis, por lo tanto, el deber de acudir en socorro de mi esposo, aunque le consideréis como vuestro mayor enemigo.

—¡Josefina!

—No admito réplicas. Pronto, doctor, cumplid con la obligación que vuestra carrera os impone.

—Es cierto,—dijo Estrañi, después de un momento de duda,—mi obligación es socorrer á este hombre que me ha querido asesinar cobardemente, llenándome de injustos improperios.

—¿Qué os detiene?

—Nada, Josefina.

Y el doctor aproximóse al conde, que yacía sobre la alfombra como un cadáver.

La dama volvió la cabeza para que Roberto no viese el fulgor de una lágrima que resbalaba lentamente por sus mejillas.

No ocultábasele el inmenso sacrificio que el doctor hacía en aquel instante.

Pero ¿acaso á ella pudiera sorprenderla aquel rasgo de nobleza?

¿No estaba acostumbrada á sufrir y á imponerse sacrificios aun superiores á los que en aquel momento hacía su antiguo amante?

Ella, como nuestros lectores saben, había nacido para ser virtuosa, para labrar la ventura de un hogar, y la desgracia habíala hecho apartarse de aquella hermosa senda, penetrando por el camino más espinoso y terrible.

Era una mártir de sus deberes, una mujer verdaderamente desdichada.

Estrañi pulsó al conde.

Josefina, después de enjugarse los ojos con su pañuelo, examinó las facciones del doctor.

—Hay peligro, ¿no es verdad? No me lo neguéis. Prefiero saberlo, á la horrible incertidumbre que ahora oprime mi corazón.

—No puedo negároslo, señora,—repuso el doctor con seriedad.

—Pero aun habrá alguna esperanza. Emplead cuantos recursos se conozcan. ¡Es el padre de mi hija, de mi pobre Adela!

—El conde está amenazado de una congestión cerebral. Haced que le sangren sin pérdida de tiempo, y llamad á otro médico inmediatamente. Cada minuto que pasa es un peligro inmenso.

—¡Ah! ¿Por qué no le asistís vos?—preguntó Josefina.

—Señora, no me impongáis ese nuevo sacrificio; no me encuentro con suficiente abnegación para salvarle la vida por segunda vez.

—¿Luego vos le salvaríais?

—Tampoco puedo asegurarlo.

—Haced una tentativa, Estrañi. No se me oculta que en un instante de acaloramiento os habrá dicho alguna palabra ofensiva; pero ahora vuestro corazón generoso y bueno debe compadecerse de él.

—No, ni aun ahora le perdono la conducta que con nosotros ha observado.

—Si no por él, hacedlo por mí.

—Señora, me exigís un imposible, un sacrificio superior á mis fuerzas.

—¡Qué alma de hielo!

—Sería una abnegación sublime que, como os he dicho, no tengo. Esto queda para seres privilegiados como vos, que sois un ángel; en mi pecho no se encierra más que un corazón humano, y, por lo tanto, vulgar.

—Eso no es cierto.

—En esta ocasión lo es, Josefina, no os quede la menor duda.

—¿No os conmueven mis lágrimas?

—Más de lo que creéis.

—Mal se conoce.

—No me encuentro capaz de hacer más sacrificios por ese hombre, que es vuestro verdugo.

Y esto dicho, Estrañi dirigióse hacia la puerta.

La dama lo miró.

En sus ojos arrasados de lágrimas se leía una súplica.

Roberto vaciló.

¡Es tan grande el ascendiente que ejercen las mueres, sobre todo cuando se revisten de su debilidad, que es su mayor fuerza!

Pero el doctor acordóse de las ofensas que le había hecho Massi, y sintiendo despertar en su corazón sus justos resentimientos, salió de la estancia.

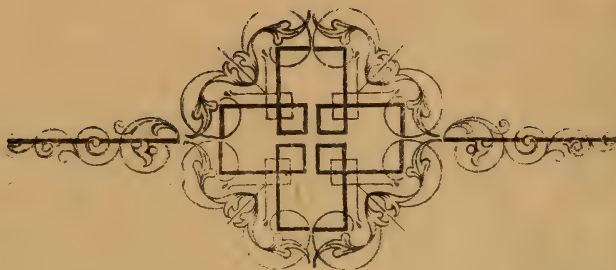
Josefina agitó el cordón de la campanilla.

Al llamamiento acudió un criado.

—¡Pronto,—dijo la dama,—que llamen á un médico!

El doméstico se alejó precipitadamente.

En cuanto á Josefina, cubrióse el rostro con las manos, y las lágrimas rodaron con profusión por sus pálidas mejillas.





CAPITULO LXVIII

Al borde de la tumba.



SERÍA imposible describir las emociones que experimentó la condesa durante el tiempo que el criado invirtió en avisar á un nuevo médico.

—¡Cada minuto que pase es importantísimo por la gravedad en que se halla! —decía fijando una compasiva mirada en su marido, acordándose de las palabras que habíala dicho Roberto Estrañi.

La dama se aproximó de nuevo á su esposo.

El rostro de éste, antes tan pálido, habíase cubierto de un vivo escarlata, señal inequívoca de que toda su sangre había afluído á su cabeza.

Gruesas gotas de sudor inundaban la frente del enfermo.

Josefina llamó de nuevo.

Presentóse una de las doncellas.

—Marieta,—exclamó la condesa,—llama á los criados. Es preciso que me ayuden á conducir al conde á la cama.

—Pero ¿ha recaído de nuevo?

—Corre, no te entretengas.

La doncella obedeció, alejándose de la estancia.

Pocos momentos después Massi era conducido á su lecho.

Adelina, que hallábase en su aposento, advirtiendo la agitación que reinaba en la casa, fué en busca de su madre.

Juzguen nuestros lectores cuán profundo sería su disgusto al saber la recaída de su padre.

—¿Han avisado al doctor?—preguntó la joven con interés.

—Sí, hija de mi alma.

—Entonces poco tardará: ya sabes la eficacia de Estrañi.

—¡Estrañi!—repitió la condesa.—No es Estrañi el que ha de asistirle.

—Pues ¿cómo?

Josefina se abstuvo de dar á la joven ninguna explicación.

—¡Pero ese médico no llega, Dios mío!

—¿Quién ha ido á buscarle?

—Andrés.

—¡Ah! Pues no habrá dejado de cumplir bien lo que le ordenaste: es el doméstico más fiel cumplidor de los encargos que se le hacen.

Llamaron á la puerta de la calle.

Las facciones de Josefina se iluminaron.

Inmediatamente abandonó la estancia del enfermo, recomendando á su hija que no se apartase del lecho de éste.

Andrés era el que llamaba.

Acompañábale un caballero de unos cincuenta años.

Era el doctor.

Éste hizo un saludo á la condesa.

—¿Qué ocurre, señora?—la preguntó.

—Mi esposo está muy grave.

—Según me ha dicho la persona que ha ido en mi busca, hace algún tiempo que goza de poca salud.

—Con efecto, ha estado gravemente herido, y de resultas de esto su razón quedó algo perturbada.

—Veamos al enfermo.

—Pasad, doctor, pasad.

El médico repasó los umbrales del aposento en que se hallaba el conde.

—Persona competente,—añadió Josefina,—afirma que es necesario sangrar á mi esposo.

El galeno estuvo observando á Massi.

Luégo le pulsó.

Verificado el examen, dijo:

—Es muy cierto: está amenazado de una congestión al cerebro. Que traigan inmediatamente una taza, mientras preparo la lanceta.

Y el doctor sacó de su bolsillo un pequeño estuche que encerraba algunos instrumentos de cirugía.

—¿Hace falta alguna otra cosa, doctor?—preguntó Adelina.

—Sí: una venda y una jofaina con agua fría.

—Perfectamente.

Y la joven fué á buscar los objetos que la habían pedido.

—Decidme, — preguntó la condesa, — ¿está muy grave?

—Señora,—respondió el interpelado,—faltaría á mi deber si os dijera lo contrario.

—¡Ah Dios mío!

—No obstante, no hay que perder en absoluto la esperanza. ¡Quién sabe! A veces las dolencias presentan caracteres gravísimos, que se resuelven de una manera satisfactoria.

—¡Ojalá suceda así en esta ocasión!

—Veremos los resultados que la sangría le produce.

—¡Cuánto tarda mi hija!

—No lo creáis: esa joven acaba de abandonar la estancia; sino que medís los momentos por la impaciencia que sentís.

Adelina penetró de nuevo en la habitación, llevando una taza, la venda y la jofaina.

—Ahora, señorita,—dijo el doctor,—dejad esas cosas sobre la mesa, y retiraos.

—¿Por qué?

—Temo que la vista de la sangre os produzca mala impresión.

—Yo quisiera permanecer al lado de mi padre.

—No, Adelina,—añadió la condesa;—el consejo que te da el doctor es muy prudente. Pronto volverás: yo te llamaré.

La joven salió del aposento visiblemente contrariada.

Entonces el galeno desnudó el brazo izquierdo de Massi.

Ató fuertemente la venda á su alrededor.

Tomó después la lanceta.

—Sostened la taza, señora,—dijo á la condesa;—y si la vista de la sangre ha de causaros impresión, que venga uno de los domésticos.

—No: tengo valor sobrado: adelante, doctor.

Entonces el médico clavó la lanceta en una de las venas.

Brotó la sangre.

—¡Bien!—dijo el doctor.—Desconfiaba de este resultado. Creí que era un poco tarde; pero por fortuna mis dudas se han resuelto de una manera satisfactoria.

El médico dejó que la sangre corriese hasta que estuvo llena la taza.

Luégo procedió á vendar el brazo.

Verificada esta operación, estuvo observando el rostro del conde.

Aun continuaba muy arrebatado.

—Es posible,—dijo,—que haya que repetir la sangría.

—¡Por Dios, doctor!—repuso la condesa.—Reflexionad que se hallaba convaleciente y que está muy débil!

—Ya lo comprendo; pero ¡qué queréis! Es preciso atacar el peligro más grave, que es la congestión.

—Está muy malo, ¿no es cierto?

—Mucho, señora.

—Habladme con franqueza: ¿creéis que no pueda resistir este ataque?

—Creo que por el pronto le hemos librado de la muerte; pero...

—Proseguid.

—Pero,—continuó el doctor,—que no es más que por el pronto.

—¡Pobre esposo mío!

El médico dirigióse á la habitación contigua, pidiendo pluma y papel para recetar.

Inmediatamente le fué proporcionado por la condesa.

—Ahora, señora,—dijo el doctor después que hubo escrito unas cuantas líneas,—voy á cumplir con otro deber sagrado, acudiendo á la morada de otro enfermo.

—¡Cómo! ¿Os alejáis?

—Para volver dentro de dos horas. En este corto tiempo no hay peligro.

—No tardéis, doctor.

—Señora, no es preciso que me advirtáis una cosa que constituye mi obligación.

El médico salió de la estancia.

En cuanto á Josefina, penetró de nuevo en el aposento de su marido.

El conde parecía un cadáver.

Llamaron á la puerta de la estancia.

—¿Quién es?—preguntó Josefina con mal humor.

—Soy yo, mamá,—respondióla el dulce acento de la amada de don Juan de Zúñiga.

—¡Ah! ¿Eres tú? Entra, hija mía.

Adelina obedeció, acercándose al lecho del enfermo.

Dirigióle una mirada y luégo puso sus labios sobre la lívida frente de su padre.

—¿Qué dice el médico?--preguntó con una ansiedad grande.

—Que la gravedad es mucha.

—¡Y tanto como se había restablecido! ¿Quién había de esperar este empeoramiento tan rápido?

—Es verdad.

—En fin, ¡quién sabe! Lo único que no debe abandonarnos es la esperanza.

El conde exhaló un suspiro.

Luégo abriéronse sus ojos.

—¿Se ha alejado ese hombre?—preguntó con acento

débil.—No: allí le veo; allí está, insultándome con sus provocativas sonrisas.

—¿Qué dices, padre?—preguntó Adelina.

—Nada,—apresuróse á responder la condesa.—Está delirando.

Y temiendo que Massi revelase algún secreto en presencia de la joven, la indicó la conveniencia de que se retirase de nuevo.

—¿Por qué, madre?—preguntó Adelina.—Yo deseo estar aquí acompañándote.

—No; vete á tu aposento. El doctor ha recomendado mucho que haya aquí pocas personas para que el aire no se enrarezca.

Adelina salió del aposento.

El conde seguía delirando.

—¡Qué cinismo!—exclamaba.—Esa infame mujer me ha puesto en ridículo, refiriéndole todo al doctor; pero me vengaré..., me vengaré, y mi venganza ha de ser terrible.

—Calma tu exaltación,—dijo Josefina con dulzura, aproximándose más al lecho del doliente.

En los labios de éste dibujóse una amarga sonrisa.

—Después de todo,—dijo,—es justo lo que me sucede. Tienen razón al afirmar que soy un miserable. He vendido mi honra. ¡Ah! ¡El marqués de Grimaldi, Tanucci, el hebreo Jacob, todos tuvieron la culpa! ¡Era una situación tan anormal!

—¡Conde, cálmate!

—¡Y Felisa,—continuó Massi,—esa mujer también ha contribuído á mi perdición! ¡Todos, parece que todos se han puesto de acuerdo para conseguir el fin que se proponían!

Inútiles fueron las súplicas de la condesa.

Massi no oía sus palabras.

El delirio fué aumentando.

Disponíase la dama á enviar al doctor un nuevo aviso, cuando éste llegó á la casa.

—¿Qué habéis observado durante mi ausencia?—preguntó.

—No cesa de delirar.

El galeno movió la cabeza con disgusto.

—Ya os lo dije: es necesario sangrarle de nuevo.

Con efecto, el doctor reprodujo la sangría, pero sin conseguir que la cabeza del enfermo se despejase.

—Está herido de muerte,—exclamó. —Sólo un milagro puede salvarle.

Josefina, que oyó estas palabras, guardó el más profundo silencio.

Éste es á veces mucho más elocuente que todas las palabras que pueda proferir el labio.





CAPITULO LXIX

Donde el conde de Massi se encuentra de nuevo convaleciente.



URANTE ocho días, el conde de Massi atravesó por una de esas penosas crisis que producen las enfermedades de verdadera gravedad.

Sin embargo, el médico que le asistía concibió, transcurrido este plazo, alguna esperanza.

—Las mejillas del enfermo están incoloras,—le dijo á la condesa.—Esto demuestra claramente que la sangre que había afluído al cerebro ha vuelto á circular, y no debemos, por lo tanto, desconfiar en absoluto.

—¡Ah doctor!—exclamó Josefina,—¡si Dios quisiese salvarle!...

—La convalecencia ha de ser penosa; pero si entra en ella, ya emplearemos reconstituyentes poderosos. ¿Ha delirado esta noche?

—No: su respiración era tan débil, que á veces tenía miedo creyendo que había dejado de existir.

—Muy bien. ¿Ha dormido?

—Perfectamente.

—¿Se le dieron, por supuesto, las medicinas?

—Con la regularidad que indicasteis.

—Bueno, señora; si esta tarde no se recarga, le daremos algún alimento para que la debilidad no le embargue demasiado.

—¿Vendréis esta tarde?

—Sin falta, á eso de las tres.

El doctor salió de la estancia.

Josefina, después de acercarse al lecho de su marido y convencerse de que dormía, sentóse junto al balcón y empezó á bordar.

De vez en cuando sus ojos fijábanse en Massi.

Éste hizo un movimiento.

Entonces Josefina, abandonando el blanco lienzo en que trabajaba, acudió al lado de su marido.

Éste tenía los ojos abiertos.

Al ver á la condesa reflejóse en sus facciones una expresión huraña.

—¿Te sientes mejor?—preguntó Josefina con extraordinaria dulzura.

—Sí,—respondió Massi con acento brusco.

—El médico acaba de salir.

—¿Qué médico?

—El que ahora te asiste.

—¡Ah, sí! No tengo fe en ninguno.

—Sin embargo, ha estado acertadísimo.

—¡Qué sé yo!

—¿Quién lo duda?

—Si me salva, no se lo agradezco.

—Vamos, ¿por qué dices esas cosas?

—Porque son verdad.

—¿Quieres que llame á Adelina?

—No, no quiero ver absolutamente á nadie.

—¿Ni á nuestra hija?

—Ni aun á ella.

—Como quieras. ¿Deseas dormir?

—Tampoco. Lo que deseo es morirme.

—¡Qué locura! ¿Qué motivos tienes?

—¡Ah!—exclamó el enfermo.—¡Parece imposible que me lo preguntes!

—Cálmate. El médico me ha encargado que no hables mucho.

—Si supiese que esto había de perjudicarme, no cerraba la boca.

—¡Qué niñada!

—Deseo morir, ó restablecerme pronto.

—Más vale lo segundo.

—¡Quién sabe! No me atrevo á decir lo que es mejor.

El enfermo hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¿Qué haces?

—Quiero beber.

—Y ¿por qué no me lo has dicho?

—Porque no quiero ocasionarte ninguna molestia.

—Vamos, tú no estás en tu juicio; de otro modo, no dirías ciertas cosas.

—¿Ha vuelto el doctor Estrañi?

—No.

—¿De veras?

—¿Por qué había de ocultártelo?

—Como lo has hecho en otras ocasiones.

—Nunca; te lo juro.

El conde dirigió á Josefina una mirada de desconfianza.

—Bien comprendo,—dijo después,—que te he hecho sufrir mucho; pero soy tu esposo, y tengo, por lo tanto, la obligación de velar por mi honra.

—Nadie te lo impide, aunque ese celo es innecesario. Nada es tan digno de respeto á los ojos de un hombre, por libertino que sea, como una mujer virtuosa.

—No para todos,—replicó el enfermo.—Estrañi te ama.

—¡Qué locura!

—¿Me negarás que tuvo amores contigo?

—No lo haré, porque faltaría á la verdad. Fué mi novio, mi padre le apreciaba mucho; pero desde que me casé contigo, él no ha vuelto á pensar en mi persona.

—¿Qué sabes tú?

—Desde luégo puedo asegurarlo. Estrañi es inca-

paz de dirigir una palabra amorosa á la mujer que ha contraído indisolubles lazos con otro hombre.

—¿Le defiendes? —preguntó Massi con severidad.

—No, le hago justicia; pero quisiera que se disipasen de tu imaginación esas ideas, con las que me ofendes y te atormentas.

—Es verdad, me atormento, no puedo negártelo.

—Y haces mal.

El conde dudó algunos instantes.

—Parece imposible, —pensó, —que una mujer pueda ser tan falaz y tan engañadora. Si fuese todo una quimera...; pero no, me lo dijo Felisa, y Estrañi ha atentado á mi honra; tal vez ha conseguido mancharla.

Y Massi cerró los ojos, arrugando entre sus crispadas manos la sábana de su lecho.

Poco después su respiración tranquila indicaba á su esposa que había conciliado el sueño.

Ésta fué la vida de aquella mártir durante dos meses.

Al espirar esta fecha, el conde empezó á convalecer.

Durante este penoso período, su carácter agrióse sobremanera.

No dirigía una vez la palabra á su esposa ó á su hija que no fuese para hacerles una injusta reprensión.

Pero todo sufríanlo con paciencia aquellos dos ángeles.

Una mañana, á la hora en que acostumbraba á visitarle el médico, el conde hallábase muy inquieto.

Josefina no quiso preguntarle la causa de aquel desasosiego.

Temía exasperarle.

—Cuando venga el doctor,—dijo el enfermo,—deseo que me dejes á solas con él.

—Como quieras.

—Necesito hablarle.

—Poco debe tardar.

Con efecto, el galeno presentóse en la estancia algunos instantes después.

Josefina le saludó, retirándose luégo á otro aposento.

—Sentaos, doctor,—dijo el conde.—Hace unos cuantos días que deseaba hablaros sin testigos importunos.

—Pues la ocasión no puede ser más propicia. Venga ese pulso, y en seguida hablaremos de lo que gustéis.

El médico puso el índice de la diestra sobre la arteria radial del enfermo.

Luégo dijo:

—Perfectamente. Camináis hacia la salud á pasos agigantados. Esto va muy bien. Ahora lo necesario es una buena y sana alimentación.

—Decidme, amigo mío, y ¿no me convendría sa-

lir de Madrid? Temo este clima tan desigual, y sobre todo ahora que se acercan los fríos.

—¿Adónde pensáis dirigiros?

—A una localidad más cálida; á Andalucía, por ejemplo.

—No hallo inconveniente; pero dejando que pasen unos cuantos días, para que se asegure más vuestra salud.

—Aguardaré.

—Esto aconseja la prudencia.

—¿Cuántos días me concedéis de término?

—Una semana, siempre que no sufráis algún retroceso.

—Perfectamente, doctor. Ahora pasemos á otro asunto.

—Os escucho.

—¿Me permitiréis que salga de casa mañana?

—Es muy pronto.

—¿Y pasados dos días?

—Buena señal es que el enfermo tenga deseos de salir.

—¿Podré para entonces pasear en carruaje?

—Bueno. Será preciso complaceros; pero con la condición de que regreséis antes de las cuatro de la tarde, hora en que empieza á advertirse cierta frialdad.

—Os lo prometo.

—En ese caso, quedáis autorizado.

El médico salió de la estancia.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que los

deseos del conde no eran otros que hacer una nueva visita á Felisa.

—Fuerza es aplacar sus resentimientos, —se dijo,— aunque deben ser mucho mayores que los que antes de mi enfermedad tenía. Hasta ignorará la crisis por que he atravesado. El único medio que existe para aplacarla, es hacerla un obsequio... Entonces, de fijo que terminan todos los enojos.

Massi esperó con verdadera impaciencia que transcurriese el breve plazo que habíale marcado el doctor para poder salir.

Cuando espiró, ordenóle á uno de los criados que dispusiese el carruaje.

Josefina, que se hallaba presente, trató de oponerse; pero el conde la respondió bruscamente que hallábase autorizado por el médico.

—¿Y si te perjudica?

—No temas. Hoy me encuentro muy bien.

Pocos instantes después, el doméstico anunciaba á su señor que el coche estaba preparado.

Massi se puso en pie.

—¡Cuánto siento que salgas! —dijo Josefina.

El conde no respondió, y dirigióse lentamente hacia la puerta.

Trabajo le costó llegar hasta el zaguán.

Cuando penetró en el vehículo sentíase muy débil.

—¡Qué sorpresa va á recibir Felisa cuando me vea! —exclamó.—De fijo habrá pensado que mi retraimiento ha tenido por origen evadirme de darla la can-

tidad que me pidió. Pronto se convencerá de lo contrario.

—¿Adónde vamos, señor?—preguntó el lacayo.

—A una joyería.

El carruaje se puso en movimiento.

Poco después deteníase delante de la puerta de una tienda, en cuyo escaparate brillaban el oro y las piedras preciosas.





CAPITULO LXX

Donde se presenta un nuevo personaje.



L conde de Massi echó pie á tierra, penetrando luégo en la joyería.

El dueño de ésta hallábase detrás del mostrador.

Al ver al conde dirigióle una mirada que equivalía á preguntarle lo que deseaba.

—Necesito una pulsera,—dijo Massi,—que reuna dos condiciones: hermosura y precio.

—El segundo es la base principal para que posea la primera.

—Mostradme alguna.

El comerciante puso sobre el mostrador varios estuches, que fué abriendo pausadamente.

—Hé aquí un brazalete de oro con perlas. ¿Os agrada?

—Es bonito por su sencillez; pero lo que busco ha de aparentar más.

—¿Os gustan las esmeraldas?

—Sobre todo cuando están combinadas con los diamantes.

—Voy á enseñaros una pulsera que os agradará de seguro.

—Veámosla.

El comerciante abrió un estuche.

La alliaja que contenía era verdaderamente regia.

—¿Su precio?

—Mil duros.

—¡Ah! Es demasiado.

—Tened en cuenta el número, el tamaño y la igualdad de las dimensiones de las piedras.

—Sí; pero á pesar de eso, no doy por ella más que ochocientos.

—Es poco, —dijo el comerciante cerrando el estuche.—Si dais ciento cincuenta más, es vuestro.

—Venga, pues: no hemos de discutir por una cantidad que no merece la pena.

—Tened por seguro que el obsequio ha de agradarle á la persona á quien lo destinéis.

El dueño de la joyería envolvió el estuche en un papel, y se le entregó á Massi.

Éste había sacado una tarjeta, en la que se leía su nombre y las señas de su casa.

—Podéis enviar á un dependiente esta misma tarde para que cobre.

—Muy bien, señor conde.

Massi subió de nuevo al carruaje, ordenando al cochero que le condujera á la morada de Felisa.

Un cuarto de hora después deteníase el vehículo ante la puerta de la diva.

El conde echó pie á tierra, aventurándose por la escalera.

Cuando hubo llegado al piso principal, que era el que habitaba la cantante, Massi agitó el cordón de la campanilla.

Una de las doncellas de Felisa acudió al llamamiento.

Como conocía al conde, y no ignoraba la intimidad que existía entre él y su señora, no le impidió el paso.

—Esperad en este gabinete, señor conde,—le dijo.

Massi penetró en la estancia que le indicó la joven.

Hallábase la habitación sencilla, pero elegantemente amueblada.

La sillería era de caoba tallada.

Multitud de cuadros adornaban las paredes, muchos de los cuales habían sido regalados á la cantante por el conde, que sabía su extraordinaria afición á los objetos de arte.

Del techo pendía una araña de bronce y cristal.

Una gran luna de Venecia, encerrada en un marco

dorado, descansaba sobre la repisa de la chimenea de oscuros mármoles.

Sobre ésta veíanse multitud de objetos caprichosos, de esos que constituyen el encanto de las mujeres.

Massi sentóse en un diván.

Allí esperó á su amada.

En cuanto á la doncella de Felisa, apresuróse á anunciar á ésta la visita del conde.

—Señora,—la dijo,—el conde de Massi os espera en el gabinete.

—¡El conde!—exclamó la cantante con alguna sorpresa.

—Sí.

—¿Ha pasado?

—¡Naturalmente!

—No vuelvas á incurrir en semejante falta. No quiero recibir á nadie hasta que yo te lo indique.

—Bien lo sé, señorita; pero creí que en favor del conde podía hacerse una excepción.

—Para nadie.

—Lo tendré en cuenta para otra vez.

Felisa, según su costumbre, dirigió una mirada al espejo, arreglando con sus alabastrinas manos los rizos de su frente.

Luégo salió de la estancia, dirigiéndose al gabinete donde esperábala el conde.

Éste, al oir el rumor que producían sus pasos, se sonrió.

—Debe estar furiosa,—se dijo;—pero yo me encargo de desvanecer todos sus enojos.

Felisa penetró en la estancia.

—¡Ah! ¿Sois vos, conde?—dijo afectando sorpresa. —Mucho me satisface ver que no os habéis muerto.

—Afortunadamente aun vivo, y puedo, por lo tanto, tener la ventura de admirar tus hechizos.

—No habréis deseado mucho esa ventura, cuando han transcurrido algunos meses desde la última vez que vinisteis á esta casa.

—Pero ¿qué es esto, Felisa? ¿Desde cuándo me tratas de una manera tan ceremoniosa?

—Desde que no somos más que dos amigos.

—¿Dos amigos?

—¡Es natural! Dos amigos que se ven de tarde en tarde.

—Vamos, Felisa, no seas niña; siéntate á mi lado, te diré los poderosos motivos que me obligaron, bien en contra de mi deseo, á no venir á tu casa diariamente.

La joven dudó algunos instantes.

Comprendiendo, sin embargo, en la placentera sonrisa que la dirigía su antiguo amante, que éste buscaba una reconciliación que pudiera resultarla tan lucrativa como beneficiosa, decidióse á tomar asiento en el sofá que ocupaba el conde.

—No mereces que me aproxime á ti,—dijo después

que hubo arreglado los pliegues de su crujiente falda de seda, - pero no en balde he vivido muchos años en tu compañía.

—¿Me quieres algo?

—Algo, no; mucho.

Y Felisa apoyó su hermosa cabeza en el hombro de Massi.

Éste buscó sus labios sin que la joven rehusase el beso.

—¡Qué palido estás! – le dijo después.

—Me alegro que lo adviertas, pues de este modo no dudarás que he estado á las puertas de la muèrte.

—¿Otra vez?

Sufrí una espantosa recaída, y no he abandonado el lecho hasta la semana anterior.

—¡Ah conde! ¡cuando vivías á mi lado, tengo la satisfacción de poder decir que disfrutaste de la más completa salud!

—Cierto.

—En cambio, ahora siempre te encuentras enfermo. ¿En qué consiste?

Massi se encogió de hombros.

—¿No lo sabes? Pues yo sí. Ahora estás enfermo porque te falta la tranquilidad; y como vives en un constante desasosiego, estas impresiones se reflejan en tu físico.

—Quizás tienes razón.

—Y ¿qué has tenido?

—He estado muy grave. El médico creyó que me

moría. En fin, no hablemos de cosas desagradables. Pronto me restableceré. Estoy decidido á ausentarme de la corte.

—¿Solo?

—Mientras tú existas y me ames no es posible que piense ir solo á ningún sitio.

—¡Ah! ¿Luego quieres que te acompañe?

—¡Desde luégo!

—Pero ¿y tu esposa? ¿y tu hija?

—Mi esposa y mi hija se quedan en Madrid.

—¿Y adónde piensas que dirijamos nuestros pasos? Creo haberlo adivinado.

—Tal vez.

—A la quinta de los Tilos.

—Está demasiado cerca de Madrid para que me agrade esa residencia.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—A Sevilla.

—¿A Sevilla? Creo que es un país tan delicioso como encantador.

—El más á propósito para tus aficiones artísticas.

La joven rodeó con sus ebúrneos brazos el cuello del conde, estampando en su boca un ardiente beso.

Luégo, fijando en él sus negros ojos, le preguntó:

—¿Qué otra cosa tenías que decirme?

—Es una pequeña sorpresa.

—¡Una sorpresa! Veamos. No aumentes mi ansiedad.

Sonrióse Massi, sacando después de su bolsillo el estuche.

Felisa se le arrebató de las manos.

Luégo rasgó el papel en que se hallaba envuelto, y abrió la cajita de terciopelo.

Al ver la alhaja no pudo reprimir una exclamación de alegría.

—¡Ah!—dijo.—Es precioso. ¡Siempre has tenido un gusto muy delicado!

—¿Te gusta?

—¡Muchísimo!

Y la joven, abriendo el broche de la pulsera, la ajustó á su brazo, blanco como la nieve.

—Ahora, amada mía, voy á hacerte un encargo.

—Cuantos quieras,—respondió la joven con esa solicitud que emplean ciertas mujeres cuando acaban de recibir un obsequio.

—La semana próxima emprenderemos el viaje á Sevilla. Ya he alcanzado el consentimiento del doctor.

—Perfectamente.

—Quiero que para entonces estés dispuesta para la partida.

—Lo estaré. Mañana mismo empiezo á arreglar el equipaje.

El conde se puso en pie.

—¿Te alejas ya?—preguntóle la italiana.

—Sí. El médico me ha recomendado que no me sorprenda en la calle la caída de la tarde.

—En ese caso no te detengo.

—Ahora sentiría recaer, porque esto retrasaba la felicidad de vivir á tu lado.

El conde despidióse de su amada, que le acompañó hasta la puerta.

Apenas quedóse ésta sola, se dirigió á su tocador.

Este aposento comunicaba con el dormitorio.

Felisa se aproximó al lecho, y alzando un poco la cortina que lo cubría, dijo:

—Pietro, ya puedes salir sin cuidado. Era el conde de Massi.

Un hombre apareció en la estancia.

Pietro, como habíale llamado Felisa, era un joven de unos veinticuatro años.

Sus cabellos, negros y rizosos, caían sobre sus hombros.

Su tez era ligeramente morena.

Representaba menos años de los que tenía, porque llevaba afeitado hasta el bigote.

Digamos dos palabras respecto á este nuevo personaje en el capítulo siguiente.





CAPITULO LXXI

Preparativos de viaje.



IETRO era el fruto de unos amores que había sostenido en Italia un célebre tirador de armas llamado Gustavo Iradier, natural de París, con una bailarina nacida en Florencia.

Aquellos amores no se santificaron jamás con la bendición de un sacerdote.

Gustavo Iradier era una verdadera notabilidad en su profesión.

Conoció á la hermosa Jacinta, porque ésta bailaba en el mismo teatro donde el tirador dió repetidos asaltos.

Pietro nació en la patria de su madre, en esa ciudad de jardines y palacios.

Cuando cesaron las relaciones de su padre, Iradier no quiso separarse de su hijo.

Acariciaba el proyecto de que fuese su discípulo más aventajado.

Pero si bien Pietro tuvo gran afición al manejo de las armas, no transcurrió mucho tiempo sin que demostrase sus grandes dotes hacia el canto.

Pietro hallábase dotado de un timbre de voz que halagaba á cuantos le oían.

Su maestro de música, que era milanés, decía con frecuencia:

—Este muchacho, si continúa ejercitándose en el arte, será un tenor de primer orden.

Gustavo Iradier no se opuso.

Él continuó esgrimiendo y su hijo aprendiendo á cantar.

Diez y ocho años tenía Pietro cuando hizo su *debut* en uno de los teatros de Italia.

Como hemos dicho, poseía una gran voz y una interesante figura.

Pietro se hizo en poco tiempo el ídolo de las damas.

Sin embargo, aquella notabilidad artística debiera ser muy efímera.

Pietro bebía con exceso, tuvo mancebas en gran número; en una palabra, llevaba una vida relajada, lo cual no era lo más á propósito para que conservase el tesoro que en la garganta tenía.

A los veintitrés años tuvo la desgracia de perder á su padre.

Entonces el joven decidióse á salir de su país, visitando otras localidades adonde la fama había llevado su nombre.

Pocos días después de formar este propósito recibió una carta de Madrid.

Estaba firmada por el empresario del teatro de los Caños del Peral, que existía en el mismo sitio donde hoy se halla enclavado el teatro Real.

Las proposiciones que le hacían eran sumamente ventajosas.

Pietro no dudó, por lo tanto. Sabía que la tiple que había de actuar en el teatro era Felisa, esto es, una de las artistas de más reconocido mérito de la época á que nos referimos.

Emprendió, por lo tanto, su viaje á la capital de España.

Necesario es decir que todo esto coincidía con la primera enfermedad que sufrió el conde de Massi.

Felisa, que habíase retirado del teatro por resultarla más beneficiosas sus relaciones con el conde, á quien explotaba, hizo tentativas para ver á Massi durante su enfermedad; pero estas tentativas fueron inútiles, pues, como nuestros lectores saben, Josefina no se apartó del lecho de su esposo durante su dolencia.

Entonces la cantante no tuvo más remedio, para continuar la vida fastuosa, que era su elemento, que admitir la contrata que la proponía el empresario de los Caños del Peral.

En este teatro conoció á Pietro, su compatriota,

el tenor cuyo nombre había llegado á ella muchas veces.

Desde el primer día le fué simpático.

En cuanto á Pietro, la encontró hermosa hasta la exageración.

Una noche que ambos cantaban un dúo amoroso, el público los recompensó con justas demostraciones de admiración.

Cuando hicieron *mutis*, Pietro, fijando sus negros y expresivos ojos en Felisa, la dijo:

—¿Qué tiene de extraño que haya conmovido á los espectadores con las frases de amor que acabo de dirigiros, si espontáneamente van de mi alma á mis labios?

Felisa se sonrió, mostrando sus dientes blancos é iguales como las perlas.

—No creáis que lo que acabo de deciros es una broma,—continuó Pietro.—Sois artista como yo, ambos sentimos el arte, y nada tiene de extraño que nuestros corazones experimenten idénticos sentimientos.

El joven ofreció su brazo á Felisa para acompañarla hasta su aposento.

La diva lo aceptó.

Cuando llegaron junto á la puerta de la estancia, Pietro iba á retirarse; pero Felisa le rogó que descansase algunos instantes.

No fué necesario que se lo repitiese.

El tenor y la tiple hallábanse un momento después sentados en el mismo diván.

Desde aquella noche quedaron unidos con el lazo del amor.

Necesario es decir á nuestros lectores que Felisa no ocultóle á Pietro los compromisos que uníanla al conde de Massi; pero esto, que hubiera constituído un imposible para cualquier hombre de dignidad, fué mirado por el tenor con indiferencia.

—El conde de Massi,—dijo,—¿es rico?

—Opulento.

—No seré yo quien me oponga, en ese caso, á que continúes tus relaciones. Explótale cuanto puedas, y ámame á mí con el fuego que te amo.

Pietro era un caballero en toda la extensión de la palabra; un filósofo de bastidores.

Hechas estas aclaraciones, y conocido á Pietro, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

Pietro, apenas salió del sitio en que se hallaba oculto, dejóse caer sobre el diván de terciopelo que había en el tocador de la italiana.

—¿Qué deseaba el conde?—preguntó.

—Las interpretaciones que habíamos hecho respecto á su alejamiento de esta casa no podían ser más equivocadas.

—Explícate,—dijo el joven, cruzando una pierna sobre la otra y recostándose en el diván.

—El conde ha sufrido una recaída.

-Pero ¿se encuentra ya restablecido?

—Completamente.

—¿De modo que ahora te hará frecuentes visitas?

—Me ha propuesto un viaje.

—¿A Italia?

—No, á Sevilla.

—¡Hermoso país, según dicen, y que tengo muchos deseos de visitar!

—Pues ahora va á lograrse tu deseo.

—¿Según eso, has aceptado el acompañarle?

—Pietro, ya comprenderás que no será por el interés que ese hombre me inspire; pero puede ser esto la base de nuestra felicidad. Se divorcia de su esposa, y creo inútil decirte que en el corto período de un año me habré hecho dueña de sus pingües riquezas.

—¡Lindo plan si lo cumples!

—¡No he de cumplirlo!

—Entonces abandonas á ese hombre y partimos á nuestro país, donde podemos darnos la gran vida.

—Ése es mi propósito.

—Bien, Felisa; lo único que ha de contrariarme es que durante ese año podré verte poco.

—No lo creas. Yo prepararé ocasiones para que no se pase ni un día sin vernos.

—Acepto bajo esa condición.

—Que sabré cumplirte.

Mientras los dos amantes sostenían este diálogo,

el conde regresaba á su casa, bien lejos de suponer la infidelidad de Felisa.

Este miserable, que habíase unido con una mujer angelical, á la que despreciaba, sentíase dominado por una cantante que sólo pensaba en labrar su ruina.

¡Cuántos ejemplos análogos existen en la sociedad por desgracia!

Massi llegó á su suntuosa morada.

Inmediatamente dirigióse á su aposento.

Sentíase un poco fatigado.

El conde llamó, acudiendo pocos instantes después el criado que hemos visto en distintas ocasiones.

Éste llamábase Andrés, como ya saben nuestros lectores, y estaba al servicio de Massi desde que se instaló el conde en España.

—Celebro que hayas venido tú,—dijo Massi,—pues deseaba hablarte.

—¿Qué deseáis, señor?

—Pienso hacer un viaje á Sevilla, é ignoro el tiempo que permaneceré en aquella ciudad. Es posible que fije en ella mi residencia de un modo definitivo. Entre toda la servidumbre de esta casa no hay más que un individuo que me inspire verdadera confianza, y éste eres tú.

—Gracias, señor conde. Ya sabéis que he procurado siempre serviros con lealtad.

—Lo sé; y por eso quiero que me acompañes. Mañana mismo empezarás á disponer mi equipaje.

—Muy bien.

—Debo advertirte que partiremos solos. La señora y mi hija se quedan en la corte.

Andrés salió del aposento.

Al siguiente día empezó á cumplir el encargo de su señor.

Sorprendióse Josefina al ver aquellos preparativos de viaje.

—Es posible,—dijo Adela,—que papá quiera concluir de restablecerse en la quinta de los Tilos.

—Me parece que no,—respondió Josefina.—Para un viaje tan corto no se hacen los preparativos que le ha recomendado á Andrés.

—¿Adónde vamos entonces, mamá?

—Lo ignoro.

Como nuestros lectores ven, la esposa y la hija de Massi creían que en el ánimo del conde estaba partir con ellas.

¡Cuán lejos se hallaban de suponer cuáles eran los proyectos del conde!

Sin embargo, Josefina no quiso hacer á su esposo la más pequeña pregunta respecto al asunto.

Veía que éste guardaba la mayor reserva.

—Ya me comunicará su proyecto,—pensó.

Pero su sorpresa no tuvo límites cuando Andrés la dijo incidentalmente que tenía que darse mucha prisa en terminar el equipaje.

—No comprendo,—dijo la condesa.

—El señor parte mañana.

—¿Mañana?

—Sí, señora. Ésa es la orden que he recibido, y yo le acompañaré.

Josefina guardó silencio.

No quiso demostrar su disgusto en presencia del criado.

Salió de la estancia, decidida á tener una entrevista con su marido, en la que le explicase los motivos de aquella repentina resolución.

El conde no estaba en la casa.

Había ido á la de Felisa.

Era, por lo tanto, necesario aguardar su regreso.

—¿Habrá pensado partir solo?—se preguntó, enjugándose una lágrima.—¿Llegará su ingratitud hasta el punto de olvidar los desvelos con que le he tratado durante su enfermedad? No, no es posible que nos abandone así. Tenemos una hija, y éste es un lazo que une mucho á un matrimonio.

Josefina oyó el rumor que producía un carruaje al penetrar en el zaguán.

Inmediatamente enjugóse las lágrimas.

El que acababa de llegar era su marido.

El conde penetraba en el aposento en que hallábase Josefina algunos instantes después.





CAPITULO LXXII

Volver por favor agravio.



ASSI sorprendióse de ver á Josefina en su estancia, pues rarísimas veces había repasado sus umbrales, en particular cuando el conde se hallaba ausente.

Los ojos de la dama fijáronse con alguna timidez en los de su marido.

El conde permaneció impasible, sin saludar siquiera á Josefina.

Considerando ésta que había llegado el momento de pedir á Massi una explicación, se aproximó á él; y poniendo una de sus manos en el hombro de su marido, le dijo con la dulzura que la era característica:

—Voy á hacerte una súplica.

—Habla, pues; pero te encargo la brevedad, pues tengo mucho que hacer.

—¿A tal punto llegan tus quehaceres y tan perentorios son, que no puedes oir dos palabras de tu esposa?

—Sí; ya te he dicho que sí; pero como mañana salgo de la corte, me faltan por arreglar muchas cosas.

—Precisamente de ese viaje es del que deseo hablarte.

—Pues empieza.

—Estos días anteriores he visto que Andrés ocupábase de arreglar tu equipaje.

—¡Es natural! Cumplía la orden que le di.

—Nada más justo; pero tanto nuestra hija como yo estábamos sorprendidas de que no nos dijeses una palabra, para que también nos dispusiésemos á partir. Nuestro asombro ha aumentado al saber por Andrés que el viaje debe verificarse mañana.

—Mañana mismo; es cierto.

—¿Luego tu propósito es ir solo?

—Completamente.

—Lo encuentro una locura. Aun estás delicado. Supón que sufres una recaída.

—No es fácil. Me encuentro muy restablecido.

—Sin embargo, teniendo, como tienes, una esposa y una hija, cuya única misión es cuidarte, paréceme desacertado que nos dejes aquí.

—Ya lo he resuelto, y no cambio de opinión.

—Y ¿adónde vas?

—Cerca.

—¿A la quinta de los Tilos?

—No; eso es ya demasiado cerca; un poco más lejos.

—¿De modo que ni siquiera puedo saber adónde te diriges?

—A un clima más templado. ¿Para qué te hace falta saber más?

—No esperaba esa respuesta,—exclamó tristemente Josefina.—¿No ha de hacerme falta saber cuál será el paradero de mi marido?

—Mira, estando yo ausente, me evito muchos disgustos, y tú también.

—¡Yo!

—¡Quién lo duda!

—No te comprendo, y desearía que me explicases esas palabras.

—Yo estaré tranquilo, y en cuanto á ti, gozarás de más libertad.

—¡Mayor libertad! —repitió Josefina.—Y una mujer que tiene sagrados deberes que cumplir, ¿para qué quiere esa libertad?

—Poco importa que haya deberes si no se cumplen.

Al oir esta respuesta, la dama dirigió al conde una mirada.

—Eso no puedes decirlo con razón por mí,—objetó después de un instante.

—¡Qué quieres! ¡En mi corazón ha entrado la des-

confianza! Tú me afirmas que no estoy en lo cierto, y yo creo lo contrario. El medio de que no se haga imposible nuestra vida es separándonos.

—¿Para siempre?

—Es claro.

—¡Ah! ¿Luego tu proyecto no es pasar una temporada fuera de Madrid para que tu salud se restablezca?

—No. Mi propósito es que no volvamos á vernos.

—Comprendo que no debo rogarte, pues ningún motivo tienes para tomar esa injusta y ofensiva resolución. Mi conciencia se halla tranquila; creo haber cumplido siempre mi deber, pero tenemos una hija á la que adoro.

—Por lo mismo que lo sé la dejo á tu lado.

—Pero prescindes de ella.

—¡Qué quieres! Con alguno de los dos había de quedarse, y he preferido que sea contigo.

—Y ¿qué dirá la pobre Adela?

—No tiene necesidad de enterarse de lo que sucede.

—Si fuera una niña, sería muy fácil hacerle semejante ocultación; pero siendo una mujer, ¿imaginas que no ha de extrañarle tu alejamiento?

—Creo que no.

—¡Con cuánta ingratitud me pagas los solícitos cuidados que he tenido durante tu enfermedad!

—¿Me lo echas en cara?

—No, porque soy incapaz de semejante cosa; es que me entristece y me desespera.

—¡Más triste y más desesperado estoy yo!

—Pero tú no tienes motivo.

—Eso es muy discutible.

—Dime, ¿qué razón hay para que me abandones de la manera que vas á hacerlo?

—Josefina, no quiero hablar de ello.

—Porque esos motivos no existen, y no puedes, por lo tanto, decirlos.

—Ya que te empeñas, lo haré.

—No deseo otra cosa.

—Me consta positivamente que no me amas.

—¿Tienes alguna prueba de ello?

—Muchas, Josefina, muchas.

—Pues yo me doy por satisfecha con que me digas una.

—El doctor Estrañi...

Al oir este nombre, las mejillas de la dama palidecieron.

Luégo, interrumpiendo á su esposo:

—Te suplico,—le dijo,—que no insistas en semejante absurdo: con él me ofendes aún más que con tu indiferencia.

—¿Te ofendo, ó es que te hace daño el recuerdo de ese hombre?

—Calla; no hablemos una palabra más. Es demasiado lo que conmigo estás haciendo, y no hay paciencia capaz de resistirlo. ¿Quieres que nos separemos? Pues bien, yo acato tu voluntad. Ya que tan injustamente nos abandonas, procuraremos resignarnos.

—Debo advertirte, Josefina, que nuestra separación será un secreto para el mundo.

—No lo creo fácil.

—Pues lo es. Precisamente cuando ocurren los hechos es cuando la sociedad los comenta; luégo los olvida por completo. Nuestra separación quedará ahora justificada. Yo he pasado una enfermedad grave, he estado al borde de la tumba: ¿qué tiene, pues, de extraño que pase una temporada fuera de Madrid para restablecerme?

—Pero ¿y luégo?

—Luégo, Josefina, el mundo no se ocupará de nosotros, como antes te he dicho. La sociedad es novelera, comenta las cosas unos cuantos días, y después..., después no se ocupa de lo que tanto alimentó su murmuración.

—¿Luego abandonas esta casa para siempre?

—No; algunas temporadas las pasaré aquí, y entonces tú y Adelina iréis á nuestra quinta.

—Como quieras.

Josefina no rogó más.

Su dignidad no se lo permitió.

Doloroso era el mal pago que la daba aquel hombre; pero era preciso conformarse con su triste destino.

¡Estaba tan acostumbrada á sufrir!

¡Pobre mártir, que á cambio de sus virtudes y de su noble abnegación no había visto nunca la faz risueña de la ventura!

Josefina abandonó la estancia, dirigiéndose á la de su hija.

Dió un estrecho abrazo á la joven, y no pudo reprimir el llanto.

Adela, sorprendida con sus lágrimas, conmovióse también, y preguntó:

—¿Qué sucede, madre de mi alma? ¿Qué nueva desgracia nos aflige?

—Ninguna, hija mía.

—No, eso no es posible; tú lloras. ¿No tienes ya confianza en mí?

—¡No he de tenerla!

—Entonces no me niegues lo que pasa; dímelo por Dios.

¡Ni aun el consuelo de comunicar sus penas quedábale á Josefina!

¿Cómo había de decirle á su hija que su padre acababa de manifestarle el horrible abandono en que iba á dejarlas?

No, ¡hay cosas en el mundo que no pueden decirse, que es necesario devorarlas á solas, que ni siquiera admiten el lenitivo de compartirlas con los demás!

Adelina, viendo el profundo silencio que guardaba su madre, y no pudiendo dominar su impaciencia, dirigióse al aposento de su padre.

Éste ocupábase en arreglar algunos papeles que debía llevar á Sevilla.

Al ver entrar á la joven suspendió su tarea.

—Papá,—dijo Adelina,—mamá está llorando.

—No comprendo el motivo.

—¿Habéis tenido algún nuevo disgusto?

—No, hija; nunca hemos estado más de acuerdo que en esta ocasión. Sin duda la produce tristeza el corto viaje que voy á hacer.

—Pero ¿nosotros te acompañaremos?

—No. Os quedáis aquí. Mi expedición será breve.

—Y ¿adónde vas?

—Probablemente á Andalucía.

—¡A Andalucía! ¡Ah! ¡Cuántos deseos tengo de conocer ese hermoso país! ¿Por qué no quieres que vayamos contigo?

—Porque mi viaje será breve.

La joven guardó silencio.

Sabía, como su madre, que sus ruegos habían de ser completamente inútiles.

Aquella tarde Massi sentíase muy excitado de los nervios.

A las cuatro presentóse el doctor á hacerle su cotidiana visita.

Desde luégo comprendió el galeno que había algo de retroceso en la quebrantada salud del conde.

—Es necesario, doctor,—dijo éste,—que me presentéis la cuenta para abonar vuestros servicios.

—¿Qué prisa hay?

—¡No ha de haberla! ¿No recordáis que mañana debo emprender mi viaje?

—¡Mañana!

—Eso me prometisteis.

—Con efecto, os lo prometí siempre que estuvieseis en disposición de abandonar la corte. A ver ese pulso.

Massi alargó su mano al físico.

Éste pulsóle.

Durante un minuto, ambos guardaron el más profundo silencio.

—Estáis muy nervioso,—dijo el doctor.—No me parece prudente que mañana realicéis vuestro deseo.

—Todo está preparado.

—La conveniencia aconseja que esperéis unos cuantos días más.

—¡Ah doctor, si vieseis lo que esto me contraría!...

—¿No sería muchísimo peor que por precipitar el viaje tengáis que arrepentiros?

—Desde luégo.

—Sólo se trata de unos días más.

—Bien; haré lo que me decís.

El conde, apenas quedóse solo, escribió á Felisa manifestándole lo que el médico le había dicho.

La carta terminaba así:

«Conozco tu carácter, sé que eres tan vehemente »como yo, y que este retraso, aunque breve, ha de »servirte de contrariedad. ¿Quieres, á fin de evitarlo, »salir mañana para Sevilla, como habíamos concerta»do? Allí buscas una casa, la mejor que encuentres; »no te importe precio, el caso es que sea de tu gusto; »también adquieres muebles para ella. No quiero que »ninguna sevillana, por hermosa y aristocrática que »sea, viva en mejores condiciones que tú. En cuanto

»á servidumbre, yo llevaré á Andrés en mi compañía, »tú eliges las doncellas que necesites: no te pongo li»mitación. Transcurridos unos días, iré á buscarte. »¡Ah! ¡cuánto anhelo que llegue ese instante di»choso!...»

Con estas palabras cerraba el conde su carta.

Luégo, abriendo el armarito de ébano, sacó un abultado bolsillo.

Contenía éste una respetable suma.

Massi agitó el cordón de la campanilla.

Al llamamiento acudió Andrés.

—¡Siempre oportuno en presentarte! —dijo el conde con satisfacción.—Precisamente á ti era á quien necesitaba.

—¿Qué desea el señor conde?

—Acércate, no nos oigan.

—No tengáis cuidado. La señora se halla en el aposento de la señorita.

—Es necesario que lleves esta carta á su destino, y este bolsillo.

—Muy bien. ¿Mandáis algo más?

—Nada, Andrés. Si te entregan contestación, tráemela en seguida.

—Al instante.

Y el criado salió de la estancia.

En cuanto al conde, prosiguió el arreglo de sus papeles, operación que había interrumpido por la presencia de su hija.





CAPITULO LXXIII

A orillas del Guadalquivir.



ntre tanto Felisa, que hallábase sumamente satisfecha con el porvenir que se la presentaba, habíale dicho á Pietro:

—Es necesario que no permanezcas hoy en casa; el conde puede presentarse de un momento á otro, y por conveniencia de ambos es preciso que nos contrariemos con una breve separación.

—Pero ¿piensas que me quede en la corte?

—¡Qué he de pensarlo!

—Entonces, ¿qué proyectos tienes?

—Que partas á Sevilla al siguiente día de emprender mi viaje. De este modo llegarás á esa ciudad casi al mismo tiempo que yo.

—¿Y nos veremos siempre que el conde salga de casa?

—Y aun estando en ella.

—¿De veras?

—Nada más fácil. Como comprendes, ese hombre, de cuya galantería no he podido quejarme nunca, me deja la elección de la casa en que vamos á residir.

—Muy bien.

—Con pretexto de que me gustan mucho las flores, la casa estará rodeada de un hermoso y vasto jardín. Ya ves si en éste podemos vernos siempre que nos plazca, en particular por las noches, que el conde estará en casa, y á quien he de prohibir que tome el relente, tan perjudicial á su delicada salud.

—Es cierto.

—No nos faltarán ocasiones.

—En cuanto á mí,—dijo Pietro,—me instalaré en una de las casas vecinas á la que ocupes, y de este modo podrás avisarme con facilidad siempre que estés sola.

—Sí, Pietro; ya verás qué felices seremos.

La presencia de una de las doncellas de Felisa interrumpió el diálogo.

—Señora,—dijo,—un criado del señor conde desea hablaros.

En las facciones de Felisa se retrató la contrariedad.

—Vamos,—dijo,—es posible que alegue una nueva recaída, en cuyo caso todos nuestros proyectos fracasan. ¡Qué fastidio!

—Si es así,—dijo Pietro,—no debes confiar en ese hombre, y abandonarle.

—Desde luégo.

Y Felisa, visiblemente contrariada, se puso en pie, dirigiéndose hacia á la antesala, donde esperaba Andrés.

—¿Qué ocurre?—preguntóle á éste.

—Señora,—respondió el interpelado,—el conde me envía con esta carta y este bolsillo.

Instintivamente Felisa tomó primero el bolsillo.

Luégo rasgó el sobre, leyendo la carta.

Habíase equivocado.

Lo que Massi la decía era satisfactorio, como nuestros lectores saben.

—Dile á tu señor que está muy bien, y que no le escribo por razones que comprenderá. Una carta mía pudiera originarle algún disgusto, y esto es preciso evitarlo.

—Con efecto, el señor está delicado.

Felisa dirigió una afectuosa sonrisa á Andrés.

Sabía que era el criado de confianza del conde, y conveníala, por lo tanto, hacerse simpática á sus ojos.

Luégo dirigióse á la estancia en que esperaba Pietro.

Este la interrogó con una mirada.

—Nos hemos equivocado,—dijo Felisa.—En vez de alegar un nuevo pretexto, nos proporciona unos días de ventura.

—¿Por qué?

—El médico que asiste al conde le ha prohibido que salga de Madrid en unos cuantos días, y me autoriza para que esta misma noche emprenda el viaje.

—¿Y te envía recursos para ello?

—Me los enviará,—dijo Felisa, que, profunda conocedora del carácter de Pietro, no quiso exponerse á que disminuyese la cantidad que habíala enviado el conde.

Como nuestros lectores ven, esta mujer no tenía más Dios que el dinero, ni rendía culto más que al interés, aun con aquellos amantes que eran de su agrado.

Luégo, fijando sus ojos en el joven, le dijo:

—Pietro, es necesario que ahora mismo te dispongas para partir esta tarde.

El joven se puso en pie.

—Hasta luégo, Felisa,—dijo.

—Adiós, Pietro.

Pietro salió de la estancia.

Cuando su amada oyó el golpe que produjo la puerta que conducía á la escalera, sacó el bolsillo que habíale remitido Massi, y lo vació en su crujiente falda de seda.

—¡Ah!—dijo la diva,—¡todo es oro!

Y empezó á contar las monedas, colocándolas sobre una mesa en pequeños montones.

Una sonrisa vagaba en sus labios.

Si entonces hubiérala podido contemplar el conde, la hubiese despreciado.

Aun el tipo del avaro es comprensible bajo un punto de vista.

Por lo general, se le representa viejo; esto es, un hombre desengañado y casi con derecho á saber el inmenso valor de las cosas positivas, contando y recontando su tesoro, en el que cifra toda su ventura.

Pero Felisa era hermosa, era joven, debía tener ese desprendimiento de la juventud, que no da gran valor al oro, que casi lo desprecia.

Y, sin embargo, ¡cuántas desgraciadas como ella no cifran su felicidad más que en unas cuantas monedas, menos frías y menos duras que sus mezquinos corazones!...

Aman el oro, con la diferencia que el avaro goza guardándolo, y esas mujeres en derrocharlo á costa de los sacrificios ímprobos que imponen á los infelices que caen en sus intrincadas redes.

Felisa quedó satisfecha de la cantidad que habíala enviado el conde.

Era feliz.

Habíanla salido bien las cuentas, como vulgarmente se dice.

Volvió á guardar el dinero en el bolsillo, y pensó:

—Le diré á Pietro que no me ha enviado más que una pequeña suma, para que no tenga exigencias.

Y esto dicho, llamó á una de sus criadas.

—Es necesario,—la dijo tan pronto como presentóse,—que busques un carruaje para esta tarde. Tú me acompañarás en mi viaje.

—Con mucho gusto, señorita. Estaba temerosa de que me dijeseis lo contrario.

Eran las tres de la tarde, cuando Pietro presentóse de nuevo en la vivienda de Felisa.

Ésta hallábase ya vestida de viaje.

Los dos jóvenes abandonaron la casa unidos del brazo.

Junto al zaguán esperaba un coche de camino, tirado por cuatro briosas mulas.

Felisa subió al vehículo.

Pietro sentóse á su lado.

Acompañábalos también la doncella.

El coche se puso en movimiento.

Poco después salía de Madrid, deslizándose por el camino de Andalucía en medio de una nube de polvo que levantaban las mulas con sus batientes cascos.

Suprimamos la relación del viaje.

Algunos días después, los dos amantes, asomados en una de las ventanillas del coche, descubrieron la

hermosa perspectiva que presenta la reina del Guadalquivir.

Es verdaderamente encantadora.

Sus blancas casas, de una limpieza extraordinaria, parecen una inmensa bandada de palomas que han posado su vuelo.

El río se desliza como una sierpe de plata, reflejando en sus claras linfas las frondosas arboledas de sus fértiles riberas.

Sevilla es una ciudad privilegiada.

Sus casas, su río, el carácter alegre de sus moradores, todo forma un conjunto agradable y embelesador.

Cuando llegaron, el carruaje se detuvo.

Los dos amantes y la criada penetraron en una hostería, donde deberían dejar el equipaje y pernoctar hasta que hallasen una casa de su gusto.

Los medios para lograr esto habían de ponerse en seguida.

Felisa no era mujer que esperaba cuando quería realizar un capricho.

Hay cierta clase de mujeres que toda la falta de vehemencia que tienen para los amantes, les sobra para la realización de sus deseos.

Colocáronse los baúles en una de las habitaciones de la hostería, y Felisa, terminada esta operación, le dijo á Pietro:

—Acompáñame.

—Adivino tu intención: querrás que demos un pa-

seo por la ciudad, y que entremos en alguna casa de comidas á saborear los deliciosos vinos de la localidad.

—Lo primero que deseo es buscar casa.

—Tiempo hay mañana.

—No, ha de ser ahora.

—Como quieras.

Y los dos amantes aventuráronse por las alegres calles de la ciudad.

No tenían que buscar persona que los orientase, pues les acompañaba la doncella de Felisa, que era hija de la patria del inmortal Bartolomé Murillo.

Enterada ésta del objeto de sus señores, les dijo:

—¡Ah! Yo os llevaría á una casa de los alrededores, que es preciosa, pero ignoro si estará desalquilada.

—Vamos á verlo.

—Como queráis.

Media hora después, la doncella deteníase junto á una soberbia morada.

Hallábase en las orillas del Guadalquivir.

Desde su terraza oíanse los dulces murmullos del agua.

La casa tenía por un lado un espacioso jardín.

Las condiciones no podían ser, por lo tanto, más á propósito para los proyectos de Pietro y Felisa.

Al siguiente día, la joven hizo el contrato de arrendamiento con el propietario, que era uno de los nobles de Sevilla.

Sólo faltaba proceder á la compra de muebles, tarea pesada cuando trata de verificarla una mujer caprichosa.

Felisa tenía buen gusto.

El mobiliario que adquiriese había de agradar por completo al conde.

Para estas cosas hay que conceder á las mujeres gran superioridad sobre el sexo fuerte.

El salón fué amueblado de una manera suntuosa.

El tocador era ideal.

El dormitorio parecía un templo elevado por una bacante á la voluptuosidad.

En una palabra, la casa fué alhajada con gusto y con elegancia, cosas que no siempre van unidas.

Todo esto resolvióse en el corto transcurso de dos horas.

Una mujer vehemente para la realización de sus caprichos, y que posee oro, no debía emplear más tiempo.

Cuando llegó la noche, Felisa obsequióle á Pietro con una espléndida cena.

Estaba radiante de felicidad.

Había conseguido hacerse dueña de Massi, á quien no amaba, pero quien había de proporcionarle pingües sumas á cambio de mentidas palabras y de engañadores besos.





CAPITULO LXXIV

Uno para el gusto y otro para el gasto.



RANSCURRIERON algunos días.

La amante pareja, comprendiendo que de un momento á otro presentaríase el conde de Massi, pensó en precaverse contra este peligro.

—Como comprendes,—decía Pietro,—no es que ese hombre me inspire temor, pues tengo sobre él la inmensa superioridad de la juventud y la de manejar mi espada como pocos. Esto segundo se lo debo á mi padre, que era maestro de esgrima, como te he dicho varias veces.

—Lo necesario, Pietro, es que no tengas necesidad de demostrar al conde esas dos superioridades.

—Desde luégo.

—Por lo tanto, es preciso que mañana mismo te instales en la casa de enfrente, para lo que te daré una cantidad.

—Como quieras.

Y Pietro dirigióle una sonrisa á su amada.

Con efecto, al siguiente día, el joven fué á ver al propietario de una pequeña casa situada enfrente de a quinta donde vivía Felisa.

Pietro, hecho el contrato, adquirió algunos muebles, los más indispensables, pues su amada no había sido muy pródiga en la cantidad que le entregó.

Cuando todo estuvo dispuesto, Pietro instalóse en su nueva habitación.

Tiempo era de que así lo verificase.

Hallábanse los amantes una mañana en el tocador de Felisa, cuando abrióse súbitamente la puerta de la estancia.

Los dos jóvenes se estremecieron.

La que tan bruscamente entraba en el aposento era la doncella de Felisa.

—Señora,—la dijo,—un carruaje acaba de detenerse junto á la puerta de hierro del jardín: en él debe venir el conde.

—Sí, no cabe duda; es pre iso que Pietro se oculte, y cuando el conde entre, yo lo entretendré para que pueda salir sin que le vea.

Con efecto, Pietro abandonó la estancia.

Entonces Felisa, cuyas facciones no se habían in-

mutado á pesar de la noticia que acababa de recibir, aventuróse por un pasillo y cruzó luégo el zaguán, llegando á la puerta de éste en el momento en que el conde, seguido de su criado Andrés, se aproximaba al umbral.

Felisa, afectando una alegría que se hallaba muy lejos de experimentar, tendió sus brazos al cuello de Massi.

Éste la abrazó con efusión.

—¡Amada mía,—dijo,—ya me tienes aquí! Como comprenderás, no he salido antes de la corte, porque el médico me lo prohibió terminantemente.

—¿Cómo te encuentras de salud?

—Bien, muy bien: lo único que hacíame padecer era el no estar á tu lado; pero ahora hasta esa contrariedad desaparece.

—Es verdad, Massi. Sígueme, descansarás en mi tocador, y luégo te enseñaré la casa, que seguramente ha de gustarte.

—Desde luégo: siendo de tu agrado, lo es también del mío. Lo que descubro desde aquí me place mucho.

Felisa aventuróse de nuevo por el pasillo seguida del conde.

En cuanto á Andrés, acompañado de la doncella de la cantante, se dirigió á otra estancia para dejar una bolsa de viaje que llevaba.

Pietro no encontró, por lo tanto, la más pequeña dificultad para salir de la casa.

Habíase ocultado tras una de las cortinas de un

gabinete contiguo al tocador de Felisa, y apenas oyó el rumor de los pasos del conde y de su amada, se dirigió al zaguán, cruzó luégo la calle de árboles que conducía á la puerta del jardín, y saliendo por ella, penetró en su casa.

En cuanto al conde, al llegar al tocador, dirigió una mirada para apreciar el conjunto.

—Muy bien, - dijo.—Hé aquí la estancia de una niña coqueta. No puede negarse que está adornada con muchísimo gusto.

—Siéntate, pues.

—Y tú á mi lado.

—Desde luégo. A tu lado, como desearía que estuviésemos siempre.

—¿De veras, Felisa?

—¿Lo dudas?

Y la diva, al hacer esta pregunta, reclinó su hermosa cabeza sobre uno de los hombros de Massi.

Durante algunos días la existencia del conde resbaló como las apacibles aguas de un riachuelo.

Se consideraba completamente feliz.

Parecía imposible que aquel hombre, que ya había pasado de la edad de los ensueños y de las ilusiones, se dejase subyugar por las caricias de aquella cortesana, olvidando que en Madrid había dejado el santo cariño de una hija y el dulce afecto de una esposa.

¡Ah qué horrible atracción tienen algunas mujeres!

Son como el abismo, cuyas profundas entrañas de granito producen á los ojos un vértigo inexplicable.

Y es que hay hombres cuyas acentuadas pasiones les obligan á despreciar la hermosa quietud de la familia, buscando emociones que, tarde ó temprano, arrancan lágrimas á los ojos, más candentes que el plomo derretido, más abrasadoras que la lava.

El conde de Massi era uno de ellos.

Habíase unido á una señora que era el símbolo de la virtud y de la prudencia; su fatal organización no era feliz con esa esclava de sus deberes; en cambio, una mujer altiva, miserable y digna de desprecio halagaba su pasión, hablaba á sus sentidos y hacíale completamente dichoso.

Son extravíos del corazón humano, pero que se encuentran con demasiada frecuencia en la sociedad.

Pietro no tardó en sentirse dominado por el más profundo disgusto.

Desde la llegada del conde apenas veía á su amada.

Ésta tampoco hacía grandes sacrificios financieros en obsequio de su amante.

El joven pensó hablarla seriamente.

Había creído al ir á Sevilla encontrar una mina inagotable, pero convencíase por momentos de cuán equivocado estaba.

El conde apenas salía de casa.

Unicamente podía Pietro ver á Felisa en las pri-

meras horas de la noche, pues Massi, que aun estaba delicado, acostábase cuando el sol enviaba á la tierra sus últimos reflejos.

Una noche que el joven aguardaba asomado en la ventana de su habitación que Felisa le avisase, se dijo:

—Esto es insostenible. Es necesario tomar una resolución. Cierto que no paso privaciones, pero tampoco puedo adquirir nada superfluo, pues Felisa no se desprende más que de pequeñas cantidades. Si es verdad que me ama, procuraré inclinar su ánimo á que abandone á ese hombre después de haberse hecho dueña de su fortuna.

Así pensaba Pietro, cuando vió que abríase una de las vidrieras de la morada de Massi.

Felisa se asomó al balcón, y después de sonreirse hizo una seña al joven, indicándole que podía pasar cuando quisiese.

Pietro obedeció.

Nunca, tanto como entonces, deseaba sostener un largo diálogo con su amada.

La noche estaba apacible.

Pietro abrió la puerta del jardín, que sólo estaba encajada en el cerco, dirigiéndose después hacia un lindo cenador formado con cañas y floridas enredaderas.

Éste era el sitio donde generalmente sostenía con Felisa sus amantes coloquios.

La joven ya estaba en el cenador, sentada en un

banco rústicamente formado con troncos y ramas de árboles.

En el centro había un pequeño velador, sobre el que veíase un globo de cristal, en cuyo interior nadaban tres pececillos de brillantes colores.

Los dos amantes cambiaron un beso.

Luégo Pietro sentóse junto á Felisa.

—¿Duerme el conde?—preguntó el primero.

—Sí; podemos permanecer tranquilos un par de horas, tanto más, cuanto que mi doncella ha quedado en avisarme si ocurriese algo.

—¡Qué vida tan insoportable!—exclamó Pietro exhalando un suspiro.

Al oir esta exclamación, Felisa fijó en el joven una mirada de extrañeza.

—¿Insoportable?—repitió.—¿Por qué te lo parece?

—No me extraña tu pregunta. Cuando una persona es feliz, no comprende que en el corazón de los demás existen contrariedades.

—¿Y acaso en el tuyo existen?

—Muchas, Felisa, muchas.

—Explícate. Nunca me has hablado de esta manera.

—No lo he hecho por no disgustarte; pero desde que el conde está en Sevilla, me encuentro desesperado.

—Y ¿qué te importa ese hombre?

—¡No ha de importarme!

—Te consta que mi corazón es sólo tuyo; que á él

le finjo cariño por nuestra conveniencia, pero nada más.

—¿Nuestra conveniencia?—preguntó Pietro.—Di la tuya, y estaré conforme. Por lo demás, ¿qué ventajas me proporciona á mí que seas su amada? Apenas te veo, porque cuando un hombre ama, desearía, para ser feliz, permanecer todo el día al lado del ídolo que le apasiona.

—Es cierto; pero bien sabes, Pietro, que eso es imposible.

—Yo creo que en el mundo no lo es absolutamente nada.

—Dame una solución, y si es buena, la aceptaré.

—Yo creo, supuesto que el conde no ha interesado tu corazón en lo más mínimo, que debías abandonarle.

—¿Abandonarle?

—Parece que te asusta esa idea.

—No te lo niego; pero no interpretes mi respuesta de un modo torcido. Yo al conde no le amo ni podré amarle jamás; por el contrario, hasta me inspira cierta repugnancia. Sin embargo, Massi es rico, es opulento, y, por lo tanto, puede proporcionarme un brillante porvenir.

—¡Si así fuese!

—¿Lo dudas?

—Nc dudo que pudieras conseguirlo; pero me parece que eres demasiado parca en tus exigencias.

—¿Querías que en el corto transcurso de una sema-

na, que es lo que ha pasado desde que llegó á Sevilla, le hubiera exigido una fortuna?

—No; pero desde hoy en adelante puedes hacerlo, pues te sobra hermosura para alucinarle y talento para convencerle.

—De hoy en adelante todo cambiará de aspecto.

—Así debe ser. Supón que el conde, cuya salud se halla resentida, deje de existir; en ese caso, ¿qué has conseguido al sostener relaciones con él durante tantos años? Nada, nada absolutamente. Volver á exhibirte en los Caños del Peral, explotando el tesoro de tu garganta, y bien sabes que la voz conserva poco tiempo su frescura.

—¡Triste verdad!

—El público te aplaudirá mientras le arrebates con las dulces notas que sabes modular; pero ¿y luégo? Hija mía, es preciso que pensemos un poco en el porvenir.

—No creas que no me preocupa.

—Hoy se te presenta una ocasión propicia para hacerte dueña de la riqueza de ese hombre. ¡Sabe Dios, si no sabes aprovecharte, lo que ha de ocurrir dentro de poco!

—El conde me ha amado siempre.

—Pero según me has referido tú misma, el conde te abandonó una temporada por unirse á la mujer que hoy es su esposa.

—No te lo niego. La conveniencia se lo aconsejaba.

—Ríete de las conveniencias cuando el corazón de

un hombre se halla verdaderamente interesado. ¿Quién te dice que mañana el conde no se une de nuevo á su mujer? Aun si no tuviese hijos, sería posible que permaneciese á tu lado hasta el último momento de su vida; pero sus hijos han de atraerlo más pronto ó más tarde, por despreocupado que sea.

Felisa quedóse pensativa algunos instantes.

Los razonamientos de Pietro eran lógicos.

Pocos son los hombres que no se arrepienten de haber llevado una existencia azarosa y aventurera.

—¿De modo,—preguntó Felisa,—que, en tu concepto, debo exigirle alguna cantidad de importancia?

—¡Quién lo duda! Y además hacerte dueña de cuanto te sea posible.

—Seguiré tu consejo.

—De este modo reunirás en poco tiempo una fortuna, y poco debe importarte que el conde te abandone.

—Lo haré, Pietro.

—Además, la vida que ahora llevamos se me hace insoportable. Es preciso que, por lo menos, tenga yo la esperanza de que algún día has de pertenecerme por completo.

—Sí, Pietro, sí.

—Ese día serás mi esposa ante Dios y ante los hombres, pues no dudaré en llevarte al altar.

Felisa se sonrió.

Esta promesa la halagaba.

Todas las mujeres, aun aquellas que más adoran su libertad, suspiran por el matrimonio.

En aquel instante presentóse la doncella de la diva.

—Señora,—la dijo,—el conde se ha despertado. Yo estaba en la habitación contigua, según me ordenasteis, y he oído que os llama.

—¡Qué fastidio!—exclamó Felisa.

—Hasta mañana, pues,—dijo Pietro,—y no dejes de meditar sobre lo que hemos hablado.

—Descuida, Pietro.

Felisa dirigióse á la habitación de Massi.

En cuanto al joven, emprendió el camino de su casa.





CAPITULO LXXV

¡Cuando el prior retoza!...



o era el diálogo amoroso que acababan de sostener Pietro y Felisa el único que entablábase á aquellas horas en la casa del conde.

Había otra pareja que también habíase unido con el dulce lazo del amor.

Andrés, el criado de Massi, apenas vió á la graciosa Marcelina, que éste era el nombre de la doncella de la cantante, se dijo para sus adentros:

—Hé aquí una sevillana que me gusta más que la Torre del Oro, que la Giralda y que el Guadalquivir.

Andrés no era tímido.

Resolvió, por lo tanto, hacer que la joven supiese la simpatía que habíale inspirado.

Marcelina se sonrió, mostrando sus dientes blancos é iguales.

Luégo fué escuchando al doméstico con más seriedad.

Y por último, convencióse de que no era un disparate acceder á las proposiciones amorosas que la hacían.

Precisamente la misma noche en que hemos visto dar sus quejas á Pietro, era la señalada por Marcelina para otorgarle á su pretendiente la anhelada respuesta.

Marcelina hallábase, como hemos dicho, en la habitación contigua al dormitorio de Massi.

La joven se ocupaba en coser.

En cuanto al doméstico, pasó varias veces por delante de la puerta de la estancia, y, por último, decidióse á detenerse junto al umbral.

—¿Qué haces, Marcelina?—la preguntó en voz baja, para que no se despertase Massi.

—¡Buena pregunta!—respondió la interpelada.—Te pareces á aquel español que preguntaba qué hora era teniendo el reloj delante de las narices.

—Ya veo que coses; pero no era éste el objeto de mi pregunta. Te quise decir que cómo estás en esta habitación.

—Me ha encargado la señorita que esté al cuidado por si se despierta el conde.

—¿Ha salido doña Felisa?

—No.

—¿En dónde se halla entonces?

—Muy curioso vienes esta noche.

—No lo creas: lo que menos me importa es dónde esté el ama; pero me interesa saber si tardará en presentarse por aquí.

—Me parece que tardará.

—En ese caso, si me lo permites, voy á acompañarte un rato.

Marcelina no se opuso.

Deseaba vivamente que Andrés la hiciera esta proposición.

El doméstico, después de acercarse al dormitorio del conde y adquirir el convencimiento de que dormía profundamente, sentóse al lado de la doncella.

—Vamos á ver, Marcelina,—la dijo;—ayer me prometiste seriamente que responderías á las preguntas que te he hecho, y espero que me cumplas tu palabra.

—Aun dudo en hacerlo.

—¡Es posible! ¡Vas á tenerme así toda la vida!

—¿Toda la vida,—repitió la doncella,—y no hace más que ocho días que viniste á esta casa?

—Para el que espera y ama, esos ocho días se convierten en otros tantos años.

—Muy fuerte te ha entrado la pasión.

—Bien puedes decirlo.

—Y dicen que lo que con mucha vehemencia se toma se olvida pronto.

—Eso no deja de ser una palabra como otra cual-

quiera. Desengáñate, Marcelina, á nosotros lo que nos conviene es casarnos y seguir al servicio del conde.

—¿Luego piensas hacerme tu esposa?

—¡Desde luégo! El conde, que tiene en mí una confianza sin límites, me nombrará su mayordomo, y ya verás qué vida tan dichosa pasaremos.

—Si esos fuesen realmente los fines que te propones...

—¿Lo dudas?

—¡Los hombres sois tan malos!...

—Hay de todo, Marcelina. Mi conciencia no me acusa de haber hecho ninguna mala pasada á las mujeres.

—Bueno, Andrés; en ese caso, no puedo negarte que también te he cobrado mucho cariño, y que estoy dispuesta á ser tu esposa.

Iba Andrés á expresar su gratitud y su alegría por la respuesta que acababan de darle, cuando el conde se revolvió en su lecho y llamó á Felisa.

La doncella se puso en pie, y dijo:

—Voy á llamarla, señor conde, que ha ido un momento á su tocador.

—Bueno, Marcelina,—respondió Massi.

El criado, andando sobre la punta de los pies, abandonó la estancia.

—¿Dónde está la señora?—preguntó á su amada.

—En el jardín.

—¿Quieres que la avise yo?

—¡En manera alguna! ¡Buena se pondría!

Y la doncella aventuróse hacia el jardín.

Andrés quedóse pensativo.

—Aquí hay gato encerrado,—pensó.—¿Por qué había de ofenderse la señora porque fuese yo á manifestarla que el conde desea verla? Apostaría la mano derecha á que no me equivoco.

Marcelina regresaba á la casa algunos instantes después.

—¿Has hecho el encargo?—preguntóla el doméstico.

—Sí. Ahora viene la señora.

—Perfectamente. En ese caso, como supongo que no ha de serle necesaria tu presencia, te espero en la habitación de planchar.

—Bueno.

Felisa dirigióse al aposento de Massi.

Antes de llegar á ella encontró á su doncella en el pasillo.

—Señora,—preguntóla ésta,—¿mandáis algo?

—No, Marcelina; puedes acostarte, que ya es tarde.

—Buenas noches, pues.

—Hasta mañana. No olvides despertarme á las nueve, como de costumbre.

—Quedad tranquila.

Felisa penetró en el aposento del conde, y la doncella dirigióse á la habitación donde la esperaba Andrés.

Apenas vió el doméstico á la joven, dirigióla una sonrisa.

—¡Cuán dichoso me has hecho con la respuesta que me has dado!—la dijo.

—¿De veras?

—Mucho, porque tengo la seguridad que en nuestro matrimonio hemos de ser más felices que lo han sido mi señor y su esposa.

—Con efecto, creo que el conde está casado.

—Con una señora angelical.

—¿Qué diablo de idea habrá tenido para abandonarla?

—Hay hombres así. Aunque lo ves tan amante y complaciente con tu señorita, en casa de su esposa parecía una fiera.

—¡Qué hombres! Por esto puede una temer casarse.

—No lo creas. En los hombres hay de todo, como en las boticas: los hay malos y también buenos.

—¿Cómo vas á ser tú conmigo?

—Más sumiso que un cordero.

—Todos decís lo mismo de novios; pero luégo...

—Luégo, exactamente igual.

—¡Dios lo quiera!

—Marcelina, con los ahorros que hagamos aquí compraremos una casa en mi pueblo. Allí la propiedad vale poco; mi padre dedicóse al comercio de cereales, y dióle resultados muy satisfactorios: nosotros, por lo tanto, haremos igual.

—Y mientras tú te dedicas á esos negocios, yo me ocuparé de las faenas de la casa.

—Y de cuidar á nuestros pequeños.

Marcelina bajó los ojos, y un ligero sonrosado apareció por sus mejillas.

—¡Ya verás qué felices seremos!—prosiguió Andrés.—Mucho más que el conde y doña Felisa, cuyos amores no me satisfacen, si he de hablarte con sinceridad.

—¿Por qué?—preguntó la doncella.

—Se me antoja que la señorita quiere al conde tanto como yo hubiera querido á una suegra.

—¡Qué disparate!

—Te digo esto porque sé que eres huérfana.

—Por desgracia.

—Y más te digo: volviendo al asunto que nos ocupa, se me figura que doña Felisa tiene un amante, y que esto no es un secreto para ti.

—¡Qué maliciosos sois los hombres!

—Por esto acertamos las más de las veces.

—Y después de todo, aunque tuviese otro amante, ¿qué nos importa? Harto tenemos con ocuparnos de nuestros asuntos, nada nos importan los ajenos.

—Sí, Marcelina, estoy conforme con lo que dices cuando se trata de una persona indiferente; pero el conde no lo es para mí. Hace muchos años que estoy á su servicio; desde que se estableció en España.

—¿Y has querido sonsacarme para decirle al conde lo que sucede?

—Eso nunca, Marcelina. Te quiero demasiado para comprometerte en lo más mínimo, y sabré callar los secretos que me confíes.

—Voy á darte una prueba de confianza.

—Lo celebraré mucho.

—No te has engañado. La señorita tiene efectivamente otro amante.

—¿Que es con quien estaba conferenciando cuando has idó á llamarla?

—Precisamente.

—Y ¿qué clase de pájaro es?

—Un pájaro de cuenta.

—De seguro algún pelafustán de esos que viven á expensas de una mujer.

—Me parece que tampoco te has equivocado en tu juicio.

—¡Ah Marcelina, para algo ha de servirme haber cumplido treinta y cuatro años!

—¡Pero, por Dios, no digas nada!

—¡Calla, tonta, qué he de decir!

—La única superioridad que tiene el amante de la señorita sobre tu amo es que es más joven y más bizarro; por lo demás, no creas que me gusta; es tan atrevido...

—¿Atrevido?

—No le abro una vez la puerta que no me toque la cara, dirigiéndome algún piropo.

—¡Hola, hola!

—Ya se lo he dicho á la señora; pero me dice que

no haga caso, que el carácter de don Pietro es muy jovial, pero que sus bromas no tienen importancia.

—A pesar de esto, quiero que las evites.

—¿De qué modo?

—Haciendo que otra criada vaya á recibirle.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque soy la única que posee este secreto.

Andrés quedóse pensativo.

Uno de los relojes de la casa dió una campanada.

—La una,—dijo Marcelina poniéndose en pie.—¡Cuánto nos hemos entretenido!

—Con efecto; y que mañana es necesario madrugar.

—Adiós, Andrés.

—Adiós, Marcelina.

Los dos amantes cambiaron una sonrisa, y luégo dirigiéronse á sus respectivas habitaciones.





CAPITULO LXXVI

El aderezo de zafiros.



L corazón de Andrés habíase interesado verdaderamente por la doncella de Felisa. Su propósito era unirse á esta graciosa muchacha, y decidió, por lo tanto, evitar que Pietro se tomase ciertas libertades con la que debía ser su esposa.

—Yo no comprometeré á Marcelina,—pensó;—pero me es muy fácil sorprender á la enamorada pareja cuando estén en el parque, y de este modo mi amada no queda comprometida aunque haga saber al conde lo que sucede. ¡Cuánto más felices seríamos en la corte, hallándonos al servicio

del amo y de su señora, que es un ángel en toda la extensión de la palabra!

Andrés cumplió su propósito.

A la siguiente noche se dirigió al jardín, ocultándose tras un alto arbusto situado cerca del cenador.

Andrés no dudó ni un instante que aquél debía ser el sitio que los amantes habían elegido para sus nocturnas entrevistas.

Sentóse al pie del arbusto y esperó.

La primera que llegó al cenador fué Felisa.

Ésta, después de dirigir una recelosa mirada á su liredoedor, sentóse en el banco rústico donde la hemos visto conferenciar con su amante.

Pietro no se hizo esperar mucho.

Algunos minutos después de la llegada de Felisa penetraba en el cenador.

Como el arbusto que ocultaba á Andrés se hallaba muy próximo á la amante pareja, el criado del conde pudo escuchar perfectamente el diálogo sin perder ni una sola palabra.

—Pietro,—preguntó Felisa,—¿estás más tranquilo que ayer? ¿Han desaparecido ya tus preocupaciones?

—Mal puede ser así, cuando ignoro si has dado principio al plan que te propuse.

—¡Cómo no hacerlo siendo un deseo tuyo!

—¿Qué le has dicho á ese conde tan estúpido como ridículo?

—Cuando me separé de ti dirigíme á su estancia.

—¿Y hablasteis de intereses?

—Mucho, pues el conde ha pasado la noche presa del mayor insomnio.

—Habla, dime cuanto le hayas dicho.

—Me preguntó que dónde me hallaba cuando habíase despertado.

—¿Y qué le respondiste?

—Que había ido á dar un paseo por el jardín, tanto para disfrutar de la frescura de la noche como para que se disipasen mis preocupaciones.

—¿No dudaría de tus palabras?

—Sus ojos se fijaron en los míos con cierta extrañeza, y luégo me dijo que le explicase las causas de mi preocupacion.

—Ocasión muy propicia para hablar del asunto que tanto nos interesa.

—Y que aproveché desde luégo.

—Prosigue, Felisa.

—Díjele al conde que en medio de la felicidad que experimenta mi corazón por vivir á su lado, había una sombra aterradora que acibaraba mi ventura.

—Muy bien.

—Esta sombra,—proseguí diciéndole,—es el porvenir que me aguarda.

—Muy bien, muy bien.

—El conde me miró de nuevo. Tu porvenir,—me dijo después,—tu porvenir quedará asegurado; te lo prometo. Si yo llegase á morir, no habías de quedar desamparada.

—Pero alegarías tus temores de que se uniese tarde

ó temprano á su familia, dejándote en el más horrible abandono,—añadió Pietro.

—También lo hice.

—Y ¿qué te respondió?

—Que se hallaba dispuesto á adquirir esta finca, haciendo constar ante escribano que me pertenece.

—¡Ah! Esta finca vale algunos miles de duros. Ya la cosa merece la pena.

—También me aseguró que muy en breve me entregaría una cantidad respetable, pues pensaba vender una quinta que posee en las inmediaciones del Pardo.

—Todo va saliendo á medida de nuestros deseos. Ya ves lo bien que has hecho en seguir mis consejos.

—Nunca lo dudé, Pietro mío.

Los dos amantes dieron otro giro á la conversación.

Andrés había oído lo bastante.

Aprovechando un momento en que se ocultó la luna, deslizóse silenciosamente por la espesura, y poco después penetraba en la casa.

—¡Qué infames!—exclamó, refiriéndose á los amantes.—¡Y el conde cree que esa mujer le adora, y desprecia á su esposa, que es un modelo de virtudes! ¡Qué cosas se ven en este mundo!

Impulsos sintió Andrés de decirle á Massi cuanto sucedía, pero le contuvo una consideración.

—El amo,—pensó,—aun está enfermo, y el médico que le asistía en Madrid dijo varias veces que una emoción podría ocasionarle fatalísimos resultados. Más

vale esperar á que se encuentre restablecido del todo. Entonces le diré lo que pasa, confiándole también mis amoríos con Marcelina, y de seguro que no ha de oponerse á que ambos continuemos sirviéndole.

Tomada esta resolución, Andrés siguió atendiendo las órdenes de su señor con igual solicitud.

No sucedióle lo mismo respecto á Felisa, á quien dirigía socarronas miradas, que la diva no tardó en notar, aunque sin explicarse la causa de aquella falta de respeto.

Una hermosa tarde en que el conde y su amada paseaban por el parque, dijo la segunda:

—Massi, tengo que pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—Hay una persona en esta casa de cuya conducta no me hallo satisfecha.

—No comprendo á quién te refieres.

—A tu criado Andrés.

—¡Es posible! Andrés es un excelente servidor.

—No dudo que para ti lo sea, y hasta he visto con la adulación que te trata; pero respecto á mí, hace todo lo contrario.

—¡Preocupaciones tuyas! Andrés es incapaz de faltarte en lo más mínimo.

—Sea lo que fuere, no quiero que ese hombre continúe en casa.

—Eso es aparte. Saldrá de ella; pero no hay funda-

mento para que le hayas tomado tan profunda antipatía.

—Siempre parece que ese estúpido se está burlando de mí.

—¡Qué locura! En fin, ya te he dicho que saldrá de casa. Precisamente tengo que hacer esta tarde una diligencia; haré que me acompañe, aprovechando esta ocasión para decirle que se vuelva á la corte.

—Eso es. De este modo sirve á tu esposa y á tu hija, y yo no veo malas caras.

El conde dirigióse á la casa; allí tomó su sombrero, ciñóse la espada, y después de despedirse de Felisa aventuróse hacia el zaguán, donde se hallaba Andrés.

Éste, al ver al conde, se descubrió con el mayor respeto.

—Sígueme, Andrés. Voy á hacer unas compras.

El criado obedeció.

Cuando estuvieron á alguna distancia de la casa, Massi se detuvo un instante.

—Dime, Andrés,—preguntóle:—¿has tenido algún disgusto con la señorita?

—¡Yo! Ninguno.

—Parecíame haber observado que no la tratas con el respeto y la consideración que se merece.

Andrés dudó si decirle al conde cuanto sabía; pero no quiso hacerlo, temiendo que el conocimiento de la falsedad de aquella mujer le acarrease un retroceso en su dolencia.

—Ya sabéis,—dijo,—lo incapaz que soy de faltar á

nadie, y mucho menos á aquellas personas que con vos se hallan relacionadas.

—Bien: no hablemos más del asunto.

Y el conde formó el propósito de manifestar á Felisa cuanto Andrés le había dicho, á fin de que aquel leal sirviente no saliera de la casa.

Luégo dijo:

—Ahora voy á comprar un aderezo para la señora, pues pasado mañana es su cumpleaños.

Andrés guardó silencio.

—Todo se lo merece la pobre,—continuó Massi, que estaba completamente obcecado con Felisa.—¡Luégo es tan hermosa! ¿No es verdad?

—Nadie lo niega.

—Recuerdo cuando la conocí en Italia. Entonces casi era una niña, pero tenía una voz encantadora. Algunas veces me pesa haberla retirado del teatro. Yo era feliz cuando los espectadores que estaban á mi lado ponderaban su hermosura y su voz.

Andrés no respondió una palabra.

Como medía la verdadera situación con frialdad y desapasionamiento, hacíase cruces de que aquel hombre, tan desdeñoso con su esposa, sintiérase subyugado por las falsas caricias de aquella astuta é interesada mujer.

Pocos instantes después, el conde y su criado penetraban en la calle de la Sierpe, deteniéndose junto al escaparate de una joyería.

Massi estuvo mirando las alhajas.

—Hé ahí,—dijo,—un aderezo que no me disgusta; pero está demasiado recargado de piedras. Entremos, sin embargo: quizá haya otro que me agrade más.

Y el conde repasó los umbrales de la tienda seguido de Andrés.

El joyero era un vejete de corta estatura.

—¿Qué deseáis?—preguntó al conde.

—Un aderezo.

—¡Ah! Puedo enseñaros muchos. Precisamente acabo de recibir un gran surtido de Alemania.

—Veamos, pues.

—Hé aquí un verdadero capricho.

Y mostróle al conde un aderezo de zafiros y esmeraldas.

—Muy lindo; pero le faltan algunos diamantes.

—Si tenéis predilección por esa piedra, ved el que hay en el escaparate. Es un encargo que me hizo la marquesa de Torrealta.

—¿Luego está trabajado aquí?

—Sí, señor.

Massi aproximóse al escaparate.

—Me gusta,—dijo;—pero es un encargo, y por lo tanto no podéis venderlo.

—Todo se puede conciliar.

—¿De qué manera?

—Haciendo un aderezo igual.

—Eso no es posible.

—¿Por qué? ¿Desconfiáis de que salga idéntico?

—No me refiero á eso.

—¿Entonces?...

—Yo necesitaba el aderezo para pasado mañana, y no hay tiempo material.

—Se hará un esfuerzo.

—Si es así, manos á la obra. No quiero que exista más que una diferencia entre estas alhajas y las que confeccionéis.

—Indicádmelas.

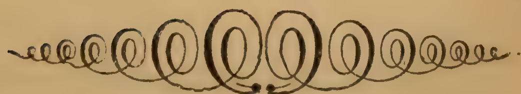
—En el centro de estas estrellas colocáis un zafiro: es piedra que me agrada mucho y que se hermana perfectamente con los diamantes.

—Seréis complacido.

—A las dos de la tarde de pasado mañana enviaré á mi criado, con el que me remitiréis la cuenta.

—Muy bien, señor.

El conde dirigió una nueva mirada al aderezo de la marquesa, saliendo luégo de la joyería y dirigiéndose á su casa.





CAPITULO LXXVII

Donde un criado intenta desengañar á su señor.



SPLÉNDIDO amaneció el día de los cumpleaños de la amada de Massi.

Éste sentíase completamente vigorizado.

Desde el amanecer desplegó toda la servidumbre su actividad.

Las doncellas ocupáronse de vestir á su señora con un magnífico traje de raso azul que habíala regalado el conde.

Los criados, entre ellos Andrés, tampoco estuvieron ociosos, y pusieron en la terraza multitud de farolillos de colores.

Massi dirigió este trabajo para que la iluminación resultase á la veneciana.

En el centro de la terraza, que estaba cuajada de macetas, se colocó una mesa, donde la feliz pareja debía saciar su apetito aquella noche.

Felisa había insistido en su deseo de que Andrés dejase de pertenecer á la servidumbre.

El conde procuró disuadirla.

—Hoy soy la reina,—dijo Felisa.—Cumplo años, y no creo que me contraríes en lo más mínimo.

—Desde luégo.

—Deseo, por lo tanto, que ese zafio, que no sé por qué se ha hecho dueño de tu confianza, no sirva la mesa. Es preciso que le despidas.

—Bueno,—dijo el conde, que todo lo que había tenido de déspota para su esposa tenía de sumiso para su amada.

Y dirigióse á la terraza, donde hallábase Andrés terminando de colocar los últimos farolillos.

—Andrés,—dijo el conde,—tenemos que hablar.

—A vuestras órdenes, señor.

—La señorita insiste en su idea de que no la tratas con el respeto y consideración que se merece, y, como comprendes, yo no puedo tolerar esto en manera alguna. He decidido, por lo tanto, que vuelvas á la corte, pasando al servicio de mi señora y mi hija.

—Haré lo que el señor conde me ordena.

—Sí, Andrés; yo no tengo el menor disgusto respecto á tu conducta; pero en un día tan señalado como el presente no es posible que niegue á la señorita lo que desea.

Andrés sintióse contrariado.

Salir de aquella casa era alejarse de la hermosa Marcelina.

Sintióse acometido del vivo deseo de manifestar á su señor lo que sucedía.

—¿Qué te pasa?—preguntó Massi al verle perplejo.

—Señor, ha llegado el momento de que os hable con franqueza.

—No comprendo.

—La señorita quiere que abandone esta casa, porque se figura, y con razón sobrada, que he sorprendido sus secretos.

—¡Sus secretos!—repitió el conde.—¿Acaso tiene alguno para mí?

—¡Ya lo creo!

—Habla, Andrés; te lo exijo.

—Sí que lo haré, pues no me es posible seguir ocultándoos la verdad. Si antes no os he revelado todo lo que sucede, ha sido por temor de que el disgusto influyese en vuestra salud.

—Deja los preámbulos y explícate inmediatamente.

—La señora tiene un amante.

Al oir estas palabras, el conde avanzó un paso hacia Andrés.

—¿Qué dices, miserable?—preguntó.

—La verdad, señor conde,—respondióle Andrés sosteniendo la mirada de su amo.

—¿Y piensas que voy á darte crédito, imbécil? Lo

que tú quieres es vengarte de la señora, porque con sobrada razón desea que salgas de casa.

—Podrá el señor conde creer lo que quiera; pero mi deber es advertirle lo que sucede.

—Y ¿qué sucede?

—Que todas las noches, cuando os acostáis, la señorita Felisa se dirige al cenador del jardín, donde la aguarda un joven, que es el amante de que os he hablado.

—¡Calla, idiota, calla, ó de lo contrario!...

—Aunque el señor me muela á palos, no podré dejar de decir lo que pasa.

—¡Esto es para volverse loco!

—Ya os he dicho los poderosos motivos que me han obligado á haceros esta ocultación. Por lo demás, hace algún tiempo que soy dueño de este secreto, que ya sabríais, á no ser por las razones que os he indicado.

El conde quedóse pensativo algunos instantes.

La duda, ese terrible áspid, empezaba á morderle el corazón.

—¡Pero si no es posible!—exclamó paseándose como un loco de uno á otro lado de la estancia.—Esa mujer no me ha dado el menor motivo para que sospeche de su fidelidad.

—Sin embargo, os es infiel.

—¿Puedes presentarme alguna prueba?

—Mañana mismo.

—¿Por qué no ha de ser hoy?

—Porque como la señora va á cenar con vos, no asistirá esta noche á su cotidiana cita.

—Pero mañana...

—Mañana podréis sorprender en el cenador á la amante pareja.

—¡Ah! ¡Si lo que me dices fuese cierto!...

Y Massi apretó los puños con crispación nerviosa.

—Lo peor que podría hacer el señor conde era tomar la cosa por lo serio, cometiendo alguna locura que le perjudicase. Tenéis una esposa angelical y una hija que es un modelo de virtudes.

—Es cierto; pero Felisa me fascina, me subyuga de una manera incomprensible.

—Mal hecho, señor. ¿Para qué os sirve estar dotado de esa fuerza de voluntad de que tantas y tan repetidas pruebas habéis dado?

—Andrés, no me atrevo á dar crédito á lo que me dices. Me parece un absurdo. Precisamente esta mañana me ha recibido más cariñosa que nunca.

—¡Es natural! Como que espera el aderezo que la prometisteis.

—Y, á propósito: hay que ir á buscarle á la joyería. Encárgate de ello.

—Lo haré porque me lo ordenáis, señor conde; pero es una lástima que empleéis unos miles de duros en esa mujer que no os ama.

—¡Basta!—exclamó Massi.

Andrés guardó silencio.

El conde indicóle la puerta.

—Vé inmediatamente al lugar que te he indicado.

Andrés obedeció.

El conde paseábase á lo largo del aposento como una fiera enjaulada.

—No es posible,—se dijo deteniéndose un instante,—no es posible que sea verdad. Amo á Felisa con todo mi corazón, y ella me corresponde de igual manera. Sin embargo, observaré; y si ese miserable de Andrés ha tratado de vengarse de ese modo, ¡ah! ¡yo le juro que ha de acordarse de mí!

En aquel instante Felisa penetró en el aposento.

Estaba hermosísima.

Su crujiente vestido de seda azul dejaba descubiertos sus brazos ebúrneos y bien modelados, y su garganta, blanca como la nieve.

Las doncellas habíanla peinado con más esmero que nunca.

Hallábase verdaderamente voluptuosa.

—¿Cómo tan solo?—preguntó al conde, rodeando con sus brazos el cuello de su amante.

Massi sintió alejarse de su mente toda sospecha.

No creía posible que aquellos labios pudiesen mentir.

—Iba á buscarte.

—¿De veras?

—Sí, hermosa mía; iba á buscarte en este mismo instante.

—Pues ya ves que te he evitado ese trabajo, de lo que me arrepiento.

—¿Por qué?

—Porque no me has dicho nada respecto al traje que llevo.

—Es verdad. Estás hermosísima. Nunca te he visto tan encantadora.

Felisa se sonrió, mostrando sus dientes, de extraordinaria blancura.

Luégo, apoyando sus manos en los hombros de Massi, le dijo:

—Sólo falta un detalle en mi tocado, porque espero que me le completes cumpliéndome tu promesa. Como repararás, no llevo ninguna alhaja.

—Con efecto, ahora mismo envié á un criado á la joyería para que traiga el aderezo.

—Y quiero que tú me le pongas.

—Con mucho gusto, Felisa.

Transcurrió una hora.

Al terminar ésta presentóse Andrés en la estancia.

—Señor,—dijo,—el aderezo no está terminado; la persona á quien lo encargasteis afirma que le ha sido imposible concluirlo.

En las facciones de Felisa dibujóse el más profundo disgusto.

El conde sintióse también contrariado.

—¡Qué falta de formalidad!—exclamó.—Bien podía habérmelo advertido, en cuyo caso hubiese designado otras joyas.

—Déjalo,—dijo Felisa.—Ya no tiene remedio.

—No lo creas. Ahora mismo voy á la joyería á

comprar el aderezo que encargó la marquesa de Torrealta.

—¿Es bonito?

—Precioso.

Una sonrisa dibujóse en los labios de la diva.

El conde calóse el sombrero.

—El caso es,—dijo la amada de Massi,—que si adquieres ese aderezo, va á costarte mucho siendo un encargo.

—¡Quién repara en precio! ¡No faltaba más sino que en el día de tu natalicio no recibieras un obsequio de esta clase!

Felisa no se opuso á que el conde saliese.

Había afectado tener un poco de interés hacia su bolsillo, al decirle que el joyero le llevaría más caro.

Esto era más que suficiente.

El conde dirigióse á la joyería.

Después de reñir al comerciante por su falta de formalidad y de recibir de éste todo género de excusas, le dijo:

—Sólo de una manera puedo dispensaros del perjuicio que me habéis ocasionado.

—Decid, señor.

—Si me vendéis el aderezo de la marquesa de Torrealta.

—¡Imposible, señor! Precisamente deben recogerlo mañana.

—Pues lo necesito.

—Tened en cuenta que la marquesa me entregará por él cuarenta mil reales.

—Yo os doy idéntica cantidad.

—¿Y he de faltarle á mi palabra sin tener la menor ganancia?

—¿Qué sobreprecio queréis?

—Cuatro onzas.

—Sea. Venga el estuche y enviad la cuenta cuando gustéis.

El joyero pretextó que iba á tener un grave disgusto, pero entrególe á Massi el aderezo.

Había hecho un buen negocio.

En cuanto al conde, salió de la joyería, emprendiendo el camino de su casa.





CAPITULO LXXVIII

Risas y lágrimas.



EAMOS lo que Felisa había hecho durante la breve ausencia de su amante.

Apenas abandonó éste la casa, asomóse á uno de los balcones, desde el que se descubría perfectamente la ventana del aposento de Pietro.

El joven estaba asomado.

Felisa le hizo una seña, indicándole que se acercase.

Pietro obedeció.

—Amado mío,—le dijo la diva,—no sabes el profundo disgusto que tengo con que en un día tan señalado no podamos conversar esta noche en el jardín, como de costumbre.

—Por grande que sea tu pena, no es comparable á la mía.

—Sin embargo, aun no he perdido la esperanza de que nos veamos.

—No sé cómo.

—El conde ha dispuesto que nos sirvan la cena en la terraza. Han de abundar los vinos, y pienso hacer que se embriague. Si lo consigo, lo que no me parec muy difícil, pues se encuentra muy débil, podré pasar la noche á tu lado.

—¡Ah cuánta ventura!

—Conviene, por lo tanto, que á eso de las nueve estés en la calle. Yo me asomaré á la terraza, y si te hago una seña, no dudes en acudir á mi llamamiento.

—Así lo haré, Felisa.

—Ahora retírate, pues el conde no debe tardar.

—¿Adónde ha ido?

—A comprarme unas joyas.

—Bien, Felisa. ¡Qué hermosa estás! ¡Cuánto desearía que consiguieses tu objeto y que ese hombre se embriagase!

—Creo que lo conseguiré.

Pietro y Felisa cambiaron un cariñoso saludo.

El primero penetró en su casa y la segunda se retiró del balcón.

Tiempo era de que lo hiciese así, pues cinco minutos después el conde penetraba en el aposento.

—¡Hemos triunfado!—exclamó Massi, mostrando el estuche que contenía el aderezo.

—¿A ver?

—La marquesa de Torrealta tendrá que esperar, si

desea unas joyas semejantes á las que hoy vas á lucir.

Sonrióse Felisa.

El conde abrió el estuche.

—¡Ah!—exclamó la diva;—¡qué preciosas alhajas! ¡No he visto nunca una cosa más rica y más elegante!

Massi adornó con los pendientes las rosadas orejas de Felisa.

Luégo púsola el collar y las pulseras.

La italiana se acercó á un espejo.

—Es precioso,—dijo, viendo cómo recogían los rayos del sol poniente las brillantes facetas de las piedras, descomponiendo la luz en los colores del prisma.

—¿Te agrada?—preguntó el conde.

—Mucho.

—Y ¿no merezco siquiera una caricia?

Felisa, por toda respuesta, unió sus rosados y húmedos labios á los de Massi.

—Ahora, á la mesa,—dijo el conde.—La terraza está deliciosa.

Y ofreció su brazo á su amada.

Ésta lo aceptó sonriente.

Cuando subieron á la terraza era ese momento en que el último rayo del sol lucha con las sombras.

Las frescas brisas del crepúsculo vespertino dejábanse sentir.

La terraza estaba verdaderamente encantadora.

Una alfombra cubría el pavimento.

Varias estatuas simbolizando diosas mitológicas descansaban sobre sus labrados pedestales de alabastro.

Por todas partes veíanse multitud de farolillos de colores formando artísticas combinaciones.

En el centro había una mesa adornada con búcaros que sostenían multitud de flores exóticas, cuya fragancia saturaba el ambiente con las esencias más ricas.

Dos grandes candelabros de plata artísticamente cincelada, con velas encendidas, contribuían á que se admirasen las verdaderas joyas de arte que había sobre la mesa.

La vajilla era de finísima porcelana con miniaturas de gran valor.

En botellas de extraordinaria diafanidad veíanse los distintos tonos de los líquidos que contenían, unos amarillentos como el ámbar, otros rojos como el rubí.

Felisa y el conde sentáronse junto á la mesa.

Dos criados vestidos de etiqueta esperaban recibir los platos de manos del repostero para servirlos á sus señores.

Empezó la cena.

Massi sentíase complacido.

—¡Qué diferencia,—pensaba,—entre la vida tranquila y sus incidentes que hacía en Madrid! ¡Josefina era tan poco afecta á estas cosas! En cambio ésta,—y miraba á la italiana,—es mujer para todo. ¡Y qué hermosa está!

Felisa escanció en las copas, ofreciéndole una á su amante.

Éste la apuró de un solo trago.

La joven siguió su ejemplo.

—Digan lo que digan,—exclamó Massi,—no encuentro vinos tan deliciosos como los de nuestro país.

—Y eso que estamos en la patria de ellos.

—Andalucía, no hay que negar que los tiene superiores; pero no cambio su jerez por nuestro sorrento, ni su málaga por nuestro chipre.

Felisa llenó de nuevo las copas.

Esta operación fué repetida con tanta frecuencia, que al segundo manjar los dos amantes empezaron á sentirse dominados de esa característica alegría que produce el abuso del alcohol.

La italiana bebía en iguales proporciones que su amante.

Cuando llegaron á los postres, Massi ordenó á los criados que no volviesen hasta que él los llamase.

Los dos amantes, sintiendo los efectos de los vinos, deseaban estar solos.

Alrededor de Felisa parecíale que la terraza daba vueltas y que los farolillos oscilaban.

En cuanto á Massi, aunque en un estado menos anormal, también sentía los efectos de la embriaguez.

Felisa apuró el contenido de una nueva copa.

Fatales debieron ser sus efectos, pues tuvo que reclinar su cabeza sobre el hombro del conde.

Éste se sonrió; pero de pronto sus facciones adquirieron una súbita gravedad.

Acababa de recordar lo que aquella mañana habíale dicho Andrés.

—¿Para qué te acercas á mí,—preguntóle á Felisa,—si me consta positivamente que no me amas?

La italiana irguióse al oir esto, y fijando en Massi sus pupilas centelleantes, le preguntó:

—¿Que no te amo?

—No. Sé que no me amas.

Felisa lanzó una ruidosa carcajada.

Sentíase presa de esa excitación que produce el vino.

—Y ¿quién ha podido decirte eso?

—Persona á quien le consta. Sé que tienes un amante.

—Es muy posible.

—Al que ves todas las noches en el cenador del jardín mientras yo duermo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Sabes que tiene muchísima gracia lo que estás diciéndome?

—A mí no me hace ninguna.

—Porque te ha dado la embriaguez por tomar las cosas por lo serio; por lo demás, ¡tiene gracia! ¡no ha de tenerla!

—Felisa,—dijo el conde poniéndose de pie,—esto no es contestar formalmente.

—Y ¿quién piensa ahora en formalidades?

—Yo.

Y Massi tuvo que aferrarse á la mesa para no caer, porque se le iba la cabeza.

Felisa lanzó otra carcajada.

—¡Tú!—exclamó designándole con el índice y sin poder contener la risa,—¡tú!, y apenas puedes sostenerte.

—Basta, que no tengo ganas de bromas. Me consta, como te he dicho, que no me amas, que nunca me has amado.

—Eso desde luégo,—exclamó Felisa, que sentíase atacada de la hilaridad.—¡Cómo he de querer á un hombre tan feo y tan ridículo como tú! Me han gustado siempre los buenos mozos.

—¡Felisa!

—No me intimidas. Hoy estoy muy alegre; es el día de mi cumpleaños.

—¿Y por eso vas á mofarte de mí?

—Y ¿cómo no, si estás haciendo más eses que un escribano en sus interminables documentos?

—Volvamos á lo que interesa.

—Y ¿qué es lo que interesa?

—Sé que tienes un amante.

—Es lo menos que puede permitirse una mujer de mi hermosura.

—Pero ¿es verdad que lo tienes?

—Sí, hijo mío, es verdad; un chico muy guapo y muy simpático. ¡Ja, ja, ja! Ya ves que te lo confieso.

Massi no pudo contenerse.

El descaro de aquella mujer, á quien la embriaguez

obligábala á decir la verdad, disipó en parte la perturbación que el alcohol habíale producido.

Aproximóse á Felisa, y apretándola los brazos con sus manos, exclamó:

—Dime la verdad. ¿Es cierto cuanto acabas de decirme?

En cualquiera otra ocasión, Felisa hubiese experimentado un fuerte dolor; pero cuando la embriaguez hace sentir sus efectos, no se experimentan los dolores físicos.

La diva procuró desasirse del conde.

—¡Dime, dime la verdad!—exclamó éste con acento ronco.—¿Es cierto lo que acabas de manifestarme?

—Pero ¿á qué viene esa actitud? Suéltame, me haces daño.

—¿Y te atreves á decirme que por qué te interrogo?

—Suéltame.

Massi obedeció.

Había conseguido dominarse por un momento.

—Dime, ¿es verdad que tienes un amante?

—No; ¿qué he de tenerle? Todo ha sido una broma.

—Que ha podido costarte muy cara.

—No sé por qué.

—Mira, Felisa, yo te adoro: por ti he abandonado á mi esposa y á mi hija, y renunciaría á todo con gusto.

—Poco se conoce.

—¿Por qué?

—Porque el hombre que ama de la manera que dices no ofende á una débil mujer, como has hecho.

—Es que la idea de que me faltes me enloquece.

—Lo que te enloquece es el vino que has bebido.

—No lo creas. Tengo una gran desazón; la duda se ha apoderado de mi alma, y lo más triste es que no puedo desecharla.

—Pues si dudas de mí, todo se reduce á que tomemos una determinación.

—¿Cuál, Felisa?

—Que nos separemos para siempre.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que dices?—exclamó el conde, que sentía que la cólera le ahogaba.

—¡Es natural! ¿Para qué quieres vivir al lado de una mujer que no te inspira confianza?

—¡Felisa! ¡Felisa!

—Por mi parte, te juro que no he de ponerme nunca en tu camino.

—¿Tendrás valor de hacerlo?

—Desde luégo.

—Felisa, no perturbes mi razón más de lo que está. Yo te adoro; los celos son los únicos que me han obligado á ofenderte.

—¡Los celos!—repitió la italiana.—¡Qué cosa tan ridícula á tus años!

—¿Acaso no me concedes el derecho de tener corazón?

—Ningún hombre le tiene.

—Vosotras sí que vivís sin él.

—¡Basta, Massi! Lo mejor que podemos hacer es lo que te he dicho: esta misma noche saldré de esta casa.

El conde hallábase verdaderamente apasionado de aquella mujer.

—¿Es decir que estás resuelta á terminar nuestras relaciones? —preguntó, fijando sus ojos en Felisa.

—Lo estoy.

—Piénsalo.

—Ya lo he pensado bien. Yo no puedo vivir al lado de un hombre que me maltrata.

—¿Quién te ha maltratado?

—Tú.

Y Felisa mostró sus brazos, en los que veíase el equimosis que habían dejado los dedos de su amante.

—Perdóname. Todo ha sido un momento de locura, —dijo el conde.

—También en otro arrebato puedes estrangularme.

—No, eso nunca: te quiero demasiado para hacerlo.

—No me convencen tus promesas.

—¿Luego insistes?

—Sí.

—Felisa, voy á creer que es verdad lo que Andrés me ha dicho.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Que tienes un amante.

—¡Ah! ¿Luego das crédito á las necias palabras de ese miserable doméstico? Basta. Todo ha concluído entre nosotros.

Y Felisa se puso en pie, dirigiéndose con incierto paso hacia la puerta.

El conde la detuvo.

—Siéntate, —la dijo, obligándola á verificarlo: —no quiero que partas.

—¿Para qué me detienes si te soy infiel, según aseguras?

— Quédate.

—Es inútil. Voy á buscar al amante de que te han hablado.

Massi no pudo resistir por más tiempo la altivez de la italiana.

Sintió que la cólera subía á su cabeza como una ola de fuego, y avanzó dos pasos hacia Felisa.

Ésta, al ver su actitud amenazadora, quiso huir, pero el conde la alcanzó.

—No es posible que hagas lo que has dicho. Sería capaz de matarte.

—Tú eres el que lo quieres.

—Yo no. Mira, cuando me hablas de separarnos, siento que un nudo me oprime la garganta y que las lágrimas afluyen á mis ojos. ¿Verdad que no es cierto lo que Andrés me ha dicho? ¿Verdad que me amas?

—No, no te amo. Tienes un carácter imposible de sobrellevar. Suéltame, que me alejo para siempre de esta casa.

El conde no pudo contenerse.

Alzó la mano, hiriendo la rosada mejilla de la joven.

Ésta lanzó un grito.

Luégo corrió hacia la mesa, y apoderándose de

una botella, se la arrojó á Massi con tal tino, que hirióle en la cara.

Brotó la sangre.

Massi lanzó un rugido como una fiera que siente en sus entrañas el plomo.

Luégo lanzóse como el tigre sobre la presa hacia Felisa, que con agudo acento reclamaba socorro asida á la balaustrada de la terraza.

—¡Vas á morir, miserable!—exclamó el conde, asiéndola por la cintura y levantándola en alto para arrojarla.

Pero Felisa habíase aferrado con tal fuerza nerviosa á la balaustrada, que impidió el intento de Massi.

En aquel instante abrióse bruscamente la puerta que daba entrada á las habitaciones interiores.

Un hombre apareció en el dintel.

Era Pietro.

Éste, cumpliendo los deseos de Felisa, esperaba su aviso en la calle, cuando llegaron á él sus descompasadas voces demandando socorro.

Entonces, comprendiendo que algo grave ocurría, no dudó en subir á la terraza.

Massi había conseguido dominar á su amada, y disponíase á arrojarla por encima de los hierros, cuando descubrió la pálida figura de Pietro.

—¡Ah!—exclamó.—Éste es tu amante.

Felisa lanzó un grito, cayendo desmayada sobre uno de los sillones.

Pietro tenía en la diestra el acero desnudo, arma terrible en sus manos por ser un hábil conocedor de su manejo.

Massi desenvainó su espada.

La lucha que iba á trabarse debía ser verdaderamente terrible.





CAPITULO LXXIX

La fuga.



ASSI comprendió desde luégo que tenía que habérselas con un enemigo poderoso y terrible.

Persuadido de ello, no quiso entablar desde luégo el combate sin que mediaran algunas palabras.

—¿Quién sois?—preguntó.—¿Con qué derecho habéis penetrado aquí?

—Con el que concede á un caballero la obligación de acudir en defensa de una dama.

—¿Luego venís á defenderla?

—Cuando ella demanda socorro, es señal que la habéis ofendido.



Le dió una estocada en el pecho.

—Basta, poneos en guardia.

Pietro lo hizo así.

Empezó la lucha.

Ésta fué terrible y encarnizada.

El conde tiróse á fondo creyendo descubierto á su adversario.

Pero Pietro desvió el acero con un poderoso quite.

Massi rugía como un león.

La cólera habíase apoderado de él.

Desde luégo comprendió Pietro, que conservaba su sangre fría, que el conde era hombre perdido.

Aprovechóse, pues, de una oportunidad, y tendiéndose á fondo, dióle á Massi una estocada en el pecho.

El conde retrocedió algunos pasos, escapóse el acero de su diestra, y después de vacilar, cayó al suelo, exhalando un ay de muerte.

La sangre brotaba á gruesos borbotones.

Pietro comprendió la difícil situación en que se hallaba.

Instintivamente se aproximó á la balaustrada de la terraza mirando la altura que separábale del río.

—¡Es imposible!—exclamó.—Arrojarse es lo mismo que buscar la muerte. Si huyo por la escalera, es muy fácil que encuentre á alguno de los servidores, y si me cierran el paso, verme en la precisión de hacer una nueva muerte. ¿Qué hacer, Dios mío?

El joven dirigió una mirada al conde.

—¿Estará muerto, ó herido?—preguntóse Pietro, y se acercó á Massi, doblando una rodilla en tierra.

El joven puso su diestra sobre el corazón del conde.

No latía.

Massi era un cadáver.

—No cabe duda,—exclamó Pietro:—le he matado.

La idea de huir dejando á Felisa la responsabilidad de aquella muerte cruzó de nuevo por la mente del joven.

Sin embargo, no tardó en desecharla.

—No, esto sería una infamia,—se dijo,—y tampoco me conviene huir solo.

Pietro se acercó á la mesa, apoderándose de una vasija que contenía agua.

Con este líquido humedeció las sienes de su amada.

Felisa abrió los ojos algunos instantes después; y exhalando un profundo suspiro, preguntó con acento melodramático:

—¿En dónde estoy?

—Aquí, á mi lado.

—¡Ah Pietro!

Y la diva tendióle los brazos al cuello; pero observando que estaba cubierto de sangre, preguntó:

—¿Qué es esto?

—Esto indica que no podemos detenernos ni un momento.

—Explícate.

—El conde...

—¡Ah! No me hables de él. Me ha abofeteado. Es un grosero, un miserable.

—¡Caras ha pagado sus culpas!

La joven, al oir esto, fijó sus ojos en los de su amante.

—Pero ¿dónde se halla?—preguntó.

—¿Quién?

—El conde.

Pietro guardó silencio.

Pero éste fué mucho más elocuente que cualquier palabra que hubiese podido proferir, pues, desviándose un poco, mostró á la diva el cadáver de Massi.

—¡Qué has hecho, Pietro!—exclamó con angustia Felisa.

—Ya lo ves.

—Hay que llamar á un médico. Este hombre se muere.

—No, ha muerto ya.

—¿Qué dices, Pietro?

Y Felisa se aproximó al cadáver del conde, dudando de las afirmaciones de su amante.

Bien pronto se convenció de lo ciertas que eran.

—¡Dios mío!—exclamó,—¡qué compromiso tan horrible! ¡Nuestra perdición es segura!

—Y lo peor es que de un momento á otro puede venir alguno de los criados.

—¡Es claro!

—¿Qué hacer, Felisa? Confieso que en este instante no se me ocurre ninguna solución salvadora.

—Pues es preciso buscarla.

—Huyamos.

—Eso sería inútil. A estas horas no sale ningún buque. Estamos en una ciudad desconocida, y no tardarían en apoderarse de nosotros.

—¡Es verdad! ¡Si encontrásemos un medio para que nadie se apercibiera hasta mañana de lo que ha sucedido!

Y los dos amantes quedaron pensativos.

De pronto los ojos de Felisa brillaron con más intensidad.

Era indudable que acababa de ocurrírsele una idea salvadora.

Pietro la interrogó con una mirada.

—Es necesario,—dijo la diva,—que conduzcamos este cadáver á su lecho.

—¿Para qué?

—Luégo haremos desaparecer la sangre que ha teñido la alfombra, y diremos á Andrés, que es la persona contra quien debemos precavernos, que su señor ha abusado de la bebida, y se encuentra indispuesto.

—Magnífico plan.

—¿Lo apruebas?

—¡No he de aprobarlo! Aun suponiendo que Andrés penetre en el aposento de su señor, le creerá perfectamente dormido.

—Manos á la obra.

Y Felisa se aproximó al cadáver.

Pietro suspendió el cuerpo inerte de Massi, cogiéndole por debajo de los brazos.

La diva hizo lo mismo, tomándole por los pies.

De este modo consiguieron depositarle sobre una cama que había en una de las habitaciones contiguas á la terraza.

Cierto que aquel lecho no era el del conde; pero los amantes no quisieron llevarle á su habitación, temerosos de que los criados les sorprendiesen.

—Aunque aquí duerme una de mis doncellas,—dijo Felisa,—nadie extrañará que el conde, en su embriaguez, se haya acostado en el lecho más próximo.

—Desde luégo.

—Ahora procedamos á otra tarea.

—¿Cuál?

—Es preciso que desaparezcan las rojas señales que han quedado grabadas en la alfombra.

—Esto es más difícil de lo que supones.

—¿Por qué?

—La sangre es una sustancia cuya mancha no desaparece con tanta facilidad.

—Probaremos.

—Será inútil.

—¿No ves que esa huella rojiza denuncia lo que ha sucedido?

—Hay un medio para evitarlo.

—Habla, Pietro.

—Arrojar sobre la mancha los restos de los manjares y algunos platos.

—Es cierto.

—De este modo se disimula la mancha.

—Manos á la obra, pues.

Los dos amantes volvieron á la terraza.

En pocos minutos todo estuvo arreglado.

Nadie hubiera podido conocer, y mucho menos de noche, como era, que sobre aquella alfombra había caído la sangre de un hombre.

Oyéronse en la escalera rumores de pasos.

—Alguien sube,—exclamó Felisa.—Pietro, ocúltate.

—¿Dónde?

—En la próxima habitación, detrás de una de las cortinas. Si te ven, estamos perdidos.

Pietro obedeció.

El que se acercaba era Andrés, llevando en una bandeja un elegante servicio de café.

Felisa tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular la turbación que sentía.

Los vapores alcohólicos habíanse disipado por completo de su cerebro.

Andrés dirigió una mirada al rededor de la terraza.

—¿Y el señor conde?—preguntó, dejando sobre la mesa las tazas y la humeante cafetera.

—¡Ay, Andrés,—respondió Felisa,—el señorito ha abusado un poco de la cena, y está ligeramente indispuesto!

—¡Válgame Dios!—dijo el criado.—¿Queréis que se llame al médico?

—No en manera alguna. Se ha acostado en el lecho de Petra, y duerme tranquilamente, que es lo que conviene.

—Aquí tenéis el café.

—Tampoco quiero tomarle: repartidlo entre vosotros.

—¡Qué contrariedad! Estaba el señor tan satisfecho en el día de hoy, y al final ha venido á ponerse malo.

—Esto es pasajero.

—Sí, ya me lo explico.

Andrés salió de la terraza.

Antes de ir en busca de Marcelina y los demás criados asomóse á la puerta del aposento de Petra.

Vió que el conde se hallaba en el lecho, y quedóse convencido de que Felisa habíale dicho la verdad.

No sospechó ni remotamente el sangriento drama que habíase desarrollado en la casa aquella noche.

Pietro, apenas sintió alejarse los pasos de Andrés, salió del sitio en que habíase ocultado.

—Todo va saliendo á medida de nuestros deseos,—dijo á su amada.

—Es verdad. Ahora voy á decir á los criados que se acuesten para evitar que vengan á molestarnos á cada momento.

—Es lo mejor que puedes hacer.

Con efecto, Felisa dirigióse á la planta baja del edificio, en una de cuyas habitaciones hallábase la servidumbre haciendo comentarios sobre la indisposición del conde.

Todos hallábanse de acuerdo, suponiendo que Massi habíase embriagado.

La presencia de Felisa hizo enmudecer á los murmuradores.

—Podéis retiraros,—dijo ésta,—pues, como comprendéis, no he de acostarme.

—Yo acompañaré á la señorita por si es necesario avisar al médico,—dijo Petra, que era una muchacha alegre y simpática.

—En manera alguna. El conde duerme tranquilo, y es de esperar que continúe así el resto de la noche.

—Como queráis.

—Si algo ocurriese, os llamaré.

—Desde luégo, señora.

—Tú, Petra, te acuestas en otra habitación; pues como el señorito se puso tan malo de pronto, he querido que utilizase tu lecho.

—Bueno, señora.

—Hasta mañana, pues. Conviene que os retiréis en seguida, para que no haya en la casa el menor ruido, y el conde duerma.

Con efecto, media hora después advertíase en toda la casa un silencio profundo.

Felisa volvió á la terraza.

—Ahora,—le dijo á Pietro,—no podemos perder ni un instante. Es necesario que me ayudes á recoger cuantos objetos de valor hay en la casa.

—Había pensado lo mismo.

—Como comprendes, tenemos que alejarnos de aquí.

—Al amanecer.

—Y aun antes, si es posible.

Los dos amantes empezaron á apoderarse de cuanto había en la casa que tuviese algún valor intrínseco.

Aquello fué un verdadero saqueo.

Cuando todo estuvo empaquetado, Felisa le dijo á su amante:

—Tú mismo tienes que enganchar el coche.

—Desde luégo.

—Procura hacer el menor ruido posible para que no se despierte el mozo de cuadra: creo que lo conseguirás: tiene el sueño muy pesado.

Pietro dirigióse á la cochera para cumplir el encargo de Felisa.

En cuanto á ésta, aventuróse por la escalera, y un momento después penetraba en la estancia que pertenecía á Massi.

Allí recogió varias alhajas, abriendo luégo un armarito, donde encontró una buena cantidad de monedas de oro.

Su propósito era ocultarle á Pietro la adquisición que acababa de hacer.

Empezaban á advertirse en el cielo los primeros albores, cuando Pietro reunióse á su amada.

—Es la hora crítica de partir,—la dijo.—Todos los objetos que hemos de llevarnos se encuentran en el coche.

—Perfectamente. ¿Se despertó el mozo?

—Duerme con la tranquilidad de un justo.

Felisa se apoyó ligeramente en el brazo del italiano, y procurando apagar el rumor de sus pasos, aventuráronse por el jardín, en dirección á la puerta de hierro.

Antes de salir dirigieron una recelosa mirada hacia la casa.

Ninguno de los criados había interrumpido su sueño.

Felisa penetró en el coche.

En cuanto á Pietro, ocupó el pescante, y restallando la fusta, hizo que el caballo se pusiese en movimiento.

Un instante después deteníase junto al embarcadero del río.

Empezaba á amanecer.

Multitud de barcas pescadoras discurrían por la azulada superficie del Guadalquivir.

Pietro se aproximó á un grupo de marineros.

—¿Va á salir algún buque?—preguntó.

—Sí, señor; aquel bergantín que veis.

—¿A qué punto se dirige?

—Lleva un cargamento de géneros españoles al extranjero.

—Y ¿admite viajeros?

—Sí, señor.

—¿Tenéis alguna barca que pueda conducirnos á bordo de ese bergantín?

—Cuantas queráis.

En pocos instantes el equipaje que iba en el vehículo fué trasladado á un esquife.

—¡Pronto!—exclamó Pietro.—Los marineros se acercan al cabestrante para levar el ancla. Temo que no lleguemos.

—Perded esos temores,—dijo el pescador saltando al esquife y apoderándose de los remos.

Felisa y Pietro sentáronse en la popa de la barca, que se puso en movimiento.

Los amantes no apartaban los ojos de la orilla.

Temían á cada instante que apareciese alguno de los criados pidiendo que los detuviesen.

Cuando viéronse á bordo del bergantín, respiraron con toda la fuerza de sus pulmones.

Felisa pagó al pescador con esplendidez.

El bergantín se puso en movimiento.

Debía dirigirse á Francia.

La diva cambió una mirada con Pietro.

Se habían salvado.





CAPITULO LXXX

El martirio de dos ángeles.



La noticia de la muerte del conde de Massi no tardó en llegar á Madrid.

Corrió de boca en boca el suceso, diciéndose los unos á los otros que Massi había sido asesinado por el tenor de los Caños del Peral y por la célebre primera donna Felisa.

La esposa del conde, que creía haber agotado el cáliz de la amargura, sintióse poseída de un nuevo dolor mezclado con cierta vergüenza.

—¡Qué dirá el mundo, Dios mío!—exclamó dando rienda suelta á su llanto.—¡Ni la memoria del hombre que fué mi esposo es respetada! ¡Él ha tenido la culpa de todo, pero es sensible lo que sucede!

Así pensaba la pobre señora, cuando una criada la anunció que Andrés, el ayuda de cámara del conde, acababa de llegar y deseaba hablarla.

—Que pase inmediatamente,—apresuróse á decir Josefina.

Con efecto, Andrés penetró en el aposento transcurridos algunos instantes.

Al verle, la infeliz viuda rompió á llorar.

Andrés se aproximó, y con acento solícito la dijo:

—Señora, enjugad vuestras lágrimas. Ya no hay remedio para evitar lo sucedido.

—Bien lo sé, Andrés; pero no por esto puedo consolarme.

—Pues es preciso, señora, que os hagáis superior á la pena que sentís. A mí tampoco me han faltado disgustos estos días.

—Lo creo.

—Esos bribones me han puesto en un grave compromiso; pero afortunadamente salí de él.

—¡Pobre Andrés!

—Me dijo la muy taimada que el señor conde habíase puesto un poco enfermo. Yo lo creí; pero á la mañana siguiente, cuando dirigíme á la estancia..., ¡ah señora, no quiero ni acordarme!

—Prosigue; te lo ruego.

—El señor conde estaba rígido, y las sábanas que le cubrían completamente rojas de sangre.

—¡Qué horror!

—Al pronto no supe qué partido tomar. Anduve de

una habitación en otra, como un loco. Desde luégo comprendí quiénes eran los autores del crimen, pues no satisfechos con asesinar al señor, lleváronse cuantos objetos valían algo.

—Eso es lo de menos.

—¡Es claro! Bien sé que nunca fuisteis interesada. El conde no quiso seguir mis consejos. Inmediatamente me dirigí á la superintendencia, dando parte del hecho. Quedé á disposición de la policía, que también apresó á mis compañeros; pero el juez que abrió el proceso, comprendiendo nuestra inocencia, que justificaba la fuga de los dos amantes, nos puso en libertad pocos días después de perpetrarse el crimen.

—Bien, Andrés: ya sabes que en esta casa no ha de faltarte nunca un puesto.

—Muchas gracias, señora.

—Unos cuantos días permaneceremos aquí; pero mi propósito es instalarme en la quinta de los Tilos: allí al menos tendré más tranquilidad.

—Desde luégo; y se evitará la señora las constantes visitas que ha de tener.

—Cierto. No apetezco más que la soledad.

Andrés procuró dar algún lenitivo á los dolores de su señora, y salió del aposento.

Esto ocurría en la casa de Josefina cuando cundió por la corte la triste nueva del fallecimiento de Juan de Zúñiga, que dió motivo á tantos comentarios hasta

en la tertulia de la reina, como hemos visto en uno de los capítulos anteriores.

Esta noticia era la única que faltaba á Adelina para concluir de abrumar su corazón.

La joven, al saber el fallecimiento de su amado, fué presa de un síncope.

Habíalo sabido por una de las doncellas de la casa, que, ignorando el amor de la joven, le refirió los heroicos rasgos del capitan Zúñiga, muerto en Argel.

La doncella empezó á dar fuertes gritos al ver el desmayo de su señorita.

Josefina acudió á la estancia, sintiendo el mayor sobresalto.

Al ver á su hija pálida como una muerta é inmóvil como una estatua, preguntó á la doncella:

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Señora, — respondió la interpelada, — no puedo explicármelo. Estaba peinando á la señorita, y con objeto de distraerla un poco de las constantes preocupaciones que la embargan, empecé á relatarla lo que por ahí se cuenta.

—¿Qué es lo que la dijiste?

—Que esta mañana han llegado á Madrid las tropas que derrotaron los moros. Luégo la hablé de un bravo capitán que ha muerto en Argel defendiéndose de una manera heroica. Y al nombrarle, la señorita perdió el color, cayendo desvanecida sobre esta butaca.

—¿El nombre de ese capitán?...

—Don Juan de Zúñiga.

—¿Zúñiga ha muerto?

—Sí, señora.

—Era el íntimo amigo de mi hijo; pero no comprendo que su muerte haya podido causar tales efectos á Adelina.

La viuda se aproximó á un tocador, sobre el que había varios pomos.

Uno de ellos contenía una sal cuyas emanaciones era bueno aspirar en momentos como el en que se hallaba Adelina.

La joven abrió los ojos poco después.

Fijó una triste mirada en su querida madre, y cubriéndose el rostro con las manos, prorrumpió en amargos sollozos.

—Pero ¿qué te sucede, hija de mi alma?—preguntó Josefina.

—Nada, madre mía, estoy muy nerviosa: deja que el llanto desahogue mi pecho.

Josefina abrazó á la joven.

—¿Te sientes enferma?—la preguntó.

—No, no es nada.

Una sospecha cruzó en aquel instante por la mente de la dama.

—No cabe duda,—pensó;—mi hija amaba á Zúñiga: únicamente de este modo se concibe la impresión que le ha causado la noticia de su fallecimiento.

Josefina se apoderó de las manos de su hija.

Estaban heladas como las de un muerto.

—Háblame con franqueza,—dijo.—¿Con quién pue-

des sincerarte mejor que conmigo, que tanto te quiero?

Adelina redobló sus sollozos.

—¿No tienes confianza conmigo?

—Sí, madre; pero temo que te enfades.

—¡Eso es imposible! Sé que eres incapaz de hacer nada que no sea lícito. Habla, pues.

—¡Madre!

—Te escucho, hija de mi alma.

—¡Zúñiga ha muerto!

—Lo sé, y lo lamento, pues era un joven digno de estimación.

—Yo...

—Prosigue.

—Yo le amaba.

—Y él, ¿correspondía á tu afecto?

—Sí, madre mía.

—Fuerza es resignarse con la suprema voluntad de Dios. Él lo ha querido, y no hay más remedio que acatar sus altos é inescrutables designios.

—Madre, las ilusiones de mi alma han muerto para siempre.

—Aun no cuentas más que diez y siete años: en esta hermosa edad de la vida no puede augurarse un porvenir tan tenebroso.

—Sí, madre, yo amaba á Zúñiga. La noticia de su fallecimiento cuando acabo de saber la pérdida de mi padre, ha secado las raíces de mi corazón, y anhelo la muerte.

—¡Qué locura! ¡Tú, tan joven y tan hermosa, pensar en morir!...

—¿Qué me importa?

—No seas ingrata. Aun tienes á tu lado una madre que te adora.

—Ya lo sé, madre de mi alma.

Y uniéronse en un estrecho abrazo.

Ambas guardaron silencio algunos instantes.

La primera que lo interrumpió fué Josefina.

—Mira, Adela,—dijo,—á la mayor brevedad saldremos de la corte, y pasaremos una temporada en la quinta de los Tilos. Al menos, ya que no seamos dichosas, haremos una vida más tranquila.

—Como quieras, madre.

—Los aires puros que allí se respiran refrescarán nuestros corazones, comprimidos por el dolor.

Adelina se encogió de hombros.

En aquel instante, todo la era indiferente.

De pronto los ojos de Josefina se nublaron, y dos gruesas lágrimas rodaron silenciosas por sus pálidas mejillas.

—¿Tú también lloras, madre de mi alma?

—¡Son tantos los disgustos que sobre mí pesan!... Ahora me he acordado de tu pobre hermano. ¿Qué habrá sido de él? ¡Hace tanto tiempo que no tenemos noticias suyas!...

—¡Es verdad!

—Es posible que á estas fechas haya dejado de existir, como su amigo Zúñiga.

—¡Pobre Rogelio!

—Dios tenga piedad de él y de nosotras.

Estas escenas reproducíanse á todas horas entre madre é hija.

La más profunda tristeza embargaba sus corazones.

Hallábanse poseídas del mayor sentimiento.

Una mañana, la víspera de emprender el corto viaje á la quinta de los Tilos, hallábase Josefina en su aposento, cuando se presentó en la estancia una de las criadas.

La dama fijó en ella sus ojos.

—¿Qué quieres?—preguntó.

—Señora, don Roberto Estrañi desea veros.

—¡Estrañi!—exclamó Josefina perdiendo el color.

—Sí, señora.

La dama dudó algunos instantes sobre el partido que debía tomar.

Su corazón aconsejábale no negarse á que Estrañi la hiciera una visita.

Aun le amaba.

Las impresiones de su primer amor no se habían borrado de su memoria.

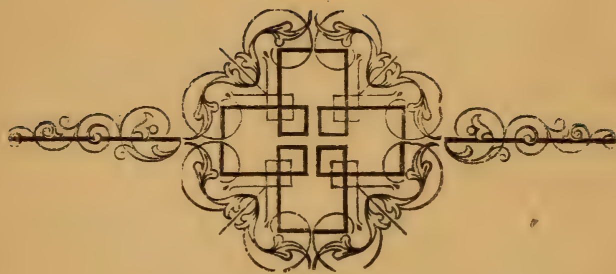
Al mismo tiempo apareció en su mente la imagen del conde.

—¿Qué haré, Dios mío?—se preguntó; pero no pu-

diendo resistir á su deseo de ver á Roberto y de cambiar con él algunas palabras, dijo:

—Que pase ese caballero.

La criada apresuróse á cumplir esta orden, y salió de la estancia, dirigiéndose á la entrada, donde esperaba el médico de la reina.





CAPITULO LXXXI

Donde renace una esperanza que se creía muerta.



VEAMOS los motivos que decidieron á Estrañi á repasar de nuevo los umbrales de la casa de la condesa.

Hallábase el doctor una noche en su estancia, cuando oyó unos ligeros golpes en la puerta.

—Adelante,—dijo Roberto.

Abrióse la mampara nuevamente, dando paso al conde de la Estrella.

—Señor conde,—dijo Estrañi poniéndose en pie,—¿á qué debo la satisfacción de veros por aquí?

—Mi visita es interesada.

—¿En qué puedo serviros?

—Ha llegado recientemente á la corte una sobrina mía, la cual está delicadísima de salud.

—Basta; os comprendo; deseáis que la vea.

—Con efecto, ése es mi deseo.

—¿Vive en vuestra compañía?

—Sí, pues su padre, que es hermano mío y que reside en la Coruña desde hace muchos años, ha querido que pase una temporada en la corte, esperando que se distraiga un poco de las constantes preocupaciones que tiene.

—¿Queréis que vayamos á vuestra casa ahora mismo?

—En manera alguna; no es puñalada de pícaro, como vulgarmente se dice. Inés, que es el mombre de mi sobrina, debe tener algunos amores contrariados, y quizá en esto radica su enfermedad.

—Si es así, no es al médico á quien compete su curación, sino al sacerdote. Que se una con el hombre que ama, y veréis cómo desaparecen sus preocupaciones, dando paso á otras más transcendentales que siempre se desprenden del matrimonio.

—Mañana, si no os origina molestia, os pasáis por casa.

—Con sumo gusto.

—Tendré la satisfacción de que almorcéis en mi compañía.

Roberto hizo una inclinación de cabeza en señal de gracias.

Luégo dijo:

—Conde, he olvidado preguntaros por la condesita.

—Perfectamente. Es probable que mañana venga á palacio.

—Es verdad. Es noche de tertulia.

—Y no falta base para hacer comentarios.

—No sé á qué os referís.

—Esta semana ha sido muy fecunda en acontecimientos.

—Pues ¿qué ocurre?

—Me extraña que me hagáis esta pregunta viviendo en palacio.

—Pues, á pesar de esto, ignoro á lo que os referís.

—Aseguran que hay crisis,—dijo el conde acercándose á Estrañi con cierto misterio.

—Aun no se sabe nada definitivo.

—No me negaréis, sin embargo, que nuestro monarca está disgustadísimo con el marqués de Grimaldi, atribuyéndole gran culpa de la derrota sufrida en Argel.

—Con efecto, no os lo niego.

—Y el ministro está en el aire.

—No obstante, el rey aprecia á Grimaldi, y no creo que cambie de ministro, á menos que lo exijan altas conveniencias de Estado.

—Esta es la cosa, Estrañi, que todos claman contra el ministro, y don Carlos no tendrá más remedio que pedirle su dimisión.

—¿Es posible? Yo, aunque vivo en palacio, me ocupo poco de esas cuestiones.

—Esto y el asesinato de Sevilla serán el objeto de las conversaciones de mañana.

—¿El asesinato de Sevilla?—repitió Estrañi.

—Sí. ¿Acaso ignoráis también lo que ha sucedido?

—Por completo.

—Doctor, parece que estáis en el limbo.

—Parecerá todo lo que queráis, pero no sé lo que ha sucedido en la ciudad del Guadalquivir.

—Han asesinado al conde de Massi.

Al oir esto, las mejillas de Roberto palidecieron ligeramente.

—¿Massi ha muerto?

—Según refieren las gentes, habíase instalado en una quinta, haciéndose acompañar de una manceba, con la que sostenía antiguas relaciones.

—Sé á quién os referís.

—Esta manceba tenía un amante, que, sin duda por celos, partióle el corazón al conde de una estocada.

—¿Tenéis la seguridad de que es cierta esta noticia?

—¡Ya lo creo!

Estrañi quedóse pensativo.

En su corazón avivóse el fuego de sus primeros amores con Josefina.

Ésta ya era libre: ya era posible, por lo tanto, ir á verla y hasta hablarla de los días de su ventura.

El conde siguió hablando de generalidades con el médico.

Éste no respondíale más que lo necesario para no faltar á la educación.

Por lo demás, anhelaba vivamente quedarse solo.

El de la Estrella se puso en pie.

—Amigo Estrañi,—dijo,—¿quedamos en que mañana almorzáis conmigo?

—Desde luégo. ¿Qué hora os parece más conveniente para ver á vuestra sobrina?

—A la que queráis.

—¿Las once?

—Muy bien. Es la más oportuna.

El conde y el médico cambiaron un apretón de manos.

El segundo acompañó al de la Estrella hasta la salida de la estancia.

Cuando el conde hubo repasado la puerta, el doctor dirigióse de nuevo á su aposento.

—¡El conde ha muerto!—exclamó, dejándose caer sobre un sillón.—¡Ah! Nunca he deseado la desgracia de nadie, pero ahora no puedo disimular mi gozo. Josefina es libre. Aun queda una esperanza de que, pasado algún tiempo, sea mi esposa. ¡Pobre mártir! ¡Cuánto ha sufrido el tiempo que ha estado casada con Massi!

Aquella noche Roberto apenas pudo conciliar el sueño.

Su imaginación estuvo forjándose las más dulces ilusiones.

Al siguiente día apenas amaneció abandonó el lecho.

Nunca parecióle que resbalaban las horas con más lentitud que aquella mañana.

—Lo que siento,—se dijo,—es haber dado una palabra concreta al conde. De otro modo, no iría hoy á su casa; pero no hay más remedio; y también conviene que vaya un poco más tarde á visitar á Josefina. ¿Cómo me recibirá? Creo que bien. No creo que se haya borrado por completo de su corazón el recuerdo de nuestros amores. La veré, y si me recibe con amabilidad, seguiré visitándola, pues no sería oportuno que hoy la hablase de mi pasión.

Estrañi dirigió una mirada á la esfera de un reloj que había sobre la chimenea.

Las agujas marcaban las diez.

—Ya es hora de ir á casa del conde de la Estrella, —se dijo, y calándose el sombrero, salió de la estancia.

Poco después aventurábase por las calles de Madrid en dirección á la vivienda del conde.

La enfermedad que padecía la sobrina de éste era una dolencia muy generalizada en la juventud actual.

Estaba anémica.

Estrañi dijo reservadamente á su amigo que no era difícil de corregir aquella pobreza de sangre.

—Que tome reconstituyentes y que salga á paseo en las horas del sol. No podéis comprender la gran influencia que esto segundo ejerce sobre la salud.

—¿Luego la enfermedad de mi sobrina no es peligrosa?

—Se ha acudido muy á tiempo. Hay en la sangre

falta de glóbulo rojo; pero siguiendo el sencillo régimen que os he dicho, y haciendo que tome un preparado de hierro, creo que la anemia que padece ha de corregirse.

—Perfectamente, doctor.

Estrañi sentóse á la mesa con la condesita, su sobrina y el conde.

Éste obsequióle con un opíparo almuerzo.

Terminado éste, el doctor dijo:

—Señores, hoy las circunstancias van á privarme de la satisfacción de permanecer en esta casa tanto tiempo como desearía.

—Amigo Estrañi,—dijo la condesa,—podéis retiraros cuando gustéis. Los que tienen vuestra profesión y una idea exacta de sus deberes, como os sucede á vos, no deben guardar esas fórmulas de la etiqueta.

—¿Os espera algún enfermo?—preguntó el conde.

—Sí, señor.

—En ese caso no os detengáis.

Estrañi despidióse de las señoras.

Luégo, alargando su mano al de la Estrella:

—Amigo mío,—le dijo,—ya tendré el gusto de pasar por aquí para ver los progresos que hace la salud de vuestra sobrina.

—Cuando queráis.

El médico hizo un saludo, saliendo del aposento.

Eran las dos de la tarde, esto es, la hora más á propósito para que el médico realizara sus ardientes deseos de ver á Josefina.

Imposible es describir la multitud de pensamientos que cruzaron por su imaginación al recorrer el trayecto que mediaba entre la vivienda del conde y la casa de Josefina.

—¿De qué modo me recibirá?—preguntábase el médico, que, como hemos dicho, sentía despertarse en su corazón el fuego de su primer amor. ¡Ah! no creo que censure mi conducta por haberme negado á asistir al hombre que fué su esposo. Ella sabe mejor que nadie los motivos que me obligaban á ello.

Cuando Estrañi llegó á la calle en que vivía Josefina, se detuvo.

—Aun dudo,—exclamó;—paréceme imposible que voy á ver de nuevo al ángel en que cifré las primeras ilusiones de mi juventud.

El médico penetró en el zaguán.

—¿La señora condesa?—preguntóle al portero.

—La condesa está en casa,—respondió el interpelado,—pero creo que no recibe absolutamente á nadie.

—¿Es cierto que el conde ha muerto?

—Sí, señor, vilmente asesinado en Sevilla.

—Preguntaré por la condesa, y si no me recibe, dejaré dicho mi nombre.

—Como gustéis.

Estrañi aventuróse por la escalera.

Un instante después se detuvo junto á la puerta del piso principal y agitó el cordón de la campanilla.

Andrés abrió la puerta.

—¿La condesa de Massi?—preguntó el galeno.

—Tened la bondad de sentaros: voy á hacer que os anuncie una de las doncellas.

Nuestros lectores saben la leve vacilación que tuvo Josefina al saber que Roberto esperaba en la antesala.

Estrañi penetraba en el aposento de la condesa un instante después.





CAPITULO LXXXII

En busca de reposo.



Es indescriptible la mirada que cambiaron el médico y Josefina.

El lenguaje de los ojos es muchas veces más elocuente que el de los labios.

Josefina, algo ruborizada, alzó sus pupilas con cierta timidez.

Parecía decirle al hombre que supo inspirarle su primer amor:

—Yo sigo amándote, Estrañi: hoy más que nunca se despiertan en mi alma los dulces recuerdos de nuestro cariño; pero no me hables ahora en este sentido, pues visto el negro traje de viuda, el cadáver de mi esposo ha bajado á la tumba recientemente.

Estrañi, como si comprendiese lo que aquella mirada le decía, pareció responder con la suya:

—Te comprendo, amor mío: no temas que hoy te descubra la pasión que siempre me inspiraste. ¿Qué significa algún tiempo más para el hombre que creía cerradas para siempre las doradas puertas del alcázar de la ventura, y que vislumbra que pronto han de abrirse para él?

Estrañi se adelantó hacia la interesante viuda.

Luégo alargóle la mano que Josefina estrechó.

—Señora,—dijo el médico,—acabo de saber la desgracia que os aflige, y me he apresurado á venir á esta casa.

—Gracias, Roberto.

—Hay situaciones en la vida que cuantas palabras se dirijan á las personas que las sufren son inútiles: una de ellas es en la que os halláis.

—Sentaos, Estrañi.

El médico obedeció, ocupando una silla á una respetuosa distancia del sillón en que se hallaba la dama.

—¿Y vuestra hija?—preguntó.

—La pobre está enferma.

—Es natural; sin embargo, es preciso que tanto ella como vos deis cabida en vuestros corazones á la resignación, conformándoos con los altos designios de Dios.

—Ya lo hago, Roberto: si mi esposo hubiera dejado de existir como consecuencia de una enfermedad, estaría más tranquila; pero no puedo acostumbrarme

á la idea de que haya muerto cobardemente asesinado.

Y una lágrima rodó por la pálida mejilla de Josefina.

—Procurad alejar de vuestra memoria ese triste suceso.

—¡Si fuera dependiente de la voluntad!

—¿Y decís que Adelina está enferma?

—Sí, señor.

—No me extraña: es una niña impresionable, como todos los temperamentos nerviosos. ¿Está acostada?

—Hace un instante que se retiró á su estancia.

—Pero ¿ha estado levantada estos días anteriores?

—Sí, doctor.

—¿Qué caracteres presenta su dolencia?

—Los que advertimos los profanos en los enfermos del espíritu. Una gran palidez cubre sus mejillas, no hace más que llorar, y no consigo que domine su horrible inapetencia.

—No saldré de esta casa sin haberla visto.

—Bien, doctor: yo os lo agradeceré infinito.

La condesa iba á salir del aposento para llamar á su hija, pero Estrañi la detuvo con estas palabras:

—Si vuestro objeto es llamar á Adelina, dejadla que descanse un rato; yo no tengo prisa, señora. Dicen que los médicos hacemos visitas breves, pero yo pierdo en esta casa el carácter de mi profesión: antes que médico soy amigo.

—Gracias, Roberto; ya lo sé. La dolencia de mi hija es lo único que en la corte me detiene.

—¡Cómo! ¿Pensáis ausentaros de aquí?

—Sí; pero no puede decirse que es un viaje el que pienso emprender, pues me instalaré con mi hija en la quinta de los Tilos.

—Perfectamente: es una medida muy acertada. Allí os distraeréis con las flores, haciendo una vida sana y tranquila.

—Esto último es lo que ambiciono.

—No lo dudo.

En aquel instante levantóse la cortina que cubría la puerta, dando paso á la hija de la condesa.

La joven, al ver que su madre no estaba sola, retrocedió un paso; pero reconociendo en seguida á Roberto, exclamó:

—¡Ah! ¿Sois vos, Estrañi? Dispensad si he hecho un movimiento para alejarme. No os había conocido.

—He querido cumplir con el deber de ponerme á vuestras órdenes.

—Gracias, doctor.

—Y lo celebro tanto más, cuanto que vuestra madre me decía hace poco que estáis ligeramente indispuesta.

—No es nada.

El médico pulsó á Adelina.

—Lo que había supuesto, —dijo después de un instante.—Esta niña tiene muy exacerbados los nervios.

—Y no come nada.

—Pues es preciso hacer un esfuerzo y dominar esa inapetencia.

—No me es posible.

—¿Dormís poco?

—Poquísimo.

—Con vuestro permiso voy á recetar un jarabe, cuyas cualidades calmantes han de ser muy provechosas á la enfermita.

Estrañi, al decir esto, se aproximó á una mesa, sobre la que había recado de escribir.

Dejó correr la pluma sobre una cuartilla de papel.

—Tomad una cucharada de este jarabe que acabo de recetar un poco antes de acostaros.

—Perfectamente, doctor.

—Conviene además que os alimentéis procurando desechar de vuestra imaginación las preocupaciones, únicas promovedoras de la crisis por que atravesáis.

—El doctor aprueba que salgamos de Madrid, dijo Josefina á su hija.

—A mí también me agrada ir á la quinta.

—¿Hay inconveniente en emprender ese pequeño viaje?

—Ninguno, señora; por el contrario, cs servirá de distracción; lo que ahora conviene á ambas, como os he dicho, es una tranquilidad absoluta, y ésta la obtendréis en la quinta mejor que aquí.

—Desde luégo: constantemente están visitándonos personas á quienes no es posible dejar de recibir.

—Y estas personas os hablarán de la desgracia ocurrida, abriendo más las heridas de vuestro corazón.

—Es cierto.

—Yo os prometo que iré con frecuencia á saludaros y á ver si Adela progresa hacia la salud.

—Mucho lo estimaré, Estrañi.

—De todas maneras, si, lo que no creo, me necesitáis, ya sabéis que al menor aviso me presentaré en la quinta.

—Lo sé, Roberto. Veremos si allí se mitiga algo la pena que nos devora: no lo creo, pero se hará una tentativa.

—Y ¿por qué no lo creéis?

—¡Ay, Estrañi! la felicidad ha huído para siempre de nosotras. Aun mi Adela es una niña, se encuentra en la edad de las ilusiones, y mientras éstas existan son como el pomposo verdor de los árboles, que aunque muere en la invernada, vuelve á retoñar á la siguiente primavera. Ella será feliz, es el único consuelo que me queda.

—Y vos también lo seréis, señora.

Josefina movió la cabeza tristemente.

—Lo seréis, porque habéis sabido cumplir con vuestros deberes de hija, de esposa y de madre, y Dios tiene que recompensaros.

—Mucho creo en su misericordia, pero dudo que la felicidad pueda sonreirme.

Estrañi fijó en la viuda una expresiva mirada.

Luégo dijo:

—No perdáis la esperanza: yo también creía que había muerto en mi corazón, y no obstante la siento

germinar de nuevo, como esas verdes hojas que brotan al templado beso de la brisa primaveral.

Estrañi estrechó de nuevo la mano de la condesa.

Luégo despidióse de Adelina y salió de la estancia, no sin fijar otra vez sus ojos en Josefina.

Madre é hija guardaron silencio algunos instantes.

La primera lo interrumpió.

—¿Por qué has abandonado el lecho?—preguntó á la joven.

—No podía dormir.

—Anda, échate un rato: mañana mismo salimos de Madrid; y aunque el trayecto que nos separa de la quinta es corto, conviene que descanses.

La joven dió un beso en la frente de su madre y salió de la estancia, dirigiéndose á la suya.

Josefina, reclinada en el sillón, con la mano apoyada en la frente, ensimismóse en sus pensamientos.

¡Cuántos recuerdos afluyeron á su mente!

Acordóse de los felices días de su juventud, pasados en Nápoles al lado de su padre el doctor Montalbi.

Luégo pensó en sus amores con Roberto.

—¡Cuán feliz hubiérase deslizado su existencia si me hubiese casado con él en vez de unirme al conde! ¡Mi padre no quiso! ¡Ah! ¡si es cierto que los que abandonan este mundo ven á los seres queridos que dejan en este valle de lágrimas, cuántas habrá derramado mi padre al ver mi desventura!

Josefina rompió á llorar.

De pronto, enjugándose el llanto con su blanco lenzuelo, dijo:

—Estrañi asegura que aun puedo ser dichosa: ¿por qué me habrá dicho esto? ¿Será una frase de consuelo que dirigiéronme sus labios, ó aun restará algún fuego entre las cenizas de nuestros amores? Yo le amo, jamás he dejado de amarle: hoy puedo decírselo, porque soy libre, porque no ofendo al conde con esta confesión; pero, Roberto, ha pasado tanto tiempo, han transcurrido tantos años desde que me dirigió sus últimas palabras de amor... Me ha prometido que irá á visitarnos á la quinta, y tengo la certeza de que cumplirá su palabra.

Josefina pasó el resto de la tarde embebecida en sus reflexiones.

Cuando llegó el crepúsculo, presentóse una criada llevando un candelabro con varias bujías encendidas.

La dama despertó de su letargo.

—¡Qué tarde es! —dijo, fijando sus ojos en un reloj de sobremesa.

—¿Quiere la señora que sirva la cena?

—¿Se ha levantado mi hija?

—Sí, acabo de oir sus pasos en su habitación.

—Bueno, llámala.

La doncella obedeció.

Madre é hija sentáronse junto á la mesa, que estaba cubierta con un blanquísimo mantel.

—¿Has dormido algo, Adelina?—preguntó la condesa.

—Un poco.

—Es necesario que desde mañana empieces á tomar la medicina que te han recetado.

—Confío poco en ella.

—¿Por qué? Estrañi siempre ha sido un buen médico.

—No dudo de su ciencia; pero la enfermedad que sufro no se desarraiga tomando jarabes.

—¡Qué niña eres!

La joven inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Si supieras,—dijo después de una pausa,—lo que he estado pensando hace poco.

—¿Qué pensabas?

—Es una idea que me persigue desde hace algunos días, y que se ha arraigado mucho más en mi alma desde que he oído la opinión del doctor.

—Dímela, hija. Háblame con franqueza. ¿Qué amiga encontrarás como tu madre?

—Ninguna.

—¡Bien puedes asegurarlo, Adelina!

—No me agrada desde que hemos sufrido estas desgracias más que la soledad. No encuentro consuelo más que en la oración.

—Lo mismo me sucede á mí. Parece que estás retratando lo que siento en mi alma.

—No me desagrada ir á la quinta de los Tilos, porque allí serán contadísimas las personas que vayan á vernos.

—Unicamente Estrañi.

—No obstante, si en vez de ir á la quinta ingresásemos en un convento...

—¿En un convento?

—Sí, madre. La vida tranquila que en esos asilos de la oración se hace, es el límite de mis aspiraciones.

—Te cansarías.

—No lo creas. Sobre todo, aun suponiendo que así fuese, como no se trata de hacernos esposas de Dios, sino de pasar una temporada como pensionistas, mal puedo arrepentirme.

—Lo pensaré. Por el pronto, iremos á la quinta mañana mismo. ¡Quién sabe si en aquella soledad encontraremos el sosiego que nuestras almas necesitan!

Adela guardó silencio, no queriendo contrariar á su madre.

Al siguiente día, apenas amaneció, un carruaje esperaba junto á la vivienda de la condesa.

Ésta había ordenado que estuviese dispuesto á aquella hora para emprender el corto viaje.

Madre é hija, completamente vestidas de negro y cubiertas con espesos velos, aventuráronse por el zaguán en dirección al vehículo.

Ambas se acomodaron en el interior de éste.

Los caballos emprendieron la marcha.

Pocos instantes después salían de la corte siguiendo la ribera del río Manzanares.

Durante el camino, ni Josefina ni su hija desplegaron los labios.

Hallábanse sumidas en sus más profundas meditaciones.





CAPITULO LXXXIII

De la quinta al convento.



No necesitamos describir la quinta de los Tilos, puesto que ya lo hemos hecho en otras ocasiones.

El extenso parque que rodeaba la casa hallábase cubierto de hermosas flores.

Corrían por entonces los últimos días del mes de Mayo.

Josefina no apartaba sus ojos de los de su hija los primeros días de su residencia en el campo.

La joven continuaba tan triste como de costumbre.

Una hermosa tarde que ambas se hallaban sentadas bajo la apacible sombra de un emparrado, Josefina fijó una dulce mirada en su hija.

Ésta tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

La condesa se apoderó de las manos de su hija.

—¡Qué niña eres,—la dijo,—y cómo atormentas tu imaginación!

—¡No puedo remediarlo, madre de mi alma!

—Pues es preciso que hagas un esfuerzo. Ya sabes lo que el médico te recomendó.

—¡Si esto dependiese de la voluntad!

—Mucho puede hacerse.

—Madre, la víspera de venir aquí te expresé mi deseo, y únicamente de esta manera podría encontrar algún alivio.

—¿Insistes en el propósito de ingresar en un convento?

—Más que nunca.

—Después de todo, no me parece mal el proyecto.

—Al venir aquí creíamos que la soledad disiparía nuestras penas, y éstas parece que toman más incremento en nuestro corazón.

—Sin embargo, yo no vuelvo por ahora á la corte: la casa donde vivimos me ahoga; no puedo respirar; parece que les falta aire á mis pulmones.

—Pero en un convento...

—¡Quién sabe! Deja que lo reflexione unos cuantos días.

Una sola idea que no se apartaba de la mente de Josefina era la que impedíala complacer á su hija.

Estrañi, como nuestros lectores saben, había prometido ir á visitarla.

La condesa deseaba vivamente verle.

La visita de Roberto se efectuó dos días después.

Una mañana el médico presentóse en la quinta sobre un magnífico alazán.

Echó pie á tierra, entregando las bridas del noble animal á Andrés, que era uno de los criados que habían seguido á la condesa.

—La señora se halla en el parque,—dijo Andrés.

Estrañi dirigióse hacia la plazoleta que había delante de la casa.

Aquella plazoleta, en cuyo centro había una fuente, hallábase adornada con macizos semejantes á los que hermosean los jardines ingleses.

Sobre el menudo y verde césped alzábanse multitud de flores, de variados matices, que embalsamaban el ambiente.

Josefina, al sentir el rumor de los pasos de Estrañi, levantó la cabeza.

Al ver al médico agitóla un imperceptible estremecimiento.

Roberto se aproximó.

—Señora,—la dijo,—vengo á cumplir mi palabra.

—Os lo agradezco mucho, Estrañi, sentaos.

El médico sentóse en el mismo banco de piedra en que se hallaba Josefina.

—¿Empezáis á sentir alguna tranquilidad?—preguntó después.

—Poca, Roberto; prescindiendo de que la pérdida que he sufrido es irreparable, la preocupación de mi hija va acentuándose cada día más.

—¡Pobre joven! Es toda corazón.

—Ahora tiene una idea que no puedo alejar de su mente.

—¿Cuál, señora?

—Está empeñada en que pasemos algún tiempo en un convento.

—¿Y qué la habéis dicho?

—Aun no me he decidido á complacerla, pero será necesario hacerlo.

—Después de todo, quizás se distrajese su ánimo con las novicias.

—Pero temo que se acostumbre á la vida del convento, y quiera profesar.

—No, en el período de un año creo que se hallen cicatrizadas las heridas que hoy tiene.

—¡Quién sabe! Esa criatura es tan tenaz.

—De todas maneras, si os decidís á complacerla, yo tendré el gusto de ir á visitaros: como comprendéis, mi carácter de médico de la reina me abre todas las puertas.

Josefina se sonrió.

Aquella promesa halagábala sobremanera.

El temor de dejar de ver á Estrañi era lo único que habíala obligado á no complacer á su hija.

Estrañi permaneció dos horas en la casa de la condesa.

Durante ellas estuvo conversando con la dama.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para no revelarle que su antigua pasión se conservaba íntegra en su pecho.

Antes de salir de la quinta vió á Adelina, á quien recomendó que tuviese mucha tranquilidad.

Luégo, montando de nuevo en su caballo, emprendió el camino de la corte.

Aquella misma noche Josefina dijo á su hija:

—Adela, mi deber como madre es hacer cuanto posible sea para que destierres tus preocupaciones. ¿Crees positivamente que pasando una temporada en un convento se aminorarán tus penas?

—Creo que sí.

—En ese caso, poco nos cuesta hacer una tentativa.

La joven estampó un cariñoso beso en la frente de la condesa.

—¡Qué buena eres, madre mía!

—Mañana mismo saldremos de aquí y hablaremos á la abadesa de las comendadoras de Santiago.

Con efecto, al siguiente día la condesa y su hija salieron de la quinta, dirigiéndose á la corte.

El cochero había recibido orden de no detenerse

sino delante del pórtico del convento de las comendadoras.

Así lo verificó.

La condesa y Adela echaron pie á tierra.

Luégo llamaron.

—¿Quién es?—preguntó la tornera.

—Abrid, madre,—respondió dulcemente Adelina.

La religiosa, después de observar por la mirilla y ver á las dos damas, descorrió el pesado cerrojo, abriendo la puerta.

Josefina y la joven repasaron el umbral, entrando en el locutorio.

—¿Preguntáis por la señora comendadora?—dijo la tornera.

—Desearíamos hablarla un instante.

—Tened la bondad de sentaros: voy á llamarla.

Madre é hija ocuparon un banco.

La comendadora no se hizo esperar.

Era una mujer de unos sesenta años, alta y enjuta.

Sus ojos, sin expresión, fijáronse en los de la condesa.

—¿Qué deseáis, señora?—preguntó á Josefina.

—Madre, sentiría mucho haberos interrumpido en vuestros quehaceres.

—No. Precisamente había terminado mis oraciones.

—El objeto de mi venida es haceros una súplica.

—Si en mi mano está el complaceros, no dudéis que he de hacerlo con muchísimo gusto.

—Pues sólo de vos depende.

—Os escucho.

—Nos hallamos á la raíz de una horrible desgracia, madre,—dijo Josefina:—mi esposo, que era el conde de Massi, ha dejado de existir.

—Gran desgracia es, pero hay que sufrirla con resignación.

—Nuestro deseo es pasar una temporada en este tranquilo recinto.

—Desde luégo; y tengo la seguridad que aquí se calmarán vuestras aflicciones.

—Esa es nuestra esperanza.

—Y ¿cuándo queréis ingresar en el convento?

—Si es posible, desde ahora mismo.

—Perfectamente. Voy á disponer que os arreglen dos celdas. ¿Supongo que no querréis que se os trate con la austeridad que á mis hermanas?

—Ambas quedaremos en calidad de pensionistas.

—Muy bien. Seguidme.

La madre abadesa, á quien conoceremos desde ahora por el nombre de Asunción, aventuróse por una escalera que conducía á una espaciosa sala.

Ésta daba paso á una galería abierta sobre el patio.

En la pared opuesta á la que hallábanse las ojivas había varias puertas.

Cada una daba entrada á una pequeña celda con una ventana cubierta con una celosía.

La madre Asunción penetró en una de las habitaciones.

—¿Os agrada esta celda?—preguntó á Josefina.—Acostumbrada al lujo que en vuestra casa tendríais, ha de sorprenderos tanta humildad.

—No lo creáis: precisamente lo que me encanta es la pobreza de este aposento.

—El contiguo puede ocuparlo vuestra hija.

—¿Está desocupado también?

—Sí, señora. Las ventanas de las dos habitaciones caen sobre el jardinillo que tenemos para nuestro recreo. Aunque es pequeño, hay muchas flores, que esta señorita cuidará, como hacen las novicias, si tiene afición á ello.

—Muchísima, madre,—dijo Adela.

Y luégo, fijando sus azuladas pupilas en la comendadora:

—¿Hay muchas novicias en el convento?—preguntó.

—Ahora dos tan sólo, pues hace pocos días que ha profesado otra.

—¿Son pensionistas como nosotras?

—Paréceme que la más joven profesará también dentro de algunos meses, que es cuando espira el año de prueba.

—¡Quién sabe si á mí me sucederá lo mismo!

—Si tenéis verdadera vocación para la vida del claustro, ¡quién sabe!

—Aun es demasiado joven para pensar en esto,—interrumpió la condesa.

—¡Ah! no creáis que una de las novicias que aquí

tenemos la llevará muchos años! Precisamente es la joven que piensa profesar. Es hija de unos padres distinguidos, hasta el punto que creo que si se decide á ser esposa de Dios, la apadrinarán los reyes.

—¿Cómo se llàma esa joven?

—Cecilia,—respondió la abadesa;—habréis oído hablar de su padre seguramente: es el conde de Villalares.

—Con efecto,—respondió Josefina,—le he oído nombrar muchas veces.

Las dos pensionistas y la abadesa pasaron al refectorio, donde les esperaba la modesta y frugal comida de las esposas de Dios.





CAPITULO LXXXIV

En el jardín.



A madre Asunción sentóse en uno de los frentes de la mesa.

Catorce monjas y dos novicias ocuparon sus puestos respectivos.

La comendadora dijo:

—Hijas mías, tengo el gusto de presentaros á estas dos señoras, que pasarán una temporada con nosotras.

Todas las miradas fijáronse en la condesa y en su hermosa hija.

La abadesa dijo una oración, á la que respondieron las monjas.

Luégo empezaron á comer.

Adelina no apartaba sus ojos de una hermosa novicia que ocupaba un asiento enfrente del suyo.

Desde luégo comprendió que debía ser la señorita de Villalares.

Con efecto, no se equivocaba.

La hija del conde era encantadora.

Sus negros y lustrosos cabellos eran finos y brillantes como la seda.

Sus ojos, negros también, guarnecidos de largas y arqueadas pestañas, tenían una expresión arrobadora.

Unanse á estos encantos un cutis blanco como la nieve, una nariz correcta y unos labios cárdenos como la flor del granado.

—¡Qué hermosa es,—pensó Adela,—y qué simpática debe ser!

Cecilia también fijó varias veces sus ojos en la hija de la condesa.

Cuando terminó la comida, la madre Asunción pronunció una nueva plegaria, que repitieron en coro las siervas del Señor.

Ya era de noche.

Todas dirigiéronse al coro.

Adelina experimentaba el deseo de hablar con la novicia.

Sin embargo, no pudo realizarlo aquella noche, pues después de rezar en el coro, las madres fueron retirándose á sus respectivas celdas.

Josefina y su hija tuvieron que hacer lo mismo, pues la abadesa, siguiendo la tradicional costumbre de los conventos, no se recogía hasta que todas estuviesen en sus habitaciones.

La condesa depositó un beso en la frente de su hija.

—Hasta mañana, madre,—dijo ésta, devolviéndole la cariñosa demostración que acababa de recibir.

Adelina penetró en su celda.

Era ésta una pequeña estancia casi cuadrada.

El mobiliario que en ella había no podía ser más modesto.

Una cama cubierta con una colcha, blanca como los ampos de la nieve.

Una pequeña mesa de pino, sobre la que había una palmatoria sosteniendo una bujía.

Una silla de paja, y sobre una rinconera, una imagen de la Purísima Concepción, resguardada por una urna de cristal.

En la pared, y encima de la cabecera del lecho, había un cristo, y en el muro opuesto un cuadro que exigía restauración, y que representaba el Descendimiento de la Cruz.

Adelina no hizo comparaciones entre aquella modesta estancia y el elegante dormitorio que tenía en su casa.

Por el contrario, sintióse complacida en medio de aquella humildad.

—¡Para qué servían las lunas de Venecia y los ricos tapices de mi aposento!—exclamó.—Allí no era dichosa: de algún tiempo á esta parte he llorado mucho. En cambio, aquí, en esta pobre celda, parece que me hallo más tranquila.

La joven antes de acostarse se asomó á la ventana.

Desde ella descubríase el jardín del convento.

Esta localidad hallábase oscura y triste, no interrumpiendo el silencio más que el murmullo que producía el surtidor de una fuente al caer en la pila de mármol.

Josefina cerró las maderas, empezando luégo á despojarse de su ropa.

Luégo trenzó sus abundantes cabellos y acostóse.

Aquella noche apenas pudo dormir.

Había muchas causas para que estuviese presa del insomnio.

El lecho que encontró en su celda distaba bastante de parecerse al de su casa.

Además, la joven extrañaba el cambio de localidad.

Y prescindiendo de todo esto, acordábase de don Juan de Zúñiga, del único hombre á quien había amado y creía muerto.

Adelina sentíase presa de la mayor inquietud.

Todo se le volvía dar vueltas de uno al otro lado del lecho.

A veces incorporábase para fijar sus ojos en la ventana, esperando ver á través de los intersticios los primeros albores del día.

—¡Qué noche tan larga, Dios mío!—exclamaba frecuentemente.

Y en vano quiso conciliar el sueño.

Antes que amaneciese oyó rumores de pasos en la galería.

Impulsos tuvo de abandonar el lecho; pero no atrevióse á hacerlo.

—Ignoro cuáles son las órdenes de la abadesa,—se dijo,—y no quiero alterar las costumbres en lo más mínimo.

Un eco llegó hasta Adelina.

Era producido por la campana, que tocaba á maitines.

Al mismo tiempo, como si hubiesen despertado al oir las metálicas vibraciones, oyéronse en el jardín multitud de pajarillos que gorjeaban saludando al sol naciente.

Los gorriones piaron desde el alero del tejado, y un tenue reflejo penetró por las mal ajustadas maderas de la ventana de la celda.

Adelina no pudo sofocar su impaciencia por más tiempo.

Saltó del lecho y vistióse.

Hasta ella llegaban los acentos de las siervas de Dios, que elevaban sus plegarias en el coro.

La joven abrió la puerta muy despacio.

Luégo aventuróse por el pasillo.

Como el convento le era completamente desconocido, no tardó en perderse en aquella serie de dilatadas habitaciones.

Por último, en una de ellas se encontró con un anciano.

Éste vestía una chaqueta parda bastante deteriorada, un calzón ancho y raído, cubriendo su calva con un puntiagudo gorro.

Era el demandadero, á quien conoceremos con el nombre de Sebastián.

Sebastián fijó sus ojos en Adelina.

—¡Ah!—exclamó ésta con cierta timidez,—¿tenéis la bondad de decirme dónde estoy?

El demandadero se sonrió benévolamente.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, señorita?—la preguntó.

—Soy de la casa: he venido anoche con mi madre.

—Ya tenía conocimiento de que habían ingresado dos señoras pensionistas.

—Salí de mi celda, y me he extraviado en este laberinto de habitaciones.

—No sois la primera á quien ha sucedido lo propio: el convento es muy grande, y si hiciesen en él las reparaciones necesarias, sería uno de los mejores edificios de Madrid.

Luégo Sebastian, fijando sus ojos en Adelina, la preguntó:

—¿Adónde deseabais dirigiros?

—En busca de las madres.

—Las madres están en el coro, pero en seguida ba jarán al jardín

—Y el jardín, ¿está cerca?

— Sí, señora: ¿no le habéis visto?

—No, ya sabéis que he venido anoche.

—Es verdad, y de noche no habíais de haber bajado.

Sebastián, que era el principal encargado del cuidado del jardín, y que adoraba á sus macizos de flores y á sus cuadros de hortalizas, hizo una seña á la hija de la condesa, indicándola que le siguiera.

La joven obedeció maquinalmente.

—Ya veréis,—dijo el demandadero restregándose las manos,—ya veréis qué cuidado está todo; me paso las horas muertas en el jardinito.

Sebastián aventuróse por una escalera seguido de Adelina.

Al final de aquélla encontraron una puerta, cuyos cuarterones estaban reforzados con una plancha de hierro.

El demandadero la abrió.

El jardín, como ya hemos dicho, no era de grandes dimensiones.

No obstante, Sebastián veíalo más hermoso que el de las Hespérides.

A la entrada había seis acacias de extraordinaria altura, cuyas verdes hojas prestaban una apacible sombra.

En los cuatro ángulos había varias parras, cuyos sarmientos, trepando por barras de hierro convenientemente colocadas, ostentaban á cierta altura los verdes pámpanos y pequeños racimos de agraz.

—¡Si vierais qué moscateles dan estas parrejas!—dijo el demandadero:—es la cosa más rica que ha

criado Dios. Y aquel peral de invierno, y este granado, y aquella higuera: aquí hay pocos árboles, pero buenos, gracias á mis continuos trabajos.

Y Sebastián se inclinó para arrancar una hoja un poco amarillenta que había en un frondoso tilo.

—Rosas,—continuó,—las hay de primer orden; el año pasado se adornó el altar de la Virgen, y aquello daba gloria mirarlo.

Josefina aproximóse á la fuente.

Hallábase situada en el centro del jardín.

Era una pila de mármol recogiendo las linfas que brotaban de un surtidor sencillísimo.

Entre las aguas veíanse pececillos de colores.

—Ved cómo acuden,—exclamó el demandadero sonriendo:—ya saben que se acerca la hora de traerles unas migajas de pan, como todos los días.

Varias palomas cernían su vuelo por encima de los árboles.

—También ésas participarán de vuestros obsequios,—dijo la joven.

—No lo creáis: son muy dañinas y se me comen todos los brotes. Si no fuese porque la madre abadesa las quiere mucho, maldita la falta que hacían aquí.

Y el demandadero, después de proveerse de una rama, sacó de la fuente varias hojas.

Como nuestros lectores ven, era un esclavo del cumplimiento de sus deberes.

—No hay manera,—dijo,—de que todo se encuentre completamente limpio.

—Y eso que trabajáis mucho.

Sebastián se sonrió.

—¡Que si trabajo!—dijo después.—No sé lo que sería de las madres si yo faltase. Apenas amanece barro y limpio el locutorio y el refectorio; además ayudo al sacristán á aviar la iglesia; luégo riego el jardinito y procuro extinguir todos los insectos; pero esto no es posible. Años anteriores puse unos cuadros de hortalizas, y el maldecido pulgón se me comió las habas y las lechugas. ¡No sé para qué ha criado el Señor á esos animalitos! ¡Y las orugas!... Vamos, os digo que es desesperante.

Adelina no escuchaba siquiera.

—Además,—prosiguió el demandadero,—las madres no saben hacer nada sin mí. Hermano Sebastián, —me dice sor Virtudes,—vaya por azúcar, que voy á hacer un dulce. Hermano Sebastián,—añade sor Cristina,—traiga almendras para confeccionar un pastel; y con tantos encargos me tienen vuelto el juicio. Afortunadamente, yo no me arredro por el trabajo, y á todo atiendo y á todas sirvo.

El demandadero dirigióse á la puerta.

—Ya se acercan,—dijo;—pero si no me engaño, son las novicias.

Con efecto, Cecilia Villalares penetró en el jardín un instante después.

A Adelina parecióle más hermosa que la noche anterior.





CAPITULO LXXXV

Confidencias.



La novicia dirigió un saludo á Adelina, y luégo, aproximándose al demandadero, le dijo:

—Sebastián, la madre abadesa me ha encargado os diga que necesita veros.

—Ya empiezan los encarguitos. ¡No os lo decía!

—Id, pues, que está esperando.

—Lo único que os recomiendo es que no cortéis las rosas ni las frutas: el otro día habéis echado á perder un rosal de luna.

—¿Yo?

—O vuestra compañera Rosario, que siempre tiene ganas de bromas, haciéndome rabiar.

Y el demandadero dirigióse á las habitaciones interiores.

Adelina y Cecilia cambiaron una mirada.

La segunda rompió el silencio.

—¿Pensáis permanecer mucho tiempo aquí?—preguntó.

—Mi propósito,—respondióla Adelina,—sería no salir nunca.

—¿Luego tenéis inclinación á la vida monástica?

—Mucha.

—Aquí se vive con tranquilidad, cosa que pocas veces se disfruta en el mundo.

—¡Ya lo creo!

—Además, la madre comendadora es muy buena, ya tendréis ocasión de verlo.

—Me lo ha parecido.

—Aunque amiga de que todos cumplan con sus obligaciones, no es tan meticulosa ni exagerada en sus ideas como algunas otras madres.

—Ayer nos dijo que pensabais profesar pronto.

—Aun faltan tres meses.

—¿Tenéis padres?

—Unicamente padre; mi madre ha muerto hace dos años.

—Algún disgusto grave debéis haber sufrido, cuando tan decidida estáis á sepultar en un convento vuestra juventud y vuestra hermosura.

—¡Ah! ¡he tenido tantos!

—¿Siendo tan joven?

—La poca edad no me ha evitado que sufra grandes penalidades.

—Es singular, pues la madre abadesa nos dijo ayer que la fortuna os ha sonreído, sé que pertenecéis á una ilustre familia.

—Con efecto, mi padre es el conde de Villalares, dueño de una inmensa fortuna; pero ni los títulos de nobleza, ni el oro, bastan á evitar que una joven sea desgraciada.

—Me encuentro conforme con lo que decís: yo tampoco soy dichosa.

—Y eso que también sois joven, verdaderamente hermosa, y, según creo, hija de la condesa de Massi.

—Hemos sufrido una desgracia recientemente: mi padre ha muerto.

—¿Y éste es el motivo de que queráis pasar una temporada en el convento?

—Respecto á mí, éste y otras causas.

Y Adelina exhaló un profundo suspiro.

Cecilia se la quedó mirando algunos instantes.

—Me parece que hay entre nosotras grandes puntos de analogía,—dijo después.

—Es posible.

—Ambas hemos vivido en la opulencia, ambas pertenecemos también á una familia ilustre, y, sin embargo, dejamos voluntariamente el fausto social por recogernos en el asilo del Señor.

—Es cierto.

—¡Quién sabe si también son iguales los motivos que nos inducen á tomar esta resolución!

Adelina deseaba encontrar una persona á quien comunicarle sus penas.

Lo mismo sucedíale á la señorita de Villalares.

Habíanse visto un momento, pero éste fué bastante para predisponer sus corazones á la simpatía y la franqueza.

—¡Cuánto celebro haber encontrado en vos una amiga!—dijo Cecilia,—porque desde este instante os doy este título.

—Con lo cual me satisfago mucho, ofreciéndoos sinceramente una reciprocidad completa.

—Como prueba de ello, ¿queréis que nos refiramos las causas que nos obligaron á renunciar para siempre al mundo?

—No hay inconveniente.

—Voy á abrir el camino de la franqueza, relatándoos mi historia; es breve, y por lo tanto poco os molestaré.

La novicia se aproximó á la puerta para convencerse de que nadie las observaba.

Luégo, apoderándose de una de las manos de Adelina, la condujo hacia un banco de piedra que había junto á la fuente.

—Ya sabéis quiénes fueron mis padres,—comenzó la joven:—excuso deciros, por lo tanto, que no he conocido jamás las privaciones. Por el contrario, siempre viví en medio de la opulencia. Mi madre me ama-

ba con ternura, siempre tenía sus ojos fijos en los míos para adivinar hasta mis más insignificantes deseos, que viéronse realizados al punto.

—Lo mismo sucedíame á mí respecto á mi querida madre.

—En cuanto á mi padre,—continuó Cecilia,—aunque menos cariñoso conmigo que la autora de mis días, sería ingrata si me quejase de su solicitud. Yo era hija única, y por lo tanto todos los extremos eran para mí. De este modo transcurrieron los años de mi infancia, y aun de mi adolescencia, hasta que fuí una mujer; y mis padres, que cifraban en mí todo su tesoro, presentáronme en teatros y en reuniones. ¡Ay, Adelina! ¡Ojalá no hubiese ido jamás á estas últimas! En casa de unos señores conocí á un joven, que desde luégo parecióme muy simpático, y esta simpatía convirtióse bien pronto en una verdadera pasión.

—¿Y quizá no era digno de vos?

—Lo era, porque el único defecto que encontráronle mis padres, no lo era ante mis ojos.

—¿Era pobre?

—Prescindiendo de su escasa fortuna, Arturo, que éste es su nombre, pertenecía á una familia honrada, pero humilde.

¿Y vuestro padre se opuso á vuestras relaciones?

—Se opuso, porque mi padre no quiso transigir con la diferencia social en que mi amado y yo habíamos nacido. No hubo razones para convencerle: decíale á cada momento que el mejor blasón para un hombre

es su honradez y la caballerosidad de sus hechos; pero todo fué inútil. ¡Ay, Adelina, creo que si mi pobre madre hubiese vivido, hubiera logrado convencerle, pero desgraciadamente hacía un año que había bajado á la tumba!

—¿De modo que tuvisteis que renunciar á vuestros amores?

—No hubiera renunciado jamás. Siempre fuí sumisa á la voluntad de mi padre, pero en aquella ocasión no pude.

—Tratábase de entablar una lucha con vuestra alma.

—Es cierto; y á pesar de la prohibición paterna, continúe viendo á Arturo.

—¿Cómo os valisteis para conseguirlo?

—Por las noches, cuando mi padre dormía, yo me asomaba á la ventana de mi aposento y conversaba con mi amado hasta el amanecer. Pero aquella situación fué transitoria; mi padre hubo de observarlo, y dispuso que cambiase de habitación. Las ventanas de ésta daban al parque: era, por lo tanto, imposible de todo punto hablar con Arturo, á menos que éste se expusiese á saltar la tapia. Los criados, por orden de mi padre, habían redoblado también su vigilancia.

—Y ¿qué hicisteis entonces?

—Una mañana, cuando mi padre penetró en mi aposento, como de costumbre, hallóme más grave que nunca. Preguntóme el motivo de mi contrariedad, y le respondí que mi único deseo era ser esposa de Dios.

—Reflexiónalo bien,—me dijo.—Ya lo he reflexionado, - contesté.

—¿Y el conde accedió?

—Una semana después ingresaba aquí como novicia en las Comendadoras. Desde entonces, aunque no puedo negaros que me acuerdo con mucha frecuencia de Arturo, disfruto de cierta tranquilidad, y estoy decidida á profesar, ya que es imposible mi enlace con el hombre que amo.

Cecilia guardó silencio.

Había terminado la historia de sus amores.

Adelina exhaló un suspiro.

—¡Yo soy más desgraciada que vos!—exclamó.

—¡Es posible!

—Aun os queda una esperanza, puesto que no habéis pronunciado los votos, y quién sabe si vuestro padre, antes de esa época, se ablandará, consintiendo que seáis la esposa del hombre que amáis.

—Nunca. Conozco su carácter: sé, por lo tanto, que es imposible.

—De todas maneras, vuelvo á deciros que sois más dichosa que yo, pues tenéis al menos la satisfacción de saber que Arturo vive.

—¿Acaso la persona á quien amabais ha dejado de existir?—preguntó Cecilia.

—Por mi desgracia. Mis padres ignoraban los amores que con él tenía: no sé, por lo tanto, si los hubiesen consentido.

—¿Hará poco que ocurrió esa desgracia?

—Ha muerto en la guerra de Argel.

—¡Ah! ¿Era militar?

—Capitán. El monarca, para honrar su memoria, ha remitido á su tío, el reverendo prior de San Jerónimo, el nombramiento de coronel.

—¡Pobre Adelina!—dijo la novicia.—Comprendo perfectamente vuestra desesperación y el deseo que sentís de obtener la tranquilidad de este asilo.

La hija de la condesa refirióle á la novicia algunos detalles más respecto á sus desventurados amores.

Las dos jóvenes, al final del diálogo, hallábanse unidas con los lazos de la simpatía más estrecha.

El demandadero volvió á presentarse, poniendo límite á las confidencias de las jóvenes.

Sebastián enjugóse la frente con un gran pañuelo de abigarrados colores.

—Ya he cumplido los encargos de la madre Asunción,—exclamó;—pero no me dejarán mucho tiempo tranquilo.

—¡Pobre Sebastián!—exclamó Cecilia sonriéndose.

—Ya os habréis aprovechado de mi ausencia, cogiendo las frutas maduras.

—No lo creáis: no hemos cortado ni frutas ni flores.

—Así me gusta; y para demostraros mi gratitud, voy á haceros un regalito.

Y el demandadero, proveyéndose de una caña, hizo una seña á las jóvenes para que le siguiesen.

Luégo se aproximó á un albaricoquero.

—Aquí están los dos albaricoques más hermosos y

más dulces que se crían en España. A ver cómo se cogen sin que lleguen al suelo.

Y la benévola sonrisa de costumbre apareció en los labios del demandadero.

Cecilia recogió los frutos con la agilidad que Sebastián había indicado.

—Uno para cada una,—exclamó Sebastián.—Milagro que no los ha visto la madre Virtudes, que es más amiga de las golosinas que un perrillo de aguas. Pero comed esas frutas: oigo pasos.

La que se acercaba era la otra novicia.

Rosario, pues éste era su nombre, como hemos dicho, era una joven de veinte años, alegre y vivaracha. Su tez ligeramente morena, y sus brillantes ojos negros, unidos al resto de sus facciones, hacíanla agradable y simpática.

—¿Qué hace el bueno de Sebastián?—preguntó después de inclinar la cabeza para saludar á Adelina.

—Habéis llegado tarde, hija mía,—respondió el demandadero.

—¿Por qué?

—Porque todos los albaricoques que quedan están verdes.

—Bien, otro día.

—No, aun hay en aquella higuera una breva que parece haber recibido la bendición de Dios.

—Veámosla, pues.

El demandadero aproximóse al árbol que había indicado.

Después de hacer un detenido examen, el disgusto más profundo dibujóse en sus facciones.

—¿Qué sucede?—preguntó la alegre novicia.

—¡Qué ha de suceder! Que la madre Virtudes ha debido comerse ayer tarde la fruta que acababa de prometeros.

—Buen provecho le haga.

—No me cansaré de decirlo: es más dañina para los frutos, que esos pícaros gorriones que pían en el alero esperando la oportunidad de nuestra ausencia.

Oyóse un repique de campanilla en el interior del convento.

—Nos llaman para el desayuno,—dijo Rosario.

Cecilia y Adelina la siguieron, mientras Sebastián continuaba quejándose de lo golosa que era la madre Virtudes.

En el refectorio esperaban la comendadora, las monjas y Josefina.

Ésta última se aproximó á su hija.

—¿Dónde has estado?—la preguntó;—madrugué bastante, y cuando dirigíme en tu busca ya no estabas en la celda.

—He ido al jardín.

—Es natural,—dijo la madre Asunción,—habrá estado con las novicias.

—Con efecto,—añadió la hija del conde de Villalares.

La madre Asunción sentóse.

Las demás siervas de Dios siguieron su ejemplo.

El humeante chocolate fué servido y tomado después de elevar una plegaria, según costumbre.

Adelina sentíase más tranquilizada de espíritu.

Aquella vida monótona era la que necesitaba hacer para cicatrizar las heridas de su corazón.





CAPITULO LXXXVI

Orto y ocaso.



RANSCURRIERON tres meses.

Durante este tiempo, Roberto Estrañi, fiel cumplidor de su palabra, había hecho á la condesa algunas visitas.

Con satisfacción advirtió que tanto Josefina como su hija hallábanse más sosegadas.

Esto permitióle dirigir á la primera, aunque no francamente, algunas alusiones respecto á sus antiguos amores.

No contribuyeron poco éstas á que Josefina sintiese nacer en su corazón las gratas dulzuras de la esperanza.

Una tarde hallábanse madre é hija sentadas bajo la apacible sombra del granado que con tanto esmero cuidaba Sebastián.

Entre las verdes hojas descubríanse los rojos frutos que habíanse salvado de las miradas de la madre Virtudes.

Josefina y Adela guardaban el más profundo silencio.

Ambas hallábanse ensimismadas en sus pensamientos.

¡Cuán distintas eran las bellezas de aquellas dos mujeres, y cuán diferentes las ideas que cruzaban por sus imaginaciones!

Josefina hallábase en el período álgido de la belleza de la mujer: sus facciones conservaban toda la corrección, toda la pureza de líneas de la juventud.

Era como el otoño, cuyas brisas, aun templadas, conservan verdor en el campo y hermosas flores de embriagadoras esencias.

Josefina, respecto á su belleza, era el último rayo de la tarde, quizás el más cárdeno y el más intenso.

En cambio, su hija, aunque agobiada por los padecimientos morales, era el hermoso capullo que aun no ha abierto sus fragantes pétalos.

Era el tenue reflejo de la aurora, el amanecer de un hermosísimo día.

Sin embargo, los pensamientos que por sus imaginaciones pasaban no hallábanse en armonía con sus edades.

Lo lógico era que Josefina, á fuerza de sufrimientos y decepciones, viera las cosas del mundo bajo un prisma de tibios colores.

En cambio, Adelina todo debía contemplarlo con los ojos de la ilusión y de la ventura.

No obstante, no era así.

Josefina sentía renacer en su alma las dulces ilusiones de la primera juventud.

Acordábase de aquellos días en que con Roberto y su padre recorría los bosques de las inmediaciones de la ciudad que la sirvió de cuna, de las palabras de amor que Estrañi la dirigía al fijar los ojos en los suyos, diáfanos y azules como la superficie de los lagos de Italia.

—¡Aun puedo ser dichosa!—pensaba.—Aun puede sonreirme la felicidad en el crepúsculo vespertino de la juventud de la mujer.

Y una sonrisa vagaba en sus labios, desplegados por la ilusión.

En cambio, su hija, el hermoso capullo, pensaba:

—Para mí se han cerrado para siempre las puertas de la felicidad: mis ilusionos han muerto apenas brotaron: no me resta más que un camino, ser esposa de Dios, elevando mis plegarias por el hombre que amé y cuya memoria amo todavía.

Una lágrima resbaló por su rostro de nieve.

Josefina, que en aquel instante volvió de su letargo, al ver que su hija lloraba, apoderóse de una de sus manos.

—¿Qué tienes, hija mía?—la preguntó:—¿por qué lloras?

La joven encogióse de hombros.

—No,—prosiguió la condesa,—no es posible que viertas lágrimas sin un motivo. ¿Acaso te hallas cansada de la vida que hacemos aquí?

—Todo lo contrario.

—No creas que lo censuraría: eres casi una niña, y en esta hermosa edad de la existencia, se tiene el lícito deseo de las diversiones.

—Yo no las encuentro sino en la tranquilidad que aquí gozamos.

—¿De veras?

—No lo dudes.

—Sin embargo, nuestra permanencia en esta casa no puede dilatarse mucho: ya hace tres meses que vivimos como dos monjas.

—Y si no te disgustase, te diría una cosa.

—Habla, Adelina mía.

—Mi deseo no es otro que pasar en este convento lo que me resta de vida.

—¡Qué locura! Ya te arrepentirías de ello.

—No lo creas.

—Eres demasiado joven para renunciar para siempre al mundo.

—Madre, lo único, fuera de ti, que en el mundo lla-

maba mi atención, ha desaparecido para siempre; me separa de él la insuperable barrera de la muerte.

—¿Aun te acuerdas de don Juan?

—Y me acordaré mientras palpite mi corazón.

Josefina abrazó á la joven.

—¡Pobre hija mía!—exclamó.

Y cambiaron un beso.

La condesa estuvo contemplando á su hija algunos instantes.

Luégo dijo:

—Tienes diez y siete años: en esta edad, cuando sufren alguna contrariedad nuestros amores, se nos figura que han concluído para siempre nuestras esperanzas y nuestras ilusiones; sin embargo, no es así.

—Las mías han muerto, madre.

—Te engañas. El corazón humano no puede vivir sin ellas. Mira: yo misma, que me encuentro en el otoño de la juventud, alimento algunas ilusiones que templan mis dolores como la gota de rocío refresca el cáliz de la flor.

—¡Dichosa tú!

—Si pasado algún tiempo insistieses en tu propósito de ser monja, no será tu madre la que trate de contrariar tu vocación; pero es preciso que transcurran algunos años.

—¡Madre!

—Sí, hija de mi alma, te engañas á ti misma: crees desear una cosa que en realidad no deseas, y de la que habías de arrepentirte seguramente cuando hu-

bieses pronunciado tus votos, y te fuera imposible, por lo tanto, salir del convento.

—¿Acaso Cecilia, que es tan joven como yo y más hermosa, no va á profesar dentro de pocos días?

—Y ¿qué quieres decirme con eso?

—Que la misma vocación que ella tiene á la vida del claustro, puedo sentirla yo.

—Ya hablaremos, Adelina: mira, tu madre hizo en la vida una cosa en contra de su voluntad. Creíame entonces que el tiempo encargaríase de hacer que desapareciesen las contrariedades que me produjo; sin embargo, ¡si vieras cuántas lágrimas he vertido después, y cuántas veces hubiera deseado la muerte, á no ser porque os dejaba en este valle de lágrimas á Rogelio y á ti!

Ya comprenderán nuestros lectores que la condesa referíase al sacrificio que hizo abandonando al hombre que amaba para casarse con Massi.

—No,—prosiguió, —hay demasiada candidez en tu frente; aun, como antes te he dicho, eres una niña para que renuncies al mundo encerrándote entre las cuatro paredes de un convento. ¡Sabe Dios lo que el porvenir te reserva! ¡Ojalá seas tan dichosa como desgraciada ha sido tu madre!

Adela guardó silencio.

No hallábase conforme con la lógica de su madre.

La juventud es siempre así.

No quieren conceder á los años la experiencia que necesariamente dan

—Quieres dar un paso eterno, definitivo,—continuó la condesa,—y yo tengo que contrariarte por ahora.

—Prométeme al menos que continuaremos aquí algún tiempo.

—Desde luégo: por mucho que te plazca esta tranquilidad, no has de hallarte mejor que yo.

La presencia de la hija del conde de Villalares interrumpió el diálogo.

La joven, al ver á Josefina y á Adela, hizo un movimiento para retirarse, no queriendo interrumpir la conversación.

Adelina corrió hacia la novicia.

—No os alejéis,—la dijo, besándola en la frente.

—Temía ser indiscreta.

—Nunca. Ya sabéis que no guardo secretos para vos.

La condesa sonrióse dulcemente al ver á las dos jóvenes.

Luégo se puso en pie.

—¿Adónde vas, madre?—preguntó Adelina.

—A mi celda.

—¿Quieres que te acompañe?

—No: puedes quedarte con Cecilia.

La joven no insistió.

Deseaba vivamente explayarse un rato con su hermosa amiga.

Apenas hubo repasado la condesa la puerta del jardín, la joven fijó sus ojos en Cecilia.

—¡Si vieseis qué contrariada me encuentro!—dijo.

—¿Por qué?

—Acabo de tener un pequeño altercado con mi madre.

—¿Es posible? Casi no me atrevo á creerlo. Vuestra madre es muy buena.

—No seré yo quien diga lo contrario.

—Y os quiere mucho.

—Es verdad.

—Entonces, ¿cuál es la causa del disgusto que acabáis de tener?

—Se opone á que profese cuando haya terminado el año de prueba que se exige á las novicias.

—Es natural, Adelina.

—¿Lo creéis también así?

—Es claro. No porque dude que fueseis una buena esposa de Dios, sino porque nuestros padres temen que nuestra juventud nos haga recordar la vida engañosa de la sociedad á que sinceramente renunciamos.

—¿Cuándo profesáis?

—Pasado mañana.

—¡Ah! ¡Con cuánta envidia os veo!

Y la joven exhaló un hondo suspiro.

—Dejad que espire el plazo, y luégo insistís nuevamente sobre el asunto: ya veréis cómo vuestra madre accede á lo que solicitáis.

—¿Vuestros padrinos van á ser los reyes?

—Sí; pero en representación de sus augustas per-

sonas vendrán la condesa de la Estrella y el marqués de Grimaldi.

La tarde declinaba.

Las dos jóvenes retiráronse del jardín.

Cecilia dirigióse á su celda.

En cuanto á Adela, encaminóse á la de su madre.





CAPITULO LXXXVII

La visita regia.



RANSCURRIERON tres días.

Aquel en que debía la señorita de Villalares pronunciar sus votos definitivos, amaneció verdaderamente espléndido.

Habíase adornado la iglesia con multitud de flores, lo cual originóle al demandadero un grave disgusto, pues los macizos del jardín sufrieron un gran deterioro.

—¡Pásese usted el estío regando, —decíase,—para que luégo se arranquen de sus tallos esas pobres florecillas que tantos afanes me cuestan!

Aquel día la novicia hallábase más pálida que de costumbre.

Comprendíase que se hallaba agitada por grandes emociones.

El plazo había espirado.

Aquella noche ya había pronunciado sus votos, ya sería esposa de Dios.

La madre Teresa estuvo hablándola largamente, dándola consejos é instruyéndola en los sagrados deberes que iba á contraer.

Eran las nueve de la mañana cuando sintieron el ruido que producían varios carruajes al detenerse junto á la puerta del convento.

La abadesa apresuróse á ir al locutorio.

Una de las monjas abrió.

Los que apeáronse de los vehículos eran: el ministro de su majestad marqués de Grimaldi, y la condesa de la Estrella, acompañados de varios nobles.

No necesitamos describir á estos dos personajes, que ya conocen nuestros lectores.

Ambos saludaron á la abadesa.

—Madre,—dijo el marqués,—no os quejaréis de nuestra puntualidad: nos hemos anticipado á la hora.

—Con efecto, señor ministro, lo que agradezco mucho, pues de este modo podré hablaros de un asunto que me interesa.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Pasad y sentaos: luégo os enseñaré el convento.

—¿Y la novicia?—preguntó la condesa.

—Se halla en oración.

—¡Pobre joven!

La de la Estrella y el marqués sentáronse.

La madre Asunción hizo lo mismo.

—Yo desearía,—dijo ésta,—que vos, como ministro y persona de confianza de nuestro monarca, cuya vida guarde Dios muchos años, empleaseis vuestra influencia á fin de que una tarde nos honre su majestad con su presencia.

—Nada más fácil.

—El monasterio está muy deteriorado, y necesita algunas reparaciones, con las que quedaría perfectamente.

—Se harán con seguridad: ya sabéis que el monarca es el que más se ha cuidado de embellecer la corte con buenos edificios.

—Con efecto.

—Tanto la condesa, á quien distingue tanto la reina, como yo respecto á su augusto esposo, hemos de hacer cuanto sea posible para que se hagan las reparaciones que con tanta razón pedís.

—Y yo rogaré al Señor que os premie tan buena obra.

La condesa y Grimaldi, acompañados de la madre Asunción, recorrieron el convento.

La comendadora encargóse de hacerles notar los desperfectos que el tiempo había hecho en el edificio.

La hora de que profesase la novicia se aproximaba.

Dirigiéronse, pues, al templo.

Éste hallábase lleno de elegantes damas y distinguidos caballeros.

Entre estos últimos veíase un señor de aspecto respetable.

Era el padre de la novicia, el conde de Villalares.

Las monjas elevaban sus acentos en el coro al compás de las graves notas del órgano.

Presentóse Cecilia.

La joven caminaba con los ojos inclinados al suelo.

Su belleza llamó la atención de todos los concurrentes.

—¡Qué hermosa es!—decían unos.

—¡Y qué rostro tan cándido tiene!

—¡Parece una imagen de los Dolores!

Quitaron el velo á la novicia, pues era preciso despojarla de su abundante y negra cabellera.

Adelina no apartaba los ojos de su amiga, sobre todo en aquel momento, supremo para las mujeres, en que iban á despojar á la joven de uno de sus mejores atractivos.

Cecilia no se inmutó.

Parecía una estatua.

Había nacido con verdadera vocación para la vida del claustro.

Era conmovedor, había algo de sublime en aquella escena, en que se veía á una joven, hermosa como lo era la señorita de Villalares, renunciar á todas las vanidades del mundo para vestir el hábito de las espo-

sas del Señor, símbolo de que había de sepultarse en vida entre las paredes de un convento.

Cecilia pronunció sus votos.

Continuó el órgano invadiendo el templo con sus místicas notas.

Luégo extinguióse la música, los concurrentes fueron saliendo de la iglesia, y todo quedó frío, desierto y melancólico, con ese carácter de la localidad donde habitan los seres á quienes la vocación ó los desengaños obligan á renunciar para siempre á las pompas mundanas y á los goces sociales.

Cecilia pasó el resto del día haciendo oración.

Estaba resignada.

Ella, de no haber sido la esposa del hombre que eligió, no deseaba sino permanecer en el convento.

Desde aquel día sus paseos por el jardín fueron menos frecuentes.

Adquirió súbitamente cierta austeridad de carácter.

Ya no era la novicia que hallábase en condiciones de volver á la vida del mundo; era la esposa del Señor, la sierva que pronunció sus votos y que no podía quebrantarlos jamás.

No obstante, Adelina no cambió su propósito de profesar.

Aunque veía menos á su compañera, y la vida del claustro había de parecerle más monótona, cada vez inclinábase más á ser monja.

El marqués de Grimaldi no dejó de cumplir el encargo que habíale hecho la madre Asunción.

Al siguiente día de haber apadrinado á la hija del conde de Villalares, penetró en la regia cámara.

El monarca hallábase sentado en un sillón cerca de uno de los balcones.

Al sentir el rumor que produjo la mampara al abrirse, el rey fijó sus ojos en el ministro.

Éste avanzó algunos pasos hasta llegar al sitio en que se hallaba el monarca, y besó su mano respetuosamente.

—Señor,—dijo después,—tengo que manifestaros un deseo que el otro día me expresó la madre comendadora de Santiago.

—¿Qué desea la buena madre?

—El monasterio se halla bastante deteriorado y reclama con justicia algunas reparaciones de importancia.

—Recuérdamelo mañana, é iremos al convento.

—Ése es el deseo de la comendadora.

—Pues la complaceré.

—¿Ordena alguna cosa vuestra majestad?

—Nada, Grimaldi.

El marqués salió de la cámara.

—¡Siempre lo mismo!—exclamó:—de algún tiempo á esta parte creo que no disfruto de la confianza del rey. ¡Cuantas veces le pregunto si desea algo, me responde negativamente! ¡Maldito el instante en que O'Reilly hizo la expedición á Argel! ¡Sin tropezar me han desprestigiado á los ojos del monarca!

Pensando esto Grimaldi llegó á su casa; una vez en ella dejóse caer sobre una butaca y ensimismóse en sus meditaciones.

Al siguiente día, á eso de las dos de la tarde, el marqués se dirigía á palacio.

—Señor,—dijo al rey,—vengo á recordar á vuestra majestad lo que ayer os dije.

—No sé á qué te refieres.

—¿No os acordáis de las pretensiones de la comendadora?

—¡Ah! sí, es verdad; precisamente me disponía á dar un paseo por el Retiro; antes iremos al monasterio.

Y el monarca se puso en pie.

Luégo salió de la cámara seguido de su ministro.

La tarde estaba apacible.

El rey subió al carruaje, que esperaba junto á la soberbia escalera de piedra.

Grimaldi sentóse á su lado.

El coche se puso en movimiento, seguido de la regia escolta y de un caballerizo.

Durante el trayecto, el monarca no dirigió la palabra al marqués.

Éste sentíase presa del mayor disgusto.

Detúvose el coche en la calle de Quiñones, junto al convento.

El rey y el ministro se apearon á tiempo que abríase de par en par la puerta del edificio.

La madre comendadora hallábase en el locutorio.

Don Carlos y el marqués repasaron el umbral.

—Señor,—dijo la madre Asunción,—no sabe vuestra majestad lo mucho que agradezco la molestia que se ha tomado.

—Madre,—respondió el rey,—tengo sumo gusto en visitar este monasterio, para que me digáis cuáles son las reparaciones que se deben hacer.

—¡Tanta bondad!

—¿Adónde puedo encaminar mis pasos con un fin más piadoso y justo?

—¿Quiere descansar vuestra majestad algunos momentos?

—No.

—En ese caso, indicaré las reformas que en mi concepto deben hacerse.

—Con sumo gusto.

La madre aventuróse por la escalera, llevando á su derecha al rey.

El ministro seguíalos á corta distancia.

—Hé aquí el refectorio, señor,—dijo la abadesa.

—¡Hermosa habitación!

Y el rey aproximóse á un lienzo que representaba la cena de los apóstoles.

—¡Buen cuadro!—dijo.

—Hay algunos muy hermosos, particularmente en la iglesia.

Don Carlos fué recorriendo las principales habitaciones de la planta baja.

En una de éstas hallábase el demandadero Sebastián, que quitóse con respeto su puntiagudo gorro negro.

—Esta puerta,—dijo la madre Asunción,—conduce al pequeño jardín que tenemos para el recreo de las hermanas y las novicias.

Hasta el rey llegó una carcajada fresca y sonora, lanzada por la novicia Rosario.

—¡Eh, niñas!—exclamó la abadesa.—Dispénselas vuestra majestad, pues ignoran que estáis aquí.

—Dejadlas, madre,—dijo el rey,—y veamos el jardinito.

Sebastián hinchó los carrillos.

Era dichoso.

El rey había expresado el deseo de ver la localidad que él cuidaba; esto es, aquel pequeño verjel en que cifraba su ventura.

Apresuróse á abrir la puerta.

Don Carlos hizo una seña á la comendadora para que repasase primero el umbral.

Luégo penetró en el jardín seguido de Grimaldi, que no apartaba los ojos del monarca.

¿Habéis visto á las tímidas corzas cuando sienten los rumores de los pasos del cazador?

Primero quédanse fijas, luégo huyen.

Lo mismo hicieron Adelina y Rosario, que eran las dos jóvenes que se hallaban en el jardín.

—¿Qué es esto, niñas?—exclamó la comendadora.—Tened juicio, estáis en presencia de vuestro augusto monarca.

—¡El rey!—exclamó Rosario, en cuyas facciones advirtióse una seriedad que contrastaba con su constante buen humor.

En cuanto á Adelina, fijó sus azules ojos en el monarca.

Éste hizo un movimiento.

—¿Son novicias las dos?—preguntó luégo á la abadesa.

—No, señor: esta joven,—y designó á Rosario,—profesará dentro de dos meses. En cuanto á esta otra, está en el convento como pensionista.

—¡Qué hermosas son!

—Hay que perdonarlas su buen humor: ¡son tan jóvenes!

—Desde luégo; lo extraño sería que á sus años guardasen una circunspección impropia.

El rey no apartaba sus ojos de Adelina.

Había en su cándida hermosura algo que recordábale las épocas felices de su juventud, que refrescaba su frente enardecida, como las brisas cuyo hálito templa el sofocante calor que se advierte en estío.

Don Carlos salió del jardín, no sin dirigir una nueva mirada á la joven.

Grimaldi había comprendido la impresión que Adela causóle al monarca.

Una idea salvadora cruzó por su mente.

—Tanucci,—se dijo,—era un profundo conocedor de las prácticas de la vida. Nadie como yo sabe de qué medios valíase para conservar su privanza. ¿Por qué no he de emplear su sistema, que tan buenos resultados le dió?

Don Carlos hizo á la madre abadesa todo género de ofrecimientos, y luégo salió del convento seguido del marqués de Grimaldi.





CAPITULO LXXXVIII

Ir al fin sin reparar en los medios.



L rey acomodóse en los cojines del carruaje.

Grimaldi ocupó un asiento enfrente del monarca.

Éste parecía hallarse más pensativo que de costumbre.

El marqués rompió el silencio y la reserva en que se encerraba don Carlos.

—Señor, —le dijo, —observo que vuestra majestad se encuentra triste.

El rey fijó sus ojos en el ministro, y una amarga sonrisa dibujóse en sus labios.

—No creas, —dijo después de un instante, que me faltan motivos para estar preocupado.

—¡Quién se ve exento de ellos!

—Nadie, marqués: lo mismo el que ostenta una corona que el pobre mendigo, rinden su tributo á esa vaguedad del dolor que se llama melancolía.

—Con la diferencia que el mendigo tiene sobradas razones para preocuparse, y un monarca raras veces.

—No lo creas. Precisamente lo que me preocupa hoy no puede evitarse aunque sacrificara para conseguirlo todo el oro que encierra la tesorería.

—Creo haber adivinado lo que entristece á vuestra majestad.

—Difícil me parece.

—Posible es que me engañe.

—Habla, Grimaldi. Te prometo responderte con sinceridad.

—Señor, me parece haber adivinado que en vuestro corazón se despiertan sentimientos que de algún tiempo á esta parte os dominan.

—Lo que me preocupa, marqués, es que voy envejeciendo.

—¿Envejeciendo?

—Sí, Grimaldi; y que mientras mi cabeza se cubre de canas y mi frente de arrugas, mi corazón conserva todo el brío y todo el fuego de las pasiones de la juventud.

—Esa víscera no envejece nunca; no lo dude vuestra majestad.

—Estoy convencido.

—Y hace bien poco que habéis podido convenceros de que es así.

El rey entornó los ojos, fijándolos con insistencia en el ministro.

—¿Hace poco?—repitió.

—Sí,—respondióle Grimaldi.

—Quizás no te equivocas.

—¿Va convenciéndose vuestra majestad de que he adivinado los motivos que le producen cierta melancolía?

El rey se sonrió.

Luégo dijo:

—Háblame con franqueza: dime cuanto has observado.

—¿No es cierto, señor, que no os pesa haber venido al convento?

—No: ¿por qué he de decir lo contrario? La madre Asunción es simpática.

—Pero no es seguramente la simpatía de la abadesa la que ha agradado á vuestra majestad.

—Es posible.

—Cuando penetramos en el jardín, mis ojos no se apartaban de los vuestros.

—¿Y qué observaste?

—La profunda impresión que ha producido en vuestra alma una de las novicias.

—¿Aquella joven de ojos azules y rubios cabellos?

—La misma.

—Ciertamente, no puedo menos de decir que es muy hermosa.

—Parece un ángel. ¡Qué expresión tan sublime tiene su mirada, qué candidez hay en su frente, qué blancura en su cutis!

—Marqués,—interrumpió el monarca al oir las admiraciones de Grimaldi,—¿sabes lo que creo?

—Vuestra majestad me dirá.

—Que me atribuyes haber experimentado una emoción que ha sentido tu alma en presencia de esa joven.

—¡Ah! os juro que la admiro como cuando se contempla una obra de arte, pero nada más.

—¡Hablas de ella con tanto fuego!

—Porque verdaderamente es muy hermosa. Por lo demás, señor, yo me he retirado hace tiempo de las campañas del amor: me sucede lo que á los soldados viejos, que no apetecen más que la quietud.

—Lo mismo me sucede á mí.

—En el corazón de vuestra majestad resta más fuego que en el mío. Esto depende del temperamento de cada cual. Vos habéis tenido acentuadas pasiones.

—No te lo niego.

—En cambio yo he mirado siempre á las mujeres con cierta indiferencia: nunca me subyugaron.

—No obstante, no me negarás que es muy dulce dejarse subyugar por una mujer hermosa.

—Sobre todo cuando es casi una niña, como la pensionista que acabamos de ver en las Comendadoras.

El rey guardó silencio un instante.

Luégo dijo:

—Marqués, no puedo negarte que si hubiese conocido á esa niña hace algunos años, esto es, cuando conservaba el brío de mis pasiones, es seguro que hubiera hecho alguna tentativa para conseguir su amor.

—Que hubieseis logrado desde luégo.

—¡Quién sabe!

—Y aun hoy si os lo propusieseis, os sucedería lo mismo.

—No lo creo.

—En cambio, yo en esta ocasión difiero por completo de vuestras opiniones.

—¡Estoy tan viejo!

—Cualquiera al oir á vuestra majestad creería que os halláis en la senectud. Aun hay fuego en vuestros ojos, y más todavía en vuestro corazón.

—Eso sí, Grimaldi, no puedo negarlo; como has dicho muy bien, el corazón no envejece.

—Y tengo la certeza de que si siguieseis una aventura amorosa con la pensionista, desaparecería por completo el hastío que sentís.

—Puede ser.

—Habiendo, pues, esta esperanza, ¿por qué no intenta vuestra majestad hallar alivio en sus preocupaciones?

—¡Doleríame tanto sufrir una decepción!

—¡Una decepción! ¡Esto es imposible! ¡Qué pocas serán las damas que se nieguen á concederos su amor!

—O á fingirlo, por lo menos.

—Lo cual es suficiente: odio la mentira en los labios de los hombres, pero en los de las mujeres hasta me parece agradable y hermosa.

Al terminar esta frase, el coche penetró en palacio por la puerta del Príncipe.

El rey y Grimaldi echaron pie á tierra.

—Marqués,—dijo el primero,—tengo que reflexionar sobre lo que hemos hablado.

—Perfectamente.

—Mañana vé á mi cámara.

—¿A la hora de costumbre?

—Sí.

—No faltaré á la orden de vuestra majestad.

El rey penetró en su estancia.

—Verdaderamente,—exclamó,—esa joven es angelical; sus facciones traen á mi mente gratas memorias de la hermosa juventud. Es preciso recordar aquellos tiempos.

Mientras el rey halagábase con estos pensamientos, bien lejos de suponer que la pensionista era hija de la mujer á quien tanto quiso, el marqués de Grimaldi también ensimismábase en sus ideas.

—Tengo esperanzas de adquirir de nuevo mi influencia cerca del soberano,—se decía;—creo que he puesto el dedo en la llaga. Mañana insistiré en la misma conversación, y don Carlos estará más explícito. Fuerza es hacer cuanto posible sea para gozar de nuevo de la privanza de su majestad.

Grimaldi apoyó su frente en la diestra.

—¿Quién será esa joven? —preguntóse luégo.—Debe pertenecer á una familia distinguida.—¡Quién sabe si veremos en breve reproducirse que un monarca altere la paz del convento, como hizo Felipe IV con la religiosa de San Plácido! Dispuesto me hallo á desempeñar mi papel de conde-duque de Olivares.

El resto del día tanto don Carlos como el ministro estuvieron presos de la mayor preocupación.

El primero no apartaba de su mente la imagen de Adelina.

En cuanto al segundo, esperaba con impaciencia que llegase la hora en que el rey habíale citado.

Como no hay plazo que no se cumpla, llegó en breve el término del que esperaba el ministro.

A la mañana siguiente, media hora antes de la convenida, Grimaldi dirigióse á palacio.

El rey hallábase en su cámara.

El ministro, después de besarle la mano, dijo:

—Ya recordará vuestra majestad la promesa que ayer me hizo.

—Con efecto, te dije que hablaríamos un rato respecto á la pensionista.

—¿Y ha vuelto á acordarse de esa joven vuestra majestad?

—Te confieso que sí. Apenas nos separamos ayer vine á esta estancia y estuve pensando en esa joven. Cuando me retiré á mi dormitorio, tardé mucho en conciliar el sueño, siempre pensando en lo mismo; y cuando conseguí dormirme, he soñado con ella, ni

más ni menos que hacía en los primeros años de la juventud, cuando impresionábame la hermosura de una mujer.

—En ese caso, si á vuestra majestad le parece oportuno, lo que debe hacerse primero es informarse de quién es esa joven, quiénes son sus padres, ó si es huérfana.

—Esto último convendría para nuestro plan.

—Yo me encargo, señor, de hacer cuantas averiguaciones sean necesarias á fin de que vuestra majestad obtenga más facilidades.

—Sin perjuicio de que uno de estos días volvamos al convento, para ver de nuevo á la pensionista.

Grimaldi permaneció una media hora más en la regia cámara, versando el diálogo sobre el mismo tema, que por ser el que halagábale al monarca había de ser el elegido necesariamente por el ministro.

Éste, despues de reiterar á don Carlos el ofrecimiento de que muy en breve había adquirido cuantos pormenores eran necesarios respecto á la joven, salió de la cámara.

Al salir de palacio dirigióse á su casa.

Una vez que estuvo en una de las estancias, agitó el cordón de la campanilla.

Presentóse su ayuda de cámara.

Éste era un hombre de cincuenta años, que hallábase al servicio del marqués hacía mucho tiempo.

—Celebro que seas tú el que ha acudido á mi llamamiento, Manuel.

—¿Qué ordena el señor marqués?

—Cierra esa puerta. Voy á confiarte una misión algo difícil, pues se necesita obrar muy discretamente.

—Señor, ya sabéis que siempre fuí reservado.

—Me consta, y por esto no dudo en confiarme á ti.

—Mandad, señor.

—Es necesario que con la mayor urgencia te dirijas al convento de las Comendadoras de Santiago.

—Muy bien.

—Una vez allí, á fin de poder entrar, encargas á las madres un plato de dulces ó lo que se te ocurra.

—Perfectamente.

—Lo necesario es que conozcas á un viejo demandadero que allí reside, y que, sea del modo que sea, entables conversación con él.

—Esto no me parece difícil.

—No te importe darle una buena propina si consigues saber por su conducto quién es una hermosa pensionista que se halla en el convento.

El marqués entregó á su ayuda de cámara unas cuantas monedas de oro.

—Con esta llave,—dijo,—se abren todas las puertas y son indiscretos todos los labios. Ánimo, pues.

—Descuidad, señor: paréceme que he de cumplir la comisión que me encomendáis á medida de vuestro deseo. ¿Sabéis si en las Comendadoras hay alguna otra pensionista?

—Creo que no; pero no puedo asegurártelo de un

modo concreto. Es una hermosísima joven de ojos azules y rubia cabellera.

—Bien: bástanme estos pormenores. ¿Mandáis alguna otra cosa?

—Nada más, Manuel.

El ayuda de cámara salió del aposento.

—¡Quién había de decir,—exclamó mientras aventurábase por la escalera,—que el marqués volviese á sus años á tener aventurillas de amor! En fin, yo cumpliré su encargo como desea: no he de perder el tiempo, seguramente.

Manuel repasó el zaguán.

Luégo dirigióse hacia la calle de Quiñones.

La puerta del convento de las Comendadoras hallábase cerrada.

El criado disponíase á llamar cuando la puerta abrióse lentamente, dando paso á un anciano de risueña fisonomía.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que era Sebastián el demandadero.

Manuel aprovechó aquella circunstancia para empezar á hacer sus gestiones, como verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.





CAPITULO LXXXIX

Donde Grimaldi se admira de la actividad de su ayuda de cámara.



ois el demandadero de este convento? —preguntó á Sebastián el ayuda de cámara del marqués.

—Para servir á Dios y á vos, —respondió el interpelado.

—En ese caso, necesito haceros una pregunta.

— Cuantas queráis, — respondió el demandadero con su acostumbrada solicitud.

—¿Tenéis mucha prisa?

—Siempre la tengo, porque las madres no me dejan parar ni un instante.

—Os volverán loco.

—¡Ay, amigo mío! ¡No podéis imaginaros lo que aquí se trabaja! Y como yo no sé decir que no á nada, me tienen hecho un verdadero zascandil. A una se la antoja que vaya á la tienda por tal ó cual cosa; la otra me encarga que la compre estampitas; en fin, que únicamente un hombre de mi actividad puede resistirlo con paciencia.

—Si tantas son vuestras ocupaciones, esperaremos una ocasión oportuna para tomar un refresco en una botillería.

—Si lo que necesitáis decirme es urgente, estoy á vuestra disposición; que espere un poco la madre Virtudes, que me ha encargado que la compre sedas de colores para bordar un acerico.

—Vamos, pues.

El demandadero y el criado dirigiéronse á la botillería más próxima.

Una vez en el establecimiento sentáronse junto á una mesa, y Manuel ordenóle al mozo que les llevase un refresco.

—Al instante,—respondió el dependiente.

Manuel comprendió desde luégo el carácter del hombre con quien iba á tratar.

Nada más fácil que sorprender la buena fe del demandadero.

—He oído ponderar,—dijo el ayuda de cámara,—unos confites que se hacen en el convento donde servís.

Con efecto, la madre Magdalena es una especia-

lidad para esas cosas. Hace unos almendrados que se chupa uno los dedos de gusto. ¡Qué manos tiene esa bendita mujer!

—Y también harán cestitos para colocarlos.

—Para esto la madre Ana y la novicia Rosario.

—¿Hay muchas novicias?

—Una tan sólo, pues la hija del conde de Villalares profesó hace poco. También hay en el convento una pensionista; pero hasta ahora no he visto que despliegue habilidades para nada.

—Será una joven que vi hace poco, una tarde que vine á comprar unos dulces en conserva.

—Es muy posible.

—Refiérome á una hermosa joven de rubios cabellos y ojos azules.

—Precisamente.

—Su aspecto es distinguido.

—Pertenece con efecto á una ilustre familia.

—¿Tiene padres?

—Según tengo entendido, perdió hace pocos meses al autor de sus días, que era el conde de Massi.

—¿El conde de Massi?

—Sí, señor.

—¿Y qué tal muchacha es la pensionista?

—Muy sosa, siempre está llorando: se conoce á la legua que ha tenido recientemente algún grave disgusto.

—¿Su nombre?

—Adelina.

—Puede ser que el origen de su aflicción sea algunos amores contrariados.

—¡Qué sé yo! ¡Quién es capaz de saber lo que se oculta en el corazón de una doncella!

Manuel había conseguido su objeto.

No necesitaba adquirir más noticias respecto á la pensionista, supuesto que el demandadero no había de poder proporcionarle otras de mayor interés.

Despidióse de Sebastián.

Éste, antes de separarse del ayuda de cámara, le hizo todo género de ofrecimientos.

—Ya sabéis que podéis mandar libremente,—dijo: —me llamo Sebastián García, y me tenéis á vuestra disposición para todo aquello en que puedan seros útiles mis insignificantes servicios.

—Mil gracias. En cuanto á mí, soy ayuda de cámara del señor marqués de Grimaldi, y me ofrezco á vos con la misma sinceridad que lo acabáis de hacer.

—¡El marqués de Grimaldi!—repitió el demandadero abriendo los ojos desmesuradamente.

—¿Le conocéis?

—Ayer ha estado en el convento acompañando á su majestad.

—Cierto.

—Por más señas, que tanto el monarca como el ministro, vuestro ilustre amo, estuvieron conversando con la abadesa con la mayor sencillez, y recorrieron todas las habitaciones y el jardinito que yo cuido. No le disgustaría seguramente á su majestad cómo está

cuidado este último. Verdad es que en su cultivo tengo puesta toda mi atención.

—¡Ah! ¿Conque sois aficionado á la floricultura?

—Es mi pasión dominante.

—Pues en ese caso, puedo proporcionaros cuantas plantas y semillas queráis. Mi señor posee un magnífico parque.

—Os lo agradezco infinito,—dijo el demandadero, en cuyos ojos resplandeció la alegría.

—Ya iré á ver vuestro jardín.

—Con mucho gusto.

—Conque lo dicho, Sebastián,—dijo Manuel.—Ya tendremos ocasión de vernos.

El criado del marqués pagó los refrescos y salió de la botillería.

El bueno de Sebastián volvió al convento muy satisfecho.

Tan abstraído se hallaba, que olvidó comprar las sedas de colores que habíale encargado la madre Virtudes.

El demandadero repasó el locutorio, dirigiéndose al jardín, que era el lugar favorito para él, como nuestros lectores saben.

Sentada junto á la fuente hallábanse Adelina y la novicia Rosario.

Esta última se sonrió al ver al demandadero.

—Aquí os esperábamos con impaciencia, Sebastián,—le dijo.

—Pues ¿cómo?

—Para haceros saber que no somos responsables de un delito muy penable á vuestros ojos, que se ha cometido durante vuestra ausencia.

—¿Un delito?—preguntó alarmado el demandadero.

—Sí.

—Hablad, hermana Rosario.

—La madre Virtudes ha estado dando grandes sacudidas á los troncos de los árboles.

—¡Válgame Dios!—exclamó Sebastián, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Si vieseis cómo caían las frutas!

La madre Virtudes se ha propuesto quitarme la vida á fuerza de disgustos.

—Yo creo eso mismo.

Sebastián hizo un reconocimiento en todos los árboles.

—Lo dicho,—exclamó;—va á quitarme la vida: han desaparecido hasta los albaricoques que estaban verdes.

La novicia lanzó una sonora carcajada.

—Y ¿os reís?—preguntó el demandadero.

—¡No he de reirme, viendo la cara que se os pone!

—No voy á tener más remedio que tomar una determinación enérgica.

—¿Cuál?

—No echarle una gota de agua á los árboles: de este modo se secarán los pobrecillos; pero lo prefiero á sufrir las penas que me ocasiona la golosina de la madre Virtudes.

—A propósito, ¿le habéis traído las sedas que os encargó?

—No me he acordado.

—Es rarísimo que un hombre de vuestro celo olvide un encargo.

—Ha habido sus razones para que así suceda.

—¿Por qué?

—Cuando salí del convento, encontréme con una persona que iba á llamar.

—¿Conocido vuestro?

—No le había visto nunca; pero he sabido después que es el ayuda de cámara del señor marqués de Grimaldi.

—¡Ah! ¿del caballero que ayer acompañaba á su majestad?

—Precisamente.

—¿Sabéis qué quería?

—Pues, según me ha asegurado, desea encargar á las madres unos dulces y unas cestillas, sin duda para hacer un regalo.

En aquel instante oyóse el acento gangoso de la madre Virtudes llamando al demandadero.

—¡Grita, grita! —dijo Sebastián entre dientes.

La madre Virtudes apareció en el jardín.

Era una vieja desdentada y fea.

—Pero ¿no oís, demandadero?— preguntó.

Sebastián tuvo que dominarse mucho para no demostrar el resentimiento que sentía hacia la religiosa.

—¿Qué queréis?—preguntó malhumorado.

—¿Habéis traído lo que os encargué?

—Voy ahora mismo.

—Vamos, no empleáis poca calma, cuando os he dicho el interés que tengo en acabar pronto el acerico.

Sebastián salió del jardín murmurando.

Entre tanto el ayuda de cámara del marqués habíase dirigido á su casa.

Grimaldi esperábale con impaciencia.

Manuel dirigióse al aposento en que se hallaba su señor.

—He cumplido vuestro encargo,—le dijo.

—¿Tan pronto? No esperaba tanta actividad.

—¿Hablaste con el demandadero?

—Sí, señor, hemos estado refrescando en una botillería.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Sé que la pensionista se llama Adelina y es huérfana de padre.

—¿Qué más?

—Que el autor de sus días falleció hace poco y era el conde de Massi.

Al oir este nombre, el marqués hizo un movimiento.

—¿El conde de Massi?—exclamó.

—Sí, señor.

—Le conocí mucho: en Italia era uno de mis más sinceros amigos.

—Además, díjome el demandadero,—continuó Manuel,—que la pensionista siempre se encuentra triste.

—¡Quién puede profundizar los arcanos que se encerrarán en su alma!

Y luégo, volviéndose hacia su ayuda de cámara, le dijo:

—Perfectamente: has cumplido mi encargo con la actividad y el acierto de costumbre. Puedes retirarte.

—Señor, hé aquí las monedas que me disteis, pues no he tenido necesidad de gastarlas.

—Quédate con ellas.

—Mil gracias, señor marqués.

Manuel guardó en su bolsillo el obsequio que acababa de hacerle su amo.

Al salir del aposentó pensó:

—¡Buen refuerzo para mi hucha! ¡Si todos los días fuesen como hoy, pronto hacíame rico!

Y tarareando una canción, fué á reunirse con el resto de la servidumbre.





CAPITULO XC

Entre la espada y la pared.



UÉ extraña coincidencia!—exclamó el marqués de Grimaldi apenas quedóse solo. —El rey enamoróse hace veintitantos años de una hermosísima italiana, y Tanucci, que era el ministro por aquella época, tuvo que recurrir á mí para que interviniese en aquel asunto. Hoy don Carlos ha sentido una impresión semejante á la que experimentó al ver á la gentil veneciana.

Y Grimaldi se sonrió.

—Pero ¡cuánta diferencia existe entre la época á que me refiero y la presente! Entonces era yo un aventurero; hoy, en cambio, ocupo la poltrona del poder;

soy el ministro de su majestad; y aunque muchos dicen que mi prestigio va desapareciendo y que en breve ha de eclipsarse mi buena estrella, yo les diré á esos necios quién es Grimaldi, y lo que sé hacer para que continúe mi privanza.

El marqués se puso en pie y empezó á pasearse de uno á otro lado de la habitación.

—¿Conque la hermosa pensionista, — se preguntó,—es hija del difunto conde de Massi? Perfectamente. Lo concreto es buscar á una persona que trate á la viuda, pues yo apenas la conozco.

Y Grimaldi quedóse reflexionando algunos momentos.

De pronto sus ojos brillaron y llevóse la mano á la frente.

Acababa de encontrar la solución del problema.

—Sí,—se dijo,—el más á propósito para realizar lo que deseo es Roberto Estrañi: me consta que el médico de la reina asistió al conde de Massi cuando estuvo herido.

Grimaldi llamó.

Presentóse Manuel.

—Tráeme mi capa y mi sombrero, y di que dispongan el carruaje.

—Al momento, señor.

Aquellas dos órdenes fueron ejecutadas en el corto espacio de quince minutos.

El marqués salió de su casa, subió al carruaje y díjole al cochero:

—Condúceme á palacio.

El coche se puso en movimiento.

Grimaldi estregóse las manos con satisfacción.

—Es preciso, —díjose,—obrar con alguna prudencia y manifestar al médico de la reina lo que sucede de cierto modo. Tengo la seguridad que Estrañi no ha de sorprenderse como hombre de buen juicio que es; pero conviene, no obstante, hablarle con alguna circunspección.

El carruaje se detuvo junto á la puerta del Príncipe.

El ministro se apeó.

Los dos centinelas que custodiaban la puerta hicieron al marqués un saludo militar, presentándole las armas.

Grimaldi aventuróse por la escalera.

Repasó un laberinto de galerías y pasillos, deteniéndose después junto á una puerta.

El marqués levantó el pesado cortinón de terciopelo carmesí que cubría ésta.

Estrañi hallábase sentado en un sillón.

Sus ojos estaban fijos en un libro.

Tan ensimismado encontrábase en la lectura, que ni siquiera oyó el rumor que producían los pasos de Grimaldi, rumor que apagábase mucho en la blanda alfombra que cubría el pavimento.

Grimaldi se detuvo á pocos pasos de Estrañi y estuvo observándole.

Éste, pasados algunos instantes, levantó la cabeza

é hizo un movimiento de asombro al ver al ministro.

—Señor marqués,—dijo abandonando el sillón,—¿á qué debo la honra de veros por aquí?

Y al hacer esta pregunta el doctor indicóle un asiento para que lo ocupase.

Grimaldi lo aceptó.

—¿Estabais ensimismado en la lectura de algún libro de ciencias?—preguntó después á Estrañi.

—Como siempre: no he comprendido nunca que haya seres que gocen en la ociosidad.

—Lo creo: á mí me sucede lo mismo.

—Y ¿á qué debo la satisfacción de veros por aquí?

—Necesito hablaros,—respondió Grimaldi con cierto misterio.

—En ese caso, la ocasión no puede ser más propicia: cerraré la puerta y podéis empezar.

Y Estrañi hizo lo que acababa de decir.

Luégo sentóse de nuevo al lado de Grimaldi.

—Hace pocos días,—comenzó éste,—que estuve con la condesa de la Estrella en el convento de las Comendadoras de Santiago.

—Con efecto, lo supe anoche en la tertulia de su majestad por la condesa.

—Ambos fuimos padrinos de una hermosa hija del conde de Villalares que ha profesado.

—Continuad.

—La madre abadesa me suplicó que interpusiese mi influencia cerca del rey, á fin de que se hiciesen algunas reparaciones en el edificio.

—Y antes de ayer habéis visitado el convento con el monarca,—dijo Estrañi.

—Veo que estáis enterado de todo.

—Ya sabéis, marqués, que un soberano no da un paso sin que lo sepan sus vasallos.

—Muy cierto. No obstante, algo he de deciros que seguramente ignoráis.

—Proseguid, pues.

—Recorrimos las habitaciones del convento, penetrando luégo en el jardín. En éste había una hermosa joven, casi una niña, cuya inocencia llamó la atención del monarca.

Estrañi palideció ligeramente.

Una sospecha acababa de asaltarle.

Procuró, sin embargo, disimular.

—Esa joven,—preguntó,—¿es alguna novicia?

—No, es una pensionista.

El médico ya no dudó que referíase á la hija de Josefina.

—Como el rey se halla preocupado hace tiempo,—prosiguió Grimaldi,—tengo la evidencia de que sosteniendo amores con esa hermosa paloma, habían de desaparecer su hastío y su melancolía.

—Es posible.

—Me informé inmediatamente de quién era la pensionista.

—Y ¿qué os dijeron?

—Sé que es hija del conde de Massi; esto es, del hombre que fué asesinado hace poco en Sevilla, y

si no me equivoco, con quien os unía una estrecha amistad.

Impulsos sintió Estrañi de arrojar al marqués de la estancia; pero se contuvo, esperando hacer más averiguaciones respecto á los propósitos que el ministro acariciaba.

—Con efecto, no os niego que tanto el de Massi como su familia me aprecian.

—¿Y vos corresponderéis á esa estimación?

—Desde luégo.

—Sin embargo, en la alternativa de complacer al monarca ó á esa familia, ¿por quién optaríais?

Estrañi quedóse mirando al marqués.

La sangre hervía en sus venas.

Acordóse de que el mismo hombre que se hallaba á su lado había contribuído muy directamente á robarle algunos años antes su felicidad.

No pudo reprimirse ante aquella idea, y exclamó:

—Marqués de Grimaldi, sois tan infame como lo era vuestro amigo Tanucci.

Esta brusca exclamación hizo estremecer al ministro.

—¿Qué decís?

—Sé lo que me proponéis; pero afortunadamente para la pobre niña á quien tratáis de arrebatar la inocencia, está libre de todo peligro mientras yo viva.

—Pero...

—Basta de criminales proposiciones. Queréis hacer con esa joven lo mismo que hicisteis en Italia con su

madre; esto es, entregarla al monarca para que realice un efímero capricho; pero os equivocáis.

—Doctor, yo no os he dicho semejante cosa: habéis ido demasiado lejos.

—Porque os conozco.

—Os aseguro...

—Es inútil cuanto me digáis. Me consta que no es ésta la primera vez que habéis apelado á estos medios, y que uno análogo fué el que contribuyó principalmente á colocaros en el elevado sitio que ocupáis.

—¡Estrañi!

—Precisamente la Providencia ha querido que vengáis á hacer proposiciones para que os ayude en vuestra infame empresa al hombre que amaba á Josefina, y al que hicisteis con vuestras inicuas estratagemas el más desgraciado de los mortales.

—¿Vos?

—Sí, marqués. Yo amaba á la hija del doctor Montalbi.

Inútil es decir á nuestros lectores que el ministro quedó aplanado.

Todos sus proyectos habían caído por tierra.

—Y ahora, marqués, —prosiguió Estrañi,—voy á haceros un encargo, de cuyo cumplimiento habéis de responderme.

—¿Qué deseáis?

—Es preciso que á toda costa el rey desista de su propósito.

—¿Cómo conseguirlo?

—Vos, que habéis sin duda alguna preparado deliberadamente ocasión para que conozca á Adelina, os encargaréis de desviar su pensamiento de esa hermosa joven.

—Pero...

—Si dudáis en complacerme, os juro que he de hacer constar á la reina y al mismo monarca quién sois.

—Estrañi, haré cuanto pueda para conseguir lo que deseáis.

—Esto no es una promesa concreta y definitiva.

—Y ¿cómo he de deciros otra cosa?

—Cuando queréis, no os falta la suficiente sagacidad y talento para conseguir lo que os conviene.

—Bueno, Estrañi: haré lo que me exigís.

—Será el único modo de que yo guarde silencio.

—Pero ¿y si el rey, que se halla verdaderamente impresionado con la pensionista, insiste en verla?

—Entonces procuraré que desaparezca el escaso prestigio de que gozáis.

Grimaldi hallábase entre la espada y la pared.

Hubiera dado la mitad de lo que restábale de vida por no haber tenido la idea de visitar al médico.

El marqués salió de la estancia.

—Lo hará como lo dice,—pensó;—y si trato de hacer que el monarca desista, va á mirarme con más indiferencia que nunca. ¡Qué situación tan espantosa!

Grimaldi penetró en su carruaje.

No sabía qué partido tomar.

Inspirábale temor la amenaza del médico de la reina, y al mismo tiempo comprendía que facilitando á don Carlos una aventura amorosa con la hija del conde de Massi, era el único medio de recuperar su pasada influencia.





CAPITULO XCI

Donde se vuelven á encontrar Zúñiga y el diablo.



L doctor al salir á la calle sintió un gran consuelo al respirar el fresco ambiente de la noche.

Su agarrada con el ministro le había sofocado.

—Estoy seguro que ese hombre no se atreverá á llevar á cabo sus infames propósitos por temor á mi amenaza. ¡Ay de él si me obliga á revelar á la reina todo cuanto sé!

Y pensando de este modo, el doctor dirigió sus pasos hacia el palacio del monarca.

Al atravesar una calle reconoció á la luz de un farol á nuestro protagonista Juan de Zúñiga, que había

llegado á la corte aquella misma mañana en compañía de su íntimo amigo Rogelio Massi.

Desde que le dejamos á bordo del buque que le salvó con rumbo á España, hasta el momento en que le volvemos á presentar á nuestros lectores, nada de extraordinario le había ocurrido.

El doctor, al ver al joven capitán, se rebujó en su capa, y al pasar junto á él púsole una mano sobre el hombro derecho, diciéndole:

—Bien venido, mi bizarro coronel.

—¡Más bajo, señor mío, más bajo! —repuso Zúñiga, reconociendo en la voz á su protector.

—Coronel he dicho, y no me retracto de ello,—profirió Estrañi bajando el embozo de su capa y dejando ver en sus labios una sonrisa equívoca.

—Capitán á secas, señor mío, á pesar de vuestros pomposos ofrecimientos.

—Coronel, por la gracia de nuestro magnánimo monarca, que ha querido recompensar de esa manera el heroico comportamiento con que en la campaña de Argel os habéis distinguido.

—Será como decís, pero no os creo. De capitán á coronel es un salto mayúsculo.

—Os le han hecho dar por indicación mía: los necios os creían muerto.

—No faltó mucho para que así fuera.

—No exageréis, don Juan: el trance en que os visteis envuelto hubiera sido mortal para otro, pero para vos no.

—¿Cómo que para mí no?

—Porque mi protección os resguardaba,—repuso Estrañi sonriendo.

Zúñiga fijó en su interlocutor una mirada investigadora, y le dijo:

—Señor mío, basta de bromas: tened en cuenta que el efecto que produjo en mi ánimo la escena de la noche de San Juan, bajo la sombra de la encina del Ahorcado, se disipó casi por completo.

—¡Ingrato!

—¿Ingrato?

—Sí, y además ciego é incrédulo. Estáis tocando la realidad, y aun dudáis.

—¿Pero realidad es la que yo veo?

—De los peligros que habéis corrido, ¿no habéis resultado ileso?

—No puedo negarlo.

—Pues ¿queréis una prueba más palmaria de mi protección?—replicó Estrañi, que le convenía para sus miras ulteriores que el joven capitán no se convenciese de que su pacto era una farsa.

—Vamos, dejadme en paz,—profirió Zúñiga, no teniéndolas todas consigo.

—Os dejaré por esta noche, después de haberos dado una prueba de mi omnímodo poder. ¿Vais ahora á ver al ministro de la Guerra?

—¿Quién os lo ha dicho?—replicó Zúñiga admirado.

—Yo no necesito que nadie me diga las cosas.

—¿Volvéis á las andadas?

—Seguid escuchándome. Vais á ver al ministro, y él os confirmará que sois coronel, y que el real despacho concediéndoos ese grado en la milicia se encuentra en manos de vuestro respetable tío el prior de los jerónimos.

—¡Diablo!

—Allí le recogeréis; y en seguida tomad posesión de vuestro cargo, porque tengo decidido empeño que le ocupéis por poco tiempo.

—¿Por pcco tiempo?

—Eso he dicho, y eso será.

—Y ¿por qué ha de ser por poco tiempo, señor mío? —replicó Zúñiga amostazado.

El doctor sonrióse maliciosamente, diciendo luégo:

—Porque á pesar de lo ingrato y de lo descreído que sois, pienso haceros muy pronto general.

—¿Pretendéis acaso burlaros de mí?

—Os haré general, y hasta os casaré...

Zúñiga hizo un movimiento de impaciencia, replicando con gran vivacidad:

—Basta, si no queréis que riñamos; y tened entendido, aunque seáis el mismo Satanás en cuerpo y alma, que no he de permitir que os entremetáis en mis asuntos hasta disponer de mí como dispondría un tutor de una pupila.

—Pues os casaré, y os daréis por muy satisfecho, —añadió Estrañi sonriendo.

Sin la influencia que ejercía el doctor en el ánimo

del joven, hubiera sido fácil que Zúñiga, que, como sabemos, no era tardo en desnudar su acero cuando la ocasión le obligaba, le hubiese proporcionado un disgusto; pero el capitán encontrábase siempre impresionado ante el doctor, y sólo osó decirle:

—Cuando piense en casarme, será á mi gusto y con la mujer que elija mi corazón.

—Es que vuestro corazón elegirá, ó, mejor dicho, ha elegido ya á la que yo os tengo destinada.

—¡Vive el cielo!

—Tened en cuenta que estáis en presencia del diablo, y que ciertos juramentos no me agradan.

—¡Pero si decís unas cosas capaces de sacar de quicio á un santo de piedra!

—Os digo sólo lo que ha de suceder. Os casaréis con la mujer que yo os he elegido.

—Pues no será así, porque yo tengo hecha ya mi elección, y no variaré por nada ni por nadie.

—Es que no tendréis necesidad de variar, porque la influencia que ejerzo sobre vuestro albedrío os ha hecho fijaros en la persona que os tengo destinada.

Zúñiga, no creyendo en estas palabras, sonrió maliciosamente.

—Sonreid todo cuanto queráis; pero mal que os pese seréis general y esposo apasionado de la inocente y bellísima Adelina Massi.

Lo que pasó por Zúñiga al oir estas razones no es posible describirlo.

Retrocedió un paso, y clavando sus ojos desmesu-

radamente abiertos en el rostro del doctor, exclamó:

—¡Efectivamente debéis ser el diablo!

—Para que no volváis á dudarlo, voy á daros una última prueba.

—Vuestra prometida, que se encuentra en compañía de su madre en el convento de Comendadoras de Santiago, desde la muerte de su padre...

—¡Cómo! ¿Ha muerto el conde?—exclamó don Juan interrumpiéndole.

—Sí; ha muerto de la misma manera que ha vivido, es decir, trágicamente. Pero no me interrumpáis.

—Hablad.

—Pues, como os iba diciendo, vuestra futura, que se encuentra en el monasterio que os he dicho, y que estaba decidida á profesar porque os creía muerto, ha sido enterada, no sólo de vuestra llegada á la corte, sino de todo cuanto os ha sucedido durante vuestra larga ausencia.

La admiración de Zúñiga iba en aumento conforme el doctor hablaba.

Éste, que conociendo el efecto que sus palabras hacían en el joven, trataba de impresionarle más poderosamente, prosiguió de este modo:

—La he enterado de lo heroicamente que peleasteis, salvando á vuestro general; de que fuisteis hecho prisionero; del encuentro con el renegado que os proporcionó los medios para fugaros; de la aventura con el león; de vuestro naufragio al querer regresar á España, y de la manera cómo hice que os salvara el buque

á cuyo bordo volvía del Perú vuestro amigo Rogelio.

La admiración de Zúñiga no tuvo límites al terminar Estrañi su relato.

No le quedó el menor átomo de duda respecto á su poder infernal.

De otro modo, ¿cómo había aquel hombre de estar enterado de cuanto acababa de decirle?

La fogosa imaginación del mancebo, herida poderosamente por las palabras del doctor, le embarullaron de tal manera, que en aquel momento estaba dispuesto á creer las cosas más inverosímiles.

Estrañi, conociendo que había logrado su objeto, se embozó en su capa, y poniendo su mano derecha sobre el hombro del joven, le dió dos palmaditas, diciendo:

—Mi futuro general, buenas noches: si me necesitáis para algo, buscadme en palacio, donde habito desde hace seis meses; y tened cuidado de que no os suceda algo malo en casa del ministro.

Y volviendo la espalda, se alejó con acelerado paso, perdiéndose bien pronto entre las sombras de la noche.

Zúñiga le vió alejarse sin saber qué partido tomar.

Su turbación era grande.

Necesitó algunos minutos para poner en orden sus ideas.

Por fin exclamó:

—Si ese hombre no es el diablo en persona, es preciso convenir en que lo parece. De otro modo, ¿cómo

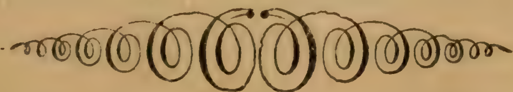
había de conocer tan al por menor todo cuanto me ha sucedido? Pero ¿resultarán ciertas las cosas que me ha anunciado? ¿Seré efectivamente coronel? ¿Llegaré á general y conseguiré la mano de mi adorada Adelina? ¡Me parece un imposible tanta dicha! ¡Me parece un cuento de hadas, un sueño encantador todo lo que me sucede!

Y Zúñiga, abrumado por las mil ideas que se agolpaban en su imaginación, permanecía inmóvil como si hubiese echado raíces en el sitio que le dejó Estrañi.

Por fin alzó la cabeza con resolución, exclamando:

—Soy un tonto de capirote preocupándome por si será cierto ó no lo que ese hombre me ha prometido, cuando tengo en mi mano el ver en seguida si es verdad una de las cosas que me asegura. Me ha dicho que soy coronel; pues bien: vamos á casa del ministro, y él me dirá lo que haya de cierto en el asunto.

Y nuestro joven, poniéndose en marcha, se dirigió á la morada del marqués de Grimaldi con ese apresuramiento que prestan la curiosidad y la impaciencia.





CAPITULO XCII

Donde Zúñiga camina de sorpresa en sorpresa.



L doctor Estrañi proseguía su camino hacia palacio, satisfecho del efecto que sus palabras causaron en el ánimo del joven capitán.

—Si me veo precisado á luchar con el ministro para impedir que cometa con Adelina una villanía igual á la que hicieron con su madre, Zúñiga puede ser para mí un agente muy útil. Creyendo, como indudablemente cree, que se encuentra protegido por un poder sobrenatural, no habrá nada á que no se atreva con poco que se le empuje. Es conveniente estar preparado para todo, por si llega el caso.

Y pensando de esta manera, el doctor llegó á la regia morada, presentándose poco después en la cámara, donde se formaba todas las noches la tertulia de la reina.

Digamos ahora por qué sabía el doctor tan perfecta y detalladamente cuanto le había ocurrido á Zúñiga durante su permanencia en Africa.

Estrañi, como todas cuantas personas conocían á nuestro protagonista, le creyó muerto al furor de las hordas argelinas, que tanto estrago ocasionaron á la expedición mandada por O'Reilly.

La relación oficial del combate, y las noticias suministradas por los testigos presenciales de aquel desgraciado encuentro, no dejaban lugar á la duda.

Zúñiga había salvado la vida de su general á costa de la suya.

Ésta era la creencia general, y por eso la familia del difunto conde de Massi tenía como cosa cierta la muerte de nuestro joven protagonista.

Tan por cierta la tenía, que ya sabemos que esta creencia era la causa que impulsaba á Adelina á querer consagrarse al claustro.

Desde que tanto la atribulada joven como su madre se encerraron en el monasterio de las Comendadoras, Jacobo Estrañi las visitaba, aunque no con mucha frecuencia.

El sabio doctor, que desde la trágica muerte del conde había sentido renacer con todo el ardor de la

juventud la inmensa pasión que Josefina le inspirara en la primavera de su vida, sufría haciéndose una violencia grande para no ir á visitarla más á menudo.

Pero respetuoso y considerado siempre, reprimíase á fin de no dar pábulo á la maledicencia.

El que ama de veras á una mujer tiene un especial cuidado en no ponerla en ridículo.

La casualidad hizo que la misma mañana que llegaron á Madrid Zúñiga y Rogelio, el doctor hizo una de sus visitas á la familia del difunto conde.

Cuando el doctor estaba ya para despedirse de la madre y de la hija, presentóse Rogelio, cuyo primer cuidado fué ir á ver á su madre y á su hermana.

La alegría que experimentaron éstas fué inmensa, tanto por tener la dicha de ver al recién llegado, como por las noticias que les comunicó referentes á Zúñiga.

Adelina sintió brotar de nuevo en su alma la luz de la esperanza.

Las muertas ilusiones resucitaron más encantadoras que nunca.

El doctor participó de aquella felicidad, pues apreciaba de corazón á su protegido, á quien había llorado por muerto.

De labios de Rogelio supo cuanto en África y durante la travesía, habíale sucedido á Zúñiga, y de aquí que pudiera sorprenderle como lo hizo, refiriéndole pormenores de su vida que el joven capitán creía que todo el mundo ignoraba menos su amigo Rogelio.

Hechas estas aclaraciones, volvamos al encuentro

de Zúñiga y consignemos su entrevista con el ministro.

El joven capitán llegó á casa del marqués de Grimaldi, y dirigiéndose á uno de los ayudantes de servicio, le preguntó:

—¿Está en casa su excelencia?

—Está, mi capitán; pero no sé si podrá recibiros.

—¿Tenéis la bondad de anunciarle mi visita?

—Con sumo gusto. Haced el favor de indicarme vuestro nombre.

—Juan de Zúñiga.

El ayudante hizo una demostración de extrañeza que no pasó desapercibida para nuestro héroe; pero sin proferir ni una sola frase internóse hacia el despacho del ministro.

Momentos después volvió á aparecer, diciendo á Zúñiga:

—Mi coronel, que pase usía.

Al oir estas palabras, Zúñiga fué el que hizo un movimiento de extrañeza más acentuado que el que hiciera el ayudante al oir su nombre.

El recuerdo de su reciente entrevista con el doctor cruzó por su cerebro, y sin darse cuenta de que pudieran oirle, exclamó:

—¡Es el diablo! ¡No me cabe la menor duda!

Momentos después el antiguo novicio del convento de jerónimos penetraba en el despacho del ministro de la Guerra.

Éste, que, creyéndole muerto, habíase sorprendido con el anuncio de su visita, recibióle con la mayor afabilidad.

Zúñiga oyó de sus labios los mayores elogios por su bizarro comportamiento en África, así como la satisfactoria nueva de que su ascenso á coronel era cierto y efectivo.

—No me engañaba ese endiablado doctor, y ya voy creyendo que ha de realizarse todo cuanto me ha anunciado,—pensó el joven, sintiendo que la satisfacción y la alegría rebosaban en su pecho.

El ministro prosiguió diciéndole:

—Su majestad ha premiado vuestros servicios confiriéndoos, como os he dicho, el empleo de coronel; y yo, que os aprecio en mucho, porque vais hasta excediendo mis esperanzas, os destino á mis órdenes, asegurándoos que de mi cuenta queda hacer que en un plazo breve seáis uno de los más bizarros generales de nuestro ejército.

—¡Ah! ¡ya lo sabía!—exclamó Zúñiga sin poder contenerse, acordándose de las palabras de Estrañi.

—¿Cómo que lo sabíais?—preguntó el ministro, sorprendido por la exclamación del joven.

Éste conoció que había cometido una ligereza; pero recobrándose instantáneamente, repuso:

—He querido decir que sabía que erais excesivamente bondadoso para las personas que tienen la dicha de alcanzar vuestra protección.

—¡Ah!

—Pero estad seguro que lo que no sabré nunca, por más que lo deseo con toda mi alma, es la manera de agradeceros como se merece la amabilidad y la benevolencia con que me tratáis. Ningún derecho tengo para aspirar á vuestro aprecio; y al ver que me le dispensáis tan espontáneamente, me siento mucho más obligado. Tened la seguridad que si necesitaseis mi vida, la sacrificaría gustoso en vuestro servicio.

Pronunció con tanta fe y con tanta sinceridad las anteriores palabras, que el ministro, cuya astucia era grande, y cuyo golpe de vista para conocer á los hombres era certero, sintió cruzar por su mente una idea que le halagó.

—¡El conde de Massi fué un día mi esclavo por sus vicios! ¡Si pudiera hacer de éste un nuevo esclavo por la gratitud!

Y el ministro, fijándose en este pensamiento, quedóse un momento reflexivo.

Zúñiga entre tanto repasaba en su memoria hasta los menores detalles de la conversación que sostuvo con el doctor Estrañi.

El ministro, decidido al fin á hacer de Zúñiga un dócil instrumento de sus malévolos planes, dejó ver en sus labios una plácida sonrisa, y con ese tono melifluo que tan bien emplean los italianos para disfrazar mejor la negrura de sus pensamientos, preguntó:

—Supongo que el ofrecimiento que acabáis de hacerme será sincero.

—Tanto, que me consideraría muy dichoso en que pusieseis á prueba la verdad de mis palabras.

—Os doy gracias, coronel; pero no he exigido ni exigiré nunca á mis amigos sacrificios tan costosos. Ahora sí, como no están tan sobradas en los tiempos que corremos las personas leales y sinceras, y vuestras palabras me han hecho conocer el fondo de vuestro corazón, os manifiesto que desde este instante tenéis en mí el protector más decidido, y que desde ahora os considero como la persona de mi más completa confianza.

—Señor, me honráis de una manera que no merezco,—profirió el joven, inclinándose profundamente.

—Tengo la seguridad más completa de que al obrar como os he dicho no siembro en terreno estéril, y que, por lo tanto, no he de recoger cosecha de ingratitudes.

—¡Oh! ¡lo que es de eso podéis estar completamente tranquilo! Juan de Zúñiga se precia de bien nacido y tiene arraigada en su alma la máxima de que el que no es agradecido no es honrado.

—Decís bien; y para que conozcáis hasta qué punto llevo la confianza que habéis sabido inspirarme, tened la bondad de sentaros, y oidme.

El joven obedeció, ocupando un asiento cercano al del ministro.

Éste, después de unos instantes de meditación, empezó á hablar del siguiente modo:

—Como antes os dije, tenía el pensamiento de ha-

ceros general en plazo breve; pero ahora os añado que habéis de ceñiros la faja dentro de pocos días.

Zúñiga no pudo menos de revelar en la expresión de gozo que iluminó su rostro el efecto que le producían las palabras del ministro. Éste prosiguió diciendo:

—Para que este propósito mío pueda realizarse tan pronto como yo quiero, es preciso que me ayudéis, á fin de que tenga un pretexto, una razón que alegar ante el rey que justifique esa gracia.

—Disponed de mí como queráis: si es preciso salir de nuevo á campaña, dispuesto estoy á montar ahora mismo á caballo.

—De ninguna manera os exigiría semejante sacrificio: habéis demostrado más que suficientemente vuestra bizarría y vuestro arrojo en los campos de batalla, y es preciso que descanséis y que prestéis vuestros servicios en otro género de lides. Mi propósito es convertiros de soldado en cortesano.

—Señor, no sé si serviré para eso: soy rudo y franco, demasiado quizás.

—Yo seré vuestro mentor en las cosas de la corte, y me prometo convertiros en un completo palaciego; y ya veréis, mi joven coronel, cómo en un año se medra más bajo los dorados artesonados de palacio, que en muchos de privaciones y de campañas.

—Eso bien se me alcanza, señor.

—Para que lo veáis prácticamente voy á indicaros el primer servicio que ha de poneros en el camino de la fortuna.

—Os escucho con verdadera impaciencia.

—Trátase de un negocio de Estado, y las primeras condiciones que necesitan tener las personas que en semejantes asuntos intervienen, son una discreción y una reserva grandes.

—Me precio, señor, de discreto y de reservado.

—Pronto vais á tener ocasión de probarme esas dos condiciones.

—Lo celebro con toda mi alma.

—Oidme con atención. ¿Conocéis á la hija del difunto conde de Massi?

Lo que pasó por el joven coronel al oir esta pregunta no es posible describirlo.

Se acordó de lo que el doctor le dijo, y no tuvo ya duda de ningún género de que iba á sucederle punto por punto lo que aquel hombre extraordinario le había anunciado.

La importancia del doctor creció de un modo gigantesco en el concepto del joven, que se apresuró á decir al ministro:

—Sí, señor: conozco á la hija del conde.

—Bien; pues esa hermosa niña se encuentra en la actualidad morando en el monasterio de Comendadoras de Santiago, y abriga el propósito de pronunciar los votos que han de retenerla allí por toda su vida.

—¡Qué decís, señor!—exclamó el joven sin poder contenerse.

—Lo que estáis oyendo.

Zúñiga fijó una mirada en el ministro, diciendo para sí: «Indudablemente su excelencia se equivoca; porque cuando mi protector me ha ofrecido que me casaré con Adelina, seguro estará de ello. Pero empecemos á representar nuestro papel de cortesano. Disimulemos y oigamos, que tiempo de sobra habrá para hablar si nos conviene.»

El ministro continuó diciendo:

—Os extraña que una joven tan excesivamente encantadora abrigue unas ideas tan impropias de sus años y de su posición, ¿no es cierto?

—Sí, señor, me extraña, y mucho.

—¿No es verdad que sería una lástima que una flor de tan delicado aroma se marchitase encerrada entre los húmedos y sombríos muros de un convento?

—¡Claro que sería lástima, y grande, que esa desgracia sucediera!

—Pues bien, don Juan: el encargo que os confío es el de hacer cambiar de vocación á esa encantadora joven.

—¡Nada más fácil!—exclamó Zúñiga sin poder reprimirse.

El ministro, sin conocer el verdadero alcance de las palabras del joven, y creyéndolas sólo un arranque de entusiasmo para demostrar su celo, contestó sonriendo:

—La excesiva confianza suele ser peligrosa en todo género de empresas. Conozco que contáis con suficientes prendas personales para entusiasmar á cual-

quier mujer; pero tened en cuenta que se trata de una joven que aun no ha sentido despertar su corazón al calor de las pasiones, y que se encuentra decidida á consagrarse á Dios.

Zúñiga sonrióse interiormente al oir estas palabras del ministro, y repusó:

—Pues bien, señor: vuelvo á aseguraros que me haré amar de esa joven, y que conseguiré que desista de sus propósitos de hacerse monja.

Nuestro joven sabía demasiado que no arriesgaba nada en prometer lo que prometía.

El ministro añadió:

—En este lance es preciso que intereséis el corazón de esa mujer, pero teniendo buen cuidado de no interesar el vuestro. Cuando se juega con fuego, y mucho más á vuestra edad, es muy fácil quemarse.

Zúñiga sintió un profundo desagrado con aquella advertencia del ministro; así que se apresuró á replicar:

—Perdonad mi torpeza, señor, pero no comprendo bien el alcance de lo que acabáis de decirme.

—Pues para que no os quede ni la más pequeña duda, os expondré lo que quiero de vos con entera claridad.

—Así no erraré por torpeza ó ignorancia,—repuso el joven, receloso ya y prevenido.

—Es necesario que os hagáis amar de esa joven, y que finjáis quererla de tal modo, que, enloqueciéndola, dispongáis su ánimo hasta el extremo que, cegada por

vuestro cariño, consienta en fugarse del convento.

—¿Adónde irá á parar este hombre?—se preguntó Zúñiga.

—Cuando el instante de salir del convento llegue, ya dispondremos la cosa de manera que esa inocente paloma, al abandonar su tranquila morada, caiga en brazos de una elevada persona, que se encuentra vivamente interesada por sus encantos.

La impresión que sintió Zúñiga al conocer las intenciones del ministro fué de tal naturaleza, que no le permitió ni hablar.

Ésta fué su suerte, pues de otro modo lo hubiera echado á perder: tal era la indignación que se alzó en su alma al ver el infame papel que le reservaban.

Además, la casualidad vino también en su ayuda; pues alzándose el pesado tapiz que cubría la puerta de entrada, apareció uno de los ayudantes del ministro, diciendo:

—Señor, acaba de llegar de palacio un caballerizo con el recado de que su majestad os espera.

El marqués de Grimaldi púsose en pie, disponiéndose á salir.

Zúñiga le imitó sin proferir una palabra.

El ministro le dijo entonces:

—Coronel, los secretos de Estado pueden considerarse como una doble escala. Cuando se poseen y se tiene audacia y tino para resolverlos, conducen directamente al alcázar de la fortuna: cuando se comete

una torpeza ó una traición, conducen al abismo y hasta á la muerte. Conque á ser pronto general.

Y dichas estas palabras, el de Grimaldi se dirigió hacia la puerta.

Cuando ya llegaba casi á pisar el umbral, se volvió de repente hacia Zúñiga, y le dijo:

—Una última advertencia: para este asunto y para cuantos en lo sucesivo se os encomienden, desconfiad del médico de la reina.

—¿Del doctor Estrañi?—preguntó con viveza el joven.

—Sí: desconfiad de él, porque ese hombre es el mismo diablo en persona.

Y dicho esto, el ministro salió de la estancia.





CAPITULO XCIII

Donde Zúñiga toma al revés un consejo del ministro.



ÚÑIGA salió de la casa del ministro diciendo para sí:

—Dios ó el diablo me han tenido esta noche de la mano para que no haga una atrocidad. ¿Y eso es un ministro? ¿Y en sus manos se encuentran los destinos y la suerte de un país tan grande, tan noble y tan generoso como España?

¡Oh! ¡Me parece imposible que no sea un sueño todo cuanto me ha pasado!

¡Bonito papel me destina ese hombre cerca de mi amada Adelina!

¡Vive el cielo que primero me daría la muerte que cometer una infamia como la que se me exige!

Pero la verdad es que la situación en que me encuentro no puede ser, ni más grave, ni más comprometida.

Si no accedo á los deseos del ministro, y por lo tanto á los de la elevada persona á quien él tiene tanto empeño en complacer, caerá sobre mí el odio de ambos, y mi faja de general se desvanece, y hasta me veré envuelto en una perdición segura. Sus indicaciones no pueden encerrar una amenaza más clara.

Aquello de la doble escala fué un símil cuya gravedad conozco perfectamente en este momento.

¡Qué caprichosa y qué voluble es la fortuna!

Hace dos horas que me creía yo uno de sus hijos predilectos, y en este instante veo que soy el hijastro más hijastro de la desdicha.

¡Por qué diablos habré yo venido esta noche á presentarme á su excelencia!

Y nuestro joven, preocupado con estos pensamientos, cruzaba las calles de la villa sin darse cuenta de la dirección que seguía.

Su paso era unas veces rápido y otras pausado.

Cualquiera que hubiera podido observarle le hubiera creído loco ó beodo.

De pronto se paró, y dándose una palmada en la frente, exclamó, como si alguien pudiera oirle:

—Pero soy un necio en preocuparme de la manera tan seria como me preocupo. Antes de ver al ministro, ¿no me prometió ese doctor extraordinario que sería general y que me casaría con Adelina?

Recuerdo perfectamente sus palabras, y ya sé por experiencia que cuando las da sabe cumplirlas.

Y por cierto que ahora caigo en que me anunció también lo que con el ministro iba á sucederme. «Tened cuidado que no os suceda algo malo en casa del ministro», me dijo, y seguramente esto era una prevención para que evitase el compromiso en que me han envuelto; pero no he tenido en cuenta su aviso, y ahora estoy tocando los resultados de mi falta de memoria.

Verdad es que no creí en sus palabras hasta que las he visto confirmadas por la realidad.

Ese hombre extraordinario es el único que puede sacarme del atolladero en que me encuentro.

Su leal advertencia me revela que no es amigo del ministro, y las últimas palabras de éste bien claro me dicen que teme y desconfía del doctor.

La sagacidad y el disimulo son las dos condiciones más indispensables de todo palaciego; pues bien: disimulemos y seamos sagaces, y me habré salvado.

El ministro me dijo que me guardase del doctor: pues tomemos su consejo al revés.

Veamos al doctor; y refiriéndole con todos los detalles la entrevista que he tenido con el ministro, le rogaré que me indique lo que debo hacer en este difícil trance.

Nada arriesgo en obrar así, puesto que de seguro conoce ya el bueno del médico cuanto ha sucedido.

Yo no sé cómo se arregla para saberlo todo, pero

la verdad es que lo sabe, y que si no es el diablo en persona, como el ministro dice y yo voy creyendo á ojos cerrados, es, por lo menos, un pariente muy próximo.

Y Juan de Zúñiga, envolviéndose en su capa, dirigióse resueltamente á palacio, donde sabía que habitaba el doctor, según él le dijo.

Media hora más tarde, nuestro joven coronel presentábase en las habitaciones que el doctor Estrañi ocupaba en palacio.

Su sorpresa fué grande cuando oyó decir al criado que le recibió:

—Señor coronel, mi señor me dejó encargado que cuando vinieseis le pasase aviso á la cámara de la reina, donde se encuentra.

—¡Cómo! ¿Sabía que yo había de venir?

—Indudablemente, cuando me dió esa orden.

Zúñiga no replicó.

El doméstico, indicándole la puerta del despacho de su amo, le dijo sonriendo:

—Tened la bondad de esperar un momento, que voy á participarle que estáis aquí.

Y dichas estas palabras, el criado desapareció.

—¡Es el diablo en cuerpo y alma!, no me queda ya la menor duda, —exclamó el amante de Adelina al quedarse solo.

Y levantando el tapiz de la puerta del despacho,

penetró en la estancia, y dejóse caer en un diván, diciendo:

—Creo que no puedo encomendar mi negocio en mejores manos. Se lo diré todo, y después que salga el sol por Antequera.

Y nuestro joven, tranquilo como todo hombre cuando toma una resolución firme en un asunto difícil, se puso á tararear una marcha muy en boga entonces en el regimiento de guardias valonas.

Cuando Zúñiga se encontraba más descuidado, el doctor presentóse ante él.

El ruido de sus pasos, apagado por la alfombra que cubría el pavimento, le permitió llegar hasta cerca del joven sin que éste se apercibiera.

Al notar su presencia no fué dueño de reprimir un movimiento nervioso que hizo brotar una sonrisa en los labios de Estrañi.

Todo cuanto con éste se relacionaba tenía el privilegio de impresionar al flamante coronel.

—Quieto, amigo mío: no os molestéis, pues voy á tomar asiento á vuestro lado,—profirió el doctor sonriendo.

Efectivamente, sentóse junto á Zúñiga, y añadió:

—Tenía la seguridad de que vendríais á verme esta noche, y por eso previne al criado al dirigirme á la cámara de nuestra amable soberana.

—¿Que teníais la seguridad de recibir esta noche mi visita?

—Eso he dicho.

—Y ¿por qué razón abrigabais esa certeza?

—Muy sencillo: porque adivinaba el efecto que había de produciros la entrevista con el ministro.

—¿Lo adivinabais?

—De tal manera, que si vuestra memoria no os es infiel, recordaréis que os hice una insinuación bien transparente.

—Es verdad; pero hice la tontería de no tomarla en cuenta, y ese descuido es causa de que me vea ahora en el atolladero en que me encuentro.

—¡Ya, ya! Grimaldi es capaz de poner en un disparadero al hombre más cauto.

—Tenéis razón.

—Pero, en fin, todo se arreglará, no tengáis cuidado.

—¿Cómo no he de tenerle, encontrándome en el trance en que me veo?

—¿En qué lío se encontrará envuelto este muchacho?—pensó el doctor, que quería aparecer enterado, siendo así que ignoraba por completo lo que entre el ministro y el coronel había sucedido.

Para ver si conseguía que el mismo Zúñiga le refiriese lo ocurrido sin conocer su ignorancia, añadió:

—Os he dicho que todo se arreglará.

—¿Y cómo?

—Muy sencillamente: siguiendo al pie de la letra

las instrucciones que el ministro os ha dado y procurando complacerle á todo trance.

—¡Ira de Dios! ¿Y sois vos el que me aconseja de este modo?

—Yo, sí.

—Y ¿sabéis lo que el ministro exige de mí?

—Por lo mismo que lo sé os aconsejo de la manera que lo hago, —replicó Estrañi con gran aplomo.

Zúñiga, desesperado ante aquella sangre fría, exclamó con vehemencia:

—¿Es decir que aprobáis que engañe á Adelina, que la robe una noche del convento en que se encuentra, y que la arroje en brazos de la elevada persona que con tan ardiente interés la desea?

—¡Fuego del cielo! Ese infame marqués no desiste de sus propósitos, y pretende que este pobre muchacho le saque las castañas del fuego. ¡Ah! pero yo daré al traste con sus villanas intenciones,—se dijo Estrañi, mientras procuraba aparentar una tranquilidad que estaba bien lejos de sentir.

Zúñiga, cada vez más exaltado, continuó:

—¿Os parece bien que yo sea un infame, y que ciña á mi cintura una faja de general ganada por medio de una villanía, en vez de conquistarla peleando noble y lealmente en el campo de batalla? Esto es lo que me vería precisado á hacer para cumplir el encargo del ministro. ¿Os atreveréis aún á aconsejarme que obedezca sus órdenes?

—No sólo me atrevo á aconsejároslo, sino que os

prevengo que si no queréis dejar de ser mi protegido, es preciso que desde esta misma noche empecéis á seguir con el mayor ardor el plan que el ministro os ha encomendado.

Zúñiga alzóse de su asiento de una manera nerviosa, y lanzando al doctor una mirada llameante, le dijo:

—¡Vive Dios que no sé cómo he tenido calma para escucharos! Muy cínico y muy despreciable me pareció el ministro al atreverse á proponerme semejante villanía; pero aun más despreciable me parecéis vos al aconsejarme en la forma que lo hacéis.

—Contened la lengua, señor atolondrado, que ninguna culpa tengo yo de que seáis tan torpe y tan poco hábil, pretendiendo, como pretendéis, hacer la vida del palaciego. Al hombre se le ha concedido la facultad de hablar para que cuando le convenga exprese con su palabra lo contrario que siente su corazón.

—¡Ah! ¿Luego me habéis aconsejado de un modo distinto al que sentís?

—Os he aconsejado de la manera que os conviene y como á mí me conviene también.

—¡No os comprendo! porque si obedezco al ministro, expongo á un riesgo seguro á la mujer á quien adoro.

—No lo creáis.

—¿Cómo que no lo crea? Pues ¿contra quién ha de ir dirigida la intriga sino contra ella?

—¿Y eso qué?

—Que ella sería la víctima, si yo me prestase á tan infame farsa.

—¡Eso nunca!

—¿Por qué?

—Porque yo impediré que las bastardas intenciones del ministro se realicen.

—¡Vos!—exclamó Zúñiga admirado.

—Yo, que os tengo ofrecida la mano de Adelina, y que os repito que seréis su esposo á despecho de las intrigas de todos los ministros del mundo.

Zúñiga, al oir estas palabras, exhaló un grito de satisfacción; y apoderándose de una de las manos del doctor, la estrechó con fruición inmensa entre las suyas, diciendo:

—¡Ah! Sois el mejor de los amigos. Perdonadme si, ofuscado, os he ofendido con mis palabras.

—Vos no me ofendéis nunca.

—Gracias, doctor.

Estrañi se puso en pie, diciendo al joven:

—La tertulia de la reina terminará dentro de una hora, y necesito volver á la regia cámara antes que su majestad se retire.

—Os dejo, pues, señor.

—Seguid al pie de la letra mi consejo, y dejad de mi cuenta lo demás.

—¿De manera que insistís en que secunde los planes del ministro?

—Sí.

—Lo haré, puesto que me lo ordenáis; pero os ase-

guro que no me explico de ninguna manera vuestros propósitos.

—Voy á desvanecer vuestras dudas, para que cese vuestra intranquilidad. Si no cumplís con la misión que habéis recibido, Grimaldi os hará el blanco de su odio, y encomendará á otra persona el encargo que ahora tenéis vos. Si esto sucediere, os habríais granjeado la enemistad del ministro, y tal vez la de esa elevada persona á quien hicisteis referencia, y Adelina se encontraría amenazada de un verdadero peligro.

—¿Creéis acaso que ella, que me tiene jurada una fe ciega, admitiría los galanteos de otro hombre?

—Creo que no; pero sé por experiencia que cuando, como en este caso, sobran la influencia y el dinero, se puede obligar á una mujer á que haga muchas cosas en contra de su voluntad.

—Decís bien.

—El oro es un talismán tan poderoso, que abre todas las puertas, ciega todos los ojos y hace del servidor más leal el cómplice más obediente. Todos estos riesgos se evitan con que sigáis al pie de la letra mi consejo. Os tomáis días. Visitáis á Adelina y á su madre, como amigo que sois de la una y amado de la otra, y vais dando paulatinamente cuenta al ministro de vuestros adelantos en la empresa. De este modo el tiempo pasará, y es muy fácil que la caída del ministro nos ahorre el cuidado de buscar el desenlace á esa aventura.

—¡Ah! ¿Creéis que el ministro caerá?—preguntó con interés el joven.

—Otras cosas hay más difíciles. Ahora separémonos.

Y el doctor, estrechando la mano derecha del joven, salió de la estancia.

Pocos instantes después, Zúñiga abandonaba el palacio, dirigiéndose á la posada donde se hospedaba.





CAPITULO XCIV

Zúñiga preocupado.



UNCA se había sentido don Juan de Zúñiga tan preocupado como aquella noche.

El trayecto que mediaba entre el palacio y su casa lo recorrió como un sonámbulo, sin darse cuenta de lo que hacía.

Verdad es que le habían pasado cosas bien extraordinarias.

Su entrevista con el ministro y su conferencia con el doctor le habían impresionado poderosamente.

Agitado por el torbellino de pensamientos que hervían en su cerebro, razonaba de este modo:

—¿Conque es decir que para medrar en la corte es

necesario proceder de distinta manera que se piensa? ¿Es preciso ser un solapado y un artero, y prestarse á llevar á cabo las acciones más viles, si no quiere uno exponerse á ser el blanco de la ira de los poderosos? ¡Oh! ¡Esto no es para mi carácter! Yo soy enemigo irreconciliable del fingimiento; y aunque me violente mucho, me va á ser imposible la palabra que he dado al doctor.

Yo no puedo engañar á Adelina, ni aun en broma.

Yo no puedo ni quiero hacer creer al ministro que trabajo para que sus torpes deseos se realicen.

Voy á escribirle diciéndole que amo á Adelina con toda mi alma, y que aunque me cueste la vida, estoy dispuesto á partir de una estocada el corazón del miserable que intente arrebatarme la mujer á quien idolatro.

Tratándose de ella, que es la gloria de mi alma, con el mismo rasero mediré al rey que al último mendigo.

Nada de vacilaciones ni de fingimientos. La verdad desnuda, y salga el sol por Antequera.

Y don Juan, decidido á llevar á cabo aquella resolución, tan en armonía con su carácter impetuoso, pero noble y honrado, levantó la cabeza con un movimiento enérgico, y prosiguió su camino, satisfecho como el hombre que ha resuelto el problema que le preocupaba.

Al penetrar en su posada díjole al primer criado que encontró al paso:

—Llévame á mi cuarto recado de escribir.

—En seguida, señor.

Y Zúñiga se aventuró por la escalera que conducía al piso en que habitaba, hilvanando en su imaginación lo que iba á escribir al ministro.

Pero el hombre propone y Dios dispone; y nuestro joven, que se encontraba resuelto á escribir aquella carta así que llegase á su habitación, se vió en la imposibilidad de hacerlo.

Su amigo Rogelio Massi, que le esperaba hacía más de una hora, le dijo al verle aparecer:

—¡Gracias á Dios que vuelvo á echarte los ojos encima!

Zúñiga hizo un movimiento de disgusto al ver á su amigo, porque su presencia le contrariaba.

Rogelio, que lo advirtió, púsose en pie, diciendo:

—Paréceme que mi presencia te contraría. Si es así, habla con franqueza y te dejaré solo en el instante. Los verdaderos amigos no deben ser molestos ni importunos nunca.

Zúñiga, conociendo la razón que para hablar así asistía á su amigo, le tendió los brazos, diciendo:

—Perdóname, Rogelio, y ten en cuenta que desde que nos separamos esta mañana me han sucedido cosas tan extrañas, que son más que suficientes para perturbar cabezas mucho más firmes que la mía. Al llegar aquí era presa de una preocupación que es la que me ha obligado á hacer involuntariamente el gesto de sorpresa que te ha ofendido.

—Ofenderme no, porque te aprecio tanto, que nada de lo que tú hagas puede ofenderme á mí.

—Gracias por el concepto que te merezco, y que nunca verás desmentido por mis acciones, pues antes de hacer nada contra ti ó contra tu familia me arrancaría la existencia,—repuso Zúñiga con vehemencia.

—Te creo sin necesidad de que lo jures,—replicó Rogelio fijando en su amigo una mirada muy significativa y prorrumpiendo al mismo tiempo en una alegre y ruidosa carcajada.

Zúñiga, sorprendido por aquel arranque de hilaridad, repuso con acento grave:

—¿Dudas acaso de la sinceridad de mis palabras?

Rogelio volvió á reir más ruidosamente al ver la actitud de su amigo.

Éste, amostazado por la burla de que se creía objeto, añadió:

—¡Vive el cielo que á no profesarte el fraternal afecto que te profeso!...

Rogelio no le dejó terminar, y alzándose de la silla que ocupaba, le interrumpió con exagerado acento melodramático, diciendo:

—Sí, me profesas un cariño tan grande, tan inmenso y tan fraternal, que admites el depósito de cuantos secretos encierra mi alma, que te revelan mis labios, y con una ingratitud y una reserva traidoras me ocultas cuidadosamente los verdaderos sentimientos de tu corazón.

—¡Ah!

—Pero como todas las personas no son tan poco francas como tú, hoy mi madre y mi hermana Adelina, que han sabido tu regreso con tanto placer y con tanta alegría como el mío, me han revelado el secreto que tú tan cuidadosamente me ocultabas.

—¡Ah! ¡La condesa sabe también!...

—Todo; porque mi pobre hermana, al creerte muerto, la reveló el estado de su corazón.

—Y tu madre, ¿rechaza ó aprueba nuestros amores?

—No lo sé, ó mejor dicho, no quiero decirte cómo opina, en justo castigo de la poca confianza con que me has tratado, —respondió Rogelio sonriendo.

Zúñiga, conociendo por la expresión del rostro de su amigo que la condesa aprobaba sus relaciones, y sintiendo que el gozo henchía su alma, exclamó:

—Bien: guarda toda la reserva á que te da derecho lo que calificas de falta de franqueza en mí, y que no fué otra cosa que respeto profundo á lo ilustre y elevado de tu linaje. Yo me sentí enloquecido por los encantos de Adelina desde el momento que la vi por primera vez. La revelé mi pasión cuando me fué imposible encerrarla por más tiempo en el fondo de mi pecho.

—Sigue, sigue haciendo confesión general, y ya veremos si mereces que se te absuelva.

—Cuando me vi correspondido, creí volverme loco de alegría. Pero mi contento trocóse casi instantáneamente en la más amarga desventura. ¿Quién era yo? ¿Qué posición era la mía para aspirar á la mano de la

más hermosa y la más noble de las mujeres? Este pensamiento me desesperó, y me propuse ver si podía arrancar de mi alma aquella pasión que era mi gloria y mi martirio. Cuando me convencí que era imposible, me propuse morir ó hacerme digno de mi amada, conquistándome con mi acero el nombre y la posición que me negó la fortuna.

Hasta haber conseguido mi deseo me juré á mí mismo no revelar á nadie mi pasión. Por eso nada te dije ni nada te hubiera dicho hasta que me hubiera creído con condiciones suficientes para ser merecedor de formar parte de tu noble familia. Esta y no otra ha sido la causa de mi silencio, el fundamento de mi reserva. Ahora tú dirás si mi culpa merece ó no ser perdonada por tu amistad.

—Merece ser perdonada; pero como no puede haber absolución sin penitencia, voy á imponértela en el acto,—replicó Rogelio sonriéndose.

—Te escucho, pues.

—Mañana irás á ver á mi madre y á mi hermana.

—¡Qué ventura!

—No te impacientes, y óyeme. A mi hermana, que desea verte con la impaciencia del que encuentra la felicidad que lloró perdida, y á mi madre, á quien debes dar gracias porque aprueba tu pasión y te dará con verdadero placer el nombre de hijo.

Zúñiga, delirante de contento, se arrojó en brazos de su amigo, estrechándole con la mayor efusión, exclamando:

—¡Ah Rogelio, tú no puedes figurarte la inmensa satisfacción que con tus palabras me haces experimentar! Los que aseguran que no existe en la tierra la felicidad absoluta, es porque no se han encontrado nunca en la situación en que yo me encuentro en este instante. Te juro que me considero tan feliz, que no me cambiaría en este momento por el monarca más poderoso del mundo.

—¡Quién pudiera decir otro tanto!—repuso Rogelio, exhalando un suspiro.

—¡Cómo! ¿Pues acaso no eres tú feliz también?—preguntó Zúñiga admirado.

—Yo soy el hombre más infeliz que existe en la tierra.

—Pues ¿qué te pasa? Habla, y veamos si mi amistad puede hacer algo en tu favor.

—No puedes hacer nada.

—Si es como dices, tendré al menos el placer de consolarte. Ya sabes que las penas se aminoran cuando se confían á quien de corazón se duele de ellas.

—Lo sé; y sólo en ese sentido y con esa esperanza, voy á comunicarte lo que me sucede.

—Habla, que te escucho con verdadero interés.

—Desde que llegamos á Madrid no he recibido más impresión buena que la noticia de tus amores con mi hermana.

—Gracias, amigo mío.

—Ésa ha sido la única nota agradable de mi entre vista con mi familia, pues toda ella ha sido destinada

á darme pormenores de la trágica muerte de mi padre.

—¿Ocurrió como se cuenta?

—Sí; pero no hablemos de ese asunto, cuyo recuerdo me hace un daño grande.

—Habla, habla de otra cosa.

Rogelio hizo una pequeña pausa, después de la cual continuó diciendo:

—Después de ver á mi familia me dirigí á palacio á ponerme á las órdenes del rey, en cumplimiento de la orden que recibí en Lima. En cuanto llegué y me hice anunciar, fuí introducido en la cámara del soberano. No puedes figurarte la impresión que mi presencia produjo al monarca.

—¡Impresión!—exclamó Zúñiga con extrañeza.

—Sí.

—¡Es bien raro lo que dices!

—Lo mismo me ha parecido á mí; pero no tengo duda alguna respecto á lo que te afirmo, porque á pesar de la natural emoción que me producía la persona del rey, noté clara y distintamente que su semblante palideció, y que sus ojos brillaron humedecidos como cuando los arrasan las lágrimas.

—Me admiro de oirte; y si lo que advertiste no fué causado por un efecto de óptica ó una aberración de tus sentidos, no acierto á explicármelo.

—Lo mismo me sucede á mí, y eso que desde entonces me afano buscando la clave de ese enigma.

—Continúa á ver si por lo que después te sucediera podemos descubrir algo que aclare nuestras dudas.

—Aquella impresión que brilló en el semblante del rey desapareció con la rapidez del relámpago. Me acerqué á su majestad, puse una rodilla en tierra y besé la mano que el monarca me alargó. En aquella actitud respetuosa esperaba ser interrogado. Pero el rey exclamó entonces con voz serena y firme:

—Alzad, señor conde de Massi, y recibid mi parabién por la bizarría y el heroísmo con que habéis peleado por el esplendor de mi trono y la gloria de la patria. Digno os habéis hecho de nuestro real aprecio, y para demostrároslo os nombramos coronel, agregándoos desde este momento á nuestro cuarto militar.

—¡Bravo, Rogelio! No sabes el placer que me causa el que en un mismo día nos veamos los dos convertidos en flamantes coroneles.

—¿Tú también? - exclamó Massi con inmensa alegría.

—También: su majestad ha tenido la dignación de elevarme á ese empleo creyéndome muerto.

—¡Magnífico!

Y los dos amigos se confundieron en un nuevo abrazo, dándose mutuamente la enhorabuena.

Pasado este momento de expansión, Zúñiga reanudó el diálogo suspendido, diciendo:

—Entonces, ¿qué razones tienes para considerarte desgraciado?

—¡Ah! ¿No adivinas el motivo de mi disgusto?

—No.

—¿Pues no sabes que me dejé al salir para España

mi vida, mi gloria y mi ventura en América? ¿O no recuerdas que estoy tan perdidamente enamorado de Gloria como tú puedas estarlo de mi hermana?

—Perfectamente lo recuerdo.

—¿No sabes que mi enlace debía verificarse á mi regreso á Lima, y que al incorporarme el rey á su cuarto militar, mi regreso al Perú se retrasa indefinidamente, y se aplaza, por lo tanto, esa boda en la que tengo yo cifrada la dicha de mi vida?

—Y ¿eso te apura y te desespera?

—¡Pues no ha de apurarme!

—Pues no sé por qué, cuando esa contrariedad puede remediarse bien fácilmente.

—¿Cómo?

—El coronel Larde y su familia, ¿son acaso americanos?

—No, que son españoles, nacidos en Granada.

—Pues entonces, en la imposibilidad de ir tú á reunirte con ellos, se zanja el conflicto haciendo que tus futuros suegros vengan aquí á reunirse contigo. La guerra ha terminado en aquellos remotos climas, y no creo que poniendo en juego nuestras influencias, sea cosa muy difícil conseguir que el rey disponga que el coronel regrese á España.

—Tienes razón.

—¡Ah! ¡Si me fuera á mí tan fácil disipar la tormenta que amenaza mi dicha!—exclamó Zúñiga lanzando un profundo suspiro y dejando ver en su semblante la expresión de una gran contrariedad.

Rogelio fijó en el rostro de su amigo una mirada investigadora, y viendo la transformación que en él se había operado, repuso:

—Pero ¿hablas en serio?

—Sí; y como no debe haber de hoy en adelante secreto alguno entre nosotros, y la causa de mi pesar te afecta á ti muy directamente, voy á revelarte lo que me preocupa é inquieta.

—Habla.

—¿Recuerdas la profunda preocupación que embargaba mi ánimo cuando me viste llegar aquí, y que me obligó, á pesar mío, á hacer al verte la demostración de disgusto que notaste?

—Sí lo recuerdo.

—Pues bien: vas á saber la causa que á obrar así me impulsaba.

Y Zúñiga refirió á su amigo cuanto le había ocurrido con el ministro de la Guerra, su entrevista con el doctor Estrañi, y su propósito firmísimo de dar al traste con aquella infame intriga, dirigiendo al marqués de Grimaldi la carta que había pensado.





CAPITULO XCV

Donde Rogelio persuade á Zúñiga.



E ninguna manera debes escribir esa carta,—exclamó Rogelio con explosión cuando su amigo acabó de hablar.

—¿Cómo que no debo escribirla?—preguntó Zúñiga con extrañeza.

—No debes escribirla, porque es una tontería proceder noblemente con un enemigo tan falaz y tan artero como Grimaldi.

—¿Es decir que piensas en este caso del mismo modo que el doctor?

—Exactamente.

—Mira, Rogelio, eso será todo lo hábil que quieras, pero está en oposición completa con mis inclinaciones

y con mi carácter, y no puedo ni quiero hacerlo. Yo necesito dar salida á la bilis que me ahoga y decirle á ese hombre las verdades del barquero.

—¿Y con eso crees quedarte ancho y satisfecho?

—Sí, ¡y tan satisfecho!

—Pues bien: ¿sabes lo que conseguirías obrando de tan imprudente manera?

—¿Qué?

—No sólo perderte, como te dijo muy bien el doctor, sino perderme á mí, comprometer á mi hermana y matar á disgustos á mi noble madre.

—¡Rayos y truenos!—exclamó con explosión Zúñiga descargando un puñetazo tan tremendo sobre la mesa que hizo crujir el tablero.

Después de este desahogo, tan natural en su carácter, añadió:

—¿Conque es decir que en esta tierra, á quien hemos dado en llamar patria de la hidalguía y de la caballerosidad, no puede procederse honradamente sin exponerse á mil peligros?

—¡Parece imposible que eso te asombre después de haberte sucedido las cosas que te han pasado! Un sentimiento de amistad te impulsa en un momento supremo de mi vida á proteger mi fuga, y pierdes tu carrera exponiéndote á un severo castigo. Un deber de galantería te hace defender á una dama, y porque en franca y noble lid das una estocada á tu adversario corres un nuevo riesgo. Salvas una gruesa suma del Estado, dando al traste con la partida de bandoleros

que querían apoderarse de ella, y la calumnia se ceba en tu intachable reputación. Te portas como un héroe en África, y sólo se acuerdan de recompensar tus servicios cuando te creen muerto.

—¡Es verdad!

—Pues bueno: al que le han pasado estas y otras muchas cosas, ¿por qué se ha de extrañar de lo que sucede en España?

—Voy creyendo que tienes razón.

—Déjame concluir.

—Prosigue.

—Dime: ¿qué juicio formarías de un hombre que con las manos atadas intentara medirse con un gigante armado de punta en blanco? ¿No le tomarías por un imbécil ó un loco?

—Claro es que sí.

—Pues si llegas á hacer lo que intentas, ese mismo desventajoso concepto formarán de ti las personas que te conozcan.

—Pero es que yo no considero un gigante al ministro de la Guerra.

—Comparado con cualquiera de nosotros, lo es.

—No lo creo así.

—Porque la pasión te ciega, no dejándote apreciar las cosas tal y como son. El ministro goza de la confianza del rey...

—Hasta cierto punto, amigo mío.

—Hasta el punto más que suficiente para disponer, si se le antoja, que nos dejen de paisanos ó nos desti-

nen al ejército de Filipinas ó del infierno por toda nuestra vida.

—¡Vive el cielo que tienes una manera de argüir!...

—Que desespera, ¿no es verdad?

—No sólo que desespera, sino que le hace á uno hasta renegar de un país en que tales cosas suceden, y de un monarca que tolera tamañas injusticias.

—No todas las arbitrariedades que cometen los ministros son conocidas por los reyes. Recuerda si no que á propósito de esto dice Cervantes: «Si la verdad llegase á los oídos de los príncipes, otros tiempos correrían.»

—Dices bien.

—Ten en cuenta que en rededor de todos los reyes, y hasta de todos los hombres que ocupan altos puestos, se forma por los oficiosos y los aduladores una atmósfera que les envuelve, impidiéndoles ver con claridad lo que ocurre fuera de aquel círculo en que viven.

—Tienes razón.

—De no ser así, ¿crees tú que los encargados de regir los destinos de las naciones cometerían la mitad de las torpezas que cometen? Además de esto, es tan halagador, suena tan bien y tan dulcemente el lenguaje de la lisonja y de la adulación en todos los oídos, que los reyes, que, después de todo, son hombres con las mismas debilidades y los mismos defectos que los demás, siéntense inclinados hacia el que más lisonjea sus caprichos, y conceden su influencia y se dejan ex-

piotar, no por el que más vale, sino por el que mejor y más asiduamente les adula.

—¡Qué verdades tan amargas y tan desgarradoras dices!

—Pero verdades al fin que es preciso no olvidar si no quiere uno ser aplastado por sus consecuencias. Entre la persona del ministro y las nuestras, por más razón y más justicia que nos asista, ¿crees tú que el rey vacilaría siquiera? La cuerda quebraríase por lo más delgado, y ese hombre jugaría con nosotros á su antojo, no tengas la menor duda.

—No la tengo ya: tus razones me han convencido de que para poder vivir es preciso disimular.

—Sí, es necesario amoldarse á las circunstancias, y hacer más uso de la astucia que del valor, y de la doblez que de la franqueza.

—No parece más sino que has aprendido en la misma escuela que el doctor.

—Puede ser que no te equivoques,—repuso Rogelio sonriendo.

—¿Que acaso no me equivoque, dices?

—Sí, porque el doctor ha aprendido indudablemente esas y otras muchas cosas en brazos de dos maestras cuyas lecciones son tan dolorosas y tan crueles, que se graban en el alma con caracteres de fuego.

—¿Te refieres á la experiencia?

—Y á la desgracia.

—¡Triste cosa es la vida cuando se la estudia á través del cristal del desengaño!

—Por eso es una verdad inconcusa que al paso que blanquea la cabeza se ennegrece el corazón.

Los dos amigos guardaron silencio durante unos momentos.

Rogelio fué el que reanudó la conversación, diciendo:

—Conque desistes de escribir al ministro, ¿no es verdad?

—Sí, desisto.

—Mira, cuando se recibe una ofensa de una persona de tan elevada posición que no puede uno vengarse sin exponerse á una desgracia segura, lo conveniente es tener paciencia y mala intención.

—¿Como los jesuítas?

—Eso es.

—A las personas poderosas no se les debe molestar con un alfilerazo cuando le ofenden á uno, sino esperar la ocasión oportuna y darlas una estocada en el corazón.

—Eso haré con ese ministro intrigante si la fortuna me ayuda.

—O yo, si la suerte me depara una circunstancia propicia. Pero mientras llega ese caso, no tienes más remedio que disimular, haciéndole creer que obedeces ciegamente sus órdenes.

—Así lo haré, puesto que nos conviene á todos.

—Además, mientras desempeñas cerca del ministro ese papel que la prudencia te impone, yo creo que será muy conveniente inclinar el ánimo de mi madre

para que se lleve á cabo cuanto antes tu enlace con mi hermana.

—Sí, sí, —exclamó Zúñiga loco de alegría.

—Deja ese asunto de mi cuenta.

—Te voy á deber más que la vida, puesto que vas á darme la suprema felicidad.

—Mañana mismo, después que visites á mi madre y á mi hermana, plantearé yo con ella esa cuestión.

—Gracias, Rogelio: no puedes imaginarte lo dichoso que me haces con tus palabras.

—Pero, chico, charlando, charlando se nos ha venido encima la aurora. Mira ya cómo se filtran por las rendijas de esa ventana los primeros fulgores del día.

—Es verdad: se nos han pasado las horas como minutos.

—Hagamos punto final y recojámonos á dormir algunas horas.

—Me parece que no ha de serme posible pegar los ojos. Ruedan amontonados en mi mente una multitud de pensamientos que no me dejarán dormir.

—Pero tomando la horizontal, si no descansa el espíritu, por lo menos descansará el cuerpo.

Los dos jóvenes se estrecharon cariñosamente las manos, y separándose se dirigieron á sus respectivos dormitorios.

En la tarde del día siguiente, Zúñiga abandonaba

con el alma llena de risueñas esperanzas el convento de las Comendadoras.

Josefina y su hija le habían recibido con el mismo cariño que á Rogelio.

Al repasar el amplio zaguán del monasterio, el anciano jardinero Sebastián se quitó su puntiagudo gorro de seda, é hizo al joven un respetuoso saludo, diciendo:

—Que el cielo guíe á vuecencia, señor coronel.

Zúñiga puso entonces mano á uno de los bolsillos de su casaca, y sacando un duro, se le puso en la mano á Sebastián, diciéndole:

—Refrescad en mi nombre.

—Gracias, señor, —respondió el anciano haciendo una genuflexión tan profunda que rayó en ridícula.

Don Juan salió á la calle.

El pobre jardinero le vió alejarse sin perderle de vista hasta que dobló la esquina.

Entonces Sebastián se dirigió al interior del monasterio, diciendo:

—Es tan buen mozo como generoso.

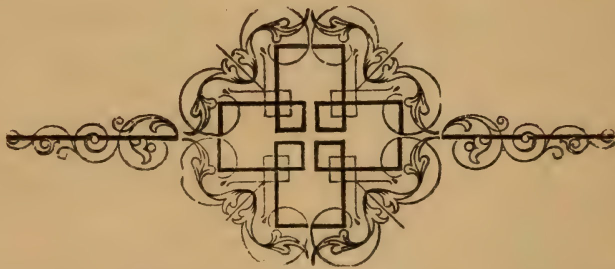
Desde aquel día, no hubo para el bueno de Sebastián una persona más excelente en el mundo que el coronel Zúñiga.

No hay nada como la generosidad para granjearse simpatías.

El que da puede estar seguro de tener amigos en todas partes.

El convencimiento íntimo de esta verdad es lo que aumenta, á nuestro juicio, esa sed hidrópica que inspira el oro.

Tanto vales cuanto tienes: verdad amarga y desconsoladora, pero verdad al fin.





CAPITULO XCVI

Un sobrino resucitado.



ocos días después de los sucesos referidos, Juan de Zúñiga, luciendo su flamante uniforme de coronel, presentóse en la portería del convento de los jerónimos.

Su pensamiento era visitar á su tío el prior, á fin de que le entregara el despacho de coronel, que, como sabemos, le mandó el monarca al creer muerto á don Juan en Africa.

El hermano portero, que era un lego que no conocía nuestro joven, pues hacía sólo meses que se encontraba en el convento, al ver su arrogante apostura, salió á su encuentro, preguntándole con la mayor humildad:

—¿Qué desea el señor coronel?

Zúñiga, fijando sus ojos en su interlocutor, en vez de responderle, le interrogó de este modo:

—Pues ¿dónde se encuentra el hermano Anselmo? ¿Acaso ha abandonado ya esta portería, que era su puesto favorito?

El lego, poniendo el gesto más compungido que pudo, replicó:

—Fray Anselmo pasó á mejor vida hace ya dos meses.

—¿De seguro que habrá muerto de una indigestión? Comía como un lobo.

—¡Un asiento se le llevó al otro mundo!

—¿No digo? ¡Si el bueno del lego era muy capaz de comerse de una sentada el rancho de una compañía!

—Sí, tenía buen apetito,—profirió el nuevo portero sonriendo.

—Dios le haya perdonado.

—Amén.

—Ahora pasemos á otra cosa. El reverendo prior don Bernardo, ¿se encuentra visible?

—En este momento debe hallarse rezando sus oraciones.

—Bueno, pues hacedme el favor de anunciarle mi visita.

—¿Qué debo decirle, señor?

—Que su sobrino, el coronel de guardias valonas don Juan de Zúñiga, desea verle.

—¡Ah! ¿Sois sobrino del señor prior?

— Sobrino carnal, sin poder negarlo.

—Voy en seguida á anunciarle vuestra visita.

Y el lego internóse en el convento á cumplir su encargo.

Zúñiga penetró entonces en el claustro del piso bajo, y se puso á pasear, haciendo resonar sobre el duro pavimento de mármol los tacones de sus altas y lustrosas botas y sus brillantes espuelas.

Algunos monjes, sintiendo excitada su curiosidad por aquel ruido, asomáronse á ver quién era el que le ocasionaba; pero ninguno reconoció en el apuesto coronel al novicio de otro tiempo.

El hermano portero llegó á la celda del prior, y después de dar con los nudillos dos leves golpes en uno de los tableros de la puerta, profirió con la más respetuosa inflexión de voz las siguientes palabras:

—*¡Deo gratias!*

—A Dios sean dadas,—replicó con bien poca mansedumbre el prior, á quien el llamamiento le molestaba.

Hubo un momento de silencio, después del cual el reverendo añadió:

—¿Qué se os ocurre, hermano portero?

—Anunciar á su reverencia la visita de su señor sobrino el coronel don Juan de Zúñiga.

—Pero ¿qué es lo que decís, desdichado?—exclamó

el reverendo, cerrando el breviario en que leía y poniéndose de pie como á impulsos de un resorte.

La puerta de la celda se abrió, y el hermano portero, apareciendo con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, añadió:

—Padre, no hago más que repetir lo que me ha encargado el caballero que desea ver á su reverencia.

—Pero ¿cómo queréis que esa persona pueda ser mi sobrino, si el desventurado murió hace cerca de dos años en África, bajo el filo cruel de las cimitarras de los sectarios del falso profeta?

El lego no supo qué replicar; pero afortunadamente para él llegó á sacarle del atolladero la voz de Zúñiga, que deseando ver á su tío, repasó la escalera, y oyendo las últimas palabras de don Bernardo, exclamó:

—Por fortuna, querido tío, aquí me tenéis sano y salvo.

Y el joven coronel se precipitó en la celda como una avalancha.

El reverendo, al verle, no pudo contener una exclamación de alegría; y abriendo los brazos, estrechó en ellos á su sobrino con verdadera efusión.

En aquel momento había olvidado de una manera absoluta la antigua animadversión que sentía hacia el joven.

Pasadas las primeras demostraciones de cariño, el reverendo, después de secar con su pañuelo de seda de Toledo las lágrimas que el gozo agolpó á sus ojos,

compuso su semblante; y adoptando la expresión de gravedad que él creía inherente á su cargo, dijo al joven coronel:

—No puedes imaginarte la inmensa satisfacción que siento al ver que no ha resultado cierta la noticia de tu muerte.

—Lo creo, querido tío; pero sabed que entre aquellos perros infieles, momentos he tenido de no dar por mi vida dos maravedises.

—Desde que me comunicaron la noticia de tu fallecimiento no he dejado ningún día de pedir á Dios por ti, temiendo que al caer bajo el plomo enemigo no estuvieras en el estado de gracia necesario para salvarte.

—Gracias, señor, por vuestras preces, que aunque afortunadamente no he necesitado, no por eso las aprecio en menos.

—Los que profesáis la carrera de las armas descuidáis mucho la salvación de vuestras almas, siendo así que estáis siempre tan expuestos á morir.

—Tened en cuenta, tío, que la costumbre es una segunda naturaleza, y el hombre de guerra acaba por connaturalizarse con el peligro á fuerza de exponerse continuamente á él. Para los que recibieron del cielo la vocación necesaria para ejercer el sagrado ministerio que vos ejercéis, la paz del claustro es su vida, las cadenciosas notas del órgano su música regalada, y el aroma del incienso el perfume más embriagador y más apreciado. En cambio los que hemos venido á la

vida con ensueños de gloria y ambición de renombre, no podemos vivir sino en medio de los horrores de las batallas, siendo la música que más halaga á nuestro oído el estallar de la fusilería y el ronco estampido de los cañones, y nuestro perfume más agradable el humo de la pólvora. Creedme, querido tío: cuando en medio de los abrasados arenales africanos, envuelto entre una lluvia de balas y en medio de un bosque de lanzas y cimitarras, revolvía furioso mi caballo sembrando con mi acero el estrago y la muerte entre los enemigos de nuestra religión y nuestro rey, ni un instante siquiera cruzó por mi mente el temor de morir.

—Te escucho con verdadero asombro, porque nunca pasó por mi imaginación que tú hubieras nacido con inclinaciones de héroe.

—Tío, nací bajo el cielo hermoso de España, de esta patria querida donde no existe una clase social que no haya dado varones eminentes y guerreros esforzados.

—Sí, tienes razón; pero, francamente, no podía yo presumir siquiera que el hijo de un humilde labrador, y un mal estudiante de latín por añadidura, pudiese transformarse en tan pocos años en todo un coronel de la guardia valona.

—Porque no recordáis que un humilde pastor, como Viriato, se hizo un caudillo tan famoso que logró con sus bizarros hechos llevar el espanto al corazón de la soberana del mundó, de la orgullosa Roma.

—Es verdad.

—Porque olvidasteis, sin duda, que un humilde guardador de cerdos conquistó el Perú.

—También es cierto.

—Podía, querido tío, citar cien casos con sólo echar una rápida ojeada sobre los hechos de nuestra patria historia; pero no los creo precisos para justificar mi posición de hoy, y la que más adelante pienso conseguir.

—¡Cómo! ¿Aspiras aún á elevarte más? —preguntó sorprendido el bueno del prior.

—¡Pues no he de aspirar!

—La ambición es un pecado, sobrino mío.

—Pero cuando la ambición es justa, yo la tengo por una virtud. Al abrazar la carrera de las armas me tracé una línea de conducta, y ésa pienso seguir hasta llegar á la cumbre de mis aspiraciones. Al ver sobre mi hombro izquierdo la jineta de alférez, me dije: faja ó caja, y empuñaré el bastón de general si la muerte no me sale al encuentro cortándome el camino.

—¡Jesús, Jesús mil veces! ¡Estás loco, muchacho, estás loco!

—Si cuando salí de esta misma celda desesperado os hubiera dicho cualquiera que me habíais de ver de coronel de un regimiento de valonas, ¿no hubierais tenido por demente al que tal cosa asegurase?

—Sí que le hubiera tenido por loco.

—Pues ¿creéis acaso que es más difícil llegar de coronel á general que de alférez á coronel?

—Yo no entiendo de esas cosas; pero me parece

que tienes y has tenido tú siempre la cabeza muy ligera para ocupar un puesto tan difícil y tan respetable.

—Pues le ocuparé, querido tío; y para que vuestro asombro llegue á su último límite, os añado además que el humilde apellido de nuestra familia se enlazará con otro de nuestra primera nobleza; que privaré al lado de nuestro augusto monarca, y que cuando todo esto se haya realizado, pondré á vuestra disposición oda mi influencia para que la utilicéis de la manera que queráis.

—¡Calla, calla!

—Yo seré siempre vuestro cariñoso sobrino, lo mismo que lo seré también de mi tío Pablo, á quien conduje á Francia, confesión que os hago ahora por lo mismo que no quise hacérosla en el tribunal de la Inquisición cuando me quisisteis obligar á ello.

—Allí como allí, y aquí como aquí. Yo cumplí entonces con mi deber, como cumpliría cien veces que me viese en el mismo caso.

—Y yo cumplí con el mío no diciendo á un juez lo que podía perjudicar á un individuo de mi familia, y confesando ahora á un pariente el beneficio que dispensé á otro.

—Bien, mira, echemos un velo sobre todo lo pasado.

—Sí, señor: para poder vivir es necesario olvidar.

—Y perdonar, si hemos de cumplir con los preceptos del Evangelio,—añadió el prior, que convencido

ya de que su sobrino sería general, deseaba que no se acordase de los malos ratos que le hizo sufrir cuando le tenía á su lado en calidad de novicio.

Zúñiga, que conoció la intención de su tío, dióle nuevas seguridades de que todo lo había olvidado, con lo que el bueno del prior quedóse regocijado en extremo.

Luégo entregó á su sobrino el real despacho de coronel, que, como sabemos, guardaba, y despidióle afectuosamente, encargándole que no dejara de visitarle á menudo, asegurándole que le tendría presente en sus oraciones, á fin de que el cielo le preservase de todo mal.

Don Juan besó con el mayor respeto la mano de su tío y salió de la celda satisfecho de su proceder, pero diciendo para sí:

—En este pícaro mundo, desde el ser más ruin al más elevado, rinden fervoroso culto al dios Éxito. Si en vez de presentarme en esta santa casa hecho un coronel, me presento desarrapado y hambriento, como en otra época, mi seráfico tío me encierra en el *impace* á pan y agua, ó me hace echar de aquí á latigazos como á un perro rabioso. Tanto tienes, tanto vales. ¡Qué verdad tan desconsoladora!





CAPITULO XCVII

Un lego de tomo y lomo.



IENTRAS Zúñiga sostenía con su tío el diálogo que dejamos consignado en el capítulo anterior, el hermano portero fué anunciando á cuantos monjes encontraba al paso la visita al prior del flamante coronel.

La noticia se extendió con la rapidez del rayo por todos los ámbitos del monasterio.

Cuantos monjes conocían á don Juan, poseídos de una curiosidad grande, salieron á los claustros del piso bajo á fin de saludarle. Así es que apenas puso su planta nuestro protagonista en la galería baja, encontróse rodeado

por sus antiguos catedráticos y condiscípulos, que afanábanse á porfía á colmarle de alabanzas y enhorabuenas.

Más de un corazón agitóse bajo el tosco sayal á impulsos de la envidia que les inspiraba la brillante posición del ex novicio.

Más de uno de aquellos monjes jóvenes, á quienes la paz y la austeridad de la vida monástica no habían logrado aun matar por completo en su alma el germen de las pasiones, se dijo:

—¿Por qué no habré hecho yo lo que éste hizo?

Juan de Zúñiga tuvo abrazos, apretones de manos y palabras cariñosas para todos.

Su carácter franco y expansivo se prestaba perfectamente á escenas como aquellas.

Además, nuestro joven coronel sentíase verdaderamente satisfecho en aquel instante.

Su amor propio encontrábase halagado al demostrar, como en aquella ocasión lo hacía, á sus antiguos compañeros de claustro que al colgar los hábitos lo hizo porque su alma necesitaba horizontes más anchos en que esparcirse, porque su inclinación le impulsaba á los azares de la vida de campaña, más que á la tranquila y sedentaria vida contemplativa.

Pero cuando la alegría de Zúñiga no tuvo límites fué al ver destacarse de uno de los grupos de monjes que inundaban el claustro á un lego gordo y colorado como un tudesco, que con los brazos abiertos se dirigía hacia él gritando:

—¿Conque es verdad que vivís, mi amo y señor?

Zúñiga lanzó al verle una ruidosa carcajada y se precipitó en los brazos del recién llegado, diciendo:

—¡Bribón, ya has realizado tu bello ideal!

Aquel lego tan de tomo y lomo no era otro que su antiguo criado Antonio.

El joven coronel apretó con tanta efusión á su sirviente, que estuvo á punto de sofocarle.

Antonio, llorando de alegría y casi ahogado por la emoción y por los apretones del joven coronel, exclamaba:

—¡Pero si me parece imposible que nuestro santo patrono me proporcione la inmensa dicha que en este instante experimento! ¡Haberos rezado tantas veces por muerto, y veros ahora lleno de salud y de vida, y hecho nada menos que jefe de un regimiento de la guardia! ¡Milagro, milagro patente de mi santo patrón! ¡No me cabe duda!

Y Antonio volvía á abrazar á su señor y limpiarse con su pañuelo de hierbas sus ojos, preñados de lágrimas.

Zúñiga sonriendo repuso:

—Bien puedes asegurar que milagro, y grande, fué que saliese con vida el último día que nos vimos de las manos de aquellos perros que me acosaban por todas partes.

—¡Si todos, y hasta el mismo general, os creyeron, señor, hecho pedazos!

—Pues sólo dos pequeños rasguños saqué de aquel

tráfago, donde la muerte tendía hombres como el segador tiende espigas á los golpes de su cortante hoz.

—Fué un día horrible, cuyo recuerdo aun turba mis sueños, á pesar de la calma que presta á mi espíritu la paz de esta santa casa.

—¡Se batió bien el cobre aquel día!

—¡Ya, ya! Aquellos malditos árabes nos dieron una paliza que no nos dejaron hueso sano.

—¡Y eso que no supieron aprovecharse de la victoria! Si después de derrotarnos, como nos derrotaron, caen, con la fuerza y la confianza que presta la victoria, sobre el resto del ejército que os acogisteis al amparo de la escuadra, es fácil que de cuantos pisamos entonces el suelo africano no hubiera quedado un solo hombre para dar cuenta de lo que allí había sucedido.

—No creáis, señor, que el miedo que pasamos de que sucediera lo que acabáis de decir, fué pequeño. Por mi parte puedo aseguraros que hasta que me vi á bordo y navegando á todo trapo para España, no las tuve todas conmigo.

—Pues mientras tú navegabas hacia la patria, yo encontrábame herido, atado de pies y manos como una fiera, y sepultado en el oscuro seno de una mazmorra, y, sin embargo...

—Estabais tranquilo, ¿no es verdad?

—Sí: confiaba en quien tú sabes,—repuso Zúñiga sonriendo.

Antonio, conociendo que su antiguo amo se refería al diablo, se santiguó precipitadamente, diciendo·

—Pero, señor, ¿es posible que todavía creáis?...

—¿Cómo que todavía? Pues ahora con más fe y con más convicción que nunca. El incrédulo Santo Tomás, ¿podía dudar acaso de la resurrección de su divino Maestro después que metió sus dedos en las heridas del Mártir del Gólgota?

—Seguramente que no.

—Pues entonces, ¿cómo quieres que yo dude del poder de mi protector, cuando he sido esclavo, y soy libre, cuando me creí muerto, y me encuentro vivo, y cuando me veo coronel efectivo desde simple alférez que era cuando me empezó á dispensar su protección?

—¡Argüís de una manera!...

—La lógica de los hechos consumados es abrumadora, irrebatible.

—Sí, pero...

—Y créeme que no han de parar las cosas en él punto que hoy están. Dentro de poco me verás empuñando el bastón de general y unido á mi siempre idolatrada Adelina.

—¡Ah! Recordad, señor, que todo cuanto estáis diciendo lo vi yo en sueños hace algunos años, y os lo dije, y os burlasteis de mí, motejándome de loco.

—Verdad es cuanto dices; pero nunca hubiera creído en que aquel sueño pudiera realizarse, á no haberlo anunciado hace pocas noches mi generoso protector.

—¡Ah! ¿Luego habéis vuelto á verle?—preguntó alarmado el orondo lego.

—Y no una vez sola, amigo Antonio.

—¡Por Dios, señor, tened en cuenta vuestra alma! Acordaos que la muerte nos acecha, y que cuando menos lo pensamos esgrime su guadaña, y...

—¡Zas! Le hace saltar á uno la cabeza de los hombros como una guinda.

Y Zúñiga, al terminar estas frases, soltó una ruidosa carcajada.

—Señor, no os burléis de esa manera de cosas tan imponentes como la muerte.

—Quien la ha desafiado frente á frente en los campos de batalla no la tiene tanto miedo como los que nunca han visto su horrible catadura.

—Mirad, señor, que llegará un día en que os arrepintáis...

—¡Ea! Cesa de pretender representar cerca de mí el papel de diablo predicador, si no quieres que, recordando tiempos pasados, te mida las espaldas con mi bastón de coronel.

—¡Pero, señor, cuándo vais á sentar la cabeza!—exclamó el lego cruzando las manos y compungiendo el rostro.

—¡Tunante! Si no respetara el hábito que vistes, ya te haría yo poner ese gesto de anacoreta que pones. Genio y figura, hasta la sepultura. Ya lo sabes. Pero mi visita á esta santa casa se va prolongando más de lo conveniente, y voy á llegar tarde á ver á mi futura.

—¡Ah! ¿Vais á ver á la señorita Adelina?

—¿Podía yo acaso pasar un día sin verla, siendo

ella, como sabes que ha sido siempre, mi gloria y mi encanto?

—Señor, pero ¡qué flaco de memoria sois, cuando tan formalmente me decís ciertas cosas!

—Pues qué, ¿no es verdad cuanto acabo de afirmarte?

—Recordad aquella sultana por quien obligasteis al señor marqués de la Estrella á guardar cama más de un mes, y aquellas cartitas perfumadas que me expusieron á recibir una paliza mayúscula.

—Aquello fué una nube de verano, que se disipó para siempre al primer soplo del viento.

—¿Y aquella arrogante capitana de bandidos que encontramos en las provincias vascas?

—Otra nubecilla de verano también.

—Nubarrón, y preñado de granizos de plomo. Recordad si no la nochecita del molino.

—¡Buena sarracina se armó!

—¡Ay! ¡Cada vez que recuerdo las escenas de aquella noche se me ponen los pelos de punta!

—Serán los del cerquillo, porque tienes la cabeza más rasa que una calabaza. Para terminar: ya que hemos tenido la suerte de volvernos á ver después de las pasadas vicisitudes, y como yo te aprecio á pesar de todas tus marrullerías, te propongo que ahorques los hábitos, como en otro tiempo lo hiciste, y vuelvas á mi servicio.

Antonio no pudo reprimir un gesto de desagrado al oir la proposición de su antiguo señor.

Éste, que efectivamente apreciaba á su paisano, prosiguió diciendo:

—Ten en cuenta que la casa y la bolsa de un coronel no pueden ser lo mismo que las de un alférez. Ahora ni te verás obligado á ayunar, ni desempeñarás comisiones que te expongan á que te calienten las costillas. Además, en cuanto se verifique mi enlace con Adelina montaré mi casa como corresponde á mi nueva posición, y entonces te nombraré mi mayordomo. ¿Conque tienes alguna objeción que oponer á las proposiciones que te hago?

—Una sola, señor,—repuso Antonio, dando á su rostro la expresión más compungida que pudo.

—Y ¿qué objeción es ésa?

—La de que aunque lo siento con toda mi alma, no puedo aceptar el brillante partido que me proponéis.

—¿Que no puedes aceptarle?—repuso Zúñiga amostazado por la negativa.

—No puedo, señor.

—¿Por qué?

—Porque en medio de los peligros que corrimos en Africa, cuando os creía muerto y me figuraba que no había de tardar en seguiros al otro mundo, hice al santo patrón de este convento voto de dedicarme para siempre á su servicio, si me sacaba con vida de aquella difícil situación.

—A quien has hecho tú voto de permanecer aquí es á la despensa, tunante, glotón.



Lit. J. M. Mateu, Barquillo 4 Madrid

A quien has hecho tu voto es á la despensa ¡Tunante!

—Señor, pero ¿es posible que creáis semejante cosa?—exclamó el lego, fingiéndose entristecido para ocultar la emoción que le causaba que su amo adivinase tan perfectamente sus intenciones.

Pero Zúñiga, que sabía demasiado bien lo que era su paisano, le dijo:

—Eres un desagradecido y un egoísta, á quien no debe honrar con su saludo el que se precia de bien nacido. Quédate en la despensa, glotón, que pronto reventarás como el hermano Anselmo.

Y al acabar de decir estas palabras, Zúñiga volvió la espalda á su antiguo criado, tomando la dirección de la puerta de la calle.

Antonio intentó justificar su actitud con cuantas razones se le ocurrían; pero viendo que don Juan no le escuchaba, le asió del faldón de la casaca para detenerle.

El joven coronel rechazó al lego con energía, diciéndole:

—Déjame en paz, Heliogábalo, que pronto tendré el gusto de verte reventar de un atracón.

Y sin proferir una palabra más, repasó la portería, y ganando la puerta del monasterio aventuróse hacia el prado de San Fermín.

Antonio le miró alejarse haciéndose las siguientes reflexiones:

—Ya se le pasará el enfado: después de todo, tiene un corazón de ángel. ¡A cualquiera hora iba yo á colgar mi hábito de lego para embutirme en la galoneada

librea de mayordomo! Büena es una, y mojaba en la pringue. El que deja lo cierto por lo dudoso merece no ser feliz.

¡Pues poco suspiré yo en otro tiempo recordando el refectorio de esta santa casa!

A mí no me deslumbran ya las pompas del mundo.

Tripa llena y hábito amplio y cómodo es mi divisa, y entre morir de hambre ó de un atracón no dudo en escoger.

Diga don Juan lo que quiera, yo soy partidario de aquel adagio que dice: «Muera Marta, y muera harta.»





CAPITULO XCVIII

Un nuevo asalto á la despensa.



AS campanas del convento de San Jerónimo anunciaron con sus tristes vibraciones el toque de ánimas.

Los frailes, que habían saboreado en el refectorio una suculenta cena, elevaron sus plegarias al Señor, y después fueron retirándose á sus respectivas celdas.

Todo esto verificábase en la noche de un viernes; esto es, el día de la semana en que Antonio, cumpliendo la penitencia de ayuno que habíale impuesto fray Bernardo, esperaba con gran ansiedad que se recogiesen los padres, á fin de dar su ataque á los perniles de la bien provista despensa.

El antiguo criado de Zúñiga encerróse en su habitación.

Luégo aplicó el oído á la cerradura.

Sintió el rumor de los pasos de los padres, que iban á consagrarse al reposo.

Luégo oyó que el prior tosía en su celda.

Era indudable que todos habíanse recogido ya.

Entonces Antonio abrió muy despacio la puerta, quitóse luégo las sandalias para que se apagase el rumor de sus pasos, y provisto de un cabo de vela que no debía encender hasta hallarse en la habitación donde pensaba satisfacer las exigencias de su estómago, aventuróse á tientas por la galería.

Algunos instantes después, Antonio se hallaba en la despensa. Encendió el cabo.

Luégo dirigió una mirada á su alrededor.

Estaba solo.

Podía, por lo tanto, comenzar el asalto.

Antonio fijó sus ojos con verdadera complacencia en los perniles y en los embutidos, que hallábanse colgados en cuerdas que cruzaban de un lado á otro del aposento.

—¡Bendito y alabado sea el Dios omnipotente!—exclamó cruzando las manos mientras elevaba sus ojos al cielo.—¡Bendito sea mil veces el que creó tales cosas para nutrir y recrear á las criaturas!

Y esto dicho, Antonio sacó de uno de sus bolsillos una navaja, que abrió, disponiéndose á cortar una buena lonja de pernil.

Este deseo fué ejecutado en seguida.

El mofletudo lego llenóse la boca.

Era cosa digna de verle sentado sobre un barril de vino generoso y comiendo á dos carrillos.

Aquella noche tenía más apetito que de costumbre, y eso que, como nuestros lectores saben, no le faltaba nunca.

Los perniles sufrieron una considerable merma.

Antonio se ahogaba.

Gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Era preciso beber un trago, pero uno de esos tragos que hacen bajar el líquido algunas líneas, aun en los barriles que, como aquéllos, medían seis ó siete pies de circunferencia.

—Preciso es beber en relación de lo que se come,—exclamó Antonio.

Y disponíase á cortar un nuevo pedazo de pernil, cuando parecióle que oía ruido en la escalera.

El lego apresuróse á dejar el pernil en su sitio.

—No es ilusión,—se dijo:—alguien se acerca.

Y acurrucóse detrás de una de las barricas, después de darle un soplo á la vela.

Antonio no se había engañado.

El que se acercaba era el padre Saturnino, robusto fraile y persona de gran confianza, por lo que el prior no había dudado en nombrarle despensero.

Y ciertamente que no hubiera podido elegir otro más á propósito.

Era un esclavo de sus obligaciones y un verdadero inteligente en el arte culinario.

Aquella mañana había puesto en adobo unas aceitunas.

Llamóle el prior antes que acabase de echarles el aliño, y lo cierto es que, contra su costumbre, no habíase vuelto á acordar que había hecho esta importante omisión, hasta que estaba acostado.

El padre Saturnino, á pesar de lo muy obeso que se hallaba, no tuvo pereza de vestirse.

Púsose, pues, su hábito y se dirigió á la despensa.

Hé aquí explicado por qué fué interrumpida á semejante hora la cena del buen Antonio.

El padre Saturnino penetró en la despensa.

Luégo colgó en un clavo que había en la pared un candil que llevaba.

Después encogió las narices.

Tenía un olfato más privilegiado que un podenco, y acababa de advertir el olor que despedía el pábilo de la luz que apagó Antonio.

El padre Saturnino tosió dos veces.

Luégo sus ojos recorrieron la estancia con la mirada.

No vió á nadie; pero uno de los perniles se columpiaba como la péndola de un reloj.

El fraile tosió de nuevo.

No dijo, sin embargo, una palabra, y echándoles el

aliño á las aceitunas, salió silenciosamente de la despensa.

Antonio oyó el rumor de sus pasos, que perdiéronse en la escalera.

Entonces, saliendo de su escondrijo, estregóse las manos, y exclamó:

—¡No me ha visto! ¡Vaya un susto que me he llevado; pero afortunadamente tuve tiempo de ocultarme!

Antonio cortó otra buena magra, guardóse un par de tortas de gran tamaño y dirigióse á su celda.

Veamos las conjeturas que hacía el padre Saturnino entre tanto.

—Ya había notado,—decíase,—que había muchas mermas; pensé al principio que serían ocasionadas por los ratones, aunque los veintisiete gatos que hay en el convento no habían de estar ociosos. Hay además otros indicios que no dejan lugar á la duda. Los gatos no habían de beberse el vino generoso, ni llegar á los perniles que se encuentran fuera del alcance de sus uñas. Tampoco necesitaban tener luz encendida para comer. ¡Ah! ¡yo sabré quién es! No se opone el prior á que se satisfaga el apetito en la mesa, pero estos latrocinios merecen un escarmiento, y lo tendrán.

Al siguiente día, Antonio no se encontraba bien.

Sentía una gran pesadez en el estómago.

Fué necesario que lo llamasen para que acudiese al refectorio, donde esperaba el aromático y humeante chocolate.

—¿No tenéis apetito?—le preguntó con extrañeza el prior.

—Confieso que no.

—Y eso que ayer ayunasteis.

—Quizá por esto mismo.

Y Antonio bajó los ojos.

El padre Saturnino no cesaba de mirarle.

—Apostaría cualquier cosa,—pensó,—á que este lego es el que ha estado esta noche en la despensa: por eso no quiere el desayuno.

Y el fraile se propuso hacer aquella misma noche sus averiguaciones.

Estuvo hablando con el prior, á fin de que le ayudara á poner en práctica los fines que se proponía.

La leve indigestión de Antonio había desaparecido para la hora de comer.

Sentóse, pues, junto á la mesa, dispuesto á hacerla bien los honores; pero fray Bernardo defraudó todas sus esperanzas.

—Hermano Antonio,—le dijo con dulzura,—estáis muy quebrado de color: no comáis, por lo tanto, más que un poco de sopa.

—Reflexione el reverendo prior que ayer ayuné, y que esta mañana bebí el chocolate sin mojar en él ni un pedazo de pan.

—No importa: no os conviene cargar el estómago, para que mañana estéis completamente bueno.

—Pero...

—Ni una palabra más: haríais con ella que creyese

que estáis tentado de la gula, pecado muy grave para el que conoce lo poco de que há menester el cuerpo para nutrirse.

Antonio guardó silencio.

Aquel día tuvo que contentarse con un plato de sopa, que no sirvióle sino para aumentar su apetito.

¡Con cuánta impaciencia esperó á que llegase la noche!

—La despensa lo pagará,—se decía.

Y la boca hacíasele agua.

Apenas oyóse en el convento el toque de ánimas, el padre Saturnino dirigióse á la despensa, ocultándose detrás de uno de los barriles.

Desde allí disponíase á observar quién era el que todas las noches daba tan terribles avances á las provisiones.

Antonio no se hizo esperar.

Dejó, como de costumbre, la vela sobre una de las pilas, empezando á comer con verdadero apetito.

Hubo un detalle que por poco obliga al padre Saturnino á salir del sitio en que hallábase oculto.

El lego destapó el barrilillo de las aceitunas.

Probó una, y debió agradarle lo bien que estaban aliñadas, pues dióse tanta prisa, que temió el despensero que no dejase una.

—¡Qué ricas están! —exclamaba Antonio con la boca llena.—¡El demonio es el padre Saturnino para

preparar estas cosas! Podía ser el cocinero de su majestad.

Y el lego ya no se contentaba con cogerlas una á una, sino que á puñados se las metía en la boca, como si echase perdigones en el cañón de una escopeta.

Cuando estuvo harto de aceitunas, como de todo aquello que descubrieron sus ojos:

—¡Este hombre es una calamidad!—exclamaba el padre Saturnino.—¡Hace más daño en una despensa que un millón de ratas!

Y apretaba los puños, como quien dice:

—¡Ya me las pagarás, grandísimo hambrón!

Terminada la cena del lego, éste aplicó los labios al grifón de madera de uno de los barriles.

—¡El jerez de veinte años!—exclamó el padre haciendo un movimiento.

Antonio apartó los labios del grifón.

—¿Eh? ¿Qué es eso?—preguntóse.—¿Bajará también esta noche el despensero para echar más aliño á las aceitunas? Si es así, no faltaré mañana para probarlas antes que el padre prior.

Y Antonio, que sentíase un poco embriagado, salió del aposento, aventurándose por la escalera.

Entonces púsose en pie el padre Saturnino.

—¡Yo te aseguro,—exclamó fijando sus ojos en la puerta,—que has de pagármelas todas juntas, gran bribón!

Y saliendo de la despensa, dirigióse á su aposento.

Aquella noche apenas pudo dormir.

Estaba presa de la mayor intranquilidad.

En cambio, Antonio descansaba á pierna suelta.

Tuvo dulcísimos sueños.

Figurábase que se hallaba en el edén de sus deseos, y que la despensa estaba provista de nuevos manjares.

Cuando despertóse al día siguiente, se dijo:

—Poco me importa que el padre prior me tenga también á dieta: yo me contento con hacer una comida cada veinticuatro horas, siempre que ésta sea abundante como la de anoche. ¡Qué buenas estaban las aceitunas y el jamón, y sobre todo el vinillo de Jerez!

Antonio oyó las vibraciones de la campana que llamaba al refectorio.

—Vamos allá,—se dijo, y salió de la celda.

En la galería encontró al padre Saturnino.

—Buenos días, padre,—dijo Antonio con solicitud, —pues el despensero le inspiraba verdadera veneración.

—¿Cómo se encuentra hoy el hermano Antonio?

—Bastante mejoradito.

—Lo celebro.

Y ambos penetraron en el refectorio.





CAPITULO XCIX

Los emparedados del padre Saturnino.



URANTE el desayuno, los ojos del padre Saturnino no se fijaron ni una sola vez en Antonio.

Sin embargo, aunque no mirábale frente á frente, observóle á hurtadillas.

Vió lo poco que el robusto lego comía, y díjose para sus adentros:

—¡Bien se conoce que tienes lleno el estómago, tunante!

Terminado el desayuno, el padre Bernardo pronunció una oración, á la que respondieron todos los religiosos.

Después que el prior púsose en pie, los frailes hicieron lo mismo, saliendo del refectorio.

El padre Saturnino fué el que abandonó el último la estancia.

Sigámosle.

El despensero, en vez de dirigirse á su celda ó al coro, aventuróse por una larga galería.

Limitaba ésta en una espaciosa puerta.

El padre empujó la mampara, penetrando en la botica del convento.

En ella hallábase sentado junto á una mesa el padre Nicolás.

Era el boticario del monasterio.

El padre Nicolás frisaba en los sesenta años.

Su obesidad superaba á todas las de los otros padres, y eso que había entre ellos quien pesaba sus once arrobas.

La frente del padre Nicolás era espaciosa, tanto, que si había de limitarla el pelo, hubiera que medirla hasta cerca de la nuca, merced á su inmensa calva.

Usaba anteojos, que en el instante en que entró el repostero tenía colocados sobre las cejas.

En cuanto á la estancia donde habíase instalado la botica, era un rectángulo bastante espacioso.

Las paredes estaban cubiertas por anaquelerías de pino pintado de color de café, en cuyos departamentos veíanse en perfecta colocación frascos y botes de todos tamaños, retortas y otros adminículos necesarios para la química.

La atmósfera que allí se respiraba era agradable, predominando, entre diversidad de olores, el del éter.

El fraile hallábase, como ya hemos dicho, sentado en un sillón de vaqueta junto á la mesa, sobre la que veíase un peso, algunos frascos y un mortero, en cuyo fondo había una sustancia del reino vegetal.

—¡Loado sea Dios, padre Nicolás!—dijo el despensero.

—Él os traiga con bien,—respondióle el boticario, mientras en sus labios dibujóse una benévola sonrisa.

—¡Siempre trabajando!

—¡Qué hacer! Por desgracia no es tan perfecta la salud de los buenos padres, que no necesiten el auxilio de la ciencia.

—Es verdad.

—Y ¿á qué debo esta mañana la satisfacción de veros por aquí? Casi me atrevo á adivinarlo.

—¿Qué cree el padre Nicolás?

—Sencillamente que como en la botica hay algunas especias muy á propósito para condimentar ciertos y determinados guisos, la nuez moscada por ejemplo...

—No, padre,—interrumpió el despensero;—es otro el objeto de mi visita.

—Sentaos, pues. ¿Acaso estáis enfermo y necesitáis alguna medicina?

—Gracias á Dios disfruto en este instante de la más perfecta salud.

—La Santísima Virgen María os la conserve.

Y esto dicho, el padre Nicolás interrogó al despensero con una mirada.

—Ya recordaréis,—dijo éste,—que hace pocas tar-

des os prometí un par de docenas de tortas de las que tanto os gustan, según me habéis dicho.

—Con efecto. Promesa que agradecí infinito, pues pensé desde luégo, como creo que os dije, hacer un regalo á mi sobrina Encarnación.

—No ignoráis el interés que me produce todo lo que con vuestra persona tiene relación, y seguramente os extrañaría mucho que no os enviase lo prometido.

El boticario rascóse con el índice la punta de la nariz.

Luégo dijo:

—Pensé que vuestras muchas ocupaciones os habrían impedido dedicarme un rato.

—Nunca, padre Nicolás. Antes se hubieran quedado por hacer otras cosas. Bastaba que fuese un asunto vuestro para que le consagrase toda mi preferencia.

El boticario tomó de encima de la mesa una cajita de concha que contenía rapé.

Luégo, abriéndola, la aproximó al despensero.

Éste tomó un polvo con mucha pulcritud, llevándoselo luégo á la nariz y aspirándolo con verdadero deleite.

Después de una breve pausa prosiguió el diálogo.

—Al día siguiente de haceros la promesa de las tortas,—dijo el padre Saturnino,—dediquéme á hacerlas. Jamás han salido más tiernas y más deliciosas. Las dejé aquella noche en la despensa, y á la mañana siguiente, cuando fuí á buscarlas para remitíroslas, me encontré que habían desaparecido.

—¿Las veinticuatro?

—Sin quedar de ellas el menor resto.

—¿Habrá ratas en la despensa?

—Esto pensé al principio; pero antes de anoche convencíme de que no son las ratas las que hacen tales mermas, sino un goloso.

—Esto debe castigarse severamente.

—Con este objeto he venido á buscaros.

—¿Habéis dicho vuestra sospecha al padre prior?

—Lo sabe; pero nadie más á propósito que vos para escarmentar al lego que de tal modo se aprovecha de las horas de la noche, privándonos de los manjares más exquisitos.

—Decidme qué he de hacer.

—Hoy haré unas empanadas de jamón que seguramente han de excitar el apetito del goloso.

—Es natural.

—Es preciso que con ellas vaya combinada una sustancia que sin ser muy nociva, le produzca unos buenos retortijones de vientre.

—¡Gran idea!

—Un purgante activo.

—Ninguno tan á propósito como la jalapa.

—Dadme, pues, la cantidad que consideréis suficiente para el fin que nos proponemos, que yo me en cargo de lo demás.

El boticario abandonó el asiento que ocupaba, no sin lanzar unos cuantos resoplidos, pues fatigábase sobre manera.

Luégo, llegándose á uno de los armarios, tomó un bote que contenía la sustancia que deseaba.

Colocó después un papel sobre uno de los dorados platillos de la balanza, poniendo en el otro una pesa.

Cuando hubo pesado la cantidad que deseaba, dobló el papel, y dijo:

—Por muy fuerte y privilegiado que sea el estómago del lego, os aseguro que ha de sufrir unos dolores más que regulares.

—A ver si le sirven de escarmiento.

—Me parece que sí.

—Y mañana mismo haré las tortas para que se las enviéis á vuestra sobrina.

El despensero salió de la botica.

En el pasillo encontróse con Antonio.

—A propósito, hermano,—dijo el padre Saturnino,—tengo que pediros un favor.

—Mandad cuanto gustéis.

—Me precisa hacer unas tortas con la mayor urgencia para obsequiar á mi familia. Son pesadas y entretenidas, pues necesita trabarse mucho la masa. ¿Queréis ayudarme á esta operación?

—Con mucho gusto, padre.

—Vamos, pues á la cocina.

Antonio relamíase los labios de gusto.

—¡Unas tortas,—exclamaba para sus adentros,—que el padre Saturnino hace para obsequiar á sus parientes, y que no se las enviará hasta mañana! ¡Cómo voy á ponerme esta noche!

Así pensaba el antiguo criado de don Juan de Zúñiga, cuando penetró en la cocina, en cuyo gran fogón hervían algunas cacerolas donde cocíanse las albondiguillas del convento.

El padre Saturnino cargó de carbón una de las hornillas, después de colocar debajo unas cuantas ascuas.

En cuanto á Antonio, habíase ya provisto de un gran fuelle para avivar el fuego.

Éste no tardó en comunicar su brillantez al combustible.

—Basta, basta,—dijo el despensero, —no se nos pase la lumbre.

Y mientras daba este consejo, formaba en una fuente una combinación de huevos, harina y jalapa.

—Batidlo bien, hermano Antonio, hasta que esté muy trabada la masa.

—¿No lleva más que estos ingredientes?

—Y unos buenos trozos de viejo pernil.

—¿Luego vais á hacer unos emparedados?

—Precisamente.

—A vuestra familia se le va á hacer la boca agua.

—¡Ya lo creo! Otro día los probaréis: pienso hacer este plato para la comunidad cuando esté de humor.

Antonio batía con una cuchara aquella masa, que iba adquiriendo bastante consistencia.

El despensero ocupóse en partir el jamón.

—¡Qué olorcillo despide ese pernil!—exclamaba el lego mirándole con ojos glotones.

Cuando todo estuvo dispuesto, el fraile colocó sobre las ascuas una gran sartén con manteca.

Derritióse ésta, y empezaron á confeccionarse los emparedados.

Éstos fueron tomando un color dorado que arrancaba hondos suspiros al pecho de Antonio.

Cuando el padre Saturnino hubo concluído, puso los emparedados en una gran fuente.

—Muchas gracias, hermano,—dijo.—Dios os premie la ayuda que acabáis de prestarme.

Y salió de la cocina, llevándose los emparedados.

—¡Ni siquiera me ha ofrecido uno para que los pruebe!—exclamó Antonio.—No puede darse mayor ruindad. Afortunadamente, esta noche he de hacer algunas mermas. Debían saber á gloria.

Aquella tarde Antonio apenas quiso comer.

Reservábase para la noche.

De su imaginación no se apartaba el recuerdo de los emparedados que había visto hacer con tanta pulcritud.

—¡Y qué dulcecitos debían estar,—decíase,—porque aquellos polvos blancos eran seguramente azúcar! Lo menos voy á comerme dos docenas.

Y Antonio se chupaba los dedos de gusto como si ya estuviese recreándose el paladar.

Llegó la noche.

Después de la cena y de rezar en el coro, los frailes retiráronse á sus celdas.

Cuando hubo adquirido Antonio la seguridad de

que no habían de verle, salió de su aposento, dirigiéndose á la despensa.

Grande fué su alegría al ver en uno de los vasares la fuente de emparedados.

Tal era su deseo de probarlos, que ni dirigió alrededor de la estancia una mirada para ver si estaba solo.

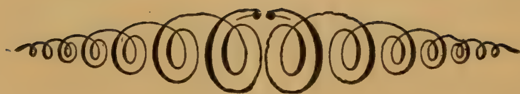
—¡Qué ricos!—exclamó.

Y comióse un emparedado.

Luégo otro.

Y no acordóse del vino hasta que había hecho desaparecer una docena.

Bien lejos hallábase de pensar que el padre Saturnino habíale jugado una mala partida.





CAPITULO C

El que escucha, su mal oye.



ALLÁBASE Antonio ensimismado en sus aficiones gastronómicas, é iba á llevarse á los labios otro emparedado después de beber un sendo trago de lo añejo, cuando llegó hasta él un confuso rumor.

—¡Cáspita! — exclamó hiriendo con el pie una de las losas del pavimento,—no parece sino que todas las noches se han propuesto interrumpir mi cena.

Y aproximándose á la escalera, llevóse una mano al oído para escuchar mejor.

—Me parece,—se dijo,—que todo ha sido una ilusión. Sin embargo, me guardaré unos emparedados y

una botella de moscatel para entretenerme en la celda, donde no han de interrumpirme, con seguridad.

Antonio hizo lo que acababa de decir.

Pocos instantes después penetraba en su celda.

Sentóse junto á la mesa y colocó en el cajón de ésta los emparedados que había cogido y un vaso lleno de moscatel.

En cuanto á la botella, la puso sobre el tablero de pino.

—¡Deliciosos!—exclamó.—No puede negarse que el padre Saturnino es una eminencia para estas cosas, que son, después de todo, lo que verdaderamente vale en la vida.

Antonio siguió comiendo; pero apenas clavó los dientes en uno de los emparedados, llegaron hasta él nuevos rumores de voces.

—¡Diantre!—exclamó.—No cabe duda que hablan en la galería.

Y poniéndose en pie, aplicó el oído á la cerradura de la puerta.

No se había engañado.

Dos personas conversaban muy cerca de su habitación.

Antonio reconoció las voces del boticario y del padre Saturnino.

—Pero ¿qué es lo que ocurre?—preguntaba el segundo.—Advierto una gran palidez en vuestro rostro, y estáis temblando.

—Sobrado motivo hay para lo que decís.

—Hablad, padre Nicolás; os ruego que me saquéis de esta incertidumbre.

—Ante todo debo preguntaros si empleasteis en algo el azúcar que me pedisteis.

—Ciertamente. Se había acabado la de la despensa, y como el demandadero estaba ausente, pues tuvo que salir á un recado del padre prior, me permití pediros una poca de la que empleáis para vuestros jarabes.

—Y ¿en qué la empleasteis?

—En hacer unos emparedados que destinaba á unos parientes míos.

—¡Qué horror!

—Pero ¿por qué hacéis esas exclamaciones?

—Porque en vez de enviaros azúcar, he sufrido una lamentable equivocación.

—Hablad, padre.

—Y os di arsénico.

Al oir estas palabras, Antonio, que no había perdido ni una sílaba, se estremeció de pies á cabeza.

De su mano escapóse un pedazo de emparedado.

—¡Arsénico!—exclamó con voz compungida.

Y abrigando la esperanza de haber oído mal, aplicó de nuevo el oído á la cerradura.

—¿Los habéis enviado ya á vuestra familia?—preguntó el padre Nicolás, mordiéndose los labios para no lanzar una carcajada.

—Afortunadamente no.

—De mal en menos.

—Y ahora mismo, para que no ocurra una desgracia, voy á hacerlos desaparecer.

—Es lo procedente. ¿Queréis que os acompañe á la despensa?

—En manera alguna. Esperadme aquí, padre Nicolás.

Antonio sintió que se alejaban los pasos del despensero.

—¡Arsénico,—repitió,—y me los he comido casi todos! Voy á reventar como una bomba: ¡esto es horrible!

E instintivamente llevóse las manos al estómago.

Un instante después oyéronse pasos precipitados en la galería.

—El que se acerca,—pensó Antonio,—es el padre Saturnino, que estará presa del mayor espanto desde que haya advertido las mermas de los emparedados.

El padre Saturnino, pues con efecto era él, exclamó:

—¡Esto es horrible! ¡Faltan lo menos dos docenas!

—Y ¿quién se los habrá comido?

—Algún goloso que va á pagar con la vida su glotonería.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Antonio.

Y en aquel instante sintió un horrible retortijón.

—No han podido ser los ratones,—prosiguió el padre Saturnino,—pues hubieran estropeado los demás: esto es alguno de los legos ó de los hermanos, y es preciso que lo pongamos inmediatamente en el superior conocimiento de fray Bernardo.

—Desde luégo.

—Porque el que sea debe morir, y muy pronto.

Antonio rompió á llorar como una criatura.

Notaba en su estómago una verdadera revolución.

La jalapa empezaba á surtir sus efectos.

—¿Y he de morir como un perro?—se preguntó.—No, más vale decirle al boticario que me encuentro malo, para que me cure.

El padre Saturnino preguntó:

—Decidme, padre Nicolás, ¿no podréis preparar un antídoto?

—¡Imposible de todo punto!

—¿Por qué?

—Porque cuando ha transcurrido algún tiempo, si no se acude inmediatamente, no hay manera de evitar que se muera el desdichado que tomó la cantidad de tósigo que os di. ¿Cuánto echasteis?

—Todo.

—¡Es posible!

—¡Como creí que era azúcar!...

—¡Qué horror! Á estas horas ya debe sentir los efectos el desgraciado.

—¡Ya lo creo!—exclamó Antonio muy compungido, y dejóse caer sobre un taburete.

Gruesas gotas de sudor frío corrían por su frente, y nerviosos estremecimientos le agitaban.

—¡Es un hecho!—exclamó inflando los carrillos.—No hay salvación para mí: me muero irremisiblemente.

Al decir esto sintió un gran retortijón en el estómago, acompañado de un dolor agudo.

—¡Ay, ay, ay!—exclamó, llevándose las manos al abdomen:—no parece sino que cada uno de los emparedados se ha vuelto un demonio. ¡Ay, ay, ay!

—Parece que alguien se queja,—dijo el padre Nicolás.

—Sí, es cierto.

—Y aseguraría que los ayes han partido de esta celda.

—En ella duerme el lego Antonio, un buen hermano.

—Llamemos, pues.

Y dieron unos golpecitos en la puerta.

—Entrad, padres,—dijo el criado de Zúñiga, que habíase tendido sobre el lecho.

El boticario fué el primero que repasó el umbral.

Viendo á Antonio cubierto de sudor y apretándose el vientre, preguntóle:

—¿Qué os sucede, buen hermano? ¿Estáis enfermo?

—Me muero irremisiblemente.

—¿Habéis abusado de la cena?

—No lo creáis,—apresuróse á decir el padre Saturnino:—he estado observándole, y apenas comió.

—¡Yo me muero!

—Llamaremos al padre prior.

—No: lo que debéis hacer es darme un poco de agua caliente para que provoque.

—No es mala idea,—dijo el boticario;—pero esto

no obsta para que se despierte á fray Bernardo y que os confiese por si estáis en peligro.

—Y tan en peligro, que no espero salir con vida.

Los dos padres dejaron á solas al lego: fray Saturnino para llamar al prior, y el padre Nicolás para preparar el agua caliente.

—Y ¿cómo les digo que me he comido los emparedados?—exclamaba Antonio revolcándose en el lecho. —Tomarán toda clase de precauciones para que no entre en la despensa, y me van á matar de hambre.

Fray Bernardo, seguido de otros padres, entre ellos el despensero, penetró en la celda.

—¿Qué ocurre?—preguntó el primero con gravedad.

—Que estoy muy malito,—respondió el interpelado;—que voy á morirme.

—Confiésame en ese caso tus culpas, hijo mío, para que te absuelva y comparezcas ante Dios libre de pecado.

Un nuevo retortijón, más agudo que los anteriores, decidió á Antonio á decir la verdad.

—Lo que necesito limpiarme en este momento,—dijo,—es el estómago, que la conciencia bien tranquila está. Dadme agua caliente, mucha, á ver si arrojo el maldito tósigo.

—¿Has tomado un tósigo?

—Sí, padre, sí.

—¡Suicida!—exclamó fray Bernardo retrocediendo.—Insensato, ¿no sabes que no se puede atentar

contra la existencia sin abrirse las puertas del infierno?

—Padre, ¡si yo no he atentado! Todo lo contrario: ¡lo que quería era conservarla mucho tiempo!

—Entonces...

—Os lo explicaré todo.

—Habla, hijo mío. No hay pecado que no perdone Dios, por grande que sea, cuando el arrepentimiento es sincero.

—Entonces dadme vuestra absolución, pues os juro por lo más sagrado que me pesa con toda mi alma haberme comido un par de docenas de emparedados que había en la despensa, y que el padre Saturnino destinaba á su familia.

—Infeliz, ¿qué has hecho?

—No ignoro que una equivocación del padre Nicolás, que le dió arsénico por azúcar, ha de conducirme al otro mundo, á menos que el Señor, que todo lo puede, se compadezca de su humilde siervo.

—¡Justo castigo á tu glotonería!—exclamó el prior.

—Hice mal, muy mal, pero no me desamparéis.

En aquel instante penetró en la celda el boticario, seguido de un robusto lego que llevaba una gran olla de agua caliente y dos botellas.

El padre Nicolás iba provisto de un pistero, que acercó á los labios del que creíase moribundo.

—Padre Saturnino,—dijo el boticario,—tened la bondad de ir echando en el interior del pistero, del líquido que contiene ese par de botellas.

El despensero ejecutó esta orden.

—¡Uf!—exclamó Antonio.—¡Si es aceite!

—Aplicad la boca.

—¡Si sabe á demonios!

—Bebedlo, ó de lo contrario tendremos que apretaros las narices para que abráis los labios.

Antonio bebió una buena cantidad del líquido.

—¡Basta!—exclamó volviendo la cabeza.—¡Voy á ahogarme!

—Otro poquito, hermano.

—Pero....

—Otro poquito, y tal vez se os pueda librar de la muerte.

El lego hizo un esfuerzo.

Luégo tuvo horribles arcadas que estremecieron su pecho, produciéndole intensos dolores.

—¡Agua, agua!—dijo.

Y el lego aproximóse con la olla.

Vaso tras vaso, el inclemente fray Nicolás, que acordábase mucho en aquel instante que al enfermo debía no haber recibido las tortas hechas por el despensero, obligóle á beber media docena.

—¡Esto es horrible!—exclamaba Antonio, que estaba bañado en sudor y sentía ansias mortales.

—¿Os sentís un poquito mejor?

—¡Qué he de sentirme mejor con estos brebajes!

—Pues es preciso hacer un esfuerzo para tomarlos.

Antonio fijó sus ojos en el prior.

—Padre,—dijo,—voy á morir. Comprendo que para mí no hay salvación.

—Dadle más aceite,—interrumpió el padre Saturnino.

—Y más agua,—añadió el boticario.

Y emprendieron una verdadera lucha con el infeliz Antonio.

—¡Éste es el tormento del agua!—exclamó revolcándose en el lecho.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

Tuvo que sucumbir al número.

Uno de los padres le sujetó la cabeza.

Otro oprimióle las narices.

El padre Saturnino acercó el pistero á sus labios, y fray Nicolás encargóse de llenarle de aceite.

Sólo el prior presenciaba ocioso la manera que empleaban para proporcionarle aquellos medicamentos empíricos.

Antonio demandaba compasión con los ojos.

Cuando hubo bebido una cantidad considerable:

—¿A que os encontráis mejor?—preguntó el boticario.

—Lo que me parece es que voy á reventar con tanto líquido. Dejadme morir tranquilo. Más quiero que el arsénico corroa mis entrañas que beber una sola gota.

—No podéis comprender el mucho bien que esto os hace.

—Ya tengo el estómago como una tinaja, y he provocado mucho: dejadme, pues, tranquilo.

—Se ha hecho cuanto ha sido posible por aliviar el cuerpo,—dijo gravemente el prior;—ahora justo es que pensemos en lo de más importancia.

El enfermo se estremeció de pies á cabeza, creyendo que tratábase de propinarle alguna otra medicina.

Sus ojos fijáronse con espanto en los de fray Bernardo.

—Confiésame tus culpas, hijo mío, puesto que te hallas á las puertas de la eternidad.

—¡Padre!

—Vosotros, hermanos míos, podéis retiraros: yo os llamaré tan pronto como haya terminado la confesión.

—Padre, ¡ahora me encuentro tan mal!...

—Tal vez dentro de poco estés peor, y no puedas confesar tus pecados.

—Cierto. Yo os lo diré todo; pero hacedme la promesa que no han de hacerme beber más.

—¿Y si es necesario?

—¡Pero si no es posible! He arrojado cuanto tenía en el estómago: siento unas ansias horribles.

—Producidas por el tósigo,—dijo el boticario.—¡Si bebiese un vasito más, tal vez se salvara!

—No, prefiero morir: no puedo complaceros, es imposible de todo punto.

Y Antonio cruzó las manos en señal de súplica.

—Dejadle,—ordenó fray Bernardo,—y salid del aposento para que se confiese.

Los padres se retiraron.

Entonces el prior sentóse en el taburete que había junto al lecho.

Sus ojos se cerraron mientras sus labios se agitaban.

Era indudable que rezaba.

Un nuevo retortijón indicóle á Antonio que el pe ligro no había cesado.

Entonces decidióse á descargar su conciencia diciéndole al prior lo que nuestros lectores verán en el capítulo siguiente.





CAPITULO CI

La confesión



ADRE prior, — comenzó Antonio, — gracias por haberme propuesto que me confiese: tal vez á vuestra exquisita previsión deba entrar en el reino de los cielos.

—Habla, hijo mío, descarga tu conciencia de pecados: ten presente lo que antes te he dicho: Dios perdona las faltas, por graves que sean, cuando es sincero el arrepentimiento.

Antonio enjugóse una lágrima con el dorso de la mano, y luégo dijo con voz compungida:

—Hay muchos pecados que pesan sobre mí.

—Dímelos, pues.

—Ante todo sepa el padre prior que la enfermedad que padezco es un justo castigo á mi glotonería.

—Prosigue.

—Ayer por la mañana me dijo el padre Saturnino si quería ayudarle á batir la masa para hacer unos emparedados. Respondíle afirmativamente.

—Suprime lo que vas á decir, pues el padre despensero me lo ha referido ya.

—Si me hubiese invitado á que los probase, es seguro que por la noche no hubiera comido tantos; pero ya sabéis que las privaciones aumentan los deseos: apenas cené pensando en los emparedados, y me los comí casi todos.

—¡Qué disparate! ¿Olvidas que la gula es uno de los pecados de mayor transcendencia? Bueno es que se nutra el cuerpo, pues es una de las muchas necesidades con que venimos á este valle de lágrimas, pero no de una manera tan exagerada.

—Bien lo sé, padre, y os aseguro que si salgo con bien de esta enfermedad, no he de comer más que lo preciso para el sustento.

—Prosigue.

—No ha sido esta noche la primera que asalté la despensa, fuerza es decirlo. Otras muchas veces, particularmente los viernes, que eran los fijados para cumplir la penitencia que me impusisteis al entrar en el convento, he comido de los excelentes manjares que allí se encuentran.

—Por eso el padre Saturnino advertía tantas mermas.

—Sí, padre: yo soy el único responsable.

—Continúa.

—Fuera de estos pecados, no recuerdo tener ningún otro.

—Procura hacer memoria.

Antonio quedóse pensativo.

—Ya que no cumpliste los ayunos que te impuse,—dijo fray Bernardo,—te mortificarás la carne con los doce disciplinazos que te recomendé.

Antonio guardó silencio.

—Contesta: reflexiona que vas á morir, que un espantoso veneno corroe tus entrañas.

—Cierto, padre. Sin duda por el triste presentimiento de que iba á abandonar joven este valle de lágrimas, no quise castigarme con las disciplinas.

—¿Luego tampoco cumpliste esta penitencia?

—Tampoco, padre.

—No se explica entonces por qué viniste implorando que te permitiera entrar de nuevo en el convento, cuando te consta que en este recinto debe castigarse el cuerpo para la salvación del alma.

—¡Ay, padre mío, tenéis mucha razón, he obrado muy mal!

—Y has cumplido peor los votos que hiciste en el campo de batalla cuando viste morir á mi sobrino en tus brazos.

Antonio bajó los ojos.

Remordíale la conciencia en aquellos momentos, que él creía los últimos de su vida, haber engañado al prior.

—¡Ah padre,—dijo,—ahcra me habéis hecho recordar otro pecado que pesa sobre mí!

—Dilo, pues.

—No os negaré que vuestro sobrino me llevó á Argel en su compañía, aunque bien en contra de mis deseos, pues siempre he tenido aficiones pacíficas. Le acompañé, pero no á la guerra, pues en cuanto sentí un tiro me puse lejos de las balas.

—¿Luego tampoco recogiste su último suspiro?

—Verdad que no.

—¡Ah desgraciado, cuántos pecados pesan sobre tu alma! No obstante, te prometí darte mi bendición, y ojalá te perdone Dios como yo lo hago.

—¡Grande es su omnipotencia!

—Ciertamente, y en ella debes confiar.

El padre prior, después de bendecir al lego, se levantó, dirigiéndose luégo hacia la puerta.

—¿Os alejáis, padre? ¿Me dejáis solo en momentos tan críticos?

—Voy á llamar á los padres.

—Pero ¿me perdonáis sinceramente?

—Ya te he dicho que sí.

—En cambio os prometo que de hoy en adelante, si salgo bien de ésta, he de ser un modelo de frugalidad, y que no he de haceros la menor ocultación.

Fray Bernardo abrió la puerta.

Los frailes que esperaban en la galería se apresuraron á entrar.

—¿Cómo sigue el buen lego?—preguntóle el boticario con el mayor interés.

—Parece que me encuentro un poquito mejor desde que no me propináis vuestras extrañas medicinas.

A la mañana siguiente, Antonio fué conducido con gran trabajo á la enfermería del convento.

Había pasado una noche horrible.

Sentíase completamente desfallecido.

Eran las nueve de la mañana cuando preguntóle á uno de los legos qué habíale recetado el doctor.

—Que permanezcáis á dieta.

—Pero ¿podré tomar una sopita?

—Imposible.

—¿Un caldo al menos?

—Nada absolutamente.

Antonio exhaló un profundo suspiro.

—¡Qué caros me cuestan los emparedados del padre Saturnino!—exclamó.—Maldita sea la hora en que se me ocurrió ir á la despensa.

Transcurrió aquel día y el siguiente.

El lego empezaba á sentirse desfallecido.

Hízoselo constar al padre prior en una de las visitas.

—El médico dice,—respondióle fray Bernardo,—

que deis largos paseos, porque os conviene tomar el sol.

—Lo que me conviene es tomar un par de chuletas.

—¡Qué locura! Una recaída os sería fatal.

—Pues si continúo sin comer, no conseguiré levantar cabeza.

—¿No me prometisteis no reincidir en el pecado de la gula?

—Para todo hay un término medio, padre.

—Mañana tomaréis un sopicaldo.

Antonio guardó silencio.

Aquella noche estuvo pensando en la promesa del prior.

Al amanecer ya había abandonado el lecho.

Su corazón aceleró las palpitaciones al oir en la estancia contigua el ruido que producía una cuchara al tropezar en los bordes de una taza.

—¡Me traen la sopa!—exclamó abriendo los ojos desmesuradamente.—¡Quiera Dios que se halle bien cargada de pan!

Un lego penetró en la enfermería.

—Hé aquí la sopa para el enfermo,—dijo, poniendo la taza sobre una mesa.

Antonio se aproximó.

Un grito desgarrador escapóse de su pecho.

Cuatro ó cinco pedacillos de pan nadaban sobre un caldo casi incoloro.

—Pero ¿es éste el brebaje que me ha recetado el médico?—preguntó.

—Sí, hermano.

—Estoy por deciros que se lo tome él.

—Si os repugna al estómago, me lo llevo de nuevo.

—Sí, lleváoslo y traedme cosa de más sustancia.

—Imposible.

—¿Luego ese médico se ha propuesto matarme de hambre?

—Lo que quiere es vuestra rápida curación.

—¡Pues emplea un sistema tan raro como económico!

—Me lo llevo, pues.

Y el lego dirigióse hacia la puerta.

—No hagáis tal desatino,—dijo Antonio corriendo tras el lego.—Lo tomaré, aunque no ha de servirme sino para abrir más el apetito.

Antonio sentóse junto á la mesa, y pescó con la cuchara los pedacillos de pan, que comióse con ansia.

Luégo se bebió el caldo de dos tragos.

—¡Buen provecho os haga, hermanito!—dijo el lego cogiendo la taza.

—¡Así revientes!—pensó el antiguo criado de Zuñiga.

Después ensimismóse en sus pensamientos.

—¡Esto es horrible!—exclamó.—No habrá más remedio que hacer nuevas excursiones nocturnas á la despensa, so pena de morirse de hambre; pero por si acaso el envenenamiento de los emparedados fué hecho con intención deliberada por el padre Saturnino, que todo pudiera ser, no caeré nuevamente en el lazo,

sino que cebaréme tan sólo en el jamón. No han de echar un tósigo en los perniles, que los estiman demasiado los padres para cometer tamaño disparate.

Estos pensamientos cruzaban por la mente del incorregible Antonio, cuando presentóse otra vez el lego en la enfermería.

—Hermano,—le dijo,—vamos á dar un paseíto. Afortunadamente estamos muy cerca del Retiro, donde disfrutaremos de los esplendores del sol.

—Maldita la gana que tengo de pasear.

—Lo ha recomendado mucho el médico: dice que hacéis digestiones pesadas, y que con un largo paseo es posible que se os evite tal molestia.

—Pero ¡qué digestión, ni qué niño muerto!—exclamó Antonio muy amoscado.

—¿No acabáis de tomar una sopa?

—Pero para digerirla se necesita bien poco.

—No lo creáis. Estáis muy delicado.

Negábase Antonio á salir; pero decidióle á hacerlo la presencia de fray Bernardo, que penetró en la enfermería.

—No hay más remedio que seguir las prescripciones facultativas,—díjole al lego.

Éste inclinó la cabeza con humildad.

Luégo salió de la estancia seguido del lego que habíale llevado la sopa.

Era éste un robusto mozo.

—¡Será corto el paseo?—le preguntó Antonio.

—Un par de vueltas alrededor del Buen Retiro.

—¡Qué disparate!

—Si os parece poco, gracias á Dios, no me canso.

—¡Ya te engancharía yo á una noria, y te estaría haciendo dar vueltas una semana!—pensó el antiguo criado de Zúñiga.

El lego Bruno, que éste era el nombre del acompañante de Antonio, obligó á éste á dar el paseo prometido.

Antonio sudaba la gota gorda, como vulgarmente se dice.

—¡Esto es espantoso,—exclamaba dando fuertes resoplidos:—voy á quedarme más flaco que una espina!

—No lo creáis, hermano: aun estáis bastante obeso y podéis resistir las dietas y los paseítos higiénicos que os ha recomendado el doctor.

Antonio dirigióle al lego una mirada de cólera.

No le contestó, sin embargo, ni una palabra.

Temía que le delatase al padre prior, y que éste impusiérale algún grave castigo.





CAPITULO CII

Los azotes y el impace.



RANSCURRIÓ una semana.

El plan curativo de Antonio no habíase alterado en lo más mínimo.

Por la mañana tomaba una sopa, daba luégo un largo paseo y antes de acostarse servíanle otro sopicaldo.

La desesperación del lego empezaba á rayar en locura.

Ya se encontraba perfectamente bien de los efectos que causáronle los emparedados.

Había enflaquecido notablemente, y á veces hasta desvanecíasele la cabeza de debilidad.

Una mañana se negó á dar el cotidiano paseo.

—No me muevo de la celda aunque me hagan trizas,—dijo.

—¿Os sentís peor?—le preguntó el lego Sebastián.

—Sí.

—En ese caso os suprimiremos el sopicaldito de la tarde, porque la dieta es muy conveniente.

—Haced lo que os plazca.

El lego salió de la celda.

—Lo que es esta noche voy á indemnizarme en la despensa de todas las privaciones que me han hecho pasar,—exclamó Antonio apenas estuvo solo;—si estos bribones se han propuesto enviarme al otro mundo con espantosas abstinencias, se llevan un chasco soberano.

Y Antonio estregóse las manos con la alegría del hombre que tiene hambre y se promete satisfacerla.

Aquel día estuvo presa de la mayor impaciencia.

Parecióle que el sol tardaba más que nunca en llegar á su ocaso.

El lego Sebastián, fiel cumplidor de su promesa, no le llevó aquella tarde la sopa de costumbre.

—Poco me importa,—pensaba Antonio.—Ese caldo no sirve sino para lavarse las tripas. Necesito algo más sólido; y en cuanto sean las doce, pues á esta hora tengo la seguridad que ninguno de los padres, que son muy comodones, ha de levantarse, ¡menudo va á ser el asalto que le daré á los perniles y al vino!

Llegó la noche.

Antonio, que no debía acudir al refectorio, se tendió en su lecho á fin de no oir el ruido que producían las cucharas.

—¡Si pudiera dormirme!—exclamó.—De este modo sentiría menos el hambre; pero no es fácil que se logre descansar cuando el estómago está vacío.

Antonio, en contra de lo que creía, consiguió reposar un par de horas.

Durante éstas tuvo gratísimos ensueños.

Figurábasele que se hallaba en la despensa del convento, y que estaba mejor provista que nunca.

Cuando despertó, dijo, exhalando un suspiro:

—¡Qué verdad es aquel proverbio que dice que quien hambre tiene con pan sueña! Afortunadamente eso es una ilusión de los sentidos. Bien pronto voy á satisfacer el hambre devoradora que tengo. Lo que es esta noche voy á comerme un pernil de los mayores, aunque el padre Saturnino lo advierta. También haré provisión para el resto de la semana, y cuando ese estúpido lego venga con el sopicaldo, voy á echárselo en las narices.

En el convento advertíase el silencio más profundo.

—Es indudable,—se dijo Antonio,—que todos duermen á pierna suelta. Esperaré, no obstante, algunos momentos para asegurarme de que nadie me espía.

Y el lego sostuvo una lucha horrible entre el temor de ser sorprendido y el deseo de satisfacer su apetito.

—¡Ya deben ser cerca de las doce! —exclamó.—¡Qué noche tan larguísima!

Antonio no se equivocaba.

Un cuarto de hora después anunció uno de los relojes que había llegado el momento.

—Una, dos, tres, cuatro,—dijo el lego, contando las campanadas.

Y al extinguirse la quinta vibración, oyó con gran sorpresa unos golpecitos en la puerta.

Antonio perdió el color.

¿Quién podía llamar á aquella hora?

¿Habrían adivinado los frailes los propósitos que abrigaba?

El lego tendióse en el lecho, cubriéndose con la manta.

Volvieron á llamar.

—Abrid, hermano Antonio,—dijo el conocido acento del boticario,—que tenemos que manifestaros una orden del padre prior.

Antonio no atrevióse á seguir fingiendo que dormía.

Embozóse, pues, en la manta, y abrió la puerta.

Grande fué su asombro al ver que el padre Nicolás iba acompañado de cuatro robustos legos, entre ellos Sebastián, los cuales iban provistos de soberbias disciplinas.

—¿Qué desea el reverendo fray Bernardo?—preguntó con voz temblorosa.

—Se interesa mucho por la salvación de vuestra alma; y á fin de corregiros del feo pecado de la gula,

ha dispuesto que paséis tres meses en el *impace* á pan y agua.

—¡Qué horror!

—Y que además mortifiquéis vuestra carne con un par de docenas de azotes. Una docena por la mañana y otra por la noche.

Antonio puso el rostro muy compungido.

Acordóse, sin embargo, de que en otra ocasión pudo evadirse de castigarse con las disciplinas, y bajando los ojos con mucha humildad:

—Cúmplanse los deseos del padre prior,—dijo,—y vengan las disciplinas más fuertes, para que mañana dé comienzo á la justa penitencia que me imponen.

—Imposible de todo punto,—dijo el padre Nicolás. —Tenemos todos demasiado interés en vuestra salvación, para dejar que os impongáis el castigo por vuestra misma mano. Los hombres somos débiles, nos dolemos de nuestra carne. Estos hermanos,—y designó á los cuatro legos,—os propinarán los azotes con más acierto y menos compasión.

Antonio quedóse desconcertado.

No había medio de evadir la paliza.

Cerrábanle todos los caminos.

—Ánimo, hermano,—díjole el padre Nicolás.—Es obra de un momento. Alzad vuestro hábito y bajaos los calzones. ¡Ya veréis lo bien que descansáis cuando se haya cumplido la penitencia!

—¿Os estáis burlando de mí, padre?—preguntó Antonio, que sentíase poseído de la cólera.

—¡Bien lejos de mi ánimo semejante cosa! Lo que deseo es vuestro bien.

—En este caso, si consideráis como un bien que se me muela el cuerpo á disciplinazos, os propongo, para que estéis en la gracia de Dios, que os pongáis en mi caso, y yo tomaré las disciplinas.

—No, hijo mío: el rector ha mandado que seas tú.

—Pues que le digan al padre rector que no me da la gana. Que si para entrar en el reino de los cielos es preciso no comer más que un sopicaldo y llevar el cuerpo lleno de verdugones, que renuncio á todas las excelencias de la vida monástica.

—¡Sacrílego! ¡Estás dejado de la mano de Dios!

—Lo que no quiero es que estos cuatro bárbaros me mortifiquen, y estoy dispuesto á evitarlo, sea como fuere.

—El prior lo manda.

—Pues que le den los azotes al padre prior, ya que imagina que así se gana la gloria.

—Habrá que recurrir á los medios extremos.

—Y ¿cuáles son?

—Cumplir la penitencia en contra de tu voluntad, aunque de este modo ha de aprovecharle menos á tu alma.

—Lo que habéis de hacer es dejarme en paz. Ya os he dicho que me dejéis las disciplinas, y os prometo que cumpliré la penitencia.

—No, hermano.

—Pues entonces dejadme dormir. Estoy muy débil,

hace nueve días que apenas como. No puedo resistir los disciplinazos.

—No nos envíe Dios tantos padecimientos como somos susceptibles de soportar. Hermano Antonio, reflexiona que el espíritu del infierno te ha tentado por la gula, y que eres muy acreedor á la penitencia que se te impone. No durará más que tres meses.

—¡Tres meses en el *impace* condenado á pan y agua y dándome dos docenas de azotes, y aun le parece poco!

—¿Qué es esto comparado con la eternidad?

—Nada absolutamente, pero no me resigno al castigo.

—Piénsalo bien.

—Ya lo he meditado bastante.

—Y ¿qué decides?

—Acostarme y dormir hasta mañana.

—Mira que va á perderse tu alma.

—Alguno se la encontrará para darme razon de ella.

—¡Calla, profano!

—Callaré, pero dejadme solo.

El boticario hizo una seña á Sebastián, que, como hemos dicho, era un mozo robusto como una encina.

Éste acercóse á Antonio, y con una facilidad extraordinaria, que acusaba la potencia de sus músculos de acero, montóle sobre su espalda, sujetándole las manos como con dos esposas.

Antonio pataleaba como un muchacho.

—¡Dejadme, infames!—decía con toda la fuerza de sus pulmones.

Otro de los legos encargóse de subirle el hábito y de bajarle los pantalones.

Antonio se estremeció.

Hacía por desasirse poderosos esfuerzos, pero fueron inútiles.

Las manos de Sebastián eran dos argollas de hierro.

Los dos legos restantes tenían las disciplinas enarboladas, esperando la orden del padre Nicolás para comenzar el vapuleo.

Hizo éste una seña, y dió principio la penitencia.

—¡Por Dios!—exclamó el paciente.—Dejadme, que me duele mucho.

—¡Fuerte, fuerte!—exclamaba el padre Nicolás.—Es el único modo de purificar su alma y de que no se la lleve el demonio.

—¡Qué más demonio que tú, viejo marrullero!—decía Antonio con desesperación.

Tan rudos eran los disciplinazos, que Antonio apeló á un medio para evadirse.

Hallábase, como hemos dicho, sobre las espaldas de Sebastián, de modo que su boca estaba junto al cuello del robusto lego.

Instintivamente le dió un terrible mordisco.

Sebastián, al sentir la horrible presión de los dientes, tiróse al suelo.

Antonio parecía un perro de presa.

No soltó á su víctima, y ambos rodaron por el pavimento.

—¡Le ha mordido!—exclamó el boticario.—¡Duro con él!

Y llovieron sobre Antonio, no una docena de disciplinazos, sino una multitud de docenas.

Gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Cuantas veces intentó levantarse fué derribado de nuevo.

El vapuleo fué terrible.

Cuando los legos estuvieron cansados, cogieron á Antonio, uno por debajo de los brazos y otro por los pies.

—¡Al *impace!*—exclamó el padre Nicolás.

Y aventuráronse por la empinada escalera que conducía al terrible calabozo.

Cuando llegaron á la puerta de éste, arrojaron á Antonio sobre el húmedo suelo como si hubiera sido un fardo.

—¡Ay, Santo Dios!—exclamó el criado de Zúñiga, elevando los ojos,—¡qué caras me han costado ¡las golosinas que comíme en la despensa! Ahora me tendrán aquí los tres meses prometidos. ¡Maldito el instante en que se me ocurrió ingresar de nuevo en el convento! ¡Cuánto mejor estaba con mi amo don Juan, á pesar de sus locuras!

Antonio quiso incorporarse, pero sin conseguirlo. Sentía unos dolores espantosos.

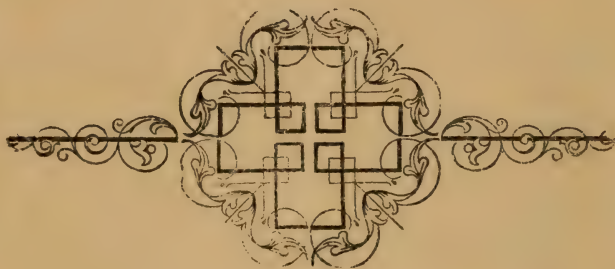
Entonces rompió á llorar.


Lit. J. M. Mateu, Barquillo. 6, Madrid

Las ratas habían de ser las únicas compañeras que tendría durante un trimestre.

Su alimento, un pedazo de pan.

Espantábanle estas perspectivas, á las que uníanse las dos docenas de azotes que deberían propinarle los buenos y caritativos legos de San Jerónimo.





CAPITULO CIII

Durante el viaje.



OLVAMOS al encuentro de Felisa y Pietro, á quienes, como recordarán nuestros lectores, hemos dejado huyendo de Sevilla, después del desastroso drama ocurrido en la terraza de la casa de campo del conde de Massi.

La inquietud de la diva y su amante no desapareció hasta que el buque, desplegando su aparejo, comenzó su viaje.

Pietro pensó desde luégo en la conveniencia de cambiar de nombre.

—Desde este instante,—le dijo á su amada,—me llamarás Fernando.

—Y á mí Cesarina.

—Perfectamente. Como es difícil, por no decir imposible, que no conozcan nuestra nacionalidad, pues nuestro acento nos denuncia, diremos que somos lombardos.

—Hay menos dulzura en su dialecto.

—No importa: es necesario que la cancillería de Sevilla ignore nuestro paradero.

Pietro descubrió en la parte de proa á un hombre de rostro curtido por el cierzo y ancha espalda.

Era el contramaestre.

Aproximóse á él.

—¿Hacia qué puerto nos dirigimos?—le preguntó.

—A Marsella.

—La ciudad más comercial de Francia.

—Indudablemente.

—Gracias, amigo.

Y Pietro se acercó de nuevo á Felisa, que no apartaba sus ojos del horizonte.

—¿Qué le has preguntado á ese hombre?—interrogó la italiana.

—Sencillamente he querido saber adónde nos dirigimos.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que vamos á Marsella.

—No he estado en esa ciudad.

—Ni yo tampoco; lo que es una gran ventaja, pues no nos conocen.

—Allí nos instalaremos por el pronto, sin perjuicio de pasar á París cuando nos parezca.

—Y ¿para qué hemos de abandonar Marsella?

—¡Qué pregunta! ¿Acaso hemos de vivir eternamente en el Mediodía de Francia?

—¿Por qué no?

—París es el colmo de la felicidad, es la patria de los placeres.

Felisa hizo con los labios una graciosa mueca que indicaba su indiferencia.

Luégo dijo:

—Recuerdo que al principio de mi vida artística me hicieron proposiciones para que cantara en Marsella.

—Hay muy buenos teatros.

—Que me propongo explotar.

—No te comprendo.

—Es lógico: los franceses deliran por la ópera, y pudiendo ser contratados, ¿por qué no hemos de hacerlo?

—¡Ah Felisa! ¡creí que habías renunciado para siempre á tus aficiones artísticas!

—¿Acaso lo has hecho tú?

—Por completo.

—No, pues es necesario que no sea así. Eres joven, tienes buena presencia, y sobre todo un tesoro en tu garganta. Sería hasta un crimen que no explotases estas cualidades.

—Cantaré por afición.

—¿Por afición?

—¡Es claro! Por complacerte solamente; pero ¿qué necesidad tenemos de divertir al público?

—Pietro, veo que vives de ilusiones.

—¿Por qué?

—¿Acaso imaginas que en Marsella hemos de encontrar la piedra filosofal?

—No pretendo tal cosa.

—Entonces, ¿cómo atender á nuestras necesidades?

—¡Me extraña tu pregunta!

—De seguro no tanto como á mí me sorprenden las ilusiones que te haces.

—¿No te has hecho dueña de cuanto había de valor en la casa del conde?

—La precipitación con que hemos salido no me permitió registrar todos los muebles.

—Pero hallaste el dinero y las alhajas.

—Una pequeña cantidad en oro y algunas frioleras de escaso valor intrínseco.

Pietro fijó sus negros ojos en la italiana.

Ésta le sostuvo la mirada.

Sabía perfectamente que si se franqueaba con el joven respecto á intereses, exponíase á perderlos en un breve plazo.

—Vamos, Felisa,—dijo el tenor,—no puedo negarte que me extraña mucho tu comportamiento. Sabes que soy desinteresado, que miro con desprecio el oro, que nada te pido. ¿A qué viene hacer estas ocultaciones?

—¡Pero si no te las hago!

—Te conozco muy bien. Sé, por lo tanto, que no has salido de Sevilla sin haber asegurado tu porvenir.

—Contamos con una pequeña base, no te lo niego.

—Suficiente para pasar con desahogo lo que nos resta de vida.

—¡Qué locura!

—Veo que no tienes confianza en mí, y esto me ofende mucho.

—Repito que te haces ilusiones.

—Entonces, ¿qué encierra el numeroso y pesado equipaje que traemos?

—Objetos de arte, mi ropa, mis alhajas.

—Y muchos miles en monedas de oro.

—¡Ojalá fuese cierto!

—Comprende que nosotros nos hemos incapacitado para el teatro, que hay muchas razones para que me oponga á salir de nuevo á escena.

—Dímelas.

—Francia, y muy en particular Marsella, por ser puerto de gran movimiento, tiene una gran comunicación con España.

—¡Es claro!

—Si nos exhibimos en un coliseo, es muy fácil que alguno de los espectadores nos conozca, y se descubra el drama de Sevilla.

—No lo considero tan fácil.

—Ten en cuenta que la muerte de Massi ha de dar lugar á que se abra un proceso.

—No lo dudo.

—Y que resultaremos acusados tú y yo.

—¿Yo?

—¡Es lógico! Tu desaparición de la casa te hace ser responsable del hecho.

—Reflexiona que hemos cambiado nuestros nombres.

—Lo recuerdo perfectamente, hermosa Cesarina. Pero esto no basta; necesitamos también cambiar la fisonomía, y esto es un poco difícil.

—Y ¿qué otra razón encuentras para oponerte á que trabajemos en un teatro?

—Si careciésemos de recursos, yo sería el primero que te lo aconsejaría; pero aunque trates de negármelo, sé que somos ricos..., opulentos.

—¡Cómo te engañas!

—No quiero, por lo tanto, seguir divirtiendo al público. Nunca he sido ambicioso. Dejemos la vida artística para otros que lo necesiten. Yo te haré la más dichosa de las mujeres. No temas hastiarte. Habiendo dinero no se fastidia uno jamás. Las horas resbalan con una rapidez asombrosa.

—¡Pero cuando no lo hay!...

—Entonces, no te niego que es preciso trabajar.

—Pietro, cuando lleguemos á Marsella se decidirá lo que más nos convenga.

Sonrióse el joven, creyendo seguro su triunfo.

Luégo dijo:

—Ahora, si te parece, bajaremos á nuestro camarote. Empieza á advertirse un aire fresco que puede perjudicarte.

La diva aceptó el brazo que Pietro la ofrecía ga-

lantemente, y ambos aventuráronse por la escalera que conducía al interior del buque.

Cuando estuvieron en la cámara, que era una de las mejores de la embarcación, Pietro preguntóle á su amada si quería tomar alguna cosa.

—Pide un poco de te. Me encuentro mareada.

Pietro llamó.

Presentóse un camarero.

—Trae en seguida un te para la señora y una botella de ginebra para mí.

—Al instante.

Pietro sentóse junto á Felisa.

Ésta habíase reclinado sobre un diván.

Sus pupilas fijáronse en las del tenor.

—¿Eres dichoso á mi lado?—le preguntó.

—¡Parece imposible que se te ocurra interrogarme sobre este particular!

—Me agrada que me lo digas.

—¡No he de serlo! Sabes que eres la única mujer á quien he amado. Acabo de darte una prueba de ello.

—Es verdad.

—Tenía celos del conde. Encontraba irresistible que vivieses á su lado aunque no le amases; por eso le he dado la muerte.

—¡Gracias, Pietro! Si no acudes con tanta oportunidad, el conde me hubiera arrojado al río. ¡Qué carácter el suyo!

—Ya ha concluído todo.

—Es verdad. ¡Ahora no soy más que tuya!

Y Felisa reclinó su cabeza en uno de los hombros de Pietro.

La presencia del mozo cortó por un instante el amoroso diálogo.

—Hé aquí el te y la ginebra,—dijo.

—Perfectamente. Puedes retirarte. Ya te llamaremos.

El camarero se alejó.

Pietro ofrecióle á su amada una taza de te.

Ésta la aceptó sonriente.

Amaba á Pietro.

Era el hombre á propósito para una mujer de las condiciones de Felisa.

¡Desgraciado del que se hubiese dirigido á ella conservando algún resto de decencia!

Las aves de rapiña sacian su voracidad en la carne muerta.

De igual modo ciertas mujeres no se satisfacen más que con seres tan despreciables como lo era el tenor.

La delicadeza, la caballerosidad sirven para las personas que las poseen y pueden apreciarlas, pero nunca para los que tienen un absoluto desconocimiento de estas cualidades.

Hablar á Felisa de actos generosos y buenos hubiera sido lo mismo que emplear un lenguaje culto en una mancebía; esto es, hacer un papel ridículo á los ojos de sus descocadas moradoras.

Por esto, el italiano habíase hecho dueño del cora-

zón de Felisa, había sabido interpretar fielmente sus deseos, lo que con toda su maldad no comprendió el conde de Massi, acostumbrado á respirar en la atmósfera aristocrática del gran mundo.

El viaje era breve.

El viento favorable.

Dos días después, hallándose la enamorada pareja en su camarote, advirtieron gran agitación en la cubierta.

Felisa se asustó.

—¿Ocurrirá alguna desgracia? ¿Nos amenazará algún peligro?

Pietro salió de la cámara y preguntóle á un marinero lo que sucedía.

—Acaba de anunciarme un grumete que se descubre la costa de Francia.

El joven volvió al lado de Felisa para comunicarla tan grata nueva.

—Vamos á la cubierta,—dijo la diva.

—Sí, vamos.

En la cubierta hallábanse todos los viajeros y la tripulación.

Por corto que sea un viaje por mar, siempre se ve con gusto la tierra.

No hay corazón que no acelere sus palpitaciones en estos instantes, al fijar los ojos en las oscuras proyecciones de la playa que determina el límite del viaje.





CAPITULO CIV

Donde Pietro prosigue haciendo de las suyas.



os horas después nuestros protagonistas abandonaban el buque, pasando á uno de los esquifes que debían conducirlos á tierra.

Estos esquifes habían acudido con objeto de recoger pasajeros, apenas divisaron las velas de la embarcación.

Felisa cuidó mucho de que su equipaje fuese en la misma barca que ellos.

Pietro se sonrió maliciosamente.

El más pequeño pormenor indicábale que su amada habíase hecho dueña de cuanto poseía Massi en Sevilla.

El marinero dueño del esquife que los conducía era un robusto marsellés, de fisonomía alegre y vivaracha.

Sus pómulos salientes tenían ese rojo subido que indica el abuso de las bebidas alcohólicas. Sentóse en la proa, y apoderándose de los remos, hiżo que el esquife cortase el agua con rapidez.

—¿Pensáis fijar vuestra residencia en Marsella?—preguntó á Pietro con esa franqueza propia de los que han nacido en los pueblos meridionales.

—Sí,—respondió el tenor.

—¿En alguna hostería?

—En la mejor que encontremos.

—Entonces en la hostería del *Puerto Viejo*. Es sin duda alguna la que reune mejores condiciones. Si queréis, os guiaré á ella.

—Os lo agradeceré infinito.

—Se disfruta desde los balcones de la hermosa perspectiva del mar.

—Esto me agrada sobre manera,—dijo Felisa.

—El dueño del establecimiento,—prosiguió el marinero,—ha decorado el local hace poco con gran lujo; tiene el mejor cocinero de Marsella; en una palabra, á su hostería acude lo más selecto de la ciudad.

—Vamos en ese caso á la hostería del *Puerto Viejo*.

El marsellés dió unos cuantos golpes de remo, tan poderosos, que no tardó en poner el bote á corta distancia de la playa.

Entonces se levantó, y con una ligereza extraordinaria saltó á la arena, atracando el esquife.

Luégo alargóle su encallecida mano á Felisa.

Ésta hallóse en tierra un instante después.

Multitud de mozos y muchachos acercáronse á la diva, solicitando la conducción del equipaje.

—Es mucho mejor que toméis un vehículo,—dijo el marinero.

—¿No lo tiene la hostería?

—¡No ha de tenerlo! ¿No veis aquel conductor que restalla el látigo para llamar la atención de los que pasan?

—Perfectamente.

—Pues es uno de los servidores de la hostería de que os he hablado.

Pietro le hizo una seña.

El mofletudo cochero tiró de la rienda para que los caballos dirigiéranse al sitio en que le llamaban.

Un instante después hallábase á corta distancia del bote.

El marino dijo al conductor que se apease.

Entre ambos depositaron el equipaje en el vehículo.

Luégo acomodáronse Felisa y Pietro.

La primera recompensó al dueño del esquife.

Era la única que podía hacerlo, pues su amado no tenía dinero.

El vehículo se puso en movimiento.

Poco después deteníase ante el espacioso zaguán de la hostería del *Puerto*.

El edificio hallábase rodeado de un hermoso jardín.

Un dependiente salió á recibir á los viajeros.

—¿Qué deseáis, señores?—les preguntó.—Hay habitaciones en el piso bajo y en el principal. Puede servirse en ellas ó en el comedor, según os acomode.

—¡Este es un país de charlatanes!—pensó Pietro.

Con efecto, es imposible formarse una idea de lo que son los industriales franceses, no habiéndolos visto.

Cada uno es un catálogo de los géneros que expiden.

Los dos viajeros fueron acomodados en el piso principal.

Felisa eligió una sala y un dormitorio.

La primera tenía dos ventanas, desde las que descubríase la vasta extensión del mar.

La estancia estaba amueblada con gusto.

Inútil es decir que no se apartó del dependiente y del cochero hasta que su equipaje estuvo en las habitaciones de que iba á servirse.

Serían las dos de la tarde.

—¿Quieren los señores que les sirva la comida?—preguntó el dependiente.

—Sí,—respondió Pietro.—Te recomiendo que los vinos sean de primera clase.

—¿Burdeos?

—Y si tienes jerez, tráete una botella. Deliro por los vinos españoles.

El mozo se alejó.

Pietro dejóse caer sobre un sillón , fijando luégo sus ojos en Felisa.

—La verdad es que estamos perfectamente,—exclamó, poniendo una pierna sobre la otra.

—Lo poco que he podido ver de la ciudad me agrada.

—¡Ya lo creo!

El dependiente entró de nuevo, cubriendo la mesa con un blanco mantel.

—Pienso hacer bien los honores á la comida,—dijo el tenor.

—No lo dudo. En el buque nos han tratado mal.

—Pero ya estamos en tierra, donde podemos indemnizarnos con creces.

Felisa sentóse junto á la mesa.

Lo mismo hizo Pietro.

Poco después la amante pareja saboreaba una suculenta comida.

Durante ella, el italiano probó sus aficiones al zumo de la vid.

—¡Cuidado, Pietro! —le dijo Felisa.

—¿Temes que me embriague?

—No ignoro que eres un buen bebedor , pero has abusado.

—Yo no sucumbo al vino, como el conde de Massi.

—No me recuerdes á ese hombre.

—Ahora, si te parece, daremos un paseo por la ciudad.

—Pietro, ¿imaginas que soy de hierro? Piensa que

debo estar rendida, que no apetezco más que el descanso.

—Pero ¿no te opondrás á que yo dé una vuelta por las calles?

—Haz lo que quieras.

—Me llevaré la llave de la habitación, y así puedes acostarte sin que te moleste á mi regreso.

—¿Piensas volver tan tarde?

—No. Tomar café en cualquier establecimiento, y recorrer algunas calles.

—Como quieras.

—Pero para esto necesito recurrir á ti. Sabes que no poseo ni una moneda de plata. Ya encontraré manera de ganar algo, para no molestarte.

Josefina se sonrió.

Halagóle la promesa que Pietro acababa de hacerla, y para recompensarle entrególe una moneda de oro.

—¡Gracias, hermosa mía! —dijo el tenor.

Y depositó un beso en los labios de la italiana.

Luégo calóse el sombrero y salió de la estancia tarareando una de las arias de su repertorio.

Pietro aventuróse por un laberinto de calles.

Cuando se cansó de recorrerlas, penetró en una hostería.

Distaba ésta de parecerse á la que habitaba en el puerto viejo.

Era uno de esos establecimientos concurridos por gente pendenciera y de mal vivir.

Inútil es consignar que en la atmósfera viciosa de aquel centro de corrupción, hallábase nuestro protagonista más satisfecho.

El joven sentóse en uno de los taburetes que había desocupados, y dirigió una mirada á su alrededor para estudiar las fisonomías de las personas que allí se encontraban.

Varios marineros jugaban, fumaban y bebían.

Algunos bohemios devoraban un guisote inmundo; pero lo que principalmente llamó la atención de Pietro fueron dos mujeres que ocupaban una de las mesas situadas en los ángulos de la habitación.

Una de ellas hallábase en la primera juventud.

Apenas tendría diez y seis años.

Sus cabellos negros estaban artísticamente peinados. Sus ojos, como el azabache, poseían una languidez encantadora.

La joven iba vestida modestamente, pero sus manos y sus rosadas y pequeñas orejas ostentaban magníficos y deslumbradores diamantes.

En cuanto á la persona que la acompañaba, era una vieja de rostro apergaminado, nariz corva como el pico de un ave de rapiña, y ojos verdosos, que revolvíanse á derecha é izquierda del aposento, fijándose en los concurrentes de la tasca.

Pietro no sorprendióse de ver aquellas dos mujeres en aquel sitio.

Comprendió desde luégo á la clase social á que pertenecían.

—¡Qué hermosa es!—exclamó, refiriéndose á la joven.

Y con el descaro que le era característico, púsose en pie, y sentóse luégo junto á la mesa contigua á la que ocupaban las dos mujeres.

La vieja fijó sus ojos en el italiano.

No tardó en comprender la impresión que su compañera habíale causado.

Nada más fácil que entablar conversación con ciertas mujeres.

Al acercarse el mozo preguntando á Pietro qué deseaba tomar:

—Trae para mí,—respondióle,—un refresco, y para estas señoras lo que deseen.

—¡Mil gracias!—contestó la vieja.

Y volviéndose á su compañera:

—Tú, ¿qué quieres?—la preguntó.

—Lo que te parezca.

—Tráenos entonces algún marisco y una botella de burdeos.

Pietro se sonrió.

No se había equivocado al suponer que aquella joven pertenecía al número de desgraciadas que hacen un vergonzoso comercio con su hermosura.

—¿Sois extranjero?—le preguntó la vieja.

—Italiano.

—Y ¿pensáis permanecer en Marsella mucho tiempo?

—Probablemente todo lo que me resta de vida.

—Marsella es una hermosa ciudad.

—Donde se encuentran mujeres como la que te acompaña.

La joven se sonrió al oir las frases galantes del tenor. El mozo llevóles lo que acababan de pedir.

Supo Pietro pocos instantes después que la joven se llamaba Marieta y su compañera Bernardina.

Pasaba ésta por madre de la primera, aunque realmente no lo era.

Cuando concluyeron de cenar, Bernardina ofreciéle su casa á Pietro, que hallábase en una de las calles del barrio de los catalanes.

—No lo olvidaré, - dijo el joven, —y mañana mismo he de haceros una visita.

—¿A qué hora?

—Por la noche.

—En ese caso, te esperaremos.

—Buenas noches, pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Pietro salió del establecimiento después de pagar el importe de lo que habían tomado.

Dirigióse luégo á la hostería del *Puerto Viejo*.

—¡No puede negarse que Marieta es una linda muchacha! —pensó durante el trayecto. —Mañana me propongo hacerla una visita.

Y el joven, repasando el jardín que rodeaba la hostería, penetró en el portal y aventuróse por la escalera.



CAPITULO CV

Diferencias.



ELISA, que habíase quedado profundamente dormida durante la ausencia de Pietro, despertóse al ruido que éste hizo al entrar en la estancia.

La italiana se incorporó en el diván.

El aposento estaba sumido en la más profunda oscuridad.

—¿Eres tú, Pietro?—le preguntó.

—Sí. ¿Cómo estás á oscuras? ¿Por qué no llamaste para que trajesen una luz?

—Me había dormido. Debe ser muy tarde. No se oye ruido en el establecimiento.

—Pues muy temprano se retiran sus moradores.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¿Y qué has hecho tanto tiempo? ¿Acaso te has extraviado en las calles?

Esta pregunta hizo que el joven no tuviera que inventar un pretexto.

—Sí,—dijo.—Marsella es mayor de lo que creía. Sus calles parecen un nuevo laberinto de Creta.

—Ven, Pietro, siéntate á mi lado.

El italiano agitó el cordón de la campanilla.

Al llamamiento acudió uno de los dependientes.

—Trae una luz,—le dijo el tenor.

Esta orden fué ejecutada en seguida.

Cuando los amantes quedáronse de nuevo solos, Felisa rodeó con sus brazos el cuello de Pietro.

—¡Amado mío,—le dijo,—sabes que siempre te he querido mucho; pero de algun tiempo á esta parte parece que mi amor se ha agigantado!

—¿De veras?

—Sí, Pietro. Ahora soy completamente tuya, no hay nadie que nos separe: no necesito dirigir á otro fingidas palabras de amor.

—Es cierto.

—Lo que deseo es que me correspondas de igual manera, que cifres en mí toda tu felicidad.

Felisa era sincera en aquel instante.

Pietro tenía una buena figura, y la diva dejábase llevar mucho de la estética.

—Por lo mismo que me satisface,—dijo el joven,—

que permanezcas siempre á mi lado, es por lo que me opongo á que trabajes en un teatro.

—¡Pero si es preciso!

—¡Qué ha de serlo!

—No dudes que te encuentras en un lamentable error. Si hubiésemos salido de Sevilla con menos precipitación, hubiese sido fácil asegurar nuestro porvenir; pero reflexiona que apenas hemos tenido tiempo de apoderarnos de algunas prendas y una escasa suma. Además, el conde de Massi estaba arruinado.

—¡No lo creas!

—¡Es positivo! A Sevilla no llevó ni la quinta parte de su fortuna.

—Me extraña que un hombre tan despreocupado dejase á su esposa en tan buenas condiciones.

—Es preciso, por lo tanto, volver á cantar. Esto no me molesta; por el contrario, sabes que me agrada.

—Pero á mí no.

—Y ¿por qué, Pietro? ¿Acaso no te conocí en el teatro? Yo tengo este dulce recuerdo.

—Eres bella, eres artista. Con estas dos cualidades has de tener, como has tenido siempre, multitud de adoradores.

—Que sentirán envidia al ver que no amo á nadie más que á ti.

—¿Y si encuentras en tu camino otro afortunado como lo fué Massi?

—Pietro, no me ofendas con tus palabras. Refle-

xiona que yo estaba en relaciones con el conde mucho antes de conocerte. Era, por lo tanto, dueña absoluta de mi albedrío y de mi corazón.

—No te lo niego.

—Por ti le he sido infiel. Hasta le odiaba.

—¿De modo que no quieres hacer el sacrificio de renunciar al teatro?

—Hay un medio de complacerte.

—¿Cuál?

—Que te contrates tú.

—¡Para que me pase los días ensayando y las noches en escena, dejándote sola!

—¿No tienes confianza?

—Sí, Felisa; pero me pides un imposible.

—No comprendo la antipatía que has tomado al teatro. Antes te agradaba.

—Porque éramos pobres.

—También lo somos ahora.

—Pero no hasta el punto de tener que trabajar, exponiéndonos á que la policía descubra nuestro paradero.

Lo que más le preocupaba á Pietro eran los temores que expresábale á su amada.

Sabía que hallándose lejos de la ciudad en que perpetró el crimen, no era fácil que la justicia le impusiese el castigo á que se había hecho acreedor.

No ignoraba que Felisa era dueña de una buena fortuna; que únicamente sus aficiones á la vida azarosa del teatro y la ambición de aumentar sus riquezas

obligábanla á darle un consejo tan en contra de las aspiraciones del italiano.

¡Cuán distinto era el plan de vida que habíase trazado Pietro!

Vivir con lujo hasta que se concluyese la última moneda de oro, y entonces separarse de la diva, abandonándola para siempre, buscando otra mujer á quien explotar.

Felisa amaba á Pietro. Esto era bastante para que el italiano la viese con indiferencia.

Siempre sucede lo mismo. En amor no existe equilibrio. No parece sino que dos corazones no pueden palpitar sino á impulsos de un afecto que con la misma intensidad resida en dos almas.

Pietro y Felisa sostuvieron un largo diálogo.

El primero que sintió sueño fué el joven.

—Amada mía,—dijo,—ya es tarde. Mañana saldremos para que veas la ciudad.

—Y después de unos días haremos gestiones para ajustarnos en un teatro.

—Bien. Como quieras. Supuesto que no hay modo de convencerte, me resigno.

—¡Cuánto te agradezco estas palabras!

—¡Lo mismo sois todas! Cuando se os complace, nos consideráis muy buenos.

Pietro despojóse de su ropa y se acostó.

Un instante después dormía profundamente.

Entonces Felisa aprovechó esta circunstancia para abrir una de las cajas de su equipaje.

En ella había varios saquitos llenos de monedas de oro, que la diva encerró en un armarito que ocupaba uno de los frentes del aposento.

Cuando hubo terminado esta operación, cerróla con llave, guardándose ésta en el pecho.

—Conviene que Pietro siga ignorando que poseo tanto dinero,—pensó.—Le conozco, y lo malgastaría.

Felisa dirigióse á la estancia en que se hallaba su amante.

Éste seguía durmiendo.

La diva le estuvo contemplando.

—¡No puede negarse,—exclamó,—que tiene buena figura!

Y sus labios uniéronse á los del tenor.

Éste hizo un movimiento, abrió los soñolientos ojos un instante, y cerrólos de nuevo, continuando en brazos de Morfeo.

Al día siguiente estaba el sol muy alto cuando los amantes se dieron cuenta de sus personas.

Pietro fué el primero que despertóse.

Al abrir los ojos vió que la luz penetraba con gran intensidad por las ventanas de la sala contigua.

Abandonó el lecho, procurando hacer el menor ruido posible para que Felisa no le sintiese.

El joven se acordó de que aquella noche tenía que cumplir su palabra á Marieta, haciéndola una visita.

Para esto era condición imprescindible ir provisto de algunas monedas, que Pietro no tenía.

Dirigióse á la sala.

—Si la pido dinero,—se dijo pensando en Felisa,—es muy posible que me lo niegue: es mejor, por lo tanto, cogerlo sin su autorización.

El joven registró un portamonedas que la diva había dejado sobre la mesa, no encontrando más que dos monedas de plata.

Empezaba á desesperarse, cuando observó que la italiana había dejado sobre el tablero de mármol de la chimenea algunas sortijas que quitóse la noche anterior.

Entre ellas un precioso cintillo de oro con un grueso diamante, regalo del conde.

—*¡Eureka!*—exclamó el tenor, empleando la palabra de Arquímedes.

Y guardóse el cintillo.

Tiempo era de que así lo hiciese, pues en aquel instante despertóse Felisa.

—¡Pietro!—dijo la diva con su acento argentino.

—¿Qué quieres, amada mía?

—Creí que habías salido de la habitación.

—No, estaba aquí velando tu sueño.

—¿Hace mucho que te levantaste?

—Muy poco. ¡Ni he acabado de vestirme!

—¿Recuerdas la promesa que anoche me hiciste?

—¿A qué te refieres?

Me prometiste que saldríamos á dar un paseo.

—Es verdad.

—Voy á vestirme, pues. Almorzaremos, y luégo estoy á tus órdenes.

—Perfectamente.

La italiana bajó de su lecho.

Su negra cabellera cayó sobre su espalda, blanca como el alabastro y tersa como el marfil.

—¡Qué hermosa eres!—exclamó Pietro rodeando su talle con uno de sus brazos.

Felisa se puso un traje de mañana, procediendo luégo á la ardua tarea de peinarse.

—Lo primero que necesito,—dijo mirándose al espejo,—es una doncella.—No puedo acostumbrarme á no tener quien me sirva.

—Hoy mismo se buscará.

Felisa arregló sus cabellos lo mejor que pudo.

Luégo sentóse en el diván y llamó.

—¿Qué desean los señores?—preguntaba un instante después uno de los mozos del establecimiento.

—Puedes traernos el almuerzo.

—Al instante, señores.

Pietro estaba intranquilo. Temía á cada momento que su amada echase de menos la sortija, por más que estaba dispuesto á negar que la había cogido.

Después de almorzar perfectamente, Felisa se puso uno de sus mejores vestidos.

No echó de menos la prenda que le faltaba.

Ni siquiera acordóse de que el día anterior habíala dejado expuesta á la codicia de su amante.

—Cuando quieras,—le dijo á éste.

Pietro la ofreció el brazo, y la amorosa pareja sa lió de la estancia.

Dirigiéronse hacia Campo Largo, los hermosos jardines que hay á espaldas del Castillo del Agua.

Felisa era poco aficionada á los paseos largos.

Sentóse con Pietro en un banco de piedra, y antes que llegase la tarde quiso regresar á la hostería.

No deseaba el joven otra cosa.

Una vez que estuvieron en el establecimiento del *Puerto Viejo*, Felisa le preguntó:

—¿Qué proyecto tienes para esta noche?

—Había olvidado decirte que ayer encontré á un antiguo amigo.

—¿Italiano?

—Sí.

—Esto constituye un peligro.

—No lo creas. Es persona de toda mi confianza, é incapaz de una mala acción.

—Sin embargo, no debes confiar en él.

—Por el contrario. Estuvimos refrescando juntos, y quedé citado con él esta noche.

—¡Cuánto lo siento!

—¿Por qué?

—Porque me había hecho la ilusión de que me acompañaras á la ópera.

—¡Si lo hubiese sabido! Pero ¡cómo falto ahora á la cita!

—¿Qué te importa?

—Mucho, Felisa. Es persona que ocupa buena posición, y puede sacarnos de un apuro en un momento determinado.

La diva arqueó las cejas.

Luégo hizo un movimiento de disgusto.

—¿No quieres dejar para mañana tu deseo?

—Quería ir hoy.

—En ese caso, puede conciliarse todo.

—¿De qué manera?

—Vas á la ópera mientras yo le digo á mi amigo que no puedo permanecer con él el rato que nos propusimos.

—¿Y luégo vas á buscarme al teatro?

—Sí.

—Aceptado, Pietro, pero no me faltes.

—¡Qué locura! Lo único que deseo es que me des algún dinero.

—¿Has gastado ya el que te di?

—No. Aun conservo algunas monedas de plata, pero necesito adquirir el billete del teatro, y no hacer un papel ridículo á los ojos de mi amigo.

—Toma, pues.

Y la diva entrególe otra moneda de oro.

—¡Qué buena eres, Felisa!—exclamó Pietro.

Y cambió un apasionado beso con la italiana.

Cuando llegó la noche, Felisa y Pietro abandonaron la hostería.

El segundo no quiso dejar á la diva hasta que estuvieron en el pórtico del coliseo.

Una vez que lo verificó, aventuróse con paso rápido hacia el barrio de los catalanes, que, como hemos dicho, era en el que vivía Marieta.

Antes de penetrar en la casa de ésta, el joven se detuvo junto á una joyería.

En el escaparate, perfectamente iluminado, había multitud de alhajas.

Pietro repasó el umbral de la tienda.

—¿Qué deseáis, caballero?—le preguntó el comerciante con amabilidad.

El joven sacó de su bolsillo la sortija que llevaba envuelta en un papel.

Desenvolvióla, y poniéndola sobre el mostrador:

—¿Qué me dais por este cintillo?—le preguntó.

—No tenemos en la casa costumbre de comprar estas cosas.

—Ved que es un diamante de primer orden.

El dueño del establecimiento lo examinó con indiferencia.

—¿Y qué deseáis por esto?

—Doscientos ducados.

—¡Doscientos ducados! No encontraréis en toda la ciudad quien os dé la mitad.

—Es un diamante magnífico.

—No lo creáis. No deja de ser mediano. Si queréis venderlo, os ofrezco la mitad de lo que pedís.

—Sea,—dijo Pietro.

El comerciante entrególe al tenor cien ducados.

Acababa de hacer un buen negocio.

Pietro guardóse el dinero.

Tenía lo suficiente para presentarse en casa de Marieta y pasar una noche de bacanal.

No tardó mucho en encontrar la casa de Marieta, cuya apariencia era muy pobre.

En el piso bajo había un establecimiento de vinos más miserable y hediondo que aquel en que Pietro había conocido á la joven y á Bernardina.

Un farol iluminaba un rótulo, en el que se leían las siguientes palabras: *Tasca de la Alegría.*

Pietro penetró en el estrecho y oscuro portal, empezando á subir por una escalera empinada y angosta.

Al llegar al piso principal se detuvo, dando unos golpes en la puerta con la mano.

—¿Quién?—preguntó desde dentro la voz de Bernardina.

—Abre,—respondióla el italiano.

Llegaron á éste confusos cuchicheos.

Luégo abrióse la puerta, apareciendo en el dintel una mujer.

Era Bernardina.





CAPITULO CVI

El molde de cera.



L interior de la casa en que vivían Bernardina y Marieta ajustábase perfectamente á su humilde exterioridad.

Pietro repasó un largo y angosto pasillo, penetrando luégo en una estancia de regulares dimensiones, muy baja de techo, cuyas paredes estaban ennegrecidas por la humedad y la falta de aseo.

En el centro había una mesa de pino, sobre la que se veían algunos platos con restos de comida, una botella casi vacía y una jarra mugrienta.

Tres sillas de madera y un sofá desvencijado consti-

tuían el mobiliario de la habitación, únicamente alumbrada por una bujía que amenazaba apagarse de un momento á otro.

—Siéntate,—dijo Bernardina.—Marieta está acabando de peinarse.

—¡Tarde hace su tocado!

—No ha podido ocuparse antes de él, porque hemos tenido visita.

—¿Algunos amigos?

—Nada de eso. Unas muchachas conocidas que viven en la tasca que habrás visto al entrar.

—Con efecto.

—¡Gente de buen humor! Si quieres, te las presentaré esta noche, pues estaremos mejor abajo que aquí.

Pietro aceptó la invitación.

Aunque acostumbrado á toda clase de lupanares, no encontrábase muy á gusto en la vivienda de Bernardina.

Marieta penetró en la estancia.

Estaba más bella que la noche anterior.

Sus mejillas, pálidas de ordinario, estaban cubiertas de carmín, no por ese tinte suave que presta la salud, sino por el que produce el alcohol.

Era verdaderamente triste contemplar la belleza de esta desgraciada, que hubiera podido labrar la ventura de un hombre á no haberse lanzado por el horrible sendero á que arrastráronla su amor al lujo ó sus pasiones.

Aquella noche la pasaron en la *Tasca de la Alegría*

donde reuniéronse con otras mujeres y con un marinero que era el amante de Bernardina.

El marinero, que era español, tocaba regularmente la guitarra, y pudo, por lo tanto, acompañar algunas canciones á Pietro, que lució las excelencias de su voz.

Empezaba á amanecer cuando todos se retiraron á la casa de Marieta en completo estado de embriaguez.

Pietro no se acordó siquiera de la promesa que habíale hecho á Felisa.

Eran las dos de la tarde cuando el italiano regresó á la hostería del *Puerto Viejo*.

Al verle Felisa con el rostro pálido, los ojos inyectados y la ropa descompuesta, quedósele mirando de pies á cabeza.

Pietro tropezó al entrar con una silla.

Aun no se había despejado su cabeza de los vapores alcohólicos.

—¿De dónde vienes?—le preguntó la diva.

—De casa de mi amigo,—respondió el interpelado con ese acento casi inteligible de los que se encuentran ebrios.

—¿Sabes que tu amigo no debe ser persona de muy buena conducta?

—¡No sé por qué lo dices!

—¡Ay, Pietro, cuánto siento verte en un estado tan deplorable!

En los labios del joven dibujóse la sonrisa estúpida de la embriaguez.

—¡Ya podía estar esperándote en el teatro!—continuó Felisa.

—Dispénsame. Hay compromisos ineludibles.

—Ninguno cuando se trata de mí.

—Así sois todas las mujeres. Se os habla con dulzura, y tratáis de dominarnos.

—Lo único que te exijo es que te portes conmigo como debes.

—Basta, Felisa: tengo más ganas de dormir que de armar quimeras. Esta noche te llevaré al teatro, pero no me proporciones disgustos. Vengo enfermo.

—Tú te has buscado la enfermedad que padeces.

—No te lo niego; pero yá no es posible evitarlo.

—Bien, duerme cuanto quieras. Yo tengo que salir.

—¿Adónde vas?

—Al teatro.

—¿A estas horas?

—Tengo una cita.

—¡Felisa!

—Una cita con el empresario de la Ópera. ¡Probablemente firmaré mi contrato!

—¡Siempre con lo mismo!

—Y ¿qué quieres que haga?

—Pues haz lo que te parezca. ¿A qué hora regresarás?

—Lo ignoro. Había confiado en que me acompañases.

—Y lo haría si no estuviera con una jaqueca tan grande.

—¡Jaqueca!—repitió Felisa.—No es éste el nombre que cuadra á tu enfermedad.

Pietro no tenía deseos de entablar nuevas discusiones: tendióse, pues, en el lecho, quedándose profundamente dormido.

Felisa, que tenía un carácter impetuoso, estuvo por despertarle para dirigirle unos cuantos improperios, pero se contuvo.

No podía prescindir del cariño que le inspiraba el tenor.

Salió, pues, de la estancia, emprendiendo el camino que conducía al teatro de la Ópera.

Cuando Pietro se despertó, estaba anocheciendo.

El joven llamó á Felisa, pero no obtuvo respuesta.

—Es indudable,—se dijo,—que no ha regresado aún.

Y abandonó el lecho.

Su propósito no era otro que ver si la diva había tenido una nueva distracción, dejando alguna otra alhaja sobre la chimenea.

Bien pronto vió defraudadas sus esperanzas.

Felisa, durante la ausencia del joven, había abierto los baúles que encerraban su equipaje.

—¡Hola!—exclamó Pietro.—Me ha ganado la partida; pero poco importa. Los objetos de valor y el dinero debe haberlos encerrado en ese armarito.

Pietro llamó.

Presentóse un dependiente.

—Tráeme una bujía,—le dijo el tenor.

Esta orden fué cumplida por el mozo con la prontitud y eficacia que de costumbre.

Pietro cortó una de las extremidades de la bujía y empezó á moldearla entre sus dedos.

Cuando consiguió ablandar el pedazo, lo puso sobre la cerradura del armario é hizo presión para que se marcase.

Examinó luégo la huella que el hierro había grabado en el fragmento de bujía.

—¡Perfectamente!—exclamó.—Ahora todo se reduce á ir á casa de un cerrajero y que me haga una llave.

Pietro guardó el pedazo de cera y después sentóse en el diván.

Media hora más tarde abrióse la puerta de la estancia, dando paso á Felisa.

El mal humor de ésta habíase disipado por completo.

Sonrióse al ver á su amante, y le dijo:

—Pietro, estoy de enhorabuena. Ya tengo contrata. Le ha bastado al empresario oirme cantar, y dentro de tres días haré mi debut. Si consigo agradar al público, hablaré al empresario para que ingreses en la compañía. Pero es preciso que no abuses de la bebida. Ya sabes que es malísimo para los que tienen, como tú, un tesoro en su garganta.

—Perdóname, Felisa.

—Lo olvido todo, si me prometes no reincidir.

—Te lo juro.

—Gracias, Pietro. ¡Cuán dichosa me haces con tus palabras!

Aquella noche Pietro no pudo evadirse de acompañar á Felisa al teatro.

A la mañana siguiente levantóse más temprano que de costumbre, y salió de la hostería, dirigiéndose al taller de un herrero á quien encargó que le hiciese una llave según el modelo que llevaba grabado en la cera.

—Mañana estará hecha.

—Muy bien, hasta mañana pues.

Y como aun le quedaban algunas monedas, Pietro dirigióse al barrio de los catalanes para hacer una visita á la hermosa Marieta.

Había conseguido la joven interesar al tenor.

Marieta estaba sola.

Aprovechó Pietro esta circunstancia para expresarla sus proyectos futuros.

—Marieta,—la dijo,—es una lástima que vivas con una mujer tan despreciable como Bernardina.

—Y ¿qué otro remedio tengo?

—Eres bastante hermosa para labrar la ventura de un hombre que te saque de la vida que llevas.

La joven guardó silencio.

—Este hombre soy yo. ¿Tendrías inconveniente en que alquilásemos un piso en uno de los barrios menos céntricos, donde estableciésemos el nido de nuestros amores?

Marieta se sonrió.

Halagábale la proposición que la hacían.

Quedó, pues, convenido que Pietro alquilaría una casa y que Marieta renunciaría para siempre á su compañera.

Al siguiente día, Pietro recogió la llave.

Aprovechándose de una de las ausencias de Felisa, no dudó en abrir el armario en que la diva guardaba su dinero y sus alhajas.

El joven lanzó una exclamación de sorpresa.

Había encontrado la mina con que soñó.

Tuvo, sin embargo, la suficiente fuerza de voluntad para no tomar entonces más que unas cuantas monedas.

Después cerró de nuevo el armario, guardándose la llave.

En seguida salió de la hostería, aventurándose hacia el barrio de los catalanes.

En él encontró un cuarto bajo desalquilado que tenía buenas condiciones para el objeto que él deseaba.

Dirigióse luégo á casa de Marieta, á quien manifestó el paso que había dado.

El resto de la tarde lo pasó en su compañía.

Inútil es consignar que bebieron unas cuantas botellas de vino; de modo que cuando Pietro volvió al lado de la actriz, hallábase en estado de embriaguez.

—¡Esto es horrible!—pensó Felisa.

Pietro se acostó sin hacerla caso.

Transcurrió un mes.

Durante este tiempo, Felisa hizo su *debut* en el teatro, donde fué recibida con grandes aplausos.

Mientras obtenía las aclamaciones del público marsellés, Pietro pasábase las horas al lado de Marieta, con quien vivía en su nueva casa.

Marieta no amaba al italiano.

Una tarde hallábase sola, cuando llamaron á la puerta.

La joven, creyendo que sería su amante, abrió.

Grande fué su sorpresa al encontrarse frente á frente con un marinero llamado José, con quien había sostenido relaciones.

Quizás era el único hombre por quien había sentido algún afecto.

—He ido á buscarte á casa de Bernarda,—la dijo,—y ésta me ha dirigido aquí. ¿Quién es el caballero con quien vives?

—¿No le conoces? Es italiano.

—Supongo que ahora no estará aquí.

—No, hasta la noche no vendrá.

—Lo celebro.

Y José repasó el umbral de la puerta, añadiendo:

—He arribado á este puerto, donde permaneceremos algún tiempo, y, por lo tanto, nos veremos con frecuencia.

—Pero no aquí.

—¿Por qué?

—¡Qué pregunta! ¿No sabes que tengo un aman-

te? Si éste supiese que vienes á esta casa, me mataría.

—Si yo le dejaba.

—No le conoces. ¡Es terrible!

—Pues bien: si viene, le dices que soy un pariente tuyo.

Marieta vaciló algunos instantes. Sin embargo, acometida de esa irreflexión propia de las mujeres de sus condiciones, salió de la estancia, volviendo un momento después con dos botellas.

José descorchó una, que entre recuerdos de sus pasados amores y frases groseras, consumieron en un instante.

Los cerebros no tardaron en turbarse.

José era hombre que se embriagaba pronto, como todos los que han abusado mucho de la bebida.

En aquel instante llamaron á la puerta de la calle.

—¡Él es!—exclamó Marieta.—Es preciso que te ocultes.

—¡Vamos, muchacha, tú estás loca! Cuando el huracán se desencadena, es necesario recibirle frente á frente. Dile que soy primo tuyo.

—¿Y si no lo cree?

—En ese caso, nos veremos las caras.

Marieta comprendió que en el estado en que se hallaba el marinero, no desistiría de su propósito.

Aventuróse por el pasillo y abrió la puerta.

El que había llamado era Pietro efectivamente.

La joven le presentó la mejilla más sonriente y cariñosa que de costumbre.

—Oye, Pietro,—le dijo cuando hubo recibido el beso,—tengo que decirte una cosa, esperando que no te enfades.

—Habla.

—Tengo una visita, un primo mío; un pobre muchacho que ha desembarcado ayer.

Pietro hizo un movimiento de disgusto, y repuso:

—Y ¿cómo ha sabido tu primo que vives aquí?

—Porque fué á buscarme á casa de Bernardina.

—No debiste recibirle sin mi permiso.

La joven quiso rodear con sus brazos el cuello de su amante, pero éste la rechazó, diciendo:

—¡Quita!

Y aventuróse por el pasillo.

José hallábase en la sala, indolentemente reclinado en el diván.

—Buenas tardes,—dijo á Pietro.

Éste midióle de pies á cabeza con una mirada.

Luégo, fijándose en las botellas que había sobre la mesa:

—Veo con satisfacción,—dijo,—que has obsequiado á tu primo.

—Con efecto,—respondióle Marieta.—Creí que no habías de incomodarte por esto.

—Y ¿acaso se ha incomodado?—preguntó el marinero.—No lo creas: el señor debe conocer lo natural que es obsequiar á un pariente.

Estas palabras fueron dichas con tanta naturali-

dad, que Pietro sintió por un instante desaparecer sus sospechas.

Sentóse, pues, proponiéndose averiguar si el parentesco existía.

—Marieta,—dijo,—tráete otras botellas. No es justo que vosotros hayáis bebido, y yo no.

La joven salió de la estancia.

Un instante después presentóse de nuevo llevando dos botellas de ron.

—Tú nos acompañarás,—dijo Pietro á la joven.

Creyendo ésta que habíanse disipado por completo las sospechas de su amante, se dispuso á tomar parte en la broma.

Pietro llenó los vasos.

—¡A vuestra salud!—exclamó, refiriéndose á José.

—¡Mil gracias, caballero!

Y ambos bebieron.

El amante de Marieta estaba nervioso.

Si se hubiese dejado arrastrar por su carácter, hubiera promovido una cuestión, pero se contuvo.

A fin de dominar sus ímpetus no tardó en consumir una de las botellas.

Descorchó la segunda.

—¿Vas á beber más?—le preguntó Marieta con una solicitud poco acostumbrada.

—Sí,—respondió bruscamente el interpelado.

—¿Y si te hace daño?

Pietro se encogió de hombros para significar su indiferencia.

El ron no tardó en producir sus efectos.

Cierto que el joven había tenido un fuerte altercado con Felisa durante la comida, y bebió más burdeos que de costumbre.

Al apurar un nuevo vaso sintió la cabeza insegura, pareciéndole que los muebles giraban á su alrededor.

Una mortal palidez cubrió sus mejillas.

—¿Se encuentra malo?—preguntóle el marinero.

—¿Qué os importa?—le respondió bruscamente Pietro.

La contestación era tan breve como descortés.

Es posible que José hubiera tenido prudencia si hubiera estado en completo uso de razón; pero también sentía en su cabeza las emanaciones alcohólicas que subían de su estómago.

—No me parece esa respuesta digna de un caballero,—dijo.

Pietro, por toda contestación, cogió por el cuello una de las botellas vacías.

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó asustada Marieta.

—Iba á estampársela en los sesos,—dijo el tenor;—pero no quiero que crea que por estar en mi casa...

—¡Basta!—exclamó el marinero, que habíase despejado un poco.—Vamos á la calle.

—Adonde quieras.

Y Pietro se puso en pie, dirigiéndose con paso inseguro hacia la puerta.

Estaba completamente embriagado.

Pietro aventuróse por el zaguán seguido del marinero.

Ya era completamente de noche, y ésta estaba oscura y lluviosa.

Pietro, sin haber recogido su sombrero, emprendió el camino de la playa.

A veces vacilaba.

—¿Hasta dónde vamos á seguir andando?—preguntó José.

Pietro dirigióle una mirada llena de vaguedad y se detuvo un instante.

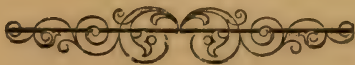
Al ir á continuar su camino, tropezó en una piedra, cayendo al suelo.

En vano intentó levantarse: los vapores alcohólicos se lo impedían.

Si José hubiera sido un criminal, nada más fácil que arrojarse sobre el tenor y darle la muerte; pero el marinero contentóse con dirigirle una mirada de desprecio.

—No,—exclamó,—no te hallas en estado de medir tus armas con las mías. Esto sería un asesinato.

Y volviendo la espalda, alejóse de aquel sitio.





CAPITULO CVII

La tempestad estalla.



IETRO quedóse profundamente dormido.

Cuando abrió los ojos, le dolía todo el cuerpo. La humedad habíale penetrado hasta los huesos.

Al pronto no pudo darse una explicación de cómo se hallaba á la orilla del mar; pero procurando reunir sus vagos recuerdos, hizo memoria de lo que había pasado.

—¡Yo me tengo la culpa de todo!—pensó.—He debido concretarme al amor de Felisa, que me quiere de veras. Basta de locuras. Marieta no merece más que mi desprecio.

Y poniéndose en pie, emprendió el camino del *Puerto Viejo*.

Las vibrantes campanadas de un reloj indicáronle que eran las tres.

—¡Qué tarde!—se dijo.—Esta locura ha podido costarme la vida.

El joven sentía una gran opresión en la garganta.

Afortunadamente para él, no encontró ninguna ronda, que le hubiese detenido al verle sin sombrero y lleno de lodo.

En este estado llegó á la hostería en que se hallaba Felisa.

La diva no dormía.

El joven penetró en la estancia.

Felisa, al ver á su amante en tan lamentable estado, hizo un movimiento de disgusto.

Pietro se aproximó.

—Felisa,—la dijo,—nunca como esta noche tienes sobrados motivos para dirigirme las más severas reprensiones. Sé generosa. Te prometo que de hoy en adelante cambiaré de conducta.

—¡Me has dicho lo mismo tantas veces!

—Nunca con los propósitos que ahora.

Felisa se sonrió con incredulidad.

—No lo dudes, amada mía. Prueba de que mis palabras son ciertas, que mañana mismo quiero que hables al empresario para trabajar contigo.

—¿De veras, Pietro?

—Te lo juro.

—Es lo que te conviene. Reuniéndote con cierta clase de gente no conseguirás más que tener muchos disgustos.

—Estoy convencido de ello.

—Ahora acuéstate. Quítate pronto esa ropa. Te has caído en el fango, por fuerza.

—Ignoro lo que me ha pasado.

—¡Cuánto se denigra un hombre cuando se embriaga!

—Es verdad, Felisa; pero no hablemos más de este asunto.

Pietro dirigióse al dormitorio, y despojándose de su traje, se acostó.

Un instante después, su agitada respiración indicábale á Felisa que dormía profundamente.

A las once de la mañana, Felisa despertó á Pietro.

Éste hallábase completamente despejado.

—Vístete si has de acompañarme,—le dijo la diva.

—Al instante.

Y el joven abandonó el lecho.

Pietro, después de vestirse, ofreció su brazo á Felisa.

Ambos salieron de la hostería, dirigiéndose al teatro.

Cuando penetraron en él, los músicos ocupaban sus puestos.

Una gran parte de la compañía se hallaba en el escenario.

También hallábase entre ellos el empresario.

Al ver á Felisa la saludó dándola las mayores muestras de la deferencia con que la trataba.

La diva le dijo:

—Este caballero es mi esposo, de quien os he hablado. Posee una magnífica voz.

—No tendréis inconveniente en dejaros oir alguna romanza.

—Desde luégo,—respondió el joven, tomando una de esas actitudes propias de la gente de escena.

—Ya veréis,—dijo Felisa,—es una voz perfectamente timbrada. ¡Ojalá el tenor de la compañía cantase como él!

Pietro cambió algunas palabras con el director de orquesta, indicándole lo que habían de acompañarle.

Los músicos, después de un preludio, empezaron el acompañamiento.

El maestro hizo con la batuta la indicación para que Pietro empezase.

Éste lanzó una nota, pero no armónica, sino aguda y desgarradora.

Felisa palideció.

Los que se hallaban en el teatro mordiéronse lo labios para no lanzar una carcajada.

El empresario se quedó inmóvil como una estatua.

¿Era aquél el tenor que tantas veces había elogiado Felisa?

Pietro había perdido la voz.

El abuso de las bebidas alcohólicas, la lluvia que habíale caído durante la noche anterior, todo contribu-

yó á privarle del tesoro que hasta entoces había poseído en la garganta.

Felisa rompió á llorar.

En aquel momento sintió vergüenza y despecho.

Los hombres que por su desgracia pierden como había perdido Pietro la dignidad, no son de los que más se ocupan del porvenir.

Sin embargo, hay que confesar que el italiano estuvo preocupado unos cuantos días.

Felisa hizo que le reconociese un médico.

El diagnóstico de éste no pudo ser menos satisfactorio.

—Ha adquirido una afección á la garganta,—dijo;—y aunque recupere la voz, cosa que considero difícil, no le conviene cantar en manera alguna.

No pueden comprender nuestros lectores lo mucho que esta desagradable noticia influyó en el ánimo de Felisa.

Quizás amaba á Pietro sólo por la dulzura de su voz.

Sin embargo, Felisa no podía arrojarle de su lado tan fácilmente.

La constaba que Pietro tenía un carácter impetuoso, y que era muy capaz de cometer con ella cualquier violencia.

Además, Felisa habíase creado en el teatro, y en-

tre sus adoradores, una aureola de virtud de la que no quería desprenderse.

Nada nos satisface tanto como que nos atribuyan cualidades que no poseemos.

Esto es una verdad innegable.

Pietro acompañaba al teatro á la diva, permaneciendo en su aposento hasta que concluía.

Esto duró dos semanas.

Era cuanto podía exigírsele á un hombre de sus condiciones.

Pero transcurridos estos días, así como el expatriado siente nostalgia, Pietro sintió el deseo de volver á su antiguo sistema de vida.

Acordóse de Marieta, de Bernardina, del ron y de la ginebra.

Pietro tenía una llave que abría el armario en que Felisa encerraba su dinero.

¿Cómo renunciar á la explotación de aquella mina?

Una noche pretextó que se hallaba enfermo.

—Quédate en la cama,—respondióle la italiana.

Ésta salió de la estancia algunos instantes después.

Entonces Pietro sacó la llavecita y la introdujo en la cerradura del armario.

Apenas estuvo abierto, sacó una buena cantidad de monedas de oro que comenzó á guardar en sus bolsillos.

En aquel instante la puerta de la habitación abrióse rápidamente dando paso á la diva.

El joven cerró el armario, guardóse la llave; pero no pudo realizarlo tan de prisa que su amada no lo advirtiese.

—¿Qué hacías, Pietro?—le preguntó con acento tembloroso.

—Nada,—respondió el interpelado.

—Sí; no faltes á la verdad. Te he visto cerrar ese armario.

Pietro, comprendiendo que era imposible ocultar á Felisa lo que sucedía, decidió desenmascararse.

—Pues bien,—exclamó:—no puedo ocultarte que he abierto ese mueble: necesitaba dinero.

—¡Eres un miserable! Nunca imaginé que llegara tu falta de aprensión hasta este punto.

Y Felisa rompió á llorar.

Estaba herida en la fibra más sensible; esto es, en lo único que la preocupaba: la conservación de sus riquezas.

—¡Y dices que me quieres!—exclamó Pietro.

—No, no te quiero; por el contrario, te odio, te has hecho despreciable á mis ojos.

—En ese caso partiré lejos de esta casa.

—Pero devolviéndome lo que es mío.

—Por el contrario. No he cogido más que unas cuantas monedas y necesito que partamos nuestro capital.

—¡Nunca, nunca!

Y Felisa corrió hacia el armario, guardando con la espalda las puertas de éste.

Pietro lanzó una carcajada. Después avanzó hacia la diva.

—¿Qué vas á hacer?—preguntóle ésta con desesperación.

—Abrir ese mueble.

—¡No lo consiento, infame!

—¡Felisa, no me exasperes!

—No te tengo miedo. Te equivocas si lo crees. Avanza un poco más, y gritaré pidiendo socorro, y te llevarán á la cárcel.

—¿Luego quieres verdaderamente que nos separemos?

—Sí.

El joven dudó algunos instantes sobre el partido que debía tomar.

No ignoraba que Felisa, por defender sus riquezas, armaría un escándalo, acudiendo en su socorro los dependientes del establecimiento.

—¡Adiós, pues!—exclamó.

—¡Pero dame cuanto me has robado!—continuó la diva, cuyos ojos centelleaban de coraje.

Pietro hizo con los labios un gesto que expresaba su desdén.

Luégo dirigióse hacia la puerta.

Apenas hubo repasado el umbral, Felisa cerró bruscamente y echó el cerrojo.

Después sacó de su pecho con mano temblorosa

una llave igual á la que poseía su amante, y abrió el armario.

Grande fué su alegría al ver las pequeñas mermas que había sufrido su tesoro.

Felisa cerró el armario, saliendo luégo de la estancia, cuya puerta dejó también cerrada con llave.

—¡Basta de sufrir!—exclamó, aventurándose por la calle en dirección al teatro.

Una vez en él, dirigióse á su aposento, vistióse con el traje que reclamaba el papel que iba á representar, y cantó como si nada la hubiese sucedido.

Aquella misma noche admitió á su servicio á una joven que era hija de uno de los tramoyistas.

También estuvo más sonriente que de costumbre con sus admiradores.

¿Qué la importaba Pietro?

¿Acaso á una diva la faltan pretendientes, entre los que se puede elegir á discreción?

Hemos dejado á Pietro en el instante en que salía de la hostería del *Puerto Viejo*.

El joven, apenas sintió en su frente el viento fresco de la noche, empezó á recapacitar.

Se detuvo delante de la puerta de una tasca. Tenían éstas para él una atracción inmensa.

El joven no pudo dominarse, y penetró en el establecimiento.

En él había algunos hombres bebiendo y jugando.

Pietro sentóse junto á la mesa más próxima, y pidió al tabernero que le diese de beber.

Entabló conversación con los jugadores, concluyendo por ser uno de los de la partida.

Entusiasmado en el juego, no advirtió las pérdidas sufridas, hasta que ya no había medio de evitarlas. Sin embargo, quedábanle algunas monedas, con las que pudo permitirse pagar en la hostería su hospedaje de aquella noche.

Vibraban ocho campanadas en el reloj de una de las iglesias próximas al establecimiento en que se hallaba el joven, cuando se despertó.

Pietro se vistió, dirigiéndose luégo á la calle.

La mañana estaba apacible.

Nuestro héroe dirigióse á la hostería del *Puerto Viejo.*

Un momento después llamaba en la puerta de la habitación de Felisa.

Acudió la doncella de ésta, pero sin abrir.

—Abre,—dijo Pietro con amabilidad.

Felisa, que había abandonado ya su lecho, al oir la voz del joven, se aproximó á la puerta.

—Caballero,—dijo,—son inútiles cuantas gestiones hagáis para entrar en esta casa. Yo he muerto para vos.

—¡Felisa!

—Podéis, por lo tanto, marcharos por donde habéis venido.

—Echaré la puerta abajo.

—Os guardaréis muy bien de hacerlo, si no queréis que reclame el auxilio de la autoridad.

A Pietro empezaba á faltarle la paciencia.

No podía acostumbrarse á que una mujer que le había pertenecido le tratase de aquel modo.

De la súplica pasó á las amenazas; pero Felisa se mantuvo inflexible, y el joven, desesperado, se alejó de aquel sitio, formulando en su mente terribles proyectos de venganza.

Pasaron algunos días, durante los cuales Pietro vióse envuelto en las mayores privaciones, en tanto que Felisa obtenía triunfo sobre triunfo en cada representación.

Pietro, no atreviéndose á renunciar de una vez á la cómoda existencia que le proporcionaría una reconciliación con su amada, puso en juego para conseguirla cuantos recursos le sugirió su imaginación.

Intentó diferentes veces ver á Felisa, pero ésta se negó siempre á recibirle.

Entonces la escribió, pero la diva no se dignó contestarle.

El italiano, convencido de que no sacaría partido de aquella mujer sino apelando á una resolución extrema, decidióse al fin, y una noche, momentos antes de comenzar la ópera, presentóse en el cuarto de la diva.

Ésta encontrábase ya vestida para salir á escena.

Nunca le pareció á Pietro más hermosa, pero nunca la encontró más despreciativa ni más sarcástica para con él.

Cruzóse entre los dos un diálogo que llegó á exasperar de tal manera el carácter violento del italiano, que sin ser dueño de reprimirse, levantó la mano y cruzó con ella el rostro de la diva.

Ésta lanzó un grito.

La doncella salió del aposento, pidiendo socorro.

Pietro, fuera de sí, loco, furioso, asió con ambas manos á Felisa por el cuello, diciéndola:

—¡Voy á estrangularte, mujer infame!

Sin la oportuna intervención de los dependientes del teatro y de dos agentes de la justicia, el furioso joven logra su intento.

Cuando Felisa fué arrancada de sus manos encontrábase desmayada y con los síntomas de casi una completa estrangulación.

Pietro, atado codo con codo, fué conducido á la cárcel.

Dos semanas después, Felisa, algo repuesta, salió de Marsella con dirección á París.

Horas después de su partida, el gobernador de Marsella recibió un pliego donde se le participaba que Pietro era el asesino del conde de Massi.

Felisa, como buena italiana, no olvidaba tampoco su *vendetta*.

Tan grave acusación fué comprobada por la auto-

ridad, á quien el gobierno de España reclamó el preso para hacer justicia en su persona en el mismo sitio en donde cometiera el crimen.

Cuando Pietro tuvo conocimiento de la suerte que le esperaba, maldijo á Felisa y adoptó la resolución de no darse en espectáculo, muriendo en la horca á manos del verdugo.

Firme en este propósito, se ahorcó, colgándose de una argolla de su calabozo la víspera del día en que iba á ser conducido á España.

Felisa no tardó en seguirle.

A causa del efecto que la produjo en el cuello el intento de estrangulación de que fué víctima, se la inició una tisis laríngea, que la condujo al sepulcro dos meses después de la muerte de su amante.

Por el camino del crimen no se llega nunca al alcázar de la dicha.





CAPITULO CVIII

Mina y contramina.



ONSIGNADO ya el fin que tuvieron los asesinos del conde de Massi, volvamos en busca de los demás personajes de nuestra obra, á quien hace algún tiempo que abandonamos.

Hallábase una tarde el marqués de Grimaldi en su despacho dando ciertas instrucciones á su criado de confianza Manuel, cuando le anunciaron la visita de don Juan de Zúñiga.

El ministro hizo seña á su criado para que le dejase solo, y mandó pasar al coronel.

Éste presentábase en el despacho un momento después.

El objeto que allí le conducía era el de manifestar al ministro que la condesa viuda de Massi y su hija habían dispuesto abandonar el convento de las Comendadoras en un plazo muy breve.

—Y antes de que eso suceda, ¿no podréis realizar la comisión que os confié?—preguntó el ministro.

—El arrancar del claustro á esa hermosa niña depende exclusivamente de vuestra voluntad. Siguiendo vuestras instrucciones, la he enamorado de tal manera, que está dispuesta á huir en mi compañía en el momento que se lo indique.

—¡Sois el mismo diablo, don Juan!—repuso el ministro sonriendo.

Hubo un momento de silencio, después del cual el marqués dijo:

—¿Tenéis seguridad completa en cuanto acabáis de decirme?

—Absoluta.

—Pues bien: entonces dispongamos las cosas para que mañana á las nueve de la noche esa cándida paloma se encuentra en nuestro poder.

El ministro y Zúñiga acordaron detenidamente los detalles del rapto, separándose así que lo tuvieron todo dispuesto.

Al salir del despacho del ministro, don Juan vió á un hombre junto á la mampara.

Era Manuel, el sirviente favorito del marqués.

Zúñiga, apenas salió de la morada del ministro, aventuróse hacia el palacio real.

Deseaba cumplir el encargo que teníale hecho Estrañi, de ponerle al tanto de cuanto ocurría.

Apenas anunciáronle al coronel, el médico apresuróse á recibirle.

—¿Qué ocurre, amigo Zúñiga?—le preguntó.

—Todo marcha perfectamente.

—¿Visteis al ministro?

—Ahora vengo de su casa.

Estrañi se sonrió.

—Hemos quedado en que mañana á las nueve de la noche se verificará el rapto de Adelina.

—¿No ha dudado de vuestras palabras?

—Creo que no.

—Sin embargo, es preciso desconfiar de ese hombre.

—Podemos, no obstante, prevenirnos, por si acaso.

—Desde luégo. Mañana á la hora que habéis indicado no faltéis. Si el paso está libre, acompañáis á la condesa y á Adelina hasta la quinta de los Tilos, donde pueden considerarse seguras.

—¿Y si alguien se opusiera?

—Entonces, don Juan, excuso indicaros lo que debéis hacer, pues estáis tan interesado como yo en que sean felices.

—Cierto.

—Hay que estar muy sobre aviso tratándose de un hombre como Grimaldi; pero inténte lo que intentare, en la noche de mañana resolveremos lo que deseamos.

—No comprendo.

—Si ha dado crédito el ministro á vuestra promesa,

Josefina y su hija irán sin inconveniente á la quinta. Si trata el marqués de tenderos un lazo, promoveremos un gran escándalo que transcienda por toda la corte y que llegue á oídos de la reina.

—Ciertamente que entonces don Carlos desistirá de su propósito respecto á Adelina; pero continúo sin resolver el problema.

—¿Qué punto encontráis oscuro?

—Varios.

—Decídmelos, y os los aclararé.

—Si vuestro propósito es que la reina conozca los deseos de su esposo respecto á Adelina, ¿por qué no se los habéis manifestado, evitando esta complicación que vamos á poner en práctica?

—Porque no quiero darla un disgusto directamente.

—¡Ah! ¿queréis arrojar la piedra escondiendo la mano?

—Precisamente, y reservarme el derecho de obrar con entera libertad con los satélites del ministro, sin tener que habérmelas luégo con la superintendencia de policía.

—Poco pudiera importaros eso.

—Más de lo que creéis, pues había un pretexto para que el monarca se disgustase con todos nosotros.

—Es verdad.

—¿Empezáis á comprender, amigo Zúñiga?

—Sí.

—Mañana á las nueve, ó la condesa y Adelina salen del convento sin que nadie se interponga en su cami-

no, lo que no creo, ó nos hallamos en condiciones de cerrar á cuchilladas con los que intenten oponerse. Nosotros alegaremos que pasábamos por la calle de Quiñones, y cumpliendo con un sagrado deber, hemos querido evitar que se cometiera un rapto en una mansión sagrada.

—Y como es natural,—añadió Zúñiga,—la policía hará sus averiguaciones, serán detenidos los raptores, y nosotros quedamos perfectamente bien á los ojos del mundo.

—¿Qué os parece?

—Muy bien. Debíais haberos dedicado á diplomático mejor que á las ciencias médicas.

Zúñiga, satisfecho de las explicaciones de Estrañi, salió de palacio.

Entre tanto, Grimaldi no había estado ocioso. Como buen italiano, era desconfiado, y había dispuesto su plan para dar sobre seguro el golpe que deseaba.

Se iba á entablar una lucha de astucia contra astucia, y era necesario vencer á todo trance.

Grimaldi, desde que tuvo su última entrevista con el doctor, desconfiaba y temía.

La fortuna vino en favor de los propósitos del ministro.

Aquella tarde la reina dijo á Estrañi:

—Esta noche tengo interés que no falte á la velada

ninguno de mis amigos. No faltes, pues: necesito hablarte.

Estrañi sorprendióse de estas palabras, que le producían la mayor contrariedad; pero ¿cómo oponerse á los deseos de la reina? Esto era imposible, dada la consideración y el respeto que debíale á tan ilustre señora.

Estrañi quiso, sin embargo, precaverse con tra cualquier incidente, y para ello dirigióse á la morada de un amigo suyo. Llamábase éste don Pedro de Varela, y era familiar del Santo Oficio.

—Vengo á pedircs un favor,—le dijo.

—Hablad, pues; y si en mi mano está el complaceros, no ignoráis, querido doctor, el gusto que en serviros tendré.

—Esta noche á las nueve deben salir del monasterio de las Comendadoras, para instalarse en una posesión que tienen cerca del Pardo, la condesa de Massi y su hija. Las acompañan el coronel Zúñiga y el hijo mayor de la condesa. Desearía, pues, que apostaseis algunos alguaciles en los alrededores del monasterio para mayor seguridad de esas señoras. Si éstas salen acompañadas de los jóvenes que os he indicado, dejadles paso franco; pero si, como es muy posible, algunos otros se interpusieran...

—Basta, doctor; he comprendido perfectamente lo que deseáis. ¿Habéis dicho que esta noche?...

—A las nueve.

—A las ocho y media estaré en los alrededores del

convento con una docena de alguaciles. ¿Puedo serviros en alguna otra cosa?

—Muchas gracias, don Pedro. Mi gratitud será eterna por el favor que vais á prestarme.

Estrañi salió de la estancia, dirigiéndose á palacio.

Cuando llegó á la regia morada ya era de noche.

Entre tanto don Juan de Zúñiga y Rogelio conversaban en la casa del primero, cenando alegremente, cuando llamaron á la puerta de la calle.

Instantes después presentóse en la habitación uno de los criados con una carta en la mano.

—¿Qué ocurre?—preguntó Rogelio.

—Señor,—respondióle el interpelado,—acaban de traer este pliego.

Massi rompió el sobre, y al leer el contenido profirió una maldición.

—¿Qué pasa?—preguntó Zúñiga.

—Que el ministro me ordena que me constituya inmediatamente arrestado en el cuerpo de guardia de palacio.

—Y ¿qué vas á hacer?

—¡Me extraña tu interrogación! No obedecer esta orden, suceda lo que quiera.

—¡Qué locura!

—¿No lo sería mucho mayor dejar á mi madre y á mi hermana en peligro?

—Me ofendes con lo que dices.

—¿Por qué, Zúñiga?

—Porque sabes que ni Roberto Estrañi ni yo hemos de dejar de ir al convento esta noche. ¿No te inspiramos bastante confianza?

—Inmensa; pero...

—Basta, Rogelio; tú vas á palacio ahora mismo. Confía en nosotros.

—Pudierais necesitar de mi espada.

—Vamos, Rogelio, no seas loco. Vé, pues, al cuerpo de guardia, y no tengas cuidado.

—Parto muy á disgusto.

Los dos amigos cambiaron un apretón de manos y se separaron.

Una hora después, don Juan de Zúñiga disponíase á salir de casa, cuando llegó á sus manos un segundo pliego del ministro de la Guerra. En él se le decía que se presentase inmediatamente á recibir órdenes en el despacho del ministro.

Como nuestros lectores ven, Grimaldi no se descuidaba.

Mientras esto ocurría, cuatro hombres embozados en sus capas hasta los ojos salían de la magnífica morada del duque de Grimaldi.

A corta distancia de ésta había un carruaje.

Uno de los embozados llegóse al vehículo, abriéndo la portezuela.

Luégo penetró en él.

Sus tres acompañantes le imitaron

Cuando estuvieron acomodados en el interior, el cochero restalló la fusta tomando la dirección de la calle de Quiñones.

Uno de los encubiertos era el ayuda de cámara del marqués de Grimaldi, y los que le acompañaban tres personas que había elegido para que le ayudasen á verificar el rapto de Adelina.

Durante el trayecto, dió á sus acompañantes las instrucciones que creyó oportunas.

Dejémoslos por un momento y veamos lo que entre tanto ocurría en las Comendadoras de Santiago.

Josefina y su hija habían manifestado á la madre comendadora su resolución de salir del convento aquella noche.

Eran, pues, las ocho cuando la condesa y su hija se hallaban en sus respectivas celdas disponiéndose para el pequeño viaje que iban á verificar.

Adelina se conceptuaba dichosa.

Creía que muy en breve irían á buscarla su hermano y su amado.

Bien lejos hallábase de suponer que otras personas á quienes ni siquiera conocía trataban de anticiparse á los deseos de Zúñiga y de Rogelio.

El demandadero Sebastián esperaba con impaciencia junto á la puerta del jardín.

Sabía que aquella noche pagaríanle con esplendidez sus buenos servicios.

De vez en cuando abría la puerta, creyendo también oir el ruido que producían las ruedas de un carruaje.

Una de las veces que lo verificó animáronse sus pupilas.

A través de las sombras, pues la noche estaba muy oscura, descubríanse dos puntos luminosos.

Eran los faroles de un carruaje.

—¡Ellos son!—exclamó el demandadero.

Con efecto, un instante después el vehículo deteníase á corta distancia del convento.

Cuatro hombres se apearon.

Llevaban los rostros cubiertos con antifaces.

Uno de los embozados se aproximó al demandadero.

—¿Sebastián?—dijo.

—El mismo,—respondió el anciano.—¿Sois don Juan de Zúñiga?

—No; pero él me envía á fin de acompañar á la hija de la condesa de Massi, que, como no ignoráis, debe dejar esta noche el monasterio. Guiadme, pues, á su celda.

—¡A su celda!—exclamó con asombro el demandadero.—Me pedís un imposible.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque á estas horas está terminantemente prohibida la entrada.



¿Qué quereis?

—¿De modo que tratas de oponerte á lo que deseo?

—Seréis enviado de don Juan, pero...

—Basta,—dijo con voz brusca.

Y al mismo tiempo montó una pistola, apuntando con ella á Sebastián.

—¡Por Dios, caballero!...—exclamó éste.

—Ni una palabra. Ahora mismo vas á facilitarme la entrada en el convento, acompañándome hasta la celda de esa joven.

—Sí, haré cuanto me ordenéis; pero desviad esa pistola; puede escaparse el tiro, y...

—Basta. Adelante, y mucho silencio.

El pobre Sebastián dirigióse hacia la puerta que daba entrada al claustro interior.

A cortos intervalos volvía la cabeza, temeroso de que aquellos enmascarados le dieran la muerte.

Cruzaron una larga galería.

Al final de ésta veíanse varias puertas.

El demandadero designó una de ellas.

—Ahí se encuentra la novicia,—dijo con acento trémulo.

Manuel dió en la puerta unos golpecitos.

Creyendo Adelina que sería su madre la que llamaba, apresuróse á abrir.

Juzguen nuestros lectores cuál sería su sorpresa al ver que penetraban en la habitación dos hombres enmascarados.

—¿Quién sois?—preguntó.—¿Qué queréis?

Manuel, por toda respuesta, asió á la joven de la

cintura, y levantándola en sus brazos, dirigióse hacia la escalera.

Adelina lanzó un grito y perdió el sentido.

El cochero esperaba en el pescante.

—¡A escape en cuanto acomode á esta joven en el interior! —dijo Manuel.—Ya sabes adónde has de ir.

—Perfectamente.

Y el criado de Grimaldi sentó á Adelina sobre los almohadones del carruaje.

En aquel momento brillaron de improviso unas cuantas luces en la entrada de la calle.

Una docena de alguaciles del Santo Oficio aparecieron como por encanto.

El familiar que los mandaba, y que era don Pedro Valera, dijo al mismo tiempo estas palabras con voz varonil:

—¡Alto á la Inquisición!

Manuel dudó un instante del partido que debía tomar.

Acordóse, sin embargo, que era la persona de confianza del ministro favorito de su majestad, y que en servicio de éste ocupábase en aquel instante.

Díjole, pues, al cochero:

—¡A escape, que nosotros protegemos tu fuga!

El carruaje se puso en movimiento.

Los alguaciles con las espadas desnudas cayeron sobre los raptores.

Éstos habíanse prevenido para el ataque.

El ayuda de cámara disparó dos pistoletazos.

La lucha se trabó de un modo terrible.

Hallábanse en lo más encarnizado de ella, cuando un nuevo personaje vino á hacerla más viva y sangrienta. Éste era don Juan de Zúñiga.

Estaba ciego de cólera.

Al ver á los alguaciles creyó que eran los enviados por el marqués de Grimaldi, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, como vulgarmente se dice, cayó sobre ellos como una avalancha.

Manuel y sus secuaces aprovecharon aquella casualidad para huir.

El carruaje habíase perdido de vista.

No había salvación para la hija de la condesa.

Zúñiga, queriendo salvarla, favorecía los deseos del marqués de Grimaldi.

—¡Ira de Dios,—exclamaba el coronel con voz ronca repartiendo tajos á diestro y siniestro,—que no he de parar hasta que todos hayan mordido el polvo!

Y no era un hombre, era una fiera que replegábase á veces para evitar un golpe, avanzaba otras, estrechando á los que creía sus enemigos.

Dos alguaciles rodaron heridos por tierra.

El familiar no dejaba de estimularlos, aunque poniéndose lejos del alcance de las estocadas.

Aquella lucha fué larga.

Don Juan empezaba á sentir una gran fatiga.

Hubiera, sin embargo, cumplido su promesa, á no ocurrirle una circunstancia tan desfavorable como imprevista.

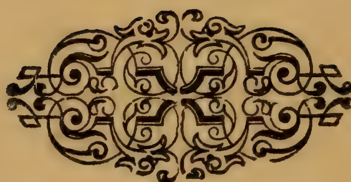
Una de las veces que los alguaciles, impulsados por el instinto de conservación, procuraban acorralar al que de tal modo les atacaba, el acero del coronel dió contra el muro del convento, y se rompió.

Entonces los alguaciles cayeron sobre el joven.

Aun les costó bastante trabajo sujetarle, pues Zúñiga se defendía enérgicamente.

Tuvo, sin embargo, que sucumbir al número.

Don Juan era encerrado poco después en uno de los calabozos de la Inquisición.





CAPITULO CIX

Golpe por golpe.



IENTRAS los sucesos narrados ocurrían, la tertulia de la reina encontrábase animadísima.

Su majestad conversaba con la condesa de la Estrella y con otras señoras de la más alta nobleza.

Estrañi, presa de la mayor incertidumbre, no cesaba de dirigir miradas á la puerta del salón, esperando de un momento á otro recibir noticias de Zúñiga ó de Rogelio.

—No sabe la reina,—decíase,—el gran perjuicio que me ha irrogado con manifestarme su deseo de que no falte esta noche de aquí. Afortunadamente sé que Massi y Zúñiga son muy suficientes

para evitar cualquier fechoría del ministro. También confío en don Pedro de Varela.

Estas reflexiones hacíase Estrañi, cuando un ujier anunció al conde de la Estrella.

Este penetró en el aposento, y después de besar la mano á la reina, aproximóse á Estrañi.

—¿Cómo va, doctor?—le preguntó.

—Perfectamente, ¿y vos, señor conde?

—Sentíame un poco indispuesto; pero acabo de presenciar una escena que me ha aliviado.

Varios jóvenes se aproximaron al de la Estrella, y al oir estas palabras preguntáronle:

—¿Hay alguna novedad, conde? Sois un almacén de noticias, sabéis las cosas antes que nadie.

—La que ahora voy á referiros la he sabido por una verdadera casualidad.

—Y ¿qué es ello?

—Disponíame á entrar en mi carruaje para venir á palacio, cuando observé que la gente se arremolinaba formando un gran corro. Aunque no ha sido nunca la curiosidad el defecto que me caracteriza, confieso ingenuamente que deseando saber lo que sucedía, acerquéme al corro.

—Y ¿qué visteis?

—A un familiar de la Inquisición al frente de sus alguaciles, que llevaban preso á una persona á quien conocéis mucho.

—Y ¿quién es esa persona?

—El coronel Zúñiga.

Al oir esto, Estrañi palideció.

—¿Don Juan de Zúñiga?—dijo después.

—El mismo, doctor.

—¿Estáis bien seguro de lo que decís?

—¡Ya lo creo! Como que le he visto como os veo á vos.

—Sin duda alguna semejanza os ha hecho creer que era don Juan.

—Bien pudiera ser lo que decís, á no haberme confirmado la noticia uno de los testigos del desacato cometido por ese loco.

—¿Qué os han dicho?

—Don Juan ha querido robar á una novicia de las Comendadoras de Santiago; pero afortunadamente la Inquisición ha podido evitar este horrible sacrilegio, y á estas horas el coronel se encuentra bien guardado en uno de los calabozos del Santo Oficio.

Estrañi no necesitó oir más.

Olvidándose de los deseos que habíale manifestado la reina, salió de la estancia, dirigiéndose á sus habitaciones.

—¿Qué habrá sucedido?—preguntábase presa de la mayor incertidumbre.

Estrañi calóse el sombrero y se aventuró por la escalera que conduce á la puerta del Príncipe.

Junto á ésta había multitud de carruajes.

El médico buscó el del conde de la Estrella, á cuyo cochero conocía.

Él mismo abrió la portezuela del vehículo.

—¡A escape, Ramón,—dijo,—á la calle de Quiñones!

El cochero restalló la fusta y los caballos emprendieron un trote largo.

Poco después deteníanse en la calle de Quiñones.

Apeóse Estrañi, y dirigiéndose á la puerta del convento, llamó repetidas veces.

—¿Quién es?—preguntó la tornera.

—Abrid, madre.

—Imposible de todo punto. Ya sabéis que á estas horas no se franquea á nadie la puerta.

—Soy el médico de la reina.

—Seáis quien quiera, los estatutos del convento me impiden complaceros.

—Decidme al menos si es cierto lo que se dice respecto al rapto de la señorita de Massi.

—Desgraciadamente es verdad.

—¿Y la condesa?

—La condesa, como comprenderéis, está desesperada.

—Pero ¿es posible que no me permitáis entrar un instante?

—Imposible de todo punto. Si de mí dependiera, os complacería.

—Tened la bondad al menos de decirle á Sebastián que salga.

—Con mucho gusto.

Estrañi oyó que se alejaban los pasos de la monja.

El demandadero, pálido como un cadáver, asomó

poco después su rostro por la mirilla de la puerta.

—¡Ay, doctor,—le dijo enjugándose los ojos,—no sabéis las horribles desgracias que han sucedido!

—Pero ¿qué ha pasado?

Sebastián refirió al doctor los pormenores del rapto.

—¿De modo que se han llevado á Adela?

—Sí, señor; y como la cuerda siempre se rompe por lo más débil, ahora dice la madre comendadora que no puedo continuar en el convento, y que mía es toda la culpa.

—¿Don Juan llegó después?

—Yo no sé lo que ha pasado. Sólo puedo deciros que oyéronse en la calle unas cuantas detonaciones y choque de espadas.

—Todo me lo explico,—exclamó Estrañi.

Y volviendo la espalda al demandadero, dirigióse en busca del carruaje.

—¡Esto es espantoso!—exclamó.—No puede perderse ni un momento. Siguiendo los impulsos de mi alma, ahora iría á la vivienda del marqués de Grimaldi y arrancaríale el corazón. Pero Grimaldi negaría ser el autor del rapto. Apelaré á la reina. Ya no me contengo. Es preciso que sepa cuanto ocurre.

Estrañi penetró de nuevo en el carruaje, ordenando al cochero que le condujese á palacio.

Apenas hubo llegado, dirigióse al salón donde estaba la reina.

—Aun hay esperanza de salvar á Adelina,—pen-

só el doctor;—pero no puede perderse un instante.

Al entrar en el aposento, la reina, que había advertido la ausencia de Estrañi, fijó en éste sus ojos.

Llamó desde luégo su atención la palidez que cubría el rostro del médico.

Entonces le hizo seña para que se aproximara.

—Estrañi,—le dijo con acento de dulce reconvención,—veo con disgusto que no has querido complacerme.

—Perdonad, señora, pues cuando sepa vuestra majestad los motivos que me han obligado á salir de palacio, me perdonará que por primera vez en la vida haya olvidado una orden suya.

Sonrióse la soberana, y luégo se puso en pie.

Ésta era la indicación para manifestar que la tertulia terminaba.

Todos despidiéronse de la augusta señora hasta el jueves siguiente.

Estrañi fué el único que permaneció en el salón.

—Habla, Estrañi,—dijo la reina.

Impulsos sintió Roberto de referirle las infames maquinaciones que había puesto en juego el ministro para conservar su privanza; pero detúvole la consideración de que iba á ocasionarla un grave disgusto.

Limitóse, pues, á decirle lo siguiente:

—Señora, esta noche se ha llevado á cabo una infamia, arrebatando de su celda á una de las pensionistas del monasterio de las Comendadoras de Santiago.

—Y ¿quién ha cometido semejante crimen?

El marqués de Grimaldi.

—¿El marqués?

—La pensionista á que me refiero pertenece á la más alta nobleza, pues es la hija de la condesa de Massi, y debía enlazarse muy pronto con el coronel Zúñiga.

—Pero ¿qué móviles han impulsado al ministro á cometer semejante atropello?

—Los ignoro, señora; pero tenéis un gran conocimiento de mi carácter, y sabéis, por lo tanto, lo incapaz que soy de hacer una afirmación á no hallarme plenamente convencido de que Grimaldi es el autor del rapto.

—Bien, Estrañi. Y ¿qué es lo que deseas?

—Conozco el magnánimo corazón de vuestra majestad, y lo mucho que la place que se obre con la más recta justicia.

—Desde luégo.

—Y no conseguiréis esto mientras vuestro augusto esposo tenga á su lado á un hombre de las condiciones del marqués.

—No creas que Grimaldi me agrada.

—Desearía, por lo tanto, hasta para la conservación de vuestra paz conyugal, que interpusieseis vuestra gran influencia cerca de vuestro esposo á fin de que concediese al marqués la licencia que para descansar del peso del gobierno le tiene pedida.

—Aun te prometo más, que he de conseguir de mi noble esposo la sanción para que se verifique el enlace del coronel Zúñiga con esa joven.

—¡Señora, tanta bondad!

—Para cuyo objeto hablaré esta misma noche al rey.

—No puede perderse un instante si vuestra majestad ha de salvar á esa joven.

—Sí, tranquilízate. Ahora me explico perfectamente la infame conducta que el marqués ha observado esta tarde.

—No comprendo á lo que vuestra majestad se refiere.

—¿Recuerdas que te expresé mi deseo de que asistieras esta noche á la tertulia?

—¡No he de recordarlo, señora!

—Pues este deseo reconocía por causa que esta misma tarde, al penetrar en la cámara del rey, encontréle hablando con Grimaldi. Éste hizo ademán de retirarse en seguida; pero antes de verificarlo le dijo á mi esposo que era necesario tomar serias medidas para evitarte un contratiempo.

—¿A mí?—preguntó Estrañi.

—Como comprendes,—prosiguió la reina,—preguntéle al ministro qué peligro te amenazaba, y me respondió que había llegado á su noticia que esta noche trataban de tenderte un lazo varios enemigos.

—Y vuestra majestad, siempre buena,—interrumpió Estrañi,—quiso evitar que saliera de palacio.

—Es cierto, doctor. Conozco tu carácter, y sé que el peligro no hubiérate detenido.

—¡Qué infame es el marqués! Lo que quería era

evitar que acudiese al convento de las Comendadoras, pues le consta el vivo interés que me inspiran la condesa y su hija.

—Bien lo comprendo ahora. Te prometo que la hija de la condesa no permanecerá en poder del ministro. Pero no puede perderse un instante. Amenaza á la pobre joven un inminente peligro. Lo primero que hay que hacer para evitarlo es enviar á una persona á casa del marqués.

—¿Con qué objeto, señora?

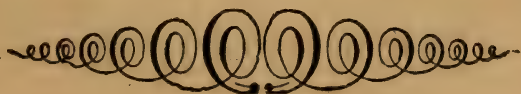
—Con el de manifestarle mi deseo de que se presente en seguida en esta cámara.

—Señora, si vuestra majestad quiere, yo mismo puedo comunicarle vuestra orden.

—Ninguno hará el encargo con el interés y la actividad que tú: parte, pues.

Estrañi besó con respeto la mano de la reina.

Un instante después salió del palacio, dirigiéndose á la morada de Grimaldi.





CAPITULO CX

Complicaciones.



A PENAS hubo salido del salón Roberto Estrañi, la reina exhaló un hondo suspiro.

—Nunca tuve gran simpatía hacia el marqués,—pensó,—y no es ésta la vez primera que han llegado á mí quejas por su conducta. Afortunadamente mi esposo empieza á convencerse de que no es Grimaldi la persona que conviene para ayudarle al difícil manejo del gobierno. Yo concluiré de decidirle.

Y formado este propósito, salió de la estancia, dirigiéndose á la cámara de su augusto esposo.

Éste hallábase presa de la mayor incertidumbre.

Sabía por el de Grimaldi que aquella noche era la señalada para que la pensionista saliese del convento, pero ignoraba los medios de que el marqués se valdría para complacerle.

Oyéronse pasos en la antecámara.

El corazón de don Carlos aceleró sus palpitaciones.

—¿Será Grimaldi?—se dijo.

Y no acababa de hacerse esta pregunta, cuando una mano blanca como la nieve y fina como la seda levantó la pesada cortina de terciopelo que cubría la puerta.

Aquella aristocrática mano era de la reina.

Sonrióse el rey al ver á la dama, aunque no dejó de extrañarle su presencia en aquel aposento á aquella hora.

—Señora,—la dijo,—¿á qué debo la satisfacción de veros? ¿Cómo habéis despedido tan pronto á vuestros contertulios?

—Porque necesitaba hablaros.

—En ese caso, á fin de proporcionarme este agradable rato, podíais haberme enviado aviso para que pasase á vuestra cámara.

—Sabía que estabais solo, y segura, por lo tanto, de que mi presencia no era importuna, no dudé en venir.

—Vuestra presencia no puede serlo jamás. Sentaos.

La reina sentóse en un sillón enfrente del que ocupaba su esposo.

Luégo dijo:

—Vengo á daros cuenta de un desagradable incidente que ha ocurrido esta noche, y á pediros un favor.

—Contad desde luégo con él. Vuestras indicaciones son órdenes para mí.

—Mil gracias.

El rey fijó los ojos en su esposa, como interrogándola.

En cuanto á ésta, después de una breve pausa, dijo:

—Acabo de saber que en la corte se ha cometido una iniquidad sin nombre, un crimen incalificable.

—Pues ¿qué ocurre?

—Ha sido robada del convento de las Comendadoras de Santiago una pensionista.

El rey palideció.

Creyó en aquel instante que su esposa estaba enterada de sus propósitos respecto á Adelina, y que iba á pedirle cuenta de sus acciones.

Sin embargo, hizo un esfuerzo para disimular su turbación, y exclamó:

—Y ¿quién ha cometido ese delito?

—Una persona á quien distinguís mucho con vuestro aprecio y confianza.

—Ignoro á quién podéis referiros; pero sea quien fuere, para demostraros que sobre mi simpatía se halla mi amor á lo justo, veréis que no vacilo en imponer al raptor un severo castigo.

—Bien acreedor es á ello, tanto más, cuanto que la joven arrebatada de la morada del Señor es conocida por sus virtudes y su elevada alcurnia.

—¿Quién es?

—La hija de la condesa de Massi.

Al oir esta respuesta, don Carlos sintió un estremecimiento.

El nombre que acababa de pronunciar su esposa despertó en su mente multitud de recuerdos.

Hubo un instante en que sintióse confundido y avergonzado.

Lo que acababa de decirle la reina parecióle un aviso providencial para que desarraigase de su mente el recuerdo de la pobre niña que era hermana de su hijo Rogelio.

—¿Quién os ha dado estas noticias, señora?—preguntó después.

—Persona de cuyas afirmaciones no dudo; pero debo advertiros que el hecho ha sido bastante escandaloso, y que mañana no se hablará de otra cosa en la corte.

—Y ¿quién ha sido el autor del rapto?

—El marqués de Grimaldi.

—¿El marqués?

—Lo cual tiene más transcendencia que en otra persona. Pues un ministro de la Guerra que goza de toda la confianza del rey, debe abstenerse de semejantes locuras.

—Desde luégo.

—Locuras con las que se da lugar á que se hagan interpretaciones desagradables.

Y la reina, al decir esto, fijó sus ojos en don Carlos. Lo que fué un movimiento natural fué interpretado por el monarca como una censura que le dirigían los celos.

—Y ¿qué deseáis que se haga en esta ocasión?—preguntó después de una pausa.

—Me halagaría mucho que me dieseis una carta para el ministro.

—¿Qué queréis que diga en esa carta?

—¿No os manifestó el marqués hace algún tiempo que se hallaba muy fatigado de las penosas tareas que le impone el ministerio?

—Os comprendo, señora. Queréis que escriba al marqués manifestándole que teniendo en cuenta sus indicaciones, le autorizo para que se retire á descansar de los negocios.

—Eso es.

—Perfectamente. Voy á complaceros.

La reina dirigió á su esposo una mirada y una sonrisa.

Don Carlos sentóse junto á la mesa, y después de reflexionar un momento, dejó correr la pluma sobre un pliego de papel.

Terminada la carta, que era muy breve, entregósela á la reina, diciéndola:

—Leedla, señora. Creo que está concebida en los términos que deseáis.

La reina leyó las líneas que acababa de escribir su esposo.

—Perfectamente,—dijo.—Os doy las gracias. Como comprendéis, al haceros esta súplica, como siempre no quiero más que vuestro bien y mi tranquilidad.

El rey se sonrió.

—Ahora mismo,—dijo,—voy á mandar que den curso á esta carta.

—Os suplico que me dejéis encargarme de esto.

—Como queráis.

—Deseo que la reciba de mis manos, así como la noticia del próximo enlace de la hija de la condesa con el coronel Zúñiga.

—¿Con el coronel Zúñiga?

—Me consta que esos jóvenes se aman.

El rey guardó silencio.

En cuanto á su esposa, se levantó.

—Reiterándoos nuevamente las gracias, me retiro, —dijo.

Y salió de la cámara.

El rey la siguió con los ojos.

—No cabe duda,—se dijo:—está enterada de todo, ó por lo menos sospecha lo que yo pensaba llevar á cabo. Adelina es hija de la condesa de Massi. ¡Ah! ¡Basta de crímenes, porque no puede aplicarse otra frase á sacrificar la virtud de una pobre niña por realizar un torpe deseo!

El reloj que había sobre la chimenea anunció con sus sonoras campanadas que eran las doce.

—¡Las doce!—dijo el rey.—¡Qué tarde es! Esperaba haber pasado la noche al lado de esa pobre niña, bebiendo sus lágrimas y oyendo sus sollozos. ¿Qué valen los goces efímeros que hubiera sentido mezclados con el remordimiento, si se comparan con la dulce satisfacción que ahora tengo? Ya ha pasado la juventud, que es la época en que el hombre no reflexiona, en que todo lo sacrifica á sus deseos. Ahora mi cabeza va blanqueando como blanquean las crestas del monte cuando sienten los rigores del invierno.

Don Carlos dirigióse hacia su lecho.

—Tengo sueño,—se dijo.—La tranquilidad que noto en la conciencia me predispone al descanso.

Don Carlos se acostó.

Poco después dormía tranquilamente.

Veamos entre tanto lo que pasaba en casa del marqués de Grimaldi.

Aquel día el marqués habíase hallado presa de la mayor preocupación.

Reprendíase á veces con estas palabras:

—Nada debo temer, pues he tomado perfectamente mis medidas para asegurar el golpe.

Cuando dieron las nueve de la noche aumentó la impaciencia del marqués.

Paseábase á lo largo del aposento como una fiera enjaulada.

A veces deteníase para fijar sus ojos en la esfera de un reloj que había sobre la chimenea de mármol. Al ser las diez se dijo:

—Ya no puede tardar mucho Manuel.

Con efecto, el ministro no se engañaba.

Comprendiendo el ayuda de cámara la impaciencia devoradora que sentiría su señor, apenas dejó á Adelina á buen recaudo, corrió á su casa.

—Dime el resultado,—exclamó.—Luégo me referirás los pormenores.

—Todo ha salido á medida de vuestros deseos.

Grimaldi respiró con fuerza, diciendo después:

—¡Bravo, Manuel! No esperaba menos de ti.

—La aventura ha podido ser más difícil de lo que creíamos.

—Pues ¿cómo?

—Porque hemos tenido que sostener un verdadero combate con los agentes de la Inquisición.

—¿Acertó á pasar la ronda en el momento crítico en que sacabais á la pensionista del convento?

—Sí, señor. Afortunadamente la joven estaba desmayada en el carruaje cuando los alguaciles nos echaron el alto.

—Y ¿qué hicisteis?

—Nos hubiéramos visto muy comprometidos á no aparecer en aquel instante don Juan de Zúñiga, que con el acero desnudo cayó sobre los alguaciles como una avalancha.

—¡Bien!—exclamó el marqués con entusiasmo.—

¿Luego las interpretaciones que habíamos hecho respecto á su falta de lealtad eran infundadas?

—Seguramente, señor, pues la verdad es que si no se presenta con tanta oportunidad, hubieran fracasado nuestros planes; pero el coronel parecía una fiera: cerró á estocadas con los alguaciles, haciéndoles retroceder.

—Y tú, aprovechando aquellos momentos...

—Corrí con mis compañeros detrás del carruaje que conducía á la pensionista.

—¡Bien, Manuel! ¡Toma este bolsillo para que pagues con esplendidez á los que te han ayudado á realizar mis deseos! En cuanto á ti, desde hoy te asigno doble salario.

—¡Tantas gracias, señor marqués!

—Ahora puedes retirarte á descansar, que bien necesitas reposo. ¿Supongo que los que te han acompañado serán personas que sabrán guardar bien un secreto?

—Sí, señor. Os respondo de su discreción.

—Basta.

—¿No ordena nada el señor marqués?

—Nada, Manuel.

El ayuda de cámara, después de inclinarse con respeto, salió de la estancia.

Grimaldi estregóse las manos.

—Perfectamente,—se dijo.—Aun es temprano. El rey no se habrá acostado. Estará esperándome con impaciencia. Vamos, pues, á darle la satisfactoria no-

ticia de que esa joven se encuentra en nuestro poder. ¡Ah! ¡Lo que es ahora sí que me río de los necios que imaginan que muy pronto perderé mi privanza! ¡Bien seguro estoy en el ministerio!

Grimaldi se puso el sombrero, disponiéndose á salir de la estancia; pero antes de repasar el dintel presentóse un criado.

—¿Qué ocurre?—le preguntó.

—Señor, pregunta por vos...

—No recibo á nadie. Di que estoy acostado; que me hallo indispuesto.

—Perfectamente, señor.

Iba el criado á retirarse, cuando Grimaldi le llamó.

—¡Oye! ¿Conoces á la persona que pregunta por mí?

—Sí, señor.

—¿Quién es?

—El médico de su majestad la reina.

Al oir esto, Grimaldi palideció.

—¡Roberto Estrañi!—se dijo.—¿Habrá sabido lo que ocurre, y vendrá á pedirme enojosas explicaciones? Todo se reduce á negar.

El marqués, cambiando de resolución, dijo:

—Di á ese caballero que pase.

Alejóse el doméstico.

Un instante después abrióse de nuevo la mampara, dando paso al doctor.

La fisonomía de éste revelaba una tranquilidad que hallábase muy lejos de sentir. Pero Estrañi poseía un gran dominio sobre sí mismo.

—Marqués,—dijo Estrañi,—su majestad la reina me envía á veros.

—¿Qué ordena tan excelsa señora?

—Que os presentéis inmediatamente en su cámara.

El marqués frunció las cejas.

—¿Sabéis qué causa motiva ese llamamiento tan urgente?

—Lo ignoro en absoluto.

—Perfectamente. Decid á nuestra augusta soberana que en seguida iré á ponerme á sus órdenes.

—Si queréis, podemos ir juntos, pues tengo abajo el carruaje.

—Con sumo gusto.

El ministro hizo un movimiento designando á Estrañi la puerta para que la repasase el primero; pero Roberto no consintió en verificarlo.

El marqués sentíase presa de la mayor incertidumbre.

—¿Rodarán por tierra todos mis planes?—se preguntó.—¡Pero es imposible! Cuento con el monarca: ¿qué puede importarme lo demás?

Y haciendo estas reflexiones, aventuróse por la escalera seguido de Roberto.

Un instante después, ambos penetraron en el carruaje que emprendió el camino de palacio.





CAPITULO CXI

Una situación difícil.



LA reina no había permanecido ociosa durante el tiempo que empleó Estrañi en ir en busca del marqués.

Apenas salió la ilustre dama del aposento de su marido, llamó á su secretario, con quien estuvo hablando algunos instantes.

Cuando el carruaje que conducía al médico y al ministro penetró en el ancho zaguán de palacio, Grimaldi perdió el color.

Un secreto presentimiento le advertía que su buena estrella iba á eclipsarse para siempre.

Cierto que no era necesario hallarse dotado de

mucha penetración para comprender que la ficticia amabilidad del doctor indicaba que la tormenta cerníase sobre su cabeza.

Grimaldi y Roberto se apearon.

Luégo aventuráronse hacia las habitaciones de la reina. Al llegar á la antecámara, dijo Estrañi:

—Señor marqués, tened la bondad de esperar un momento. Voy á manifestar á su majestad que os encontráis aquí.

Y esto dicho, el doctor repasó el umbral de la estancia en que se hallaba la reina.

Hasta Grimaldi llegó el rumor de sus voces.

No cesaba de hacer conjeturas.

Levantóse de nuevo el tapiz que cubría la puerta, y Roberto dijo al ministro:

—Pasad, marqués; que á fin de que su majestad pueda hablaros más libremente, yo me retiro. Luégo nos veremos. La reina me ha manifestado que tiene que darnos una orden.

Y esto dicho, Estrañi se alejó.

En cuanto al marqués, acercóse á la puerta de la cámara.

—¿Da permiso su majestad?—preguntó.

—Adelante, marqués,—respondió la reina.

Grimaldi repasó el umbral.

La regia dama hallábase sentada junto á uno de los balcones.

Éste hallábase entreabierto, dando paso á un rayo de luna, que contribuía á embellecer el aposento.

Grimaldi se aproximó á la ilustre señora, y puso sus labios sobre una de sus blancas y aristocráticas manos.

—Marqués,—dijo la reina,—te habrá sorprendido que te llame á una hora tan intempestiva.

—¿Por qué, señora? Todas parécenme buenas cuando se trata del servicio de mis soberanos.

—Hoy, como jueves,—prosiguió la reina, —he recibido á mis amigos, que retiráronse hace poco. No quise privarme de su compañía, ni tampoco he querido dejar para mañana lo que deseo comunicarte.

—Ordene, pues, vuestra majestad.

—Voy á hacerlo con gusto tanto mayor, cuanto que se refiere á un asunto que ha de serte muy satisfactorio.

—¿A mí, señora?

—Desde luégo, pues se trata de dar una buena noticia á una persona dignísima bajo todos los puntos de vista.

—Vuestra majestad me dirá.

—Es á una joven que pertenece á la alta nobleza de la corte, y que se ha unido con uno de nuestros más bravos militares.

—No comprendo á quién se refiere vuestra majestad, -dijo Grimaldi, que empezaba á tranquilizarse al ver la actitud de la reina.

—Me refiero á la esposa del coronel Zúñiga.

El marqués hizo un movimiento de sorpresa.

Aquel nombre, pronunciado por la reina cuando

empezaba á tranquilizarse, le produjo una sorpresa como si hubiera caído una bomba á su lado.

—¡La esposa del coronel Zúñiga!—repitió.

—Sí,—dijo la reina sin perder la calma.

—No conozco á más coronel de ese apellido que á don Juan.

—Precisamente, don Juan de Zúñiga, el que con tanto heroísmo batióse en Argel durante la desastrosa campaña del general O'Reilly.

—Con efecto, no cabe duda que vuestra majestad alude á la misma persona á quien me refiero; pero don Juan de Zúñiga no es casado.

—¿Tienes la certeza?

—Completísima.

—Pues en esta ocasión te equivocas. Don Juan de Zúñiga se casó ayer en el convento de las Comendadoras de Santiago con doña Adelina Massi, hija de la condesa viuda del mismo título.

Grimaldi bajó los ojos.

Estas palabras le aplanaron.

No dudó un instante que la reina estaba enterada de cuanto había ocurrido.

Sentía vergüenza y temor, este último porque la idea de perder su privanza era lo único que conmovía su corazón de hielo.

—Deseo, por lo tanto,—prosiguió la reina,—que llevéis á esa joven el nombramiento de dama de honor, pues es el obsequio de boda que la hago.

Grimaldi guardó silencio.

La reina llamó.

Presentóse el gentilhombre de servicio.

—Dile á mi secretario que te entregue el nombramiento que le encargué que extendiera.

El cortesano se inclinó con respeto, saliendo luégo de la estancia.

—¿Sabes dónde vive la esposa de Zúñiga?—preguntó la reina al ministro.

—No, señora,—respondió el interpelado, que sentíase presa de la mayor turbación.

—Pues ha de serte muy fácil averiguarlo. El doctor Estrañi, que aprecia mucho á esa joven, sabrá seguramente las señas de su domicilio. Le llamaré, pues, para que te acompañe.

—No se moleste vuestra majestad.

—No. Lo que deseo á todo trance es que esta noche quede en poder de esa joven el nombramiento.

—Quedará, señora.

—No espero menos de tu eficacia: porque la conozco, he apelado á ti.

En aquel instante abrióse de nuevo la puerta, dando paso al gentilhombre.

Este entregó á la reina un pliego.

Era el nombramiento de Adelina.

La noble dama sentóse junto á la mesa, y después de leerlo puso su firma al final del escrito.

—Perfectamente,—dijo sonriendo.

Y fijando sus ojos en el cortesano que esperaba sus órdenes, le dijo:

—Haz saber á mi médico el doctor Estrañi mi deseo de verle.

El cortesano se alejó para cumplir la orden.

Grimaldi no sabía qué partido tomar.

Ni aun érale posible hacer una protesta: en primer lugar, porque tratábase de la augusta persona de la reina; además, porque no sentíase con valor para ello.

Doña Margarita guardó el pliego en un sobre.

Luégo dijo:

—Ya sabes mi deseo. Lo único que te recomiendo muchísimo, tanto á ti como al doctor, es que esta noche quede este pliego en manos de la esposa del coronel Zúñiga.

Grimaldi pensaba entre tanto:

—No hay más que una solución para parar el golpe que me amenaza: hacer que don Carlos sepa lo que sucede. Si esta señora no me obligase á ser acompañado por Estrañi, todo tenía arreglo. Pero se han prevenido bien: han atado todos los cabos para que no me defienda.

En aquel instante presentóse el doctor.

—Estrañi,—le dijo la reina,—deseo que acompañes al marqués para que entreguéis á la hija de la condesa su nombramiento.

—Con sumo gusto, señora.

El doctor fijó sus ojos en Grimaldi.

—A vuestras órdenes, marqués,—dijo luégo.

El ministro se inclinó con respeto delante de la reina y salió de la estancia seguido de Roberto.

Apenas halláronse en la antecámara, Grimaldi se detuvo.

—Doctor,—le dijo,—siento mucho tener que haceros esperar un instante.

—Pues ¿cómo?

—El rey me recomendó esta tarde un asunto urgente, y me precisa darle cuenta de su cumplimiento.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Bien; en ese caso os acompañaré, pues á mí también me precisa hablar á su majestad.

Grimaldi fijó sus ojos en el doctor.

Éste se sonrió.

—Lo que decís es imposible,—exclamó el marqués.

—¿Por qué?

—Porque el asunto que tengo que tratar con el monarca es reservado.

—Bueno: entonces dejadle para más tarde. Tenéis una excusa para el rey magnífica.

—¿Cuál?

—Manifestarle que su esposa os hizo el encargo que vamos á desempeñar. Ya sabéis que don Carlos es el prototipo de la galantería.

—Ciertamente.

—Y que no le extrañará que hayáis dado la preferencia á un asunto de su ilustre esposa.

Mientras el ministro y Roberto sostenían este diálogo, llegaron á la antecámara del rey.

Uno de los gentileshombres que en ella se hallaban se aproximó á Grimaldi.

—Señor marqués,—le dijo,—¿deseabais ver á su majestad?

—Sí.

—Pues está acostado.

—Ya lo veis,—dijo el doctor, que sentíase halagado por lo perfectamente que iba resultando todo.

El marqués hizo un movimiento de impaciencia.

Encontrábase entre la espada y la pared.

¿Qué nuevo pretexto podía alegar? Ninguno, pues la única esperanza que abrigó habíase desvanecido con la imposibilidad de ver al rey aquella noche.

El ministro inclinó la cabeza.

—Vamos, marqués,—dijo Estrañi, que se gozaba en los sufrimientos de aquel hombre.

—Es tan urgente lo que tengo que comunicar al rey...,—dijo Grimaldi, que necesitaba un pretexto para evadirse del compromiso en que se hallaba.

Estrañi aproximó los labios al oído del marqués, y en voz baja, para que sus frases no llegasen á los gentileshombres, le dijo:

—Es inútil cuanto queráis decir al monarca. Éste lo sabe todo. Seguidme, pues.

Palideció Grimaldi al ver que el doctor salía de la reserva en que habíase encerrado aquella noche.

—¿Lo sabe todo?—repitió el ministro.

—Todo, y os daré una prueba de ello.

—Venga.

—Seguidme. Nos espera el carruaje para ir en busca de la hija de la condesa de Massi.

El marqués siguió á Estrañi, que aventuróse por la escalera.

Una vez en el zaguán, montaron en el vehículo.

—El rey lo sabe todo y la reina también,—añadió el médico apenas se puso en movimiento el carruaje.

—Pero ¿á qué os referís?

—¡Basta de disimulo! Demasiado lo sabéis.

—Hablad, Estrañi, os lo ruego.

—Sois el único culpable de cuanto os suceda. Cuando fuisteis á palacio á hacerme proposiciones indignas de una persona noble y honrada, debisteis haber seguido mis consejos.

—Estrañi, os aseguro...

—¡Basta!—interrumpió el doctor con el más profundo desprecio.—Ya que habéis cometido una acción infame, tened al menos el valor de vuestros actos.

—¡Doctor!—repuso el marqués con ira.

—Me importan poco vuestras amenazas.

—¡Soy el ministro de la Guerra!

—No sois más que el marqués de Grimaldi.

Este fijó en Estrañi una mirada, en la que retratábase el odio más profundo.

Roberto se sonrió.

—¿Dudáis de mis afirmaciones?—dijo.—Pues á fin de desvanecer vuestras dudas, tomad esta carta del rey.

—¡Del rey!

—Sí.

Y Estrañi le entregó el billete en que don Carlos le concedía permiso para descansar de las fatigas del gobierno.

El marqués, que había abandonado el testero del carruaje para leer la carta á la luz que esparcían los faroles del vehículo, no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para reprimir su desesperación en presencia del doctor.

Cubrióse el rostro con las manos.

Para un hombre de su altivez, el golpe que acababa de recibir no podía ser más rudo.

Entre tanto el carruaje dirigíase hacia la casa en que se hallaba Adelina.





CAPITULO CXII

La caída de un ministro.



DEJEMOS al ministro y al doctor, y volvamos á ocuparnos de Adelina desde el instante en que el ayuda de cámara del marqués la depositó en el interior del carruaje que debía conducirla á la morada preparada por aquél.

La joven, como recordarán nuestros lectores, al ser asida por Manuel, perdió el conocimiento, cayendo desmayada.

Cuando Adelina volvió en sí hallóse en una lujosa estancia.

El lecho en que habíanla acostado era de caoba perfectamente tallada.

La joven abrió los ojos.

Al pronto no pudo darse exacta cuenta de lo que la sucedía.

Hallábase bajo esa impresión de vaguedad que sucede á un desmayo.

Apenas se movió, acercóse á ella una joven que hallábase á corta distancia del lecho.

—¿Os sentís mejor, señorita?—la preguntó con suma dulzura.

—¿Qué es esto? ¿Quién sois? ¿Dónde me hallo?—dijo Adelina pasando por su inmaculada frente una de sus manos alabastrinas.

Y como de pronto afluyó á su mente el recuerdo de la súbita aparición de Manuel, incorporóse en el lecho, y dijo:

—¡Esta no es mi casa! ¿Quién me ha traído aquí?

—Lo ignoro, señorita; pero tranquilizaos, pues ningún peligro os amenaza.

—¿Y mi madre?

—No tengo el honor de conocerla.

—Pero ¿quién sois vos?

—María, la doncella destinada á vuestro servicio. ¿Queréis un poco de agua?

—No, no quiero más que salir de aquí.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque estáis enferma.

—No importa. Quiero volver al convento al lado de mi madre.

—Tranquilizaos, señorita. Ahora lo que os conviene es descansar.

—¡Pero, Dios mío, yo me pierdo en un caos de confusiones! Recuerdo que me hallaba en mi celda preparándome para salir con mi madre. De pronto aparecieron unos enmascarados; sentí que me cogían y...

—Os han conducido á esta casa.

—Pero ¿con qué objeto? ¿Quiénes eran esos hombres?

—Lo ignoro.

—No es posible: debéis saberlo necesariamente; y puesto que decís que os halláis á mis órdenes, os exijo que me lo digáis.

—Lo haría desde luégo, pero no lo sé.

—¿Quién os ha puesto á mi servicio?

—Un enmascarado.

—El mismo sin duda que me cogió en sus brazos.

—Es posible.

—¡Ah! No quiero permanecer aquí ni un instante más: la atmósfera que se respira en esta habitación me ahoga.

Y la joven se arrojó del lecho.

Iba á dirigirse hacia la puerta, pero la doncella se interpuso.

—Es inútil lo que intentáis,—dijo.—La persona de que hemos hablado cerró con llave.

—¿Luego estoy presa?

—Se conoce que le interesáis mucho, y no quiere que os expongáis por una locura á caer enferma.

Adelina dirigió á la joven una mirada de enojo.

Luégo guardó silencio.

Durante sus reflexiones agolpáronse á su turbada imaginación los recuerdos de su querida madre, de su hermano, y sobre todo de don Juan de Zúñiga.

La doncella no apartaba sus ojos de la hija de la condesa.

No quiso, sin embargo, interrumpir su meditación, temiendo sus severas reprensiones.

Así transcurrieron dos horas.

Al finalizar éstas, Adelina estremecióse oyendo el rumor que producía un carruaje al rodar por la calle haciendo trepidar los cristales del balcón.

El ruido cesó.

Era indudable que habíase detenido junto á la puerta de la casa.

Momentos después oyéronse en la escalera rumores de pasos.

Iba á resolverse el problema.

La joven, estremeciéndose de terror, cubrióse el rostro con las manos.

Instantes después el doctor penetraba en el aposento.

Juzguen nuestros lectores cuál sería la grata sorpresa que experimentó la joven al ver á Estrañi.

Sus temores se disiparon como por encanto.

Instintivamente se puso en pie, arrojándose á los brazos del doctor.

—¡Roberto, amigo mío,—exclamaba,—salvadme!

—Tranquilizaos, hija mía.

—¿Y mi madre?

—Vuestra madre os espera en el convento.

—Vamos, pues, vamos, amigo mío.

—Antes tenemos que ir á palacio.

—¡A palacio!—preguntó la joven con extrañeza.

—Sí. ¿Supongo que no dudaréis en seguirme?

—¡Ah Estrañi, iré adonde me digáis! Ya sabéis que la confianza que siento hacia vos no tiene límites. Pero mi buena madre estará cuidadosa.

—No; se halla tranquila.

—¿La habéis visto?

Estrañi, comprendiendo que en aquel instante era lícito ocultar la verdad, hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—¡Pobre madre mía, qué mal rato habrá pasado!

—Es lógico. ¡Os quiere tanto!

—¡Como yo á ella! Pero decidme, Estrañi, ¿qué ha ocurrido? No acierto á darme una explicación.

—Ya lo sabréis todo. Ahora poneos un manto y seguidme.

—Sí, vamos.

Y la joven colocó el manto sobre su rubia cabellera.

Estrañi ofrecióla el brazo, que Adelina aceptó en seguida.

Aventurábanse por la escalera un instante después.

En la calle les esperaba el coche.

La hija de la condesa aspiró el aire con verdadero deleite.

Apenas estuvo en el interior del carruaje, el médico se sentó á su lado.

—A palacio,—ordenóle al cochero.

Y cerró la portezuela.

Los caballos emprendieron al trote el camino de la plaza de Oriente.

Adelina estaba absorta.

Parecíala un sueño cuanto á su alrededor pasaba.

Sus azules pupilas fijáronse en Estrañi, como reclamando una explicación de cuanto había sucedido.

El médico se sonrió.

—Comprendo perfectamente vuestro asombro, hija mía,—la dijo con extremada dulzura.—Estáis muy nerviosa, pero debéis tranquilizaros.

—Sí, Estrañi: vuestra presencia me ha devuelto la calma. No puedo negaros que he sufrido mucho.

—¡Es natural!

—Pero ahora ya estoy tranquila. Lo único que deseo es que me digáis por qué vamos á palacio.

—Porque la reina os espera.

—¡La reina!—exclamó Adelina con asombro.

—Sí. Habéis alcanzado la distinción de que os nombre su dama de honor.

—¡Me sorprende lo que me decís!

—Más ha de sorprenderos cuando sepáis que muy en breve seréis la esposa de don Juan de Zúñiga.

Una sonrisa angelical brotó en los purpurinos labios de la joven.

—¡Ah Estrañi, cuán buena debe ser su majestad! ¡No sabéis lo mucho que deseo llegar á palacio para demostrar mi gratitud á tan ilustre señora!

—Pronto podréis hacerlo.

En aquel instante el carruaje se detuvo.

Apeóse Estrañi, dando la mano á la hija de la condesa para ayudarla á hacer lo mismo.

Luego aventuráronse por la magnífica escalera de mármol que conducía á las habitaciones de la reina.

El corazón de la joven aceleró sus palpitaciones.

La reina no había querido acostarse á pesar de lo avanzado de la noche.

Estrañi levantó el tapiz que cubría la puerta de la cámara.

—¿Da permiso su majestad?—preguntó.

—Adelante, doctor,—respondió la soberana.

El médico repasó el umbral, seguido de Adelina, cuyas mejillas hallábanse cubiertas de un purísimo carmín.

—Señora,—dijo Estrañi,—tengo el honor de presentaros á la hija del conde de Massi.

Sonrióse doña María Amalia, y haciendo una seña á la joven para que se acercase, dijo:

—Ya te habrá anunciado el doctor tu nombramiento.

—Señora, mi gratitud no tiene límites. No merezco la distinción que me concedéis.

—¡Qué hermosa es!—exclamó la reina.

Y apoderándose de las manos de la joven, la atrajo hacia sí, y la besó en la frente.

Momentos después Estrañi salió de la cámara de la reina, á cuyo lado quedó Adelina hasta el día siguiente.

El doctor sentíase indeciso. Había resuelto satisfactoriamente la salvación de Adelina; pero aun estaba incompleta su obra.

—Es preciso,—se dijo,—que vea á don Pedro de Varela, pues la situación de Zúñiga es grave desde el momento en que ha hecho armas contra los agentes de la Inquisición.

Estrañi se dirigió á su estancia.

Antes de entrar en ella, un criado le manifestó que hacía ya tiempo que esperábale un caballero en su despacho.

—¡Vaya una hora!—exclamó el médico malhumorado.

Y tuvo impulsos de no entrar en su aposento.

Sin embargo, una idea asaltó su mente.

—¿Será el familiar Valera?—se dijo.—¡Quien sabe! Conviene ver quién es, por si mi sospecha se realiza.

Y el doctor penetró en su aposento.

No pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

Sentado en un sillón y en actitud reflexiva hallábase en la estancia don Juan de Zúñiga.

Pero lo que más sorprendióle al médico era que

éste estaba vestido con la librea que usaban los dependientes de la Inquisición.

—¡Don Juan!—exclamó Estrañi.

Al oir su nombre, Zúñiga levantó la cabeza.

—¡Doctor!—dijo poniéndose en pie.

—Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Por dónde habéis entrado? ¿Cómo lleváis ese traje?

—Iré contestando respectivamente á todas vuestras preguntas; pero más tarde: ahora no debemos ocuparnos sino de la salvación de Adelina.

Sonrióse el doctor, y repuso:

—¿Creéis que me encontraría tan tranquilo si no tuviera la evidencia de que se halla fuera de todo riesgo?

—¿Sabéis lo que ha pasado esta noche?

—Perfectamente.

—Es cierto. ¿Qué cosa ignoraréis vos?

—Decidme, por lo tanto, cómo habéis podido salir del calabozo en que os encerraron.

—Antes reclamo que me indiquéis dónde se halla Adelina.

—Muy cerca de aquí.

—¿Dónde?

—En palacio.

Zúñiga palideció.

—¡Vive Dios!—dijo después apretando los puños.—¿Y decís que se halla segura estando aquí?

—¡Y tan segura!

—¿Cuándo se ha visto que la oveja tenga seguridad junto al sañudo lobo? ¡Vamos, Estrañi, queréis gas-

tarme una broma de mal género, pero que os tolero en fuerza de lo mucho que os estimo!

—Adelina se encuentra en palacio.

—¡Ira de Dios! ¿Aun insistís en desesperarme? Dicen que á la tercera va la vencida. No insistáis, porque me siento capaz de ir á la cámara del rey y...

—Don Juan,—interrumpió Roberto,—ahora es á mí á quien corresponde ponerse serio. ¿Acaso suponéis que me hallaría tan tranquilo si la hija de la condesa estuviese en la cámara de don Carlos? Veo que me hacéis poquísimo favor, ó que no habéis medido lo mucho que aprecio á Adelina y á su madre.

Sonrióse Zúñiga al oir estas palabras.

—Os conozco demasiado,—dijo después,— para atribuiros una vileza.

—Adelina se encuentra en palacio, pero en compañía de la reina.

—¡Qué cosa más extraña!

—¿Qué tiene de extraño que una de sus damas la acompañe?

—¿Una de sus damas? ¡Vamos, Estrañi, que estáis esta noche de buen humor!

—No os lo niego.

—Y parece que me habéis tomado por blanco de vuestra alegría.

—Me he limitado sólo á deciros la verdad, señor coronel.

—Me decís primero que Adelina se encuentra en palacio.

—Y es la verdad.

—Añadís luégo que se halla en compañía de la reina.

—Y ahora os lo repito.

—Y después añadís que Adelina es una de las damas de su majestad.

—Sí, señor, lo he dicho, porque es cierto también.

—¡Pardiez! No he visto una persona más original que vos. Vuestra seriedad para bromearos me desconcierta.

—Zúñiga, hablemos formalmente.

—¡Gracias á Dios que os decidís por ese camino!

—Cuanto os he dicho es verdad. Adelina se encuentra en la cámara de la reina, y ha sido nombrada dama de honor de tan ilustre señora.

—Pero...

—Ahora os suplico que no me exijáis más explica ciones. Sabéis que se halla segura, que los infames propósitos del marqués de Grimaldi no dieron el resultado que apetecía. ¿Qué más queréis saber?

—Hasta cierto punto, tenéis razón.

—Ahora, á mi vez, os ruego me digáis de qué medios os habéis valido para salir de la Inquisición.

—Mi traje os lo indica.

—¡Siempre habréis hecho alguna locura!

—No había más remedio, pues tratábase de la salvación de Adelina.

—Hablad, Zúñiga, os escucho.

Don Juan hízole saber al doctor la orden que recibió de presentarse en casa del ministro.

—Querían teneros seguro.

—Sí, pero no lo consiguieron; pues á la hora convenida me dirigí á la calle de Quiñones, en el instante en que varios alguaciles luchaban con algunos paisanos.

—Y equivocadamente cerrasteis á cuchilladas con los individuos de la Inquisición.

—No sé con quién. Me hallaba sediento de venganza, y emprendí á cintarazos con los primeros que encontré.

—Amigo mío, vuestra precipitación favorecía la fuga de los raptores, pues habéis de saber que los alguaciles habían sido enviados por mí.

—¡Si me lo hubierais hecho saber!...

—No hubo tiempo.

—Por fortuna nada hemos perdido.

—Pero ¿de qué medios os valisteis para escaparos de la Inquisición?

—Encerráronme en un calabozo. Yo estaba desesperado; pero la suerte, que siempre me favorece, hizo que á los pocos instantes se presentara en mi encierro uno de los carceleros.

—Don Juan, preveo el disparate que habéis hecho.

—Entablé un diálogo con aquel hombre, y cuando se hallaba más descuidado, le introduje dos dedos en los ojos, con tal fuerza, que el infeliz rodó por tierra.

—¡Don Juan!

—Disculpad mi acción, pues tratábase de salvar á la mujer que amo.

—¡Pero el compromiso!...

—No medité en él. Inmediatamente quitéme mi ropa, despojé de la suya al agente del Santo Oficio, y á favor del disfraz aventuréme hacia la calle.

—Sois incorregible.

—Esto es lo que ha sucedido, amigo Estrañi.

Y el coronel se sonrió como si no se tratase más que de una travesura de muchacho.





CAPITULO CXIII

Donde Estrañi sigue siendo la providencia de Zúñiga.



OBERTO Estrañi meditó sobre la grave situación en que habíase colocado Zúñiga.

Confiando, no obstante, en la amistad que le profesaba don Pedro de Varela, decidióse á visitarle.

La conveniencia aconsejaba que su entrevista con el familiar fuese en seguida.

Aquella noche enlazábanse unos sucesos con otros.

Era preciso desplegar gran actividad.

—Voy á haceros una súplica, don Juan,—dijo Estrañi.

—Cuantas queráis.

—Prometedme no salir de este aposento hasta que yo regrese.

—¿Luego vais á salir?

—Sí, amigo mío.

—Si no fuera indiscreción, os haría una pregunta.

—Sois dueño de hacérmela.

—¿Adónde dirigís vuestros pasos?

—A la morada de don Pedro Varela, el familiar con quien emprendisteis á cintarazos en la calle de Quiñones.

—¿Tratáis de arreglar el asunto de mi fuga?

—Y creo que lo conseguiré.

—Gracias, Estrañi. Nunca encontraré palabras suficientemente expresivas para demostraros mi agradecimiento. Partid, pues, descuidado, que os espero tranquilo.

—No lo dudo. Lo único que podía preocuparos era la situación de Adelina, y ya sabéis que se encuentra en palacio y bajo la tutela de nuestra augusta soberana.

—Hasta luégo, pues, Estrañi.

—Adiós, Zúñiga. Procurad reprimir los ímpetus de vuestro carácter. Ya no sois un niño. Debéis, por lo tanto, reflexionar las cosas.

El doctor calóse el sombrero y salió de la estancia.

Un instante después se aventuraba hacia la calle en que vivía don Pedro de Varela.

No era aquella hora la más oportuna para visitar á nadie.

Lo probable era que el familiar estuviese gozando de las dulzuras del sueño. No obstante, no fué así.

Don Pedro disponíase á acostarse, cuando oyó el llamamiento de Estrañi.

Luégo sintió rumores de pasos en la escalera.

—¿Vendrán á buscarme?—preguntóse.—¡Qué vida más intranquila!

Estas lamentaciones surgían en la mente del familiar, cuando dieron unos golpecitos en la puerta de su dormitorio.

—¿Quién?—preguntó Varela con acento malhumorado.

—Señor,—respondió su sirviente,—un caballero pregunta por vos.

—¿No se te ha ocurrido contestarle que vuelva mañana?

—Fué lo primero que le dije; pero ha insistido en que os despierte, manifestándome que el asunto que le trae es urgente.

—¡Válgame Dios!

Y el familiar, después de bostezar, dijo:

—Que pase. ¡Cuánta paciencia se necesita para desempeñar ciertos cargos!

Estrañi penetraba un instante después en la habitación contigua al dormitorio.

Cuando Varela vió al médico de la reina, desapareció su disgusto.

Sabía que Estrañi era incapaz de molestarle á una hora tan avanzada sin un verdadero motivo.

—Dispensad, amigo mío, —dijo el doctor,—si me presento á una hora tan importuna.

—Sentaos, Estrañi. Ya sabéis la satisfacción que recibo siempre que os veo.

—Vengo á pediros un nuevo favor.

—¡Si está en mi mano, contadlo por hecho!

Estrañi ocupó un sillón que su amigo le ofrecía.

—¿Habéis tenido noticia de los sucesos de esta noche?—preguntó el familiar.

—Sí, señor.

—Me he visto en la triste necesidad de prender al coronel que con tanto interés me recomendasteis, porque de no haberlo hecho hubiera concluído con nosotros. Os aseguro que nos puso en un gravísimo aprieto.

—Y ¿no sabéis lo que luégo ha ocurrido?

—Ignoro á lo que os referís. Le dejé en uno de los calabozos de la Inquisición, dispuesto á manifestaros mañana cuanto había pasado.

—Pues el coronel Zúñiga se encuentra á estas horas fuera de la Inquisición.

Varela quedóse mirando con asombro al doctor Estrañi.

Sabía que éste era demasiado formal para gastarle una broma.

—¡Qué decís!—exclamó.

—Lo que estáis oyendo.

—¡Pero si no es posible! ¡Si encargué mucho que le vigilasen cuidadosamente!

—Y sin duda para cumplir mejor vuestra orden penetró en el encierro uno de los carceleros, á quien Zúñiga dió un terrible golpe en los ojos, apoderándose de su ropa y huyendo de su prisión.

—¡Lo que me decís es muy grave!

—No lo dudo. Y por eso vengo á veros.

—Ese coronel es el mismo diablo.

—No. Es un hombre á quien sonríe la fortuna, y sobre todo á quien se irrogaba un inmenso perjuicio privándole esta noche de la libertad.

—Pero ¿no comprende que con su incalificable conducta se ha hecho acreedor á un severo castigo?

—En ocasiones no se recapacita nada.

—Pero tendrá que sentirlo.

—Precisamente vengo yo á rogaros que interpongáis vuestra gran influencia para que eso no suceda. Es preciso que la falta de mi amigo se atenúe, y si es posible, se la eche tierra.

—Y ¿de qué modo?

—Del que os parezca mejor.

—Considerad que eso no es posible.

—Todo lo es en el mundo cuando hay buen deseo de complacer á los amigos.

—Yo los tengo respecto á vos, pero meditad con calma sobre el delito de vuestro amigo. No sólo ha hecho armas contra la Inquisición, sino que se ha fugado del calabozo maltratando á su carcelero.

—Este último punto es el más grave, pues el acometeros lo hizo por equivocación. Sin embargo de esto, yo creo que si queréis, podemos arreglarlo todo.

—Hablad.

—Se indemnizará con esplendidez, y esto corre de mi cuenta, á todo el que por causa de don Juan haya sufrido poco ó mucho, y especialmente al calabocero atropellado.

—Pero...

—Varela, siempre habéis dicho que sois amigo mío.

—Y ahora vuelvo á repetirlo.

—Cuando entré en este aposento me dijisteis que si era posible concederme el favor que solicitaba, no dudaríais en hacerlo.

—Verdad.

—Y que si era imposible, buscaríamos medios para allanar aun las mayores dificultades.

—¡Pero la que existe es de tal naturaleza!...

—No tanto. Se trata solamente de comprar el silencio de un hombre, sea cual fuere el precio que reclame.

—¿Y si se obstina en hablar?

—En ese caso apelaré á otros medios.

—¿Cuáles, Estrañi?

—¿No ha de servirme de nada ser médico de la reina? Sabéis lo mucho que me distingue.

Don Pedro quedóse pensativo. Después dijo:

—Bien, Estrañi, no quiero que gastéis vuestra in-

fluencia para conseguir una gracia que tal vez pueda otorgaros yo.

—¡Lo veis, amigo mío!

—Mañana mismo iré á la Inquisición, hablaré con el carcelero, y he de emplear toda mi influencia para convencerle.

—¡Gracias, Varela!

—Procurad, sin embargo, que el coronel no haga una nueva locura.

—Os aseguro que no la hará.

—Pues en las circunstancias en que se halla quizá no pudiéramos evitar que se perdiera.

—No olvidéis recompensar al carcelero.

—Será preciso.

—Como comprenderéis, esto es lo que menos importa al tratarse de la salvación de Zúñiga.

Estrañi se puso de pie.

Luégo, alargando su mano al familiar, le dijo:

—Amigo mío, os doy de nuevo las más expresivas gracias, y ya sabéis que quedo á la recíproca.

Y saliendo del aposento, se aventuró por la escalera.

Don Pedro, fiel cumplidor de su palabra, momentos antes de que amaneciese dirigióse á la Inquisición.

Apenas hubo llegado á este sombrío edificio, uno de los carceleros le refirió el suceso desagradable que había ocurrido aquella noche.

Varela se hizo conducir á la estancia del calabocero enfermo.

—¿Qué ocurre, Simón?—preguntóle.

—¡Ay, señor; es espantoso lo que me pasó anoche!

—¿Te ha reconocido el médico?

—Sí, señor.

—¿Y qué opina?

—Que la enfermedad será larga y penosa, y que es muy posible que me quede ciego.

—¡Válgame Dios! No hay que perder la esperanza. Te prometo que si es necesario, vendrá á visitarte un médico amigo mío. Ahora durante tu enfermedad no tienes que ocuparte de tu familia, cuyas necesidades pondré á cubierto.

—¡Tanta bondad!

—Sin contar una buena suma que te entregaré mañana mismo.

—Y ¿cómo pagar tantos beneficios?

—Muy fácilmente.

—Decidme la manera, señor.

El familiar se acercó al lecho de Simón, y en voz baja le dijo:

—Es necesario que guardes silencio, que nadie sepa lo que ha ocurrido anoche, y de este modo, cuando recobres la salud, con los medios que se te darán podrás retirarte con tu familia y pasar una existencia más cómoda que la de calabocero.

Simón guardó silencio.

Una sonrisa dibujóse en sus labios.

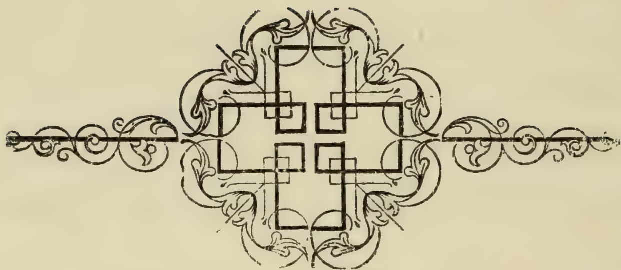
Hasta parecieronle menos intensos los dolores que sentía.

—¿Aceptas? —preguntó el familiar.

—Sí, señor. Tengo esposa é hijos, y su porvenir es para mí más atendible que mis deseos de venganza.

—Bien, Simón, lo dicho. No creo que te arrepientas. Luégo volveré á entregarte lo ofrecido.

Y Varela salió de la estancia, muy satisfecho por haber logrado que se realizasen los deseos del doctor, cuya amistad apreciaba en mucho.





CAPITULO CXIV

Donde se dice lo que pasó en el convento después del rapto de Adelina.



STRAÑI dirigióse de nuevo á palacio. Empezaba á sentirse rendido.

Nunca demostróle á Zúñiga ser tan amigo suyo como en aquella ocasión.

Éste, fiel á su promesa, continuaba sentado junto á la chimenea.

Al ver entrar á Roberto fijó los ojos en él.

—Creo que todo está arreglado, amigo mío,—dijo Estrañi.—Ahora lo único que os ruego es que no cometáis nuevas locuras, que pueden acarrearos las más tristes consecuencias.

—¿Supongo que no censuraréis la conducta que he

observado esta noche? Tratábase de salvar á Adelina.

—Pero el procedimiento empleado con el carcelero paréceme demasiado enérgico.

—¡Pobre hombre! Sólo la necesidad me obligó á tratarle del modo que lo hice.

—Bien, Zúñiga. Empieza á amanecer. No conviene que salgáis de aquí hasta que el familiar Varela me manifieste que estáis fuera de peligro. Pasad, por lo tanto, á mi dormitorio y descansad.

—¿Y vos?

—Tengo que hacer.

—Yo tampoco tengo sueño.

—No me decido á dejaros solo.

—¿Por qué?

—Confieso ingenuamente que temo que cometáis una nueva locura.

—¿Tan poca confianza os inspiro?

—Os temo, don Juan.

—Tranquilizaos. Me habéis dicho que Adelina se encuentra en palacio bajo la salvaguardia de la reina. Esto era lo importante para mí; lo demás no me importa nada.

—¿Queréis que llame á Rogelio?

—¿A estas horas?

—Precisamente se encuentra, como sabéis, en el cuerpo de guardia.

—Es verdad; pero de llamarle, no le digáis lo que ha ocurrido. Hacedle saber que su hermana se encuen-

tra al lado de la reina, pero nada más. Si conoce con todos sus detalles lo que intentaba Grimaldi...

—Le mataría.

—Y es preciso evitar nuevas complicaciones.

Estrañi llamó.

Presentóse un criado.

—Llégate al cuerpo de guardia,—ordenóle el médico,—y di al coronel Massi que su amigo don Juan de Zúñiga le espera en mi aposento.

El criado obedeció.

Empezaban á advertirse, como ya hemos dicho, los primeros reflejos del día.

El doctor estaba impaciente por visitar á la condesa, á quien suponía desde luégo víctima de la impaciencia más devoradora.

Rogelio no tardó en presentarse.

Al ver á Zúñiga sentado junto á la chimenea con la mayor tranquilidad, no dudó que sus gestiones hubieran producido los mejores resultados.

—Veo con satisfacción,—dijo alargando su mano á don Juan,—que hemos tenido un mal pensamiento respecto á Grimaldi.

—¿A qué te refieres?—preguntó Zúñiga.

—Cuando te hallas aquí tan tranquilo, es señal de que las sospechas que tuvimos del marqués fueron infundadas, y que dejaste á mi familia en la quinta de los Tilos.

—Tal vez te equivocas.

—¡Cómo, Zúñiga! Te conozco perfectamente. Sé

que si el menor peligro amenazara á mi familia, no estarías aquí.

—Tu madre continúa en el convento.

—¿Es posible?

—Y Adelina está en palacio.

—¡Vaya, que siempre has de tomar á broma aun los asuntos más serios!

—Zúñiga os ha dicho la verdad,—respondió el doctor.

Rogelio fijó en Estrañi sus negros y expresivos ojos.

Conocía demasiado el carácter del médico para dudar de sus afirmaciones.

—¡Mi hermana en palacio!—dijo arrugando el entrecejo.

—Y bajo la égida de la reina.

—¡Pardiez, que estáis haciendo que mi cabeza se pierda en un mar de confusiones!

—Todo os lo explicaré, Rogelio; pero lo primero es que vayamos al monasterio de las Comendadoras de Santiago á ver á vuestra madre.

—¿Y mi hermana?

—No paséis por ella la menor inquietud, pues ya sabéis que se encuentra con la reina. Queda además aquí Zúñiga.

—¿No nos acompaña Juan?

—No, amigo mío; yo me encuentro preso en esta estancia.

—¡Cuando digo que todo son enigmas!...

—Zúñiga no nos acompaña por motivos que por el mino os referiré.

Estrañi hizo una seña á Rogelio para que repasase el umbral.

El joven negóse á hacerlo el primero.

Cuando ambos se aventuraron por la escalera, Massi se detuvo un instante.

—Y ahora, doctor, ¿os complaceréis en no calmar la impaciencia que siento?

—No: voy á contaros lo que ha pasado.

—¿Qué ha sucedido?

—Como temíamos que Grimaldi hiciese alguna de las suyas, hablé con la reina, que apresuróse á enviar á una de sus damas en busca de Adelina.

—¡Tanta bondad!

—Y la ha honrado con el cargo de su dama de honor.

—¡Esto más!

—Ya sabéis lo cariñosa que es su majestad.

—Y lo mucho que os distingue con su aprecio.

Como nuestros lectores ven, Estrañi no quiso decir al joven la verdad de lo sucedido.

Conocía el carácter del hijo de la condesa.

No ignoraba, por lo tanto, que sería capaz de buscar al marqués de Grimaldi, aunque éste se ocultase bajo la tierra, para imponerle un severo correctivo por haber atentado á su honra.

El doctor quería entrar en un período de calma.

Estaba cansado de contrariedades y de luchas.

—Decidme, doctor, —preguntó Massi, —y ¿cómo mi madre no acompañó anoche á mi hermana?

Esta pregunta hubiera desconcertado á cualquier hombre dotado de una imaginación menos viva que la de Roberto.

—La condesa se encontraba indispuesta con un ligero ataque de nervios, —repuso con tranquilidad

—¡Pobre madre mía!

—Y aunque el deseo de Adelina era no separarse de la enferma, ya comprenderéis que no podía excusarse con la augusta señora que reclamaba su presencia.

—¡Es natural!

Estrañi y Rogelio caminaban á buen paso.

Una nueva dificultad surgió en la mente de Estrañi.

Aunque había intentado ver á la condesa y tranquilizarla la noche anterior, no logró, como ya dijimos, que le franqueasen la puerta del convento.

Era preciso, por lo tanto, alejar á Rogelio hasta prevenir á su madre, recomendándola que no pidiese explicaciones de lo ocurrido delante de su hijo.

Al entrar en la calle de Quiñones, el doctor se detuvo y dijo:

—Rogelio, convendría hacer una cosa.

—Cuantas queráis.

—Supongo que la leve indisposición de vuestra madre habrá desaparecido.

—Sí, ella padece de esos ataques nerviosos, pero la duran poco por fortuna.

—No conviene, sin embargo, que salga del convento sino en carruaje: la mañana está fría.

—Buscaré un vehículo, si os parece.

—Sí, eso es lo mejor.

—Esperadme, que pronto vuelvo.

—Arriba os aguardaré.

Rogelio se aventuró por la calle Ancha.

Estrañi dirigióse al monasterio.

Su propósito era realizar lo que no había podido conseguir la noche anterior; esto es, ver á Josefina y tranquilizarla.

Dejémosle por ahora, y veamos lo que había sucedido en el convento después de verificarse el rapto.

Hallábase la condesa en su celda, como ya dijimos, cuando presentóse el jardinero Sebastián.

Parecía un espectro.

Una espantosa lividez cubría sus mejillas.

La madre comendadora, que acompañaba á la condesa, al ver al anciano en aquella actitud y en aquel sitio que jamás visitaba, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Ah madre!—respondió el interpelado volviendo la cabeza para ver si alguien le seguía.

—Pero ¿qué os sucede?

—Acaban de entrar unos bandidos, unos fantasmas ó unos demonios.

—¡Ave María purísima!—exclamó la comendadora haciendo la señal de la cruz.

—Y me inclino á creer que eran unos demonios,—prosiguió el demandadero,—porque únicamente los espíritus infernales se atreven á profanar una morada como ésta.

—Pero ¿dónde están?

—Ya deben haberse ido.

—Sin duda alguna visión vuestra, hermano.

—No lo creáis; y prueba de ello que se han llevado á una novicia.

—¿Qué novicia?—preguntó la condesa palideciendo.

Tan inmutado estaba Sebastián, que no reparó siquiera en quien le hacía esta pregunta.

—La novicia Adelina,—respondió.

La condesa lanzó un grito desgarrador.

Luégo dirigióse hacia la escalera.

La comendadora la detuvo.

—Pero ¿adónde vais?—la preguntó.—Quizás sea todo exageración de Sebastián.

—Vamos, vamos en busca de mi hija.

La madre comendadora aventuróse por la escalera seguida de Josefina y Sebastián.

Los tres dirigiéronse á la celda de Adela, cuya puerta estaba entornada.

La condesa penetró en el aposento.

Al hallarlo desierto, sus pupilas brillaron con vivísimo resplandor.

—¡Adelina, Adelina mía, hija de mi alma!—exclamó.

—¡Sosegaos, señora!

—Pero ¡cómo queréis que me tranquilice faltándome mi hija!

—¡Hablad, hermano Sebastián, decidnos cuanto ha ocurrido!

—Pues que me encontraba en el jardín, esperando al doctor y á don Juan de Zúñiga, que, como sabéis, debían venir en busca de la señora condesa y su hija...

—Prosigue.

—De pronto apeóse de un carruaje un hombre, en el que creí reconocer á don Juan. Luégo bajaron otros.

—Continúa.

—Entraron, y uno de ellos cuyo acento no me era desconocido, sacó una pistola.

—Y ese hombre ¿quién era?

—¡Qué se yo! Lo cierto es que apuntóme con el arma y que no me atreví á negarle la entrada.

—¡Miserable!—exclamó la condesa sin poder contenerse.

—Una negativa hubiera sido mi muerte.

—Y ¿cuándo ha ocurrido todo eso?

—Hace un instante.

—¡Ah madre!—exclamó Josefina juntando las ma-

nos.—Quizás es aún tiempo. Dejadme que corra al jardín en busca de mi querida hija.

—Todo será inútil.

—Intentémoslo al menos.

Y la condesa, después de enjugarse una lágrima con su lenzuelo, aventuróse por el jardín, seguida de la comendadora y de Sebastián.

Este último iba á una respetuosa distancia.

A cada instante parecíale que surgían sombras de la espesura.

En el momento en que Josefina disponíase á abrir la puerta, oyéronse en la calle dos detonaciones y choques de espadas.

La condesa dudó. Pero aquel movimiento, hijo del natural instinto de conservación que todos tenemos, disipóse con la rapidez del rayo.

Josefina abrió la puerta.

Ante todo era madre; esto es, guardaba en su alma esos sentimientos sublimes de la mujer que se ve reproducida, que entrega gustosa hasta la existencia por el ser que llevó en sus entrañas.

La noche estaba oscura.

Parecióle que á través de las sombras descubría figuras humanas que se revolvían en terrible lucha.

Quiso avanzar, pero la comendadora la detuvo por segunda vez.

—¿Qué vais á hacer?—la preguntó.

—¡Buscar á mi hija, salvarla; si es preciso, morir por ella.

—¡Hija mía, calma, por Dios! Os recomiendo que os tranquilicéis.

—No puedo, señora, no puedo.

La condesa hizo un esfuerzo para desasirse de las manos que la detenían. Pero en aquel instante sintió que una ola de sangre subía á su cabeza.

Apoyóse, pues, en la comendadora para no caer.

—Sebastián,—dijo la madre,—venid en mi ayuda. Esta infeliz se muere.

—¡Válgame Dios!—exclamó el demandadero.

—Ante todo cerrad esa puerta y no la volváis á abrir sin mi permiso.

—Tenedlo por seguro.

Josefina habíase desmayado.

No les costó poco trabajo á la comendadora y al demandadero llevarla á su celda.

—Retiraos,—dijo la primera al anciano;—de todo tiene la culpa vuestra falta de reflexión.

—¡Pero, madre!...

—¡Os he dicho que os retiréis!

Sebastián bajó la cabeza, sin replicar palabra.

—¡Pobre de mí!—pensó al dirigirse á su aposento;—¡qué verdad es que el último mono es el que se ahoga!

Dos horas transcurrieron.

Sebastián no podía conciliar el sueño.

En realidad no podía argüirle la conciencia por lo que había pasado.

Era un buen hombre, cuya honradez no tenía límites.

La madre comendadora estuvo cuidando á la condesa con la más cariñosa solicitud.

No hubiera hecho más Adelina.

Cuando la enferma recuperó el sentido, fijó sus ojos en la comendadora.

—¿Y mi hija?—preguntó después de exhalar un hondo suspiro.

—Tranquilizaos.

—Pero ¿dónde se halla?

—Estáis muy excitada: calmaos, y luégo hablaremos; entre tanto rezaré porque Dios la preserve de todo mal.

—¡Ah Dios mío! ¡Quiero ir en su busca!

—Queréis un imposible. Pronto amanecerá, y entonces prometo que haremos cuanto esté en nuestra mano.

La condesa se levantó.

No hubo fuerzas humanas para retenerla en el lecho.

Insistió en salir, pero la comendadora se opuso terminantemente.

Apenas amaneció, llegó al convento, como ya dijimos, el doctor Estrañi.





CAPITULO CXV

La despedida.



PENAS anunciaron á la madre comendadora que el médico de la reina deseaba verla, consideró su llegada como providencial.

Apresuróse, pues, á recibirle en el locutorio.

En cuanto á Josefina, dirigióse también á la estancia.

No hubo fuerzas humanas que la detuviesen en la celda.

Estrañi ya esperaba en el locutorio.

Al ver la palidez que cubría las mejillas de la condesa, la dijo:

—Tranquilizaos. señora. Sé todo lo que sucede:

comprendo la espantosa noche que habréis pasado.

—Pero ¿sabéis lo que ha ocurrido?

—Perfectamente; y antes de entrar en detalles, sabed que vuestra hija se halla á salvo de todo peligro.

—¡Gran Dios!—exclamó la condesa elevando sus ojos en señal de gracias.

—El Señor ha querido oir mis oraciones,—añadió la madre comendadora.

Comprendiendo luégo ésta que su presencia era importuna, y no teniendo que ejercer vigilancia sobre la condesa, que, como nuestros lectores saben, hallábase en concepto de pensionista, despidióse de Roberto, abandonando la estancia.

Josefina cambió una mirada con Estrañi.

En los labios de éste se dibujó una sonrisa.

—¡Pobre Josefina!—exclamó.—Se advierte en vuestras facciones las profundas huellas del sufrimiento; pero afortunadamente vuestra hija puede seguir alzando la frente con orgullo.

—El corazón me dice que á vos debo este nuevo favor.

—No puede recibir ese nombre el deber que cumple un amigo.

—¡Gracias, Estrañi, gracias!

—Tranquilizaos un poco: aun estáis muy agitada.

—Deseo, sin embargo, que me digáis cuanto ha sucedido. ¿Dónde se halla mi hija?

—En palacio.

—¿La habéis llevado á vuestra vivienda?

—Ha pasado parte de la noche en la cámara de la reina, que ha tenido la bondad de nombrarla dama de honor.

—¡Qué decís! ¿Adelina dama de su majestad?

—Sí, señora.

—¡No comprendo!

—Os lo explicaré. En palacio existe una persona que quería perder á ese ángel, y en el mismo palacio ha encontrado otra que la ampara poniéndola lejos de toda aspiración insensata.

—¡Por Dios, Estrañi, no estéis tan enigmático, os lo ruego; tened piedad de esta pobre madre!

—¡Condesa, es tanto lo que tengo que deciros!...

—Empezad, pues.

—El rey, cuyos sentimientos amorosos dormían al parecer de algún tiempo á esta parte, sintió brotar en su alma el vivo deseo de una pasión.

—¿Hacia quién?

—Hacia vuestra hija.

—¡Callad, Estrañi! ¡Qué horror! ¡Eso no es posible!

—Tened en cuenta que el marqués de Grimaldi procuró despertar en el monarca, con respecto á vuestra hija, ideas que quizás no hubieran brotado jamás en su cerebro.

—¿Grimaldi?

—Que ha pretendido seguir en todo el sistema infame de su antecesor Tanucci.

La condesa, al oir este nombre, se ruborizó, inclinando la cabeza.

—No evoquéis esos tristes recuerdos, que me avergüenzan,—dijo después.

—Es cierto, Josefina, perdonadme. Comprendo que os he hecho daño.

—Proseguid.

—La noche pasada debíamos Zúñiga, vuestro hijo y yo venir en vuestra busca para acompañaros á la quinta de los Tilos.

—Y os esperábamos. Juzgad cuál sería mi desesperación cuando se presentó en el coro el anciano demandadero diciendo que habíanse llevado á mi hija.

—Grimaldi, anticipándose á nosotros, envió personas para que lo hiciesen.

—Y ¿adónde llevaron á mi hija?

—A una casa de campo donde debía acudir el rey.

—Me estremece tanta maldad.

—Por fortuna,—continuó Estrañi,—hubo tiempo de evitarlo.

—¿Y de qué medios os valisteis para conseguirlo?

—Hablé á la reina, quien desde luégo se interesó mucho por vuestra hija, llamando á Grimaldi y manifestándole su deseo de que inmediatamente llevara á su cámara á Adelina.

—¡Ah! ¡Nunca olvidaré tan noble conducta!

—Ya sabéis cuanto ha pasado.

—Gracias á la reina y á vos, mi hija sigue siendo tan buena y honrada como siempre. Mi gratitud no tiene límites.

Y la condesa alargó su blanca y aristocrática ma-

no al médico, que éste estrechó con efusión entre las suyas.

Estrañi sintió impulsos de llevarla á sus labios, estampando un beso en aquel ampo de nieve; pero le contuvo su exquisita delicadeza.

—Ahora, amigo mío,—dijo,—como comprendéis, tengo vivísimos deseos de darle á mi hija un abrazo, y tengo además que cumplir con un deber, dando gracias á su majestad por cuanto ha hecho en mi obsequio.

—Nada más justo.

—Por lo tanto, voy á despedirme de la madre comendadora y de las religiosas que con tanta solicitud y cariño me han tratado durante mi permanencia aquí.

—Nada más justo; pero tenemos que esperar á vuestro hijo.

—¿Va á venir?

—Sí, señora. No encontrando prudente en manera alguna que supiese la verdad de lo ocurrido, le rogué que fuese en busca de un carruaje para que os conduzca á vuestra casa.

—Gracias, Estrañi: veo que conocéis el carácter de mi hijo. Habéis obrado con prudencia, pues de otro modo se hubiera empeñado en castigar al marqués y se hubiera comprometido.

—Por eso mismo quise evitarlo.

—Lo que os agradezco infinito.

—Ahora lo que conviene, en mi concepto, es que

cuanto antes unáis á vuestra hija con don Juan de Zúñiga. No es para vos un secreto que se aman, y la conducta que el coronel ha observado esta noche le hace digno de la mano de Adelina.

—¿También don Juan ha tomado parte activa en los sucesos?

—Cerró á cuchilladas con los alguaciles del Santo Oficio, á quienes confundió con los raptores de vuestra hija.

—¿Luego el coronel se encuentra expuesto á las persecuciones de la justicia?

—Afortunadamente se acudió á tiempo y se echará tierra al asunto.

—¡Ah Estrañi, en medio de mi desgracia tengo la inmensa satisfacción de contar con muy buenos amigos!

—Todo el que conozca lo mucho que valéis, tiene que serlo.

—¡Cuánto tarda mi hijo!

Estrañi dirigió á la dama una mirada de dulce reconvención.

¡Él considerábase tan feliz permaneciendo á solas con ella!...

Pero la impaciencia de Josefina era justificada. ¡Habían ocurrido tantas cosas en el transcurso de una sola noche!...

Estrañi no apartaba sus ojos de aquella mujer, la única que había sido desde su primera juventud el objeto de su amor.

Parecíale que los sufrimientos habían contribuído á hacerla más interesante.

—Estrañi,—dijo la dama,—con vuestro permiso, y á fin de no perder ni un momento, voy á despedirme de estas buenas madres, para que partamos en cuanto llegue Rogelio.

—Como gustéis.

—Dispensad si os dejo un instante solo, amigo mío.

—¡Solo!—pensó Estrañi.—¡Como si alguna vez lo estuviese! ¿Acaso no me acompaña siempre su recuerdo?

Y Estrañi exhaló un suspiro, que brotó de lo más hondo de su pecho.

Desde la muerte de Massi habían vuelto á levantarse en su alma las más halagüeñas esperanzas.

Josefina salió de la estancia.

Antes de dirigirse á la celda de las comendadoras, aventuróse por la escalera que conducía al coro.

Necesitaba elevar sus plegarias al Ser Supremo por haber librado á su hija del inminente peligro que la amenazó.

El coro estaba desierto.

Esto era lo que deseaba la condesa.

La verdadera oración no debe elevarse más que en la soledad.

Parece que entonces se encuentra nuestra alma más cerca de Dios.

Josefina arrodillóse junto á la celosía.

A través de ella descubríase el templo con sus majestuosas naves y sus sagradas efigies.

Cruzó las manos, y elevó los ojos al cielo.

Agitáronse levemente sus labios, que aun tenían el vivo carmín de la primera juventud.

Si en aquel momento la hubiese visto Estrañi, hubiera sentido agigantarse su pasión.

Terminado su rezo, la condesa se santiguó, púsose luégo de pie y salió del coro.

Estaba tranquila.

Las plegarias que acababa de elevar causáronle el efecto que produce el bálsamo sobre las heridas.

Bajó la escalera, oyó rumores de voces en el refectorio, y dirigióse á él.

La madre comendadora y las religiosas disponíanse á tomar el desayuno.

—Madre,—dijo la condesa,—hermanas mías, vengo á despedirme de vosotras y á daros gracias por la solicitud y el cariño con que todas me habéis tratado.

—¿Nos dejáis ya?—preguntó la comendadora con tristeza.

—Sí, madre. Deberes sagrados reclaman mi presencia fuera de este tranquilo monasterio, del que guardaré siempre dulces recuerdos.

La comendadora se aproximó á la condesa.

—¿Habéis sabido algo más respecto á vuestra hija?

—preguntó en voz baja para que no lo oyesen las demás religiosas.

—Adelina se encuentra en palacio al lado de nuestra augusta soberana, que la ha distinguido nombrándola su dama de honor.

—Dios no desampara nunca por completo á los buenos.

—Ahora, madre, deseo hacer una limosna á la comunidad, y en este concepto dignaos admitir esta corta suma.

Y diciendo esto, la condesa puso en sus manos una bolsa repleta de oro.

—Gracias en nombre de la caridad, á cuyo objeto la destinaremos, pidiendo al Señor por vuestra ventura.

La condesa enjugóse una lágrima.

Luégo se dirigió al locutorio, donde, como nuestros lectores saben, había quedado Estrañi.

Sorprendióse la condesa al no encontrar allí al doctor.

En cambio hallábase el demandadero Sebastián.

—Señora condesa,—dijo éste,—don Roberto ha ido en busca de un caballero á quien dice esperar, pues afirma que partís del convento.

—Es verdad.

—Lo único que os suplico es que no me guardéis rencor por lo que sucedió anoche, pues no fué mía la culpa.

—Bien lo sé, Sebastián.

—Yo esperaba al doctor y á don Juan de Zúñiga, y el demonio, que todo lo enreda, hizo que se presentasen otras personas.

—Bien, Sebastián; por fortuna todo se ha arreglado de buena manera.

—Mas vale así. No podéis imaginaros el peso que se me quita de encima.

Llamaron á la puerta.

Sebastián abrió después de mirar por el postigo.

—De los escarmentados nacen los avisados,—se dijo.—¡Cualquier día vuelvo yo á abrir sin conocer á quien pretenda entrar!

Los que llamaban eran Estrañi y Rogelio.

Éste se arrojó en los brazos de su madre y la besó cariñosamente.

Estrañi exclamó entonces:

—Cuando gustéis, señora.

—Vamos, doctor. Vamos, hijo mío.

Josefina gratificó espléndidamente al demandadero, y apoyándose en el brazo de su hijo, salió del locutorio con dirección á la calle.

En la misma puerta esperaba un coche. Nuestros tres personajes penetraron en él, dirigiéndose á casa de la condesa. Durante el trayecto ésta dijo al doctor:

—La impaciencia que siento por abrazar á mi hija es inmensa, y no lo es menos tampoco mi deseo de dar gracias á la reina por la bondad con que en esta ocasión nos ha distinguido. En cuanto cambie de traje me dirigiré á palacio con ese doble objeto. Os agradecería

mucho, doctor, que me hicieseis el obsequio de rogarla que se digne recibirme.

—Lo haré con mucho gusto, señora.

—Gracias, Estrañi, por tantas molestias como os vengo proporcionando.

—¡Por Dios, señora!

La condesa y Rogelio quedáronse en su casa con el fin de variar de trajes para ir á ver á la reina, como ya hemos indicado, y Estrañi dirigióse á palacio á cumplir el encargo que acababan de hacerle.

La esperanza que alentaba en el corazón del doctor iba agigantándose.

Su amor hacia la condesa, si no muerto, amortiguado durante tantos años, había renacido con más fuerza que nunca.

Aquel hombre, que se creía condenado á vivir muriendo, comenzó á abrigar la esperanza de que aun podía ser dichoso.

Josefina había sido su única ilusión, su único amor, y seguiría siéndolo mientras le quedase un soplo de vida.

Los obstáculos que la fatalidad levantó entre ambos, habían desaparecido con la muerte del conde. ¿Qué les impedía ser felices?

Haciéndose estas reflexiones, llegó Estrañí al palacio de los reyes.

Dirigióse á la cámara de la reina, á fin de solicitar su permiso para que la condesa fuese á ofrecerla sus respetos.





CONCLUSIÓN



La acogida que la reina dispensó á la condesa de Massi no pudo ser, ni más franca, ni más cariñosa.

La noble esposa de Carlos III, á quien habían encantado la hermosura y la candidez de Adelina, sintió hacia su madre una simpatía grande.

La noble doña María Amalia no podía ni figurarse siquiera que aquella dama, á quien todo el mundo respetaba por su virtud y su resignación, hubiera sido en otro tiempo víctima del capricho y de la irreflexión de su esposo.

Pero el aprecio y la simpatía de la reina fueron causa de que Josefina sufriese uno de los mayores disgustos que experimentó en su vida.

Sin sospechar el daño que hacía, la noble señora

demostró tal empeño en presentar á su esposo la viuda y los hijos de Massi, que Josefina, por no infundir sospechas en el ánimo de la reina, se resignó á aquel nuevo y doloroso sacrificio.

La entrevista con el rey fué un tormento infinito para aquella noble mártir y un remordimiento terrible para el rey.

La nobleza cortesana envidió aquel alto honor alcanzado por la familia del difunto conde; honor á que Josefina hubiera renunciado gustosa, aunque hubiera tenido que comprar su renuncia con algunos años de su vida.

Pero la sociedad juzga casi siempre todas las cuestiones sólo por las apariencias.

Roberto Estrañi fué quien únicamente conoció toda la extensión del sacrificio hecho por Josefina.

También él tuvo que violentarse de una manera grande, para aparecer sereno ante el martirio de aquella mujer á quien quería más que á su vida.

Pero tan dolorosa y terrible como fué para la condesa la entrevista con los reyes, fué grata y halagadora para sus hijos.

¡Contraste terrible de la suerte! ¡Sarcasmo cruel con que el destino flagela muchas veces á los míseros mortales!

Adelina sintióse halagada y feliz en aquella ocasión, porque en la regia entrevista, por iniciativa de Estrañi,

quedó hasta acordada la fecha de su enlace con don Juan de Zúñiga.

La condesa empeñó su palabra de que la unión se verificaría así que terminase el luto por la muerte de su marido.

Durante este tiempo acordaron residir en la quinta de los Tilos, á fin de recobrar con la calma y tranquilidad de la vida del campo las fuerzas gastadas en la lucha que hasta entonces habían sostenido.

En cumplimiento de este propósito, la condesa y sus hijos salieron para su quinta al día siguiente de su entrevista con los reyes.

Cuando don Juan de Zúñiga supo por conducto de Estrañi lo acordado, creyó volverse loco de felicidad.

Sin poder contenerse abrazó al doctor con una efusión inmensa, diciendo:

—¡Habéis nacido para ser mi providencia, el ángel bueno de todos vuestros amigos!

—¡*Vade retro*, señor mío, que yo no soy para vos más que un diablo con quien tenéis celebrado un pacto solemne! —repuso Estrañi sonriendo.

—Tiempo hubo, cuando no os conocía como ahora, que me hicisteis dudar; pero hoy, que me consta vuestra abnegación, vuestra grandeza de alma y lo elevado de vuestros sentimientos, desearía que fuesen muchas las legiones de diablos como vos que existieran en el mundo. Si esto fuera así, se daría el espectáculo extraordinario de que los diablos convirtieran la tierra en un paraíso.

La misma tarde que se cruzó el diálogo anterior entre Estrañi y Zúñiga, al regresar éste á su casa lleno de la mayor satisfacción, al dar los primeros pasos en el zaguán, un hombre, mejor dicho, un espectro se arrojó de repente á sus plantas, y abrazando sus rodillas, le dijo con acento entrecortado por los sollozos:

—¡Perdón, mi noble y compasivo amo! ¡Perdón y gracia!

—¡Tunante! ¿De dónde has salido?—replicó don Juan, reconociendo en aquel desgraciado á su antiguo criado Antonio.

—¡Del infierno, señor; es decir, de un sitio peor todavía; del *impace* del convento de los Jerónimos, donde me han tenido tres meses á pan y agua, y veinticuatro azotes diarios!

—Así se te han bajado las carnes; pareces una espina.

—¡Me transparento señor!

—Bien empleado te está, por haber preferido la holganza del claustro al servicio de mi casa, donde hacías lo que se antojaba.

—¡Ah señor! cuando hice tan enorme disparate, más me hubiera valido haberme muerto.

—¿Y el voto que tenías hecho de consagrarte á la oración y á la penitencia por toda tu vida?

—Su señor tío y los endemoniados legos que están á sus órdenes me han obligado á disciplinazos á revotarme. ¡Ay! El recuerdo sólo de lo mucho que me han hecho sufrir durante los tres meses de *impace*,

que me han parecido tres mortales siglos, me pone de punta el cabello.

—¿Te han sobado la piel de lo lindo?

—Ni el curtidor más hábil adoba una corambre tan perfectamente como han adobado á golpes mi pellejo aquellos benditos hijos de San Jerónimo con quien el diablo cargue. ¡Qué puños de mozo de cuerda tenían aquellos malditos! Y ¡con qué fe, con qué celo tan infernalmente exaltado descargaban sobre mis desnudos lomos sus disciplinas de cuero con remate de plomo!

—¡Qué cara pondrías al recibir sus caricias!—repuso don Juan sonriendo.

—¡Figúrese usted, señor!

—Por haberte visto en aquellos instantes hubiera dado cualquier cosa buena.

—Seguro estoy que si me ve su merced tan cruelmente maltratado, no hubiera podido reprimir su indignación, y la hubiera emprendido á cintarazos con mis verdugos.

—No lo creas; antes me hubiera regocijado al ver cómo te zurraban la badana en castigo de tu glotonería. Entes tan egoístas y tan ingratos como tú no merecen ser compadecidos.

—¡Ah señor!; pero ¿qué es lo que decís?

—Lo que oyes, tunante. Todo lo que te ha sucedido, y lo que de hoy en adelante te suceda, te estará bien empleado. El que tiene el bien y escoge el mal, no debe quejarse á nadie. Cuando te propuse que volvieras á mi servicio me desairaste, pensando en la re-

pleta despensa del convento; pues bien: ahora que te han puesto en medio del arroyo, arréglate como puedas, que yo no quiero tener á mi lado ingratos como tú. Donde pasaste el verano pasa el invierno, como se dice en nuestro país.

Y Zúñiga volvió la espalda á Antonio en actitud de dejarle.

Pero aquel hombre, que conocía perfectamente la nobleza de sentimientos de don Juan, volvió á abrazarle las rodillas, exclamando entre sollozos:

—Señor, no me guardéis rencor. Perdonadme; y si no queréis que me muera, admitidme á vuestro lado, que juro y perjuro no abandonaros jamás, suceda lo que suceda.

—No debía oirte siquiera por ingrato; pero para que veas que no soy como tú, quedas desde este momento admitido de nuevo en mi casa.

Al terminar el plazo señalado, lo más lucido de la nobleza cortesana congregábase una noche en los salones del palacio de la condesa de Massi, iluminados espléndidamente.

Un suceso extraordinario iba á realizarse en aquella morada, tan silenciosa y triste hasta aquel día.

Apadrinados por los reyes se iban á celebrar dos casamientos.

Don Juan de Zúñiga se enlazaba con su idolatrada Adelina, y el hermano de ésta con la hermosa Gloria, hija del ya entonces brigadier Larde.

Estrañi, conociendo la pasión de Rogelio, había alcanzado de los reyes que la familia de Larde regresase del Perú.

Terminada la ceremonia, una atmósfera de felicidad parecía envolver á las dos enamoradas parejas; atmósfera que prestaba también su bienhechor influjo á los numerosos convidados que llenaban los deslumbrantes salones.

En un momento en que Josefina, que se afanaba haciendo los honores de la casa, quedó sola en uno de los gabinetes, las lágrimas se agolparon á sus ojos, y sin poderse contener empezó á llorar silenciosamente.

Contemplaba lo felices que eran sus hijos en aquellos momentos, y recordando la tristísima noche de su enlace con Massi, sentíase apenada.

Sin que la condesa se apercibiera, una persona la observaba.

Era Roberto Estrañi, que, conociéndola, había leído en su alma como en un libro abierto.

Cuando Josefina se creía más sola entregada á su dolor, Roberto acercóse á ella.

La alfombra apagaba sus pasos, y la afligida dama no se apercibió de la presencia del médico hasta que experimentó esa sensación extraña que sufrimos cuando una persona se coloca sin que la veamos cerca de nosotros.

Josefina volvió precipitadamente la cabeza, y al ver al doctor no pudo reprimir un grito ahogado.

Estrañi, visiblemente conmovido, sin ser dueño de reprimir el sentimiento que se desbordaba de su pecho, la dijo:

—Josefina, no llores. Para poder vivir, necesario es olvidar. Tomemos las pasadas desventuras como las quimeras de un mal sueño, y con la vista fija en el porvenir, propongámonos ser felices. El cielo se ha apiadado al fin de nosotros, y aun puede sonreirnos la ventura si tenemos fe y energía para avanzar hacia ella.

—¡Imposible!, ¡imposible! —repuso la dama, llorando con la mayor amargura.

—¿Por qué ha de ser imposible lo que sólo depende de nuestra voluntad?—replicó Estrañi con gran explosión.

—Porque no soy digna de la ventura que me ofreces. Yo no merezco que un hombre tan noble, tan generoso como tú, me entregue hoy su mano, que no supe aceptar cuando debía.

—La culpa no fué tuya, fué de la fatalidad.

La presencia de algunos de los concurrentes obligó á los dos antiguos enamorados á suspender su diálogo.

Pero el hielo estaba roto, el primer paso de una reconciliación completa estaba dado.

El tiempo y el trato se encargaron de hacer lo demás.

Medio año después, Roberto y Josefina uníanse para siempre al pie de los altares.

La felicidad vino á sonreirles después de tantos años de luchas y pesares.

Después de la deshecha borrasca, brilla siempre en el cielo el iris, símbolo de la paz y de la dicha.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

FIN DEL ÍNDICE

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LAMINAS

TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO

